

THE ENCHIRIDION
MEXICANO



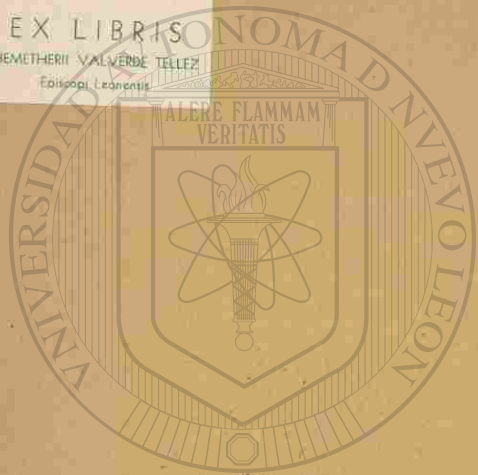
RA
AP63
L65
V.2
c.1

0101674



1080024375

EX LIBRIS
HEMETHERI VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANIL



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO EMERITO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL

LICEO

MEXICANO.

Quando ora el tempo da ritirare il velo
dal sogno antico, e da squarciare il velo
cui è stato avvolto intorno agli occhi nostri.
(Estratto, Rime, part. I. canz. 3.)

TOMO 2.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Dirección General de Bibliotecas y Tellez



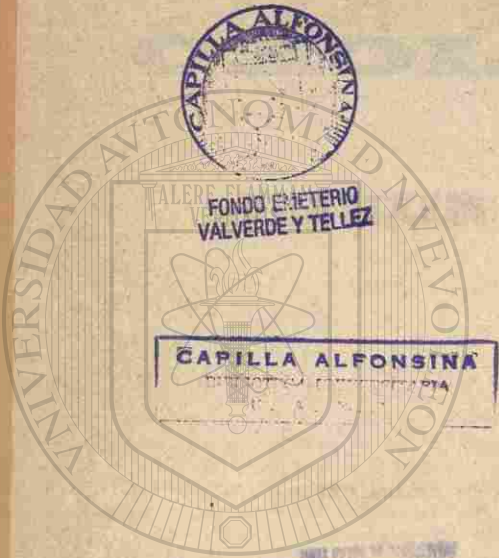
MEXICO

Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma número 4.

1844.

101874

APR 23
1865
V. N.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y MUSEOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y MUSEOS



INTRODUCCION.



Al presentar à nuestros suscritores el segundo tomo del *LICEO*, no podemos menos de manifestarles nuestro reconocimiento por la favorable acogida que se han dignado dar à nuestras humildes producciones. En efecto, la benevolencia con que ha sido recibido nuestro periódico, y la protección que el público le ha dispensado, son para nosotros la mas preciosa recompensa y la mas segura prenda de que esa protección no será interrumpida en lo adelante. Para todo el que conozca el placer que inunda el alma del escritor que ha agradado à sus lectores, fácil será concebir la estension de nuestro reconocimiento; y nosotros, deseosos de demostrarlo de una manera efectiva y provechosa, anunciamos à los suscritores del *LICEO*, que las utilidades que han resultado de la publicación del primer tomo, se han invertido en proporcionar nuevos elementos para mejorar el segundo. Un surtido abundante y variado de hermosos caracteres y elegantes viñetas acaba de llegar de Bruselas al establecimiento donde se publica nuestro periódico, y desde luego se nota en sus páginas esta ventaja.—Encarecer el mérito del artista encargado de la parte litográfica del *LICEO*, nos parece inútil, puesto que basta recorrer nuestro primer tomo para conocer esta verdad. Véanse las estampas de *Dante*, el *Salam*, *Casa de las Monjas*, los retratos de la galería de virreyes, etc., y se podrá afirmar sin temor de errar que son de lo mejor que ha salido de las prensas mexicanas.—En nuestro primer tomo vieron la luz pública algunos grabados en madera, obra (como participamos desde entónces) de un jóven paisano nuestro, que ha tenido la bondad de ofrecernos sus obras para adornar nuestro periódico: en el tomo presente notarán nuestros lectores que su oferta no ha sido estéril, y que contamos de una manera estable con este nuevo ramo de adorno y utilidad.

Por lo que toca á la redaccion del Liceo, seguirá como hasta aquí: todo ó la mayor parte de el original, y si continúa el público dispensándonos su favor, tendremos la satisfacción de llevar á cabo la historia del gobierno vireinal, seccion importante de nuestro periódico, á que hemos prestado particular atención. Ciegos partidarios de la verdad histórica, no hemos perdonado investigación de ninguna clase para perfeccionar ese cuadro de la dominación española en el Anáhuac: los escritos de Torquemada, Cayo, Betancourt y otros, nos han servido de norma en su formación. Así pues, en cuanto á los hechos, tenemos el placer de propalar nuestra exactitud, al mismo tiempo que suplicamos al público disimule lo desaliñado de nuestra narracion. Si nos hemos permitido algunas reflexiones, ha sido porque hemos juzgado que ellas podían aliviar al lector aproximando hechos y mostrándole relaciones entre ellos, que acaso se hubieran pasado sin atención en una primera lectura. *Historiae decus est, dice el sabio Canciller Bacon, et QUASI ANIMA, ut cum eventibus causae copulenter.*

Basta de prólogo; los suscritores del Liceo decidirán al ver este segundo tomo, si no han sido infructuosos los trabajos de

Los Redactores.

México mayo 10 de 1844.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VERACRUZ

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. JUAN DE MENDOZA

Y LUNA.

MARQUÉS DE MONTES CLAROS,

DÉCIMO VIREY DE LA NUEVA-ESPAÑA.

1603.



ABIENDOSE separado en Otumba, después de ocho días de sumuos festines, el conde de Monterey y el marqués de Montes Claros, este, en compañía de su esposa, Doña Ana de Mendoza, se dirigió á México, en donde hizo su entrada el 27 de octubre, con mayor pompa y solemnidad que sus antecesores, según asegura un testigo ocular. (1) El primer acto de su gobierno fue mandar pregonar la residencia del conde de Monterey, por la cual se le condenó á restituir al fisco real, doscientos mil pesos que había empleado inútilmente en la realización de su pensamiento de las congregaciones, sentencia que fué revocada luego por el consejo de Indias, al cual apeló el conde. A la llegada del marqués, la Nueva-España disfrutaba de esa calma estúpida de que disfrutao las colonias, y á que llegan á acostumbrarse por el hábito que adquieren de temblar á la voz de sus despostras, de esa calma vergonzosa en que tal vez hacen consistir la felicidad algunas almas mezquinas, criadas únicamente para llevar al cuello la cadena de los esclavos. Ningun movimiento se notaba, ningun murmullo sedicioso se levantaba, porque los que al principio habían intentado sacudir el yugo, estaban ya acostumbrados á llevarlo.

1604.—Hechos puramente relativos á la historia de la municipalidad de México, hay que consignar al dar una idea del gobierno del mar-

qués de Montes Claros; nada de interés general, ninguna disposicion que nos revele las medidas que se tomaron para hacer progresar el reino, no parece sino que la Nueva-España florúa, ó mas bien, que estaba entretenida, especialmente la corte, con los sarao y pasatiempos que su virey le proporcionaba, de quien, si hemos de dar crédito á un testigo ocular bastante sincero, (2) era alegre y amante de festines, á los que él mismo icitaba á los demas. Conchuyóse este año la nueva alhóndiga, y se cedió la antigua á cuatro frailes juaíninos, quienes pusieron en ella una casa de cuna.

Las continuadas y abundantes lluvias de agosto causaron una inundacion que no hizo pocos estragos. Los campos y la ciudad estaban inundados, de tal manera, que en las calles de esta no se podia transitar sino en canoas; y á pesar de que á pocos dias las aguas de las lagunas se retiraron, el estancamiento de las demas causó grandes perjuicios, pues multitud de casas se arruinaron. A vista de semejantes males, el marqués pensó luego en la construcción del famoso desagüe de Huehuetoca, para lo cual traía amplias facultades del monarca, mas desistió de su empeño por la fuerte oposicion que encontró en el fiscal del rey. Este le presentó una escritura en que demostraba que para poder llevar á cabo esa empresa, se necesitaban quince mil indios que trabajaran diariamente por el espacio de un siglo, en un canal de nueve á diez leguas de longitud, y

(1) Torquemada.

(2) Torquemada.

de diez y seis á cien varas de profundidad, con lo cual se decidió el marqués á emprender únicamente el reparo de la albarda que se había levantado en tiempo de D. Luis de Velasco.

1603.—Siguiendo el marqués con su constante idea de poner cuantos medios estuvieran de su parte para evitar en lo posible los trastornos que las inundaciones causaban en México, y concluido, como ya dijimos el reparo de la albarda, hizo que en el acto se procediera al de las calzadas de Guadalupe y San Cristóbal, en lo que llevaba la doble mira de contener las aguas de las lagunas, y evitar que llegasen á la ciudad, y de que sirviesen de tránsito para caballos y carruagos. Esta obra que tardó en concluirse cinco meses, fué dirigida por dos religiosos franciscanos, uno de los cuales fué el celebre Torquemada, autor de la *Monarquía indiana*, y uno de los que mas datos consignaron en su obra de la historia de esos tiempos. Concluido el reparo de estas calzadas, pasaron los mismos religiosos á dirigir las de San Antonio y Chapultepec, que pronto se concluyeron, mereciendo todas el nombre de obras de romanos, como refiere el mismo Torquemada, y trabajaron en ellas de mil quinientos á dos mil mexicanos que se hicieron venir de veinte leguas á la redonda, y á todos los cuales se les empleó luego en la limpieza de las acequias de la ciudad, gente infeliz sobre la que pesaba con toda su fuerza el bárbaro despotismo de los conquistadores!

1606.—Nuevos esfuerzos para evitar las inundaciones, se hicieron este año; tratóse de evitar que descargasen en la ciudad las aguas de la laguna dulce que venían á ella, por la acequia de Mexicalcingo, para lo cual se construyó un dique que las contuviera; mas como era indispensable que, estas entrasen á México durante la estación de las secas, se hizo de modo que quedasen dos compuertas, que sirvieran para este objeto. Esta medida fué de funestas consecuencias para Xochimilco y demas pueblos conveccion, pues las aguas que se encontraban detenidas en su curso, se derramaban por la campiña, inundándolo todo, y haciendo en dichos pueblos los estragos que los redujeron á la miseria en que se han visto despues.

El agua que en la ciudad se bebía, entraba á ella todavía en esa época por una atarjea, obra que fué de los antiguos naturales del país, y notable por su solidez, no obstante lo cual, la dicha atarjea ofrecía inconvenientes que era preciso remediar, para que la conduccion del agua potable se hiciese con mas facilidad. El

marqués pensó luego en la construccion de un acueducto, el ayuntamiento aprobó este pensamiento, no tanto por complacer al marqués, cuanto por la utilidad que de ello le resultaba, y en este mismo año quedó concluida una gran parte de él.

De orden del rey se juró este año en México al principe de Asturias, (Felipe IV.) y la funcion fué de las mas brillantes que con el mismo objeto se habian visto. Ningun otro acontecimiento notable se encuentra en él si no es el de haber arribado en Acapulco el marino Pedro Fernández Quiroz, quien se vió obligado á dirigirse á las costas del Sur de la Nueva-España, despues de haber hecho descubrimientos importantes, por multitud de contratiempos que experimentó en su navegacion.

1607.—A principio de este, abrió su visita de los tribunales el Lic. Diego Landeros, visitador del reino, nombrado por el rey, y obró con tal rectitud, que á dos oidores, alcaldes del crimen, (Marcos Guerra, y el Dr. Azoca) los hizo volver presos á España, por haberlos hallado culpables. Mientras tanto, el marqués de Montes Claros hacia que se continuase con tepón el acueducto, y lo hubiera visto concluir muy pronto, si no le hubiera llegado orden del rey para que pasase al Perú, en la que al mismo tiempo se le permitia que siguiese gobernando, hasta que se hiciese á la vela en Acapulco, para lo cual debía llevar consigo un oidor que le ayudase en el despacho, singular privilegio, que como dice Cayo, á nadie se había concedido hasta allí. No obstante esto, el marqués de Montes Claros retardó su viaje hasta que supo que se le había nombrado por sucesor á D. Luis de Velasco, que había vuelto ya del Perú. Avistáronse los dos en Xochimilco, y ambos se dirigieron luego á ocupar sus respectivos empleos. El marqués partió para Acapulco, y estando en Cuernavaca, (Cuernavaca) recibió noticias de que cuarenta caballeros de quienes se había olvidado en la promocion de los empleos, se habían presentado contra él á la audiencia acusándolo, lo cual lo irritó sobremanera; mas como le era ya imposible volver á castigarlos, acudió al consejo de Indias, el cual mandó que Velasco los prendiera, y que en lo de adelante no fuesen promovidos para los empleos, sino aquellos que fuesen *idoneos*, sin atender á si eran ó no hijos ó nietos de los conquistadores. El marqués se hizo á la vela, y Velasco entró á México á dirigir por segunda vez las riendas del gobierno de la Nueva-España.

R. I. ALCARAZ.

VENTRILUQUISMO.



Se ha dado el nombre de *ventrilocuos* á ciertas personas que tienen la habilidad de producir una voz hueca, lejana, y que parece formarse en el estómago.

La existencia de los ventrilocuos es tan antigua, que ha habido escritor que haya asegurado que los sacerdotes egipcios desde tiempo de Moisés poseían ya el ventriloquismo con la mayor perfeccion. En lo que convienen muchos historiadores antiguos es, que las Sibilas, las Pitonisas y algunos sacerdotes de los griegos y romanos que estaban presentes á las consultas que se hacían á algunos ídolos, eran hábiles ventrilocuos que daban las respuestas de los oráculos.

Los ventrilocuos han sido mirados siempre como hombres maravillosos, y en algunos siglos bárbaros se les llegó á tener por encaramenos; mas hoy el ventriloquismo se considera solamente como uno de los recursos de los juglares.

Se han dado muy diversas esplicaciones acerca de la causa que produce la formacion de la voz de los ventrilocuos; pero lo que está fuera de duda es, que no se requiere para ser ventrilocuo haber nacido con cierta disposicion de algunos órganos, como se creía antiguamente.

Los fisiólogos, queriendo descorrer el velo del misterio con que se ha querido siempre presentar el fenómeno de que nos ocupamos, han incurrido en mil contradicciones. Unos han dicho que cuando las dos membranas unidas de la duplicatura del mediastino se separan, la voz parece que proviene de la cavidad pectoral, y los individuos son ventrilocuos; otros han opinado que la voz del ventrilocuo se forma durante la inspiracion. Dumas y Lauth dicen que en la laringe es donde se forma la voz del ventrilocuo, lo cual repetida hacia el pecho toma un eco particular, de lo que resulta el sonido sordo y lejano que se percibe. La opinion mas generalmente recibida acerca de este fenómeno, es la de un medico francés, Mr. Lespagnol. Segun él la modificacion de los sonidos se hace por medio del velo del pala-

dar, que gradua la intensidad de la voz é impide que el aire salga por las fosas nasales: de manera que cuando se quiere producir una voz fuerte, ó que viene de cerca, el sonido sale por la nariz y la boca, y solo por esta cuando se quiere imitar una voz lejana.

Mr. Colombat, habiendo estudiado el sistema del citado Lespagnol, refiere haber hecho en sí mismo la experiencia siguiente: „Convencido de que para ser ventrilocuo basta tener los órganos vocales muy flexibles, así como los pulmones amplios y permeables al aire, he conseguido con un poco de ejercicio imitar bastante bien todos los sonidos de los ventrilocuos; para producir perfectamente todas las ilusiones que constituyen el arte del ventriloquismo, solo me ha faltado un poco mas de ejercicio, y sobre todo la facilidad que ellos tienen para imitar todas las inflexiones vocales. Para hablar, pues, con la voz de los ventrilocuos, hasta emplear el mecanismo siguiente: despues de haber hecho una fuerte inspiracion que tiene por objeto introducir en el pecho la mayor cantidad posible de aire, es menester contraer fuertemente el velo del paladar para elevarlo, con el fin de tapar perfectamente la abertura posterior de las fosas nasales; tambien se debe tener cuidado de contraer la base de la lengua, la laringe y todas las partes que forman la garganta, fijando al mismo tiempo la punta de la lengua detras de los dientes de la mandibula superior. La emision de la voz se debe hacer arrojando la menor cantidad posible del aire de los pulmones, lo que se conseguirá contrayendo fuertemente todos los músculos del vientre, del pecho, y del cuello. Se ve, pues, que el principal secreto de los ventrilocuos es impedir que el aire salga por la nariz, y hacer que este fluido se escape por la boca, de una manera lenta y forzada, de suerte que la voz parezca sorda, y tener la debilidad y el metal de una voz lejana lo que hace creer que viene de lejos. Para aumentar la ilusion, dando á la voz un sonido que parece venir de un lugar determinado, basta llamar la atencion disimuladamente há-

cia dicho lugar, y hablar en esa direccion, contrayendo el velo del paladar mas ó menos para acercar ó alejar la voz, segun se quiera. Tambien se debe cuidar mucho de mover la mandibula inferior lo menos que sea posible, y articular con la boca cerrada lo mas que se pueda: en fin, el ventrilocuo se debe presentar de perfil para que se le note menos el esfuerzo que hace para la formacion de la voz."

Entre los muchos ventrilocuos que han existido, se han distinguido tres, que son, Brabant, Constantino y Mr. Comte.

Del primero se cuenta que estando apasionado de una jóven hermosa y rica, cuyo padre acababa de morir, se presentó en la casa de la viuda de éste á darle el pésame: repentinamente se comenzó á oír una voz sepulcral que decia á la viuda: „¡Oh nuestra hija á Brabant, pues por habersela yo negado estoy sufriendo penas terribles en el Purgatorio.!" Esta astucia hizo al ventrilocuo dueño de una hermosa jóven y de un pingüe caudal.

Pasquier refiere en sus *Recherches sur la France*, lo siguiente: „Hace doce ó trece años murió un bufón llamado Constantino, que formaba toda clase de voces: unas veces re-
mota

daba la de los ruisueñores con una dulzura encantadora; otras rebuznaba como cualquier asno; y contrahacia la riña de tres ó cuatro perros, y la voz del que mordido por los otros huía quejándose. Con un peine en la boca imitaba perfectamente el sonido de una corneta. Pero en lo que sobresalía, era en que hablaba á veces con una voz del estómago: lan interna, que le parecia á uno que lo llamaban de un lugar distante."

Mr. Comte es el ventrilocuo mas hábil que ha existido en este siglo. Mr. J. Fontenelle, refiere de él entre otras anécdotas la siguiente. „Una vez caminaba en una diligencia Mr. Comte, con varios amigos, cuando comenzaron á oírse voces como de treinta ó cuarenta saltadores que gritaban ¡alto! al cochero. Este paró el carruaje, y las voces continuaban, *¡el dinero ó la vida!* Como todos los pasajeros se hallaban inertes, comenzaron á bajarse para entregar á los bandidos sus bolsillos, pero no veían á ninguna persona que fuese á recogerlos, hasta que las fuertes carcajadas de Mr. Comte dieron á conocer á los chasqueados la burla del ventrilocuo."

F. DIEZ DE BONILLA.

ESTUDIOS HISTORICOS POLITICOS.

D'un peuple furieux le despute imbecille,
Commit la vanité du pacte prétendu.
Repondez souverains, qui l'a dicté ce pacte?
Qui l'a signé, qui l'a souscrit?
Dans quel bols d'ami quel autre, en a-t-on dressé l'acte?
De fait de droit il est prescrit.—Dimitur.



UY difícil es en las cosas humanas, es moralmente imposible que la autoridad soberana no sea la presa del mas fuerte y atrevido, la razon de este hecho me parecia muy sencilla: no habiendo sino un solo título legitimo para obtener el poder supremo, que estos, se convirtieron en sus conquistadores y tiranos: la escritura nos presenta el primer

fuerte, que por absurdo que sea, es el único título existente que milita en favor de los soberanos. La historia que es un dato casi infalible para calcular lo venidero, nos enseña, desde sus mas remotos tiempos, que los reyes en su origen no fueron sino algunos cazadores compañeros de sus vasallos, y que luego que pudieron hacerse mas fuertes que ellos, se convirtieron en sus conquistadores y tiranos: la escritura nos presenta el primer

ejemplo en Nemrod, fundando el célebre imperio de Babilonia, y la historia de todos los pueblos y de todos los siglos nos muestra un catálogo inmenso de malvados semejantes: Alejandro el Grande, Adia y Alarico, Carlo Magno, Gengis-Kan, Carlos VII de Suecia, Napoleón y tantos otros que sería inútil recordar, no han sido mas que unos criminales afortunados y verdugos de la humanidad, que merecen tanto los elogios que se les han prodigado, como los bandidos que nos asallan en los campos; empero algunos hombres célebres y justamente respetados, viendo que los conquistadores y los mas fuertes gobernaban comunmente á los hombres, trataron de legitimar el derecho del mas fuerte; pero mi pluma dirigida por el espíritu verdaderamente libre, hará algunas reflexiones para que se tenga siempre una prudente desconfianza de las autoridades mejor establecidas, y solo se castive el entendimiento á la razon, no temerá combatir las opiniones hasta aquí recibidas, y mucho menos vacilará en decir la verdad, aunque no se me ocultá que de esta manera no se consigue fortuna, puestos ni elevacion, que ni envidio, ni pretendo, ni ambiciono.

Maquiavelo, el mas impudente defensor del despotismo y de la fuerza, devorado por una baja ambicion, y deseando recobrar su perdida fortuna para salir de la indigencia, se hizo el infame adulador de los Médicis, presentando al cardenal Lorenzo (que despues fué Papa con el nombre de Leon X) su libro del *Principe*, aun sin imprimir, lo que le valió la investidura de varios cargos civiles y militares; le imitó luego Grocio, este hombre sabio y de un talento precioso, siguió sus principios y dedicó su libro á Luis XIII de Francia, á quien hacia la corte, y finalmente, el orgulloso materialista Hobbes, virtió en su *Leviathan* las mismas doctrinas de los dos anteriores, trabajando para los Estuardos, de la misma manera que Maquiavelo habia trabajado para los Médicis. He aquí la razon y el verdadero motivo por qué estos apóstoles del derecho del mas fuerte, agolaban con inútiles esfuerzos y sofismas sus talentos é ingenios, para despojar á los pueblos de los derechos mas inalienables, con los que trabajan de investir á los reyes, de quienes esperaban alguna utilidad ó provecho; pero supongamos por un momento, con el filósofo Ginebrino, el pretendido derecho del mas fuerte, y fijemos la atencion en las consecuencias que produciría, pues aunque este ilustre y elocuente defensor de la libertad, no ve en el derecho mas que

una algarayía inesplicable, yo creo bastar en él la teoría del crimen, que no dudo asegurar, es mas execrable que su práctica; he aquí mis fundamentos: supuesto que el pueblo inglés tuvo bastante fuerza para hacer pasar del trono al cadalso á su rey Carlos I: supuesto que la tuvo el francés para decapitar á Luis XVI: supuesto que la tuvo el mexicano pasando por las armas al héroe de la independencia, y supuesto, en fin, que la tiene el asesino para herir á su victima, y el ladrón para robar al débil, ¿porqué no diremos tambien que todos estos crímenes son un derecho? ¿no se fundan acaso, en la fuerza, en el atrevimiento, en la astucia? sancionando pues un principio tan absurdo como anárquico, ¿qué moralidad, qué virtud, qué justicia podrian existir sobre la tierra?

Empero los que han conquistado el mando, ó heredado un trono, bien hallados con él, acostumbrados á la continua lisonja, y creyéndose arbitros de la ley, de la propiedad, y de la vida, rara vez fueron justos, y desconociendo sus verdaderos intereses, persiguieron con el odio mas encarnizado á los defensores de la humanidad oprimida, sin reflexionar que estos abogados son el mejor apoyo de los gobiernos: es un temor muy pueril y ridiculo el que se tiene á los filósofos y literatos, creyendo que se abren los ojos al pueblo: acaso se necesita de ciencia y conocimientos para sentir el peso de la opresion y de la miseria. cuando se vé por otro lado el lujo y la abundancia? todo el mundo sabe que la revolucion de Suiza la hicieron tres hombres que no habian perdido el tiempo estudiando en las academias, que en Francia la hicieron los *sans-culottes*, y que el niño desde la cuna, llora cuando tiene hambre ó le molesta alguna impresion desagradable.

El interés privado sin embargo, ocupa con mas fuerza á los ciudadanos, que los males públicos, y los efectos políticos de la tiranía; y por esta razon los usurpadores se mantienen en el mando mientras saben respetar las propiedades: los filósofos se cansarán de predicar, y los literatos de escribir; mas será sin fruto, por que nadie quiere renunciar á su propia utilidad, y por que con solo algunas palabras se engaña con la mayor facilidad á los hombres, sujetándolos al despotismo mas arbitrario, pues la influencia de las voces, es tan poderosa sobre el espíritu humano, que todas las naciones que se llaman civilizadas y que no pueden oír hablar sin indignacion del poder

despótico del *Gran Sultan*, viven tranquilas creyéndose libres, por que se les dice que la soberanía reside esencialmente en la nación, y que solo para su ejercicio se divide en los tres poderes mutuamente independientes, que son el legislativo, ejecutivo y judicial: ábrase la historia romana y se verá que los que no habrían sufrido á los Antoninos titulándose reyes, toleraron á Tiberio, á Caligula y Nerón, porque se llamaban emperadores: léase la historia de Inglaterra, y se verá que los que no hubieran sufrido á Cronwell, hipócrita, ambicioso y tirano sanguinario, con el nombre de rey; le toleraron porque se titulaba *Protector*: recuérdese nuestra historia, y se verá que no sufrimos al héroe de Iguala llamándose emperador, y... basta, pues esta es la triste historia de todo el

género humano, mas no se olvide que en Roma, en aquella antigua capital del mundo, las guardias pretorianas asesinaban continuamente á los emperadores, para poner en hasta pública el imperio, y al imbécil que lo compraba sobre el trono, sin que un ejemplo tan repetido bastase á persuadirlos de que á su turno les tocaría una igual suerte: tengan pues entendido los soberanos que el único título verdadero, justo, y legítimo que hay para gobernar á los hombres, es el de hacerlos felices con su *espresu consentimiento*, y que las bayonetas no son el mas seguro ni firme apoyo de un gobierno, pues que esto solo consiste en la *opinión pública y en el voto general de los ciudadanos manifestado libremente y sin temor*.

FELDT.

HISTORIA DEL PER.U.

PRISION Y MUERTE DEL INCA TUPAC AMARU.



El marqués de la Cañete, virrey del Perú había logrado atraer con afabilidad y por medios suaves al último monarca peruano, y después que él y su mujer se hubieron bautizado, transcurrido algun tiempo, murió de muerte natural. Esto fué causa para que los restos de su dinastía no quisieran ya reducirse, creyendo violenta esta muerte. Así es que no hicieron caso de las invitaciones del marqués, retirándose á Villacampa, desde donde se defendían de los españoles que intentasen acometerles, por la espesura de los montes y la corriente crocicada de los caudalosos ríos que los incomunicaban del camino y del resto del imperio.

Asíse pasaron algunos años, hasta que llegó de virrey D. Francisco de Toledo, hijo segundo de la casa del conde de Oropesa, y hombre, como dicen los historiadores, de piedad y religión, que cada ocho dias recibía el Sacramento Eucarístico. Este virrey fué informado de

que el Inca Tupac Amaru y sus secuaces, rebeldes á su legítimo monarca el español, molestaban á cada paso á los transeúntes, á quienes despojaban de los bienes, dándoles muerte y sacrificándoles á sus ídolos: referíale además, que tenían convenido con todos los mestizos del reino, que como hijos de naturales, por razon de sus madres, le miraban como á su señor, y asimismo con los españoles descontentos del rey hacer una revolución para colocar al Inca sobre el trono. Estas razones movieron á Toledo á hacer que de grado ó por fuerza el Inca dejase las armas y se pasase á habitar en las ciudades ó poblaciones á que lo destinase, y ya veremos después de qué medio se valió para conseguirlo y los resultados que tuvo: oigamos antes al padre Calancha, difusor del orden de San Agustín, en aquella provincia, en su *mitagrapta* historia sobre el establecimiento de dicha orden en aquel reino.

Tupac Amaru y los que militaban bajo de sus órdenes, asaltaban con excesiva frecuencia á

los caminantes, sacrificándolos á sus dioses. Aconteció que algunos religiosos agustinos pasasen á predicarles, á fin, por supuesto, de convertirlos al cristianismo, hallábase entre ellos Fray Diego, sugeto venerable, y le dieron los indios muerte cruel, en una hoguera, como víctima consagrada al sol, que tenia el principal culto. Pasados pocos dias, en un sacrificio se dejó oír de en medio de las llamas, una voz que comunicaba el fin pronto y prematuro que los restos de la dinastía real habian de tener. En seguida el historiador refiere como esta voz era del demonio, y se esfuerza en probar la ciencia de este en la adivinación, y dice que los indios quedaron aterrorizados con tan fatal pronóstico, y juzgándolo como justa venganza del Señor, por la muerte de su siervo, de que cada uno culpaba al otro, negando haber tenido en ella la mas mínima cooperación.

Garcilazo no menciona estos hechos, y al contrario, asegura como testigo ocular que Tupac Amaru si alguna vez usó de la violencia, fué solo cuando se vió llevado de la necesidad de satisfacer á las de la vida, pero sin hacerles mas daño. De cualquier modo que sea, los indios temian rendirse á los españoles, de quienes rebelaban, y el virrey para atraerlos, mandó unos comisionados españoles y mestizos al Inca, haciéndole proposiciones de paz y amistad. Tupac por las razones que llevamos espuestas, se negó á entrar por ninguna clase de convenios, así es que volvieron los comisionados dos ó tres veces, y otras tantas regresaron con igual respuesta á la presencia de Toledo.

Aquí refiere Calancha que Amaru mandó dar muerte á los enviados del virrey, por cuya causa no volvieron á Lima á presentárselo, lo que le movió á emplear la fuerza, haciendo ir por distintas vías á dos ó tres divisiones que rodeasen al Inca para que no pudiera escapar. Garcilazo menciona que nada hubo de asesinatos, pero si que Toledo luego que perdió las esperanzas de un convenio amistoso y que consideró haber puesto ya los medios que estaban de su parte, excitado por genios discolos, se determinó á emplear la fuerza, y al efecto dispuso doscientos soldados á las órdenes de Martín García de Loyola, quien se habia ya distinguido en otras expediciones.

Acercóronse los expedicionarios á las montañas de Villacampa, donde estaba refugiado el Inca, y este luego que pudo percibirlos á alguna distancia, se remouó, procurando dejar de por medio el río. No era ya tan difícil el paso para los españoles, y Tupac Amaru que

conoció su peligrosa situación y que le era imposible resistir con tan débiles fuerzas á las de su contrario, quiso mas bien que huir ó perecer, confiar en la generosidad española, y se puso á disposicion de su enemigo. Luego que hubo sido apisionado, al saberlo el virrey, le salió al encuentro.

Calancha, asegurando con Garcilazo que el virrey decretó en el Cuzco la expedición, prestando para reunir gente que iban al Chile, añade despues que tuvieron algunos encuentros y escaramuzas, en las cuales sufrieron grandes pérdidas los indios y solo tres muertos, y bastantes heridos sus contrarios, por lo que aquellos se retiraron á unirse al Inca, que ni tuvo parte en la residencia ni aun supo que se habia opuesto, pronto como se hallaba á rendirse, lo que efectivamente verificó al ver las tropas.

Luego, pues, que llegó al Perú el príncipe, se le nombro un fiscal que le hiciese cargos, y se determinó juzgarle en efecto, se le instruyó sumaria y en ella se le echaba en cara su rebelion, los robos y asesinatos que se suponía haber cometido y de que era acusado, la conspiracion que tenia tramada, y de que hemos hecho mención. Los mestizos tambien fueron reducidos á prision todos los que fuesen mayores de veinte años, y encausados y puestos á tormento. Cuéntase que una india despues de haber exhortado á su hijo á resistir al tormento y de prohibirle que de ningún modo cooperase á la desgracia del príncipe, exclamó: „Muy bien se os emplea que todos los hijos de los conquistadores murais ahorcados en premio y paga de haber ganado vuestros padres este imperio.“ De allí salió frenética gritando por todas las calles, mesándose los cabellos, pidiendo á veces que si atormentaban á su hijo, le aplicaran igualmente á ella el tormento, y aun que le dieran la muerte. Puso en alboroto la ciudad toda esta mujer, de todas partes salian á los balcones y á las puertas á verla, excitando generalmente en todos los sentimientos de humanidad. El virrey, á cuyos oidos llegó la noticia de los sucesos de esta orden, perdonó la vida á los mestizos, dando orden que saliesen de sus prisiones, sendo si, desterrados de las ciudades donde antes tenían su residencia á otras, y aun algunos fuera del reino.

Al heredero de Manco se le continuaba, sin embargo, formando su proceso, el cual por fin se cerró con la sentencia de muerte á Tupac Amaru, y destierro del reino á los demas miembros del sexo masculino de su familia. Con-

movió en extremo tan fatal sentencia á la población toda de Lima y del Perú, en general todos lloraban al infortunado Tupac, y procuraban que fuese revocada; el obispo D. Fray Agustín de la Coruña lo pidió así al virrey, puesto de rodillas delante de él y llorándole, pero sus ruegos fueron inútiles y su llanto desoído. Toledo insistió en llevarla al cabo sin intimidarle que á Felipe II podría muy bien descontentar su crueldad como le hacían ver. Garcilazo asegura que el virrey juzgaba complacer á su soberano con poner en ejecución la sentencia, por lo que no quiso, como le fué insinuado, renunciar la causa á la corte de Madrid: que puso espías con el objeto de saber lo que pasaba en el público, y luego que supo que trataban de verle para la suspensión dicha, colocó en todas las esquinas del palacio y á la puerta de él, centinelas que impidiesen y extrañada á los que fuesen con tal intento, y de esta manera se curó de evitarle compromisos.

Era un día de mayo en el año de 1562, las calles de Lima estaban llenas de un inmenso gentío, los semblantes de todos los concurrentes, el rumor sordo que se percibía, los ruidos, todo revelaba un suceso extraordinario y funesto. De repente, montado en una mula, con una soga al cuello y aladas á las espaldas las manos, apareció un hombre, que con la serenidad y la calma que produce la inocencia, caminaba al patíbulo, era el último hijo de los Incas, Tupac Amaru, va al suplicio con el mismo aire jovial y festivo, con la misma tranquilidad con que en otro tiempo mavechera en medio de los únicos vasallos que le seguían, á presenciar los sacrificios y á adorar al sol. Iba á su lado un pregonero gritando á voz en cuello: «Por Grano y traidor á su Magestad Católica.»

Aquellas voces llegaron al fondo del corazón, del reo turbando su tranquilidad, porque aunque no las entendía, pidió explicaciones á uno de los muchos religiosos que caminaban á su lado, y luego que este le hubo dicho su sentido, se inmutó é hizo llamar á sí al pregonero, y levantando su voz le dijo: «Di que muero no por traidor, que á nadie he hecho traición, sino porque así cumple á los deseos del virrey.»

Es de advertir que ya había sido bautizado por el obispo D. Fr. Agustín de la Coruña, que con otros eclesiásticos lo catequizaron en la prisión, y según Garcilazo, se llamó Felipe por ser este el nombre del rey, mas el padre Calancha dice, que no se llamó sino Pablo por la clase de muerte y calidad del Apóstol. A tiempo que acabó de hablar con el pregonero, comenzaron á oírse ahullidos porque no era otra

cosa el llanto general que ocasionó, bien que ya antes venían á su lado llorando infinidad de mujeres. Algunos se acercaron á él y le pidieron que hiciese cesar aquel llanto, y en el instante poniendo la mano en la boca haciendo en seguida una señal se suspendió la gritaría sin que pudiera reprimir los sollozos sofocados. Todos los españoles se admiraron, no tanto del respeto y veneración de los indios que al fin debían reconocerle como su legítimo soberano, cuanto de su pronta obediencia, pues que se asegura que instantáneamente y como por un solo acto, cesaron todos á la sola señal que les hizo, guardando desde entonces un silencio respetuoso, aquel silencio funebre que se nota en una casa mortuoria, donde apenas, y en voz muy baja se habla, donde solo se escuchan suspiros que reprimidos salen al fin quemando el seno que los arroja, donde nada mas se percibe el lloro que se trata de contener. Era uno de los espectadores y de los que admiraron la pronta obediencia de los indios D. Francisco de Toledo, que acompañado de algunos españoles presenciaba oculto la escena por dentro de su balcón como para gozarse en su víctima, al modo que contemplaba el incendio de Roma Neron, quien llevaba la ventaja al virrey de ser infame á cara descubierta y de no disfrazarse hipócritamente con las apariencias religiosas, por lo demás, tanto faltaban en uno los sentimientos de humanidad como en el otro.

Llega el Inca al patíbulo con ánimo imperturbable, habla al pueblo por la nueva religión que ha abrazado convencido de ser la verdadera y de lo estraviado que hasta entonces había estado, se defiende de las calumnias que le levantaron para conducirlo á aquel lugar, expresa que su muerte es injusta, pero se goza de que va á unirse en aquel momento su espíritu al Criador y presenta en seguida el cuello al verdugo, este hace saltar con su acero la cabeza del Inca, y tomándola del cabello la levanta: un clamor súbito y universal se escuchó, y Lima se halló toda cubierta de luto y de tristeza.

No concluyó de esta manera la familia de los Incas, los demás parientes de Tupac salieron desterrados sobreviviendo poco á su desgracia, sin que quedase de ellos un solo resto. Sus verdugos corrieron tambien una suerte semejante.

Toledo, concluido el periodo de su administración, marchó á España con esperanza de obtener un ministerio en recompensa de sus distinguidos servicios, y aun había prometido á algunos atenderlos inmediatamente que presentado al rey le fuese conferida la secreta-

ria del despacho, como lo aguardaba. Llegó en efecto á la corte, y una de sus primeras diligencias fué acercarse á Felipe II, gozoso de la recompensa que se prometía; pero le sucedió muy al contrario, porque el saludo del monarca al verle, fué: «Idos á vuestra casa á descansar, que no os envié al Perú á matar reyes, sino á servir reyes,» lo cual dicho con semblante airado enristeció al ameritado virrey que de palacio salió para su casa muy mas pensativo de lo que pudiera antes imaginarse, viéndose perdido en la gracia de su soberano por la misma causa que juzgaba haberla ganado. No paró aquí, su mal pues sus enemigos declararon á Felipe que teniendo asignada en el Perú la renta anual de cuarenta mil ducados, él se había hecho pagar cuarenta mil pesos: de suerte que resultaba debiendo á la hacienda pública ciento veinte mil ducados, en efecto, se asegura que sus criados cobraron de esa manera. Así informado Felipe, le condenó á exhibir en el acto la espresada suma como lo verificó. Todo esto le produjo una aflicción tal, que solo ella lo llevó al sepulcro muriendo á los tres días. Recuérdese lo que pasó de una manera semejante pocos años atras, en 568, con el visitador de la Nueva España Muñoz, y con el mismo monarca. Aunque la muerte de uno y otro se asegura que fué natural, no parece sino que se les dió garrote dentro de sus propias casas, apareciendo muertos al día siguiente. He aquí el premio que recibió el principal asesino de Tupac Amaru: no terminó de un modo mejor la existencia del capitán Martín García de Loyola.

Muerto el Inca, casó el capitán con una de sus hijas, que en unión de otra hermana y de la madre habían sido sus prisioneras cuando aquel

se lo rindió. Martín continuó haciéndose célebre por sus victorias, y en remuneración de los servicios que había prestado se le nombró gobernador del Chile. Allí se estableció pacificándolo completamente, y cuando menos lo imaginaba, los indios que se conservaban aun en el estado salvaje, comenzaron á acometer á algunas poblaciones indefensas; determinó atacarlos, y para conseguirlo, marchó sobre ellos con doscientos hombres, mas treinta de su escolta. Logró pronto dispersarlos, y al retirarse de su expedición creyendo ya estar fuera de peligro por haber salido de los sitios que aquellos indios frecuentaban, despaechando la tropa toda solo conservó su escolta. Al anochecer, descuidado de dejar centinelas que velasen por su seguridad, se entregaron él y todos los que le seguían al descanso; mas los indios que no dormían, comenzaron poco á poco á acercarse y hallándolos dormidos ahullando y ladrando á manera de perros, imitando el graznido y el silvido de las aves y con otras señales semejantes que no los descubriesen, llamaron á sus compañeros, que reunidos en número regular se precipitaron sobre los descuidados sin dejar con vida á uno solo, llevándose en seguida las armas. Así murió García: su viuda, la hija del Inca pasó á España, donde fué vista por el monarca con grandes consideraciones, y para reparar en parte las injusticias que sus agentes en el Perú cometieron con la familia de sus abuelos, y remunerar por otra los servicios de su infortunado marido, la dió el título de marquesa de Oropesa, y el pueblo de este nombre desde entonces fijó su domicilio en la Península donde murió.—CARLOS M. SAAVEDRA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valterra y Torres

COPERNICO Y SU SISTEMA.

A Copérnico miro restaurado
En su perdido trono al sol herido,
Que fijo en medio del espacio intenso,
Como rey de los astros, magestuoso
El imperio gobierna luminoso.
.....—LAFRANCA.

Las vilas de los monarcas, de los conquistadores y de los grandes potentados, nos interesan y les damos justamente un lugar distinguido en ese gran proceso que llamamos historia, con mas razon debemos contemplar las de aquellos grandes ingenios, que cultivados con el estudio y la meditacion se han colocado en una posicion donde la posteridad debe tambien juzgarlos aunque de diverso modo; pues si el fallo que pronuncia con respecto á aquellos suele ser dudoso, en razon á que aun despues del transcurso del tiempo pueden las pasiones ejercer alguna influencia; el que proliere con respecto á estos, siempre es favorable, pues todo el mundo reconoce su superioridad, de modo que siempre el ignorante los acata y el erudito los admira y venera.

El canceller Bacon, ha dicho que la historia del mundo sin la de los sabios, seria la estatua de Politemo sin su ojo: este brillante pensamiento, que abraza en general á todos los sabios, toma mayor vigor, cuando se aplica á aquellos ingenios privilegiados que han sabido comprender los grandes misterios de la creacion y presentarnos á la naturaleza tal cual es, descorriendo los velos con que el incomprendible tuvo á bien encubrir muchos de sus arcanos.—Entre estos ingenios debe contarse al gran Copérnico, que causó una revolucion en el mundo cientifico, revelando, por decirlo asi, el verdadero sistema del mundo.

„Levántame Copérnico hasta el cielo,
Que en velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eterral reposo.

Del astro luminoso

Que da á torrentes su esplendor al día.”

[Quintana.]

Era el 19 de febrero del año del Señor de 1473, cuando nació, de una familia distinguida de Thorn, ciudad antiguamente polaca y hoy prusiana, Nicolás Copérnico, quien despues de haber aprendido en la casa paterna las lenguas griega y latina, pasó á Cracovia donde se dedicó al estudio de la filosofia y de la medicina, pero nunca ejerció esta última ciencia, á no ser en beneficio de los menesterosos, dedicándose constantemente al estudio de la astronomía, hasta llegarla á poseer á fondo segun los conocimientos de aquella época. Tan luego como se encontró con suficientes conocimientos en las ciencias matemáticas, pasó á Italia en 1493, y segun refiere Forster (1), se dedicó durante algun tiempo en Bolonia á los estudios astronómicos; otros dicen (2) que su viaje á Italia fué con el objeto de visitar al célebre astrónomo Juan Muller, conocido generalmente por Regiomontano, mas este filósofo parece que habia muerto diez y siete años antes (1475); pero sea de esto lo que fuere, Copérnico no perdió momento, y despues de haber oido las lecciones de los mas hábiles profesores que á la sazón brillaban en varias ciudades de Italia, se dirigió á Roma, donde en el año de 1500 se le confió una cátedra de matemáticas.—Cuando tuvo un gran caudal de conocimientos, fruto de largos estudios y profundas meditaciones, regresó á su patria, con el diploma de doctor en medicina que le habia expedido el colegio de Padua, y desde luego fué nombrado académico de Cracovia, título distinguido y honorifico en aquella época, y finalmente, su tío materno Wazlerod, obispo de Warmie, le nombró canónigo de Fravenberg, confiándole la administracion de los bienes del obispado, en cuyo cargo conti-

(1) Historia de Polonia.

(2) Dictionaire Biographique Universel et Pittoresque



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

nuó viviendo como un modesto sabio, dividiendo su tiempo en ejercer los deberes de su ministerio, estudiar la astronomía, y auxiliar á los desgraciados.

Copérnico se dedicó á leer todos los sistemas astronómicos antiguos y las doctrinas de los astrónomos que le habían precedido, y en especial el sistema de Tolomeo, el único admitido y generalmente enseñado en aquella época. No dejó el filósofo polaco de comprender que un sistema tan complejo, estaba muy distante de explicar la sencillez que caracteriza las obras del Creador, y concibió el atrevido proyecto de reformarlo y después de 36 años de estudio se decidió á instancias de sus amigos, y en especial del cardenal de Schoenberg, á publicar bajo el título de *Nicolai Copernici de revolutionibus Coelestium*, el famoso sistema que debía inmortalizar su nombre, cambiar los fundamentos de la antigua filosofía y hacer tomar una marcha rápida y progresiva al estudio de la astronomía. Mas, como dice un escritor, las tinieblas de la ignorancia estaban tan espesas y los principios de la antigua filosofía gozaban de tan gran veneración, que nuestro filósofo no emitió su explicación de los movimientos celestes sino como una modesta hipótesis, y para ponerse al abrigo de toda inculpación de haber tenido siniestras intenciones al componer su obra, la dedicó al Papa Pablo III. „Esto es, dijo á este pontífice, para que no se me acuse de querer evitar el fallo de las personas ilustradas, y para que la autoridad de vuestra Santidad, si aprueba esta obra, me garantice de la mordacidad y de la calumnia.” La obra apareció en 1543 en Nuremberg, y en el mismo año, una fuerte disenteria abrió el sepulcro al sabio polaco el día 24 de mayo, poco después de haber recibido el primer ejemplar de su obra. Esto fué para él una gran fortuna, dice Fontenelle, y á la verdad que si, pues apenas apareció este libro cuando ya se dirigian contra él furiosísimos ataques, y los que tomaron su defensa fueron bárbaramente perseguidos, hasta que las leyes de la naturaleza descubiertas por el inmortal Newton vinieron á confirmar el sistema del inmortal Copérnico. „Disputo la Alemania por mucho tiempo á la Polonia, dice el citado Forster, la posesión de este hombre ilustre; pero al fin dirigió Mr. de Humbolt, en 1829 como presidente de la sociedad de Berlín, una carta á la real sociedad de amigos de las ciencias de Varsovia, en la que renunciaba en nombre de todos los alemanes al honor de ser compatriota de Copérnico.” La ciudad de Varsovia le ha erigido una tan magnífica cuanto mere-

cida estatua de bronce, obra del célebre Thorwaldsen 3.

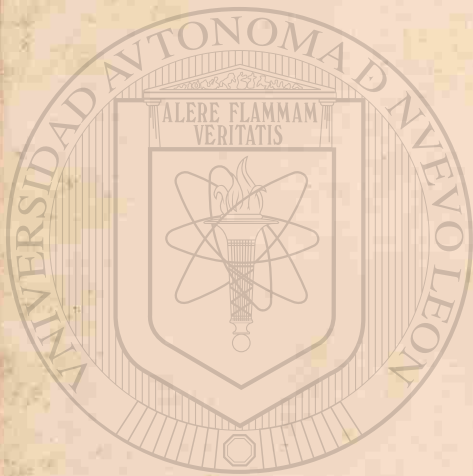
SISTEMA DE COPERNICO.

La absurda hipótesis de Tolomeo estuvo admitida hasta principios del siglo XVI; en este sistema se imaginaban siete cielos cristalinos, en los cuales se colocaban á los siete planetas entonces conocidos, y para las estrellas se formó un octavo cielo en que se colocaban á todas las constelaciones. Mas después de contruidos todos estos cielos era preciso darles movimientos regulares, lo cual no fué tan difícil; pues como el espacio no tiene limites, Tolomeo remontó su imaginación y formó un nono cielo mas distante todavía que el de las estrellas fijas, al cual llamó *primum mobile*, que suponía comunicaba el movimiento perteneciente á todos los demas cielos, con mayor ó menor velocidad segun el diámetro de sus círculos respectivos.—Pero, el gran muelle ó *primum mobile* que Tolomeo había construido, no satisfacía á los Padres de la Iglesia, y para asegurar el orden planetario pusieron á un ángel para dar vueltas al *primum mobile* de todas las ruedas celestiales; pero otros teólogos mas cautos juzgaron peligroso confiar al cuidado de un solo ángel una máquina tan importante, y para evitar el trastorno del mundo, pusieron un ángel para mover cada cielo.—Tolomeo suponía á la tierra en el centro del universo; y á la luna inmediata á esta haciendo sus revoluciones mensuales; en seguida, á corta distancia, Mercurio, luego Venus, y algo mas allá fué colocado el sol, al cual seguían, Marte, Júpiter y Saturno, todo esto dentro de la bóveda estrellada, la que se encontraba antes del *primum mobile*.

Para vencer la dificultad que ofrecian las retrogradaciones de los planetas, supuso que cada uno de ellos se movía en la circunferencia de un pequeño círculo que llamó *epiciclo*, el cual se movía uniformemente al rededor de la tierra en la circunferencia de otro círculo llamado *deferente*, que tenia por centro á la tierra.—Para explicar la inclinación de las órbitas de los planetas, supuso que los epiciclos y círculos deferentes, estaban en planos diversos del de la eclíptica, y cada nueva dificultad la resolvía trazando un nuevo epiciclo á cualquier planeta.

Semejante teoría, tan complicada, como absurda, no podia satisfacer al sabio Polaco; él había leído que Pitágoras había enseñado que

[3] A continuación damos una biografía de este famoso escritor, gloria y orgullo de la Dinamarca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL D

el sol estaba en el centro del mundo, y que Nicetas de Siracusa, defendió que la tierra se movía al rededor del sol. Mas apesar de esto, sería una imperdonable injusticia el privar á Copérnico del mérito que contrao con su admirable sistema, por solo la suposición de aquellos antecedentes. „Copérnico no podía, dice un escritor de nuestros días, sufrir que los sentidos triunfasen por mas largo tiempo de la razón sin que la realidad fuese esclava de la apariencia; y lleno de un entusiasmo filosófico, desbarató todos los cielos cristalinos que habia fabricado Tolomeo; paró al *primus moris* y mandó al emperio á los ángeles que movían la máquina celestial, para egerecer allí un ministerio mas digno de su alta gerarquía. Luego se puso á ordenar los astros, y no pudiendo tolerar que la humilde é insignificante tierra continuase usurpando el sitio del mundo, la tomó con su atrevida mano, la lanzó treinta millones de leguas del centro, la privó del cortejo de los planetas que la rodeaban, y dejándola solo una doncella para que la acompañara y alumbrase de noche, le mandó girar en su órbita como los otros planetas, al rededor del gran lumínar, al que como legitimo soberano de nuestro mundo, colocó en el centro del sistema.”

En el sistema de Copérnico tan admirable por su sencillez y verdad, el sol ocupa el centro del universo, á su derredor giran Mercurio, Venus y la tierra llevando consigo á la luna; en seguida Marte, Júpiter y Saturno, estos eran los planetas hasta entonces conocidos. El principal objeto de este sistema es el de explicar la variación periódica de las estaciones. Copérnico resolvió el problema, inclinando la órbita de la tierra $23\frac{1}{2}$ grados sobre el plano de la eclíptica. „Pero se decía, segun la hipótesis de Copérnico, los planetas deberían presentar

faces en ciertas épocas, y la luz que emiten no varía sensiblemente de intensidad. Los anillos llamados de larga vista no eran aun conocidos, y sin embargo, Copérnico aseguró que la experiencia demostraría que los planetas presentan faces como la luna, y su predicción se ha verificado: Venus y Júpiter observados con buenos instrumentos, ofrecen un espectáculo enteramente semejante al que nos presenta la luna en sus diversas posiciones, con relacion al sol y á la tierra. Copérnico creía que las órbitas descritas por los planetas al rededor del sol eran círculos perfectos; Kepler comprendió y demostró que estas órbitas son *elipses*; hoy que las ciencias matemáticas han llegado al mas alto grado, está claramente demostrado que todo movimiento rotatorio es elíptico: el inmortal autor del *Sistema del mundo* ha manifestado que esta verdad no tiene contradicción en cuanto á las órbitas de los planetas. El autor del sistema, de que tratamos, habia creído que la tierra y los demas planetas obedecían á tres movimientos, resultantes de tres causas: primera, de la que los hace girar sobre ellos mismos; segunda, de la que les hace describir un círculo al rededor del sol; tercera, de una fuerza que hace inclinár sus ejes sobre el plan de sus órbitas. Despues se ha conocido que esta última fuerza no es necesaria, por la sencilla razon de que el eje de un cuerpo girando sobre sí mismo y moviéndose, ya en línea recta, ya circularmente en el espacio, no debe cambiar de posición.

Las diferencias entre el tiempo verdadero y el tiempo medio, el movimiento retrógrado de los equinoccios etc., se esplican facilmente en el sistema de Copérnico.

Sucesivamente iremos dando los artículos relativos al sol y á los demas planetas, asi como la teoría de las estaciones.—P. T.

BERTOLDO THORWALDSEN.



ESTE célebre escultor nació en Copenhague el 19 de noviembre de 1770. La modesta condición de sus padres no les permitió darle una gran educación; no obstante, él manifestó desde sus primeros años las mas bellas disposiciones para el dibujo, y fué á cursarlo á la academia de artes, donde fué admitido gratuitamente. Hacia seis años que el jóven Bertoldo, frecuentaba esta escuela cuando en 1787 obtuvo por recompensa de su dedicacion y adelantamientos, la medalla menor, y ademas la honrra de ver su nombre inscrito en los papeles publicos entre los de los discípulos que mas se habian distinguido, y pocos años despues obtuvo la gran medalla de honor. Desde entonces uno de los profesores de la academia se encargó de continuar su educacion artistica; pero á poco tiempo su padre que no deseaba mas que sus auxilios, pensó en hacerle dejar los estudios; mas Thorwaldsen supo corresponder á las esperanzas del autor de sus dias sin abandonar su arte. A los veinte años de su edad no se atrevia á competir para obtener el premio de escultura que anualmente concede la academia, pero sus amigos que confiaban mas que él en su mérito, lo animaron; el éxito fué feliz, y este brillante suceso le valió la protección del ministro de estado, conde de Reventow, quien le encomendó varias obras. Dos años despues compitió para obtener el premio de la gran medalla de oro, y su triunfo fué completo, pues obtuvo ademas el derecho de viajar tres años á expensas del estado. Se embarcó desde luego en un buque de guerra que debía hacerse á la vela para el Mediterráneo, y el día 20 de mayo de 1796, dejó la rada de Copenhague despidiéndose de las riveras de su patria, la que no volvió á ver sino hasta despues que su nombre fué generalmente conocido en Europa, y que sus obras admirables habian manifestado en casi todas las naciones civilizadas su ingenio y su gloria. Dirigióse á Roma donde trabajaba constantemente, pero nunca quedaba satisfecho de sus obras, y tan luego como concluía una estatua le cortaba la cabeza y la arrinconaba para que nadie pudiese

verla. Decidióse por fin el gran artista á comenzar una obra que hiciera resonar su nombre, y escogió para su objeto á Jason al verso libre de los peligros que debió arrostrar para la conquista del Vello-claú de oro, y en abril de 1801, el modelo de barro estaba ya concluido. Pero en Roma, apesar de ser el teatro de los grandes artistas, no es tan fácil sobresalir: la obra del jóven Danes causó poca sensacion, y él, despues de haberla contemplado algunos días, la condenó á correr la misma suerte que las anteriores, es decir, á cortarle la cabeza y sepultarla en un rincón. El término de su viaje se aproximaba, pero antes de volver á la Dinamarca queria hacer una obra capaz de llamar la atención de los grandes artistas; aprovechó los momentos para ejecutar su pensamiento; emprendió otro Jason de tamaño natural, y en poco tiempo vió concluido su trabajo. La ejecucion era maravillosa, bien pronto corrió la voz en Roma de que de manos de un jóven escultor extranjero habia salido una obra maestra, todos se apresuraban á verla y todos la admiraban; pero todo se redujo á alabanzas, que si bien lisonjeras, no eran de gran utilidad para el jóven artista, y poco faltó para que esta grande obra hubiese corrido la suerte que las anteriores á no haber sido una circunstancia muy notable. El momento del viage de Thorwaldsen habia llegado, ya estaba dispuesta la silla de posta, cuando se recordó que faltaban los pasaportes, y fué preciso transferir el viage para el día siguiente, y en aquel mismo día llegó á Roma un ingles ojeando, Tomas Hope, el cual fué conducido por su *Cherenti* al obrador de Thorwaldsen para ver la estatua de que tanto se hablaba. Hope la encontró admirable, y preguntó cuanto importaría hacerla de mármol, el artista le pidió 600 sequies (1). Es poco, replicó el ingles, os daré 800 con tal que comencéis la obra al instante. El artista disfró su viage, y la ejecucion de la estatua le valió una gran reputacion y una fortuna independiente.—Cuando Napoleon quiso hacer edificar un palacio imperial en Roma, el instituto propuso á Thorwaldsen para que se encargase

(1) Cada sequí tiene 11 francos y 95 centimos, lo que equivale á 2 ps. 3 reales de nuestra moneda.

de las esculturas de un friso, en el cual trazó la marcha triunfal de Alejandro el Grande entrando a Babilonia, y este bajo relieve es proclamado como la obra maestra mas completa que haya producido el arte desde los tiempos gloriosos de la escultura griega.—Hasta el año de 1819 no volvió Torwaldsen á su país natal, y su viage fué una marcha triunfal, pues por todas partes se le tributaban los mayores honores. La eucromía de su recepción en la academia de Copenhague fué muy tierna, allí donde en su infancia había sido recogido, y allí, donde entraba lleno de gloria é investido con el carácter de presidente. Pero apesar de esto, pronto dejó á su patria para volver á la antigua capital del mundo.—Las principales obras encomendadas á Torwaldsen, fueron *Jesucristo y los doce apóstoles*, destinados para la nueva iglesia de Ntra. Señora de Copenhague; *Copérnico y Pontatowski* para Varsovia; y estos pedidos fueron bien pronto seguidos de los de las estatuas de Ptoleki, del Papa Pio VII, del cardenal Gonzalvi, del rey Maximiliano de Baviera, del príncipe Eugenio de Leuchtemberg; y posteriormente de los monumentos de Schiller, de Gruttenberg y de Conradino, el último de los Hohenstaufen.—Se nota sobre todo en las obras de Thorwald-

sen una pureza de estilo y una graciosa disposición, siempre de acuerdo con las exigencias mas severas, resultando de esta combinacion un todo, cuya impresion hace olvidar al espectador hasta al mismo artista para no pensar mas que en la grande obra que contempla. ¡Cuán hermosa es la estatua de lord Byron con su vestido de viage, sentado sobre las ruinas de Grecia! ¡Cuánto ingenio brilla en sus miradas! Y en otros géneros el venerable Pio, sentado sobre el trono de S. Pedro, y la hermosa y franca figura de Copérnico con sus cabellos cortos y el traje ligero de sus compatriotas.

Torwaldsen posee algunos bienes de fortuna, de los cuales hace muy buen uso, ha hecho una donacion para el establecimiento de un museo nacional en Copenhague, y una fragata Danesa lo condujo por segunda vez en 1838, á su patria con todos sus tesoros artísticos, fruto de una largamansión en la capital del mundo cristiano.

El castillo antiguo, residencia de los reyes, reedificado despues del incendio que lo destruyó, ha sido puesto á disposicion del gran artista para la ordenacion del museo que debe llevar su nombre.

[Traducida y reestructurada por T.]

IMPRESIONES.

UNA TARDE EN UN CEMENTERIO.

ENTO declina el sol, y absorbo el mundo De su postrer sourisa ve el misterio, Mientras yo en el sombrío cementerio Triste me entregó á meditar profundo.

Blandamente soplando el frío viento Las ramas secas del arbutó agita, Mi corazón con rapidez palpita, Latir el pulso acelerado siento.

En medio estoy del magestoso templo Principio del no ser, fin de la vida, Y en lápidas marmoreas esculpidas De muerte y destruccion la ley contemplo.

Y el polvo piso aquí, la vil materia, En que la mano fria de la muerte Del tiempo bajo el carro nos convierte Revelando al que viene su miseria.

Las tumbas callan, y las tristes flores Exhalan junto á mi su aroma suave, Y escucho ya de la campana grave Vibrar aquí los fúnebres clamores.

Oh! tumbas silenciosas que os alzais En este sitio que cobija el miedo, En vano yo me afano, yo no puedo Penetrar los arcanos que guardais!

¡Porqué el silencio que os envuelve eterno De pavor llena el corazón del hombre? ¡Porqué este tiembla al repasar un nombre Que ayer sonaba en sus oídos tierno?

¡Porque el mancebo que al amor de hijos Venció ayer en el festín brillante Penetra aquí con pávido semblante Trémulos labios y estraviados ojos?

¡Porque advertitis, que el mundanal contento Rápido pasa, cual ligera nube, Que en el estío de los lagos sube Y que disipa el hábito del viento....

¡Mas qué cuadros me corcan?... yo creia Que solo en mi dolor me lamentaba, Y que sola gemia y suspiraba, Léjos de la ciudad el alma mia.

II.

Con las rodillas en tierra, Y el alma pura en el cielo Cubierta la faz de duelo Y de luto el corazón

Un niño tierno se inclina Cual flor al nacer la aurora, Y ardientes lágrimas llora Tristes frutos del dolor.

Junto á un humilde sepulcro Sin lápidas, ni inscripciones Murmura sus oraciones Con ternura, con piedad;

Y el sauz que allí se eleva No mueve sus secas hojas, Que atento está á las congojas De aquella alma angelical.

¡Niño, niño, ¡por qué lloras? ¡A quién busca tu cuidado En este sitio ignorado

De los hombres? por qué así Tras de su velo de lágrimas Tus ojos vuelves al cielo, Buscando lo que en el suelo Llama en vano tu gemir?

Tan niño, y ya las pasiones Su garra en tu pecho hincaron, Y en desgarrar se saciaron Tu corazón infantil!

Y tus ensueños de niño Volaron, cual los celajes, Que en el cielo cortinages Formaron de oro y carmin!

Por una madre suspiras Y viertes llanto precioso ¡En el mundo borrascoso Huérfano quedaste tú!

¡Y aquí á la postrer morada

Que al mortal queda en el mundo Viene tu dolor profundo A buscar un alaud; A buscar entre las tumbas

A tus pesares consuelo, A preguntar á este suelo Por tu madre, por tu amor; A evocar su sombra cara;

A reclamar sus caricias, Que las siaves delicias De un niño en la tierra son!

Si, llora, llora, Ángel bello Mientras al aura serena Tiendes tu ala de azucena, Cual mariposa de abril;

De la madre que perdiste Sobre los despojos llora, Y que la noche y la aurora Te sorprendan siempre así.

Yo tambien perdí una madre, Como tú, niño inocente, Yo tambien doble mi frente Sobre el polvo funeral;

Y tambien mis oraciones Subieron al cielo inmenso, Como sube el blanco incienso Que se ofreció en el altar....

III.

¡Mas otro objeto miro que mi atencion reclama Contemplo ya de su alma la desesperacion; Y escucho los acentos con que á la muerte llama, La muerte que de pena llenó su corazón.

Es un fogoso jóven de rostro cuaredecido Que lleno de esperanzas mirara el porvenir, Un jóven que en el seno siave adormecido De cándida doncella, vi un tiempo sonreír.

Que daba sus sentidas al goce pasajero De sus caricias blandas, al beso de su amor, Y plácido escuchaba su acento liasonero, Mas dulce que los trinos de amante ruiseñor.

Que al percibir su aliento de rosas y jazmines, Sobre su abierto labio fragante y virginal Durrnió, cual duermen el nardo guardado en los jardines

Al recibir el beso del aura matinal.

Y allí soñó venturas, y allí su fantasia En atlas del deleite soñó felicidad; Mas los ensueños de oro que en su delirio via Los dispuso en un punto la triste realidad.

De su embriaguez volviendo contempla á su adorada Ya presa de la muerte, perdida la color, Y palpa con sus manos aquella frente helada

Ya pálida y sin vida, sin brillo ni esplendor.
 ¿Qué se hizo la sonrisa que al mundo embellecaba?
 Qué las miradas tiernas? sus gracias dónde están?
 Y aquel acento suave que al corazón llegaba,
 Cual llama abrasadora de fervido volcán?
 Hoy huesos carcomidos por roedor gusano,
 Tal vez inmuado polvo sus blancos miembros

son;
 Si tú la vieras, joven, si en tu dolor insano
 Podrídolo contemplaras el tierno corazón,
 Quizá retrocedieras, quizá cesara el llanto.
 Quizá del mundo loco volvieras al festín,
 Y en brazos de otra hermosa, cesando tu quebranto

De la fugaz vida llegarás al confín.
 Tú lloras... porque entonces al idolo elevabas
 De hinijos el incienso fragante del placer,
 Porque en su frente de ángel, el lidelo aun no mirabas

Que el tiempo deposita los años al correr...
 Mas ahí condeno injusto de tu alma el sentimiento,
 Porque yo no comprendo tu llanto, tu dolor,
 Porque jamás he amado, y mi alma el sufrimiento

Jamas ha destrozado de malogrado amor.
 No ceses en tu llanto, tú sabes lo que sientes,
 En quejas desahoga tu negro padecer,
 Sobre esa losa caigan tus lágrimas ardientes,
 Cual el rocío cae la tierra á humedecer.

IV.

Hiere mis ojos otra imagen
 Que de un ciprés al pie se inclina,
 Es un anciano que declina
 Al triste ocaso del vivir.

Que su cabeza encanecida
 Sobre una tumba apoya triste,
 Y del pesar feroz resiste
 El continuado y lento herir.

Viéjlo infeliz, cuando tu pecho
 Necesitaba de consuelo,
 Hoy que tu cubre el frío hielo
 De la tranquila senectud.

Te veo triste, en esas tumbas
 Miro tus ojos siempre fijos,
 Donde lamentas de tus hijos
 La malograda juventud.

¿Quién es aquel que de la vida
 Caminó siempre entre las flores,
 Sin probar nunca los dolores
 De la tenaz adversidad?

Sin arrastrar el anatema
 Que Dios lanzó sobre el airado,
 Cuando en los brazos del pecado

Sueños durmiera de maldad?
 La flor del prado se marchita,
 Su jugo pierden los arbustos,
 Caen los árboles robustos
 Del cierzo al ímpetu también.
 ¿Qué pues le queda al viejo tronco,
 Cuya raíz está podrida.

Si ya su planta está raída,
 Si negra y seca está su sien?
 Tus hijos eran, ¡infelice!
 Por qué á la vida tú los llamas?
 ¿No ves que en vano, oh! padre, clamast
 Que en vano vierdes llanto aquí?
 Que aquesta es la última morada
 Do el hombre duerme eterno sueño.

Do al respirar letal beleño
 Cesa el humano frenesí?
 Ya tu bien puedes de la muerte
 Sufrir el golpe que estremece,
 Si tu existencia hora se mece
 Solo al impulso del dolor.

El mundo, dime, ¿qué atractivos
 Hoy á tus ojos les presenta,
 Si tu alma ya no se apacienta
 Con su quimérico esplendor?

Si del verano cual las flores
 Tus tiernos hijos se agostaron,
 Si las pasiones se apagaron
 En tu cultado corazón?

Llama esa diosa destructora
 Que rompa ya con su guadaña
 Tu pecho misero que baña
 La amarga hiel de la aflicción.

Y en ese lecho mortuario
 Reposarán tus restos frios,
 Sin que ni inviernos ya, ni estios
 Osen turbar tu eterna paz.

Mientras que tu alma al cielo vuela.
 Libre de grillos mundanales,
 Y con tus hijos inmortales,
 Miras de Dios la pura faz.

V.

Y aquella tumba solitaria y triste
 Que de musgo cubierta se levanta,
 Do ni plegaria santa
 Sale de labio humano,

Ni cirio funeral trémulo agita
 Su amarillenta luz; ni de un hermano,
 Ni de una madre al corazón palpita,
 ¿De quien es, oh! señor, tan infelice
 Que no hay dos tiernos ojos

Que humedezcan sus míseros despojos
 Con una sola lágrima preciosa;
 Ni un solo pecho amante que un suspiro
 Lance por él sobre la tosca losa

Triste apoyado del mortal retiro?
 Ah! ya comprendo... en su miseria veo
 La pobre tumba, la mansión mezquina
 De un hijo de tu mente creadora,
 De un poeta que en alas conducido
 De ardiente fantasía
 Sentóse en tu carroza voladora,
 Y en su vuelo atrevido
 Cual tú produjo en plácida armonía
 Mundos lucientes de zafiro y de oro,
 Que al acento sonoro
 De su laud, brotaban,
 Y bajo el pie de su creador giraban

Cantor, cantor gigante
 Que soñando en la gloria
 Quisiste levantar á tu memoria
 En tus cantos un trono de diamante

He aquí la realidad, el patrimonio
 Del Dios que á los mortales revelando
 Arcanos escondidos
 Nace gimiendo, y muere suspirando;

Y mientras á otros que en la vida ríen
 E imbéciles caminan al sepulcro,
 Guarda el destino el rico mausoleo
 Y los duelos sensibles,

Yo en tu reedor no veo,
 Cisne perdido en los salobres mares
 Sino miseria, y soledad horribles.

Ah! yo vendré á llorar, de blancas flores
 A cotonar tu tumba solitaria
 Y á murmurar por tí blanda plegaria
 Del astro vespertino á los fulgores...

Mas qué te importan mi oracion, mi llanto,
 Mi efimera corona,
 Si natura sensible se abandona
 Por tí á mudo quebranto;

Si en la diáfana gota
 Que de esa pared rota
 Sobre tu losa filtra blandamente,
 Una lágrima ardiente
 Des que nace la aurora
 Te consagra en su duelo hora por hora?

Si ese sol á hundirse en occidente
 Con su rayo postrero te ilumina
 Y lúcida areola da á tu frente;
 Si del centozonli que en tu tumba trina
 Comprendes el acento
 Desde tu eterno y celestial asiento?...

VI.

Mas ya la noche desplegó sus alas
 Al escuchar el postrimer gemido
 Que el crepúsculo lanza dolorido
 El monte al trasponer.

Y cesaron las lágrimas amargas,
 Y cesaron las preces funerales,
 Y en silencio quedaron los umbrales
 Del reino del no ser.

Mi corazón también dentro del pecho
 Palpita ya tranquilo y sosegado,
 Como el de un niño, cuando duerme al lado
 Del maternal amor;

Y alza mis ojos y á la luna veo
 Que por oriente su semblante asoma,
 Entre el incienso que le da el aroma
 De la nocturna flor.

Oh! virgen melancólica que pasas
 Sonolienta en tu lecho de zafiro,
 Presta á escuchar la gorada el suspiro
 Del infeliz mortal.

Escucha la oracion, que de mis padres
 A la tumba dirijo, que hora yace
 Entre la yerba que el ganado paca
 En mi suelo natal;

Y lívala benigna en ese rayo
 Testigo de mi pena concentrada,
 Tú que giras tu lánguida mirada
 Por todo lo que existe y lo que fue.

Y allí en su humilde é ignorada tumba
 Astro consolador, allí la deja,
 Ya que el destino sin cesar me aleja
 De lo que tanto en mí horfandad amé.

RAMON I. ALZABAZ.





FATALIDAD.

Oíd, cristianos, escuchad la mas lamentable historia, que durará en la memoria de una edad y de otra edad.
Martinez de la Rosa.



MAS sensibles que os gozáis en los dulces transportes de la compasion, venid en torno mio! Venid, doncellitas sentimentales, de lánguida y seductora mirada, que inspiráis a cualquier mozalvete una ardiente pasion de esas que se exhalan en bien trovadas cantigas; venid y prestad atencion a la conseja de este humilde menestral! Venid, jóvenes fashionable de exagerada melena y barbas a la *jeune franc*, venid a escuchar la historia de uno de vuestros compañeros! Almas sensibles, que os gozáis en los dulces transportes de la compasion, venid en torno mio!

I.
In amore haec omnia insunt vitia: injurias, Suspiciones, inimicitiae, invidias, Bellum, pax tandem—
TERENTI. Eunuch. Act. I. Sc. 1.

Es el amor un conjunto de injurias y de sospechas, de treguas y enemistades, de la paz y de la guerra....
[Traduccion mia. ¡Pobre Terencio!]

El reloj de la Iglesia Catedral de México señalaba las doce y media, cuando un joven y apuesto lechuguino atravesaba la plaza mayor y se dirigía con precipitados pasos hacia una

de las calles mas aristocráticas de la ciudad. Sus immaculados guantes de cabretilla, el niveo *jabot* que vegetaba florido en su camisa, su cabellera rizada con particular esmero, sus botas perfectamente charoladas, todo su porte en fin, descubria que el barbilopiente sectario de Enrique Pelham y de D. Agapito Cabriola, iba a pasar una media hora por lo ménos al lado de su adorada prenda.

No se estrañe el que diga yo que esto último se infuria de la elegancia de su traje, porque he observado constantemente (pues habeis de saber que tengo mis ribetes de observador) que todo jóven enamorado trata de manifestar el culto que tributa á la persona de la señora de su corazon, por medio de la profunda veneracion que profesa á la suya propia. Mi profecia en el presente caso tuvo su debido cumplimiento, puesto que dentro de algunos minutos el *dandy* iba subiendo una espaciosa escalera, y dentro de unos cuantos mas se hallaba reclinado en un muelle sofá que formaba parte de los adornos de un elegante salon.

No despejaba nuestro héroe sus ojos de una puerta lateral que contemplaba con tanta avidez, como el bienaventurado San Onofre la claraboya por donde es fama que un cuervo le conducia el pan cotidiano. Abrióse por fin la puerta para dar entrada al *genius loci*, á la divinidad que se adoraba en aquel templo, y apareció una se de veinte abriles, ligera y vaporosa como una silfide,

bella como esperanza de consuelo, triste como llaban desvanecida, y con unos ojos de esos que son capaces de trahucar el seso al mismísimo D. Juan Tenorio en su misma mesmidad.

—¡Guillermo!—¡Mi vida!
—Mucho has dilatado....
—Suceso impensado de tí me alejó.

Mas para que causar á mis lectores con el *te le á te* de los amantes? Baste decir que, como toda conversacion amorosa, estubo en el tono que en la gama erótica ha recibido el nombre de *si beneal*. La única circunstancia que debe consignarse aquí, porque se debe hacer mérito de ella en el curso de esta verídica historia, es la de que quedó Guillermo emplazado para las ocho de la noche, hora en que debía acompañar á Julia y á su mamá al gran teatro de Santa-Anna, adonde iban á ser testigos de la representacion de uno de esos tremebundos dramas, engendros monstruosos de la escuela llamada *romántica*, que comienza

por no ser escuela y acaba por no ser *romántica*. Volvamos al venturoso Guillermo.

Difícil sería pintar la impaciencia con que esperaba la hora que debía colocarle en el palco de su amada. Á su lado, exitando la envidia de todos sus admiradores.... Vamos, forzoso es convenir en que tenia razon, y que esto de las ilusiones del amor es cosa muy bonita; ¡pluguiera al cielo que hubiese una tienda en que las pudiesen de venta! ¡Qué buen parroquiano habia yo de ser!

Las siete. Se acerca el momento de dicha inefable; Guillermo se apresta á transportarse al Eden. Alguien llama á la puerta; Guillermo la abre y entra una paloma mensajera, una de esas caritativas Quintañonas, cuya mision sobre la tierra es traer y llevar las poéticas y tiernas efusiones de las almas juveniles y apasionadas.

—La niña Julia me ha encargado lo entregue á vd. esta carta.

Veamos, dice el *dandy*, tomándola y rompiendo la rema con maños que hace temblar la emocion.

El billete era bastante lacónico; solamente contenia estas palabras:

„Eres un traidor. Jamas volverá á ser tuyo el corazon de—Julia.“

Una sensacion semejante á la que experimenta el desventurado que al pasar por debajo de un balcon recibe de manos de una recamaramera la preciosa dádiva de una artesa de agua fria, se difundió por el cuerpo de nuestro héroe.

—Decídme á Julia que vuelvo, que en un momento estaré en su casa, que ignoro el motivo de tan crasa mudanza.... Corred, corred por Dios! ¡Ah! mi cabeza se pierde en un mar de conjeturas.... ¡Cielo santo! ¿qué desdichado soy!

II.

„Desgracia! desgracia! Ninguno vendrá á sostener mi cabeza“

SEMPER, los bandoleros, Act. 2. Esc. 9.

Agitado Guillermo de los diversos afectos que habia exitado en su mente la lectura del billete, comenzó á hacer su *follette* con mas prisa de la que generalmente acostumbraba. Sabido es el dicho aquel de que las desgracias siempre vienen acompañadas, y nuestro pobre amante resintió toda la verdad del adagio. Habia acabado ya sus abluciones, se habia instalado en una deslumbrante y bien aplanchada camisa, y se preparaba á ponerse las charoladissimas botas y los blauquisimos pantalones,

cuando ¡oh miseria humana! ¡oh fuerza incontestable del sino! al abrir la cómoda para sacar una corbata, la puerta se resiste, el forcejea... nuevo tirón y la puerta sigue haciéndose de penascos. Guillermo suda, toma resuello, reúne todas sus fuerzas y vuelve a tirar; entonces ¡la pluma se resiste a escribirlo! le faltan los pies, reshala, cae y, como todo hombre grande, arrastra varias cosas en su caída. La mesa cae, y de consiguiente todo lo que sobre ella había; cae elintero, y una cascada de negro. Hicor se precipita sobre la tersa y alba superficie de los paulatones; cae la jarra, y el agua inunda la pechera del cuidado paladín; cae la alfajolisa, y el agua que contenía llena hasta el borde. Las lucientes botas, en tanto que la vasija misma se instala *sons-façon*, sobre la cabeza de nuestro héroe, guardeciéndola con un yelmo parecido al del afamado Mambrino.... Guillermo ruge, pateca, logra por fin ponerse en pié y contempla con la calma de la desesperación aquel horroroso cataclismo. ¿Quién podrá pintar la amargura de su dolor? ¿quién podrá trasladar al papel sus sentidos quejas? A fe mía que lo ignoro, y puedo afirmar solemnemente que no será yo quien tal intente.

porque esa empresa, bien rey,
para mí no está guardada.

—¿Y piensa vd. dar fin con eso al cuento?

—Sí señor.

—Pues a fe mía que no he visto cosa mas in-substancial. No tiene piés ni cabeza....

—Ese es su mérito principal. Esa es la prueba irrefragable de que va con el siglo.

—Pero díganos vd. por lo menos cuál fué el motivo del enojo de Julia.

—De muy buena gana.... Sepa vd. que Julia calculó sus intereses y abandonó el romántico amor del elegante Guillermo por atenerse a los patacones de un charrito inocente del interior.

—¿Picaronal; preferir el dinero a las prendas personales de tan hermoso figurial y Guillermo?

—Oh! Guillermo se consoló con mucha facilidad. Mirelo vd. allí *à frais, joli, pimpant, cravaté à désesperer toute la Crocodile*, como dice Balzac en una de sus novelas; creamo vd., amigo mío, el alma de un pelímetro es de verdadera goma elástica.

—¿Y dígame vd., toda la sociedad se compone de *Dandys fatuos*, y de coquetos interesados?

—¡Cielo santo! qué blasfemia! No señor, ni por pienso; eso es falso de toda falsedad. ¿Sabe vd. que es lo que hay en realidad acerca de esto? Que Dios nos envía lo malo para que lo bueno tenga un término de comparación.

México mayo 9 de 1844.

AGUSTÍN A FRANCO.

ANTIQUOS Y MODERNOS.



SIEN se propusiere consultar la historia para saber lo que merece sobre la tierra el nombre antiguo, haría ciertamente un tratado curioso, pero bien pronto se encontraría detenido su pensamiento por un obstáculo insuperable, pues que según todas las apariencias, el origen del mundo y su antigüedad quedarán cubiertas con un velo que jamás se descortará. Tal vez el mundo no es tan viejo, acaso no ha pasado aun de su juventud; y su vida no es mas que en un débil principio; si la consi-

deramos con respecto á la duracion que debe tener; pero remontándose todo lo posible en lo pasado en busca de términos de comparación con lo presente, habria que debatir una cuestion grave y admiralde; la de la superioridad moral entre los hombres de otra época y los de la presente. Qué vastos conocimientos, qué saber tan profundo, qué carencia de pasiones, qué independencia de espíritu, cuántas luces y que juicio tan recto exige semejante exámen! Y apesar de todas estas condiciones, aun le faltarian al juez de la raza humana los documentos necesarios; ¡pues como puede saberse lo

que era el hombre al salir de manos de la naturaleza, y lo que ganó en las primeras relaciones del estado social? La civilización cuando ha llegado á cierto punto, ha debido producir cambios inmensos; ¡pero cuántos eslabones le faltan á la cadena de las observaciones, desde el nacimiento del mundo hasta la época actual! ¿Cuántos pueblos é imperios han perecido acerca de los cuales nada sabemos! y en cuanto á los que conocemos, ¿estamos seguros de la verdad de los hechos?

La tradicion nos enseña, acerca de los Egipcios, por ejemplo, las cosas mas contradictorias: por una parte nos presenta ejemplos de una gran sabiduria, reyes regidos por leyes inmutables, y juzgados despues de su muerte como en un pais libre, en que no hubiese mas magestad que la del pueblo; y por otra, una teocracia dominante, sacerdotes soberanos, bellaquerias sagradas, en fin, un culto emblemático que ocultaba verdades útiles y generales, alusiones á las cosas mas hermosas de la creación y á los beneficios mas nobles de la naturaleza; pero degradando á la divinidad por las imagenes mas viles, y no obstante se conviene en dar al Egipto el nombre de culto; mas ¿cómo podriamos dar la razon de este elogia unánime? Y sobre todo, ¿cómo podriamos establecer, bajo el punto de vista de la buena moral, un paralelo entre los adoradores de Osiris y de tal ó cual otro pueblo moderno? Se ha dicho y frecuentemente se repite en nuestro siglo, que el cristianismo ha mejorado singularmente la condicion humana; de esta observacion, que miro como cierta, resulta la consecuencia necesaria de una perfeccion moral; no obstante, hay mas de una cosa que considerar antes de poder adoptar esta opinion sin conocimiento de causa, ¡cual era, por ejemplo, la situacion moral de los pueblos, á quienes las culpables conquistas de la España llevaron la desolacion, la guerra y la religio cristiana? Y los herodeses de los nuevos creyentes son mejores, mas dulces, mas hospitalarios, ménos entregados á los vicios y ménos arrebatados por la violencia de las pasiones, que sus ascendientes? Los cristianos de México y del Perú, sometidos aun no ha mucho, á los representantes de un principe extranjero, eran mas felices y en consecuencia mas virtuosos que los idólatras gobernados por caciques nacidos entre sus súbditos! Dirijamos nuestras miradas sobre otro pueblo. La China poseyó en Confucio y en otros filósofos como este, hombres de doctrina mas sencilla, costumbres mas puras y acaso mas útiles á la humanidad, que lo-

dos los sabios de la Grecia, que como Solon y Pitágoras, aplicaron la moral al arte de gobernar, y que como Fenelon, quisieron formar previamente el corazón de los reyes. Según la tradicion, en ningun pais se contarian tantos principes virtuosos como en la patria de Tien-Long. Hacer algunos siglos que los chinos se abstienen de la gran locura, ó mas bien excusable furor, que llamamos guerra; para ellos la gloria no consiste en matar á los hombres, sino en multiplicar su número y darlos alimento. Debemos investigar con curiosidad los efectos producidos por el concurso de tan felices circunstancias. ¿Qué sería el pueblo chino, regido por Sócrates coronados, por leyes cuya sabidoria se ensalza y por costumbres inmutables, que en nada altera el contagioso comercio de los demas pueblos? Hé aqui, ciertamente materia para una profunda meditacion, y este punto de comparación merece tanta mayor reflexion, cuanto que la religion cristiana no ha podido echar profundas raíces en este pais. Nacerian de aqui las consideraciones mas grandes y curiosas, pero aun nos encontraríamos detenidos por falta de elementos necesarios para la conviccion. La Europa no conoce á la China sino como á cualquiera otro pueblo que ya no exista, como á Cartago, por ejemplo, cuyos anales destruyó Roma celosa; pero dejemos á un lado esta cuestion, que exige tantos conocimientos que no poseemos, y limitémosnos al proceso de los antiguos y los modernos, que despues de haber hecho tanto ruido en el siglo XVII, cayó repentinamente como la encarnizada guerra de las abejas, en el libro 4.º de las *Georgicas* (*pileveria exigui jacta*.)

Nuestros conocimientos en punto á datos positivos, sobre la historia sabia y literaria de los diversos pueblos, nos obligan á circunscribirnos entre los griegos y los romanos, únicos que podemos poner al frente de los pueblos modernos; pero ¡anta todo, es preciso dividir la cuestion de superioridad en dos partes bien diferentes, y poner de una las ciencias y de otra las artes y las letras. Se puede y aun se debe creer que el mundo ha conocido muchas cosas, que las lagunas de su historia nos han impedido colocar en el rango de los conocimientos adquiridos; muchas veces no hacemos mas que volver á encontrar invenciones cuyo recuerdo ha perecido en medio de los trastornos terrestres; pero limitándonos á los dos pueblos que han servido de modelos á todas las naciones europeas, nos será imposible no conocer la superioridad de

de los modernos sobre los antiguos. La historia sola de la astronomía nos muestra una serie de conquistas que manifiesta progresos no interrumpidos; el universo es cien veces mayor para nosotros, que lo que era para los griegos y romanos, y á pesar de nuestros recientes descubrimientos, acerca de los conocimientos astronómicos del Egipto, Newton, comparado con los astronómicos antiguos, se asemeja á un Dios que ha explicado la existencia del mundo, que tan ingeniosas y sutiles hipótesis habian envuelto en las tinieblas. La química es una ciencia del todo moderna, y la física, así como las matemáticas, han hecho progresos inmensos. El arte de la navegación, en el cual los modernos han desplegado todo su ingenio, bastaría para manifestar una inmensa superioridad sobre los antiguos, quienes en general, con relación á las ciencias, eran niños, y los modernos son hombres. El mundo de las ciencias era estrecho para los antiguos, así como el mundo terrestre y el celeste que tanto han aumentado los descubrimientos de los modernos. Nada más juicioso que las reflexiones de Marmontel acerca de la cuestión que nos ocupa, con relación á las artes. „El paralelo de Perrault por lo relativo á las artes, es el de un hombre ilustrado, pero que presume mucho de sus fuerzas ó se entrega demasiado á la adulación: en vano los modernos siguiendo la opinión de este, han creído que pueden aumentarse las bellezas de la arquitectura antigua, este prodigio no ha llegado aún para nosotros: se ha dado á los edificios más gracia y comodidad, esto es obra de la experiencia, pero no ciertamente más elegancia ni magestad; el ingenio ha quedado por parte de los griegos.“ Esto lo testifica la estatuaria, en la cual nunca las mejores producciones no pueden ni por un momento compararse con sus obras maestras. Pero porque progresion de ideas, porque sería de reflexiones, porque dichosas inspiraciones los griegos pudieron transformar los monstruos divinizados del Egipto en seres sobrenaturales, hechos á imagen del hombre, y no obstante dotados de una belleza suprema, y cuyas formas variadas vinieron á ser el tipo de cada uno de los dioses que Atenas había adoptado? „Qué distancia hay del Buoy Apis á Júpiter, y de Iris á Venus! ¿Cómo ha sido salvada? La pintura moderna más feliz que su hermana, no teniendo que temer la aparición de las maravillas antiguas, puede hacer dudar de la superioridad de los Zeuxis y de los Protógenes: las escuelas italiana, flamenca y francesa, pueden presentar una inmensa galería

de producciones que multiplicadas por medio del grabado, causarán la admiración del mundo, aun cuando la mano del tiempo haya borrado los colores y destruido hasta la tela en que el ingenio imprimió sus rasgos, y desde luego podemos creer que Rafael y Miguel Angel, Rubens y el Dominiquino, Salvador Rosa y Vernet son hombres divinos, sin iguales en la antigüedad, la cual podemos creer que no poseyó jamás un pintor filósofo como Poussin. Si se examina la cuestión solo por lo relativo á las letras, no carece de dificultades, pues que para resolverla es preciso tener la balanza igual entre las superioridades que exigen la más seria atención. Los caracteres distintivos de la escuela griega, son la naturalidad, la sencillez, la grandeza sin esfuerzo y la imaginación: Júpiter conmoviendo al mundo, al fruncir el sobrecejo, este mismo dios sonriendo con Venus, con una gracia particular, y perfumando al Olimpo con un aroma de ambrosía, exhalada de su imperial cabellera; he aquí la imagen perfecta del verdadero genio brillante de los griegos, casi siempre guiados por la naturaleza; pero su buen juicio tenía sus eclipses, y su delicado gusto algunos momentos de rusticidad, amigos de las fábulas, las admitieron sin ningún discernimiento, las declamaciones no son raras entre ellos, y no hay ninguna escuela para ellas (esqueudes, que se permiten sin escrupulo: así las inculpaciones de Admeto á los autores de sus días, y las injurias de Hipólito contra todas las mugeres, lastimaran siempre á la razón.

Los romanos á quienes fueron por largo tiempo desconocidas las letras, lo han tomado todo de los griegos, y frecuentemente no son más que un pálido reflejo de un original de brillantes colores y lleno de armonía; pero se dirá que el segundo de estos pueblos tenía sentidos y facultades que le faltaban al primero; jamás la gravedad romana, ni aun cuando la mollicie de las costumbres había debilitado los ingenios y ocupado á las almas con dulces imágenes de voluptuosidad, pudo tomar la mezcla de naturalidad é imaginación, de realidad y ficción, ni aquella delicadeza y jovialidad que brillan siempre entre los griegos. Virgilio, y aun el mismo Horacio, tienen algo de severo y sombrío al lado de las escenas risueñas que el pálido Eurípides ha puesto en los coros de sus tragedias. Por naturaleza duros, acostumbrados á padecer sin quejarse, descontentos de Bruto, que sacrificó sus hijos á la patria, destronando á los reyes con indiferencia y derribando un imperio, sin que los conmoviese tan solo por

un instante el ruido de su caída, la piedad les era casi desconocida; y así no se encuentran en su teatro ni los dolores profundos de Hécuba, Priamo y Clitemestra, ni la desesperación de Andrómaca, ni los tiernos sentimientos de Polixenes y Egeusia, ni las lágrimas del niño Orestes, que ruega para que no se dé muerte á su hermana; y finalmente, ni aquella adhesión á la patria, que se mezcla á las más dulces afecciones del corazón y aun al amor de la vida; sentimiento natural en todas las edades, y sobre todo, en la juventud. No obstante, Terencio arrancó algunas lágrimas á los feroces hijos de Rómulo. Virgilio, nacido con una alma melancólica, vino á enternecerlos con Andrómaca, Niso y Euriato, con Lauso y Pallas; pero mucho más aún con el joven Marcelo, delicado de la corte de Augusto y esperanza del pueblo. La sensibilidad de Eurípides es más profunda que la de Virgilio, pero los presentimientos y los dolores de Evandro no tienen semejanza en todas las tragedias del autor de Hécuba. Virgilio no tenía ni el ingenio ni el buen juicio que Homero, pues que tomando la Iliada y la Odisea para formar un solo poema, no hizo más que una composición defectuosa, cuya primera parte destruye á la segunda. Las mayores bellezas de Virgilio son faltas á los ojos de la razón; pero no obstante, quien osaría manifestar el voto casi ímpro de que estas faltas no hubieran sido cometidas? Si Homero tiene escenas más grandes que las del libro segundo de la Eneida, ¿dónde puede encontrarse en él una tragedia semejante á la muerte del pueblo Troyano? Todo allí es bello, verdadero, sencillo, y no obstante, magnífico. El terror y la piedad no podrían llevarse más allá, y las impresiones que producen no resultan como en Eurípides de suposiciones inverosímiles, ó debilitadas por una rápida sucesión de movimientos que se contrapean y se borran. La pieza gira en un orden admirable, y el interés se aumenta hasta el desenlace: así todo poeta dramático que medite el libro segundo de la Eneida, debe estar seguro de hacer progresos en su arte.—Homero no pudo ni aun sospechar la admirable pintura de los amores de Dido; pero de Homero á Apolonio, el tiempo había ocasionado cambios en las costumbres que produjeron el cuadro de la pasión de Medea inspirada por Jason: esta pintura de los combates de la inocencia y del pudor contra los atractivos del primer amor, tiene una frescura y una gracia de que carece la viuda de Sicheo; y si el carácter del héroe impidió á Virgilio adornar su episodio, lo que añade al poeta griego,

y sobre todo, la elocuencia de la pasión, colocan á la imitación en una posición muy superior al original. El autor de la Eneida mutila la Iliada, algunas veces la imita de una manera poco juiciosa, pero otras la corrige con mucha felicidad. Homero conservará siempre el primer lugar, pero Virgilio sin elevarse á la misma altura, tendrá la gloria de haber dado más de una vez buen juicio á su maestro, y la Eneida aunque inferior á la Iliada, y aun á la Odisea, bajo muchos aspectos, no deja de marcar un progreso en el entendimiento humano.—No hay tragedia latina, y en cuanto á la comedia, solo Aristófanes representa á toda la Grecia, pues que nos faltan Menandro y sus rivales; Aristófanes tenía un bello ingenio, que Platon no dejó de conocer: frecuentemente elevó el tono y el fin de la comedia, y no carecía de buenas intenciones políticas; encuéntrase en sus obras coros admirablemente poéticos, pinturas verdaderas del corazón humano y rasgos de sátira la más mordaz; pero algunas veces es obscuro y aun asqueroso, lo cual desvirtúa á la reputación del pueblo ateniense en punto á delicadeza y buen gusto; pues hoy ciertamente nadie se atrevería ni aun en los más viles corrales á recitar libremente infamias semejantes á las que toleraban los griegos en el magestuoso teatro de Sófocles. Aristófanes con sus buenas cualidades, así como con sus defectos, no podría hacer contrapeso á Plauto y Terencio; pero las obras de estos dos poetas, y en especial las del segundo, manifiestan un todo una imitación que es casi un plagio; este hecho, y la expresión tan conocida de César, *dimidiate Menander*, aplicada á Terencio, expresa claramente que es preciso que Roma ceda la palma á Atenas. Otro tanto sucede en el género cultivado por Cálulo, Tibulio y Propertio, y conforme á su propio voto, les eran superiores, Safo, Simónides, Alcea y Philetas; no obstante; dudo, según su modo de sentir el amor, que ninguno de estos poetas haya unido, como el cantor de Lesbía, la vivacidad de imaginación, el modelo de la cortesía y la jocosidad, á la elocuencia y á la más dulce sensibilidad, y aun puede creerse que la ternura, el encanto y la melancolía de Tibulio, dotes particulares de la naturaleza, al hermano de Virgilio en poesía, no dejieron nada á la Grecia; en cuanto á Propertio, algunas de sus composiciones respiran una fuerza, una grandeza y una gravedad que no he encontrado en ningún escritor griego. Chaulieu, Bertin y Parry, no poseyeron el don de la poesía en el mismo grado que estos hombres famosos

pero el amante de Eleonor profirió acentos que vibrarán eternamente en los corazones. Le Bruin era insensible al mérito de Parry, mas este fue bien vengado por las elegías del ambicioso rival de Pindaro.—Las mujeres entre los griegos cultivaron el género erótico y aun algunos otros; por desgracia el tiempo no ha conservado ninguna de las obras que formaban su fama; pero toda la antigüedad comprueba que los modernos en este punto han hecho una inmensa pérdida, y el nombre de Safo, de quien no nos quedan mas que algunos versos, resonará eternamente. Despues de M^{me}. Deshoulières, que poetizó dos ó tres veces en su vida, pero sin los dones sagrados, han brillado en Francia algunas mugeres con mucho esplendor, estando colocada á su frente M^{me}. Dufresnoy, discípula de Filolo y de Propertio, alimentada con Horacio y Virgilio, cuya lengua poseía y formada en la escuela del siglo XVII, tiene una corrección rara, una elegancia clásica y un gusto puro y delicado. Un célebre escritor le concede la gloria de ser la primera muger en Francia que haya verdaderamente conocido y practicado con talento el difícil arte de la versificación; y aunque tiene alguna afectación, no carece de elocuencia cuando se deja arrastrar por las impresiones de un corazón ardiente y sensible; pero puede echarse en cara que escribiendo como hombre hábil, abandona el carácter distintivo del su sexo. La señorita Delfina Gay (hoy M^{me}. de Girardin) deseosa desde muy temprano de inscribir su nombre entre los de las mugeres dotadas de talento poético, manifestó desde un principio contrastes muy singulares: inspiraciones frescas como la mas lozana juventud, y sentimientos de otra edad que solo pueden ser adivinados: aparece á veces como una niña que juega con el amor, como con un dios desconocido; otras como si hubiera experimentado aquellas delicias mezcladas con la amargura de que habla Catulo con tan tristes recuerdos: poco despues, y sin embargo muy jóven aun la señorita Delfina Gay, se atrevió á levantar el velo que ocultaba las nacientes emociones de su corazón virginal; pero las musas indulgentes, á pesar de su reputación de severidad, concedieron gustosos á su discípula el perdón de estas indiscreciones llenas de encanto y de gracia: la señorita Gay se distingue tambien por sus valientes rasgos, por su precisión, por su elegancia y por su estilo: trabaja con calor y con cierto entusiasmo que procede de la pasión de adquirir celebridad; pero se conoce que se fatiga, y uno quisiera no

percibir nunca semejantes esfuerzos en una muger: no obstante, tiene momentos de abandono, en los cuales suele hacer vibrar las cuerdas mas sensibles del corazón. Hay grandes esperanzas en la señorita Gay si cultiva su talento, y sobre todo, si sigue algunos consejos severos é ilustrados que es capaz de oír y de poner en práctica. M^{me}. Desbordes-Valmore es siempre muger, y solo muger en poesia, este es su carácter distintivo. Nunca habíamos encontrado en los versos de las émulas de Corina y de Safo, que le precedieron, esos rasgos imprevistos, esa ingeniosa sencillez, esos misteriosos medios revelados, ese abandono lleno de encanto y esa dulce fantasia que dan tanto realce, tanta agudeza y originalidad á las mugeres poseídas del amor, y para colmo de dicha, parece que se oye la voz de una muger en la melodía de sus versos.—Sin repudiar la inagotable fuente del amor, dominio de su sexo, otra muger de nuestros días toma tambien sus argumentos en otro órden de ideas. M^{me}. Tassu, á quien distinguen la pureza, el candor, la calma de una alma serena, la elevación de sentimientos, una inteligencia viva y dotada de un juicio recto, lo cual es una superioridad, una fantasia meditada, una melancolía natural y mezclada de algunos recuerdos que no carecen de amargura, acerca de las vanas promesas de dicha con que la sociedad abusa de los corazones crédulos y confiados. Muger, madre y poetisa, ella canta las delicias del amor maternal, la cuna de la niñez, la marcha rápida de los años, los recuerdos de la juventud, las impresiones religiosas y los dones misteriosos de la poesia; sus elegías tienen un sello de inocencia y pureza que forma su principal atractivo: algun día se le llamará la Musa casta, el mas hermoso nombre que puede darse á una muger.—Ya los ingleses lo dan ó pueden darlo á M^{me}. Felicia Hemans su compatriota, quien punca ha puesto en sus escritos sino pensamientos que las mugeres puedan aprobar en alta voz, y que los hombres no teman alabar delante de ellas. La gravedad, la union, la religiosidad en las ideas, la pureza sin mancha, la nacionalidad, exaltada y el amor á la patria tan tierno como las afecciones de familia, son los caracteres de la poesia de M^{me}. Hemans, cuyo talento se distingue por un conocimiento profundo del valor de las palabras de su lengua maternal, por su pureza y elegancia, y por aquella gracia melancólica que causa un encanto inexplicable. El estilo de M^{me}. Hemans es tan exclusivamente inglés, que sus obras son intraducibles.

Miss Landon, dotada de una alma tierna, de una imaginación movible, y de una viva sensibilidad, cultiva la poesia con un éxito muy favorable; encuéntranse en esta jóven afecciones de familia y sentimientos apasionados de gloria, toda la variación de emociones que pueden vibrar en una alma de artista, y agitar una vida literaria, el vacío de la gloria, el amor, en fin, el amor puro apasionado, fiel, por desgracia, pagado con la indiferencia, estrellado por la inconstancia y destruido por la muerte. La pintura de las pasiones es toda la poesia de Miss Landon; ellas han puesto su sello á todas sus creaciones, de modo que sus obras llenas de interés, no pueden leerse sin regarlas con algunas lágrimas, y desear vivamente ser amado por una muger tan capaz de sentir las mas dulces relaciones de los corazones, y de tomar parte en los dolores mas vivos de un ser sensible. Para disputar el premio del poema lírico, Horacio permanece solo en presencia de Pindaro, pero lo que poseemos del cantor de los juegos olímpicos, no podrá igualar á la pieza, cuyo principio es: *Quatenus ministrum Julianis allelu*, oda en que están el genio, la historia, las costumbres y el carácter de Roma. Si la naturaleza hubiera dotado á Montesquieu de ingenio poético, habria pintado del mismo modo á la señora del mundo. Aunque los romanos tuviesen á los griegos un respeto supersticioso que alucinó su razon, nosotros debemos creer el juicio de Horacio acerca de los maestros de que se hizo respetuoso discípulo, marcando un intervalo inmenso entre ellos y él. En cuanto á la poesia filosófica, Horacio es el único en la antigüedad, por la esquisita mezcla de juicio, de ingenio, de gracia y de urbanidad que distingue sus epístolas. Horacio es el Luciano de la poesia, pero con mas recato, medida y buen gusto. Podría caracterizarse la obra de Lucrecio, diciendo que es un poema escrito por un romano, en cuyos versos se notan la aspereza y la austeridad de su país, con los ricos adornos y las gracias de una imaginación ateniense, pero no con la perfección de estilo de sus maestros, y puede compararse á un trozo del mas esquisito mármol, cuya parte superior es un dios de mano de Fidias, y el resto una informe masa apenas deslizada por el cincel. Entre los modernos, no se encuentra en el poema filosófico nada tan elevado como la obra de Lucrecio, y nada tan acabado como las *Georgicas* de Virgilio: si Delfina no es un poeta de primer órden como Lucrecio, sí no se remonta como él con un vue-

lo de águila, reemplaza con el brillo de los colores, con la riqueza y la variedad de estilo, y con otra porción de bellezas lo que le falta de alta y profunda inspiración, y si su poema de la imaginación fuera trasmitido á nuestra edad por los antiguos, seria objeto de los mayores elogios. En las *Estaciones* de Thompson brilla la poesia en las descripciones, y el encanto en la pintura de los sentimientos; el patriotismo del autor que no alaba mas que las grandes virtudes y los grandes servicios hechos á la libertad, nos inspira una simpatía mucho mas viva que el patriotismo de Virgilio, que profana la santa poesia con el elogio de César y de Augusto, y no se atreve á acusar á Sylla. Ovidio es todavia mas poeta griego que Lucrecio: sus *Metamorfosis* forman una serie de encadenamientos semejantes á los de Arriada, y parece que no han costado mas esfuerzos que los prodigios creados por el amante de Reinoldo. El mérito de la composición, las ingeniosas analogías, el arte de las transiciones, la variedad de tonos, el talento de recrear el entendimiento y de commover el corazón, y el de comunicar ya un dulce interés hacia un objeto, ó ya de hacerlo enteramente dramático, se reunen para hacer á esta obra única en la literatura. Los modernos ni tienen ni podían tener un Ovidio, pero tienen un Ariosto, y el *Orlando furioso* sobrepaja en mucho á las *Metamorfosis* por su variedad, su riqueza poética y el arte de interesar al lector, aun impacienciándolo frecuentemente, interrumpiendo relaciones y escenas que ocupan todava atención. La obra de Ariosto no solo es digna de ponerse en paralelo con las *Metamorfosis*, pues en algunos puntos rivaliza con la *Iliada*, y es en su conjunto el modelo de la epopeya heroica y de la cómica reunidas en una misma composición. Hemos perdido las obras de Luellio, pero Horacio y Juvenal, que se parecen tan poco, son en la sátira modelos que no tienen semejantes. El segundo de estos poetas se distingue como Tácito, por una especie de bellezas grandes y sublimes, desconocidas en la escuela griega. No omitiremos el notar que el pintor de Tiberio ha hecho con solo la verdad, una sátira del hombre mucho mas enérgica y profunda, que los retratos, hijos de la cólera de Juvenal, que nos hacen dudar algunas veces de su convicción. Despues de haber leído á Tácito, no se encuentran ya hipérbolos en Juvenal. Apesar de Tito Livio, Salsustio y Tácito, algunos críticos podrían vacilar en recusar la superioridad histórica á Herodoto, Tucídides y Xenofonte; no obstante,

las décadas de Tito Livio nos desarrollan un vasto cuadro, cuya magnificencia impone. Aun guardando las supersticiones, la razón ha hecho muchos progresos en las relaciones del escritor, que Augusto llamaba el pompeyano. Excepcionando dos declamaciones ambiciosas, habla mejor Salustio, como hombre de estado, que sus maestros; su narración es un modelo de rapidez, concisa, sin afectación ni oscuridad. En cuanto a Tácito, Racine le ha señalado su lugar, llamándole el más grande de los pintores del corazón humano. Ni el siglo de Homero ni el de Pericles, habrían podido concebir un Tácito; era preciso que vinieran Tiberio, Nerón, Domiciano, Agripina y Germánico, para que túyésemos nuevos anales del hombre.

Fenelon daba el premio de la elocuencia á Demóstenes, no apelaré del juicio de autoridad tan imponente: si, Demóstenes es á mi modo de ver el príncipe de la elocuencia, y la tribuna parlamentaria debe tratar siempre de tomar el vigor, la concisión, el recto juicio, la argumentación, el poder dramático y la soberana autoridad de las palabras del vencedor de Eschines. Verdaderamente Demóstenes estaba creado para regir á un pueblo desde la tribuna. Sigamos, pues, la escuela de Demóstenes, mas bien que la de Ciceron, así servirá-

mos mejor á los intereses de la causa sagrada, consultando al primero mejor que al segundo, de estos modelos. ¿Pero tuvo la Grecia un ingenio tan bello como el orador romano? Cuán la fama no merece Cicerón! Cuantos dotes no encerraba en sí, cuántas facultades, cuántos conocimientos y cuántas luces de que carecía Demóstenes! Si no tiene la audacia homérica y la sencillez del príncipe de los oradores, si frecuentemente juega con las palabras que parecen rayos en boca de Demóstenes ¿no posee en cambio mas riqueza, mas fecundidad, y sobre todo, mas ternura? El ha hecho como Virgilio con respecto á Homero, frecuentemente ha dado mas alma á la elocuencia: cuántas lágrimas no nos arranca por la muerte de Gracivo! Cuán poderosas son sus palabras, haciendo caer de las manos de César la sentencia de muerte de Hircario! Cuán terrible se muestra contra Antonio el lugar-teniente, el amigo, el vengador de César! Con qué placer encontramos en los diálogos filosóficos á los hombres mas grandes de la república, departiendo juntos sobre los objetos mas eminentes del universo la virtud, la patria y los dioses! Toma debió su Cicerón á la antigua Grecia, pero esta no produjo un Cicerón en su seno.

(Concluirá.)

DE LOS VOLCANES.



ALGUNOS geólogos del siglo pasado consideraron los fenómenos volcánicos como producidos por la combustión espontánea de las pirritas ferruginosas encerradas en el interior del globo; cuya hipótesis se fundaba en una experiencia curiosa, conocida con el nombre de *Poteau de Lémery*. Esta experiencia consiste en colocar en un agujero hecho en la tierra, una mezcla de 60 partes de limadura de fierro y 40 de azufre en polvo, humedecida con la cantidad de agua suficiente para formar una pasta poco espesa; la que al cabo de cierto tiempo se hincha, se calienta, se resquebra y comienza á exhalar vapores gaseosos; acabando por inflamarse con una explosión mas ó menos

violenta, acompañada de la proyección en el aire de fragmentos de fierro en ignición. Esta analoga existe en verdad, entre estos fenómenos interesantes y los que presentan los volcanes en sus sorprendentes erupciones; pero esta analoga no es mas que aparente, porque la experiencia solo se verifica cuando está el fierro en estado metálico, que es puntualmente como no se encuentra en el interior de la tierra, en donde permanece siempre combinado con el oxígeno ó con otros cuerpos.

Sir H. Davy procuró despues dar una explicación de las erupciones, fundándose en que existen metales capaces de inflamarse espontáneamente por el solo contacto del aire ó del agua, tales como el potasio y el sodio; y supuso que en los primeros tiempos, en que existían estos metales en gran cantidad sobre la

tierra, se encendieron de este modo y formaron un todo en ignición, cuya superficie se convirtió despues en una costra mas ó menos espesa de cuerpos quemados: que las aguas en seguida se espacieron sobre esta primera capa sólida, penetraron al través de sus grietas y fueron á determinar nuevas descomposiciones, obrando sobre los metales que se hallaban en el interior, de lo cual se originaron elevaciones de terreno y erupciones volcánicas. De este modo explica porqué debieron ser estas mas frecuentes en los tiempos antiguos, é infiere que irán siendo mas y mas raras, á medida que aumente de espesor la capa superficial de la tierra. H. Davy cita en apoyo de su opinión, la naturaleza de los gases que exhalan los cráteres de los volcanes, pues son precisamente los que resultan de la descomposición del agua por los metales; pero sin embargo, se objeta contra su teoría que el grado mas alto á que puede elevarse la temperatura de la tierra, se encontraría entonces á una profundidad determinada, en cuyo punto estaría la combustión en actividad, y tendrian su origen las erupciones; y que de allí en adelante debería ir disminuyendo progresivamente con la profundidad esa temperatura, lo cual es contrario á los hechos observados.

En el día la opinión que parece reunir mayor número de partidarios es la de Cordier, que consiste en mirar los fenómenos volcánicos como producidos por la irrupción fortuita ó periódica del agua del mar sobre las materias centrales de la tierra, que el calor interno del globo mantiene en un estado constante de fusión; opinión que Gay-Lussac ha esforzado con sus importantes consideraciones sobre la naturaleza de las sustancias salinas arrojadas por los volcanes.

Cardier piensa que al principio estuvo la tierra en un estado completo de fusión, al cual y al movimiento circular, es debido su aplastamiento hacia los polos; y supone que su superficie exterior se enfrió y solidificó por el contacto del aire, mientras que su interior permaneció mas ó menos fundido, en proporcion de su distancia al centro. Y en efecto, las numerosas experiencias hechas en las minas, parecen probar que el calor interno del globo aumenta en proporcion directa de la profundidad, y segun las observaciones termométricas hechas en el Observatorio de París, se puede apreciar este aumento; en un grado por cada 30 metros de profundidad; de suerte, que calculando segun estos datos, se encontrará á 2,200 metros una profundidad igual á la del

agua hirviendo, y á una distancia muy pequeña con relación al radio de la tierra, un calor suficiente para mantener fundidos todos los metales y una gran parte de las rocas. Si suponemos que este calor sea de diez grados del pirómetro de Wedgwood, y calculamos como antes, veremos que se halla á 200,000 metros, es decir, á una distancia igual á un 37 avo del radio terrestre; pero si se atiende á la naturaleza de las lavas y al poco tiempo que media entre los síntomas que indican las erupciones y el en que se verifican, será preciso concluir que la fluidez central comienza á una profundidad menor.— Se sabe además que la densidad de la tierra aumenta tambien con la profundidad, de suerte que su interior no puede estar compuesto de sustancias minerales, cuya densidad es mucho mayor que la de los cuerpos que constituyen su superficie. Así es que por todo lo expuesto se debe admitir que el interior del globo está formado de sustancias metálicas en estado de fusión.

Esta hipótesis de la fluidez actual de la masa interna y de la acción que sobre ella ejercen las aguas del mar, se presta admirablemente á la explicación de los hechos observados; pues si consideramos que al llegar estas aguas sobre los metales y demás sustancias en ignición que ocupan el interior del globo, debe haber una gran descomposición, concebiremos la formación de multitud de gases, cuya presión inmensa se ejerce contra las paredes interiores de la capa superficial terrestre; comprendemos facilmente los fenómenos de las erupciones, como los temblores de tierra, las elevaciones de terrenos, las dislocaciones de montañas y la formación de aberturas y hundimientos en la superficie del globo, así como tambien la de esos vastos respiraderos por donde arrojan los volcanes sus lavas, sus llamas y sus gases, la desolación y la muerte.

La hipótesis de que se trata explica tambien la identidad de las lavas arrojadas sobre diversos puntos de la tierra, aun los mas distantes, y su semejanza con las rocas de los terrenos que parecen haber sido formados por elevación. En fin, explica igualmente el calor de las fuentes termales, su composición salino-mineral y los gases que continen. Aun es preciso observar que los volcanes, exceptuando dos situados en el Asia central, y cuya existencia es dudosa, están colocados casi todos á una distancia muy pequeña de las riberas del mar: esta notable disposición, así como la abundancia de cloruros y aun de sal marina, encontrados entre los productos volcánicos, no

parece probar evidentemente que el agua del mar influye de un modo particular en la pro-

ducción de estos fenómenos sorprendentes y llenos de interés?

(Traducido para el Liceo, por C.)

TERREMOTO DE LIMA EN 1687.



A historia del Perú cuya nación está tan enlazada con la nuestra por sus conquistadores, y por consiguiente, por sus costumbres, idiomas, forma de gobierno durante el régimen colonial, y religión, cuyos hechos están tan unidos con los de la Nueva España, de donde, como hasta ahora se la ha visto y se verá en todo el discurso de la galería que estamos publicando, pasaban los mas vívres al Perú después de su gobierno en aquella, y sobre todo, el ser potencia del continente americano y posesión española, nos ha movido á dedicarla algunos artículos que creemos con sinceridad, serán leídos con interés por las mismas razones que nos excitán á escribirlos. La residencia del Duque de la Palata, su virey, que hemos visto inédita, nos suministra algunos datos respecto del tiempo de su administración, y aunque no conservemos sus mismas palabras, procuráremos transmitir á nuestros lectores las propias ideas y sentimientos del autor, para que juzgue por sí mismo los hechos que no le alteráremos, contentándonos con ponerlo al cabo de las circunstancias de la época, sin limitarnos únicamente á escribir de esta, sino que en otros artículos lo haremos de épocas anteriores.

Habíase notado durante algunos días del año de seiscientos ochenta y siete, que una imagen de la Madre de Dios, la cual se veneraba en uno de los templos de Lima, pederrambaba copiosas lágrimas!!! Esto en el pueblo no dejó de producir los efectos de costumbre: se atribuyó de luego á luego á milagro, que según el duque se espresa, fué visto con suma indiferencia por las autoridades, hasta tanto que se dejaron experimentar los fuertes sacudimientos de tierra. Cuando estos hubieron causado sus estragos, el Duque se dolía mucho de haber despreciado en

su concepto un *oxio del cielo*, pues no atribuye el *llanto de la imagen* á otro motivo que al dolor que la causaba el castigo que por la corrupción de los habitantes de Lima los amenazaba tan de cerca, y reputa el Duque que únicamente *lloraba la imagen* por aplacar al Eterno justamente irritado, lo que á su entender produjo que la ciudad no quedara completamente arruinada y sus moradores con vida y hacienda, y además, por dar á estos un aviso, razon por la que es venerada desde entonces bajo la advocación de la Virgen del *Aleto*. La noche pues del veinte de octubre se sacudió con tanta fuerza la tierra, que solo el movimiento despidió de sus camas á los que yacían en ellas. Puso tal miedo el terremoto en los linceos, que todos ellos, sin diferencia de sexos ni edades y condiciones, salían á las calles y plazas públicas pidiendo misericordia. Los edificios quedaron muchos arruinados, los demas lastimados, sin permanecer lleso uno solo. A la madrugada del día siguiente nacida la aurora, ya que con el crepúsculo podían distinguirse los unos á los otros con alguna perfeccion, cuando el miedo habia cesado y dado lugar á la reflexion, se hallaron muchos desnudos de toda ropa y algunos en paños menores, tales como se hallaban en sus camas en el momento en que el terremoto los hizo salir de ellas; y es de advertir que aunque su fuerza cesó en la misma noche, á cada momento repelia con alguna suavidad, lo que hizo que nadie se atreviera á volver á su casa. Sin embargo, luego al punto que se notaron desnudos los que lo estaban, probaron á volver por alguna pieza de ropa para cubrirse, como lo hicieron.

Cualquiera puede imaginarse el trastorao que reinaba en ese dia en Lima, pues fué necesario comenzar por construirse cada uno un albergue donde guarecerse de pronto de la intemperie. He aquí una verdadera república

democrática en que todos eran iguales, confundidos como lo estaban allí los ricos, los nobles, los señores, los blancos, con los pobres, la plebe, los esclavos, los indios y las castas, todos en una perfecta igualdad, y si habia alguna diferencia, la superioridad se hallaba en las clases infinitas que acostumbradas á la desndez y á las miserias consiguientes á su infeliz estado, al trabajo duro, á dormir expuestas á la inclemencia, resistirian con mas facilidad la nueva suerte á que el suceso las sujetaba, que las clases acomodadas no avezadas á los trabajos y si á la holganza, hechas á dormir en muelles lechos, y lo que ahora debió agregarse, que habrian dejado ó dejarian quizá sepultadas sus riquezas en los escombros de sus magnificas habilitaciones, lo cual contribuiría tambien á hacerles mas penosa su infeliz situacion.

Después con todo, de pasados los primeros momentos, calmados algo los ánimos, el virey comenzó á desplegar una suma actividad; por de pronto para asegurar á los capitalistas, hizo distribuir su escolta de manera que custodiasen las desiertas casas, nombró dos alcaldes que acompañados de los dos orlandarios que ya tenia la ciudad, se repartiesen por las calles, de suerte que pudieran cuidar del buen orden y mantener en el estado mejor posible en aquellas circunstancias la policía, hizo por último poner en la plaza los tesoros y bienes muebles de los particulares, para que estando á su vista fuera menos fácil que se estraviasen, reuniendo en un solo lugar el objeto de la atencion de su escolta, y además señaló comisarios que cuidasen en cada manzana y en cada calle. Comenzaron en aquel mismo dia á formar casas de carizales en todas las calles y plazas para servir de morada á los habitantes, y la del virey se puso en el centro de la plaza principal. Allí pasaba los dias y pasaba tambien las noches: allí despachaba sus negocios familiares, y allí atendía á los negocios públicos, era aquel lugar en fin, su morada y el gabinete del estado. La ciudad de Lima realizó entonces el soñado gobierno patriarcal, cuyo jefe único era el Duque de la Palata. En efecto, no habia tribunales, ni municipalidad, ni autoridades de ningún género fuera de la del virey, quien aun despachaba los negocios del estado sin guardar las solemnidades legales, los administraba por sí y ante sí sin autorizacion de secretario y sin otra forma que pudiera salvar la ilegítimidad de sus actos mas que la necesidad; entonces me convencí, dice el mismo aunque sobre otro asunto, que las leyes subsis-

ten mientras satisficen las necesidades públicas, y no de otra manera."

Ordenó el duque que se reparasen los edificios en cuanto fuese posible: por lo que respecta á las iglesias, se hallaban en un estado verdaderamente deplorable, y su reedificacion era obra de muchos años, y tambien de mucho costo, pues según cálculo, muy bajo, importaría la suma de doscientos mil pesos; así que se dejó para otra ocasion, mas como quiera que fuese necesario depositar el sacramento en un lugar decente, pues se hallaba en la plaza debajo de una enramada, previno al cabildo que ya que no era posible que se reuniera en Catedral, muy bien podía hacerlo en el Sagrario, cuya capilla, siendo de unas dimensiones regulares, prestaba comodidad para hacer las veces de la catedral: pero aun esto no quisieron por los continuos temblores que no cesaban, poniéndoles miedo. Apenas algunas capillas se conservaban algo buenas, los demas tiempos estaban en un estado casi de ruina. Para reponer un tanto el Sagrario y sostener á las enclaustradas, únicas personas que se habian conservado dentro de las habitaciones, y que estaban en extremo necesitadas y desalentadas, ordenó el virey que se les diese una suma regular de dinero.

El palacio, las casas de ayuntamiento y demas edificios, exigían iguales reparaciones á las que demandaban los templos; por lo mismo determinó el duque que de tablas se construyesen dentro de palacio unas piezas, que sirvieran á los tribunales para su despacho, lo cual se hiciera de toda preferencia, y hecho se preparasen obras para las oficinas del vireinato. Púsose mano á la obra, y en tanto que esta se hacia, continuaban en las habitaciones provisionales en la forma que tenemos dicho.

Este era el estado de las cosas, y de improvisto se vió de nuevo amenazada Lima de otro gran peligro. A las once de la noche del 12 de diciembre, cuando todos soñaban en el mayor recogimiento, fué súbitamente turbado este por una gran grietaria que se dejó oír de todas partes: todos corrian á salvarse en las montañas y allorás inmediatas, anunciando en altas y descompasadas voces que el mar, sacudiendo de sus límites naturales, corría con precipitacion á la ciudad. De los conventos mas observantes se salieron los frailes, consumiendo ántes las formas que se conservaban, y en seguida cargando con lo que podian salvar. La plaza se llenó de un inmenso gentío, que creyendo, como era natural, que el virey estuviese al cabo de lo que pasaba, procuraria

huir el peligro, y siguiéndole, sería más fácil y más seguro evitar á su lado el riesgo; por lo ménos le observarían todos sus movimientos, y ellos les indicarían hasta donde debían temer. Entre tanto, las noticias se exageraban como de costumbre en tales lance, se dijo al Duque que el Callao había sido cubierto por el agua y que esta se aproximaba cada vez más. No dejó de poner temor tal noticia en el de la Palata, pero este, así lo asegura, *reflexionando que todo era castigo de Dios*, consideró que en cualquier parte que se hallara, había de perecer, porque es difícil al hombre ocultarse del Señor, y así se resolvió á recibir allí la muerte. Sin embargo, y forjando con imparellidad, sin estar al simple dicho del Duque, lo cierto es que esto pensó muy bien, como lo afirma en su residencia, que algunos deseos de apoderarse en medio del desorden de los caudales que custodiaba la escolta en la plaza, quisieron, poniendo miedo á la escolta y al mismo virey, hacer que buyesen y dejasen solos los tesoros; también pudo muy bien suceder que existiendo diez piratas de consideración en la cárcel, se les tratara de facilitar la fuga. A pesar de la *piadosa conformidad* del Duque con la *voluntad divina*, ello es que al momento reencargó la vigilancia á sus soldados en la plaza, y distribuyó ademas centinelas en las esquinas de la cárcel. Hecho esto, mandó á unos que se aproximasen por el Callao, y volvieron á darle cuenta de lo que hubiesen visto, y á fé que no sería con resignación de permanecer en Lima, si se confirmaban las noticias que le habian sido dadas. Siempre, con todo esto, es muy digna de alabanza la serenidad de ánimo del Duque después de tan continuados peligros á que se habia visto espuesto por el primer terremoto, y los que le sucedían casi sin interrupcion por mas ya, hasta aquella fecha, de mes y medio.

Acabose enteramente de tranquilizar el virey con la vuelta de los comisionados, que vinieron desmintiendo todas las noticias que so-

bre la salida del mar habian corrido aquella noche. Procuró, pues, al momento, hacerlo saber á todos, pero espresa que le costó un inmenso trabajo, porque muchos aprovechando la ocasion, creyéndola oportuna para desagraviar al cielo, no contentos solo con implorar su misericordia, decían en alta voz sus pecados, haciendo con esto una confesion publica.

No solamente Lima padeció con el terremoto de octubre: todas las poblaciones resintieron algunos males, pues solo para la recedificación de las catedrales metropolitana, de Arequipa y del Callao, que en su clase eran las únicas que la necesitaban, se calcularon de pronto, precisos, ciento veinte mil pesos, se senta para la de Lima, cuarenta para el Callao y veinte para Arequipa. Sin embargo, los males de las demas poblaciones nunca llegaron al estremo que en Lima.

En los primeros dias de enero de 88, se reunieron los tribunales y el virey en el palacio, construidas las piezas que se mandaron formar de madera, en cuya situacion las halló el conde de la Monclova, á fines del mismo año, que fué á encargarse de aquel gobierno, acabado de salir del de la Nueva-España. Esto por lo que respecta al palacio, en cuanto á las iglesias, apenas se daba paso á reponerlas por competencia que suscitaron los prebendados eclesiásticos con el virey, que queria se costeasen de las prebendas vacantes, afirmando aquellos que pertenecía al gobierno en virtud de ser *patrono, como fundador* de las iglesias de América. Sobre esto hablaremos otra ocasion, al escribir, tomando noticias de la misma residencia, sobre el estado del clero del Perú, durante el gobierno del Duque de la Palata. Por ahora, para concluir este artículo, decimos que el Duque con su familia estuvo reducido á vivir y despachar los negocios públicos en la pieza de carrizales, durante setenta y tres dias, segun espresion del mismo.

CARLOS M. SAavedra.



ENSAYO.



ONOZCO muy poco el corazon de las mugeres, y por esta razon me abstuve hasta ahora de publicar mis propias observaciones acerca de esta bella mitad de los seres dotados de razon; pero alguna vez habia de romper mi prudente silencio, aun cuando no hubiera antes largamente discul平o la materia, si considerádola bajo todos los puntos de vista y en todas las relaciones que presenta á un espíritu analítico. Admirábame tiempos atras la envidiable facilidad con que sale del apuro la multitud anónima ó nominada de literatos de *feuilleton*, que campea siempre en las partes bajas de las publicaciones periódicas, como si fuera ella la base en que estas se apoyan y sostienen; admirábame que un *folletinista* de barba á la paña de Bruto, y sobre todo de anteojos que son el *signum sapientiarum*, en cuatro lineas robosando de ingenio despedazase á autores y actores dramáticos, aun cuando durante la representacion no hubiera apartado de la vista de alguna linda *Esmeralda* ó *Flores-de-Maria* (nombres que hemos sustituido á las *Nixes* y *Filis* de los amantes de egloga; admirábame también otras muchas cosas de este jaez, y sobre todo la imperturbabilidad y el *aplomo* de los heroes de boletín. Pero á su vez admitírase vds. señores lectores, de la fuerza del ejemplo continuo: de la admiracion de tales cosas pasó á familiarizarme con ellas, y de la familiaridad á la práctica. He aquí por que medios llegué á animarme á publicar este ensayo *Purice, nec factum*.....

Muchos autores de muchas naciones, de diferentes edades y especialmente de diversas opiniones, han escrito mil finezas acerca de las mugeres: todos casi han juzgado verdades incontestables, ya que su sensibilidad es más esquisita, su talento más perspicaz y su imaginacion más viva; ya que su serenidad en lances criticos es inmensa, su astucia prodigiosa y su locucidad infuilla; ya que no guardan término medio entre la virtud y el crimen, entre la fidelidad y la prostitucion, entre la frialdad de temperamento y un temperamen-

to ardiente; y ya en fin que si sucumben, lo deben á la vanidad ó á la compasion, y si se sostienen, á la conciencia que de su debilidad tienen los hombres, y á la desconfianza en que por esta propia debilidad viven siempre ellas mismas. Empero yo que tengo acerca de las mugeres muchas ideas raras, que pienso esplayar en un libro cuando el hambre apriete, ya que esta necesidad es el móvil general de la literatura del siglo; trato de desentenderme de estas graves cuestiones para descender á la mia, que es harto sencilla, motivada exclusivamente por una coqueta que conocí en mis mocedades, á quien uno de mis amigos amaba con delirio, como aman todos los hombres á las coquetas.

Esto es cierto: á parte de ese artículo que las distingue y caracteriza, ademas de esa destreza ingeniosa con que saben medir el placer que dan, variarlo cuando fastidia, y escasearlo á medida que empalaga y va enfermando al amante (la dieta siempre produce hambre); á parte de todas estas ventajas para triunfar del sexo masculino, tienen la formidable, la incontestable de interesar, de irritar el amor propio de los hombres con mas intensidad, con mas ardor que las demas mugeres. Y en efecto, en un círculo de adoradores que obsequian y asedian á una coqueta, que aspiran á la preferencia y ven con recelo y colera á sus rivales, obran no sé si una antes que otra ó ambas á la vez, dos pasiones íntimas, terribles, volcánicas: el amor á ella y el amor propio; los primeros resultados de las dos grandes leyes de todos los seres: la reproduction, la conservación. Están, pues, en movimiento, en accion continua y violenta así la causa de aquellos sentimientos que tienden á la excentricidad, á derramarse en rededor y á fecundar todo lo que tocan, como la de aquellos que se concentran en nosotros mismos íntimos y aislados, y son cuando esclusivos, el patrimonio de las almas mezquinas. La coqueta bastante hábil para mantener en incertidumbre y con esperanza á todos sus adoradores, les interesa mas, muchísimo mas que aquella mugere que, guiada por un afecto sincero hácia

no hombre, satisface al amor de este, malándole el orgullo, desde el momento en que manifiesta corresponderle y le fortifica exclusivamente en su pasión; por que de este modo se apoya en un sentimiento solo, aunque mas duradero, mientras que la otra escita dos que se apoyan mutuamente, los irrita sin apagar ninguno, y sabe aplicarlos cuando se debilita el antidoto de una falsa esperanza.

Pero si la coqueta aplica esta esperanza en dosis abundante y á las claras, corre el riesgo de comprometerse altamente ya respecto del amante enfermo, ya respecto de los demás; de desanciar entonces al primero, le pierde; de continuarse esperando, pierde á los segundos. Así pues, las coquetas, bien que el círculo de sus amantes varía diariamente, se sostienen merced á una política tan astuta, como la de un país que rodeado de enemigos terribles, con el poder de unos contrasta al de otros, y con la inutilidad de todos compra su propia conservación.

Pero este estado de agitación y desconfianza, de disimulación ó incertidumbre, puede solamente lisonjear á una pasión, que se ha repetido hasta el fastidio, no se si con fundamento; es el móvil de todas las acciones de las mugeres, su ídolo, su ángel custodio pocas veces y su demonio tentador las mas: la vanidad! Empero el amor, que es la vida de las mugeres, el soplo creador que vivifica la belleza, y la reproduce y trasmite de generacion en generacion, no puede ser lisonjeadó ni seducido por el coquetismo; para ello sería necesario que antes se despertara tan bello sentimiento en los senos del corazón; instrumento de que se hallan desprovistas las coquetas. Es pues, á una vanidad exaltada y frénética á la que incensan y sacrifican toda su juventud, y acaso tambien toda su vida; contrarian los sentimientos mas puros y naturales de su alma, subordinándoles á un sentimiento hastiado, egógeno de un egoismo refinado; desdiseñan esos gozes ideales y voluptuosos, puros y aereos, por decirlo así, de una llama correspondida; esos suspiros mútuos que apagan en los labios la timidez de los amantes ó la presencia de los extraños; esas mútuas miradas furtivas, cuyo efecto se siente inmediatamente en el corazón, que parece nadar en una atmósfera de luz y desmayarse en un mar de inefables delicias; y por qué? por la vana satisfacción de ostentar una serie de amantes mas ó menos apasionados, desde el número primero hasta el cuarenta ó mas; pues se gradúa el *savoir faire* de una niña por el mayor ó menor nú-

mero de galanes á quienes, segun la inocente expresion de las coquetas, trae al *retornero* ó hace *ruibar*.

Veamos ahora los resultados que al fin puede acarrear esta conducta. Los amantes se desengañan tarde ó temprano; y la belleza no es la que mas largamente resiste á la ley general de todas las cosas terrenas. Una de las armas del coquetismo es el amor propio de los hombres; la retirada de estos hiero el amor propio de las coquetas; el amor es su segunda arma, y cuando llegan á unamorarse devoradas (que suele suceder) el amor se torna en la espada que hiera la mano que la empuña.

Así, pues, los mismos sentimientos con que tortura á sus adoradores, suelen constituir las mas veces el suplicio tremendo de la coqueta. La edad aja sus facciones, y el desprecio de los amantes, su vanidad; entonces es el abastirse miserablemente hasta el polvo, el usar en valde de todos sus artificios y monerías para seducir á un hombre, que conoedor acaso del terreno, permanece impassible y frio espectador de los atractivos de la sirena; lastimando así su amor propio y exaltando su cólera: ó ya viene á apasionarse locamente de quien mismo la merece, de un fante, de un avaro, de un *cualquiera*, que castiga, ciego instrumento de la Providencia, los anteriores extravíos de la coqueta, la humilla, la marchita, si la desprecia; ó la destruye enteramente, la anogada en su porvenir, si la conduce á las aras. Esto último no es muy frecuente: se ha observado que pocas, muy pocas coquetas se casan, y que muchas, muchísimas llegan, arrastrando con pena y envidia un estéril celibato, á una edad en que las que son ricas celibato, á una *coqueta serenate*, y las que no lo son, buscan consuelos en los devotos ejercicios, en las continuas ceremonias religiosas; pero su religion es tanto menos pura, cuanto que nace de un impuro despecho, y me parece tanto menos acepta á los ojos de Dios, cuanto que le entregan un corazón lleno aun de vanidad, que ama á la Providencia porque ya no tiene otra cosa que amar, y que acaso ni aun en este último y forzoso amor abandona su habitual coquetismo.

Los placeres de la coqueta se cifran en una sola palabra: vanidad; sus pesares en muchas: desamor, desprecio, esterilidad, tedio, aislamiento. Yo no he averiguado aun si las coquetas se forman por si mismas, como afirman los hombres, ó si las forman estos como azeveran las mugeres. Sea de ello lo que fue-

ANIL

MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

se, en nada atañe á mi propósito, ni la causa puede jamas legitimar el resultado.

En cambio parád las mientes en el porvenir de una jóven juiciosa y modesta, que tendrá vanidad como todas, pero que la reprime con cordura y entrega su corazón todo entero á un amor puro: ved en sus ojos las seductoras señales de una ternura sin límites; de una bienaventuranza que preludia la eterna; ved-

la mas adelante apoyarse en el brazo de un esposo, ya en el hombro de sus hijos; gozando de aquella felicidad que es asquillo en la tierra; y vedla en fin, descendiendo al sepulcro llorada por una familia que la amaba, y rodeada de todos aquellos consuelos, que en tan amargo trance dan á los justos una vida sin mancha, una fe sincera, desinteresada y voluntaria, y una religion purísima y consoladora.



ORNITOLOGIA.

EL MILANO.



SEGUN Cuvier esta ave el MILANO, pertenece al primer orden de la segunda clase de las vertebradas y á la segunda gran seccion de las aves de rapina, en la cual comprende á los halcones que subdivide en aves de rapina nobles y aves de rapina innobles: el Milano, se coloca por su timidez en esta última clase pues no es útil para la cetrería. Esta ave parece ser un término medio entre el gabilan y el pernoctero, así por el color de su plumage como por su tamaño. El Milano tiene cerca de dos pies y dos pulgadas de largo, desde la punta del pico hasta la estremidad de la cola, pesa cerca de dos libras y media, su cabeza es pequeña en proporcion al resto de su cuerpo, su pico tiene cerca de pulgada y media de largo, retorcido hácia abajo y cubierto en su base con una pielecita desnuda y de un color amarillo oscuro; el de todo el pico es como de cuerno, excepto la punta que es negruzca: sus ojos son redondos colocados lateralmente y rodeados con un círculo casi negro del color de la pupila, la cual resulta en el centro de un contorno amarillo como el iris: su vista es tan perspicaz como rápido es su vuelo, dice Buffon. Su cuello asíco-

mo su cabeza es poco proporcionado con las demas partes del cuerpo, es corto y está: guarnecido con plumas largas, pero escasas: sus alas cuando las tiene cerradas, se cruzan sus estremidades sobre la cola á distancia de una pulgada poco mas ó menos, y cuando las estiendo para volar tienen mas de cuatro pies y medio de punta á punta: cada una se compone de seis pulgadas grandes desiguales, y la cola de doce tambien desiguales y dispuestas de manera que resulta la estremidad ahorquillada: las patas de un tamaño regular y cubiertas de una especie de escamas amarillas color de oro, tienen cuatro dedos, tres anteriores y uno posterior largos y armados con presas reforzadas y no muy largas. El vuelo del Milano es rápido y sostenido y pasa la vida en el aire. "Casi nunca descansan, dice Buffon, y recorre diariamente espacios inmensos, y este gran movimiento no es un ejercicio de caza, de persecucion, ni siquiera de descubierta, puesto que el no caza jamas; sino que parece mas bien una necesidad y como que el vuelo sea su estado natural y su situacion favorita. El modo con que lo ejecuta es á la verdad digno de admiracion: sus alas largas y estrechas permanezca como inmóviles, y la co-

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MEXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE

la parece que dirige todas sus evoluciones, moneándose de continuo; se remonta sin esfuerzo ninguno, ó baja como si resbalase sobre un plano inclinado; nada al parecer mas bien que vuela; precipita su carrera, la enfrena, se detiene y permanece como suspendido ó clavado en un mismo punto, mecidiéndose horas entoras sin que pueda uno percibir el menor movimiento en sus alas."

El Milano es originario de Europa, pero sus especies se han esparcido por todas las regiones del globo. "Donde quiera, dice el autor citado, son mucho mas comunes é innumeros que los buitres, frecuentando mas y de mas cerca los parages habitados. Ahitan en sitios mas accesibles; raras veces hacen su morada en el desierto, y prefieren siempre las llanuras y colinas fértiles á las montañas estériles y escarpadas." Como cualquiera presa les sabe bien, y cualquier alimento les conviene, y siendo así que á medida que la tierra produce mas vegetales, está al mismo tiempo mas poblada de insectos, de reptiles, de aves y de

animalejos de toda suerte: por esta razon establecen de ordinario su domicilio á la falda de las montañas y en los terrenos mas pingües y abundantes en caza, volateria y pesca."

El Milano se para sobre una rama, y conserva siempre una imperturbable serenidad, sus miradas denotan una feroz estupidéz, una indiferencia y una calma que hacen dudar de su instinto. La hembra del Milano no diferencia del macho, pone dos ó tres huevos, y al cabo de tres semanas, poco mas ó ménos, nacen los polluelos, los que permanecen mucho tiempo en el nido antes de lanzarse á los aires; así es que los milanos no tienen mas que una cria cada año. Mr. de Saint-Amour, dice, "que estas aves una vez unidas hembra y macho, jamas se separan, y que envejecen juntas durante siglos, sin contraer otra alianza matrimonial sino á la muerte de alguna de ellas." Singular ejemplo de fidelidad conyugal!.....

P. T.

PASARA A TIEMPO.



N una de las antiguas y ricas ciudades de España, plantel de hombres ilustres; recinto de Minerva, donde en cien templos se la tributa holocausto; testimonio palpable de sublimes hechos, mansion de reyes en otro tiempo, y en donde aun se conserva fija en la pared de una de sus plazas la escarpija en que fué espuesta la noble cabeza del mayor de los validos, D. Alvaro de Luna. En esta ciudad decorada profusamente con monumentos santosos, con calles espaciosas, con niplias esguavas, que llevan en su curso las aguas cristalinas del Pisuergra, cuyos muros bañan para aseó de sus moradores; en donde multiplicados y comodios puentes dan paso de una en otra, á infinidad de naturales y extranjeros, y en donde tambien yo residia no ha muchos años. En esta ciudad, sin embargo, se deja sentir un terrible mal de que no pocos inocentes han sido victi-

mas; y es que á pesar de lo espuesto, hay muchas calles que no participan del beneficio de las tales esguavas, y las casas situadas en estas, adolecen además de no tener comunios ó sumideros que absorban las aguas inundadas; y de aqui aquella espantosa voz que, en la llamada noche se deja oír de *Agua va*, que hace estremecer al pobre transeunte, aunque sea mas esforzado y pujante que todos los doce pares de Francia en masa.

Yo tambien, si no victima, por mi fortuna, he sido testigo ocular de la mas desastrosa aventura. Es, pues, el hecho; que en una de estas casas fatidicas necesitaban doméstico; se presentó uno en solicitud de la plaza, al cual por sus maneras sencillas le fue otorgada incontinenti. Estehombre era novato en la tierra y en el arte de servir, por hacer muy pocos dias que habia descendido de las ricasosyumbres de Covadonga, á los estendidos llanos de Castilla, por consiguiente, rebosaba en aquella naturalidad tan natural que encierra en si

l pelo de la dehesa. Este hombre, pues, tomado que hubo posesion de su destino, preguntó á los amos (cuales eran sus obligaciones) los cuales proflijamente le fueron enterando de todas, pero con especialidad de la de que, á la diez de cada noche, habia de verter por la ventana á la calle, el gran vaso de agua inmundicia que posaba en la pieza mas elevada de la casa; pero siempre teniendo mucho cuidado de decir, en alta voz, antes de verficarlo, "Agua va!" De todo lo que quedó muy enterado. Pasó el día desempeñando á las mil maravillas sus obligaciones; pero llegó la hora fatal. ¡Ojalá nunca llegara! Y aqui fué ella. Subió diligente á la habitación preceptuada, y estupefacto quedó el mozo á vista del vaso monstruo que le esperaba; pero mas se sorprendió al observar que lo que contenia el piclago no era solo agua. Se detuvo reflexionando que aquello no era lo tratado, pero conformandose con su suerte, dejó la luz en el suelo, y cogiendo á su merced por ambas asas, y apretando los dientes y abriendo las narices, colocó á pulso sobre el pretil de la ventana á tamaño animal, tomó alimento, pero al decir la fatal palabra de *agua va*, vino á las mientes del concionero asturiano la mentira tan garrafal que iba á pronunciar, pues lo que el vaso encerraba, todo era ménos agua: quiso decir la verdad; pero tropezó con el inconveniente de que aquella palabra era en exceso sucia y pudiera escandalizar á la vecindad, mas todo esto fué obra de un momento, pues los raciocinios y episodios delante de un reverendo de esta catadura se hacen insufribles. Lo cierto ciertísimo es, que no sé si por vacilar entre la verdad y la inmundicia, ó por el gran peso que sintió del cirio, al volverlo á tomar á pulso, ó no sé porqué, pronunció en lugar de lo que se le habia ordenado "Alabado sea el Santísimo Sacramento," y volcó la fatal boca hacia la calle: un devoto que á la sazón pasaba, tan perpendicular sin duda como lo estaba Sancho de D. Quijote, cuando de cuclillas á su escritorio desocupaba el miedo que le causara oír el ruido de los batanes, al oír tan sagrado nombre, se quitó el sombrero, contestando con gravedad, "Por siempre sea alabado," pero antes de concluir la última palabra de su frase, cayó tan infernal bautismo sobre su blanca y respetable calva, pues la vi reberverar desde la acera opuesta, por donde á dicha pasaba, que derribado hacia atrás, dió con las posaleras en el empedernido suelo, cual si el Niágara con todo el pedrisco que en poses de si arrastra, se hubiese desplomado sobre tan cuitado varon. A

tan lastimoso espectáculo, subió corro en su auxilio á ofrecerle una mano protectora, arrojó el pestifero hedor que despedia la escena, pero á tres varas de distancia y á los ardentos rayos de la luna, conozo ya que aquel infeliz es inespugnable, y que no digo mi mano (ni las tenazas de Nicodemo) eran suficientes á poderlo agarrar sin embazarse y escurrirse en la sustancia que lo cubria! En tal conflicto, animaló mi voz; y el Sanctus vir, encomendándose á toda la corte celestial, hace esfuerzos para ponerse en punta, pero imposible; se escuerria como una anguila entre tal materia; vuélvose á animar, y al fin con esfuerzos y oraciones lo pudo conseguir. Hombre de Dios, le dije, no oyo V. la voz de aviso que le anunciaba la tempestad? ¿Cómo no se separó?—Calle V., señor, me contestó escupiendo siete ó ocho veces, pues las corrientes que descendian del cráneo, surcaban su rostro, desaguando en el labio inferior que sobresalía de su barba, en forma de cornisa, mas de media pulgada. Si es el diablo, el diablo solo.... y continuaba escupiendo, diciendo entre dientes, fúgite, fúgite.... es quien ha podido roirse de mí de tal modo; sílo que yo entendi ó clara y terminantemente fué el sagrado nombre de Dios, á quien quisé acatar, como todo buen cristiano debe hacer, y en venganza de mi reverencia, echó el diablo sobre mí esta nube pestifera, mas temible que las que atronaban y descargaban sobre el monte Sinaí.—Vamos, vamos, le repliqué, esto ya no tiene remedio, conformacion: recoja V. su sombrero y bastón, y procura mudarse cuanto antes de vestido: que la noche está fria, y puede atacarle una pulmonia; y en esto llegó el sereno, quien enterado de todo, trató de recoger el sombrero y el baculo, pero ¡imposible! pues el primero como le cogió boca arriba, sin duda cuando el fatal vaso le tenía boca abajo, estaba colmado que era una hendidion: el bastón mas bien parecía una cuevana embarrada que otra cosa, necesitándose mas valor para meterle mano, que para agarrar las varas de Moisés. Vista la dificultad que ofrecia el apoderarnos de aquellos enseres, los dejamos en el campo, como trofeos de derrota, y sacudiéndose el paciente á manera de perro de aguas, emprendimos la marcha en direccion de su casa, por supuesto, conservando por mi parte la consabida distancia: llegamos á ella, y allí fué la segunda escena que no quisé ver, al recibirla su cara esposa mas almirada y perfumada que nunca. Me despedí de él y del sereno, y me encaminé á mi posada, con ore-

jas mas largas que las de Midas, temeroso no me sucediera lo que acababa de presenciar. Al dia siguiente, el asturiano en cuestion, fué quien me enteró de todo lo que llevo narrado,

y aseguro á vds. que el pasar ó llegar á tiempo, tiene tanto de duro como de maduro.

Mtmo.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. LUIS DE VELASCO EL SEGUNDO,

CONDE DE SANTIAGO, Y PRIMER MARQUÉS DE SALINAS.

Undécimo virey de la Nueva-España. Segunda época. Desde 1607, hasta 1611.



1607

RA el lunes 24 de junio, pasena de Espíritu Santo, y poco antes del rezo de las Ave-Marias, (asi se espresa Torquemada, y con poca diferencia Betancourt), de todos los pueblos de los contornos del Valle de México se vió aparecer un cometa, que naciendo de por encima de Tullitlan, con una gran cola, que casi tocaba á la tierra, pasó no con mucha velocidad hasta Atcapozalco, donde deteniéndose un breve rato, desapareció: otros vieron dos cometas sobre la casa de Velasco, y Torquemada desde el portal de Tlatelolco, en el cual se hallaba sentado, asegura haber visto ya puesto el sol, y antes de que entrara la noche, salió como de las casas de palacio una estrella muy clara que recorriendo toda la ciudad, fué á desaparecer al mismo Atcapozalco. A primera vista aterrorizó la aparicion del cometa, pero pasado un breve rato, y notadas sus circunstancias, se recibió como un nuncio que participaba el nombramiento de virey, hecho en la corte de Felipe III, en D. Luis de Velasco.

Un religioso franciscano del convento de Santa Cruz, (Tlatelolco) no consideró al cometa lo mismo que los demas, sino que lo juzgó precursor de las desgracias que aguardaban á Tullitlan. A pocos dias, pues, se inundó el pueblo, arruinándose muchas casas, lo que dejó á infinidad de familias sin hogares, y las cua-

les se refugiaron en las de Velasco, que por ser de comunidad pudieron alojar á bastantes, acomodándose en los patios y en los corredores arriba y abajo. Agréguese á esto que la poblacion habia experimentado una cruel peste, cuya gravedad aumentó la inundacion, pereciendo multitud de personas.

Hastiado con los negocios políticos, fatigado por su avanzada edad, Velasco que despues que salió del vireynato en México, habia estado en el Perú siete años, pidió al soberano que le relevase y le permitiera ir á concluir sus dias á México, donde tenia sus rentas y su familia; se vino en efecto, y pasaba unos dias en Tullitlan, otros en Atcapozalco, que eran encomiendas suyas, estando en este último á la sazón que se presentó el cometa, despues de lo cual á los dos dias el 16 de junio recibió la cédula por la que le era mandado que sucediera al marqués de Montes Claros, siendo de edad de mas de setenta años y de cerca de noventa de vecindad. Púsose inmediatamente en camino para Nochtimico en donde habló con su antecesor y de allí pasó á Tlatelolco, en donde permaneció ocho dias, al cabo de los cuales, el 20 de julio, hizo su entrada en la corte vireinal.

Salido de México, como se ha dicho, el marqués de Montes Claros fué acusado ante la audiencia, y solo sus amigos pudieron contenerle para que no se volviese, siendo ellos parte á hacerle reprimir su cólera; sin embargo, él y la audiencia dieron cuenta al soberano, quien

previno á Velasco que pusiera presos á los caudatarios del marqués, y además ordenó que en lo sucesivo no se dieran los cargos precisamente á los descendientes de los conquistadores, sino que se atendiera solo á la idoneidad de las personas.

Las lluvias excesivas produjeron como era de esperarse, que saliendo las lagunas de madre, inundaran á México, sin que fueran parte á impedirlos los reparos hechos por el marqués de Montes Claros. Hizose entónces ver á Velasco la necesidad evidente que habia del desagüe, único remedio eficaz para salvar la ciudad de riesgo tan inminente que á cada paso la amenazaba. Proyectábase con el desagüe, que derramaran las aguas de México en las lagunas de Izumpango y de Citlaltepec, que forman el río de Acolhacan, el cual en sus grandes avenidas, saliendo de madre, inunda á la capital, por desembocar en la laguna de México, á la que se le pensaba dar otra corriente para las espaldas de Zumpango y Citlaltepec. Consideróse muy á proposito á Huehuetoca para la construccion del canal, y al efecto, el virey acompañado del visitador Landeros y de la ciudad, pasaron á ella. Casi todo el año transcurrió, no haciéndose otra cosa mas que consultas, y no atreviéndose Velasco á definir nada, mientras no le fuese pedido por la ciudad y el fiscal de la audiencia, los cuales al fin lo hicieron, en veintiocho de diciembre, accediendo D. Luis á lo que solicitaban. Los tribunales, la ciudad, el mismo virey, todas las autoridades fueron en ese mismo dia á la ciudad de Huehuetoca, y para implorar y alcanzar la profesion divina, se celebró una misa: en seguida tomó Velasco la azada en la mano, y dió principio á la obra. He aquí el origen y los primeros trabajos del nombrado acaudado de Huehuetoca.

Quedaron desde este año beneficiados los oficios de la casa de moneda; reinstalóse el de tesorerero en ciento cincuenta mil pesos, y el de ensayador y el de marcadore, cada uno en ciento sesenta mil.

1608.—Para promover la obra del desagüe, mejor dicho, para continuar la ya comenzada, era necesario un gasto crecido, y no alcanzarían quizá á cubrirlo las rentas municipales, ni aun las reales: tratábase por otra parte de una empresa en gran manera benéfica á la poblacion, y para ello se dispuso gravar todas las mercaderías y fincas, para cuyo efecto fué preciso variarlas, y resultaron apreciadas en dos millones doscientos, sesenta y siete mil, quinientos cincuenta y cinco pesos, que al uno-

por ciento, se sacaron trescientos cuatro mil trece pesos, habiendo dado sin excepcion todas las personas y corporaciones, ménos los franciscanos. El padre Juan Sanchez, de la compañía de Jesus, presentó el plan, que aprobado, se siguió en la obra: el mismo se encargó de dirigirla, asociándosele Martin Barriquer. A poco tiempo se desavinieron y se separó el padre Sanchez. Despues se mandaron abrir dos canales, el uno desde el puente de Huehuetoca, y el otro subterráneo por debajo del mismo puente. Acabó la obra de los canales el siete de mayo, y el virey con el arzobispo vieron con placer correr las aguas por el canal subterráneo, hasta las faldas del Nachistongo. En la obra se consumieron setenta y tres mil seiscientos once pesos, empleándose cuatrocientos setenta y un mil, ciento cincuenta y cuatro operarios, y para condimentarles sus alimentos y prepararles toda clase de servicios domésticos, mil seiscientos setenta y cuatro personas. El ayuntamiento, juzgándose sin los recursos necesarios, imploró del virey que se impusiera á cada pipa de vino que entrase á la ciudad, cincuenta pesos. Eu todo esto se deja entender, como pasaba en efecto, que ni los comerciantes perdian subiendo los precios, pues comenzaron á espendir á dos y medio el canabillo, que antes daban á dos reales, y que con todo se quejaban de tal medida.

1609.—En veintiseis de mayo se espidió una real cédula por la qual se prohibia la esclavitud de los indios llamados tlaguehuals, cuya servidumbre era á semejanza de la de los conductivos de los romanos. La suma escasez de aguas en el año pasado cooperó mucho para los adelantamientos de la obra que se continuaba con empeño: derrepente, sin embargo, fueron tales las lluvias, que hubiera inundádese la ciudad si el mismo ímpetu y furia de la agua no la hubiera hecho romper la calzada y abrirse paso por otra parte.

Corrióse la voz muy valida al comenzar el año de que las negros el dia de los Reyes habian nombrado el suyo y rebeládose. La noticia no parece que fué lan vaga, pues en efecto los esclavos que servian en las haciendas de la villa de Córdoba y lugares vecinos, ostigados por sus señores que les daban un trato cruel é inhumano, se rebelaron contra ellos y se colocaron en actitud hostil por parages montuosos. Velasco hizo salir á atacarles de México una fuerza regular que marchó el veinte y uno de enero, constando de cien soldados, cien aventureros, ciento cincuenta indios flecheros y otros doscientos españoles, meriztos y castas. Tuvieron

lugar algunas pequeñas escaramuzas pidiendo por último el indulto los negros, pues que no habían ofendido, dicen, al rey; y en efecto, se les concedió dejándoles poblar la villa de San Lorenzo. En tanto que esto pasaba, Velasco en México para calmar la agitación, aparejando ser falsa la insurrección, hizo azotar á los indios que se hallaban en las cárceles sentenciados á esta pena por otros delitos.

Landeros recibió orden del rey para entregar los libros de la visita al presidente de Guadaluajara, D. Juan Vilella, y de marchar para un puerto sin salir de él mientras no se le mandase. Esto parecía dimanar de falsas delaciones hechas al monarca, pues la conducta de Landeros fue tan pura, que regresó á su patria sin dinero.

Viose en fin Velasco en este año premiado por sus distinguidos servicios con el título de Marqués de Salinas, que fué ocasion de grandes fiestas públicas en México.

El hospital de S. Lázaro, que algunos años atrás lo había fundado el médico Pedro Lopez, en este de 609, con un hijo suyo clérigo, lo edificó, le dotó safas y dejó el patronato á la corona. Este local lo tenían antes los religiosos de S. Juan de Dios, quienes pidieron el hospital real, que concedido por cédula de 16 de agosto del año anterior no lograron que se les entregase por los administradores de sus rentas, que se opusieron.

1610.—Cada día se hacia mas precaria la situación de los indios, y á fin de aliviarlos, el marqués reglamento los repartimientos señalando el jornal que debían darles las que los ocupasen. Los trabajos en que debían ser empleados, el tiempo que habían de trabajar dia-

riamente, quitándoles los trabajos duros ó de tiempo muy largo, entre otros los de obrages. La resistencia que encontró el virey fué tenaz; pero la destruyó con energía, disponiendo tambien para que no se les molestara á los indios y se les gravara, que en los parages en donde trabajaran hubiera un número regular de carnicerías para que pudieran abastecerse. En el interior de la Nueva España, la escasez de víveres produjo funestas consecuencias: la hambre y la peste.

1611.—Para espeditar el comercio de Filipinas envió Velasco una embajada al Japon, en la que parece fueron los mártires, en cuyo número se cuenta el Beato Felipe de Jesus, que perecieron entónces. El diez y ocho de enero concedió Felipe III para propios las tiendas de tablas de la plaza al ayuntamiento que había hecho de ellas Baratillo.

Para mas recompensar al marqués de Salinas, el rey le nombró presidente del consejo de Indias, conservando la autoridad de virey hasta el momento de embarcarse que á ninguno había sido concedido. Partió Velasco, y en tanto que caminaba, el 40 de junio un eclipse de sol en México, que comenzó al medio día, hizo desaparecer completamente la luz desde las tres hasta las seis de la tarde, en términos de haberse visto con claridad las estrellas mas bien por el oriente que por el ocaso. La gente del bajo pueblo amedrentada se confesaba á voces, pedia misericordia ó se refugiaba á los templos, en algunos de los cuales se espuso el Sacramento. Llegado el virey al puerto acompañado de un alcaide de corte y el escribano de gobierno, se despidió de ellos y se embarcó.—CARLOS M. SAavedra.

FANATISMO.



UCHO tiempo permaneció estacionario y dueño del mundo este mal de todas las edades, que no es mas que el exceso de una revolucion mal entendida, que despoja á la religion de su vida, por decirlo así, porque le quita su esencia intelectual y la reduce á un asunto de palabras y

meramente material, disminuyéndose lentamente solo á medida que avanza la civilizacion, y que las naciones obedeciendo á un precepto suyo, procurasen la instruccion de las masas. Pero se han padecido en los pueblos transiciones demasiado repentinas y violentas, que lo han aumentado por algun tiempo, como sucede en todos los trastornos, y que llegará á acabar en lo posible con él, porque sacudiendo á

las naciones, las sacó de un letargo en que yacian, y les imprimió un movimiento, que aunque saltuario é irregular, llegará á arreglarse un día, produciendo entónces los buenos efectos que solo parece haber indicado.

El sacudimiento fué terrible, é incomprendible la graduacion de sus movimientos, que solo el dedo de Dios podia dirigir. Sentado el fanatismo en su trono de plomo, parecia enseñorearse del mundo; pero se hacianhan caugas, los tiempos volaban y llegó el siglo XVIII, sonó la hora y se operó un cambio: la impiedad y la incredulidad fueron una moda en la vieja Europa, que había casi agotado todas las novedades religiosas, y que buscaba aun una que admitir como el gusto del día. Las manifestaciones de la impiedad fueron una patente de filosofía, y los discípulos de Voltáire y los imitadores de Diderot y de tantos otros, fueron renidos como grandes ingenios, como inteligencias superiores que no se doblegarán á la fuerza de lo que ellos llamaban sofismas, y para quienes el peso de una creencia de tantos siglos, y la tradicion que pasó de boca en boca por millones de hombres, era impotente, y no podia convencer su animo elevado, y su profunda comprension, y á pesar de esto, ellos creian á esta misma tradicion, y se sentían arastrados por esos mismos sofismas en otras materias. Inconsecuentes en sus principios, y novelosos, sus razonamientos tenian á veces elevacion, y aun brillaba en ellos el fuego de la imaginacion. Bien sabido es que al que se aparta de las opiniones vulgares, se le cree grande, sabio tambien, y sobre todo, dotado de una inteligencia superior, con tal que sostenga sus dichos con elocuencia. Esto aconteció con aquellos filósofos, y como las creencias de que afectaban no participar, eran comunes á casi todos los hombres venerables por su antigüedad, se les creyó vastísimos, casi dioses, porque no solo no creian, sino que ridiculizaban sus creencias religiosas; inventándose el nombre d'esprit-fort, que se usó de buena fé para designar á estos colosos del entendimiento, á estos héroes de la critica, para quienes las opiniones bajo las cuales habían encapeñado tantas cabezas respetables, carecian de poder y de prestigio, sujetándolas á su examen. Despues se ha usado trónicamente este término para denominar á esos mismos impíos, porque las generaciones que les sucedieron no podian alimentarse de quimeras, que aunque vestidas con formas hechiceras, eran tan ideales tan vaporosas y tan mentidas como la buena fé con que escribian

sus autores: es casi cierto que ellos no sentían lo que escribian, ni puede haber un hombre que se convenga de esos monstruos de religion. A pesar de esto, el pueblo que está siempre por lo nuevo, y que, desmoralizado acaso por los acontecimientos de la época, no tenia firmeza en sus principios, que por su educacion y costumbres tiene tendencias á no creer mas bien, que á creer, y que carece de juicio recto para conocer la verdad, acogió estas ideas y las alimentó, dando por resultado la desmoralizacion que reinaba al tiempo de la revolucion francesa. Podrán tal vez creerse exageradas estas opiniones sobre el pueblo, pero solo con atender á los acontecimientos mas insignificantes de las naciones, se convencerá alguno de la verdad de ellas. Despues de esto, algunos ingenios realmente grandes, preconizaron la religion cristiana, la calma y la meditacion succedieron con el transcurso del tiempo al calor y á la ligereza, y la verdad radiante volvió á ocupar el lugar que le había usurpado el error. La religion cristiana fué aceptada de nuevo, fué admitida con entusiasmo; mas este entusiasmo se convirtió á su vez en moda, y se dividió la sociedad en dos clases. El pueblo sigue siempre á sus ideas, las opiniones de la clase á la cual cree sabia, á los filósofos, á los poetas y á los escritores, todos en fin, y estos eran cristianos fervorosos, porque la antigua moda y el calor de la impiedad habían provocado disputas en las cuales brillaba la verdad con tal fuerza, que no se podia ocultar. Ansiosos los antiguos de sensaciones nuevas, y acostumbrados al raciocinio matemático, buscaban demostraciones materiales en el cristianismo que no pudo darles, y cuya mejor prueba son esas verdades indemostrables que penetran y convencen á todas las inteligencias, desde la superior hasta la infima, y juzgando ausiera á la religion, creyeron que no podia acomodarse al nuevo gusto, al gusto refinado de la época de las invenciones y descubrimientos, á las hipótesis ideales y á los gozes humanos; y en consecuencia buscaban otras creencias, con las cuales consiguieron su objeto, porque juzgaban al cristianismo como una flor marchita que no puede dar aroma como un tallo seco que crece de hermosa y de vida; mas sonaron las harpas dulcísimas de los poetas cristianos y las bellísimas concepciones de talentos sublimes; hicieron elevvar la poesia de la religion cristiana, la elevacion de sus sentimientos, y probaron que en ninguna fuente pueden deberse tantas inspiraciones como en el cristianismo, ni ideas tan puras tan sen-

cillas y tan llenas de ternura y de fuego, y de cuanto puede contribuir á formar una verdadera obra de gusto; porque en mi concepto, el refinamiento del gusto y el aumento de la cultura es la mayor aproximación á la sencillez. Entonces la generacion fué cristiana, y el cristianismo fué de moda. Antiguamente el pueblo y los sabios creían sin excepcion y pecaban por fanatismo: despues unos y otros pecaron por impiedad, y mas tarde el pueblo tornó á sus creencias erroneas por su falta de critica, y su exageracion y los sabios aceptaron la religion en toda su verdadera y sencilla magestad. El entusiasmo mal dirigido produjo errores tambien, y en nuestro tiempo no es raro ver malas interpretaciones de las verdades cristianas, porque los autores de ellas no se toman el trabajo de comprenderlas, ni quieren sujetarse á la pureza del cristianismo, al cual quieren hallar con concepciones de muy distinto género.

Esta costumbre producirá á su vez males inmensos y males acaso incurables. El pueblo por su parte continuó en sus exageraciones que llamamos fanatismo, y al cual acusamos de infinitos males. Se oyen de vez en cuando aun entre nosotros, jóvenes sectarios de los pretendidos filósofos de que he hablado; y como esta palabra, fanatismo, se ha quedado sin sentido verdadero, y la idea que produce no tiene límites ciertos, quieren que el pueblo no tenga creencias; otros, que no tenga culto; y solo unos cuantos desean que no tenga ese culto de idolatría que presta á algunas imágenes, ni otras ideas semejantes á esta. Abandonaré tan diversas opiniones para ocuparme solo de la influencia del fanatismo, lo que se quiere en la felicidad social.

La religion tiene una influencia innegable en las costumbres; pero los hombres jamas serían completamente virtuosos; no habrá pueblos cuyos ciudadanos todos sean Sócrates, así como jamas tampoco los hombres todos obedecerán á las leyes; supuestos estos dos principios no formaré teorías bellísimas é irrealizables. Nadie puede dudar que mientras mas se acrepnen las creencias populares á la verdad católica, mas puras serán tambien sus costumbres, y mayor el bienestar social. El pueblo puede adelantar mucho aun; y la civilizacion lo hará aproximarse mas y mas á ese punto, siempre que la civilizacion se comprenda bien y se dirija rectamente; pero entonces será necesario un cuidado sumo de parte de los gobernantes para evitar el extremo opuesto y la resurreccion de la moda del siglo XVIII. La

civilizacion destruirá esas bárbaras diversiones de nuestro pueblo que lo enseñan á ser cruel sin darle valor, como las corridas de toros, y lo hará conocer que las imágenes son impotentes por sí mismas, y el pueblo se desengañará de que despues de cometido un crimen, no es la impunidad lo que se debe pedir al cielo, sino el castigo debido; que no son lucras ni medallas las que se deben ofrecer á la Divinidad en expiacion, sino arrepentimiento, y arrepentimiento sincero. Conocerá mil otras cosas que le harán mas recto y ménos criminal; conocerá, en fin, mas bien sus derechos, y sabrá apreciarlos mejor.

Dos son los males graves que el fanatismo trae: el uno, la influencia absoluta que concede á una sola clase de la sociedad; y el otro, la creencia íntimísima de la impunidad criminal en la devocion. El uno y el otro de estos errores, son obstáculos terribles para la felicidad del pueblo, y el uno y el otro tambien impiden que este pueblo tenga virtudes sociales, sin las cuales no puede haber sociedad ni felicidad ni aun existencia, puesto que pone en el borde de un abismo al que lo impelerán las naciones más poderosas para enseñorearse despues de él. Este fanatismo no consiente, ni se puede aliar con las virtudes cristianas, y solo produce adoradores hipócritas y malvados, imbeciles, que son irreducibles y que no formarán jamas una nacion poderosa. ¿Cuál sea el medio de quitar este fanatismo? Yo no encuentro otro sino es la instruccion popular y la destruccion de las causas que lo producen, las cuales, á mas de la ignorancia, son las costumbres de que he hablado y la influencia que he indicado; pero cuales sean los medios para cortar estas causas, no me atreveré á decirlos; repetiré solamente que la instruccion popular. Esta solo sabrá definir lo que es fanatismo, esta fijará límites á tal idea, y ella solo destruirá sus causas. No creo que jamas se quite completamente, porque no me alimento de teorías, ni creo que los hombres en sociedad lleguen jamas á la perfeccion social ni á la perfeccion moral; he dicho tambien que mis creencias son católicas porque no faltara acaso quien dudase de ellas.—Circunscribiéndonos á nuestro país, debemos notar que en él por desgracia se han reunido cosas muy desemejantes entre sí, que han producido una fermentacion lenta y que producirá aun males incalculables: así es que se hallan reunidos los extremos de la impiedad y del fanatismo, de la civilizacion y de la ignorancia. Nuestro pueblo, saliendo de una

dominacion bárbara é ignorante, y precipitándose en un mundo lleno de luces, debió deslumbrarse y mezclar cosas que no pueden estar reunidas nunca sin ocasionar males gravísimos; saliendo de la esclavitud y precipitándose en el apogeo de la libertad, debió cometer mil errores que ya ha pagado, y que lo han sujetado á un número de hombres que quieren constantemente dominarlo. Sin embargo, esta es la marcha natural de las cosas, y no debo yo hablar de ella. Esta marcha continuará y las cosas tocarán á su fin.—Mi objeto ha sido el fanatismo, he hablado de él rápidamente y debo concluir manifestando á los detractores de su país, que no en el nuevo mundo, sino en las viejas é ilustradas monarquías es en donde se ve el fanatismo; allí el pueblo es fanático verdaderamente, y mis opiniones no son solo sobre nuestra patria, sino respecto del orbe entero. Nuestro pueblo avanza, y un gobierno paternal é interesado guiará su instruccion y hará felices á las generaciones futuras; porque es un error creer que esos males se pueden arrancar en un momento, cuando su destruccion es obra del tiempo y de la justicia; mas como no ha llegado aun ese tiempo, ni esa educacion, no viven tampoco aun sus directores. Es cierto que llegará, y esta idea debe consolarnos; en el entretanto nuestra genera-

cion debe procurar la mayor felicidad social posible, y debe preparar los elementos para la futura. Esta es nuestra obligacion, y la Providencia coronará nuestros esfuerzos.

Quiera el cielo que al remediarlo en lo posible este mal, no se caiga en el extremo contrario; males muy graves son el resultado del fanatismo, como que impide que lleguen á poseerse por el pueblo la justicia, la recta piedad, la libertad verdadera que tanto se nos ha parodiado y que sujeta á una nacion entera al hombre que quiera dominarla valiéndose de la hipocresía; pero son aun mayores los males de la incredulidad; una nacion de ateos no podria subsistir, como dice Rousseau, y si se llegase á formar, sería necesario huir de ella hasta el extremo opuesto de la tierra; porque los hombres movidos por las pasiones y sin un freno que los contenga, sin creer en nada y sin mas temor que el de la fuerza física, se convertirían bien pronto en una horda de salvajes. Al concluir, debo decir, mi fe política, porque se me acusará tal vez, al leer mi artículo, de fanatismo, de retrógrado, de antiliberal y de cuanto se quiera; pero protesto solemnemente que amo á mi libertad porque es mi vida, porque me es tan necesaria como el ambiente que respiro, y porque es acaso, en este mundo, mi única felicidad.—J. M. DEL CASTILLO.

LOS GRADUADOS.



LIEN no admira la magestad, la pompa, la imaginacion y el entusiasmo de Bossuet, así como la vasta estension de su ingenio impetuoso, fecundo y sublime? Quién concibe sin asombro la increíble profundidad de Pascal, su invencible raciocinio, su memoria sobrenatural y sus conocimientos universales y prematuros? El primero eleva el espíritu, el segundo lo confundre y lo turba: el uno brilla como el rayo en una tempestad, y por sus repentinos arranques no puede ser conocido por la alma mas tímida; el otro obliga, asombra, humi-

na, hace sentir despóticamente el ascendido de la verdad; y como si fuera un ser de diversa naturaleza que la nuestra, su viva inteligencia explica las consideraciones, las afecciones y los pensamientos de los hombres, apareciendo siempre superior á las inciertas concepciones de estos, y su ingenio sencillo y poderoso se asemeja á aquello que uno juzga incomparable, la vehemencia, el entusiasmo y la ingenuidad con lo mas profundo y oculto del arte; pero de un arte que lejos de alar á la naturaleza, no es mas que una naturaleza mas perfecta, y el original de los preceptos. Qué mas diré? Bossuet manifiesta mas fecundi-

dad, Pascal tiene mas invencion; Bossuet es mas impetuoso, pero Pascal es superior: uno excita la admiracion por sus frecuentes y violentos rasgos, el otro siempre lleno de solidez, la agota por su carácter mas conciso y sostenido.

Pero tú, oh Fenelon! que les has sobrepujado en amenidad y gracia, sombra ilustre, genio amable, tú que hiciste reinar la virtud por la uncion y por la dulzura, podré olvidar la nobleza y el encanto de tu palabra, cuando se trata de elocuencia? Nacido para cultivar la prudencia y la humanidad en los reyes, tú vez ingenua hizo resonar al pie del trono las calamidades del género humano, hollado por los tiranos, y defendió contra los artificios de la fisonja la causa abandonada de los pueblos. Cuanta bondad de corazón! Cuanta sinceridad se nota en tus escritos! Qué palabras y qué imágenes tan brillantes! Quién ha esparcido tantas flores en un estilo tan natural, tan melodioso y tan tierno? Quién ha adornado la razon con una fuerza tan patética? Ah! cuántos tesoros y abundancia en tú rica sencillez!

O nombres consagrados por el amor y por el respeto de todos aquellos que aman el honor de las letras! Restauradores de las artes, padres de la elocuencia, lumbreras del entendimiento humano, ¡que no tenga yo un destello del genio que enardecia vuestros profundos discursos, para poderos explicar dignamente y manifestar todos los rasgos que os han sido propios!

Si pudieran reunirse talentos tan diversos, tal vez se querría pensar como Pascal, escribir como Bossuet y hablar como Fenelon; pero como la diferencia de su estilo venia de la diferencia de sus pensamientos y de su modo de sentir las cosas, los tres perderian mucho, si se quisieran manifestar los pensamientos de uno con expresiones del otro. No se desea esto al leerlos; por que cada uno de ellos se espresa en los términos mas acomodados al carácter de sus sentimientos y de sus ideas; lo cual es la verdadera señal del ingenio. Los que no tienen mas que viveza, necesariamente adoptan toda especie de giros y de espresiones, y no tienen un carácter distintivo.

V. LUYENARQUES, traducido por T.

EL ENTUSIASMO.

ODA

compuesta y pronunciada con motivo de la fundacion de los estudios españoles en los Alumnos de los Reales Estudios del Colegio Imperial de la Concepcion de Jerez, el día 10 de agosto de 1831.

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO,

individuo de la Academia de Humanidades y Lenguas Orientales.

Triunfo á los Hijos del Hispano suelo,
Y á los caros alumnos de Elicona
Que placido corona
El Dios benigno que naciera en Délo,
Himnos, himnos en fin mi lira suene
A la aplicada Juventud que supo
Tantos lauros ganar, y hasta Pirene

Y la abrasada zona
El justo encono del saber resume.
¿Quién á mi pecho diera

El fuego celestial que el alma grande
De Byron inflamó? Quién los robustos
Ecos henchidos de espresion, de encanto,

Con mucho satisfaccion insertamos esta poesia: ella reúne á su mérito literario la cualidad de ser produccion de un compatriota nuestro; además es desconocida en México, pues nosotros la debemos á la generosidad de un amigo nuestro que obtuvo un ejemplar de ella de las propias manos del autor.

De aquel Vate español que la sublime
Lira heredara de inmortal Tirtéo;
Lira sublime que á mil héroes pudo
Encender y animar; lira que al Ponto
Embravecido, horrendo,
Cuando á Trinacria impávido azotaba
Audacia y fuerza en sus acentos daba,
Y mas crecia el pavoroso estruendo?
¡Ay! si fogosa inspiracion mi mente
Inflamara tal vez, con que el Cubano
Vate cantó, que en su entusiasmo ardiente
„Al retumbar sobre su frente el rayo,
Alzaba ledo su radiosa frente.
Mas si elevarse á tanto
La Musa mia en su ambicion no puede,
Ni el dulce Apolo su cantar le cede,
Yo haré que el entusiasmo sacrosanto,
Que inflama sin cesar la mente mia,
Dé á mi plectro vigor y valentia.

Si le dará, que en mi agitado pecho
Siento cual llama de volcan activa
Arder la inspiracion. Veloce, ufano,
Desplega el Nímen su gigante vuelo,
Y hasta el Olimpo sube,
Cual águila á deshora
Remontándose altiva y triunfadora
Su frente esconde en la elevada nube.

Obra del entusiasmo es cuanto miras
En torno tuyo agora;
Por él, ó Juventud, de lauro honroso
Clínes la frente y con placer respiras
El aura de la gloria;
Que de Minerva en la palestra un día
Debiste á tu osadia
La palma y la victoria.
Tal en el circo de la antigua Grecia
El gladiador forzado,
Por conseguir un lauro, combatia.
¡Y cuántas veces del contrario al rudo
Golpe cediendo el infeliz moria!

Si á Roma tiendes la anhelante vista
¿Cuántos héroes allí! ¿Cuántas hazañas
Te ofrecerá la historia!
Ann dura del gran Cocles la memoria;
En el cortado puente,
Que baña el fondo Tibre,
Luchando veo que á Porcenna vence
Y á Roma deja victoriosa y libre.
Ya, ya te miro, labrador ilustre,
Dejando el corvo arado,
Y el acero blandir con noble brio,
Y á Minucio salvar, y en triunfo á Roma

Volver entusiasmado,
Entre el clamor de un pueblo alberozado.

„Mas ¡ay! no solo en los distantes climas
Busqueis, amigos, fervido entusiasmo,
Volved los ojos á la madre España,
Del mundo todo admiracion y pabmo.
„De Covadonga en la ríscosa cumbre
Se alza la sombra de inmortal Pelayo,
„Héroes, grita, si vibraba el rayo
„De guerra asoladora, lo debia
„Al entusiasmo que en mi pecho hervia.
„Venci por él las huestes Agarenas,
„Y tornando á la Hesperia su reposo
„Clavé yo victorioso
„El pendon de la Cruz en sus almenas.”

„No ois! No ois el general murmullo
Desde Pirene á Gales?
„No los veis! Ellos son... De Zaragoza
Entre sangrientas ruinas
Y de Numancia entre ceniza y polvo,
Y en los campos ilustres de Girona,
Los hijos de Belona,
Héroes de bendicion, ora se elevan,
Y hasta el Olimpo llevan
Sus voces doloridas:
„Si tantos lauros á la patria dimos,
„No lo estrañeis, naciones, que perdimos
„Antes que el entusiasmo nuestras vidas.”

Mas qué ¡por dicha tan sublime llama
Bajo la cota solo se respira
Y blandiendo una lanza ponderosa!
¡Ah! no; tambien inflama
El tierno pecho celestial Soñia.
Hija del entusiasmo en la Poesia,
Hijos los versos que Maron cantaba,
Y los dulces amores
Que Tibulo en su flauta suspiraba.
El profanado Tajo,
De tanto horror y de maldad testigo,
Alza la frente de Leon al canto,
Y al forzador Rodrigo
Habla y anuncia desastrada muerte,
Y á la patria infeliz funesta suerte.
Las glorias de Iepanto
Herrera dice con osada lira,
Y las ruinas de Itálica famosa
Gime Rioja, y á su voz responde
„Cayo Itálica” el viento que suspira.
¡Ay! que Newton tambien al alto cielo
Remonta el raudó vuelo,
De tan hermosa inspiracion henchido,
Y por llegar al ignorado mundo

Hiede Colon el piélago atrevido.

¡Llama de vida! ¡Inspiración sublime!
Que nos guías al bien ¡ah! nunca, nunca
Dejes de arder en mi sensible pecho!
¡Que fueran sin tu estímulo los hombres?
Plantas humildes, que el pantano cria
Con ignorados nombres,
Que nadie ve, ni las alumbra el día.

¡Y un tiempo llega en que tan noble fuego
Apaga el soplo de la edad cansada!
¡Ay! la vejez helada
Nos roba el entusiasmo y nuestras glorias;
Aquella intrepidez que mil victorias
Nos dió de amor, de encantadora ciencia,
Desaparece también y se convierte
En languidez y fría indiferencia.
¡Juventud! ¡Juventud! antes que el tiempo
Cubra con hielo tu florida senda,
Sin que una chispa de entusiasmo encienda
Tu yerto corazón, constante ofrece
Tus placenteros días á Minerva,
Que transmitiendo á la veraz historia
Los triunfos del saber, grata reserva
Lustre á tu nombre y á la Patria gloria.

CARITEO Ó EL GRAN TALLERO.

CARITEO es esclavo de la construcción, y no puede tolerar la menor libertad; no sabe lo que es elocuencia, y se queja de que el abate Olivet no ha echado en cara á Racine cuatrocientas faltas; pero sabe admirablemente la diferencia que hay entre *pas y point*, y ha puesto excelentes notas á un *Tratado de Simón*, obra muy propia, dice, para formar un gran orador. Cariteo no ha conocido nunca si una palabra es ó no conveniente, si un epíteto es propio, y si está en el lugar correspondiente. No obstante, si manda imprimir alguna obra, durante la impresión le hace continuamente variaciones, ve y revé las pruebas, las manifiesta á sus amigos; y si por desgracia el impresor se olvida de quitar una coma que está de mas, aunque en nada cambie el sentido, no quiere que se publique su libro hasta que no se ponga una fe de erratas, y se vanagloria de que no hay otro tan bien impreso como el suyo.

VAUENARGUES.

SONETO.

Loco de mí que mi esperanza puse
Del voluble elemento en la firmeza;
Pues creí de una hermosa en la firmeza,
Y de inconstancia exenta la suppose.
¡Que tanto de ser ciego amor abuse,
Y que me haya traído á tal baja!
Mas si cai por ciego del alteza,
Justo es tan solo que á mi propio acuse.
Si el ánimo incliné al seguro daño,
Cuando cercano sospeché el engaño,
¡Quién me mandó cegar én tal momento?
Mas sepa quien me escuche, mire ó vea
Que fiar en muger, hermosa ó fea,
Es fabricar castillos en el viento.

Los talentos son lo mismo que los rostros, todos constan de unas mismas partes, y ninguno se parece.

Los ambiciosos se asemejan á los arcaduces de noria, siempre están cogiendo y nunca están llenos.

La informacion de pobreza está hecha con ser poeta.

La razon es como el ave Fenix, todos hablan de ella y ninguno la conoce.

El amor de una primera impresion es como el ascua del pino, luego se pasa.

Un tonfo suele hacer más daño que un malvado: basta precaucion para librarse del segundo: para el primero no vale este medio.

El saber de los hombres consiste en la ignorancia de los demas.

El hombre sin fortuna es como un pais infestado, todos huyen de él.

La honra es hija de la baja.

El amor patrio es como el genio, acaba con la vida.

No hay cosa mas fácil de perder que el crédito, ni cosa mas fácil de encontrar que el desengaño.

Lo primero que uno encuentra cuando nace, son sinsabores: lo último que pierde al morir es la esperanza.

La preocupacion es mucho peor que el atisimo: al segundo le queda remordimiento cuando perjudica á sus semejantes: la segunda se queda satisfecha y sin remordimiento, despues de hacer el mal.

La desgracia envilece á los hombres ó los engrandece.

MIMO.

LOS AFICIONADOS.

BOZETO DE UN CUADRO DE COSTUMBRES.



«OJO el día de hoy ando en busca del Curioso Parlante, y no he podido dar con él. Quiero pedirle un favor, ó mas bien hacerle un encargo: vds. que deben de conocerle, pues yo sé que él los conoce á vds. perfectamente, me harán la merced de contarle mi cuita, tal como aquí en breves razones voy á referirla.

Es el caso, amadísimos oyentes, que ayer, día miércoles para toda la cristiandad, fué martes para mí solo: quiero decir que fué día aciago, infansto y de mala ventura; porque salí de casa por la mañana, y así como suele acontecer topé uno tras cada esquina un jobado ó un noticiero, ó uno de estos que piden prestado hasta que se cobren los atrasos (que es letra pagadera en el valle de Josafat) á una pobre vergonzante, viuda de un coronel, ó en fin, cualquiera otra alma mala molesta y enlodada, yo fui tropezando en toda mi triste carrera con una cáfila de aficionados, linaje de gentes mucho mas perjudicial á la república que los gitanos y los eruditos á la violeta; mas digna del último suplicio que los malos traductores y los saltadores de caminos; hombres proclitos *ab initio* y enviados plenipotenciarios de Satanás, para echarlo á perder todo en este mundo miserable. Estos son, si señores, estos son los aficionados, que nada hacen por principios ni rectamente, y de todo pringan, y todo lo estropean, y todo lo profanan; estos son los que yo quiero recomendar á la pluma salírica del Sr. Curioso, para que así á su modo y con aquella agri-dulce gracia que Dios le dió, me los saque en su Panorámica Matritense á la pública vergüenza.

Y porque vea él, y vean vds., y vea todo el mundo que no sin razon me exalto, seguiré mi historia de lo ocurrido ayer.

Sali, como digo, de mi casa, para la de un D. Trifon Acebo de la Sierra, á quien desde Jaen me encargaban que visitase para cierto asunto. Abrió la puerta él mismo, y me encontré

Tom. II.

con un hombre de cuarenta años, despeluznado y sucio, vestido sobre una camisa no muy blanca, una levitilla de rúbrica no muy negra, pantalón naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profusos y no muy artísticos pliegues el lugar que deberían ocupar las medias, y dejándose ver unos pantuflos que empezaron á despeñarse el mismo día en que murió por primera vez el Sr. D. Fernando VII.—Anuncio mi embajada, y de parte de quien venía, lo cual oído por D. Trifon, con entrambas manos agarró la derecha mía, y sobandome la, y estrujándome, me hizo saltar las lágrimas, porque las tales manos mas parecían forradas de lija, que de cutis ó piel humana. Con este agasajo me llevó á las piezas de dentro, diciendo que quería tratarme con franqueza; yo me dejé guiar y fuimos por una escalera camino de una librería. Subimos un escalon, y subía un grado de Reamur la temperatura: así llegamos á los veintidos escalones, entré tanto que él me iba preparando para entrar en su taller; porque ha de saber V., añado, que el haberme hallado así en este traje, y todo lleno de virtudes, serras y manchas de cola, es á causa de que soy un tanto aficionado á trabajar de ebanistería.—Accionado! dije para mí: Dios nos asista!—Llegamos al estrechado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo boca-abajo un cajón viejo de cigarras, me convidó á que tomase sobre el asiento, repitiendo muchas veces que me colocase con toda holgura y comodidad, é túciese cuenta que estaba en mi propia casa: imposible para quien usa sentarse en blando y habitar en estancias menos calorosas. Quise entonces hablar de mi asunto y despauchar, pero D. Trifon me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos. «Vea V., mi amigo, me decía, aquí estoy empleado ahora en hacer estas frioleras» y me enseñó un gran cajón de pino blanco sin tapa, destinado á poner la provision de salvado para las gallinas, una percha y un mango

7

de martillo. «No es esto solo, añadió, aquí tiene V. una jaula, que por dejarla acabada el jueves no fui á la oficina, y es para el canario de mi muger. ¿Qué le parece á V.?» Perfectamente, dije yo; y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay entre unos y otros alambres, como también el sutil ingenio con que ha ocultado V. la portezuela por donde haya de entrar el pájaro de la señora.—¿Qué dice V. exclamó, y acompañando este grito con una interjección muy de ebanista, soy un horrico, afadío, que no me he acordado de ponerle puertas á la maldita jaula.—Con todo eso, le dije yo, el mérito de la obra queda en su punto, sin que baste á menoscarlo un olvido tan asustal como fué el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de corcos.

Híele consuelo la comparacion, y luego siguió enseñándome una mesa de caoba á la cual habia puesto un pie de uegal pintado; un comedero de palomas en que habia transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo. Ya cansado de examinar tan extraño conservatorio, pregunté donde ó como habia aprendido el oficio.—No lo he aprendido, contestó, si es todo de pura afición.—¿Y cuáles maderas profiere V. entre las que produce España por sus calidades?—De esto no estoy enterado, dijo, porque no me he dedicado á la farmacia.—Y de los tornos modernos, cuál es el que V. usa?—El del tornero de la esquina, replicó, que es á quien le mando hacer lo que en ese ramo se me ofrece.—¿Y no le fatiga á V. tanto trabajo corporal?—Yo le diré á V., repuso, lo que es aserrar y cosa de azuela, mazo y escople, se lo dejó á un oficial que traigo aquí algunas semanas, que es el que me cepilla las tablas, el que me hace las ensambladuras y tal cual otra cosilla, porque me escarmenté el año pasado de haberme hincado este dedo, y que tuvieron que hacerme la amputacion; pero lo que es manejar las barrenas, poner la cola, clavar los clavos, etc., todo eso lo hago yo solo, y de afición.—Aquí suspendí mis preguntas escandalizado, y empujando á mi D. Trifon en que hablásemos del objeto de la visita, le dejé á pocos minutos, con ánimo resuelto de no poner otra vez los pies en su taller.

Meditando por la calle sobre el tal aficionado, no reparé en un conocido que se me puso delante, basta que enlazándose el brazo con el mío me echó un beso en la mejilla.—¿Y, en estudiante, me dijo, ven á mi casa y verás qué ganga he logrado anoche: ya sabes que soy aficionado á la pintura

—Cero y van dos, murmuré entre dientes, y me dejé arrastrar por el nuevo tenti-toro.—¡Cochientos reales en una prendería del Rastro! exclamaba quitando el polvo á un lienzo todo ruido de ratones mira, mira qué alhajal un retrato de Carlos IV, original de Juan de Juanes.—¿Qué estás diciendo, hombre? interrumpí, no ves que ese es un horroroso anacronismo? Si Juan de Juanes murió muchos años antes que naciese S. M.—Ahora me haces caer en ello, contestó el imperturbable, pero sé de algun discípulo suyo, porque á tiro de cañón se echa de ver que es de escuela flamenca.—Ya escampa, dije para mí capote, este meneguado no tiene cara.—En seguida descubrió su caballele, preguntando si para ser de mano de aficionado habia visto cosa mejor que aquella vista de Suiza.—Del arte no entiendo, pero si creo que no hace muy buen papel el mar en un pais de Suiza.—Es para mayor adorno, contestó.—Y aquellas cabras, añadió, ¿no son un poco grandes en comparacion de los árboles inmediatos?—No son cabras, dijo, es una vaca.—En oyendo esto, saqué el reloj, y sin mirar siquiera la hora que apuntaba, dije que era tardísimo para mis diligencias, despedíme; de un salto me puse en la calle, y de otros dos en casa de la marquesita de... en fin, de una marquesita.

Y luego extrañarán vd. mis lamentos.—¿Quién me guerrá creer que allí tambien me esperaban, no uno, sino ocho ó diez, ¡Dios los confunda! aficionados? Estos lo eran á la música, y tenían cerca del piano y todo inundado de papeles, libretos, cuadernos, cajas, cuerdas é instrumentos. La marquesa me instó á que me sentase, y no bien lo habia hecho, cuando el que estaba al piano rompió en tales y tan estrepitosos preludios, que hizo saltar tres cuerdas y desafió mas de treinta: despues de lo cual dieron principio á cantar un duo de bajes de Marino Faliero. Las voces eran brocas y destempladas, el estilo pésimo, la vocalización obscuro, y pronunciaban mal el italiano, ninguno entraba á tiempo, y los dos salian por donde podían, los cuales defectos trataba de emendar el acompañante, haciendo grandes gestos y contorsiones, y marcando el compás sobre los pedales con los tacones de las botas. Acabaron con el duo y con nuestra paciencia, y yo me di á descartar el trágico fin del veneciano Faliero. Pues no quedó aquí; sino que todavía me espetaron un cuarteto con obligado de flauta, que puso en vergonzosa fuga á todos los ratones del barrio, y unas variaciones de violín que me hicieron recordar los retorti-

jones y calambres con que entra el colera-morbo.

Harto de aficionados, lleno de bilis, irritado, sofocado, me marché de allí á un café por anegar mi mal humor en una buena limonada, y allí, señores, allí... junto á la mesa roja, la copilla de barro, el mozo sucio, el limon amargo y la cerveza de Santa Bárbara... allí estaba esperándome como en acecho el peor, el mas cruel, el mas fiero de todos los aficionados... Un aficionado á la poesia.—Amigo mio, me dijo, ciéndome con sus brazos como una fantasma de Walter Scott, quiero consultar con V. una composicion que pienso leer en el Liceo, si me admiten.—Pues enfáncos, repliqué, no me prive V. del placer de la sorpresa.—Es que quiero oír su voto de V.—Es que V. no necesita de mi voto, y yo tengo hecho voto de cuando me pidan tales votos, abstenerme siempre de votar.—Pero en fin, repuso él, es cosa corta.—Y no hubo arbitrio: desarrolló su cartapacio, y comencé de esta suerte en tono sepulcral.

EL INFIERNO.

¡ESSE! gritó: ¡qué asunto tan horroroso! No podríamos dejar ahora.... Mas él no oía ya, ni veía, ni entendía; y siguió gritando y diciendo así:

¡Mansion horrorosa, de eterna fatiga, de eterno martirio, de eterno tormento, de pena terrible, de atroz sentimiento....! Yo invocó tu nombre! ¡Oh horrible mansion! Envidio tu fuego, tus ascuas ardientes, tu pez, tu alrebitio, tus duras cadenas, tus ayes, tus llantos, tus horribidas penas, y de hondos ahullidos el áspero son.

«¿Que tal? me dijo.—Bravot respondí, y el prosiguió:

En esa caldera de Pedro Botero donde en plomo hirviendo cien mil seros baños y ves abrasarse sus tripas y entrañas, de muy buena gana me bañara yo. Que menos tormento sería á mi alma que á la vez agüera la muger maldita, la infiel, la traidora, la puerca de Rita, que anticantier me amaba, y ayer se casó.

—Esto hará efecto, decía él.—Y mucho, respondí yo.

—Y él siguió de esa suerte, variando de metro:

Esa Rita que yo viera cuando era colegial.

Y me hablaba (cosa cierta!) por la puerta del corral.

Esa Rita, que me amaba, y juraba eterna fe,

Se ha casado sin rebozo con un mozo de café.

—El mozo en esto hubo de creer que le llamaban, y se acercó: yo le pagué y me escuri chiticallando, dejando absorto en su lectura á mi poeta, quien al salir yo comenzaba la serie de las indispensables quintillas con estas tres.

Que es infierno el padecer, y el padecer es amar, y entre amar y aborrecer mil veces se suele ver aborrecer y olvidar.

Por eso en el sentimiento de mi amor horrible y fiero, prefiero al padecimiento de un instante de tormento todo un siglo del infierno.

Por eso el infierno á mi no me causa asombro, ni que el que mas padece allí no sufriendo estar aquí amando como amo yo.

Ahora bien, señores: ¿no es verdad que no hay peor peste que la de estos hombres que nada estudian, que nada saben, que nada profesan, y que no pueden por lo tanto hacer cosa alguna á derecha? ¿Qué pena merecen estos pisiceros de aficionados? ¿ellos se llaman á sí mismos, confundiendo la sencillez y loable afición á las artes, á las letras, á las ciencias, con la necia presuncion de cultivarlas y poseerlas? Díganme vdes, que pena merecen, y que me la impongan á mi luego, luego, por aficionado,.... á escribir artículos de costumbres.—A. M. S.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. FRAY GARCÍA GUERRA,

Del orden de predicadores. Arzobispo de México. Duodécimo virrey de la Nueva-España. De 1611 á 1612.



AN luego como Velasco se embarcó y tomó testimonio Alonso Pardo teniente de gobernador de la Veracruz, este remitió á su sucesor que se hallaba en la hermita de Guadalupe celebrando novenas. Era este D. Fr. García Guerra religioso ameritado de los dominicos, que habia obtenido varios cargos en su provincia de Burgos en cuyo convento habia profesado, y del que era prior cuando se le nombró arzobispo de México en donde tomó posesion del virreinato el 17 de junio del año de que vamos hablando. Todavía se hallaba conocida la ciudad á resultas del eclipse esperando sucesos funestos, cuando en agosto hubo un fuerte terremoto que arruinó algunos edificios, lastimando otros y entro ellos la capilla de San José, en el convento de San Francisco, que es la actual parroquia primera que se fundó, á la cual derribó una pared y cuartó las demas: esto en el centro de la capital. En los suburbios fueron considerables los males y multitud de edificios se arruinaron, así como en las inmediaciones los pueblos circunvecinos.

Desaba la corte saber el estado que guardaba la obra del desagüe, lo que en ella se había gastado, lo que aun podría gastarse y si con ella quedaria México preservado de inundaciones, y al efecto recibieron dos comunicaciones el virrey y la Municipalidad.

1612.—Para satisfacer al monarca costestó D. Fr. García, que en virtud de las califica-

ciones de peritos, México quedaba todavía á pesar de la obra, espuesto al peligro de inundarse. El ayuntamiento contestó en la misma forma dando por causal que no se hubiese seguido el plan del P. Sanchez, y por lo que respecta al gasto ascendia ya á cuatrocientos trece mil trescientos veinticuatro reales de á ocho (posos) consumidos por un millon, ciento veinte mil seiscientos cincuenta operarios que se habian empleado. De todo esto procuró dar sus descargos el maestro Martinez.

En estos asuntos entendia el virrey, cuando una desgracia inesperada le vino á privar de la existencia. Al bajar un día del coche cayó al suelo, lastimándose una costilla y el bigado en que le salió un tumor; ni la medicina ni la cirugía pudieron sanarle, antes bien por cortarle el tumor se agravó la enfermedad que unida á la vejez lo hizo espirar el 22 de febrero. Fúé sepultado en la Catedral con el aparato y pompa que por su doble carácter le correspondia, y además su pérdida se sintió demasiado. Su sucesor como prelado eclesiástico D. Juan Perez de la Serna, costó la impresion del tercer concilio mexicano, celebrado por D. Pedro Moya de Contreras y aprobado por la silla pontificia aunque equivocadamente asentamos lo contrario en la Biografía del dicho Sr. Moya; y cuya equivocacion deshacemos ahora por la exactitud y veracidad de esta galeria.

CARLOS M. SAAYEDRA.

Excmo. Virrey



LA FUENTE DE ELISEO.

Sanatus sunt ergo aquae
usque in diem hunc, juxta
verbum Elisei, quod scriptum est.
Lib. 4 de los Reyes, cap. 2.



ORABAN las murallas de la ciudad de las palmas (1) los últimos rayos del sol. Tres días se habían pasado desde que el profeta Elías había subido en un carro rutilante hasta el trono de Jehová, cuando Eliseo, aquel que no había abandonado al querido de Dios hasta el último momento de su mansión sobre la tierra, y que había sido digno de que también le llenase el espíritu del Señor, se dirigía a paso lento hacia Jericó. La sed abrasaba su garganta, y el cansancio doblegaba sus piernas. En vano buscaban sus ojos ávidos una fuente en que extinguir el fuego que lo devoraba: la tierra estaba seca como la corteza de la encina y el polvo se desprendía de ella como la ota de arena que se presenta amenazadora a la caravana del desierto. Las palmas místicas y ajadas inclinaban sus cabezas como doncella que piensa en sus amores, y no encontraban un manantial puro y diáfano en que empapar su tostada cabellera. Las aves habían desaparecido, su canto no se escuchaba ya, y solamente la cigarra enloñaba sus tristes y desagradas saludos al estío. El profeta fatigado ansiaba por llegar, cuando vio repentinamente venir un tropel de hombres, mugeres y niños que habían salido a su encuentro, y que decían:— ¡Hele ahí, al escogido del Señor. He ahí a Eliseo: el espíritu de Elías descansa sobre él.

(1) Civitas palmarum, Jericó. Deutercon.

—Decid lo que queréis, dijo el profeta. El espíritu del Señor está en mí, y la palabra del Señor es la palabra mía.

— Señor, respondieron los habitantes, tú ves que esta ciudad es hermoosa y que su morada es muy cómoda; más sus aguas son pésimas y la tierra estéril.

El profeta meditó un rato y en seguida exclamó.— ¿Por ventura no ha separado á mi voz sus aguas el Jordán? Y dirigiéndose á los habitantes, les dijo.— Traedme un vaso nuevo y echadle sal dentro.

Los habitantes le llevaron el vaso. Entonces se dirigió á la fuente de la ciudad, y habiendo arrojado la sal al agua, dijo.— Esto dice el Señor: He sanado estas aguas, y en lo venidero ya no causarán ni muerte ni esterilidad.

Un manantial de agua trasparente como el cristal brotó al momento, y Eliseo fué el primero que humedeció con ella sus sedientos labios.

El pueblo lo llenó de bendiciones, y en memoria de tan grande beneficio dió á la fuente el nombre del profeta.

Centenares de años se han pasado. Sin embargo, cuando algun viajero recorre la Tierra Santa y llega á Jericó, no falta una mano que le señale como lugar de religión y de descanso LA FUENTE DE ELISEO.

México mayo 23 de 1844.—F.



La Fuente de Eliseo.

ANTIGUOS Y MODERNOS.



(Vase la página 30.)

A literatura de los modernos es una literatura de imitación, y frecuentemente no han hecho mas que traducir copias, en vez de imitar los originales, es decir, imitar á los Romanos discípulos de los Griegos. Indudablemente habria sido mejor consultar ante todo á la naturaleza, pero si no, al menos hubiera sido preciso interrogar á los mismos maestros ántes de oír á los discípulos. Comencemos por acostumbrarnos á Homero, despues vendremos á Virgilio; y si Voltaire hubiera buscado sus inspiraciones en la *Iliada*, elevado por el comercio del genio, se habria acercado mas á ella. Tomando á Virgilio por modelo se condena de antemano á una concepcion sin grandeza, y así ha abatido notablemente á la epopeya. A la que ya el cantor del pueblo romano habia hecho descender de la altura en que Homero la habia colocado. Además, por otra consecuencia de esta preferencia, tan poco meditada, su estilo siempre noble y claro, aunque poco uniforme, carece entorpecido de esa sencillez, que tanto realza lo sublime, única cualidad, cuyo secreto no pudo robar á la Grecia el mas perfecto de los poetas. Sin embargo la epopeya de Voltaire encierra bellezas que á la vez le pertenecen á él y á su siglo; nunca ofende el buen sentido y su razon mas elevada que su ingenio, abraza un horizonte mucho mas vasto que el de los poetas antiguos. Casi siempre no hace mas que expresar la verdad, resistiéndola con los mas brillantes coloridos, mérito tanto mas notable, cuanto que lo verdadero es mas difícil de adornar que las ficciones. Por lo demas, si Voltaire convencido de que la epopeya no es mas que una gran tragedia, fuera tan dramático en la *Iliada* como en *Méropé* ó en *Alcira*, su obra avivada por el interés de las escenas, contaria mayor número de lectores. El Tasso por un raro privilegio, imitando, no ha dejado de crear frecuentemente; se encuentran en él el genio de Homero, y el alma de Virgilio. Su Reynaldo comparado con el hijo de Thetis no es mas que un mortal destello de un Dios; el virtuoso Godofredo no iguala á la magnanimidad de

Héctor, pero qué diferencia no hay entre Eneas y el gefe de las Cruzadas! Virgilio tuvo una feliz inspiracion, escogiendo á Héctor para ser bajo otro nombre, el héroe de una epopeya; y el Tasso, heredero de este pensamiento, lo ha animado con el fuego y la libertad, que naturalmente se comunican á una creacion original; mas él no ha tomado de los antiguos ni á Soliman ni á Tancred; su Argante parece mas terrible que Ajax, Clorinda mas patética que Camila y Penthesilea, y solo él ha podido crear á la modesta Herminia. Nuevas costumbres, distintas creencias, y sobre todo, otra religion abrieron al Tasso, un manantial de bellezas, en el cual solo Dante habia bebido ántes que él; ese Dante á quien la razon tiene derecho de echar tanto en cara, este poeta que desfigura en sí mismo la noble imagen del ingenio, así como el vicio borra de la frente del hombre el sello de la divinidad, nos presenta no obstante en su monstruosa obra, magnificas bellezas que sobrepasan á las de la antigüedad; y mas de una vez ha merecido que se le coloque al lado de Homero, á quien él mismo representa como padre y soberano de todos los poetas del mundo. Algunos versos del Dante forman un cuadro mas completo y magnífico que toda la obra de Horacio sobre la fortuna. El campo de los llantos en la *Enéida* no es mas que un débil bosquejo junto al episodio de Francisca de Rimini, obra maestra de pasion y naturalidad, y que deja vieiros recuerdos al lector. En el infierno de los paganos no hay un Ugoino, ni tampoco hay una Beatriz en su Olimpo! Dante castigó desde en vida á todos los vicios coronados, y aun á aquellos cuya frente ocultaba la diara; Virgilio hizo el apoteosis de Augusto, atreviéndose á poner al primero de los Césares en presencia del primero de los Brutos, es decir, á un corruptor mas culpable que Tarquino junto al vengador de la patria, á un verdugo de Roma al lado del virtuoso Camilo, libertador de sus ingratos conciudadanos; falta, que no es nada menos á la moral que al buen sentido. ¡Hubiera podido creerse que un escritor cuya musa parece mas de una vez arre-

batada por el delirio, pudiese dar lecciones de razon, de justicia y de verdadera filosofia al sabio Virgilio! El Tasso aventaja mucho con el comercio con Dante, pero cillando sus fatigas, no siempre ha igualado sus bellezas: el genio tiene creaciones que le pertenecen eternamente; y una vez que ha puesto su sello, nadie puede quitárselo, y pasan á la posteridad con mas seguridad aún, que el nombre de los escultores, grabado por ellos mismos en la base de sus grandes obras. El ingenio de Milton se asemeja sucesivamente á sus personajes; jos unos ángeles de luz, los otros espíritus de tinieblas. Ningun poeta se ha elevado jamas á tal altura para caer en un abismo. Los cielos de su creacion disminuyen la magnificencia de Homero, su infierno es sublime, y su pandemonium que comienza por ser una rica creacion, acaba por ser la vergüenza del entendimiento humano. ¿Pero qué vienen á ser el Prometeo de Eschiles, el Canopeo de Eurípides y el Mezemio ó el Salmoneo de Virgilio junto á Satan, que aun conserva en su persona algo del esplendor del sol, y lleva en su frente una imagen de la belleza celestial con las señales del rayo, el recuerdo de su grandeza con la humillacion de su caída, la rabia, la desesperacion, y no obstante, la constancia producida y sostenida por un odio inmortal! Puede compararse á Prometeo, encadenado en la roca de la vergüenza, recibiendo la muerte con alegría, al arcángel rebelde, parado delante del hijo de Dios, armado con el poder de su padre! Así como la ficcion del gigante Adamastor de la *Lusiada*, tiene una grandeza de la cual no puede dar idea el Polifemo de Homero y de Virgilio. Así de edad en edad, los poetas tienen á la vez por sus recuerdos ó por su imaginacion nuevas inspiraciones. Si buscamos otro género de bellezas por término de comparacion entre Virgilio, el Tasso y Milton, ¿no seria profanar la inocencia de Adán y de Eva; comparar la gruta de Dido con la cuna de su himeneo, y oponer los placeres de Angelica y Medoro, y todos los encantamientos de los jardines de Armida á las delicias de la mansion preparada por el mismo Dios, para un amor del cual no hay ningun modelo sobre la tierra? Será menester deducir de estos elogios, que el *Paraiso perdido* es superior á los poemas de Homero y de Virgilio! No ciertamente; pero la verdad exige que se diga que el ciego de la vieja Albion ha sobrepajado mas de una vez á los antiguos, y que su ingenio semejante al de los astrónomos que alejan cada dia mas los limites del cielo, ha encontrado en el dominio de la imaginacion una

region desconocida para los dos grandes maestros de la epopeya. Así pues, en vez de engrandar el entendimiento humano en un círculo trazado por los siglos pasados, es necesario por el contrario, manifestarle las conquistas que ha hecho, y excitarle á emprender nuevas. — La *Mesíada* de Klopstock, no está en el mismo rango que las sublimes creaciones de la antigüedad, pero se comulera una injusticia literaria, si no se reconociesen en este poema inspiraciones de gran ingenio, rasgos de elocuencia y pinturas que no se encuentran en ninguna literatura conocida. La respuesta de Maria, cuando Porcia va á darle alguna esperanza, y que ella esclama: Mi hijo ha resuelto morir, etc... *el muerte!* la agonía de Cristo, la mezcla de magostad divina, marcada en su frente con los padecimientos humanos, y la ternura y profunda piedad del Ángel Eloi, testigo celeste de la muerte del Dios que se inmola por los hombres, manifiestan el talento superior de un gran pintor. Un solo rasgo de Klopstock dará á conocer la elevacion que dá algunas veces á las mas bellas concepciones de sus modelos. Nada hay mas dramático que la aparicion de Héctor cubierto de las heridas que la recibida ante las murallas de su patria; pero vemos la imitación que el poeta alemán hizo de este passage. En un himno cantado por Eloi, por los padecimientos de Cristo, pronto á apurar el cáliz de la muerte, se leen estas palabras.

„Con qué transportes de alegría te verán entónces sobre tu trono todos aquellos á quienes hayas reconciliado! Con qué respeto gustarán sus ansiosos ojos de buscar ó contemplar esas llagas brillantes de que estarás cubierto, esas llagas sagradas, prendas de un amor que te ha hecho morir por el género humano!”

Ciertamente Klopstock ha encontrado en un argumento cristiano, en las creencias que profesa, una imagen mas grande que la de Virgilio; y el Cristo, llevando hasta la mansion de la gloria inmortal, las señales de su sacrificio, presenta, como ficcion, un carácter mas ideal que la sombra de Héctor, sangriento y despedazado por la lanz del cruel Aquiles. Así pues, el autor de la *Mesíada*, ha añadido tambien bellezas á lo antiguo, y por consecuencia no se le puede negar un tributo de admiracion. — No solamente crearon los griegos el teatro, sino que despues de haberlo creado lo enriquecieron con una belleza suprema; de dos mil años á esta parte no hemos podido sobrepajar ó igualar, por ejemplo, ni la esposicion del Edipo de Sófocles; ni las imprecaciones de este desgraciado padre contra dos hijos ingratos.

ni el amor de Antígona que le consuela en el desierto, en la miseria, y calma sus remordimientos, que es el mayor de los infortunios humanos. Ningún trágico moderno ha sabido causar tanto terror como Eschilo; ninguno ha conmovido los corazones tan profundamente como Eurípides; el que ha encontrado en su alma expresiones para todos los dolores de Hécula, viuda de Priamo y destronada, esclava de Ulises, madre desolada de París, de Héctor y de Astyanax, su fiel imágen, de Polixenes, de Casandra y de Polidoro; el autor que cuando que ha representado sucesivamente la desesperación de Clitemnestra, de Ifigenia lamentándose de morir tan jóven, la ternura de Alceste y los cruels dolores de Andromaca, es eternamente el poeta y el pintor de la piedad. Es preciso hacer otro elogio de los griegos: mas inmediatos que nosotros á la naturaleza, son sus mas fieles pintores. Su teatro abunda en bellezas naturales que Corneille no sintió, que Racine no se atrevió á poner en escena, que Voltaire mas temido aún en este punto, no estuvo ni aun tentado de imitar, á pesar del ensayo que el poeta su modelo y objeto de sus predilecciones, habia hecho en el papel de Jóns. No solo sobre los franceses tienen esta supremacía los griegos, sino sobre los demas pueblos modernos, pues que éstos, queriendo ser verídicos y sencillos, suelen caer en trivialidades vergonzosas, ó en una apariencia de naturalidad. Eurípides presenta ya algunos ejemplos de los vicios que tanto ha exagerado, en especial la escuela alemana; verdad es que Eurípides tiene un encanto particular, no es un modelo que debe seguirse sin precaución; por el contrario, con Sófoles, ningún riesgo se corre con su estudio; sabio discípulo del gran Homero, y como él, natural y sencillo en Philoctetes, magistoso en Edipo, patético en Antígona, y tan firme en las caricias paternales de Edipo para con su hijo, como sublime en la despedida de este príncipe de la tierra; despedida que Ducis ha expresado en dos versos inmortales, como todos los rasgos en que el génio poético ha puesto su eterno sello:

„Aré del Cythéron lanzándome hácia los ciegos, á interrogar á los dioses sobre las desgracias de los hombres [1].”

Puede considerarse la tragedia en Sófoles, como el descanso mas digno de la razon y de

(1) Jóns, du Cythéron m'élançant vers les cieus, Sur les malheurs de l'homme interroger les dieux.

la virtud, pues es tan inocente y no ménos instructiva que una conversacion de Sócrates con sus discípulos. Edipo invocando al rayo que debe llevarlo al cielo, da á la creencia de la inmortalidad del alma un testimonio no ménos brillante que las palabras del hijo de Sofrostno, al beber la cicuta.—Pero si debemos reconocer á los griegos por maestros, esos discípulos no han tenido tanto ingenio como ellos? ¿Quién querría cambiar á Cína por Ja mas hermosa de las tragedias antiguas? Qué puede considerarse superior á los cuatro primeros actos de los Horacios? Su padre, semejante al primero de los Brutos, no es una creacion nueva? El amor á la patria en este viejo romano, se parece en algo á esta misma pasion en un ateniense ó en un espartano? Polencio y Severo, Sertorio y Pompeyo, Jimena, Paulina y Cornelia, pertenecen esclusivamente á la Francia [2], y si se nos ha echado en cara, justamente, por nuestros rivales la tiranía de nuestras reglas dramáticas, con cuántas bellezas no ha enriquecido nuestro teatro, obligándonos á luchar contra las mas terribles dificultades? Y de cuántos defectos no nos han preservado estas mismas dificultades. ¿Suprimid en Racine los amores de Idilio, y las pinturas de una pasion tomada de la corte de Luis XIV, no será aun ni tan grande como Corneille, ni tan rico como Eurípides; pero cuánto juicio! cuánto gusto! cuánta elegancia! cuánta pureza y cuánta distancia de todo género de excesos! ¿Cómo puede dejarse de admirar sobre todo el orden de sus piezas, la variedad de escenas, la gradacion del interés, y aquella especial prevision del ingenio para preparar las situaciones y motivar los efectos? y aquel conocimiento tan profundo de las pasiones y el talento de pintar, ya las borrascas, ya los mas secretos movimientos que excitan dentro de nosotros? y aquel talento de hacerlas brillar por acciones ó por palabras que tienen tanta elocuencia? Por lo tocante á

[2] Lléjos de mí la idea de mezclar ni por un instante la gloria del gran Corneille; pero nadie ignora que los poetas españoles fueron los que le sirvieron de guia para abrir al teatro un nuevo y honroso camino, esto lo comprueba Voltaire, que á pesar de un orgullo dijo: „Es preciso confesar que nosotros debemos á los españoles la primera tragedia patética. (El Cid), y la primera comedia de carácter que han ilustrado á la „Francia... Esta [el Mentiras de Corneille] no es mas „que una traduccion de...” En efecto, no es mas que una traduccion de la Verdad sospecha de nuestro compatriota Ruiz de Alarcón.

[El traductor.]

la composicion, así como á la pintura de las pasiones, el estudio de Racine me parece uno de los mas útiles que pueda hacer todo amigo de las letras que quiera iniciarse en los misterios del arte dramático. Después de la muerte de Racine, su Phedra no ha dejado de ser en el teatro el modelo de todas las mugeres culpables á quienes el amor conduce al crimen y á los remordimientos; pero todos sus imitadores no han hecho mas que desfigurar esta admirable creación. Sin embargo, á pesar de tan justos elogios, nos inclinariamos á creer que pueden sacarse mas ventajas de Corneille que del autor de Ifigenia. Corneille concibió la tragedia con mas grandeza y originalidad, y sintió cuán necesarias eran en ella las variaciones para combatir la monotonía del género trágico. Se encuentran en él los principios de Roma y el poder de Augusto, el viejo Horacio y Galva, los últimos suspiros de Aníbal y la muerte de Pompeyo, Sifax y Atila, el mundo romano y el mundo de los bárbaros. ¿Qué necesidad hay de que la critica tenga que encontrar en el autor de Hernulo defectos imperdonables, fallas mas graves que las de los antiguos, costumbres falsas, intrigas torpes, declamaciones estudiadas, una metafísica de sentimiento digna de una tesis de amor, un estilo frecuentemente bárbaro, aunque á veces con venga mas para la tragedia que la continua elegancia de Racine? Voltaire tan entusiasta admirador como parcial en su critica, dice que las hermosas piezas de Corneille y las patéticas tragedias de Racine son tan superiores á las tragedias de Sófoles y de Eurípides, como las obras de estos griegos á los bocetos de Thespis; esta opinion es sumamente exagerada, pero manifiesta un profundo sentimiento de la justicia que se debe á nuestro teatro.—A Voltaire y no á Racine, es á quien debe llamarse el Eurípides francés; ambiciosos ambos, recargan la tragedia de adornos, se inclinan á las declamaciones, obligan á entrar á la filosofía en la escena, multiplican los lances, precipitan los acontecimientos, y ambos violan la verdad de los costumbres, y son infieles en la pintura de los caracteres; pero los dos tienen un encanto particular, nos hacen derramar ardientes lágrimas, mueven mas profundamente la piedad y nos destronan el corazón. El autor de Alcira, careciendo ménos de ingenio que de esa conciencia literaria que debiera ser un juez inexorable para un autor que desea vivir para la posteridad, no adelantó el arte de la composicion, pero hizo hacer progresos á la accion teatral y á la piedad trágica; al con-

trario de Racine, penetra el corazón y lo conmueve. En el curso de su larga carrera, Voltaire ha deseado parecerse á Racine sobrepujándole, pero se ha acercado mas al autor de Cína que á su rival. El Bruto es una tragedia concebida con el alma, el buen sentido y la gravedad de Corneille, escrita con el estilo de Racine, distinguido siempre por su rara elegancia, pero haciéndolo mas varonil, mas firme y mas Romano. Corneille, Racine y Voltaire, son siempre un progreso del génio trágico, y aun el mismo Crébillon podria decir á los admiradores de estos tres grandes poetas: „No me desdéis, he hecho á Electro y Zenobia.” Los extranjeros, y en especial los ingleses, apocan el teatro francés; por nuestra parte tratamos á su divino Shakespeare con muy poco respeto; pero ni por una ni por otra parte hay razon. Los extranjeros harían mal en no reconocer en nuestra escena tantas bellezas, marcadas con el sello de la naturaleza y aprobadas por la razon; pero cuántas injusticias cometemos con respecto á Shakespeare, siguiendo á Hamlet y á sus ocios irreflexivos! El autor de Hamlet sería un loco con algunos destellos de ingenio; pero al examinarse, se encuentra en él un ingenio que toca en accesos de delirio. Eschilo, Sófoles, Eurípides, Corneille, Racine y Voltaire, no han ni aun entrevisto bellezas semejantes á las que se encuentran esparcidas en el primero de los trágicos ingleses. Esas piezas desordenadas en su conjunto, esas piezas, cuyo argumento no tiene cuadro porque abrazan una serie de épocas indeterminadas, que siguen el curso de una historia en vez de escoger de ella una accion grande y sencilla, ofrecen las mas sábitas combinaciones y los mas hábiles contrastes; ellas revelan un profundo estudio del corazón humano, y un talento especial para sorprenderlo y arrancarle sus mas secretos movimientos. Corneille regularmente ha hecho romanos, según su capricho; Shakespeare los ha pintado según la naturaleza, y esto lo testifican Casio y Bruto; nadie mas que él se hubiera atrevido á representar en la escena á Cleopatra tal cual fué, voluptuosa, entregada á la mollicie y á la disolucion, llena de arterias y de engaños, con las costumbres de una cortesana, los artificios de la coquetería, la cobardía en el corazón, y el deseo de agradar á Augusto después de haber llorado amargamente á Antonio, y no obstante, con el carácter de una reina dotada de mucha constancia para evitar, por medio de la muerte, la vergüenza de ser llevada en triunfo por el vencedor por los mu-

Tom. II.

ros de Roma. La Cordelia del *Rey Lear*, es una nueva Antígona; Desdémona y Julieta no se parecen á ninguna amante, y Lady Macbeth es una creación de orden superior. No poseemos en la escena, así antigua como moderna, ningún carácter semejante al de la tierna y generosa Helena, en la pieza intitulada: *Todo es bueno como acaba bien*. (All is well that ends well.) El desprecio, que por ignorancia tienen algunas personas á Shakespeare, es un escándalo, y puede decirse, una desgracia literaria: aun después de que Dupis ha sacado de él tan admirables escenas, un escritor dotado de una razón más ilustrada, puede todavía encontrar en Shakespeare la mina más fecunda. Este poeta, con todos sus defectos, tan fáciles de conocer y de evitar, no merece el mismo rango que los antiguos, pero les sobrepasa en mas de una circunstancia, y el mismo Corneille habría tenido que hacer algunos esfuerzos para llegar á la altura de este gigante dramático. Hay sobre todo en Shakespeare, un conocimiento de la naturaleza, que hace de sus obras, meditaciones muy sentidas, una de las mas útiles lecciones que pueda dar un gran poeta. Shakespeare, imitado por nécios, producirá monstruos; pero puede y debe fecundar un ingenio, y contribuir á alejar los límites del arte para los modernos.

Los Alemanes tienen un teatro de imitación y un teatro nacional; en el primero no han podido llegar á sus modelos, pues los han traducido servilmente; en el segundo, han producido composiciones verdaderamente originales. Juana de Arc, Maria Stuart, Guillermo Tell y Don Carlos ofrecen nuevas fuentes de admiración y de placer para el gusto y la razón. La duquesa de Eboli conducida al crimen por una pasión cruelmente desolada por Don Carlos; la esposa de Felipe II enamorada del hijo de este príncipe es mucho mas interesante que Rhodra, porque da consejos de la mas revelante virtud á aquel por quien ella sacrificaria su vida; el carácter del *Demonio del medio día*, tan habilmente trazado y el papel enteramente nuevo del marqués de Posa, merecen toda la atención de los inteligentes. Los Alemanes han acrecentado la escena tratando de poner en ella á la naturaleza, y algunos de entre ellos tallos como el venerable autor de *Richard*, han arriesgado una confusión en los géneros que nunca vera la razon sino como un descaerido del entendimiento; pero el sabio Sófocles se habria asombrado de los descubrimientos que le habrian hecho hacer el teatro de Goethe y de Schiller. En la comedia, Molière es un es-

fuerzo de la razon humana, el domina solo en la escena de Talia. Mas profundo observador que Montaigne, mas filósofo que Lucrecio ó Bayle, mas ilustrado que Bossuet y mas verídico que Racine en las costumbres, este gran moralista del teatro se sobrepono tanto á los modernos como á los antiguos. La Francia posee en Rognard y en muchos otros escritores el tipo de Moliere, aunque el de este es de un precio muy superior.

En España Lope de Vega, Guillen de Castro y Calderon: (1) y sobre todo el primero, han tenido algunos destellos de ingenio ideas felices, rasgos de imaginacion, y caracteres bien pintados; pero casi siempre han carecido de razon y de arte (2). La comedia de enredo parece

(1) Cómo pasar adelante sin mencionar á nuestro distinguido Alarcón, á Moreto y á Moratín! Podrían citarse otros varios, pero que al ménos otros ocupan un lugar entre los autores que cita el escritor francés.

(El traductor.)

(2) Esto último es una injusticia del escritor francés que no debe dejarse sin impugnacion en un país donde se habla la lengua de Cervantes. Si alguna nacion dio la norma en el teatro, fué la Española, y vuelvo á citar en mi apoyo al respetable Voltaire, quien se expresa así: „Los españoles tienen en todos los teatros de Ebro, „que la misma influencia que en los negocios públicos; „en gusto dominaba tanto como su política.“ Otro autor, nada sospechoso á la verdad en este punto, el Abate Juan Andrés, dice: „El teatro español recogió pues „los aplausos y los elogios de toda la Europa, y sirvió „de algún modo para despertar las dormidas y alargar „de las fantasías de los dramáticos modernos.“ El mismo después de hablar de los defectos del teatro español, se expresa así: „pero que al mismo tiempo la portentosa „fecundidad de la invencion, el interés de las situaciones, „deca, la ingeniosa complicacion, y feliz desarrollo de muchos accidentes, el acopio de agudas sentencias y de „finos pensamientos, la facilidad, naturalidad y gracia „de la versificación y del lenguaje, poseision de algun „modo recomponer tantos defectos y hacer que el siglo „pasado (el XVII), diese justamente la preferencia al „teatro español, y que los buenos poetas dramáticos lo „estudiasen y se aprovechasen de su riqueza. La ex- „cesiva sencillez y naturalidad habian desahogado é in- „genios los dramas de los autores del siglo XVI: el in- „genioso y agradable enredo, y la feliz combinacion de „algunas situaciones bien dispuestas, en un método deli- „cioso á los españoles del XVII, y que ha servido de guía „y de estímulo á los sucesos poetas franceses para formar „un nuevo teatro.“ No obstante, preciso es convenir en que si Lope de Vega hubiera escrito la mitad de lo que escribió, y meditado mas sus obras, seria el portento de la escena; pero aun así este maestro de la naturaleza, como le llama Cervantes, ha sido uno de los que mas han creado, en el camino á tomar nueva forma el

nación en España (3) y este género se arraigó en Italia cuando llegaron á fastidiar las pretendidas piadosas farsas, tales como *El matrimonio de la Virgen*, quien no daba su consentimiento sino después de este convenio con José: “Tendremos dos recámaras y dos techos.” Finalmente el cardenal Bibbiena produjo la primera comedia italiana en la *Calandria*. El Ariosto y Machiavello vinieron después y les sucedió Goldoni el verdadero restaurador del arte cómico del otro lado de los Alpes. Una licencia desenfadada hace á la comedia inglesa tan inferior á la francesa; bajo el punto de vista de la moral cuanto este distante por el ingenio: Shakespeare feliz en ambas escenas, como Corneille; Driden, elocuente; traductor de Virgilio; Cibber, Congréve, Shéridan, el caballero Juan Vamburg y Fielding, tan hábil pintor en *Tom-Jones*, en vez de igualar á Molière, apenas llegan á Regnard.

En el género pastoral los modernos no hacen mas que imitar como Virgilio antes que ellos, reducidos á copiar cuadros de una naturaleza que no han visto. No tenemos ciertamente pastores que canten con gracia sus amores, tampoco podemos tener eglogas ó bucólicas y

teatro y se abrió una nueva era dramática; pero pasemos á Calderon. Esta es verdaderamente el primer poeta dramático que ha producido España, y nunca el ingenio de un solo hombre ha creado tantas situaciones originales, tantos rasgos y tan admirables caracteres, tantos lances y tantas intrigas, y como ha dicho un escritor de nuestro dia: „Este hombre es el Miguel An- „gelo de la literatura.“ También es preciso convenir en que Calderon tiene defectos, y muy notables; pero acaso son estos defectos seria menor su mérito; además muchos de esos que se han llamado defectos, encierran bellezas de primer orden; pero han crecido de arte, dice el escritor francés cuyo artículo nos ocupa. (Y que, carecer de arte es no sujetarse á las reglas de Aristoteles porque en este caso seria preciso hacer que estas reglas estarian en oposicion con la ternura y el amor de Shakespeare, ni Calderon, ni Cervantes, ni Lord Byron, inge- „neros verdaderamente excelentes, se han sujetado á tales reglas. En fin, para concluir, repetire lo que Alejandro Dumas dice de Calderon. „Que deben estudiarle los „poetas dramáticos con tanta atencion, como los au- „tóricos un caddáver.“ Baste esta, para muchos pla- „ceres que la mia han vindicado ya al teatro español, y acaso otras continuará vindicándolo con mejor éxito que el que yo pudiera esperar.

(El traductor.)

(3) En efecto, nació en España, y el citado Abate Juan Andrés, dice: “El mayor mérito, pues, de las comedias españolas, consiste, en mi concepto, en el enredo comunmente conducido con ingenio y felicidad, &c.”

(El traductor.)

á lo mas contamos algunos idilios agradables;(4) Las poesias de Giesner no son mas que idilios cuyas acciones imaginarias no pertenecen ni á los campos ni á las ciudades; Theócrito por el contrario ha reproducido con originalidad costumbres reales; pues el pais, los personajes, los usos, las acciones el lenguaje, en fin, todo es verdadero en las composiciones del maestro de

[1] La España así cuenta entre sus poetas un Garcilaso, un Balleuza y un Meléndez cuyas eglogas riviran eternamente: el primero, como observa Martínez de la Rosa, es el que mas se parece á Virgilio á quien imito frecuentemente y las mas veces con felicidad. El ya citado Abate Juan Andrés, y repito que el autor no parecerá sospechoso, dice hablando de Garcilaso, que imitando á los autores latinos é Italianos, se esfuerza con tan feliz desseo de igualarlos que algunas veces aun los supera.

Las eglogas de Balleuza tienen algunas bellezas que las suyas pero como dice Martínez de la Rosa, quizá en ningunas otras se hallará mejor que en estas aquellas sencillez y naturalidad bellísima que constituye la principal dote de esa clase de composiciones.

En cuanto á Meléndez quien no conosco y admira su linda egloga *La vida del campo*.

En el idilio parero que no ha sido tan abundante la España, no obstante para que no lo falan escritores en este género, poseé á Hernandez Herrera y algunos otros aunque bastante inferiores. En la oda entre los poetas españoles que mas se han acercado á Pindaro se cuenta á Herrera, autor de la famosa *Cancion de Don Juan de Austria*. Cuando España poseía á Herrera dice Martínez de la Rosa, ninguna nacion inclusa Italia, habia tenido un poeta lirico de igual mérito; y aun hoy dia no tengo noticia de composicion alguna en lengua vulgar que pueda compararse á la precedente (la ciudad), como imitacion de la poesía de Pindaro.—El gran imitador de Horacio, Fr. Luis de Leon presenta un modelo digno de las mayores alabanzas en su oda á la *profesion del Tajo*; y con respecto á este merece poeta basta citar en su elogio un párrafo del repetido Juan Andrés en que dice Fr. Luis de Leon en sus escenas mas que rico espesor, no la ternura y el amor de Petrarca, sino el nervio y el espíritu de Plinayo de Horacio; y en algunas ha salido con tanta felicidad, que el griego y el romano lirico se podian gloriar de verse tan felicitamente imitados por el Español.—La brillante oda de Quintana á la *Invenccion de la imprenta*, es un modelo digno de ser imitado por cualquiera ingenio dedicado al cultivo de las bellas letras, y puede colocarse entre las mejores producciones de los tiempos modernos.

Podria citar otros varios ingenios Españoles pero se desahogaré demasiado la nota: baste lo dicho para manifestar que por ningún título la literatura española que tampoco heretizada, deja de ser acreedora á las mayores consideraciones.

(El Traductor.)

la poesa pastoral, y puede decirse que Teócrito nos ha dado cuadros de la naturaleza y Gesner retratos de fantasía; en cuanto á la pureza del sentimiento y á la moralidad de la pasión, el poeta alemán merece la palma, pero en cuanto al arte y á la verdad es muy distante de llegar al poeta griego. Un joven, Andrés Chenier, arrebatado por la muerte cruel al culto de las Musas, parece que volvió á encontrar el idilio antiguo, y si no lo ha elevado hasta el grado heroico, ó lirico que Teócrito le dió á veces, algunas de sus risueñas composiciones respiran sencillez y gracia. En cuanto á la oda, los Griegos, aun suponiendo que la Europa tuviese la dicha de encontrar todas las creaciones de su ingenio, con dificultad producirían bellezas capaces de rivalizar con algunos poemas líricos de la Biblia. La sublimidad de Moisés, de Isaías y de Job, probablemente no llegó á posarla ningún poeta profano. Puede presumirse esta verdad, comparando los mas hermosos coros de Esquilo, que verdaderamente son odas, con alguna composición de los profetas. ¿Dónde puede encontrarse en sus inspiraciones aun las mas atrevidas, algo que se parezca á la espantosa caída del tirano Asur, precipitado desde la cumbre del poder supremo al eterno abismo, donde los reyes sus iguales vienen á insultar su orgullo tan cruelmente castigado, su esplendor eclipsado y su desastre cien veces mayor que sus antiguas prosperidades?

Tampoco á los modernos, ni aun á Juan B. Rousseau, les ha sido dado igualar á los poetas sagrados, de los cuales debemos no obstante reconocerle como glorioso émulo (2). Juan Bautista ha bebido bellísimas inspiraciones en las fuentes bíblicas; algunas veces se eleva demasiado en alas de los profetas, pero cuando estos lo abandonan, no se sostiene mucho tiem-

(2) En México han imitado muy fuertemente, como poetas religiosos, los escritores Cárpio y Posada; del primero pueden citarse, entre otros composiciones, el *Sisal* y el himno al *Nacimiento del Niño Dios*, que encierran grandes bellezas; es lamentable á la verdad que el Sr. Cárpio no publicase en un cuerpo todas sus poesías, pues con esto haría un gran servicio á la literatura, y daría mucho honor á nuestro país. Con respecto al segundo, basta leer, aunque sea rápidamente, en poema titulado *Jerusalén*, la versión del *Cantar de los Cantares*, y la del *Salmo cxxvii*.—*El israelita prisionero en Babilonia*, para reconocer que es un buen poeta religioso. Hay además algunos jóvenes dedicados á esta género de poesía, y en las columnas del *Museo* y en las del *Luz*, se encuentran algunas composiciones de bastante mérito.

[El traductor.]

po en las regiones de lo sublime, y vuelve á caer á la región media que es su elemento natural, él no ha sabido limitar de los liricos sagrados ni la variedad de tonos, ni la naturalidad, ni el movimiento dramático que da vida é interés á su poesía, á pesar de tener los coros de *Athalia* y de *Ester* ante sus ojos. No tiene popularidad cuando se ha menester, porque no sabe tomar la naturalidad ó la energía figurada del idioma del pueblo. Bajo este aspecto la Biblia le daba lecciones, que han sido pérdidas para él, no ha comprendido mejor los coros de las tragedias griegas, diríase que no había leído nunca á Esquilo ni la bella composición del anatema pronunciado por el virtuoso poeta contra la culpable Helena, soberana por la belleza aun despues de su crimen en el palacio y en la memoria de Menelao, y transformada de reina aforada en una horrosa Euménide para la Grecia y para el Asia. El gran defecto de nuestra poesia lirica es no haber bebido sus inspiraciones en el amor de la patria ni en el entusiasmo de la libertad. He aquí por que la oda carece entre nosotros de los dos grandes caracteres que la hacian dramática y apasionada entre los antiguos, he aquí tambien por que no hace ya grandes maravillas al entusiasmar á las almas. La poesia lirica no es nacional ni en Malherbe, ni en Juan Bautista, ni en Lefranc de Pompignan, quien tuvo algun éxito en la poesia. Lebrum-Pindare, discípulo de los antiguos y émulo de los modernos que acabo de citar, ha sentido y reparado la falta de sus precursores. No se puede negar que el cantor de Biffon, el autor del *Diirrambo* consagrado al naufragio sublime del navio *El Fenagador*, parece alguna vez sentado en la tripod de Apolo; en su *exegi monumentum* hay mas grandeza que en el de Horacio, y una especie de entusiasmo que recuerda la Sibia del libro 6.º de la *Eneida*. Feliz si una razon mas alta, una instruccion mas vasta y una sensibilidad mas verdadera, hubiera auxiliado á las disposiciones de la naturaleza, á su constancia en el trabajo y á su talento en el manejo del idioma de las Musas. Lebrum ha inscrito para siempre su nombre en el frontispicio de nuestro panteon literario; pero este nombre no es popular, ni lo será nunca.

La Francia de nuestros dias posee un poeta eminentemente nacional y popular: tal es Beranger, cuyas obras se leen tanto en los palacios como en las cabañas, y Beranger encuentra un amigo en donde quiera que se halle un francés que haya combatido en Asia, en Africa en Europa y sobre nuestro territorio por la causa

sagrada de la independencia. Beranger amigado por la meditación, y habiendo tenido ya buen éxito, tal vez ignoraba su porvenir, cuando oyó resonar por los aires una voz poderosa que le decía. "Vén á consolar mis desgracias, y á celebrar mi gloria cuyo recuerdo quisiera borrar." Esta voz era la de la patria, el la oyó y fué otro hombre. Ninguna época de nuestra historia vió jamas semejante simpatía entre el pueblo y un poeta: jamas el canto lirico encontró tantos corazones de tantos hombres reunidos bajo un mismo cielo.

Mr. de Lamartine, inspirado por el amor, se ha proporcionado un lugar aparte, un lugar único en nuestro panteon; este Hyron con fe, que parece que no ha gustado de la dicha sino teniendo siempre perdida, y que pide con fervor á la religion que dulcifique la amargura que se encuentra como hez en el fondo de la copa de las voluptuosidades; así como Chateaubriand, ha creído aplacar con la fe sus tormentos pasiones, y llenar con Dios el inmenso vacío de un corazón enfermo y hambriento de nuevo alimento. Echando una mirada sobre su siglo, despues de una revolucion de cuarenta años devorando cada uno de estos mas existencias que las que un siglo de otra época hubiera consumido, ha creído ver que los pueblos estaban perseguidos por una devoradora inquietud, atormentados por la necesidad de un celeste porvenir y trató de volver á poner á la tierra en comercio con el cielo. Tal es la causa de sus religiosas y sentidas *Meditaciones*.

La lira de este poeta ha encontrado sonidos y acentos que nadie antes que él, había sacado de una lira francesa; la música no está exenta de monotonía, pero nos lanza á cierto ensagenamiento meditabundo, semejante á aquel que deja ver á los orientales el cielo, el amor y las huries. Entraba en el destino de Bonaparte crear poetas despues de su muerte como creó héroes durante su vida, y este grande hombre lleva la dicha á todos los que lo toman por objeto de sus trabajos, y bien conocidas son las altas inspiraciones que le deben nuestros jóvenes líricos. A su frente se hace notar Mr. Victor Hugo, ambicioso de la gloria de fundar una escuela independiente de toda regla anterior á él, pero esclavo de sus propios sistemas de los cuales acaso será víctima: este joven reformador, ya remontándose hasta el cielo, ya arrastrándose en la tierra, podría compararse al Satan de Milton, reducido á sufrir una metamorfosis descendiendo del trono; él lleva en su frontis el sello de la poesia, con que fué

profundamente marcado desde su nacimiento, ¿pero por qué profanar como él ha hecho los dones mas preciosos? Mr. Victor Hugo puede obtener y conservar un rango elevado sobre nuestro horizonte literario, pero puede caer para siempre como Ronsard: á él le toca escoger. Menos atrevido, menos impetuoso, menos poseído del demonio, mas elegante, con un estilo mas pulido y sostenido, y sobre todo mas fiel al caracter de nuestra lengua y á las leyes del buen gusto, Casimiro Delavigne, (1) atrevido sin temeridad, novator sin loca licencia, tratando de conciliar el respeto debido á lo pasado con las exigencias de lo presente, se ha apoderado tambien de la voz de la celebridad. *Walteros*, la *despedida de la libertad en Parthenope* y otros muchos cantos dignos de memoria, han aumentado la popularidad literaria del autor del *Paria* y de las *Vesperas Sicilianas*, quien tiene ademas sobre todos sus rivales la gloria de haber obtenido los favores de Melpomene sin perder la predileccion de Thalia.

En Italia, en Inglaterra y en Alemania algunas odas de Petrarca, de Guidi, de Filicaja y de Monti, el *Festo de Alejandro* por Dryden, muchos cantos marciales de la Prusia del tiempo de Federico II, los himnos de los modernos Griegos; los *Géritos de Inverrecion* de Körner, el *Tirteo* de los pueblos del Danubio y del Rin armados contra nosotros, bajo la falsa fe de los juramentos de libertad pronunciados por los reyes, y los coros de Manzoni, respiran un noble entusiasmo en que arde el amor á la patria, igualando y aun superando algunas veces las mas hermosas inspiraciones de los liricos de la antigüedad. Las novelas forman la parte mas brillante de la literatura de los modernos; en ellas se encuentran á la vez la tragedia y la comedia, y en estos dos generos una pintura del corazón humano que asombra é instruye al lector. Las novelas tienen su Tácito y su Moliere: así, la lectura de estas obras, frívolas en la apariencia, tal vez peligrosas para la juventud y para las almas que no estén aun bien afirmadas en ciertas reglas que deben dirigir la conducta de la vida, es para la razon, para el talento y para los espíritus dedicados á la observacion, una lectura mas provechosa que la de los filósofos mas ilustrados; pues se hacen rápidos progresos en el conocimiento de la moral cuando se vé que brota del choque de las pasiones.

[1] La literatura acaba de hacer una pérdida considerable con la muerte de este poeta. [El Traductor.]

castigando siempre sus faltas por consecuencias inevitables. Algunas mugeres modernas han colocado sus nombres al lado de los de Lesage, Miguel de Cervantes (1), Bernardino de Saint-Pierre, Rousseau y Richardson inmortal autor de *Clara*. No olvidemos una pérdida reciente y dolorosa para el mundo literario, la del celebre Walter-Scott que tanto fecundo y aumentó el dominio de las novelas. Los antiguos lejos de tener ningún nombre que oponer á los que acabo de citar, no podrían ni aun ponerse en paralelo con algunas mugeres que han hecho en sus obras pláticas y vistosas de las pasiones. Mda. de Lafayette, Mda. Cottin, Mda. Tancin, Mda. de Staël y Mda. de Souza; no tienen modelo entre los antiguos. La causa principal de la superioridad de las novelas está en las diversas costumbres y la religión.

Entre las naciones modernas solo la Inglaterra y la Francia han poseído oradores elocuentes (2) pero nadie ha igualado á Demóstenes ni á Cicerón; no obstante, Lord Chatham y su hijo, Burke y Fox, Cazalés y Barnave, Vergniaud y Mirabeau han pronunciado en la tribuna discursos de hombres de estado en que la mas alta razon se ha unido á la mas imponente elocuencia; pero de todos estos hombres solo Mirabeau da una idea de Demóstenes. Bossuet se le parece aun mas, y acaso la voz humana no se ha expresado jamas con tanto imperio en ninguna lengua. ¿Por qué un talento tan prodigioso se habra visto algunas veces profanado con la defensa ciega de los mas funestos errores, para que la moral tenga derecho de pedir al orador sagrado, cuenta severa de sus magnificas mentiras en favor de los reyes y de los grandes de la tierra, que se complace frecuentemente en herir con los rayos evangélicos?

(1) No conozco á la verdad ninguna obra de una muger que pueda ponerse en paralelo con la que ha immortalizado el nombre de Cervantes. [El Traductor.]

(2) La elocuencia parlamentaria es hija de la libertad, la historia lo comprueba. Ni Demóstenes ni Cicerón hubieran dominado todos los ánimos si en vez de ser ciudadanos de Atenas y Roma hubieran sido súbditos en un país despótico. El último tribuno Romano, Cola de Rienzi tuvo que convencer al pueblo ofreciéndole la libertad para dejar oír su elocuente lenguaje. La Inglaterra sin sus instituciones liberales no hubiera oído á sus elocuentes oradores y la Francia hasta los primeros dias de su revolucion no oyó la implacable voz de Mirabeau. La España tendria tambien sus oradores y la tribuna mexicana llegara dia, no lo dudo, en que retumbe con los acordes de algunos hombres elocuentes inspirados por la libertad. [El Traductor.]

Nada tiene porque pedir perdon el orador que comenzó la oracion fúnebre de Luis XIV con estas palabras: "Solo Dios es grande, hermanos míos."

Es glorioso para nuestra patria poseer además del Telemaco que es un presente del ingenio á la humanidad, esa pequeña enarsena que deberia ser el breviario de los reyes. Si el legislador de los cristianos hubiese querido afectar elocuencia, se puede creer que habria hablado como Masillon con los mismos encantos la misma union y un poco mas de sencillez. Cristo como el sabio de La-Fontaine economizaba tiempo y palabras. La religion cristiana ha formado á Bossuet y á Masillon, la antigüedad no podria producir nada que se les asemejase. Grave cuestion es la de saber si Hume, Robertson, Machiavelo, Gravina y Voltaire pueden disputar los titulos á los historiadores griegos y romanos, pero al menos puede asegurarse que los escritos de los primeros, son mas luminosos y deben ser mas útiles á la humanidad que los de los segundos. Voltaire ha introducido en la historia un espíritu de crítica, y un raciocinio que tienden nada menos que á destruir el error, y hacer triunfar á la razon en el universo. Voltaire ha reformado casi todos los juicios de los siglos pasados y aun de sus mismos contemporáneos, sobre las cosas humanas. Su ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones á pesar de sus imperfecciones y de sus desigualdades, es un código de filosofia para todo el género humano; la obra de Voltaire se esparcirá por todo el orbe y contribuirá eficazmente á los adelantamientos de la razon humana. En la filosofia racional, en la moral y en las ciencias políticas los modernos pueden citar á Clarke, Bacon, Montaigne, Pascal, Bossuet, Fenelon, Voltaire Kant y á toda la escuela Alemana. Á Reid y á sus rivales; á Buffon, J. J. Rousseau, Machiavelo, Montesquieu y á otros muchos heróicos de las luces de tantos siglos; y alumbrados por el fanal de su ingenio en el camino de las luces, y existiendo en un tiempo de libertad para el pensamiento, son y deben ser tanto mas superiores á sus inmortales predecesores, cuanto la civilizacion actual lo es á la antigua. Al ensalzar el mérito de los modernos estamos muy distantes de menoscabar el de los antiguos; solamente señalamos una consecuencia de la marcha progresiva de la humanidad; los grandes hombres á quienes venera hoy, han marchado con ella sin olvidár el culto de los antiguos adelantándose á veces; he aquí el secreto de su superioridad; y si el mundo hubiera permanecido estacionario en

su ignorancia, no hubiera podido ni oírlos ni seguirlos y el ingenio se habria detenido en su vuelo, desanimado por la certidumbre de no encontrar eco en medio de una sociedad inmóvil y muerta para la inteligencia.—P. F. Tissot. (Traducción y extractado por—P. M. DE TORRESCANO.)

LOS SABLIEROS (1)

Novela traducida de Henry de Kock y dedicada á la Sra. Da. Manuela Rodríguez Villanueva.



ACIA el fin de un hermoso día del mes de septiembre, un joven, elegantemente vestido se dirigia á grandes pasos á Villegli, lugar lejísimo distante tres leguas de Circosona. El sol se ocultaba dorando á lo lejos con sus últimos rayos la inmensa cadena de los Pirineos; las Cevenas, llamadas vulgarmente en el país las montañas negras, desaparecian ya bajo la bruma, y el Fresquel corría con sus olas azules á la derecha del viagero sin que su ligero ruido, ni los deliciosos puntos de vista que se ofrecian entonces á sus ojos viniesen á arragaban su frente. Algunas veces por un movimiento maquinal hacia volar con la estremidad de su baston, las flores solitarias que bordaban la orilla del camino, se detenian un instante murmurando con un acento de tristeza y de desaliento: "Llegaré á tiempo ¡Dios mío!" Después proseguia su camino todavía con mayor ligereza. Habia llegado al puente rojo, bello acueducto edificado sobre el Fresquel, cuando un campesino que estaba absorto contemplando las olas, se volvió bruscamente al escuchar los pasos del viagero, le dirigió una rápida ojeada y tomándolo por un brazo exclamó con una voz sorda: "Sois Mr. Luciano de Montafin, no es cierto?"

—Si, me conoceis?
—Muchas veces os he visto en el castillo; soy Luis Lambert, el cantero jos acordais de mí?

(1) Nombre de origen italiano con que se designan á unos asesinos que daban la muerte con un solo golpe.

—Sois Luis Lambert!... ¡Oh! decidme... y Susana? El joven campesino se detuvo con los brazos cruzados delante del Parisiense. Sus negros ojos centellaban, sus labios estaban pálidos y contraídos, parecia gozarse en la ansiedad de aquel que permanecía inmóvil á su frente, preguntándole con la vista. Luego, después de un instante de pensoso silencio pronunció silaba por silaba estas palabras:

—Susana ha muerto, Mr. Luciano, vos habeis matado á mi hermana... pero habeis vuelto, perfectamente. Y precipitándose por un sendero estrecho á la izquierda del puente, desapareció. Luciano quedó anonadado; tuvo necesidad de apoyarse contra un árbol para no caer. Cuando una hora después, llegó á Villegli al castillo de su padre, estaba pálido como una sombra; su corazón estaba despedazado, porque al volver al país en donde habia esperado hallar un perdon y algunos instantes de dicha, no habia encontrado sino remordimientos y lágrimas.

II.

Las nueve acababan de dar en la iglesia de Villegli, la noche estaba sombría y silenciosa, y todas las cabañas de la plaza, á excepción de una sola, habian obedecido á la antigua ley de eubrir el fuego. En esta mansión que parecia velar por las otras en la hora del reposo, dos hombres vestidos con la blusa de canteros, el uno de cerca de 60 años y el otro que tocaba apenas en los 20, estaban arrodil-

llades junto á una joven moribunda. El primero de estos hombres era el padre, el segundo el hermano de aquella que bien pronto iba á dejarlos: los dos Horaban, los dos observaban temblando, los rápidos progresos de la muerte en aquel semblante tan lleno algunos días antes de gracia y de belleza. Padre y hermano tenían su aliento, para escuchar mejor las últimas palabras que murmuraban sus labios; pero estas palabras eran confusas, entre-cortadas, y á pesar de su atención, ni uno ni otro podían comprenderlas. Repentinamente la joven lanzó un breve grito, volvió la cabeza hacia la puerta como para buscar en ella á alguno, y exclamó con voz débil, pero distinta: "Luciano....." "Adios....." Después cerró los ojos y durante algunos minutos no se oyeron más que los sollozos de los dos aldeanos. El más joven se levantó primero, se adelantó hacia el lecho fúnebre, puso la mano sobre el corazón de la joven y como ninguna pulsación respondiese á esta muda pregunta la retiró y dirigiéndose al que siempre permanecía allí..... encorbado. Padre, le dijo, Susana ha muerto, pero sabemos el nombre del que la ha asesinado: lo que ella nos ha ocultado con tanta constancia durante sus largas noches de dolores, ha permitido Dios que su último grito nos lo revelase, Susana ha perdonado sin duda al que la abandonó tan vilmente..... Padre lo perdonaremos también nosotros?

--Luis, lo que tú bagas hará.

--Padre..... nos vengaremos.

Luciano, el que nos ha deshonrado es el hijo de un hombre rico y poderoso..... no somos nosotros sino pobres aldeanos y no tenemos ninguna prueba que presentar contra él... Por otra parte, ha dejado la aldea para ir á París: sin duda no volverá en mucho tiempo á Villegli; con que no podremos sino maldicirle siempre sin herirle nunca.

--Tal vez, padre..... tal vez..... sídme. Gracias á vuestras bondades y cuidados, por ellos vuestros hijos han aprendido á conocer su lengua y á escribirla. En cuanto á mí de poco me había servido esto hasta ahora: la ciencia es inútil al que pasa su vida en el fondo de una cantera: Susana, al contrario, gustaba, cuando los cuidados de la casa le dejaban tiempo, de conlar al papel sus pensamientos y sus penas... En sus últimos días de sufrimiento lo quemó todo, fuera de esta carta, penosa prueba sin duda de los restos de esperanza que le quedaban todavía aun á la orilla de la tumba. Padre, ahora es cuando yo

os doy gracias de no haberme dejado ingrato como mis compañeros de trabajo; porque esta carta encontrada por mí bajo la almohada de mi hermana, y que mientras ella ha vivido dudaba yo abrir, hoy voy á deciros lo que contiene..... No tiene sobrescrito..... el último suspiro de Susana nos ha manifestado á quien debía ser envidiada. Lambert levantó la cabeza, y su hijo leyó en alta voz. "Luciano, me habeis abandonado, debía yo "esperarlo; el amor de una pobre aldeana no "podía haceros olvidar á París y sus placeres; por lo que á mi toca pienso sin cesar en "vos, os amo siempre y lloro..... pero eso "que no leedré ya mucho tiempo que pade-" "ceré..... todas las noches sueño que me he "muerto.... ¿No es cierto que este es un aviso "de Dios? Luciano, muy di chosa sería yo si "volviera á veros antes de ocupar mi lugar en "el cementerio de la aldea..... No quiero, ni "tengo derecho de dirigiros algún cargo: deso-" "unicamente deciros Adios. Venid, oh pre-" "miid! yo os lo ruego, haced el sacrificio de al-" "gunos placeres á la que os ha entregado su "honor y su vida." Luis se detuvo, su voz temblaba por las lágrimas; su padre se levantó vacilando, fijó sus miradas en las facciones descoloridas de su hija, y golpeando con violencia su ancho pecho, dijo:

--Fué culpa mía, muy grande culpa haberle dejado aquí sola, hija mía, cuando iba yo con Luis desde la mañana hasta la tarde á romper la tierra cubriendo de sudor mi frente. No pensaba yo que al darle pan ó al preparar tenerle contenta con algunos presentes..... Debi acordarme desde luego de que eras bella y de que se te podía amar..... y abandonar en seguida..... Pero podía yo creer, ¡Dios mío! que un extraño tuviera desde luego bastante imperio sobre ti, para inducirte á ocultarle de tu padre?..... Susana, yo te perdono y te bendigo..... pero á él.....

Y volviéndose á su hijo.--Luis, tienes razón, esta carta nos servirá para vengarnos..... Este hombre sería bien infame si resistiera á la súplica de una moribunda. Volverá á la aldea, y no la dejará sino para ir á sufrir y morir á su vez. La esperanza de los dos paisanos no quedó turbada. Cinco días seguidos fué Luis á colocarse en el camino..... y allí centinela infalgable y activo, ningún pasajero se había escapado á su investigación; una tarde volvió apresurado á su cabaña gritando.--

Padre, ha llegado!

III.

No era Luciano uno de esos libertinos por to-

no, uno de esos modernos *D. Juan*, á quienes parece una cosa original y del mejor gusto seducir á una joven para abandonarla un mes después, y no volverla á ver nunca. Educado en principios más generosos, sabía que el amor de una mujer, y sobre todo, su primer amor, este sentimiento tan lleno de abnegacion y rendimiento, es una de las cosas que es menester apreciar y respetar más en el mundo; pero Luciano era joven: después de algunos meses de felicidad, la hartura, el fastidio habían reemplazado los gozes sin obstáculos, sin interrupción, y había vuelto á París jurando á la joven volver pronto, y creyendo el mismo su juramento.

París es el *Letlo* de los amores de provincia; al cabo de algunas semanas, Luciano había olvidado sus promesas. Villegli no se aparecía en su imaginacion sino como al través de una nube, y desgraciadamente para Susana esta nube se hacia cada vez más impenetrable. Tres meses después de su vuelta á París, Luciano satisfizo los deseos de su padre, tomando por esposa una joven de una familia ilustre, que le llevaba en dote brillantes consideraciones en la sociedad, y una fortuna inmensa. La pobre aldeana de Villegli que Horaba siempre esperando todavía, no fué desde entonces para Luciano sino una memoria que repelia al instante, porque las mas veces semejaba un remordimiento. Habian pasado seis meses; una noche al volver del baile, recibió Luciano de manos de un criado, una carta que llevaba el sello de Villegli; rompió con viveza la cubierta, se había apoderado de su corazón uno de aquellos presentimientos de desgracia que jamas engañan. Á las primeras líneas se sintió conmovido.... á la última palabra prometió obedecer la súplica de quien tanto lo amaba..... Esta vez fué fiel á su promesa. Tres días después estaba en Concanson. Impaciente por llegar, dejando su silla de posta, no aguardó á que se le ensillase un caballo, y tomó á pie el camino de la aldea: solo, entristecida el alma, caminaba de prisa pensando en Susana, á quien esperaba estrechar bien pronto entre sus brazos, consolar y dar aliento para que soportase la vida. Pero esta esperanza no debía realizarse. Una nueva terrible le aguardaba en su paso por el puente rojo. No eran las convenciones de una joven moribunda las que le esperaban; iba á encontrarse en la presencia de un hermano ultrajado.

IV.

Mr. de Montalin estaba en París, y el castillo Tom. II.

de Villegli no era habitado entonces sino por un conserje y un jardinero, y Luciano después de haberse desembarazado, no sin trabajo, de las saluciones de estas buenas gentes, había subido á su cuarto, dando órden de que no se le interrumpiese. Los pensamientos mas diversos asaltaban su espíritu, y en todos ellos se dejaba ver un tinte sombrío y melancólico. ¿Cómo se había encontrado en el camino el hermano de Susana para darle tan triste noticia? Susana había confiado al morir al joven aldeano un secreto que debía ocultar eternamente! --Porqué aquellas palabras.... pero habeis vuelto, perfectamente? Lambert y su hijo se habían propuesto lavar su deshonra en su sangre, y lo habían hecho caer en un lazo? Luciano no sabía qué creer, solo, apoyado en una ventana veía bajar las sombras de la tarde sobre la aldea, y ocultarle poco á poco la pequeña cabaña, mas abajo de la iglesia, en donde tantas veces había estrechado contra su corazón una joven llena entonces de juventud y amor, y tendida ahora para siempre bajo la rústica cruz del cementerio. Luciano sintió oprimirse el corazón.... La vista de la cruz le dañaba.... Bajó precipitadamente al parque, corrió á sentarse en un banco de piedra, y allí con la cabeza entre las manos, pidió á Dios el perdón de su falta. El dolor tiene, cuando está en su mayor fuerza, algo que atride y agobia; Luciano inmóvil en su asiento no echó de ver que el tiempo avanzaba y que una noche pasada y negra había sucedido al crepusculo, cuando una mano colocada bruscamente en su espalda, vino á sacarlo de esta especie de anonadamiento. Tembló, levantó la cabeza, y dos hombres, dos aldeanos, cubierta la frente con el ancho fieltro de que usan los montañeses, se le presentaron, saliendo de las finchblas, como la sombra amenazadora de Hamlet. Estos hombres eran Lambert y su hijo. Luciano lo conoció sin preguntarlo; comprendió tambien que estaba perdido... y no procuró eludir el peligro con amenazas ni desviarlo con algun ardite los que se habían erigido en jueces suyos debían ser inflexibles en la ejecucion de la sentencia que iban á pronunciar. Luciano partió valerosamente hacia el peligro, se levantó, y cruzando los brazos, les preguntó con una voz firme qué querian?

--Mataros, se le respondió.

Luciano sabía de antemano la respuesta que le harian; pero como consecuencia de uno de aquellos vislumbres de esperanza que no abandonan nunca, quiso por último escucharlo.

—Matadme, repitió Luciano; ¿sois acaso asesinos?
—Habeis deshonrado á mi hija, murmuró la voz sorda del viejo cantero.

—Sí, he cometido una falta... cuyas consecuencias son espantosas; pero lo que Susana me habia perdonado... esta falta que al fin ella habia dividido conmigo, no me la perdonaréis tambien vosotros?

—Habeis abandonado á mi hija, exclamó entonces Lambert; abandonado á mi hija repitió lentamente.

—Lambert, me vi obligado á volver á Paris, donde me llamaban negocios urgentes... Pero os lo juro, queria volver, queria...

—Mentistis interrumpió Lois; fuisteis á Paris á casaros, no queriais volver.

—Y sin embargo, al primer llamamiento de Susana, porque lo sabeis, vosotros quereis haber tendido este lazo, es la primera carta que he recibido de ella... Y sin embargo, lo veis, he venido, ¡Dios me es testigo de que al salir sus patecimientos hubiera yo dado el mundo entero por hacerlos cesar... hubiera yo dado mi fortuna, mi vida... por haberla oído á lo ménos decirme adios... ¡mientras aún lo decidid! Hubo un momento de silencio, Luciano esperó. Repentinamente Lambert exclamó como después de un momento de duda.

—No, no, sería debilidad!... Habeis matado á mi hija, no debo perdonaros. Por lo demas, si una muerte solitaria, pronta, es lo que os espanta, consolaos, no moriréis así. No quiero que dejes la vida sin haber tenido tiempo de sentirla. Es preciso que sepais tambien lo que es verse arrebatado para las gentes á quienes se quiere y que nos aman... que podais contar, antes de morir, los dias, los minutos que os quedarán de vida... Teneis un padre... una madre... una esposa... ¿no es cierto?

—Bien pronto un hijo, murmuró Luciano, á quien acababa de destrozar este recuerdo.

—Ah! tambien un hijo! reposó el cantero con una voz amarga y burlona; bien, vuestro padre, vuestra madre, vuestra esposa, verán que os distinguís entre sus brazos... acaso viviréis lo bastante para escuchar los primeros gritos de vuestro hijo.

—Oh! esto es horrible! ¿qué queréis hacer, pues? exclamó Luciano, dirigiendo la vista en derredor de sí; yo sabré defendermé... tal vez librarme... me salvarán mis gritos. Socorro!! exclamó con una voz ahogada por el terror.

—Dale! gritó Lambert á su hijo.

Al escuchar esta palabra, Luciano, que ya no vió al joven aldeano junto á su padre, quiso volverse para hacer frente al peligro que lo amenazaba traicionariamente; dos manos callosas se apoderaron de las suyas y le retuvieron como con un tornillo, procuraba desasirse gritando, cuando un sacudimiento espantoso que recorrió todo su ser, detaxó el sonido en sus labios, vaciló... las manos que lo detentan lo dejaron al punto, iba á caer de frente... un segundo sacudimiento, mas terrible que el primero, un golpe violento, hiriendo en medio del pecho le obligó á retroceder. Apagados los ojos, la respiración interrumpida, el desventurado jóven dió algunos pasos atrás, estendió los brazos, procuró arrojar un suspiro... y cayó. Los dos asesinos permanecieron un momento inmóviles, contemplando su víctima; la voz de Luis fué la primera en romper el silencio.

—Padre, exclamó, ha muerto.
—No, respondió el viejo cantero, no ha recibido sino dos golpes... aun vivirá seis meses. Partamos.

Y cada uno de los dos aldeanos levantó y puso en sus espaldas un objeto estendido á sus piés, y que le habia servido para consumir el crimen. Era un saco de tela fina de forma oblonga y lleno de arena. Después de la muerte de su hija, el viejo Lambert, en otro tiempo habitante de las Cavenas, habia recordado durante sus largas noches de insomnio, la manera con que se vengán los montañeses, con el fin de gozarse mas largo tiempo, por un refinamiento de crueldad meridional, en los padecimientos del desgraciado que han herido. Un viejo pastor le habia explicado en otra ocasion de qué manera dos golpes de un *sabliero* dados con una mano segura y segun las reglas siguientes: el primero en los riñones, y el segundo en el pecho, lancian á un rival poco temible, quebrantando en él el sistema de la respiración, y obligándolo así á inclinarse á la tumba. Para una venganza mas pronta, habia continuado el pastor, la *ponda* (1) era preferible... pero con ella la muerte sigue inmediatamente á la herida hecha por un brazo ejercitado; el *sabliero* al contrario, puede ver por el espacio de seis meses á su víctima, respuesta al pronto del sacudimiento, debilitarse poco á poco, reanimarse un instante y estinguirse despues para siempre.

La leccion del viejo pastor no habia sido per-

(1) Especie de hacha de dos filos.

dida; para satisfacer el odio que tenian á Luciano, Lambert y su hijo, se hicieron *sablieros*.

V.

En una hermosa alcoba tapizada de damasco azul, cubierto el suelo con una moelle alfombra, y cerca de una chimenea donde brillaba un fuego benéfico, un hombre cuyas facciones pálidas indican sufrimientos, está recostado en una larga silla. Fijos los ojos maquinalmente en un cuadro, escucha apenas lo que lee en voz baja una jóven en-cinta sentada á su lado. Algunas veces la bella lectora se detiene para contemplar á su enfermo, y este cuyas vagas meditaciones se miran interrumpidas entonces por el silencio, le hace una ligera señal con la cabeza como para decirle que continúe.

Desde su vuelta á Paris, la enfermedad habia hecho rápidos progresos, y Luciano veía con espanto realizarse la predicción del viejo cantero: contaba los dias que le quedaban que vivir. Su padre estaba delante de él, teniendo por la mano un jóven, vestido con el pintoresco traje de los campesinos del Languedoc.

—Luciano, decia Mr. de Montalin, imprimiendo un dilatado beso en la frente de su hijo, ¿conoces esta visita? Muchas veces se u-

me ha dicho, ha guiado tus pasos en las lejanas escursiones que hacias á las montañas negras... Es un camarada de fatigas... de placeres... Me la pedido con instancia que lo condujese á saludarte, á recordarte dulces memorias... Mira... te tiende la mano...

Durante estas palabras, una palidez, la de la muerte, habia cubierto el semblante del enfermo.

—Hijo, amigo mio! ¿qué tienes? exclamaron á un tiempo Mr. de Montalin y la jóven, que notaron temblando la alteracion pintada en las facciones de Luciano; sufris mas por ventura? dijeron poniéndose de rodillas delante de él: habla... respondenos...

Luciano no respondió. Fijó su estraviada vista en la mirada á un tiempo curiosa, ironica y sangrienta del montañés; cerró luego los ojos, arrojó un suspiro... Fué el último.

VI.
Al anochecer del cuarto dia siguiente, Luis Lambert volvía á su cabana diciendo con voz fuerte á un viejo acurrucado junto al hogar.
—Padre, yo lo vi morir.

M. ESTEVA Y ULIBARRI.

HISTORIA DEL PERU.

CONTROVERSIAS DE JURISDICCION.



COMARCA DEL NUEVO LEÓN

MIENTRAS que los pueblos no acaban de convencerse de lo nocivo que les es distinguir con preeminencias y consideraciones particulares á dos ó tres clases sacándolas del comun de las demas como si formasen cuerpos separados del resto de la sociedad, jamas se conseguirá sistemar el órden público ni afianzar la tranquilidad de los estados. Si es cierto á todas luces que durante el régimen colo-

nia los reinos del Nuevo-Mundo no ofrecen asuntos del mas grave interés en su historia política, controversias de jurisdiccion con los tribunales privilegiados producen pruebas irrefragables de lo perniciosos que son. El Perú, cuyo pueblo, como dice un autor moderno, quedó reducido á la mas abyecta y degradante condicion, debido á la pérdida del gobierno español que lo tenia sometido á las mas impopulares y onerosas tareas, el Perú ofrece ejemplos, si le damos crédito al Duque de la Palata, de las disputas mas escandalosas, durante los

hechos de su administracion, consideradas las autoridades que las movian y los medios de que usaban para sostenerse.

Llegado el Duque por el año de 68, se encontró con que los curas y doctrineros imponian á su arbitrio onerosísimas contribuciones y trató de luego á luego de impedir este atentado contra leyes de Indias, reales cédulas y disposiciones sinodales de los concilios de la provincia espresas y terminantes, y al efecto ordenó á los corregidores que siempre que los curas ó doctrineros de tal modo se escudiesen, cuidaran de practicar todas las diligencias posibles hasta averiguar la realidad del caso, y resultando comprobado el hecho diesen inmediatamente cuenta á los respectivos preladados. Nada por cierto atacaba esta providencia á la jurisdiccion eclesiástica, ni ofendia en lo mas mínimo la inmunidad, y mucho menos si se nota que el virey habia sido informado por los mismos preladados que habian procurado remediar este mal por medio de sus visitadores. La extension de territorio impedía á los obispos que practicasen por sí mismos la visita, así es que nombraba á personas de confianza, pero estas se avenian facilmente con los curas, y como por otra parte esperaban serlo algun día, estaba en sus intereses dejar en pie el abuso.

Nada de esto se ocultaba á los preladados y sin embargo, sufrió el Duque una fuerte oposicion, especialmente del arzobispo de Lima. Tuviron éstos y aun algunos conferencias privadas, pasaron entre ellos muy fuertes y acres contestaciones, hasta que el de la Palata resolvió consultar al Acuerdo si habia obrado en el círculo de sus atribuciones naturales ó habia traspasado sus límites, y resultando que habia obrado bien nombró para que escribieran en defensa de la real jurisdiccion dando un manifiesto al público á dos oidores hombres integerrimos.

No fué dada esta comision sin motivo: el arzobispo que encontró grande resistencia en la imprenta por órdenes del virey para publicar la defensa de la Iglesia, como él decía y calumniar á la propia autoridad vireinal, despues de haberle hecho presente que le pesaba un derecho natural (porque entonces se reconocen por las autoridades cuando quieren hacer uso de ellos, acudió á Sevilla á hacer la publicacion y á los dos años repartió sus cuadernos. Esto movió al virey á dar la comision á los oidores de que hemos hablado, y los cuales en pocos dias la evacuaron á satisfaccion de su comitente.

Luego que llegó á manos del arzobispo el manifiesto lo declaró libelo infamatorio, injurioso á la Iglesia, herético y como tal condenó con sus autores que fijó en tabillas sujetándolos á las censuras eclesiásticas. El virey excitó inmediatamente á la audiencia para que despachara la provision ordinaria de ruego y encargo como lo efectuó, alcanzando de este modo que les fuera levantada la censura á los notados.

Pasáronse algunos dias sin que el arzobispo volviera á hacer gestion ni hubiera necesidad de poner en práctica la providencia del gobierno, habiendo cesado los abusos que trataban de evitarse. El 24 de marzo de 68, sin embargo, cuando nadie lo esperaba se desató fronsiéndole en el pulpito predicando en su Catedral el arzobispo, en imprecaciones contra el gobierno excitando al pueblo á la rebelion y á la defensa de la inmunidad eclesiástica que decía habia sido violada. El prelado recurrió al pueblo cuando se desconoce su poder, que *venido de Dios, tienen como delegados suyos los reyes y príncipes de la tierra, porque el pueblo debe cultivar siempre y obedecer, como dijo el Conde de Aranda*; pero los mismos que quieren hacerlos callar, los mismos que querrian verle siempre sometido al yugo despótico, ocurren á él cuando el yugo los oprime á ellos mismos, é in tentan sublevarle. Los mas gratitos enemigos de la soberania popular la reconocen al fin ya no solo en nuestros tiempos sino aun en los tiempos de grande opresion. Por esto pues recurrió el prelado de Lima al medio salvador, pero recurrió en vano porque tenia que dar movimiento á un pueblo que no se movia, como puesto, como dice el Duque mismo de la Palata, *de susultos humildes y sencillos*: así se habia apagado el ardor marcial de los antiguos peruanos sofocado por la codicia estrangera que les habia quitado el hábito de ver y usar siempre sus aljabas y flechas y arcos deslumbrándolos con el brillo de los metales preciosos, en cuyas minas los tenía empleados en su duro y fuerte laborio.

Airado el virey con el sermón del arzobispo previno á las autoridades que las fiestas de tabla las celebrasen en la Iglesia de Sto. Domingo, y escribió un oficio al prelado que le disgustó á pesar de su comedimiento, según él dice, en términos de haberle contestado que era aun mas injurioso é insultante que el libelo infamatorio de los oidores. Así á este prelado como á su cabildo indispuso la providencia de las fiestas de tabla, de suerte que determinó el cabildo pasar á satisfacer al virey como lo hi-

zo, saliendo reunido en cuerpo para el palacio. Allí se expresó al Duque que el cabildo en nada habia tomado parte y por lo que hacia al prelado lo juzgaba completamente arrepentido, y en consecuencia le suplicaban que revocase su determinacion. El Duque aunque condescendiente al cabildo dándose por satisfecho de su justificado proceder, tuvo por ridícula la disculpa de que el arzobispo le habia injuriado sin ánimo de hacerlo y mas todavía de que juzgara el cabildo que se hallaba arrepentido y no pasaba á verlo personalmente; así que exigía que el mismo fuese á darle satisfaccion, porque de otro modo no revocaria su providencia en orden á la celebracion de las fiestas de tabla. Volvióse el cabildo con esta respuesta á su Iglesia, si contento de la afabilidad del virey no satisfecho de quedar privado, como dice el Duque, *del mejor ornamento de su templo en sus festividades*.

Transcurridos algunos meses sin que el arzobispo y el virey se visitasen, lo que llamaba la atencion pública, llegó tiempo en que travesó el último que salir al Callao, y despues de despedirse de todos los preladados parió para su destino. Permaneció allí hasta concluir el asunto que le habia llevado y cuando volvió á Lima, entre la multitud de personas particulares y autoridades que le salieron al camino fué uno el arzobispo que iba en toda forma con cruzero delante, y al verle el Duque, aunque iba acompañado de su muger, dejándola sola en el coche bajó de él para entrar en el del arzobispo.

Juntos llegaron á la ciudad y hasta el palacio vireinal, causando satisfaccion y gozo á todos los que los vieron ya en buena paz y armonia como dos verdaderos amigos, cuya sólida amistad nunca ha sido interrumpida. El corazon generoso del Duque le hizo, lleno de regocijo, olvidar sus resentimientos: el Duque padeció bastante todo el tiempo que permanecieron juntos por evitar á cada momento una satisfaccion de parte del arzobispo á quien procuraba llamar la atencion sobre diversos objetos, llegados al palacio, permaneciendo un corto rato allí, el prelado se despidió y el Duque le fué á dejar hasta la puerta, de la cual se volvió cuando le vió dentro de su coche. De esto modo terminaron, al contentamiento de todos, las diferencias de los jefes del estado político y del eclesiástico: uno y otro continuaron visitándose con frecuencia sin que ni aquel revocara la providencia que movió la cuestion, ni este insistiera en reclamarlo: las autoridades por consiguiente, volvieron á celebrar los dias de tabla

en Catedral como antes, y todo quedó en tal estado como si nada hubiera sucedido.

Sin causa precedente de disgusto ni otro pretexto para el arzobispo, el 6 de marzo de 68 volvió de nuevo á interrumpir la buena armonia que existía entre él y el virey, el cual le dirigió sorprendiendo un oficio que insertamos á la letra; porque desamos que nuestros lectores lo lean por sí mismos. Se verá en el por parte del duque la mejor buena fé cuando trala de convencer al arzobispo, de lo que estaba perfectamente convencido, se notará una gran sencillez en el mismo Duque, y se hallará que él revela que en medio de los gobiernos despóticos y en una época en que se desconocia el origen de las autoridades y poderes sociales, se reconoce como tal, aunque indirectamente, al pueblo. Dice, pues, así:—Exmo. Sr.—Hago á Dios testigo que como la pluma, habiéndome pedido la gobierno para que pueda representar á V. E. sin enojo ni destemplanza, una justa queja de lo que predico ayer V. E. en su Iglesia catedral, volviendo á renovar con expresion y esfuerzo, lo que alijo y predico V. E. contra el gobierno en otro sermón, habrá dos años, que dió causa al universal desconcielo de esta ciudad y motivó á V. E. para las demostraciones que ejecutó saliendo á recibirme cuando volví del Callao del despacho de la armada, y yo para manifestar mas mi estimacion, me pase á su coche de V. E. y en él entramos juntos en la ciudad, celebrando todos con grande alborozo esta concordia, y perscudiéndome, como yo tambien, que nunca volvería á interrumpirse, y estando en esta buena fé volví V. E. ayer, sin motivo ni causa nueva, á declamar contra el gobierno y *persuadir al pueblo*, que todos los trabajos que padecian en enfermedades, hostilidades del pirata, quena de la Capitana, entrada y saqueo del Pisco, y otros insultos del enemigo, eran castigos del cielo por lo ajado y despreciado que estaba el estado eclesiástico, y que se imprimian contra la Iglesia libelos infamatorios, y en tan serio y respetoso lugar como el pulpito, saltó hasta la causa del perroteo, teniendo por injuria del gobierno á la Iglesia, la accion de un escribano que pudo errar al modo de hacer una notificacion del cabildo.” —En esta queja de hallarme subreptido y yuelto á la grave y pública represion del pulpito, sin nuevo motivo, mas sienta el ver malogrado mi cuidado y atenciones en mantener la buena correspondencia con V. E. que la censura que pueden haber hecho los oyentes (1). Y

(1) Estruao es por cierto que no temiera el virey al

es cierto que la disimulara si no hiriera tan profundamente el respeto y la observancia de S. M. en la defensa de la jurisdicción y regalías, y si no fuera tan nuevo como peligroso (2) el defender estas controversias en el pulpito y proponerlas al pueblo, como pecados públicos que obligan á Dios á castigarlos sin reservar los inocentes, pues los que se quemaron en la Capitana, ni los que han perecido en otras partes pueden tener culpa en los despachos de los tribunales."

"No puede dudar que la iglesia y su jurisdicción estaría bien atendida y amparada cuando V. E. tenía en su mano los dos gobiernos, y en aquel tiempo trajo Dios á los piratas ingleses á este mar, y profanaron los templos y las sagradas imágenes en Coquimbo y otras partes, haciendo muchas hostilidades y presas como lo ejecutan ahora (2)."

"No podemos señalar sin relación esta ó aquella causa determinada porque Dios nos castiga, que son tantos nuestros pecados, que por cualquiera de ellos pueda venir el castigo, y debemos temerle. Y para la enmienda, solo se debe proponer al pueblo (3), los pecados que ciertamente lo son, y de los que puede el pueblo enmendarse. Pero si el pueblo no puede enmendarse de lo que se ejecuta en defensa de la jurisdicción real, ni los tribunales, que saben no se exceden, tienen de que enmendarse, para (qué se habrá de persuadir al público que Dios lo castigó determinadamente por lo que hacen los tribunales contra la Iglesia? No puede esto producir otro efecto que el de irritar al pueblo contra el gobierno y los tribunales, mirándolos con horror como instrumentos y causas de todas las calamidades que padecen, de

pueblo perseguido: ya se ve, tal sería el ánimo de S. E. que no tenía una intención, ya veríamos si decía en la oportunidad otro tanto: ocremos que sí.

[2] No parecería hoy al Duque este modo de sostener cuestiones, ni nuevo ni peligroso, porque habría ya visto la cattedra sagrada convertida en tribuna, y al pueblo... pacífico.

[3] Desde aquí se percibe la buena fé y la sinceridad del Duque, queriendo persuadir al prelado de lo que este estaba convencido.

[4] Efectivamente, solo tales pecados se deben proponer al pueblo para no convertir la cattedra evangélica en tribuna de personalidades ó de política. ¡Ojalá que los pastores de la grey cristiana se contentasen con ejercer su ministerio apostólico, sin meterse en otras cosas que hacen al pueblo fanático y lo conducen por un camino extraviado.

que pueden seguirse las malas consecuencias que no habrá considerado V. E. (5)."

"Dijo V. E. que se imprimían libelos infamatorios contra la Iglesia. Oye esto el pueblo y podrá juzgar (6) que ya se ha perdido la religión en este reino."

No se han impreso otros papeles que los que dos ministros doctos y de buena conciencia han impreso en defensa de la real jurisdicción y todos los hombres doctos de esta ciudad los han visto, y aunque no hayan contentado á todos, no ha habido alguno que los haya calumniado de libelos infamatorios, y si V. E. les da esta censura, la misma le podría dar á las doctrinas de varones sabios y eclesiásticos, y á los sagrados cánones, y textos en que están fundados estos escritos."

"En todas las partes del mundo donde está bien fundada la religión católica se ofrecen estas controversias de jurisdicción, y los prelados más celosos han sabido defenderlas, y ácremente, hasta donde les permite el derecho; pero no se hallará en las historias que haya habido ningún prelado hasta V. E., que desde el pulpito tan espresamente haya condenado por pecado público esta natural y justa defensa que el rey tiene por jurisdicción, y persuadir á los vasallos esta doctrina, no es de obligación de pastor, ni de los que V. E. debe reconocer á S. M."

"Confieso á V. E. que reconozco por castigo de mis pecados el no haber podido vencer, ni templar á V. E. con mi tolerancia (7) y sufrimiento, no habiendo visto, ni observado en mí esta república, acción de que no haya podido conocer la estimación que hago de su persona y dignidad de V. E. (8), y ya que haya de acabar mi gobierno con esta desgracia, suplico á V. E. por el servicio de Dios y del rey, que deje correr las materias de jurisdicción por los tribunales, sin permitir que suban al pulpito, que no son pecados, ni el pueblo se ha de enmendar ni mejorar con dárles doctrina para que tengan por ateístas á los ministros, y entrambas magestades podrían llegar á ser muy

[5] *¡A qué no haber presentado el venerable prelado tales consecuencias...?—S.*

[6] Para que el pueblo juzgue, es necesario que sepa antes lo que juzga, y sobre todo, "quid refert mex cui serviam, cillialis dum portem meas," dijo Eropo, y además, ¿por qué temer tanto al pueblo, cuando "omnis potestas á Deo est...?"

[7] Ni se vence así en ligre.—S.

[8] Esta es la causa del mal.—S.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

JUAN L. DOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

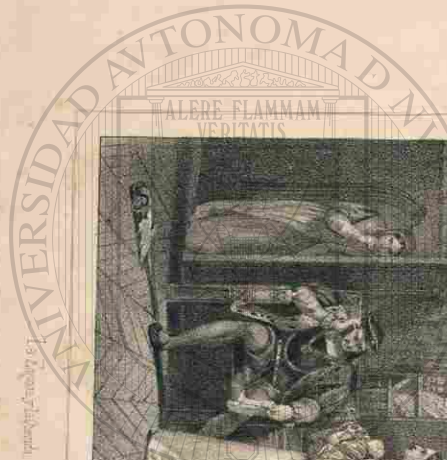


ofendidas, si se asentase en sus corazones esta doctrina; pero estoy muy cierto que la oyen con lástima, y que reconocen que el gobierno y los tribunales, no han dado justa causa para que dure tanto el enojo; yo aseguro á V. E. que no le feugo, y que solo escribí estos renglones por satisfaccion de mi propia conciencia, para poderla dar á Dios y al rey."

"Nuestro Señor guarde á V. E. largos y felices años como deseo. Lima y marzo á 7 de 1687, --Exmo. Sr.—B. L. M. de V. E. su atento servidor.—*El Duque de la Palata.*"

La contestacion que se dió á este papel, como lo hace el Duque, fué una protesta *sincera*

del reverendo arzobispo, de no volver á hablar en aquella cuestion. El virey se propuso tolear, y así consiguió que el prelado cesara en sus contiendas. „Acabó este punto, dice la relacion de la Palata al de la Monclova, de controversias de jurisdiccion, condoliéndome con V. E. de la distancia para esperar los remedios, pues habiendo dado cuenta de estos sucesos á S. M. con despachos de 14 de febrero de 1685, hasta ahora, (es decir, 1688), no he tenido ni ha venido resolucion en lo material. Beneficiz resultados, grandes ventajas de los gobiernos unitarios.—CARLOS M. SAAVEDRA.



A. de M. Urdabeitia

CUADRO DRAMATICO.

LA ESPOSA Y LA QUERIDA.

Á LA SEÑORITA DOÑA DOLORES PEREZ CASTRO.

(La escena pasa á fines del siglo XV en el salon de un castillo gótico.)

PERSONAJES.

- EL CONDE DON HERRIQUE.
- DOÑA ESTIVA, [su muger].
- DOÑA URSULA, [su querida].
- UN CERRILERO.
- UNA DAMA DE HONOR.

ESCENA I.
Doña Urdabeitia.

El destino fatal! destino horrible
El que en la vida á la muger arrastra,
El que hoy eleva su ambicion á un trono,
Y en el cieno tal vez la hunda mañana:
Negra fatalidad, que me persigues
Desde la cuna que abrigo mi infancia;
Tú que secaste de virtud el gérmen
Que en la niñez alimentara el alma;
Tú que empañaste mi serena frente
Con el aliento de la eterna infamia;
Que derribaste de su cielo al Ángel
Para abalirlo hasta el infierno, aguarda.

Detente por piedad, al precipicio
No me arrastres aun, donde inhumana
La desesperacion pide una presa
Para clavarle su sangrienta garra.
Un momento no mas; quiero su sangre,
Saciad anhelo mi infernal venganza,
Quiero gozarme en suagonia lenta,
Rotarper quiero yo misma sus entrañas:
Un momento no mas: tras el la muerte,
Su honda inaccion que al corazon espanta,
¿Qué me importa, si el fuego de mis celos
Con sangre sofocué, con sangre odiada?
Mas... ¿es posible que tan presto huyeran
De mi semblante, juventud y gracias;
Que el fuego de mis ojos se estinguiese?
Que perdiera mi voz su dulce magia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE NOTARÍA PÚBLICA

Tan presto, ¡oh Dios! tan presto de mi seno
Borró la edad la morbidez liviana?
Tan presto el corazón perdió el encanto
Con que muelle en el pecho palpitable;
Que de mis brazos desprendido Enrique
Y sacriando otra beldad amada
Eterno amor la jura, como un tiempo,
Para arrastrarme al crimen me jurara?
No es cierto, no, que el corazón palpita
Como antes todavía, y fuego lanzan,
Fuego de amor que mis pestañas quema
Los ojos que contemplan sus infamias.
Solo el vil interés, tan solo él pudo
Infundirle otro amor, agena llama.
Encender en su pecho, adversa suerte,
Mi horrible situación aquí no te facial
Do quiera, á todas horas me persigue
Y me atormenta la memoria amarga
De aquella edad en que el cantor sencillo
Guiaba el corazón; crece mi rabia
Cuando recuerdo los serenos días
En que la frente, sin la negra mancha
Del torpe vicio, en el hogar paterno
Con placida sonrisa levantaba.
¡Cuán tranquila corría mi existencia!
El corazón entonces, con que cabaa
Dentro el pecho latía. ¡Cuántas veces
Cansada al parecer de dicha tautá,
Sin haber nunca del amor gustado
El placer seductor, ni la desgracia
Haber sufrido del desprecio nunca,
De ese desprecio que devora y mata,
Anheló padecer, y entro solozos
Lágrimas derramar, desventuradát
Que aun ignoraba que el amor fueseto
Destrozaria sin piedad el alma.
Yo recuerdo la noche, aquella noche
Primera en que le ví; lasciva el aura,
Mocia apenas las dormidas flores.
Rizaba apenas las tranquilas aguas:
La luna en el zenit su luz vertía;
Yo fijaba en el lago mis miradas,
Y en éxtasis divino sumergida,
Bajo las alas del amor soñaba.
Creía ver en mi delirio grato
Un guerrero postrado ante mis plantas,
Que ántes yo viera conducir triunfante,
Hlustre vencedor de cien batallas.
Yo le amaba de entonces, yo gemía
Victima triste de pasión infaustrá,
Y devorando de mi amor las penas,
Yo vagué desde entonces solitaria.
El lago, el bosque de mi amor lastigos
Correr veían mis ardientes lágrimas,
Y escuchaban mis quejas, mis lamentos
A mi duelo insensibles las montañas.

Esa noche, de pronto ante mis ojos
Apareció, como vision fantástica,
Ese mismo guerrero que encendiera
En mí de amor la abrasadora llama.
Yo le miré, por su pasión guiado
Venir á mí con plácida esperanza,
Prestarme adoración, y embebecido
Para siempre jurarme amor, constancia:
Hablomo de ventura, de una dicha
Tan solo á los amantes acordada,
Dulce en el esplendor de los palacios,
Dulce en la oscuridad de las cabañas:
Me estreché entre sus brazos, era tanto
Lo que le amaba, que creíe incauto,
Y trémulo de gozo y de contento,
Miré su llanto, contemplé sus ansias.
Por él dejare lo que mas el pecho
Amó en la edad de la tranquila infancia:
Por él todo lo fiere, hasta la vida,
Si esta fuera á su amor ofrenda grata.
«Ven, partamos», me dijo, y al instante
Le seguí yo con ciega confianza;
«Yo no seré tu esposo; ¿qué me importa
La deshonra á tu lado, qué la infamia?
Y así me ultraja y me desprecia ahora,
Cuando por él el crimen arrastrada,
Al suelo mismo del voraz infierno,
Yo le adormía con caricias blandas?
Y otra mujer recíbita en su labio
El beso ardiente que quemó mi alma?
Y en mi presencia casará su nombre?
Y en mi presencia le dirá que la ama?»
Ahí no, nunca, jamás, de oprobrio llena
La mujer ofendida se levanta,
La quecida ultrajada, sangre pide,
Para apagar con ella su venganza....
Pero él no morirá, que tanta ofensa
Que así mi orgullo de mujer ultraja,
El corazón que le adora y le adora,
Con amor mas ardiente débil paga.
Ella tan solo morirá, sola ella,
Esa rival que con astucia y maña
Supo arrancarle de mis brazos, y hora
Entre los suyos con amor le enlaza....
Mas, cómo separarla de su lado?
¿Cómo hacer que de Elvira á las entrañas
Por mis celos guiado, el mismo Enrique
Llegue, furioso, á sepultar su daga?
Oh desesperación! un medio, un medio.
Para apagar de la terrible maga
Esa mirada que mi encanto ofusca,
Que me hunde en el dolor, que me anonada.
(Una voz fuera del castillo cantando.)
I.
Ay! en vano
Yo suspiro,

¿Qué te importa
Mi dolor?
Tu no escuchas
Los lamentos
Del que olvidas
Sin razon.
Del amante
Que te adora
Ten, Elvira,
Compasion.

II.
Olvidaste
Que en la infancia,
El destino
Nos unió?
Yo no olvido
Nunca, ingrata
Tu ternura,
Tu candor.
Al amante
Que te adora
Vuelve, Elvira,
Tanto amor.

III.
Por la noche,
Cuando sale
Del castillo
Tu señor,
Yo te llamo,
No respondes
Al quejoso
Corazon:
Del amante
Que te adora
Ten, Elvira,
Compasion.

III.
Ven, partamos,
Tú me adoras,
Que el destino
Nos unió;
Vamos lejos
De este suelo,
Ven, alivia
Mi dolor.
Al amante
Que te adora
Vuelve, Elvira,
Tanto amor.

(Doña Urraca continúa.)

Esa triste cancion en que se nombra
A Doña Elvira, que las penas causa
De un amante... qué idea, ahí tiembra
Rival, que el gozo del amor embriaga.
Tu victima serás, la mano misma
Tom. II.

Del que ahora ultrajándome te halaga,
Te oprimirá con inaudita furia;
Desgarrará, infelice, tus entrañas.
(Dirigiéndose á una puerta del fondo y llamando en voz alta)

Hernancia, Hernancia

Una dama entrando.

Que mandais Señora?

Doña Urraca.

Que un page del castillo presto salga,
Y conduzca á esta sala silencioso,
A un caballero que á sus muros canta.
Que le diga que á lástima movida
Por sus penas acerbas, una dama
De la condesa Doña Elvira, quiere,
Puedo colmar su situación tirana.

La Dama.

A obedeceros voy.

Doña Urraca.

Ah! Volad presto

Instantes deseados: ¡como tarda,
Con que pasos tan lentos viene la hora
Que el destino concede á mi venganza.

ESCENA II.

DOÑA URRACA. UN CABALLERO.

Una voz dentro.

Entrad, aquí es aguarda.

El Caballero

(Entrando y dirigiéndose á Doña Urraca.)

A vossoñora

Debo tanto favor? ¿sois vos acaso
La que doida de mi amarga pena
Que moviera á piedad al mismo mármol;
Verter queréis en el cuidado pecho
El consuelo que ha tanto busco en vano?
¿Sois por ventura el ángel que siguiendo
Va de mi vida los errantes pasos?
¿Queréis, podéis dar fin á mis pesares,
Desplegad, os ruego vuestros labios,
¿O tan solo con vanas esperanzas
Queréis dar tregua á mi copioso llanto?
Quien sois, decidme, que interes tan grande
Os causa al parecer un desgraciado?
Ah! señora, dejad que agradecido
Bese yo vuestras plantas... *(dobla una rodilla)*

Doña Urraca,

(Lacantándole)

Levantaos,

Nada me agradezcais, que los deseos
Del corazón en esto satisfago.

10

Ah! cuanto he padecido, cuantas lágrimas
He vertido, señor, al escucharos!
Yo no ignoraba, no, que sois amante,
Y amante sin ventura, despreciado!
Por eso me movieron vuestras quejas,
Es tan duro el desprecio, tan amargo!
Yo puedo disipar vuestros pesares
Volviendos tal vez al bien amado.
Amáis a Doña Elvira ¡ha mucho tiempo
Que este amor para mí no era un arcano.

El Caballero.

Gracias, gracias, señora: en vos contemplo
Un ángel de bondad a quien mi canto
A compasión movió, que no ignorabais
Que del desprecio el venenoso dardo
Atravesaba mi alma; sí, sabedlo.
Sabedlo de mi boca, yo á ella la amo.
La amé desde la infancia: siempre unidos,
Ei uno junto al otro respirando,
Ella encendió este amor con sus miradas,
Ella nutrió este amor con sus encantos,
Me amaba ella también, yo la adoraba,
Amararos para siempre nos juramos,
Y así enlazados nuestra eterna dicha
Veíamos llegar año por año.
Mas ah! que de mi lado de repente,
Oh! destino fatal la arrebataron.
Y como el humo leve huyó mi dicha,
Y mi esperanza marchitó el quebranto.
Yo la miré de la mansion paterna
Salir, oh! Dios con vacilantes pasos;
Volver á mi su píldo semblante,
Lleno de angustia é inundado en llanto.
Me amaba todavía en sus miradas
Comprendí yo, señora que cesado
Su ardiente amor no había y desde entonces
Juré arrancarla yo de entre los brazos,
De ese rival que la robó á mi dicha,
De ese rival que me usurpó su mano.
Desde entonces errante, por las noches
De este castillo las murallas guardo
Y acecho cuidadoso los momentos
En que se ausenta el conde, solitario
Dejo entonces oír mi voz quejosa
Mi llanto, mis suspiros; pero en vano
Que insensible á mi amor no escucha Elvira
Los lastimosos ayes que yo exhalo....
Yo me engañé, su corazón perjuro
Engañó mi dolor, burló mi llanto;
Yo la creí sincera, cuando alegre
Tal vez rompía de mi amor los lazos.

Doña Urraca.

Os engañais, Señor, Elvira os ama
No lo dudeis, ella os adora tanto
Como vos....

El Caballero.

¿Qué habeis dicho? ¿que me adora?
Repetido por Dios, no me ha olvidado!
Es fiel á su promesa, y condenada,
Injusto yo, su corazón por falso!...
Pero quien sois, decidme que entrada
De mi pasión estais á tanto grado?
Quien sois?, quien sois?

Doña Urraca.

Oídme, caballero:

Una dama soy yo que destinaron
Al servicio de Elvira desde vino
A habitar el castillo do la trajo
El conde Don Enrique; pobre jóven!
Pobre Elvira, señor con el tirano
Que en suerte la tocara para esposo:
El dolor que en sus ojos revelaba;
Tanta la angustia de su rostro pálido
Y hermoso al mismo tiempo, qué era fuerza
Tener un corazón de duro mármol
Para no acompañarla en los sollozos
Que la arrancaba su dolor infauto.
Lágrimas tristes derramé con ella,
Y ella que así me contemplo á su lado

No dudando de mí, confió á una amiga
Los secretos de su alma: cuanto acabo
De escuchar de vos mismo ella me dijo;
Me dijo que engañada la arrastraron
Y la unieron por fuerza con Enrique,
Con ese conde que aborrece tanto,
Cuanto á vos os adora. Hoy mas que nunca
Os ama ella, señor, llora su engaño,
Y para mas martirio, por la noche
Desde su lecho escucha vuestro canto,
Sin poder, pues que vive aprisionada
Dulce consuelo en vuestras penas daros.
Ella resuelta está, nada le importa,
Por vos, por vuestro amor todo dejarlo;
Ella huirá con vos de este castillo
Donde vive y respira su tirano,
Si vuestro amor de la tranquila infancia,
Vuestra dicha pasada recordando,
La esperais á los muros del castillo
Para llevarla de la tierra al cabo.
Me lo ha dicho señor vertiendo lágrimas
Y yo que os compadezco, al escucharos
Quise arrancar á la infeliz Elvira
De entre las garras del mortal quebranto.
Que respondeis?

El caballero.

*(Saliendo de una especie de enagenación en que
habrá estado sumergido)*

Que apenas tanta dicha,

Tanta ventura creo. Despreciado.
Y ya sin esperanzas me juzgaba,
¡Y esto no era verdad, oh cielo santo!
Ella me adora, y por mi amor dispuesta
Está todo, oh! ventura, á abandonarlo!
Ella huirá conmigo!... sí, mi Elvira
Presto los dos, sin dilacion partamos;
Lejos de estos lugares horrosos,
Tú reclinada en mis amantes brazos,
Yo recibiendo de tu amor el beso,
La eterna dicha gustaremos ambos...
Pero presto, señora en esta noche....

Doña Urraca.

En esta noche misma habeis pensado...
Imposible será.

El Caballero.

No hay imposibles
Al que ama, como yo.

Doña Urraca.

Mas meditado, ...
Quizá ella no podrá...

El Caballero.

¿Que la desiene?
¿A ese conde feroz adora acaso?
No le odia, como yo...

Doña Urraca.

Si... Mas tan presto
El Caballero.

Presto habeis dicho? ah! no, que mucho tarde,
Segun la fuerza de mi amor ardiente...
La arrancaré esta noche de sus brazos.

Doña Urraca.

Resuelto estais en fin?

El Caballero.

Estoy resuelto.
Doña Urraca.
Pues bien, solo os exijo, que en el acto
Un papel escribais que testifique
A la condessa que con vos he estado:
Decide en él que preparada se halle,
Pues esta noche meditais su rapto
Ya que no ahora al conde, y que á vos solo
Su amor el corazón ha consagrado.

El Caballero.

Os obedezco. *(Se retira á un lado y escribe).*

Doña Urraca. (aparte)

Oh! dicha, él ha creído
Cierto, cuanto forjaron mis engaños:

El mismo amante á su inocente cuello
Echa el dólal que apretará mi mano.

El Caballero.

Aqui tenets, señora... *(presentándole el papel).*

Doña Urraca. (tamándole)

Partid luego
Pasa el tiempo veloz, aprovechadlo,
Y cuando estéis de vuelta, desde el muro,
Hacednoslo saber por vuestro canto.

El Caballero.

Mucho os debo, señora, quiera el cielo
Que tanto, como haceis pueda pagaros

(Sale)

ESCENA III

DONA URRACA SOLA.

(Tiendo el papel con júbilo)

En mis manos por fin está su vida...
Gracias, gracias, destino inexorable,
Yo anhelaba venganza, y un momento
Me las concedido ya para vengarme...
Pero ella es inocente... y que me importa,
Si en mi la llama de los zelos ardí?
Si me usurpa en su lecho sus caricias...
Ella perecerá, quiero vengarme.

ESCENA IV.

DOÑA URRACA. EL CONDE.

(El conde sin reparar en doña Urraca.)

Llega un tiempo en que el hombre arreptido
De los errores de la edad primera,
Se acoge á la razon que le encamina
De la virtud por la ignorada senda:
Tiempo en que el hombre que se ve acosado
Por el cruel aguijón de la conciencia,
De juventud ardientes las locuras
Abjura para siempre; en mi la prueba
Veo de esta verdad, cuando olvidando
La vida licenciosa y turbulenta
Que he llevado hasta aqui, tranquilo, alegre,
En los gozes pacíficos que encierra
El doméstico hogar me entrego ahora.
¿Cómo cambio su curso mi existencia,
Pues en arroyo manso se ha tornado
De soberbio torrente que antes era?
Ella, tan solo Elvira domar pudo
Esta alma que yo abrigó alivia, inquieta;
Por eso la amo tanto, porque atada
Tiene mi voluntad con su belleza...
Tras las fatigas del pasado día,
Cuando el silencio de la noche reina
Voy en su seno á reposar, felices

Los que una esposa á su regreso encuentran,
Como la mía, á sosegar su pecho
Con su sonrisa angelical dispuesta.
Tarde, muy tarde es ya, ¡cuán impaciente
Estará por mi ausencia.

(Se dirige á la puerta del fondo.)

Doña Urraca.

(Acercándose y tomándole del brazo.)

Enrique, espera.

El Conde.

(Sobresaltado y sacando la espada.)

Ah! ¿quién se atreve á detener mis pasos
En mi castillo mismo? su cabeza
Pagará su osadía.

Doña Urraca.

Soy, Urraca.

Que ya no me conoces? Tal las penas
Han demudado mi semblante? Presto,
Muy presto, Enrique tu memoria entrega
A olvidó las facciones de una víctima
Que en cambio de tu amor, su honor te dió.
Muy pronto me olvidas... ¿que me importa?...
Yo insensata pretendo darte quejas,
Cuando hora mas que nunca soy felice....

(El Conde (apoyado en el puño de su espada.)
Sois vos, señora?...)

Doña Urraca.

Si, yo soy: te aterra

Aseo en este sitio, á tales horas,
De tu antigua querida la presencia?

El Conde.

Aterrarme?... No, no, que mas que nunca,
Mi corazon vuestro furor desprecia.
Mas si queriais algo, decidlo luego,
Pues tengo que partir, que la impaciencia
De estrechar á mi Elvira entre mis brazos
Me agita, doña Urraca, me atormenta.

(Doña Urraca (con énfasis reprimida.)
Mucho la amais por cierto.

El Conde.

En esta vida
A nadie he amado yo, cual la amo á ella.

Doña Urraca.

Os es tan fiel!...

El Conde.

Y lo dudais?

Doña Urraca.

Dudarlo!

Y habia de dudarlo, cuando cierta
Estoy....

El Conde.

Qué profesis? Callad, señora.

Doña Urraca.

Digo que cierta estoy de su inocencia?

El Conde.

Despedida venis, moviéisme á lástima:
Mal que os pese, señora, vuestra lengua
Ha dicho la verdad.

Doña Urraca.

Tal fué mi intento;

Y como entre nosotros solo quedan
Ya lazos de amistad, hoy vine á daros
De encuentro tan feliz la enhorabuena.

El Conde.

Mucha es vuestra amistad,

Doña Urraca.

Tanta, que quiero

Para que nunca os mate duda acerca,
Daros un testimonio irrecusable
De la heroica lealtad de la condesa.

(Le presenta el papel del amante de Elvira.)

Guardadlo, conde, y conservad por siempre
De mi fina amistad tan grande prueba.

(El conde se para á su papel, Doña Urraca continúa aparte.)

Ah! se encienden sus ojos, y en su rostro
Veo pintarse turbacion funesta,
Los zelos le davoran; ya su mano,
Sus miembros todos convulsivos tiemblan.
Victima ella será que mi venganza
Dejará con su sangre satisfecha.

(El Conde (volviéndose á Doña Urraca.)

Atraz calumnial... Me engañais, señora,
Este papel es impostura vuestra,
Es imposible que maldad tan grande
En las entrañas de mi Elvira quepa.

Doña Urraca.

La juzgais impostura! no, que es cierto
Como acabais de ver en esas letras
Que ella nunca os ha amado, y que ama á otro.
Por quien va á abandonar, os revelan,
Yo del amante mismo he recogido
Ese papel que la verdad comprueba,
Y he venido tan solo á recrearme
En ver tu angustia y tu dolor, yo mesma
Dándote de la fuga de tu esposa,
Conde perjuro la terrible nueva.

(El Conde (impaciente.)

Calla, muger inicua.... Pero es cierto
Que ella no me ama? es cierto que me deja?
Ah! si medita en tal, antes mi espada

(empuñándola.)

Dará fin prematuro á su existencia.
Es cierto, es cierto?

Doña Urraca.

Si, nunca te ha amado

Quizá en este momento ella se aleja
Para siempre de ti, destino mio,
Hoy del perjuro á mi sabor me vengas!

El Conde.

Ella partir con otro!... oh! infierno, infierno
Antes quieren mis zelos que ella duerma
En el silencio eterno del sepulcro
Que de otro amante entre los brazos verla
(Dirigiéndose á una de las puertas.)

Elvira, Elvira.

Doña Urraca.

A tu furor te dejo

Entregado, perjuro

El Conde.

No contesta

Huido habrá....?

Doña Urraca.

Los zelos en su pecho

En fin nacieron, mi venganza es cierta.
(Sale.)

ESCENA V.

EL CONDE, ELVIRA, DOÑA URRACA

(Fuera y oculta nada mas por la puerta; preparada á escuchar lo que pasa dentro.)

(Elvira (saliendo precipitada.)

Tu me llamas Enrique?

(El Conde (vacilante.)

Yo?... sí.... Elvira.

Elvira.

Mas, porque causa tu semblante encuentro
Demudado! Tú tiembalas. ...

El Conde.

No, no es nada

Tus ojos te engañaron.

Elvira.

Que misterio!...

Por que, Enrique me ocultas tus cuidados,
No soy yo de tu amor el digno objeto?
Háblame por piedad, dime que sufres

Y yo á tus culpas buscaré remedio.

(El Conde.)

Si, Elvira, mucho sufro; mas son tales
De mi alma los atroces sufrimientos
Que.... Mas en vano te diria, Elvira
Los males que desgarran este pecho.

Elvira.

Ah! por piedad, Enrique ¿no te mueven
De tu esposa las lágrimas, los ruegos?

El Conde.

Lloras, Elvira, ¿por ventura me amas?

Elvira

Y pudiste dudarlo! oh! justo cielo
Por que delito castigais á Elvira
De su esposo en el alma introduciendo
Esa duda fatal! yo te amo, Enrique,
Como hasta aqui te amé

El Conde.

Tu labio al menos

Así lo ha repellido muchas veces;
Mas no tu corazon, que allá en silencio
Me odia tal vez, tu me has temido Elvira,
Mas nunca me has amado, esto es lo cierto

Elvira.

Tu deliras Enrique, pues te gozas
Eu dar á mi alma tan atroz tormento.
Que no te he amado nunca... que no te amo....
Comprender tanta ofensa yo no puedo

El Conde.

(Acercándose á Elvira)

Yo sí, señora, lo comprendo todo:
Vosotras las mugeres en el seno
Ocultais la ponzoña, y en los labios
Con miel brindais al que os adora crédulo:
Un hombre os ama, como á Dios amara,
Con mas ardor á veces, con mas fuego;
Os entrega su honor, su honor, señora,
Nunca manchado, como el día terso;
Vosotras los engañais, manchais su nombre
En sus entrañas derramais veneno,
Meditais en secreto su deshonra
Y en su presencia le halagais, el cielo
Os dió un cuerpo de arcángel y en vuestra alma
Pasó toda la astucia del infierno.
Me comprendels ahora?

Elvira.

Enrique, Enrique

Yo no comprendo tu furor....

El Conde.

Los zelos

Sucedan al amor, clama el esposo
La esposa confundida, de su yerro
Pide perdón de hijos...

(Un momento de silencio)

Vas señora
No os sentís por amor remordimiento
Acosada al crimen?... Nada ignora
Sé que me aborrecéis, y que a otro dueño
Vuestro amor entregáis, ah! Doña Elvira,
Si vierais cuanto en mi interior padezco!

Doña Elvira (Soltándose.)

¿Y habéis creído vos que alimentara
Tanta maldad mi corazón...

El Conde.

Silencio. Doña Elvira... Pero ¡tanto!

No es posible sufrir, estoy ardiendo
De rabia, de furor, leed, perjurá
(Presentándole el papel de la escena anterior)

Negadme todavía que mis zelos
Son infundados; le esperabais hora,
Venga a llover nuestro cadáver yerto

Doña Elvira.

Piedad, piedad

El Conde.

Leed, ó a vuestra vida
Daré yo fin con mi terrible acero

Doña Elvira (leyendo)

Elvira mía, puesto que no has olvidado nues-
tro amor de la infancia, está preparada para la
hora en que oigas por segunda vez mi canto;
esta noche misma te arrancaré de los brazos de
ese firán a quien odias, y libre de cadenas ser-
rás fibra á mi lado—Tu amante—Eduardo.

El conde (quitándole el papel.)

Qué respondéis, señora?

Elvira.

Que es calumnia,
Calumnia y nada más; queráis los cielos
Que si miento mi labio, en este instante
Un rayo me aniquile; yo no niego...
Escuchadme, señor, que voy a hablaros
Como yo hablaré un día al juez tremendo.

(Suelta el conde la espada, se sienta y escuchó, Doña Urraca desde la puerta escuchó igualmente con interés.)

No niego que le amé desde la infancia;
Que fué grande mi amor también confieso;
Que creció con la edad, porque á su lado,
Yo respiraba su amoroso aliento,

Y que preliado con mi mano hubiera
Su amor que el vuelo no apagó del tiempo,
Si con voz enlazado no me hubiesen,
Si mis labios de amor el juramento
No hubieran proferido; mas tan solo
Consagrarnos á vos, juré, mi afecto,
Y desde entonces á mi amor pasado
Eché por siempre del olvido el velo.
En vano él ha querido recordarme
Los dulces días de mi amor primero.
Yo amante suya le adoré, y esposa
Del conde D. Enrique, desprecieo.

Yo no os amaba, conde, y sin embargo,
Un amor para vos crió mi pecho,
Yo no le despreciaba, le quería,

Y mi pecho para él crió un desprecio,
Que tal es el deber que los arcanos
Del Dios inescrutable me impusieron.
Esta es, Enrique la verdad, lo juro;
Mi confesión oísteis, y los cielos
Permitan que sus rayos vengadores
Me hieran, me aniquilen, si yo miento.

El conde (presentándole el papel.)

Y este papel?

Doña Elvira.

Repito que es calumnia,
Engaño vil, que corazón perverso
Envidioso tal vez de nuestra dicha,
Para perderme, meditó y perderos.

El Conde.

Calumnia... Engaño vil... grande es señora
De vuestro corazón el fingimiento;
Fugaros del castillo meditabais
Esta noche con él, mi amor vendiendo,
Y descaró tenéis para negarme...

(Aparte.)

Pero bien pudieser que en su despecho
Urraca meditara tal engaño
Para perderla... sí... que yo no puedo
Crear que quepa tan atroz perdidá
En su alma, oh Dios... Elvira, yo te juego
Que declares, por mí, que tú ignorabas,
Cuanto te imputa este papel funesto;
Que tú no eres culpable, dime, Elvira,
Calma mi agitación mis sufrimientos,
Esta quita dispa que carcome
Mi corazón, Elvira, y mi cerebro.

Doña Elvira.

Soy inocente, Enrique, yo lo juro
Por el Dios que me observa justiciero,
Que fué grande mi amor también confieso;
Escenta yo desde su trono excelso,
Si yo fuera culpable, de rodillas

Implorando perdón, doblando el cuello
Te pidiera la muerte, pues solo ella
Calmaria mi atroz remordimiento;
Mas no, que yo orgullosa me levanto,
Porque sin culpa, Enrique me contemplo,
Porque nunca, jamás he dado oídos,
Desde que me uní contigo en lazo eterno,
A mas amor que al tuyo...

El Conde.

Elvira, Elvira,
Eres pues inocente?... ah! me arrepiento
De haber dudado así... Calumnia, engaño
Es esto y nada más!

Doña Urraca (aparte.)

Ab, mis esfuerzos
Vanos salen; mas no, que á mi venganza
Aun el destino le conserva un medio.

El Conde.

Calumnia... Engaño... mas la amarga duda
Mantiene aun el corazón incierto.

(Una voz fuera del castillo cantando.)

Sal paloma, deja, deja
Del millanola guardada,

Ven querida,

Que la noche se adelanta,
E impaciento yo te aguardo,
Yo, tu Eduardo.

Un corcel veloz conmigo
Traigo, Elvira, ven señora,
Y muy lejos de este suelo
Donde gimes sin consuelo
Estaremos á la aurora.

Doña Urraca.

Oh! placer...

El Conde.

Ese capto... Habéis oído?
Habéis oído, Elvira? ya el momento
Llegó de que partais... él os aguarda,
Partid sin dilación, que esto un misterio
Será para el esposo, ¿qué os importa
La fe que le jurasteis? ¡indiscreto
No os entregó su honor! ausente ahora
Está, partid sin dilación.

Elvira.

Yo muero!

El Conde.

Mucha astucia tenéis, pues para el conde

Esta trama infernal era un secreto.

Elvira.

Enrique, por piedad...

El Conde.

Ah! sí, maldita,
Maldita la belleza que en un beso
Nos dá á beber la muerte.

Doña Urraca.

Empuja, empuja

Oh! destino, su mano.

El Conde.

Inmundo insecto

Hipocrita muger, llama al amante
Que venga ya por tu castáver yerto. (La hieren.)

Elvira (cayendo.)

Ah!

El Conde.

Muere perjurá.

Doña Urraca (entrando y en voz alta.)

Era inocente.

(El Conde volviéndose á Doña Urraca y soltando
la daga.)

Urraca!

Que era inocente has dicho?

Doña Urraca.

Si mis celos
Su muerte ocasionaron: conde Enrique,
Recuerda que por ella en el infierno
Me hundiste de los esloos.

El Conde.

Inocente mi Elvira!... (cae desmayada.)

Doña Urraca.

Ah! yo contemplo
Con gozo tu dolor, como tú viste
Mi desesperacion con gozo un tiempo.
Gracias, gracias, destino irresistible
Que en este mundo me conduces ciego;
Gustó en fin la venganza deseada,
La querida triunfo, la esposa ha muerto.
Mayo 29 de 1844.

RAMON I. ALCAZAR.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON DIEGO FERNANDEZ DE CORDOVA,

Marqués de Guadalucazar. Desempeñó virrey de la Nueva-España. De 1612 á 1621.



ARECIA destinado el gobierno de la audiencia para presentar á México ejecuciones patibularias y escenas de horror, ó mas bien, que la audiencia se complacía en hacer tales ejecuciones, como el mayor instrumento del despotismo, que la corte pudo establecer en la mejor de sus colonias. Es, pues, el caso, que muerto el arzobispo-virrey, entró á gobernar como debía ser, en el entretanto que otro fuese nombrado, la audiencia, y apenas hubo tomado el mando, corrió el rumor de otro levantamiento de los negros; dictó las providencias que eran de su resorte, á fin de defender la capital, y lo propio se hizo en las ciudades vecinas, á donde corrió el mismo rumor. Los días de la semana santa no se celebraron; permaneciendo cerrados los templos y las casas, tanto en México como en los demás lugares, á donde igualmente se había esparido la falsa noticia, é intimidado, como es de suponerse, á todos sus moradores. Aunque no sea un hecho grande, si por lo ridículo merece referirse lo que trae el padre Cayo, de que en la noche del jueves santo, en que se anunciaba que habia de tener lugar la rebelion, se oyó una gran gritaria, y amedrentados todos juzgando que se acercaban los negros, temian salir á saber qué producía aquel ruido y se pasaron la noche en vela, esperando por momentos la muerte; á la madrugada del día siguiente se desengañaron de que eran unos cerdos que entraron la noche anterior, los que causaron la alarma. Pasada la semana santa, es decir, en la Pascua, cuando resultó falsa la noticia, se mandaron ejecutar veintinueve negros y cuatro negras en un

mismo tiempo, á lo que asistió un inmenso gentío, y tal, que no cabiendo en la plaza, se llenaron las calles inmediatas; curiosidad propia de todos los siglos, pero muy mas estraña en el siglo XIX, en que se miran como inmorales los patibulos de un drama! Ya hemos visto el castigo que se aplicó en la época de Velasco el segundo, cuando era efectiva la rebelion, y ya vemos ahora lo que se hizo, siendo solo un vago rumor, asi como vimos la ejecucion de los Dávilas y la libertad del marqués del Valle, en tiempo de Peralla. Permanecieron suspensos en los patibulos los ajusticiados tanto tiempo, que llegaron á corromperse, despidiendo como era natural, un hedor fétido, y solo esto obligó á la audiencia á hacer que fuesen bajados, y se les diera sepultura. Cerróse este periodo de desgracias con un fuerte temblor que acaeció en el mes de agosto, á semejanza del que habia habido en el propio mes del año anterior, cuando Velasco se hallaba en camino para la Veracruz.

La llegada en 28 de octubre del virrey marqués de Guadalucazar D. Diego Fernandez de Cordova, puso fin al gobierno de la audiencia. Le fueron comunicadas órdenes del rey para que en su nombre tomase posesion del colegio de San Pedro y San Pablo, dando la administracion de sus rentas á los jesuitas. Este establecimiento, estaba destinado á la instruccion de la juventud de México: algunas dificultades embarazaron dar cumplimiento á la real disposicion.

El conato de Velasco el segundo porque floreciese el comercio de la Nueva-España le hizo mandar al Japon la embajada de que hemos hablado en la segunda época de su gobier-



DOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
BIBLIOTECA

no, pero no correspondió á su deseo el resultado de la mision, porque mal informado el señor de aquel pais por un inglés que, como era natural, habia de desacreditar á los españoles, persiguió de muerte no solo á los comisionados, sino á los demas religiosos que ya se habian establecido allí, pues que el inglés le dijo, que el gobierno español, demasiado ambicioso, con una *vanguardia de jesuitas*, lograba extender sus conquistas, como lo habia hecho en las grand's posesiones que disfrutaba en América y Asia, causa que movió á los holandeses á sacudir el yugo de su dominación, y á los ingleses y alemanes, á que aun le hicieran la guerra. No podia tener mayor adversario la España que la Inglaterra en tratándose de colonias, y á decir verdad, los naturales de estas sintieron ménos persecuciones de la primera que de la segunda, que casi los estinguió, al ménos mas indios cuenta nuestra república que la vecina del Norte.

Alonso Rodríguez y su muger Ana Saldivar, fundaron el convento del Espíritu Santo para ayudar con sus productos á los religiosos de San Francisco, pero como estos solo deben sostenerse de la Providencia, cedieron el local para los hermanos de la caridad (hipólitanos), que lo tomaron en este año hasta su estincion.

Desde los tiempos de la conquista habia estado á cargo de los virreyes, luego que comenzaron á nombrarse, la designacion de las personas que habian de administrar los tributos y las rentas de los azogues; pero ahora y para lo de adelante, se mandó formar un tribunal, cuyos ministros debia nombrar y nombraba en efecto el rey. Dióse fin á este año con el principio de la visita de los tribunales, que abrió el Dr. D. Antonio de Morga.

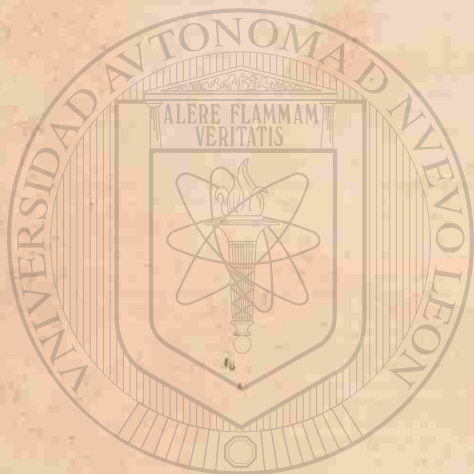
1613.—Digno es de notarse el contraste singular que formaba en asuntos de la Nueva-España la audiencia de México con el rey, aquella ejerciendo un verdadero despotismo, y este haciendo los oficios de un verdadero padre, aquella afligiendo á México con males incalculables, y este afligiéndose por sus males irremediables. Asi, fué por cierto, que llegando á manos de Felipe III los plegos del ayuntamiento y del virrey D. Fr. Garcia Guerra, que le enviaron á principios del año último pasado, en que le informaban acerca de la obra del desagüe, se conmovió demasiado, juzgando sin remedio la destruccion de la ciudad, y para proveer lo conveniente, hizo pasar al Consejo de Indias aquellos papeles, á fin de que le consultara. Resultó á consecuencia que se comisionara á Adrian Boot, célebre ingeniero fran-

cés, con amplísimas facultades para tomar las medidas que juzgase serian eficaces para asegurar la ciudad. No cesaba aún el espíritu de conquista del siglo anterior, se proyectaban todavia empresas, y precisamente en este año, José Triviño y Bernabé Casas, ambos capitanes, se presentaron al virrey ofreciéndole hacer de su cuenta y riesgo la conquista de las provincias interiores de Nuevo-Leon, y arrojar á los ingleses de la Florida que se habian tomado. El marqués sin atender á las proposiciones que se le hacian, ventajosas quizá para la corona, y sin dar cuenta á esta, desechó la propuesta.

Desde el presente año data la famosa ciudad de Lerma, cuyo origen se refiere tradicionalmente, y á nuestro entender algo fabuloso.

1614.—Llegado en 614 Boot, observó minuciosamente, acompañado de un oidor, la obra del desagüe, meditó bastante acerca de ella, hizo multitud de calculos, y al fin fué su parecer, como es siempre el de peritos coetáneos, que la obra era mala, porque si bien impediria que el rio de Acolhuacan desembocara en las lagunas de Citlaltepec y Tzumpango, no evitaria que estas cuando crecieran, aumentasen las aguas de la de México. Parece que esto hizo suspender la obra, porque por entónces no se continuó. Esto segun Cayo, pero de los manuscritos origin'es relativos á este negocio que hemos logrado ver, no se deduce sino que Boot apenas examinó la obra, apareciendo de él solamente tres informes, en los cuales asegura unas veces que la obra es inservible, otras que regular, y aun afirma algunas que es del todo buena, en ellos se queja de que se le haya sucado de Francia, trayéndole á hacer una vida oscura, cuando pudo en su patria hacer una carrera lucida. Parece que queria quedarse encargado de la obra, y no sabemos por qué no se le encomendó ni cuando salió de la Nueva-España, ó si en ella terminó sus dias.

1615.—Fuéle propuesto al marqués hacer varios reparos á la ciudad, para impedir las inundaciones, en lo cual se calculó que se gastarían ciento ochenta y seis mil pesos: el virrey se inclinaba á admitir, pero el ayuntamiento se opuso haciéndole notar lo inútil que era una obra de esa clase; así que, desistiendo el virrey, volvió á emprender el desagüe, de manera que no vaciasen en la laguna de México las de Citlaltepec y Tzumpango, en todo lo cual transcurrió el año y ya tocando á su fin, el virrey y el ayuntamiento, informados por el maestro Martinez de que importaria la conclusion ciento diez mil pesos, determinaron ponerle



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

termino. Mas ántes dió cuenta el marqués al rey, pues no quería hacer cosa alguna sin su determinacion, perdiéndose de este modo un tiempo muy á propósito, habiéndole escaseado las lluvias.

Francisco Iturrí marchó con una expedicion sobre las Californias, y á su regreso á la capital, venia cargado de multitud de perlas, entre las cuales traia un tan grande y bella, que pagó de quinto por solo esta al rey, novecientos pesos. Quien sabe si por la excitacion de Velasco, ó si movido naturalmente, el rey de Vexia envió una embajada desde el Japon para comerciar en los puertos de la Nueva-España; pero declarada persecucion por el emperador á los cristianos, fué tambien declarada por el dicho rey de Vexia, y la mision no tuvo efecto.

1616.--Por real orden de 3 de abril se autorizó á Martinez para que concluyese el desagüe precisamente con la suma de ciento diez mil pesos, aprobando el convenio que el año anterior celebraron el virey y el ayuntamiento, debiendo estrarse la dicha cantidad del impuesto á que estaba sujeto el vino que entraba á la ciudad. Cuando aprobóchaba á México por el desagüe y por las inundaciones, que escaseaban las lluvias, la venia otro daño, si no mayor, acaso igual, la carestia del maiz que llegó en este año á ser excesiva y producía naturalmente la hambre.

Concertados los tepeluanes y otros pueblos vecinos, á hacer un levantamiento el 21 de noviembre, lo ejecutaron el 16. Fue encabezada uno que se decía hijo del sol, y Dios del cielo y de la tierra, y causaron tal estrago, que ninguno de cuantos españoles y mestizos se hallaban entre ellos, logró quedar vivo; y hasta los que se refugiaron á los templos, que su les hizo salir con promesa de no hacerles nada, fueron matados, y los eclesiásticos, á quienes parecia que tenían en mucha estima, todos murieron. Luego que llegó á Guadalcázar tan funesta nueva, previno al gobernador de Durango D. Gaspar Alvear que reuniese gente y marchara con ella á sofocar la rebelion. Hizolo así en efecto, y aunque ahorró á muchos, no consiguió tan presto ponerlos en paz; sin embargo, algunos solo se conservaron hostilmente durante tres meses, al cabo de los cuales, debido á los jesuitas, se reconciliaron con los españoles, y se dió sepultura á los cadáveres de los que habian sido asesinados en los primeros dias de la conmocion.

1617.--La construccion de los arcos del agua potable que se trataba de introducir á la capital, y para cuya pronta conclusion duplicó en

este año la municipalidad el número de operarios, y el desagüe en que se continuaba trabajando con afán, son los dos mas grandes asuntos y de mas vital interés que en la época nos ofrece la historia del país. Por fin, como el virey posesion del colegio de San Pedro y San Pablo, que ya desde entonces por disposicion de Felipe III, llevó el nombre que aun conserva de San Ildefonso: sus rentas se acrecentaron con las del colegio de San Bernardo, y la administracion de ellas se confió á los jesuitas. A los colegiales se les concedieron las preeminencias mismas que á los de San Martín en Lima, y se les consideró ya en la oposicion á las cátedras de universidad. Todo esto hará honor á Felipe III, que así estimulaba á la juventud para que se entregase al estudio de las ciencias y aumentaba los fondos del colegio desprendiéndose de su administracion.

1618.--La fundacion de la Villa de Córdoba llamada así por el virey D. Diego Fernandez de Córdoba, la cual se la distinguió tanto por sus tabacos, y un gran incendio en Veracruz la nueva, que comenzando por el cuartel de la tropa, consumió una parte considerable de la ciudad y hermosos edificios, son los únicos hechos notables acaecidos en 618.

1619.--En la estension de quinientas leguas de sur á norte, y mas de setenta de oriente á occidente, en la Nueva-España, se dejó sentir un fuerte terremoto el 13 de febrero, que duró un cuarto de hora. La tierra se resintió, y como dice Cavo, „demolió edificios, abrió sierrras, descubrió espantosas cavernas y profundos lagos.”

1620.--1621.--Siempre las grandes obras eternizarán mas la memoria de sus autores, que las mejores inscripciones: mas feliz es por cierto la del marqués de Guadalcázar, y la del ayuntamiento de México de 1620, que concluyeron el acueducto de San Cosme, que de los tiranos que en varias naciones, así antiguas como modernas, han querido perpetuar su nombre en estatuas y arcos y pirámides y... La de aquellos se recordará con placer siempre que se vea el acueducto, que consumiendo ciento cincuenta mil pesos, de los cuales solo ciento veinte mil se reconocian á un particular á una usura moderada, sin perjuicio del público fueron invertidos en un objeto puramente de utilidad suya. Por este mismo año de 20 se descubrieron al N. E. de México ricos minerales que del título del virey y en honor suyo llamaron de Guadalcázar. Así terminó felizmente el gobierno del marqués que nombrado virey del Perú, acompañado de la audiencia,

ayuntamiento y tribunales, salió de México para Acapulco el 14 de marzo de 1621, dejando inscrito su nombre con los arcos del agua

de Santa Fé, que llamamos de San Cosme.

CARLOS M. SALVEDRA.

NUVA MERZOLANZA.

QUAY algunos hombres tan descarados, ó si quier, tan poco memoriosos, que pretenden sorprendernos, repitiéndonos aquello que nosotros mismos les hicimos saber y advertir. Esto me recuerda la aventura de aquel que al despedirse de una persona en cuya casa estaba, la ofreció inadvertidamente su propio chocolate.

Es la chanza como una arma de fuego, que puede ocasionar muy graves males, aun manejada por hombres muy discretos.

Los periodistas son los pintores de brocha de la republica literaria.

Comptan algunas gentes coches y caballos, sin tener un cuarto que puedan llamar suyo. ¿Como y por qué hacen tales compras? El como no lo callando, el por qué es, que así pueden huir con mas velocidad de sus infelices acreedores, que son por lo comun de infanteria, aunque en obsequio de la verdad, debo decirse que es infanteria ligera.

La penetracion que creen tener los maliciosos, es tan ajena de fundamento las mas veces, como la malicia caracteristica de los sordos; aquellos suponen hechos, estos forman conjeturas.

El excesivo amor á los animales, hace á las gentes ridiculas. Damas he conocido que simpatizan mas con algun tísico faldero, que con sus esposos, y jóvenes que hacen mas caricias á una gata recién nacida, que á su propia madre. Esto, á mi ver, merece un castigo del cielo.

Los austríacos, generalmente hablando, son tan vanidosos, que aun el mas triste barrendero de una oficina pública, se da por ofendido si al saludársele no se le da el título que segun su empleo cree corresponderle. Hay *sota-sub-architecta* cuyo título es de las dimensiones del

siguiente, pulgada mas ó ménos, y que forma todo una sola palabra alemana: *Oberkriegerssammlungsverhandlungspapieraushebergehülfe*. Y luego se espantan algunos de que haya vizcaino que se llame Iturbericorrigoy-coerro-laceochea.--Escrípalos de monjal

Tratando de mofarse un jóven de un sugeto algo entrado en años, que era su rival, díjole en presencia de la que ambos amaban. „Y V., qué edad tiene, señor mio? A que contestó el otro: „No recuerdo exactamente; pero si saldré decir á V. que un pollino á los 20 años, es mas viejo que un hombre á los 60.”

Es mas fácil ocultar una joroba, que la envidia ó el amor.

Así como los cuáqueros sostienen que al dirigirse á alguien la palabra, aun cuando sea el mismo rey, debe usarse de la segunda persona del singular en los verbos, así tambien defienden las coquetas que el género masculino debe constantemente usarse en plural, y que por consiguiente el sustantivo *mujer* ha de ser como de dos; qué lógica para poder así esplicar por qué razón el nombre *hijo*, es tan frecuentemente ambiguo. Claro está, pues que toda la doctrina estriba segun las mencionadas profesoras, (que entre otras cosas defienden á puño abierto que el coquetismo es arte liberal,) en que si hay marido en la oracion, es y debe ser neutro por regla general.

No te impacientes, Clotario, (R)
Al ver que de Capricornio
Es tu maldadada estrella:
No es tu culpa sino de ella,
Y el mal es hereditario.

Siete meses estuve meditando
Esta disertacion greco-latina...
Luego se echó de ver (estoy pensando)
Que por eso salió *sietemesina*.

De los sistemas. Fuenrada.
—¿Cuál te lleva la atención?
A mí, señor Don Simón,
La *anarquía* moderada.

Aplaudámos, Don Martín,
—No, hombre, ¡tan mala paz!
—No se aplaude su belleza,
Sino que le han dado fin.

MALAESPIA Y BIENFIA.

ENSAYO HISTORICO SOBRE LA MORAL CRISTIANA.



URANTE los primeros siglos del cristianismo mientras las persecuciones, y aun algún tiempo después que habieron cesado, los fieles, que conservaban la religión en toda su pureza, que respetaban sus preceptos con noble suasion, que creían en sus dogmas con una fe para sin mezcla de superstición y sin excepcionismo, asistían á sus ritos sublimes con una veneración sin igual: las poéticas ceremonias de la Iglesia, que hoy son el ridiculo de *hombres desprecupados*, que revelan grandes misterios, eran entonces el objeto de contemplación para los fieles. El templo era solo el lugar de la meditación, reunidos en él los fieles no se distraían con ningún objeto: divididos los dos sexos, el masculino colocado al lado del Evangelio, y el femenino al opuesto, ni aun podían siquiera mirarse; los diáconos de institución apostólica establecidos para recoger las oraciones, se distribuían, al tiempo que se celebraban los oficios divinos y siempre que el pueblo se congregaba en la casa santa, de manera que impidieran la comunicacion de los dos sexos, y velaban aun sobre las miradas de una á otra parte pudieran dirigirse.

Todas las personas del sexo masculino permanecían con la cabeza descubierta por el consejo de San Pablo, y por lo mismo las del sexo femenino se cubrían la suya: de suerte, que tan mal parecía que un hombre se cubriera delante del Señor la cabeza como que una mujer se la descubriera. El lugar más inmediato al altar lo ocupaban los presbíteros, y de aquí el nombre que tiene de Presbíterio.

Los fieles permanecían así reunidos en recogimiento en toda la celebracion de los oficios divinos los días festivos, sin que se celebrara más de una misa por el obispo ó párroco, se-

gun el lugar. Los matines, que regularmente eran de noche, y cuya práctica corrompida conservamos, se hacían de la misma suerte, presente clero y pueblo.

En los días santos de la Pasión se notaba un profundo silencio: los hijos todos de la Iglesia, que ayunaban en toda la cuaresma, se entregaban sin hipocresía á las prácticas religiosas y á la continencia, que se guardaba en estos días aun entre los casados. No se advertía la menor señal de prostitucion, y aun el sábado, que los templos permanecían cerrados, los fieles se quedaban en sus casas sin darse á los pasos ni á ninguna clase de diversiones. A la madrugada del domingo se reunían los fieles en el templo á la celebracion de los matines, y á la entrada de él se hallaban los catecúmenos esperando que se bendijera y consagrara la agua de santificación: vestidos de blanco aguardaban con los sacerdotes que los preparaban á recibir el sacramento. Las ceremonias que hoy tienen lugar el sábado santo, se verificaban entonces á la madrugada del domingo.

En esa época recibían los cristianos con demasiada frecuencia el cuerpo del Señor, y llevaban todos sus ofrendas, que por medio de los diáconos, las presentaban al Preste, quien las bendecía en el sacrificio, de lo que se conservó hoy vestigio en las palabras, *Per quem haec omnia etc.* que aun se dicen antes del *Pater-noster*.

La religión, que al principio fué solo de hombres del bajo pueblo, y que en menos de trescientos años plantada en la cima del Gólgota habia extendido por todo el mundo conocido y que se encontró siempre perseguida, hizo brillar algún día la corona de los emperadores romanos, y la devoción en sus hijos comenzó á decaer. Luego al punto de su mismo seno salieron hombres que comenzaron á disputar so-

bre sus dogmas y á negar la infalibilidad que hasta allí le habian reconocido sin contradicción. La moral se corrompió, y poco á poco fué variándose la policía exterior de la Iglesia.

A la contemplacion substituyeron el entretenimiento, y cuando algunos años atras se creyó agrandar al cielo con solo ejercicios piadosos, ahora se creían aceptas á la Divinidad las diversiones públicas, y en vez de recogerse en el templo á orar, se dedicaban á pasatiempos.

Aumentado el número de los fieles por otra parte, era preciso que existiera más de un templo, más de un altar, que se celebrara más de un sacrificio, que más de un sacerdote administrara el sacramento de espición; y he aquí ya aumentado el número de templos, de altares, de sacrificios, de sacerdotes, abiertos en suma muchos caminos de felicidad, y preparados por un abuso inevitable muchos medios de corrupcion.

No era ya el templo el lugar de santidad, sino de disipacion; los fieles no permanecían ya separados ni presentaban sus oraciones, y el Sacramento del Altar no lo recibían; fué necesario estropearlos á que se acercaran á la mesa sagrada por lo ménos en tres festividades del año. La Iglesia, sin embargo, era severa en la imposición de sus penas, y estaban todavía en uso las penitencias canónicas. Los que no recibían la Eucaristía, eran despedidos del templo por los hostiarios, y se les privaba de los divinos oficios. La Iglesia ejercía demasiada jurisdicción, y ojalá no se hubiera estendido tanto, que otra sería hoy su respetabilidad.

No se congregaban ya los fieles con separacion de sexos, y fué preciso exilar algunas reuniones, especialmente las nocturnas: no se hacían ya oraciones porque se recibían de otro genero el clero no poseía ya bienes en comun, ni los eclesiásticos llevaban como en los tiempos primitivos sus espórtulos ó ceñastillos para que se les distribuyera el alimento diario: en cambio se les asignaban pingües dotaciones de que debaban sacar herencias: no se repartía ya á los pobres lo que restaba, se dejaba á la conciencia de cada uno, que debía tomar lo necesario, reservando lo demás á las personas desvalidas: pero no se encontraba á fé otro Lorenzo que pudiera presentar por bienes de la Iglesia una multitud de miserables; no eran ya estos en verdad los primitivos tiempos. No puede ciertamente decirse quién atacaba más á la religión, si los que nunca habian abrazado sus principios, si los que habiéndolos abrazado los abandonaron después, si sus mismos hijos, si sus ministros por último, pues todos

por diversos medios tendían sin pensarlo algunos á un propio fin.

La relajacion fué creciendo de día en día: las cuantiosas limosnas, los votos de visitar los lugares santos de Jerusalem, de Roma, ó el sepulcro de Sanlino, en donde también se dejaban limosnas, y cuyos votos solo el Padre Santo podía conmutar, remitían todas las culpas y substituyeron á la contrición y eran suficientes para la remisión de los pecados. La prostitucion llegó á su colmo, y ni los siglos anteriores ni los posteriores la vieron ni la vieron mayor, acaso ni igual; diez siglos de persecuciones, diez siglos de heregias hubieran más aprovechado que uno de inmoralidad. La Iglesia parece todavía por su causa, y al contrario, ha levantado su victoriosa frente bencehida de un noble orgullo, cuando se la ha querido lancar des- aparacer por el esterminio, por el hierro y el fuego. La religión, pues, que perseguida conquistó una gran porcion del mundo, triunfante después ya, cesó en sus progresos, y persiguiendo con la tea de la inquisicion perdió algunos vastos terrenos que habia antes ganado por la predicacion.

Pasó esta época y pararon otras que no fueron ménos favorables á la Iglesia y en que no ménos se excolió el mismo preado universal, á tal grado hubo llegado la prostitucion. Por fin vino una nueva era y se declaró otra especie desconocida de alique: hasta entonces se habian respetado algunos principios impugnando otros y la teología habia combatido las sectas, y ahora luchan la filosofía y la razon. Un fuerte terremoto sacude la Iglesia y la luce vacilar hasta en sus propios cimientos, y la religión que establece los dogmas santos, que enuncia, de libertad y de igualdad, que desconoce las clases, que juzga lo mismo al rico que al pobre, al poderoso que al desvalido, y en cuyo santuario se da entrada de la misma manera á unos que á otros, á esta religión misma se la ha de suponer un origen humano y especulativo, un fundamento fabuloso, y su historia no son ya sino el ridiculo á los ojos del filósofo, y se la pinta como contraria á la libertad de los pueblos. En este estado se pretende arrancar de los corazones de los hombres su creencia, y se logra desquiciar en Francia, siendo víctimas de un sanguinario fanatismo los que no abjuraron su fé, los que respetaron sus votos.

Rotos los vinculos que ligan al hombre con Dios, que le ligan con la sociedad y consigo mismo, desprendiéndose del temor religioso, la moral no debía aguardar muy felices resulta-

dos, y la sociedad debía terminar su existencia. Pero á la agitación mas violenta sucedió una calma inesperada, y en vez del desvarío con que se desvirtuaban los hechos históricos referidos en los libros santos, nació el espíritu de duda, y como las anteriores doctrinas, que hoy son ya el objeto de la risa entre los hombres sensatos cundieron rápidamente por todo el globo haciéndose algunos prosélitos, el excelsitismo sin tan fuertes conmociones se estendió tambien rápidamente, atrayéndose todavia mayor número de secuaces.

Al gusto, pues, de la limosna, al empeño por la fundación de monasterios y de hospitales, al espíritu religioso, demasado exagerado quizá, y al fanatismo, sustituyó el espíritu de destrucción: los templos y altares se profanaron, los enfermos, los necesitados, los espíritus, no encogieron ya su pecho, todo lo echó por tierra la filosofía, y parece que arrancó de raíz de los corazones la sensibilidad. La duda tampoco ha dejado cosa en pie, y vacilantes los hombres sobre los misterios y el porvenir, apenas tienen presente lo que son, apenas proveen á su individuo y no se ocupan ya en los demas.

A otra época tocamos, y esta es precisamente la nuestra: todo progresa, todo prospera, las ciencias, las artes, en todo hoy admirables descubrimientos, estamos en el siglo del vapor, así pensamos todos, en todo obramos con ligereza; estamos en un siglo positivo, todos buscamos el dinero y nadie se afana por que como au hermanos estamos, en el siglo de las empresas, pero empresas lucrativas, y á fin que ni un solo proyecto tienda solo á socorrer á otros nada mas que por socorrerlos. Estamos en el siglo de la magnificencia y del lujo, procuramos el adorno de las ciudades y su esplendor: suntuosos palacios, teatros sorprendentes, grandes estatuas, elevados arcos triunfales, columnas, pirámides, y el pobre arrastrándose por los suelos, y el enfermo espirando sin auxilio, y el niño hijo de la desgracia abandonado, y la huérfana prostituida, y la viuda desahogada y desolada mueren víctimas de la miseria. Hemos visto erigir columnas y estatuas, pero no fundar hospitales, casas de beneficencia; consumir grandes cantidades por sostener un muy gran lujo en las concurrencias públicas y aun particulares, pero no vemos consagrar en obsequio de

la humanidad ni la menor porción de un caudal.

En los tiempos primitivos los fieles entregaban todos sus bienes á la Iglesia, que se cuidaba de distribuirlos á las personas miserables, y la religion con todo era fuertemente persuasiva; despues la protegían los soberanos y las limosnas se daban ya con ménos utilidad, pues solo aprovechaban al culto, y hoy de ninguna manera. Al principio y durante mucho tiempo, la reconveccion de un diácono era por sí suficiente para contener en su deber al cristiano; y hoy, ¡desgraciado del que nos llama á cumplir nuestra obligacion! En un tiempo se despedía del seno de la Iglesia al que cometa la mas ligera falta, y hoy no toleramos que se nos indique que hay censuras, como si no fuera hecho á cualquier corporacion desde de ella al que no obedezca su reglamento.

Las doctrinas del último siglo es cierto son ya objeto de risa para el hombre sensato, el desismo es ya únicamente un mero entretenimiento, la *filosofía* solo nos revela un hecho histórico, ya pensamos de diverso modo, y el movimiento y la alarma que tales doctrinas causaron, han producido un gran bien á la sociedad: desterrar de ella la supersticion y el fanatismo aunque la moral no ha conseguido muy benéficos resultados. Este es el estado del siglo XIX, en los principios religiosos no son el objeto de las conversaciones ni el principal asunto del hombre: los preceptos ya no se obedecen, los consejos ya no se practican, y los dogmas ya no se discuten. El débil lazo del respeto humano, que la fuerza mas leve basta á romperlo, es hoy lo único que sirve á la moral. Se visitan los templos solo por costumbre, y en lo sublime y poético de las ceremonias sagradas es suficiente para mirarlos con agrado y elevarnos á contemplaciones divinas; y si bien nada extraño es que hombres necios é ignorantes á cuyos oídos han llegado potestas muy vagas sobre la *filosofía* y algunos de sus doctrinas, teniendo por *despreocupados* y hombres de la época, desprecian la moral mas pura, si es por cierto admirable que talentos muy claros, genios delicados, aunque por fortuna pocos, abrazan principios tan absurdos, que chocan de luego á luego con la razon natural.

CARLOS M. SAavedra.

UNIVERSIDAD

JANIL
COMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

LO QUE ME CONTÓ MI ABUELO.



H, lector mío, y qué mal rato se te espera! Crees por ventura que te voy a regalar con uno de esos articulillos llamados de costumbres que son tan del gusto del día? ¿Esperas una novellita espasmódica, de esas en que hay salvajes que ríen y doncellas que lloran, y guerreros á la *Choculax*, y que sé yo que mas! Te preparas á leer algun fragmento de esos filosóficos y misteriosos llenos de frases ambiguas y de puntos suspensivos, mo de esos fragmentos que excitán la admiración general, porque ninguno los entiende? Pues te juro á fe mía que te llevarás chasco! No, no te esperes nada de eso: lo que yo te voy á contar es una aventura, que nos refirió en familia mi abuelo cierta vez en que trataba de combatir la decidida afección que mostraba uno de sus nietos en favor de la raza canina. Escucha, pues, y si no quieres, no escuches; que á mí de eso se me da un bledo, lo que importa es borrascar papel y adelantar.

(Dirección de paso y para descarga de mi experiencia, que juzgo mas fácil en estos tiempos el que le digan á uno: ¡patrás!)
Perico, estate quieto. Deja en paz á ese perro; lo vas poniendo feraz. Dentro de poco nadie querrá visitarlos, porque todos temerán salir con un buen mordisco.
—Antes lo estoy amansando, papá grande.
—Mejor sería que no le dispensaras tu protección... Qué ojeriza les tengo yo á todos los animales favoritos! Ya se ve; razón sobrada he tenido.
—¿Por qué, papá grande?
—Acercas, muchachos, y os referiré una aventura. Sabed que allá por los años de Dios, de 1804, aunque ya tenía yo mis allafas, era sin embargo todavía bastante mentado, y existían muchas personas de ambos sexos que habían sido testigos y partícipes de mi época de esplendor. ¡Ah, si me hubierais visto entonces! Aquellos si que eran tiempos felices, no como estos de tráfico de sueltos y de certificados de cobre: entonces reinaba el buen gusto, y había elegancia en el vestir; entonces los hombres parecían hombres y no muñecos

como ahora; entonces estaban en su apogeo el calzon corto y el chupin... pero desgraciados estos recuerdos tristes; lo que me consuela es que si fin y al cabo allá han de ir á parar otra vez.

Pues señor, en el tiempo de que os hablo, recibí noticia de que había llegado á México, Doña Virginia Cascales, señora de las de mas rango en su tiempo, y á quien yo había dedicado mis primeros amores; pero qué amores! tan inocentes, tan platónicos... Os juro que en nada se parecían á los afectos impuros de esos lechugines que Dios perdone. Hacía mucho tiempo que no veía á Doña Virginia, quien había conservado intacta su virginidad, y no había dispuesto de aquella mano, objeto de mis honestas pretensiones, en época mas venturosa.

Naturalmente debía suponer que no pude saber con indiferencia su llegada á la capital, y me dispuse á hacerle una visita. ¡Dignítera al cielo que jamás se me hubiera ocurrido semejante idea! ¡Ah, hijos míos, y qué lujos usaba yo de presentar lo que me iba á suceder!

A las seis de la tarde del día infuasto de que voy á hablaros, me dirigí, despues de haberme afeitado y alisado el peluquín, á casa de Doña Virginia, con quien deseanha tomar chocolate. De paso entré al Parian y compré uno de esos mazacillosos panuelos de esos blanros y encarnados que entonces eran muy estimados, y hoy están por los suelos; ya se ve, entonces lo bueno era caro y lo malo barato; mas ahora sucede exactamente lo contrario.

Contento con mi nueva adquisición, subí la escalera de la casa de Doña Virginia, y me encontré en una sala adornada con sus pantallas, su ricracía de madera pintada de verde y otros adornos igualmente piadosos, que para vergüenza nuestra han desaparecido de las casas que ahora adornan esos muditos estrangeros. En la habitación inmediata á los ladridos de un porrito pablino, los gritos de un loro y otros dos ruidos indefinibles que llenaron mi alma de consternación. ¡Ah, hijos míos, qué escena se me esperaba! Me llenaba la voz al recordarlo solamente.

—Pase V. á la recámara, me dijo la criada, Mi ama está atacada de rennia y no puede andar.



Lo que me contó mi abuelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

Entré en efecto, y el amable faldcrilo se lanzó con furor sobre mí; yo no tuve más recurso que hacerle un quite con mi sombrero que sacó una herida mortal, herida que yo deploré con todas las veras de mi alma, porque era un sombrero de honra y provecho, y no una de esas diligencias que nos traen ahora los gabachos.

—Valgame Dios, señor D. Simon, me dijo Doña Virginia, que yacía reparada en un sillón, con las piernas envueltas en flanela. ¡Cuanto siento que Lázimo le haya roto á V. el sombrero! Pero es tan vivaracho, y les tiene tanta tirría á los hombres, que...

—Oh, deje V. no es nada, absolutamente nada, le respondí, ocupando una silla frente á frente de la suya, y recorriendo con la vista el aposento que encontré habitado por un loro, una ardilla, un perro, un mono, y en fin, por Doña Virginia.

—¿Qué bien hicieron no casarme contigo! dije para mis adentros. ¡Diosa familia me has á regalar con el tiempo!

—¿Qué le parecen á V. mis animales?

—Preciosísimos, le respondí, desviando un poco la silla, porque el faldcrilo me amenazaba desde su cofín.

—¿Qué quiere V. que haga yo? No tengo hijos, lanzándose una mirada de ternura y me contento con cuidar á estos pobrecillos.

Tiene V. razón. —Entablamos una conversación sobre el Niro que estaba leyendo, y que era nada menos que el titulado: „Luz de las verdades católicas“ obra del celebre padre Parra, tan conocido por sus euilísimas pláticas. Asíuno como este, naturalmente debía interesarlos, y en efecto, yo me había acaiorado al ensayar las bellezas de aquella famosa plática sobre la sal del bautismo que comienza con esta primor. „A la mejor sazón se nos ha venido la sal. A la sazón del día de mi glorioso padre San Ignacio, la sal de la saliduría, etc. En lo mejor de mi panegírico estaba yo, y Do-

ña Virginia con las gafas caladas me escuchaba embebecida, cuando sentí unas teazas que me apriaban fuertemente un poco más arriba del calenñar. El dolor fué agudísimo, y prorumpí en un espantoso grito que hizo saltar á Doña Virginia, despertar al perro, y poner en movimiento al mono y á la ardilla. Éra el loro maldito que me había dado una mordida.

En el momento en que aquella estancia parecía una Babilonia, el mono aprovechándose del tumulto, saltó á un estante y se puso al nivel de mi cabeza: un segundo despues mi peluquín estaba entre sus garras; sacarlo de ellas fuera obra de romanos. Tomo mi sombrero, tartamudeo una despedida, y bajo precipitadamente la escalera; me juzgo ya fuera del riesgo, mas al llegar al zahuán, una terrible puzada en el muslo derecho me hace llevar hacia él prontamente la mano; la llevo en efecto y ríchilo en ella otro mordisco. La faldcrilera estaba aguzada; sacudo fuertemente el faldón y sale de él un animal envuelto en unos giros de lienzo blanco y encarnado. El animal era la ardilla de Doña Virginia; los giros eran los restos de mi desventurado pañuelo!

—Y volví V. á visitar á Doña Virginia, pá pá grande!

—¡Vaya una pregunta!

Aquí acaba el cuento de mi abuelo. Imperferrito lector, ¡pues tal debes de ser, puesto que has podido llegar hasta este punto! réstame puramente darte las gracias por tu compañía, y advertirte que si dudas de lo exacto de la lista que del padre Parra hizo mi abuelo, regístres la edición que se hizo de esa obra en Filadelfia el año de 1827, y en la página 316 encontrarás satisfecha tu curiosidad. Vale.

México junio 1.º de 1844.

DON JUAN DE AZPÉTEGUEIRA.

HISTORIA.



El estudio de la historia es sin contracción el que hoy mas interesa á los hombres; esto está universalmente reconocido, y las investigaciones para perfeccionar este ramo de los conocimientos humanos forman una de las necesidades dominantes de nuestra época. Generalmente se dice que la historia es la maestra de los gobiernos, á lo que puede agregarse que no lo es menos de los pueblos; lo que los en el porvenir; y así los ciudadanos de una república, que pueden ser llamados indistintamente para tomar parte en el ejercicio del poder, deben dedicarse á este estudio con grande asiduidad y profunda modificacion. Un escritor compatriota nuestro ha dicho con razon que la historia que en los estados monárquicos suele mirarse como ornato de la educacion liberal de algunas clases, en las repúblicas, donde todos los ciudadanos ejercen parte de la soberanía popular, y pueden ser llamados á los primeros puestos, debe considerarse como de absoluta necesidad. Esta verdad es palpable, porque ¿qué sería de un estado si los hombres que estuviesen rigiendo sus destinos ignorasen la ciencia de los hechos? este estado no sería mas que una nave sin piloto en un mar tempestuoso, que se estrellaría contra las rocas al impulso de las olas; así tambien el hombre que sin conocimiento de lo pasado se encontrara dirigiendo á una nacion, no sería mas que un ciego abandonado en un bosque y rodeado de precipicios en que no podría menos que perecer. Nadie puede gobernar á los hombres sin conocerlos, para conocerlos es preciso estudiarlos, y este estudio solo puede hacerse en la historia, donde se ven retratadas sus pasiones y reproducidas sus opiniones. La historia, segun la bella expresión de Simón de Sismondi, representa como en un gran espejo, á las sociedades venideras, los resultados de todas las teorías y de todas las experiencias de las sociedades pasadas. En efecto, en la historia ven los que gobiernan de cuán funestas trascendencias son para las naciones sus excesos y sus demasías, y cuán contrario es el despotismo á la marcha de la civiliza-

cion. Los pueblos á su vez conocen cuán peligrosos son sus desvíos y cuán arriesgado es para ellos mismos el desenfreno de una revolucion. De aquí debe indispensablemente resultar que los que gobiernen ejerzan el poder sin tiranía y usen de la fuerza, no para oprimir sino para conservar, y que el pueblo usando de sus derechos, no desconozca sus deberes y goce de una justa libertad odiando la licencia.

Mas para obtener todos estos buenos resultados no basta saber simplemente los hechos, y recargar la memoria de fechas y acontecimientos, es preciso meditar atentamente en las causas de estos hechos así como en sus consecuencias, evitar la repetición de los actos que produjeron algun mal en las pasadas sociedades, é imitar aquellas acciones de los hombres eminentes, que supieron labrar la felicidad y grandeza de su patria, pues solo de este modo la historia cumplirá con su objeto, siendo un curso de moral y de política. No considerar la historia, dice un escritor filosofo, mas que como un inmenso conjunto de hechos ordenados por fechas con que se quiera enriquecer la memoria, no es mas que una vana y pueril curiosidad, que revela un espíritu mediocre, ó cargarse de una erudición infructuosa que no sirve mas que para formar pedantes. ¿Qué nos importa conocer los errores de nuestros padres si no sirven para hacernos mas discretos? —Ademas es preciso al estudiar la historia depenrer toda preocupacion y parcialidad, así como las aficciones personales, para poder juzgar á los hombres, no por los males ó bienes que han hecho á un individuo, sino por los que han hecho á la patria.

Finalmente, mucho pudiera decirse acerca de este estudio sin limites, pero para entrar en pormenores sería necesaria una inteligencia y una erudición muy superiores á las nuestras, por lo que nos hemos limitado á traducir el artículo siguiente escrito por Mr. Ch. Du Rozoir, quitándole aquello que nos ha parecido poco conducente á nuestro objeto.

LIBRERIA DE DON JUAN DE AZPÉTEGUEIRA
DIRECCION GENERAL DE LOS ANTECEDENTES



De la historia considerada como ciencia de los hechos:

I.

Prolegomenos. -- Objeto de la historia. -- Definiciones.

Los filósofos que distinguen en el entendimiento humano tres facultades principales, la memoria, la razón y la imaginación, hacen dimanar de ellas una distribución general de los conocimientos humanos en historia, en filosofía y en poesía. De la memoria dimana la historia, como la filosofía dimana de la razón, y la poesía reconoce por madre á la imaginación. Parece inútil advertir que estas restricciones teoréticas son traspasadas en la práctica; porque ¿qué sería la historia sin la filosofía para coordinar los hechos? asimismo ¿qué sería la filosofía sin cierto orden en los hechos? La historia considerada en sí misma, se compone de hechos, los cuales ó son de Dios, ó de los hombres, ó de la naturaleza: los hechos que son de Dios pertenecen á la historia sagrada, los de los hombres á la historia civil ó política, y los de la naturaleza á la historia natural.

La historia sagrada espone á la vez los misterios y las ceremonias de la religión, los milagros y los casos sobrenaturales, cuyo principio sólo es Dios: la disciplina y los fastos de la Iglesia: las profetas en las cuales la relación ha precedido al acontecimiento, forman también un ramo de la historia sagrada. La historia civil consta de los hechos que vienen del hombre: depositaria fiel de las tradiciones de nuestros antepasados, de las revoluciones de los tiempos anteriores, del origen de las instituciones políticas y de la gloria y celebridad de los hombres: la ciencia histórica se divide según estos objetos, en historia política propiamente dicha, y en historia literaria. La historia civil se subdivide en historia general, en historia personal ó biográfica, en historia singular ó particular, como cuando describe una acción particular, un sitio, una batalla, una conspiración, una embajada, una intriga, un viaje, etc. Si es cierto que la historia es la pintura fiel de los tiempos pasados, las costumbres (comprendiendo en ellas los monumentos, las inscripciones y las medallas) son dichos casi siempre deteriorados, las biografías, retratos ó miniaturas más ó menos lisonjeras, y la historia general, un cuadro cuyos estudios son las memorias. La cronología y la geografía son los ojos de la historia; y la crítica

su antorchera, pues ella es la que vivifica estos dos vistagos de la ciencia, y hace de ellos su más indispensable apoyo. Por medio de la crítica, la cronología coloca á los hombres en su época, mientras la geografía los distribuye sobre nuestro globo: ambas sacan grandes ventajas de la historia de la tierra y de la de los cielos, es decir, de los hechos históricos y de las observaciones celestes; en una palabra, la ciencia de los tiempos y la de los lugares son rajas de la astronomía y de la historia. No hallaré en este artículo de la historia natural, aunque pudiera muy bien decirse que es acaso más digna del estudio del filósofo, que la historia de los hombres, pues esta no se compone sino de diversos hechos, arbitrariamente producidos por las circunstancias; mientras estos en aquella provienen de leyes invariables y uniformes. Frecuentemente la historia de los hombres no nos presenta más que el triunfo de la violencia y de la intriga, sobre el derecho y la virtud; y no sirve de ordinario sino para hacer nos notar los vicios y los caprichos de nuestros semejantes, más bien que sus buenas cualidades, y acaso fiende muchas veces á hacernos dudar de la Providencia. La historia de los animales no nos descubre sino sus perfecciones, y eleva constantemente nuestro espíritu hacia el origen de todos ellos. Voltaire no aprueba esta trilogía histórica: no admite más que la historia sagrada, y la profana, pues según él, la historia natural, impropriadamente llamada historia, no es más que una parte esencial de la física. Mucho podría discutirse acerca de este punto, y probar que en esto cometió Voltaire un paralelismo, pero como tales discusiones se resienten de escolasticismo, y jamás han proporcionado adelantos á la ciencia, solamente diré que el discípulo de Buffon, Lacepède, estaba tan poco de acuerdo con la opinión de Voltaire, que poseemos de él una historia general, física, y civil de la Europa, desde fines del siglo V, hasta mediados del XVIII. Al tratar de definiciones, preciso es recordar las distinciones admitidas en el siglo XVII, no ya respecto de la materia de la historia, sino de la forma en que se escribía. En orden á la forma decían nuestros antepasados es mista, sencilla ó figurada. Cuando es sencilla no tiene ningún artificio ni adorno, no es más que una relación desnuda y fiel de las cosas pasadas, y del modo que han tenido lugar: tales son los anales de los Griegos por Olimpiadas, los fastos consulares de los romanos, después las crónicas del bajo imperio, y de la edad media; y en fin, los diarios desde el

de L'Estoire, hasta las Gacetas oficiales, etc. Cuando es figurada la historia, admite los adornos que les suministra la capacidad del escritor, como las historias políticas de los griegos y de los romanos, desde Herodoto hasta Tácito, y la mayor parte de las historias modernas, desde Comines y Dávila, hasta Daniel y Mezerai, desde Voltaire y Reynal, hasta Laetzel, Thiers ó Sismondi. Se llama historia razonada, dice un antiguo crítico, la que sin detenerse en la corteza y apariencia de las cosas penetra hasta el pensamiento de las personas que han obrado de acuerdo, y hace ver en el éxito bueno ó malo de sus empresas, la sabiduría de su conducta ó su falta de juicio. Finalmente, la historia mista es la que ademas de los adornos de la historia figurada, saca pruebas de la historia simple que presenta en apoyo de lo que espone, con sus artificio y aparato. Estas definiciones tan sencillas y aun algo escolásticas, fueron muy pronto olvidadas para ceder el campo á otras más pomposas y ménos exactas. No estaba muy lejos el tiempo en que debiéndose estender la vista más allá de las producciones históricas: la historia figurada debía ceder el puesto á la historia filosófica, título pomposo y vacío, que más bien que una historia razonada, anunciaba una producción en que los hechos históricos serian sacrificados á las preocupaciones de la época. Entonces todo era filosófico, así como hoy todo es pintoresco; pero sea de esto lo que fuere, siempre se dirá historia cronológica, historia genealógica, historia política, historia secreta, historia literaria, historia eclesiástica, y en fin, historia general, pues estos términos sencillos y claros no están bajo el dominio de la moda, y se comprenden por sí solos; á lo dicho puede agregarse que la historia cronológica puede ser muy útil y atractiva su lectura cuando esté bien escrita, como lo han hecho los autores del Arte de verificar las datas, el presidente Henault y Voltaire en sus Anales del Imperio. La historia genealógica espere alguna luz sobre la historia moderna cuando está bien tratada, con una erudición imparcial y desinteresada, como lo ha hecho Schoell en su Historia de los estados europeos. La historia política y moral es la más fecunda en reflexiones: Tucídides, Tácito, Bossuet, Montesquieu, Anellion, Guizot, Heeren, etc., he aquí los modelos en este grave y útil método. La historia secreta no era antiguamente sino la de las cortes; hoy ofrecería particularidades curiosas acerca de los revolucionarios: este género siempre ha tenido muchos atractivos para

la malignidad humana, pero la historia escrita de este modo es frecuentemente sospechosa, cuando no de denigración, de lisonja. La historia literaria, descuidada por todos los antiguos, exceptuando á Velejo Patéculo, obtuvo desde que Voltaire dió el ejemplo, un lugar en la historia general: otro tanto puede decirse con respecto á la historia eclesiástica, que con razón ocupa más de la mitad del Ensayo sobre las costumbres. Tocó á los que en este punto imiten á Voltaire, dejar á un lado la falsas y mala intención que guió á la pluma de aquel escritor. Nacida bajo la pluma de Reynal, la historia parlamentaria florece hoy muy justamente. En cuanto á la historia general, debe con justas restricciones abrazar todas las demas.

II.

Fin moral de la historia. -- Diversas escuelas históricas.

Lo que en mi opinión manifiesta la alta capacidad del hombre, lo que prueba que esta criatura pasajera en este mundo ha sido formada para un destino eterno, como el tiempo es el esfuerzo constante del entendimiento humano, para fijar lo pasado y encontrar en ello lecciones para lo presente, y esperanzas para lo futuro. Bajo este punto de vista, la historia no solo es una ocupación grave, sino una religión con sus misterios, sus dogmas, sus deberes y su fin: ¿qué digo? este culto tiene también su predestinación, y en ella se apoyan las convicciones de la escuela fatalista, escuela sombría, austera, y cuyos oráculos terribles y amenazadores, recuerdan los sonidos misteriosos de la emina de Dodona, ó los roncacos acentos del druida, prediciendo en las playas de la Armórica los últimos días del culto de Teutates. La escuela moral histórica es también una religión cuyo santuario es la conciencia. En cuanto á la escuela pintoresca, como no se apoya sino sobre permaneres esterióres y sobre textos descarnados, esta escuela hoy tan de moda, nos parece que aunque sea digna de alguna estimación, tiene un objeto poco serio y un fin poco útil y grave.

La historia debe tener su fe, y al decir esto, no esolvo la crítica, solo entiendo la tendencia moral del historiador. Lejos de mí aquel que queriendo materializar la historia, no ve en las acciones buenas ó malas de los hombres más que los reflejos de tal ó cual vieja edad, y que demasiado consecuente con este sistema deshonroso para la humanidad, sofoca la voz de su conciencia para escribir la historia! Es monester

someter esta ciencia á altas ideas morales y filosóficas, es menester siempre, y por todas partes, abatir el fanatismo y la impiedad sacrilega, que también es un fanatismo; es menester hacer la guerra al despotismo, á la iniquidad, á la sedición y á la indiferencia hácia la causa pública. Con tales principios, el historiador ya no sólo escribirá en pro ó en contra de los reyes, de los grandes y de los pontífices, sino que vendrá á ser el pintor simpático de los pueblos, el apóstol de la humanidad y el fanal de las masas; evitará el tono lúgubre que hace tomar á la historia el tono de un alegato ó de un acto de acusación. Cuánto mas sensibles é ingeniosos no habrían vuelto en sus historias los señores Thierry y Simonde, quienes por otra parte han hecho dar un paso inmenso á la ciencia, sus excelentes pensamientos de reintegración de los pueblos y de las razas, si hubieran empleado una justicia mas indulgente en el bosquejo de los retratos de los reyes, de los príncipes y de los ministros. ¿De qué me sirve que no seáis ya el Daniel de los reyes, si sois el de los pueblos? En la historia no debe haber lisonja, pero mucho menos denigración debe estar escrita de tal modo, que nos enseñe á no estimar ó á menospreciar á los soberanos, y á los grandes sino por el bien ó el mal que han hecho y no por las preocupaciones benévolas ó hostiles del historiador. De otra suerte sería incompleto el fin de la historia. Si es cierto que es el juez soberano de los reyes, es preciso que estos hombres, bastante desgraciados, porque todo conspira para ocultarles la verdad, al menos la encuentren en la historia, es preciso que sea para ellos un juez íntegro é imparcial, y no amenazador, declamador y caprichoso exagerado; es menester que en su tribunal puedan juzgarse de antemano, reconociendo por el testimonio sabio, moderado é irrefragable que la historia da á sus predecesores la imagen fiel de lo que la posteridad dirá de ellos. — Pero en Francia, en Europa y en el siglo en que vivimos, á los reyes exclusivamente es á quienes se dirigen los juicios y las instrucciones de la historia. ¿Pero acaso no tiene también un interés muy positivo para todos los demás individuos? En efecto, entre los hombres susceptibles de instrucción, ¿qué clase, por mediocre que sea, no puede ser llamada para manejar de lejos ó de cerca, el timón político? Todo el mundo hoy está interesado en penetrarse de las graves lecciones del tiempo pasado: el pueblo (no tiene en todas partes sus escogidos, que son llamados á concurrir con las altas clases y el monarca á la

administración de una localidad, á la formación de las leyes y á la marcha general del gobierno? «La historia es un espejo donde los reyes ven la imagen de sus defectos», ha dicho no sé qué ingenio esclarecido del siglo de Luis XIV, y Bossuet, tan gigantesco en la expresión de las ideas, ha añadido: «En la historia es á donde los reyes degradados por la mano de la muerte, aparecen sin corte ni séquito á sufrir el juicio de todos los siglos.» Posteriormente se ha repetido cien veces este axioma, y en un tiempo en que se creía hacedor de la filosofía, declamando sin cesar contra los poderes establecidos, se tenía la fácil ventajosa de oponer á los cortesanos aduladores las páginas acusadoras de un Tácito ó de un Mezerai. Pero desde que los reyes han dejado de ser los únicos opresores, desde que los pueblos han tenido también la pretención de ser soberanos absolutos, y desde que merced al contagio de una autoridad sin límites se han manifestado los despotas mas ciegos y crueles, y que por una consecuencia necesaria la multitud no ha carecido de aduladores, la utilidad práctica de la historia se ha extendido á todas las clases de la sociedad: sus lecciones, pues, se dirigen á todos y viene á ser indispensable penetrarse de ellas para apresurar el momento en que los pueblos desengañados de tan seductoras como corruptoras ilusiones, se convengan de que la nación mas feliz es aquella cuyas instituciones presenten al abrigo de un poder enérgico y protector las garantías para el reposo de los ciudadanos y para la apacible y dulce cultura de la industria, de las artes y de las letras. — Pero sea cual fuere la estension que se quiera dar á las graves instrucciones de la historia, la moral que se puede sacar de ella siempre es la misma, siempre se funda en el respeto debido á la autoridad legal, bien sea ejercida por los reyes en una monarquía, ó á nombre del pueblo por magistrados electos en una república. En todo tiempo y lugar la historia condena las guerras injustas, sin distinguir si han sido decretadas por el antojo de una multitud ansiosa, ó dictadas por la ambición de un orgulloso monarca: deshonra á los opresores y á los tiranos que encuentran tan frecuentemente en la tribuna y en la plaza pública donde se decreta el ostracismo, como bajo el trono imperial y en los consejos de un despota sombrío.

Por lo demás, la moral de la historia se reduce á un corto número de principios fundamentales, porque toda ciencia verdadera es simple en sus elementos.... Apego á la religión, al suelo y á las instituciones del país; res-

peto á las tradiciones de los antepasados, deferencia á la vejez, fidelidad en los tratados, humanidad en la guerra y amor al orden en la paz; he aquí, si no me equivoco, con corta diferencia el código completo de esta moral. ¡Ay de aquellos seres corrompidos, que menospreciando á la humanidad, no estudian la historia sino con el fin de aprender el abuso de la fuerza, y el arte de engañar hábilmente á los hombres. No son menos dignos de compasión los que notando grandes diferencias en la religión, en las costumbres y opiniones de los pueblos, solo sacan de ellas esa tan triste y desconsoladora imparcialidad que se manifiesta tan indiferente al bien como al mal, y que recuerda á Sueloio, rofiendo friamente las indecencias del lecho imperial! Qué cierto es que se puede abusar de la imparcialidad, que es la primera virtud del historiador, así como se abusa de todo lo bueno: la imparcialidad llevada al estremo, cuando se trata de la religión, se convierte en eptisismo; cuando se trata de la patria en indiferencia y egoismo, y cuando es menester pintar la virtud en culpable indiferencia. El historiador inflexible en sus juicios acerca de los hombres perversos, puede complacerse cuando encuentre que celebran algo noble y sublime en las acciones de los hombres; pues solo entonces tiene derecho para dejar percibir sus sentimientos, sus afecciones y su entusiasmo; fuera de esto, la imparcialidad mas rigurosa debe presidir á sus relaciones, pues de otra suerte la historia, decaída de su dignidad, no sería ya mas que un texto acomodaticio para declamaciones de circunstancias.

III.

Fuentes de la historia antigua.

Dejo por un instante estas consideraciones para entrar en pormenores mas didácticos. «¿Cuáles son las fuentes de la historia, comenzando por la historia antigua? A esto responde la escuela de Voltaire. Poseemos tres monumentos incontestables: el primero es la colección de las observaciones astronómicas hechas por espacio de 1.900 años consecutivos en Babilonia, enviadas por Alejandro á Grecia, y empleadas en el *Almagesto* de Tolomeo; el segundo es el eclipse central del sol, calculado en China 2.255 años antes de la era vulgar, y reconocido verdadero por todos los astrónomos; el tercero, aunque muy inferior á los dos anteriores, existe en los mármoles de Arundel, donde está grabada la crónica de Atenas 263 años antes de nuestra era; pero no comienza sino desde Cécrope 1.319 años antes del tiempo en que fué

grabada. En este siglo de imparcialidad, sin la cual no hay verdadera crítica, confesamos los sabios que se poseen otras muchas fuentes, que afectan menospreciar Voltaire y su escuela, hablo de los libros religiosos de las diversas naciones del Oriente: ya no estamos en el tiempo en que se aislaba la historia antigua de estas fuentes sagradas, sin las cuales no tendría ni autoridad, ni sancion y ni aun principio. El *Génesis* es el primer libro que el historiador debe consultar, y mientras mas lo estudio mas reconocerá cuanta confianza y respeto, humanamente hablando, merecen las tradiciones recopiladas por Moisés. «Ignoramos», dice Muller en su *Historia universal* (cap. III), cuantas veces ha salido y se ha puesto el sol, desde que en los risueños prados del ruino de Cachemira, ó sobre las saludables alluras del Tibet, animó el Criador con su divino aliento el limo de que formó al primer hombre; pero cualquiera que sea nuestra incertidumbre con respecto á esto, está probado que la era de todas las naciones comienza poco mas ó menos en una misma época. Las largas series de siglos de que hablan los chinos, los indios y los egipcios, no son mas que cálculos astronómicos que no pertenecen á la historia. La crónica mas antigua de los chinos, el *Tschou-King* no comienza á ser histórica sino hasta la época de la guerra de Troya, y su autor es posterior á Homero y á Hesíodo. Los tiempos históricos de los indios no llegan mas que á 5.000 años. Conforme á los libros sagrados de los hebreos, calculados segun el sistema que me parece mas verosímilero que pueden contarse 7.506 años desde la creación del hombre referida en la Sagrada Escritura, hasta 1.784. — Consultense también los escritos y los cálculos de Curvier, de Biot y de otros sabios ilustres que después de Muller han ensanchado el dominio de la ciencia cronológica, y se verá que su ingenio no solamente se humilla ante los libros sagrados, sino que encuentra en ellos hechos del todo acordes con la exactitud de sus cálculos, y así el *Génesis* viene á ser la primera fuente histórica. Viene después Herodoto de Halicarnaso, este Herodoto á quien la crítica ligera y subversiva del *siglo XVIII* ha acusado tantas veces de haber mentido; pero después que se ha estudiado el Egipto y el Oriente, se ha aumentado la gloria del padre de la historia profana, y se ha reconocido la presuntuosa ignorancia con que algunos críticos temerarios desecharon de él multitud de pormenores acerca de las costumbres y de la geografía, por la sola razon de que no habian visto cosa semejante en nuestras co-

marcas modernas. Sin embargo, es preciso confesar que á pesar de la fé adquirida en el Génesis, y en las antiguas tradiciones que Herodoto ha podido coleccionar acerca del Egipto, la Persia y la Siria, no nos quedan del mundo primitivo mas que algunos fragmentos de poesías, bastante oscuros, ó cánones de reyes, cuya autenticidad no está probada.—Sea cual fuere la importancia que pueda darse á los descubrimientos recientes, y sea cual fuere el mérito de los que los han hecho, cuántas finéelas no envuelven aún á la cuna de la monarquía egipcia! Si bien se ha podido rasgar el velo misterioso de algunos geroglíficos y sacar del olvido el nombre de tal dinastía ó de tal príncipe que permaneció desconocido hasta entonces, jamás se conseguirá dar un interés positivo á las épocas contemporáneas del nacimiento de las sociedades, cuyos recuerdos están sepultados en la misma tumba que encierra á las generaciones que ellas vieron nacer. Lo mismo sucede con respecto á la Asiria. Por cuántas cuestiones insolubles se encontrará circunscrito y detenido, el historiador que pretendiese restablecer sus anales: Cuántos imperios de Asiria ha habido! El examen de este solo punto manifiesta desde luego toda la estension y dificultad de la empresa que habría emprendido. ¿Qué valor no necesaria para emprenderla, sin esperanza de llegar á obtener resultados proporcionados á la fatiga de sus investigaciones! La Persia y la India con sus libros religiosos queja *linguística* (1) ha comenzado á explorar, van á aumentar sus dificultades.

El origen de los sirios y fenicios, el principio de la sociedad en el Asia occidental, en Grecia, en Italia, en Iberia y en las costas septentrionales del Africa: ofrecen tambien muchos problemas á la crítica y para resolverlos, si bien se encuentra algun auxilio en Herodoto, Tucídides, Diodoro, Pausanias y en el viejo Itinero que tambien es una fuente histórica, ninguno de estos autores ha reunido bastantes hechos y documentos para que el historiador pueda construir un sistema satisfactorio.

IV.

Historia antigua: no debe separarse la griega de la romana.—Repúblicas antiguas.—Principales bosquejos históricos.

Supongo que á fuerza de perseverancia, de erudición y de sagacidad, el historiador haya

(1) *Lexicotechnon* son. fem. tratado sobre el estudio de las lenguas.—Estudio y conocimiento de las lenguas en general.

acalorado las épocas fundamentales de la cronología, que de cualquiera manera haya pasado los desiertos de la historia, y que haya llegado á los tiempos verdaderamente históricos, entonces se le presentarán otras dificultades y otros deberes. Si intitulá su obra *Historia antigua*, irá conforme á un método, á mi entender, absurdo, y no obstante, generalmente seguido en Francia, separar la historia griega de la romana, y no manifestar la cuna de Roma sino despues de haber pasado sobre la tumba donde yace la libertad griega. Lejos de él una marcha antilógica, y para tomar el buen camino, no le faltarán modelos: tales son Vellejo, Rossuet, Juan de Muller, el modesto y sabio abate Gerard, cuya *Historia antigua* sin concluir, es muy poco conocida, y en fin, hasta en las enseñanzas menos elevadas, el buen abate Gaultier, que tuvo el don de la enseñanza primaria, es decir, la mas simple y popular, y por consiguiente la mas útil; y mas para el historiador que quisiera elevarse á altas consideraciones, y vivificar su obra por medio de oportunas comparaciones, que felicidad, de tener que presentar en el mismo periodo á Licurgo y á Romulo, poniendo ámbos las bases de una constitución que debia formar un gran pueblo! Pero supongo que ha llegado á los tiempos verdaderamente históricos; entonces ya su obra no se limitará á fijar datas, á notar anacronismos, á desencantar fábulas graciosas para encontrar un fondo de verdad, sino que tendrá que tratar puntos mas importantes que interesan á la inteligencia y moralidad humana; tendrá que reificar juicios repetidos de dos siglos á esta parte sobre los hombres, y sobre las cosas. Las instituciones de los pueblos la fama de sus reyes, he aquí lo que debe apreciar en su justo valor; exigirá á tal hombre cuenta de su gloria usurpada, reparará para tal otro, el injusto olvido de los historiadores, se guardará bien sobre todo, de preconizar como virtudes políticas, aquellos sentimientos y actos reprobados por la sana moral, seducción á que no han resistido siempre algunos sabios, tales como Bossuet, Rollin y Montaigne. La historia de las repúblicas griegas lo encontrará sin preocupacion: no presentará todas sus instituciones como modelos dignos de imitacion; sabrá preservarse de un entusiasmo engañoso, repudiar las admiraciones que no es

He hecho uso de esta palabra que no se encontrará ciertamente en el Diccionario de la lengua castellana, porque no he encontrado otra que exprese en nuestro idioma con toda claridad su significacion.

[El traductor].

tén comprobadas, y tambien evitar el espíritu de denigacion, y el tono de aspereza. Presentada de este modo esta parte de los anales de la antigüedad, enseñará al lector que solo tuvieron verdadera gloria y prosperidad, las repúblicas donde el primer móvil de los ciudadanos consistía en la obediencia á las leyes y en el amor al orden establecido, y no en los sentimientos de un patriotismo febril que tan frecuentemente los conducía á maldades atroces, como á acciones loables. Porque fueron tan raros y tan cortos los intervalos de prosperidad, sea en la inconstante Atenas, ó sea en Tebas, donde reinaba una multitud estúpida y perversa! porque las instituciones de estas dos repúblicas, abandonadas sin defensa á las convulsiones de la democracia, dejaban sin fuerza á las leyes, mientras no habia un hombre capaz de hacerlas respetar. Así es, que la dicha de Atenas no se prolonga por mas tiempo que el de la vida de Pericles, y parece que el vencedor de Lemnos lleva á la tumba la fortuna y la ilustracion de su patria. ¿Porqué al contrario la paciente Lacedemonia y la valiente y sabia republica romana, pudieron contar siglos de seguridad, de fuerza y de grandeza? Porque entre los romanos y los espartanos, estos dos pueblos asombrosos por la constancia con que guardaron su antigua disciplina, una aristocracia poderosa garantizaba la duracion de la ley, del orden establecido y arreglaba el delicado entusiasmo de un patriotismo sin debilidad. Se penetrará asimismo de una consideracion; y es que entre los griegos y los romanos, particularmente entre los espartanos, lo que aseguraba la estabilidad de las formas republicanas, era el pequeño número de hombres que gozaban de los derechos de ciudadanía, pues la clase manufacturera ó doméstica que, en nuestras sociedades modernas goza de los mismos derechos que los demas ciudadanos, y compone esta multitud numerosa que se llama exclusivamente *pueblo*, no existía, ó al menos no existía sino por una especie de excepcion entre los antiguos. Todas las profesiones liberales estaban abandonadas á esclavos, cuyo número excedía casi siempre al de sus amos, pero que formaba, por decirlo así, otra especie humana con la cual no se contaba para nada en las transacciones públicas, y dejaba á la remision de los ciudadanos, verdadera feudalidad republicana, arreglar cómodamente los intereses del estado. ¿Quién querría á este precio convertir en democracias las monarquías europeas? Y solo Dios sabe si este régimen podrá convenirles algun dia, pero durante la

experiencia que ha hecho de él la Francia, la democracia sin esclavos ha debido proscribir. Entre tanto, el historiador filósofo debe reconocer que en nuestros estados modernos hay mas felicidad, profecion, libertad é instruccion para las masas que en las democracias mejor organizadas de Grecia y de Italia. La historia antigua no está tan llena con los seductores ejemplos de las virtudes republicanas que dejen de encontrarse en ella las virtudes de algunos reyes, y la felicidad de los súbditos de las antiguas monarquías. Los escritores antiguos han hecho cuanto ha estado de su parte para darles el menor lugar posible, pero esto no debe ser para el historiador que viniere hoy á tomar como filósofo las seductoras narraciones de aquellos; un motivo de apartar su atencion de los príncipes, tales como Sesostris, Pamelico, Amasis, Ciro, Evagoro, Numa, Servio Tulio, Ezechias etc. La gloria de los conquistadores cuyas azarías fueron inútiles á su patria, debe exigir un examen atento. Pordichoso y hábil que haya sido Filipo de Macedonia, su gloria carece de brillo, y su nombre se encuentra colocado por todos los historiadores en un rango muy superior al de su hijo. El historiador no debe encontrar embarazo para inferir un juicio tan general manifestando su falsedad: puede mostrar la conveniencia, la posibilidad del proyecto grande, pero no gigantesco, concebido por Filipo, y que consistía en colocar á Macedonia á la cabeza de una confederacion dirigida por un monarca en los límites de la Grecia. Alejandro aun antes de subir al trono, concibió un plan, que en todos tiempos ha sido impracticable, el de una monarquía universal. Quo no se cite el ejemplo de Augusto y de los Cesares, pues que ellos no formaron tal monarquía, la encontraron formada, y sus sucesores la fueron perdiendo por partes. Filipo, árbitro de la Grecia, no pensaba sino en ser un nuevo Agamenon, humillando á la Persia. Alejandro resolvió conquistarla, y la desdichosa Asia le opuso poca resistencia, no hubiera sido lo mismo en Europa, contra la cual pensaba este príncipe volver sus armas, despues de la conquista de Oriente. Los curiosos que querian profundizar esta cuestion, la encontrarán tratada á fondo, en la elociente digresion de Tito Livio, sobre las aventuras desagostosas que hubieron detenido á Alejandro en una invacion á Italia. Los admiradores del conquistador Macedonico, entre otros, Montesquieu, no han querido ver en él sino un bienhechor de la humanidad, cuyas armas no habian tenido otro objeto que

estender los límites de la civilización. Montesquieu, como lo ha manifestado el sabio Sainte-Croix, ha exagerado la importancia de algunos de los establecimientos dejados por el vencedor de Arbellas en los países que recorrió por lo demás, bajo este punto de vista, desde el tiempo de sus reyes, Roma había dado el ejemplo de consolidar y de nacionalizar las conquistas, estableciendo colonias. Sin duda, Alejandro mostró en muchas circunstancias, miras dignas del alumno de Aristóteles; sin duda había aprendido en la escuela de tal maestro a generalizar sus ideas y a concibir leyes generales. Pero después de la expedición de las Indias, ¿qué podía hacer acerca de la continuación de su reinado, cuando el monarca no trataba de desembragarse? Estoy tentado de creer que Alejandro murió muy a tiempo para la conservación de su gloria. Cuales son por lo demás, considerados moralmente los actos dignos de elogio que se pretende encontrar en Alejandro? Acaso el que no hizo matar al que se manifestó tan cruel con el noble defensor de Tiro, con sus mejores amigos; que fué generoso con la familia de Darío. He aquí su acto más noble, y esto es el tesoro acerca del cual no se agotan los elogios de los antiguos, repetidos hasta el fastidio por los modernos, y esta universal conformidad de la antigüedad, solo prueba, que debe lamentarse un orden social en que semejantes acciones se reputaban como el colmo de la virtud. Qué rey de la moderna Europa no vería como una injuria el que se convirtiese en objeto de alabanza el que no hubiera violado ni quitado la vida á algunas princesas á quienes las viscidines de las armas hubieran hecho caer entre sus manos? Ya se deja ver á cuantos casos y caracteres podía aplicarse en la historia antigua este método de juzgarlo todo sin preocupación ni prevención, y con entera libertad para admirar ó menospreciar sin ningún compromiso. Pasando á la historia romana, el historiador encontrará las mismas preocupaciones que combatir. Ciertamente cuando la Grecia, diezmada y corrompida por la guerra del Peloponeso, es decir, por cerca de un siglo de guerras civiles, no presentaba mas que corrupción y violencia, la república romana se distinguía por sus costumbres sencillas y sus verdaderas virtudes: la razón de esto fácilmente se descubre. El pueblo romano sometido á las leyes y bajo la clientela del Senado, no pensaba entonces mas que en encontrar, en la agricultura una subsistencia frugal, en la guerra una noble y útil defensa contra sus vecinos celosos, dispuestos siempre á

violar los tratados, y sobre todo, la buena fé romana era lo que hacia entonces y aun poco después un honroso contraste con la sutileza griega, en una palabra, Roma sin lujo y sin comercio tenia virtudes, porque no conocia todavía los vicios, que son el resultado de las riquezas. Pero ya los excesos de los decaeviros y de los tribunos, la avaricia, el rigor y algunas veces el infame desenfreno en las costumbres de los acredores para con sus deudores, convertidos en sus esclavos, son rasgos que prueban que no todos los romanos eran Cincinatos, Cursios, Camilos ó Fabricios. Mas aquí se presentan importantes reflexiones acerca de las diversos periodos que señala la historia de las naciones.

V.

Continuación de las diversas edades de los pueblos.—Decadencia y ruina de Grecia.—Virilidad y vejez de Roma.

Se ha dicho frecuentemente que los pueblos tienen como los individuos de la especie humana, su niñez, su juventud, su virilidad y su decrepitud. Nada es mas exacto que esta consideración que el historiador Floro espalanó el primero con toda la pompa de un orador, pero que no la concibió como filósofo. La niñez de las naciones presenta al historiador pocos hechos, porque la cuna y la mayor parte de ellas esta rodeada de tan espesas tinieblas, que todos los esfuerzos de la critica no conseguirán nunca disiparlas. La juventud de los pueblos que se anuncia por algunas invenciones sencillas en las artes útiles, así como por heroicas proezas es muy semejante en todos los climas y en todos los siglos: sus anales, fundados sobre tradiciones inciertas, no dejan entrever mas que algunos hechos aislados, ni conocer mas que á hombres todavía muy cercanos al estado natural, y cuyos vicios son tan francos, como sus virtudes sencillas. Así es, que, exceptuando el colorido local, veo pocas ó ménos en los cantos de los bardos caledonios, reproducirse los mismos recuerdos, las mismas pasiones, y casi los mismos hechos que en los cantos del viejo Homero.

No es así en la virilidad de los pueblos, pues entonces es cuando cada nación despliega el carácter que le es propio: el sello de la civilización marca para lo sucesivo con mil señales diversas á los hombres, quienes cada día se apartan mas de la sencillez primitiva de los primeros siglos. Las invenciones de una industria que se aplicaba á las necesidades de la vida, son reemplazadas por las primeras investigaciones

del lujo. Los héroes y los cónsules no dejan ya el mando de los ejércitos para ir á concluir el arado; los reyes no usan ya mantos tejidos por mano de sus mugeres ó de sus hijas; y ya no mandan vender, para subsistir, las yerbas de sus jardines: el atractivo de las artes y de los placeres del espíritu comieñzan á afincinar algunas existencias, cuyo bienestar material está para lo de adelante asegurado. A las indomables pasiones, á los sentimientos extremos que hacen obrar á una sociedad medio civilizada, han sucedido las virtudes sostenidas, los designios sábiamente combinados; pero tambien los vicios y las emociones perversas del alma, arreglándose y tomando la marcha de la vanidad y de la virtud, ejercen destrozos mil veces mas crueles que los ímpetus pasajeros que distinguían los personajes de los tiempos heroicos: entonces es cuando la política, armada con sus irris cálculos, viene á ser un arte profundo que muy frecuentemente corrompe las conciencias, confunde las ideas de honor y de moral, y desconoce el crimen para cometerlo. Entonces tambien las combinaciones de la guerra, erigida en ciencia, pueden ser superiores, por decirlo así, á la fuerza física del guerrero y su valor moral; el soldado no existe ya mas que para aumentar el número y obediencia; y el general puede frecuentemente, sin ninguna fatiga corporal y aun sin ningún peligro personal, ganar batallas y cosechar los laureles de la gloria. En este grado de existencia de los pueblos, la historia presenta un interés verdadero, pues que es fecunda en objetos de meditación. Tal es la Grecia en los tiempos de Themistocles y de Pericles. Tal es Roma, brillante por la gloria de Fabio Cuntator, de los Scipiones, de Flaminio y de Paulo Emilio. De entonces mas ya no carece de documentos el que quiere estudiar la historia. Los pueblos jóvenes aun, tienen, casi todos, los órganos dispuestos á las inspiraciones de la poesía; y producen entonces rapsodias, bardos ó trovadores, que conservan las tradiciones nacionales con los maravillosos colores de la fabula, y bastante exactos en la pintura de las costumbres, estos son los únicos historiadores populares de los tiempos heroicos. Únicamente en los pueblos avanzados ya en la carrera de los destinos políticos, es en donde se ven nacer graves escritores que buscan fríamente la verdad de los hechos para transmitirla á la posteridad. El mismo grado de interés presenta la historia de las naciones en su vejez, pues que es interesante saber como se forman las sociedades, no lo es ménos el estudiar como se

destruyen. Una civilización fuerte, y me atrevo á decirlo, nueva, forma por sí sola los tiempos de gloria de una gran nación; así como una civilización avanzada la sumerge en el abatimiento y en la anarquía: entonces el pueblo descontento de todo gobierno, no sabrá mas que tirarle cobardemente ó alborotarse sin objeto: entonces podrá encontrar la dicha en una paz vergonzosa, y que comprometa para siempre su dignidad nacional; entonces le será preciso hacer instituciones con pomposas palabras acerca de las cuales nadie estará de acuerdo; entonces, por último, del exceso del lujo nacera el egoísmo en todas las clases de la sociedad, y pondrá en los progresos de su comercio, porque todo ha venido á ser venal; no creyera ya ni en la religión, ni aun en los sistemas de los filósofos, pero la hipocresía ó la indiferencia se dividirán las conciencias, y los templos estarán llenos de hombres que, levantando los ojos al cielo no pensarán sino en los intereses de la tierra. Tales rasgos, sin duda, podria señalar el historiador en los últimos dias de Cartago, de Corinto, de las monarquías de Asia menor y de Egipto bajo los lagides, si el orgullo de los historiadores romanos se hubiera dignado informarnos del estado interior de los pueblos vencidos por las armas de sus concitadanos. Sin embargo, en su defecto, encontramos muchos rasgos característicos de estos pueblos imbuídos toda la corrupción pagana, en Luciano, en Temislo, en los padres de la Iglesia, en los escolásticos y en algunos historiadores de la edad media; todos estos materiales están esparcidos, y el grande empeño del historiador, debe ser el reunirlos y emplearlos para formar de ellos un cuerpo de doctrina. Supongo que el historiador en su libro haya llegado á aquella época de la historia antigua en que el pueblo romano, cuya virilidad fué tan larga y sostenida, acaba por segunda vez de humillar á Cartago, y ansia la conquista de Grecia y Asia; entonces para hacer comprender la serie de los acontecimientos, tendrá necesidad de dar á conocer en un rápido resumen la feliz combinación de la constitución romana, cuya poderosa aristocracia se renueva y consolida incessantemente por la asociación de todas las notabilidades populares; la sábia política de aquel Senado, que todas las naciones han admirado, pero que ninguna ha podido igualar, y el excelente arreglo de los ejércitos de Roma, cuyos soldados jamas dejaban de ser ciudadanos; pintará aquellas virtudes privadas, compañeras de las públicas, que hacían al pueblo romano digno de tener el mejor gobier-

no, la mejor política y los mejores soldados del universo. Pero después de la conquista del Oriente, Roma, vencedora de todos los pueblos, no tendrá ya más que vencerse á sí misma: esto es lo que Vellejo Patruculo ha expresado tan bien diciendo al comenzar su segundo libro, «El primer Scipion dió principio á las más brillante carrera de la fortuna de los romanos, y el segundo á los vicios que debían arruinarlos.» Desde este instante, este pueblo, si merece aun nuestra admiración por sus talentos, ya á barriadas con sus exesos; en fin, para Roma el estado de decadencia, ó al menos de anarquía, en la cual ya á caer, á datar del tiempo de Mario y de los Gracos, provendrá precisamente del exceso de sus fuerzas. Por el contrario Grecia, el exceso de debilidad, y la ausencia de toda energía, es lo que desde la jornada de Cherona, debe presentar ante los ojos del observador. La Grecia no puede ya resistir á los enemigos que violan su territorio: Macedonios, Sirios, Romanos, cualquier pueblo es bastante fuerte para conquistarlo, y los griegos en lugar de oponer al extranjero sus armas, tan temibles en manos de sus antepasados, no saben ya más que componer arengas y votar decretos, cuyos términos lisongeros desahucian á sus conquistadores, quienes se encierran subyugados á la vez. En efecto, si la patria de Leonidas y Aristides, no merece ya gloria, ella la distribuye; la magia de sus antiguos cuentos, ejerce una influencia sobrenatural sobre las demás naciones, y este prestigio es el que en ella reemplaza á toda fuerza política y á toda consideración moral. Si, aun en medio de las más tristes realidades todavía la Grecia reina por el poder de las fábulas; pues bien pueden llamarse así las ilusiones con que se engaña la vanidad de las naciones y los engaños de que se sirve la política unida á la debilidad. Sin embargo, cuando el historiador muestre la Acaya, próxima á ser provincia romana, tendrá que investigar un fenómeno que yo llamaría único, al menos en la historia antigua. Por qué Roma victoriosa, y hasta entonces tan altiva en sus triunfos, se permite á sí misma cortejar á la Grecia vencida? Por qué sus generales, sus consules y sus oradores, desdénan las costumbres y la lengua de Italia, entrando todos á la competencia en la escuela de los griegos? Roma, que bajo los reyes, no había sido, por decirlo así, sino una colonia etrusca, casi va á convertirse en lo de adelante en una colonia griega; sus sabios no escribirán desde luego, sino en lengua griega; y en el idioma de Tucídides, es en el que Sylla y Luculo compusieron sus memorias. Terencio

se considerará en el colmo de la gloria con ser proclamado un Semi-Menandro; y Virgilio no será ya frecuentemente más que el feliz traductor de Homero; en una palabra, en cualquier género que sea, la literatura romana no será sino un reflejo más ó menos exacto de la literatura de Atenas; y que titulos, políticamente hablando, tiene la Grecia á tan gloriosa imitación? humillada en sus relaciones con las demás naciones, ve á la anarquía reinar en sus más florecientes ciudades, y si esta cosa un instante, es para hacer lugar al despotismo de un gefe extranjero. Aristion, tirano asalariado por Mitridates, oprime á Atenas; recibe de Sylla el castigo de sus maldades, y al instante es reemplazado por los publicanos de Roma, quienes quitan á la ciudad de Minerva sus estatuas, sus cuadros, sus vasos preciosos y su oro. Por que asombrosa metamorfosis los descendientes de los Temistocles, de los Timoteos y de los Cabrias, no son sino los hombres más cobardes en el campo de batalla? Por qué se encuentran entre ellos tantos filósofos y no un Sócrates; tantos oradores, y no un Demóstenes? ¿Que digo? ellos no tienen ya ni aun para conducirlos al combate, algunos de aquellos demagogos, que como el presuntuoso Cleon, sabían al menos sacrificar su persona. El historiador preguntará tambien: por qué solo Esparta ha conservado alguna existencia política; pero que bien pronto va á perder! por qué la energía que animaba á los vencedores de Maraton, de Salamina, de Leuctras y de Mantinea, y que en vano se buscaría en lo sucesivo en Tebas y en Atenas, se ha vuelto á encontrar repentinamente en este rincón de la Grecia hasta entonces oscuro, que forma la liga aqueana? porque este fuego sagrado de patriotismo, apagado en el corazón de los Atenienses, quienes se habían vuelto cobardes, charlatanes y voluptuosos, renace repentinamente en el seno de una población, cuyos padres polian, con razón, desdenar la inferioridad política y militar. ¿Almas de Arato y de Polifemo, entonces es cuando un nuevo Tucídides osará invocarnos! y os pedirá el secreto de la nueva existencia que disteis á nuestra patria. Arato, Polifemo, qué hermosos nombres! Qué hombres, cuyas virtudes personales suplen las virtudes de que carece su patria! Milcíades, Aristides y Leonidas, son sin duda caracteres muy puros; pero sus virtudes eran de su siglo, parecían fáciles entonces y eran habituales: no así las de los dos héroes aqueos; que eran exclusivamente suyos; pues que formaban la excepción de los vicios de sus contemporáneos, y de ello se avergonza-

ha su siglo. Cuán fecunda es también en sorprendentes lecciones, y aun en felices semejanzas, la vida de estos dos grandes hombres, de los cuales, uno pereció víctima de la pérdida amistad de los reyes, y el otro de la ingratitude de la democracia.—Buena del mundo occidental, Roma llega á la época en que, según la bella expresión de Montesquieu, «el universo entero estaba ocupado en saciar la dicha de cinco ó seis monarcas.» Tal es la vejez de Roma, vejez fuerte y largo tiempo lozana. Con Roma caerá el antiguo mundo, la idolatría, la religión de la materia: en su lugar llegarán veinte naciones bárbaras, pero jóvenes y llenas de esperanza en el porvenir. Una religión divina, con su cruz, signo de martirio y de victoria, reemplazará el antiguo culto del capitolio: despues en los fecundos designios del Criador, se levantará del seno de la barbarie un estado social mejor que todo lo que habia podido presentir y figurarse la filosofía humana.

VI.

Edad media.—Consideraciones históricas acerca de la caucion de los gobiernos.

Al desmenuzarse el imperio romano de occidente, comienza un nuevo orden de cosas, y esto es lo que se llama *Historia de la edad media*, «historia bárbara de pueblos bárbaros, que, aunque convertidos en cristianos, no por eso fueron mejores.» (Follain.) Y qué, esta sentencia carece de apelacion? La edad media, que se ha convenido en prorogar hasta la toma de Constantinopla por Mahomet II, es una época tan constantemente degradante para la humanidad? La hasta al que quiera convencerse de que durante este periodo, la inteligencia humana no ha dormitado, y de que se ha hecho alguna cosa para la dicha de los hombres, recordar el reinado de Teodorico en Italia, el de Justiniano en Bizancio; el brillo del reino Franco bajo Dagoberto; las conquistas y súbita civilizacion de los Arabes, sucesos de Mahomet; las capitulares de Carlo Magno, los felices esfuerzos de Alfredo el Grande; el poder y la gloria del primer imperio de Rusia; la importancia de la doble corona imperial y real; bajo la casa de Suabia; la riqueza y actividad de las repúblicas de Italia y del Norte; los tiempos de Luis el Grande y de Felipe Augusto, las Cruzadas con su heroísmo y sus inmensos resultados, los concilios con sus cánones de tan alto interés moral y político, la célebre constitucion feudal y militar establecida por los cristianos en Jerusalem, (antes de Jerusalem), el renacimiento del derecho romano, la formacion de los comunes,

los establecimientos de San Luis, las ordenanzas de los reyes de Francia, etc., sin hablar de las obras maestras de arquitectura religiosa, y de tantas invenciones útiles, desde la del papel de trapo y de la pólvora, hasta la imprenta, y sobre todo, en fin, el establecimiento tan sabiamente combinado de la Iglesia Romana: cetero insensible de irse borrando las razas que han contribuido, cada una por su parte, á la ruina del imperio romano, y cuyos rasgos más ó menos pronunciados, se encuentran aun hoy en el seno de las poblaciones modernas semejantes á las corrientes del Ródano que atraviesan las aguas del lago Lemán sin confundirse con ellas. Un filósofo del siglo XVIII y aun del nuestro, tendría sin duda gran ingenio para conlunar la barbarie del XII, pero se mostraría tan limitado en sus miras, como algun monge ronista de aquel tiempo, si antes de condenar, como déspotas astutos; feroces, bandidos ó bribones hipócritas, á los reyes, los guerreros y los pontífices de la edad media, no daba conocimiento de su siglo. Tal acto nos parece hoy monstruoso, y acaso nuestros grosseros abuelos lo miraban como una accion común y tal vez apreciable en la vida. Los hombres, á mi parecer, no nacen ni más ni menos malos en un tiempo que en otro únicamente pueden venir á ser más ilustrados; pero sus lucos son como una arma de dos filos que los enseña á refinar sus vicios, y aun á erigirlos en virtudes á fuerza de ingenio. En cuanto á las virtudes reales, como ellas mecen del corazón, nunca cambian de naturaleza, y acaso con las lucos vienen á ser más francas. Uno de los escritos más antiguos del siglo último, ha desarrollado ya esta verdad: «Mucha ignorancia, dice Marivaux en sus reflexiones sobre los hombres, les da costumbres bárbaras; la mucha experiencia los vuelve hábiles malvados; porque los hombres mientras más iniquidades de corazón, conocen por la sagacidad de su ingenio, más crímenes cometen. En vano esta misma sagacidad les enseña nuevas virtudes, ellos se contentan con saberlas y no las practican; pero en cuanto á los crímenes, desdichada de aquella asociacion que haya bastado ingenio y experiencia, para saber de cuantos modos sujeción, secretos é impunes se puede carear de honor, de justicia y de virtud.» En ciertas historias filosóficas era admitido acusar á un gobierno para enmendar la aprobacion esclusiva á otro, pero semejante marcha no puede conducir jamás á la verdad: así como á las grandes naciones les toca alguna vez ocupar el

primer lugar en el teatro del universo: lo mismo se ve á cada forma de gobierno, predominando sucesivamente: en la antigüedad Grecia y Roma han debido muchos siglos de gloria á las diversas combinaciones del sistema democrático. Cuando Roma llegó á ser la metrópoli del mundo romano, llamaba a un solo hombre á regir el universo. Después de la destrucción del imperio en Italia, constituyán el estado social de la Europa las monarquías militares, y este despotismo del sable, apoyado en inmensas conquistas territoriales, dió origen al régimen feudal, forma de gobierno mas sabia-mente combinada de lo que comunmente se creó, y que cuando se examina profundamente, como lo han hecho Mabry, el historiador inglés Gálvez M. Savigni, M. Guizot y algunos otros, se asemeja mucho á la constitución de Lacædemonia y á la de Macedonia antes de Filipo. En punto á constituciones, acaso sería muy prudente no admitir ni condenar á ninguna, sino relativamente. Una forma de gobierno en un siglo conviene á un pueblo, quien otro tiempo y en otra nación no podría ser admitida. Pero qué cosa nos proporciona el medio de juzgar de la conveniencia ó de la oportunidad del tal gobierno? Su estabilidad, su duración: porque ciertamente un gobierno nuevo no puede ser nunca apreciado, en razón á que no ha sufrido la prueba decisiva del tiempo, que hace ó deshace hasta las revoluciones; es así que, si el feudalismo se estableció y reinó por espacio de algunos siglos en toda Europa, reconozcamos que este sistema era entonces el único gobierno conveniente y posible, considerado el estado de las costumbres, de las ideas y de la inteligencia humana. Viene después la época en que el feudalismo comienza á perder toda su virtud, toda su fuerza moral, porque habia perdido su oportunidad, y así venia á ser un instrumento de poder inútil, el cual era preciso reemplazar con un orden de cosas apropiado á los progresos lentos, pero reales del estado social de la Europa. Este instrumento se ha encontrado casi en todas partes, y espontáneamente en el poder de los reyes, ligados con el interés de los pueblos para acabar de arruinar y de disolver las ligas feudales, cuyos esfuerzos en sentido inverso de la marcha del tiempo, no eran mas que un obstáculo al bien y á las nuevas ventajas de que iba á gozar el género humano, libertado de la servidumbre del terrazgo. Desde este instante llegó su vez al gobierno puramente monárquico: templado con las ideas de honor y de conveniencia, que eran entónces y que aun hoy

ejercen un poder real, ha dado algunos siglos de gloria á todas las monarquías de Europa. Durante este feliz intervalo, para la humanidad, ha sido cuando la industria, las artes y el comercio han tomado su vuelo; cuando la religión cristiana ha sido mejor comprendida en su espíritu y mejor arrojada en su disciplina; cuando la iglesia se ha encajado en la iglesia; cuando la opinión pública se ha formado, y cuando el derecho de la guerra se ha dulcificado. En vista de todos estos resultados, no se negarán sin duda los beneficios que la Europa debe á la monarquía. Pero asimismo, como nada queda estacionario en la tierra, á la sombra de este nuevo orden de cosas, el pueblo con quien hacia tantos siglos no se habia contado para nada entre los poderes de la sociedad, súbitamente ha emprendido su carrera, y ha venido á ser repentinamente un poder en el estado, y como tal se ha mostrado invasor: de aquí la necesidad de los príncipes de satisfacer á nuevas exigencias; de aquí la necesidad de constituciones bien definidas, en virtud de las cuales, el pueblo, libre en sus creencias, en sus propiedades y en su industria, es llamado á tratar de igual á igual con los demás poderes de la sociedad. Con esta extensión de ideas y con esta libertad de opiniones, es con la que un hombre que pretende ser historiador, debe considerar los siglos y las instituciones humanas; pero querer traer las épocas de la historia al nivel del tiempo presente, formar la opinión de hoy que no será ciertamente la de mañana, por término de comparación con un orden de cosas y un estado social distante cinco ó seis siglos, juzgar á los hombres groseros de la edad media como á los refinados diplomáticos del siglo actual, es reducir la historia, desconocer el primero de sus deberes, que es la imparcialidad, y transformarla en sátira. La independencia de las doctrinas no se encuentra ni en las temeridades del espíritu de intemperalidad y de oposición, ni en las condescendencias de una pluma servil. La verdad no enarbolaba ninguna bandera y sin eclecticismo no hay ni verdadera historia, ni verdadera filosofía.

VII.

Historia moderna.

«La grande utilidad de la historia moderna, dice Voltaire, y la ventaja que tiene sobre la antigua, es que enseña á todos los potentados, que desde el siglo XV, todos se han reunido para contener á cualquiera que ha parecido demasiado preponderante. Este sistema de equili-

bro siempre fué desconocido de los antiguos; y esta es la razón del buen éxito del pueblo romano, que formando una milicia superior á la de los demás pueblos, los subyugó sucesivamente desde el Tiber hasta el Eufrates. Mas asombrá á la verdad oír decir al juicioso Heeren, al principio de su *Manual Historial*, que la historia moderna no se separa de la historia de la edad media, por ninguno de aquellos hechos extraordinarios que constituyen épocas generales. ¿Pues que no es un acontecimiento demasiado notable la caída del antiguo imperio de Constantinopla? ¿qué no lo es el nacimiento de ese sistema de equilibrio entre los diversos estados de Europa? ¿qué dejan de serlo los cambios efectuados hácia esta época en las costumbres, en las opiniones, en los intereses y en la política. ¿A consecuencia del descubrimiento de América y del paso á las Indias orientales? Medio siglo después vendrá la reforma que tendrá por resultado el derriber en parte el antiguo sistema de Gregorio VII, sin detener los progresos de la civilización, debidos casi exclusivamente durante la edad media á la infinidad del sacerdocio católico. Los grandes estados formados por la sucesiva reunión de los feudos, con tendencias de absorberse á los pequeños, ya sea por la conquista, ya por los matrimonios, pero esta tendencia á la unidad absoluta, es detenida por el sistema de equilibrio que se desarrolla y regulariza en medio de las guerras de Italia: lucha inútil y funesta para la Francia como potencia política, pero que debe contribuir á esparricar en ella la afición á las artes y á las letras. Los descubrimientos marítimos proporcionaron á la Europa la conquista del resto del mundo; el interés religioso que en la edad media dominaba toda la política, no será verdaderamente poderoso, sino durante el ardor de las guerras de la reforma; y una vez restablecida en Europa la paz religiosa, todo lo absorberá el interés comercial. Desde el siglo XV hasta el XVIII el solo victorioso por todas partes del feudalismo, llegará, por decirlo así, á su apogeo. Qué espectáculo el de Carlos VII y Luis XI, ambos luchando con igual fortuna, aunque de diverso modo contra la hidra feudal! Qué monarcas tan fuertes y espléndidos, un Carlos V, un Francisco II! Las instituciones liberales de la edad media son destruidas, ó violadas, ó enteramente olvidadas en España y en Francia; y solo en el imperio se sostienen á la sombra del sistema electoral; y no obstante el luteranismo, que sirve maravillosamente al poder de

los príncipes, en los electorados de Alemania, contribuye tanto como la política francesa y los turcos á oponer una barrera al poder colosal de la casa de Austria. La paz de Ausburgo en 1555, da al luteranismo una existencia legal en el imperio. El calvinismo, sistema enteramente republicano, turba á la Francia y se enseñorea en las repúblicas Helvética y Holandesa. La Inglaterra despedazada durante medio siglo por la querrela de las dos rosas, descansa bajo el cetro de hierro de los Tudors, quienes hacen en ella bajo el nombre de alta Iglesia, una reforma que no es ni la de Lutero ni la de Calvino. El parlamento tan docil, bajo un Enrique VIII y bajo una Isabel, se subleva contra los Estuardos, y el virtuoso Carlos I, dejando en el cadalso su cabeza encaucada antes de tiempo; el egoísta y mustio Carlos II muriendo en paz sobre el trono; el piadoso, débil y obstinado Jacobo II, yendo á acabar sus días en un destierro, parece tanto por sus desgracias como por sus días de prosperidad, que predice el trágico y maldonado destino de los Borbones, quienes tienen ademas tan notables rasgos de semejanza con los Estuardos. La unión de Calmar, que reúne las tres coronas del Norte, es disuelta por la Suecia después de mas de un siglo de esfuerzos; la Rusia se liberta de los Mongoles; la Polonia es hasta mediados del siglo XVI la potencia preponderante del Norte. La guerra de treinta años marca la última lucha de la reforma contra la casa de Austria, y el tratado de Westfalia que la termina en 1648, es para el calvinismo lo que un siglo antes (1555) la paz de Ausburgo fué para el luteranismo. El Norte y el Mediodía de la Europa no son ya en lo de adelante dos mundos separados, la Suecia interviene de una manera positiva en los negocios del Occidente, y bien pronto llegará su vez á la Rusia. Quince años después del tratado de Westfalia, la paz de los Pirineos reconcilia á la Francia con la España, (1668) y aquí comienza en realidad el reinado de ese gran rey, cuya gloria llena el mundo, y se une á la edad mas gloriosa de la literatura francesa: época rica, ingratificante, acerca de la cual Voltaire, Lemoiney y tantos otros no habian dicho todo lo que acaba de espigar bajo nuevos puntos de vista, Mr. de Caigneux, ingenio de primer orden, á quien ya debíamos documentos y consideraciones sobre los tiempos de Felipe Augusto y de la Liga. Todas las ideas de orden, de civilización y de bienestar para las poblaciones, emanan del gobierno de Luis XIV, á quien todos los reyes

de Europa temen y odian, pero á pesar de todo le imitan en sus mejoras administrativas y militares. Envegece el, pero su ambicion siempre jóven, impetuando á la Francia la desastrosa guerra de sucesion, procura á la casa de Borbon el trono de España, y bajo el reinado siguiente la corona de las Dos-Sicilias; mas la caída de los Estuardos y la elevacion de Guillermo de Orange al trono de Inglaterra, hacen á las afecciones; al orgullo y al poder de Luis XIV un cruel contrapeso para la elevacion de su familia. A su muerte, la regencia hábil y dopradora de Felipe de Orleans acaba de corromper á la corte, á los literatos y á cuanto se acerca á los grandes. La elevacion de los reinos nuevos de Prusia y de Cerdeña, marca los primeros años del siglo XVIII. La Prusia; enriquece, así como la Holanda y la Inglaterra con los capitales y la industriosa poblacion que ha lanzado de Francia la revocacion del edicto de Nantes. La Prusia que se engrandece bajo Federico II, como la Rusia se eleva bajo Pedro el Grande, debe ser con la Inglaterra el arbitro de la Europa, mientras que la Francia se debilita bajo el reinado de Luis XV, y hasta fines del siglo XVIII, y sobre todo, á principios del XIX no será cuando la Rusia lograre este grado de poder que hoy amenaza á la Europa y á la Asia. La Polonia, víctima de la anarquía y objeto de dos vergonzosas reparticiones, es absorbida por la Rusia, la Prusia y el Austria; la Suecia es humillada, la Turquía despojada, la Dinamarca apociblemente gobernada por reyes paternales y déspotas, apenas es contada entre las potencias, y la Inglaterra ha sabido mantener en el continente, el equilibrio entre el Austria y la Francia, con provecho de la Prusia, cuya elevacion conviene á su politica; pero la misma Inglaterra quebrantará este equilibrio con provecho suyo, tanto en el mar como en las colonias; y á pesar de perder las mas hermosas que posee en el Occidente, para lo cual no deja de cooperar la Francia, ella fundó en el Oriente un imperio mas vasto que el de Alejandro y de los Mongoles, y permanece la señora de los mares, en tanto que la Francia y la España han perdido su marina y sus colonias. Pero se trata ya en las antiguas monarquías de Europa de marina, de colonias y de equilibrio, porque la palabra mágica de libertad ha libertado á los mares y conmovido el trono del único rey que en Europa se atreve á sostener la insurreccion americana. La revolucion francesa conluzna y todo lo cambia, todo lo derriba, todo lo abisma. Luis XVI, Maria Antonieta, el Duque de

Orleans, Danton, los girondinos, Robespierre, los montañeses, los nobles, los generales, los sacerdotes, los artesanos, todas las clases, todas las opiniones, todos los estados; la virtud, el talento, el crimen, la riqueza, la pobreza, todo en fin, se nivela en la guillotina, todo es irrobado por el torrente revolucionario; y la Europa en su estupor y espanto, no reconoce á la Francia sino en el heroísmo de sus ejércitos. Sin embargo, en medio de tantas maldades, brillan en el interior acciones desinteresadas y virtudes dignas de los mas bellos dias de Grecia y Roma. Sometida muy frecuentemente á la fatalidad del crimen, la convencion se presenta algunas veces grande, y los jóvenes guerreros son mejores que los heroes de Homero; pues vistos de cerca es cuando parecen gigantes. En fin, la imaginacion puede tambien mostrar sus nobles cortesanías en la proscripcion y en la desgracia. Al fin la tormenta revolucionaria amenazante aun, pero menos terrible el directorio, pálida imagen de un gobierno regular, es el resultado y la expresion del cansancio de las facciones. Sin consistencia, sin plan, sin talento, estos reyes de un dia bien tambien sus cortesanos y sus orgías; y aunque poco temidos son bastante despreciados. Bonaparte aparece, el directorio ya no existe. Bonaparte es consul, bien pronto emperador, y en menos de diez años habrá sucesivamente renovado á Clodoveo, á Carlomagno y á Luis XIV. Como Clodoveo hace triunfar al cristianismo en Francia, y puede llamarse el hijo primogenito de la Iglesia; como Carlomagno ciñe la doble corona de emperador y de rey, es legislador, protector de las letras y conquistador; como Luis XIV, y desgraciadamente como Luis XVI toma una esposa de la casa de Austria, como el gran rey, quiere que su familia reine en España, como hombre de gran fortuna, quiere que reine en todas partes. Los reyes de Europa se ligan contra él, despues de haberlo adorado como á un Dios; cae y con él sus hermanos, los pequeños reyes; cae, y todos los tronos vacilan, y los pueblos que han ayudado á sus principes á arrojar al usurpador, segun se le llamaba, despues quieren que sus principes les den constituciones en cambio de tanta sangre derramada por su causa. Aquí como siempre la Francia que ha recobrado á sus antiguos Borbones, da la norma á la Europa, y la restauracion de Luis XVIII abre una era muy pacífica de conquistas y de concesiones constitucionales. Luis XVIII se muestra fiel á la carta que ha dado: muere en paz y respetado. La historia dirá porqué

fatalidad el buen Carlos X, cual otro Jacobo II, perdió piadosamente su reino. Dios le devuelve una corona en un mundo mejor! Cuando Napoleon cayó, todas las armas de la Europa campeaban en Francia; cuando Carlos X partió de Saint-Cloud, la Europa se mantiene pacífica; sus monarcas vieron pasar al rey que se iba y esperaron. En Neully se encuentra un Borbon, hombre sabio y prudente; en su juventud valiente capitán, despues emigrado, proscrito en ambos campos, luego feliz esposo de una altea real, buen padre de familia, despues comprendido como principe en la restauracion, y luego convertido en altea real por Carlos X, se le ofreció la corona caída en la revuelta, él no la rehusa y es proclamado por los diputados, nadie se opone á ello, y la Europa tambien deja obrar. El rey de Holanda pierde la mitad de sus pequeños estados; y Leopoldo de Sajonia Coburgo, nombrado rey en el escrutinio, vino á ser yerno de Luis Felipe. Sabe Dios lo que vino á ser de la desgraciada Polonia, agobiada por el Coloso Ruso! Desde entonces, al través de los tumultos, á despecho de las conspiraciones, de las máquinas infernales, de las temerarias empresas de los Vendeanos y Bonapartistas, el trono de Luis Felipe se ha afirmado y consolidado, así como los árboles amados que crecen y se fortifican en medio de las tempestades. Por una parte, Amberes batida, Amona quitada, Argel conservado, no sin gloria, luego las antiguas rivalidades de Francia é Inglaterra, confundidas en un interés comun de libertad y de equilibrio europeo; por otro la llaga fresca de la España; el torpe rasguño de la Suiza, y la iniciativa del derramamiento de sangre por la policia en los tumultos de las calles; hé aqui hechos y resultados dignos de toda la atencion del historiador, y lo que no lo es ménos, el ver entre los hombres de la revolucion á los mas sabios y hábiles hacer hoy todos sus esfuerzos para encadenar á su madre, que hija del tiempo, siempre como Saturno, desde 1789 ha devorado á sus hijos.

VIII.

Del fatalismo aplicado á la historia de la revolucion de Francia.—M. Laorelles, Mignet, Thiers.

Así es que á pesar mio, me encuentro conducido á esta idea del fatalismo en la historia, que anuncié en las primeras páginas de mi escrito. En efecto, cuando un historiador compara lo que era la Europa en 1774, cuando el

avvenimiento de Luis XVI, á lo que es hoy, ¿no se verá tentado de reconocer que una ciega fatalidad preside á los destinos humanos? Para no hablar sino de los acontecimientos que han pasado de medio siglo acá, que se me diga qué rey fué mas popular que Luis XVI en tiempo de la guerra de América, y cuando en 1789 se pronunció con su hermano Luis XVIII por la doble representacion del tercer estamento? Y no obstante, tres años despues... Qué á la fatalidad, á la Providencia será lo que atribuya la historia el inmenso poder de Robespierre, tribuno sin talento, sin esterior y sin valor, despota sin tesoro y sin ejércitos? Y toda la historia de Napoleon no parece sometida al imperio de la fatalidad! La fatalidad hace cincuenta años que persigue sobre todos los tronos á la augusta casa de Borbon, como entre los griegos persigió á la raza de Pelope y á la de Layo, como en Inglaterra ha perseguido á la de los Estuardos. Ocho dias mediaron apenas entre el *Te Deum* de Argel y la tormenta de julio de 1830. Si, no debemos asombrarnos de que Herodoto, tan profundamente penetrado de las tradiciones religiosas de su patria, haya marcado su historia con esta sombría doctrina, que hace tan profundamente patéticos los dramas de los trágicos griegos. Este dogma de la fatalidad se encuentra en todas las religiones antiguas, y á la ley del destino es á la que los dioses de la Grecia no podian sustrerse: este es el porvenir de gloria y de duracion, que los oráculos de Júpiter Lacial prometian al pueblo del capitolio, á los habitantes de las siete colonias. Esta doctrina se revela tambien en el Génesis y en nuestros libros sagrados, donde se llama *predestinacion*. En vano la razon se subleva. ¿Voca por vectora al vaso de barro, dice San Pablo, levantar la voz contra el alfarero?»

Por lo demas, considerando filosóficamente este dogma, es el mismo que el de la necesidad, que excluye la libertad del hombre y todo lo que es arbitrario; que sujeta al universo á leyes invariables; sin las cuales no podría subsistir; y desgraciadamente se puede abusar de esta doctrina con detrimento de la moral. Tambien á los historiadores de la escuela fatalista está impuesta esta gravedad austera que nace de una profunda conviccion, y que nunca se espresa ligeramente acerca de las grandes verdades que forman la base del orden social, y este temor es el que ha conducido á muchos filósofos á proscribir esta escuela: así lo hace M. de Chateaubriand en su elocvente introducción.

ción á sus *Estudios históricos*; pero algunas páginas mas adelante, que el mismo en el sistema que combate, no encontrando para explicar el terror de 1793, otro medio, que compararlo al noíe contagioso que siempre ha despertado tan poderosamente las ideas de fatalismo entre las poblaciones. „El terror, dice, no fué una invención de algunos gigantes! fué simplemente una enfermedad moral, una peste.“ Encuentro mas poderoso este argumento de M. de Bonal contra el fatalismo: „El destino, dice, es en política lo que al azar es en física; y como el azar no es segun Leibnitz, mas que la ignorancia de las causas naturales, el destino y la fatalidad, no son mas que la ignorancia de las causas políticas.“ Pero cuál es el medio, para el historiador, aun contemporáneo, de evitar esta ignorancia? Tomo por testigos á los tres escritores, que en sistemas tan opuestos han escrito la historia de la revolución de Francia. Uno, M. de Lacretelle, brillante en su estilo, dramático en sus relaciones, moral en sus reflexiones, casi siempre moderado en sus juicios, no presenta sino la superficialidad de la historia: rara vez se ha tomado el trabajo de profundizar los motivos por que ha hecho obrar á los personajes; las pacíficas invenciones seguramente no han resfriado su fantasía; pero con qué calor de alma, con qué animación de estilo él recompensa á sus lectores! *Dulcius est, scolarum* algún historiador que solo tenga erudición. Yo convengo; pero lo que ha popularizado en Francia la ciencia histórica no son ciertamente las doctas y más disertaciones de la academia de las inscripciones; sino las tres ó cuatro ediciones de la *Historia del siglo XVIII*; los diez volúmenes de historia contemporánea, que de veinte años á esta parte ha publicado M. de Lacretelle, y en los cuales, con pocas diferencias, ha sostenido las mismas ideas y seguido el mismo sistema, con una constancia y una firmeza, que manifiestan una fuerza en el discernimiento, una estension y una facultad de aplicacion, que cada día son mas raras.—Fatalista, si lo fué, M. Mignet, en su brillante bosquejo de la revolución, se ha mostrado pensador y escritor; pero la marcha rápida que habia tomado, le habria, en defecto de su sistema, impellido remontarse á las causas secretas de los acontecimientos, y penetrar, por decirlo así, hasta las entrañas de la historia. Esto es tambien lo que parece no intentó M. Thiers en su cuadro, por otra parte muy vasto y hábilmente trazado de los anales revolucionarios de la Francia. Se conoce que dotado de una alta sagacidad y de una faci-

dad admirable, el autor mas bien ha adivinado que estudiado á fondo á los hombres, cuyas intrigas manifiesta. Pero confieso que en su libro encuentro pocos rasgos que puedan hacer que se le mire como uno de los gefes de la escuela política fatalista.—En suma, MM. Lacretelle y Thiers, me parecen, con principios diferentes, ser de la misma escuela, de aquella que une el interés dramático á la filosofía. El primero no aprecia de la revolución mas que las libertades que por medio de ella ha obtenido la Francia: el segundo aprecia de ella los principios y detesta sus excesos; ambos tratan de hacer dramática la historia; pero se echa de ver que mas nutrido con la lectura de los antiguos M. Lacretelle, recuerda á menudo con conocimiento el gran estilo de Tito Livio. M. Thiers, es ni mas ni menos, lo que lo han hecho la naturaleza y las ideas del siglo.

IX.

Escuela filosófica moderna.—Escuela pintoresca ó descriptiva.—La historia en Alemania.—Herder, Vico.—En Italia, en España, en la Gran Bretaña.—Historia de Polonia.—Historia literaria.—Biografía.

A la escuela filosófica y racional pertenecen MM. Sismondi, Thiers, Ancillon, Guizot y Daunou. Con que paciencia despues de haber dado tanto brillo á la historia ignorada de las repúblicas de Italia, M. Sismondi ha compilado todos los titulos de la antigua monarquía francesa y de sus provincias! Se le ha echado en cara el haber, en su preocupacion por las ideas modernas, juzgado muy frecuentemente lo pasado segun lo presente.—Las cartas sobre la historia de Francia de M. Thiers, son á la vez una obra maestra de crítica y de estilo: en las confusas ruinas de la edad media, el autor ha encontrado muchos tesoros. Su *conquista de Inglaterra por los Normandos*, es en mi opinion uno de los libros mas enérgicamente concebidos, despues del *Espíritu de las leyes*. Qué esfuerzos de erudición y de sagacidad no ha sido menester para volver á encontrar los titulos de tantas razas magulladas y confundidas por el nivel de la conquista! El *Cuadro de la historia moderna* por M. Ancillon, presenta un resumen rigido, una consideración imparcial y profunda de todas las cuestiones europeas desde el fin de la edad media. El mismo carácter de imparcialidad se encuentra con un saber mas variado y una sagacidad mas viva, en el curso de *Historia moderna* y en el *Ensayo sobre la historia de Francia* de M. Guizot. Cuántos pasos no ha dado este gran ingenio desde las invenciones de Gibron, hasta sus admirables lecciones sobre Carlo Magno!—En cuanto á M. Daunou, ya se ha dicho muchas veces, es de todo un benedictino por su conciencia. La escuela pintoresca ó descriptiva, tiene por gefe al historiador de *los duques de Borgoña* M. de Barante. No es ciertamente á esta escuela á la que se acusará de pedir á los siglos precedentes, argumentos para fortificar tal ó cual mira política; y transformar la historia en órcel sofista; ella ha llevado á la ciencia á su sencillez primitiva. A la manera de Herodoto y de Froissad, presenta los hechos tales cuales los han transmitido las fuentes originales, y las tradiciones del tiempo: hace revivir á los personajes de los tiempos pasados, y los presenta con sus opiniones y sus preocupaciones, sin permitirse deducir nada ni en pro ni en contra, dejando al lector la facultad de formar el juicio que le agrade. Este modo no puede aplicarse sino á épocas determinadas, y para que interés necesita el antiguo estilo de los primeros historiadores hábilmente engastado en una narración simple y natural. Con efecto, si se tratara de hacer una historia pintoresca con memorias escritas desde que el lenguaje se ha formado, no se lograría hacer mas que una obra fastidiosa. Tal vez la *Historia de los Duques de Borgoña*, es la única que ha podido tener buen éxito en este género; y como se ha dicho, si M. de Barante se ha sobrepuesto á las dificultades de su empresa, por la flexibilidad de su talento, es de temer que haya estraviado á sus imitadores. Por otra parte, la historia escrita con esta prolifigalidad de pormenores inferiores, llenaría bibliotecas enteras; y finalmente, nunca estará al alcance de la multitud, porque la mayor parte de los lectores piden al historiador algo mas que documentos, presentados sin arte, exigen coordinación y resumen de los hechos, prefieren gustosos encontrar en él debilitada una opinión, con tal que se les deje la libertad de adoptarla ó modificarla; ademas, las dos escuelas que acabo de mencionar tienen sus escollos asi como sus ventajas. Al lado del inconvéniente de no juzgar absolutamente de los hechos, se encuentra el de juzgarlos mal; y no hay peor guia en historia que ciertos filósofos sistemáticos, que tratan no de ver las cosas como son, sino como se convienen con su sistema. Por esto yo esclamaré con Juan Jacobo Rousseau: „Los hechos! los hechos!“ El abuso del raciocinio y de la sagacidad, que aun se ha condenado á Tácito, puede dirigirse á casi todos los historiadores de los siglos XVII y XVIII, á Saint-Real, á Millot, á

Reynal, á Mably y solo Montesquieu sabe doblegar ante los hechos su profunda sagacidad. En cuanto á Voltaire, si se encuentra exento de este defecto, peca en sentido opuesto, desechando con demasiada ligereza todo lo que es congoral. La Alemania tiene tambien sus escuelas: una puramente histórica; se limita á los hechos y describe toda forma filosófica; sin embargo, reconoce un encadenamiento poderoso en el orden de los acontecimientos. Tal ha sido la marcha de Niehler en sus investigaciones sobre los orígenes de Roma; tal es la de M. Lavigny en su *Historia del derecho Romano*. La escuela filosófica histórica, que tiene por gefe á Hegel, somete el hecho á la idea: segun ella, el entendimiento humano crea el hecho; por el contrario, la escuela puramente histórica dice, que el hecho pone en movimiento al entendimiento humano. Hay ademas, dos escuelas teológicas, de las cuales una hace salir el cristianismo de la razon pura, la otra de la revelacion.—Herder, en sus ideas sobre la filosofía de la historia, individualiza á la humanidad y la representa como un viajero, que arrojado sobre esta tierra por una mano invisible, ha recorrido sucesivamente todas las comarcas, siempre modificandose y en lucha contra sí mismo y contra el mundo material. Este noble sistema que simpatiza tan bien con las ideas cristianas, no es nuevo; hace mas de siglo y medio que Vico lo habia adivinado; pero Vico habia caído en el olvido: un jóven historiador, cuyo nombre no desmerecerá junto á los de los hombres ilustres que he mencionado, M. Michelet ha exhumado y propagado la *filosofía nueva*; tal es el titulo de la obra de Vico. Ha hecho mas: ha publicado diversas obras, en las cuales vió aplicado este sistema, cuya teoría puede parecer oscura. Mas misterioso aun que Vico, no menos religioso, y por lo regular eloquente, el autor de la *Polignencia*, M. Ballanche, verdaderamente árida de la historia, se esfuerza en erigirla en una *teología* cristiana. Estas escuelas meditabundas nacidas bajo el cielo germánico, y que han influido ya sobre la ligereza del genio francés, me recuerdan involuntariamente el libro en que toda la *Alemania* revive bajo la pluma de una muger, cuyo ingenio independiente enfureció al despotismo militar. „Podré en esta galería histórica omitir á M. de Stael, quien en sus *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la revolución de Francia*, ha mostrado lo que habria podido hacer si hubiera aplicado su talento á la historia?“ (*Wahlestand*.)—La patria de Vico pu-

se e hoy muchos historiadores, de los cuales algunos pertenecen á su escuela: despues de Boissac, cuya *Historia de los Estados-Unidos*, recuerda la escuela filosófica; despues de Micali de Florencia, cuyo ingenio sagaz y paciente ha hecho revivir á las antiguas naciones de la Etruria, citará á MM. Albi de Turin, (*Hist. de Italia*); Cibrario Piamonte, (*Hist. de Chieri*); Vasece Genoves, (*Hist. de Genova*); Campagna de Milan, (*Hist. de Italia*); y en fin, el baron de Mann, (*Hist. de Cerdeña*), hombre de estado, y á cuya pluma se debe un excelente artículo sobre la *Libertad de la historia* (1). Todos estos nombres manifiestan que la Italia sostiene la gloria de los Villanis, de los Asayas, de los Joves, de los Guichardines, de los Machiavelos, etc. — La España, que cita siempre á su Mariana, elegantemente copista de Tito-Livio, posee dos historiadores: Llorente, cuya pluma acusadora con solo referir los hechos ha herido á la inquisición, y el conde de Toreno, narrador pintoresco, animado y hábil en trazar los retratos á la manera de los antiguos: sus compatriotas solo le echan en cara alguna afectación al querer imitar el estilo inimitable de Cervantes. — La Gran Bretaña habia precedido, en la ciencia historial, al resto de la Europa; citaba con orgullo durante el último siglo, á Robertson, á Hume, á Smollet, á Gibbon etc.; hoy no posee mas que al Dr. Ligar, sacerdote católico que ha escrito su historia sin preocupaciones. M. Hallan, autor de la *Europa en la edad media*, ha publicado mas recientemente una *Historia constitucional de Inglaterra*, que presenta un resumen juicioso y rápido. Walter Scott, también ha escrito una *Historia de Escocia*, y una *Historia de Napoleon*, lo cual sería la vergüenza de su pluma, si no se superaran los honorosos motivos que pusionen al autor de Waverley á siendole de los libros, y él, que ha elevado la novela casi al rango de la historia, se la colocó como historiador en un puesto muy inferior á la mediocridad. También en Francia, un hombre que da vergüenza mencionar entre gente de buena conciencia, el autor de los *Barones de Felsheim* y de *Monsieur Boffé*, Pigault Le Brun, de asquerosa memoria, habia dejado la novela para erigirse en Tacito. Los viejos novelistas miran pues la historia como su refugio. — Si desde el cardinal de Fleury hasta nuestros dias, la política de los diversos gobiernos de Francia, en desprecio de las simpatías nacionales, ha faltado á la Polonia, los consuelos de la his-

(1) Obtenemos á nuestros suscritores el publicar mas adelante este artículo sobre la *Libertad de la historia*. (Los suscritores.)

toria no le han faltado. Ya el abate Groyer habia escrito una historia bastante buena de este valiente pueblo, y los que han venido despues se han aprovechado de sus investigaciones y de sus ideas, que no carecen de filosofía: la elocuente obra de Rhuiliere, sobre la *Inarquía de la Polonia*, ha vuelto á la literatura la historia dramática olvidada desde Vertot. Despues de ellos, escribiendo segun el progreso de las nuevas ideas políticas, M. de Salvandi ha escrito una historia de Polonia maduramente pensada y escrita con energía; en fin, bajo el título de *Sulkowski*, M. de Saint-Albin, publicó hace algunos años una curiosa monografía sobre el estado de la Polonia, antes y durante la revolución de Francia. — La historia literaria no podia dejar de ser cultivada en una época en que toda la literatura se ha refugiado á la historia. No obstante, antes que Voltaire la hubiera unido á la historia general, ya Bayle habia hecho una excelente historia literaria; Gaillard, en su historia de Francisco I, habia seguido en esto á Voltaire; y finalmente, un autor casi desconocido, publicó, hácia 1784, un pequeño volumen que es una obra maestra: *Del Anar de Henrich IV. hácia las letras*. Despues hemos tenido la *Historia de la literatura Italiana* por Girgenot, grande obra algo pesada, pero que no por esto deja de ocupar un lugar distinguido en todas las bibliotecas. Se debe á Chénier y á M. de Barante, el *Cuadro de la literatura en el siglo XVIII*. Estas dos obras escritas bajo diversas inspiraciones tienen cada una su mérito, y siempre existirán. Las varias páginas que M. Lacroix ha consagrado en sus diversas historias á consideraciones acerca de los escritores y de los sabios, bastarian para formar solas una buena historia literaria. En fin, M. de Villemain en sus cursos tan brillantes cuanto sólidos, ha abrazado las literaturas de casi todas las épocas modernas, desde los Padres de la Iglesia hasta los grandes oradores del parlamento de Inglaterra. Tomado desde tan alto, es decir, en los dos estabones extremos de los conocimientos modernos, una historia viene á ser necesariamente política. En su *Cronica*, M. de Villemain, ha escrito sobre la revolución de Inglaterra pasajes de alta importancia, y que anuncian ya esta valiente y moderada graduación de opiniones que el autor, muy joven aun, habia sacado de su corazón y de un estudio profundo de la historia parlamentaria de la Gran Bretaña. Si se recorren las lecciones y los escritos filosóficos de M. Cousin, no solo se encontrarán en ellos capítulos a propósito para la historia de la filosofía, sino también gra-

des y elevadas miras acerca de la ciencia historial. — La biografía que Bayle habia elevado á tan alto grado, ha adquirido en nuestros dias nueva importancia, eschuyendo un pequeño número de artículos inspirados por el espíritu de partido, ó redactados por algunos mediocres y presuntuosos escritores. La *Biografía universal* de M. Michaul, puede citar entre sus redactores á los primeros sabios y mejores escritores de la época.

X.

Algunos puntos omitidos. — De algunas historias antiguas de la edad media, modernas. — Incertidumbre de la historia. — De la enseñanza de la historia. — Conclusión.

Este artículo se estiene; los nombres se presentan bajo mi pluma; y sin embargo, ¿cuantos puntos esenciales se me han escapado! ¿cuantos nombres conocidos se buscarán en vano en estas columnas! Para escribir la historia completa de la historia, para desarrollar sus principios, sus dificultades y sus escollos; para recordar los principales historiadores, sería menester volúmenes estensos, y me es preciso ya contar las líneas, á fin de no exceder los límites que me he trazado. — Apenas he indicado las fuentes de la historia antigua y romana: suponiendo que hubiese sido superfluo hablar de historiadores conocidos, como Herodoto, Tucídides, Goroñote, Tito-Livio, Floro y Diodoro, habria querido recordar al menos que Polibio, notable como crítico y como publicista, contiene el tesoro de tres antiguos tratados entre Roma y Cartago, los cuales, convengamos en que son piezas oficiales de muy venturable antigüedad. No me habria disgustado el recordar que en Apiano de Alejandria, autor de muchas obras acerca de las guerras civiles y extranjeras de los romanos, se encuentra otra pieza oficial del mas alto interes, la proclamación de los triunviros Octavio, Antonio y Lepido, para justificar y anunciar á la vez sus proscripciones. Habria tenido que hacer algunas curiosas observaciones acerca de la historia de Josefo, cuyas *Antigüedades judaicas* son tan instrutivas en el fondo, y tan notables por el brillo y la fuerza del estilo: su otra obra sobre la guerra de los Judios, terminada por Tito, contiene la conclusion de la historia del pueblo mas antiguo del mundo, y nos enseña, por un testimonio contemporáneo, el cumplimiento de las predicciones de Jesus Nazareno. En la historia llamada de *Augusto*, seis historiadores (Aelio Esparcita, Vulcasio Galicano, Aelio Lampridio, Julio Capitolino, Trebelio Po-

lion, y Flabio Vopisco), han escrito los reinados de los emperadores desde Andriano hasta Caro: estos autores, á los cuales es necesario agregar al juicioso Amiano Marcelino, hombre de estado y guerrero, tienen un precioso mérito: en su estilo inerte, y que se reciente de la decadencia romana, dicen mucho en pocas palabras, y con mas frecuencia que los grandes historiadores de la antigüedad nos transmiten actos auténticos y discursos tales cuales fueron. — Habria citado á Dionisio Casio de Nicea; y también habria hecho ver cuantos los poetas, desde Juvenal hasta Claudiano, desde Peseo hasta Ausonio, pueden presentar documentos preciosos sobre la historia de las costumbres y aun sobre hechos políticos. Habria enumerado todas las riquezas que ofrecen en este género los Padres de la Iglesia; habria señalado la historia de Paulo Oros, sirvió cuyo plan acaso de modelo á Bossuet en su *discurso sobre la historia universal*. Llegado á la edad media no hubiera dejado de tener algun embarazo en la elección entre los tesoros históricos que nos presentan ocho siglos de barbarie, en que se escribio mucho mas de lo que comunmente se cree: testigos de ello la historia de Gonth Formandés, las vidas de los santos, las crónicas de los conventos, los fastos de la vida de los príncipes, las correspondencias de los hombres de estado, Boecio, Casiodoro, de los papas, de los obispos, de los simples sacerdotes etc., que forman tantos in-folio leídos en otro tiempo tan solo por los religiosos que los publicaban, y que hoy exploran con tanto ardor los jóvenes iniciados en la ciencia. En fin, la historia sagrada de Sulpicio Severo, la historia eclesiástica de Gregorio de Tours y la vida de Carlo Magno por Eginhard, nos habrian, en medio de la barbarie general, sorprendido por cierto mérito de composición y de estilo; y recordando una palabra célebre de Pyro, rey de Egipto, habrian podido exclamar: „Este arroyo no nos parece tan bárbaro!“ Los códigos de los pueblos germánicos también habrian atraído nuestras miradas. No habria pasado en silencio á Joinville, Villeharduin y Cristina de Pisan. — Habria señalado los autores y las crónicas hasta entonces desconocidas, ó al menos inexploradas, de los cuales felizmente M. Michaul, ha hecho uso en su *Historia* y en su *Biblioteca de las Cruzadas*.

Pero me apresuré á llegar á los tiempos modernos. Aquí la historia abudó al grado de simples crónicas por casi todos los que la han escrito en la edad media, vuelvo á tomar su ma-

gustad; cada pueblo tiene sus historiadores: en Francia, Herodotus, Monstrelet, Comines y sus contemporáneos, quienes no condenan al olvido ninguna particularidad de la historia; lo mismo sucede en todas partes; pero la antigua indigencia se torna en superfluidad; ya no hay ciudad que no quiera tener su historia particular, ni hombre de estado que no escriba sus memorias; y uno se encuentra agobiado por el peso de tanta autoridad; sin ser este el único mal. La historia moderna está lejos de haber ganado tanto en claridad como en extensión; tantos historiadores sobre un mismo hecho, tantas versiones diferentes y los monumentos y las medallas que a veces no son más verdaderas. Si esta columna rostral cuya pedestal puede aun verse en el museo Pio Clementino, y que fue erigida en Roma por los contemporáneos de Drulio, en conmemoración de su victoria naval, es una prueba histórica de la cual no puede dudarse; la estatua del agüero Naevio, elevada no sin el pedernal que él había cortado con una navaja de barba, probaba que había obrado algún prodigio. Esto habría sido sin duda lo mismo que la santa ampoza, y tantas otras pretendidas reliquias destinadas á distinguir milagros supuestos. Otro tanto puede decirse de las falsas decretales. Hay en fin algunas medallas que han sido gravadas por victorias muy indecisas ó por empresas que se han frustrado. Así durante la guerra de 1740 entre Inglaterra y España, no se gravó una medalla atestigüando la toma de Cartagena por el almirante Vernon, mientras que este levantaba el sitio? Otro germen de errores y de ignorancia resulta de los libelos satíricos de que han sido tan fecundos nuestros tiempos modernos, y que no tienen más que á desnaturalizar la historia. En medio de todos estos obstáculos y de todas estas dudas, que se oponen á que uno pueda saber bien en sus pormenores la historia de los tiempos modernos, el hombre de buen sentido que quiere instruirse se ve obligado á limitarse á tomar el hilo de los grandes acontecimientos y apartar todos los hechos particulares de poca importancia; aprende en la multitud de las revoluciones el espíritu de la época y las costumbres de los pueblos. Debo sobre todo dedicarse á la historia de su patria, estudiarla, poseerla y reservar para ella los pormenores, y dar una ojeada general sobre la de las otras naciones, cuya historia debe sobre todo interesarle en sus relaciones con su país, á menos que no presente en sus negocios inte-

riores, analogías con la historia patria, é instrucciones de una utilidad positiva y directa para apreciar mejor las instituciones nacionales.

¿He hablado del modo de escribir la historia á cerca de la cual han dado preceptos tantos escritores, desde Luciano hasta Mably, desde d'Alembert y Voltaire, hasta M. de Bonald? Largo sería á la verdad este trabajo, pero quiero más bien decir á cada autor con M. de Chateaubriand: „Si es conveniente tener algunos principios fijos al tomar la pluma, es una cuestión inútil el preguntar como debe escribirse la historia, pues que cada historiador la escribe segun su ingenio... y de cualquiera manera es buena con tal que sea cierta.“ Ciceron habia dicho ya: *historia quoquo modo scripta placet*. Además, el autor de los estudios une el ejemplo al precepto: á voluntad de su entendimiento tan vasto como vasto, es sucesivamente sentencioso y patético, racionador y pintoresco, filósofo y fatalista, y si algunas veces se encuentra que no es del todo historiador, siempre es un gran escritor. ¿He hablado de esas novelas históricas que bajo la pluma de un Walter-Scott, de un Cooper y de un Marchangy, ilustran el tiempo pasado tan bien como la historia? ¿He tratado en fin de la importante cuestión de los compendios? Muy cómodos á la verdad para leerlos y consultarlos superficialmente, pero pueden proporcionar una instrucción verdadera? Creo con M. de Bonald que no. „Tienen muchos pormenores ó carecen de ellos, y no presentan bastante atractivo para la memoria, ni bastante ejercicio para el entendimiento.“ A la juventud le conviene la historia con todos sus pormenores, „porque esta edad no retiene sino las historias largas, y las mutilaciones que exige el compendio, las sufren los hechos, que son precisamente los que una memoria fresca recoge con más facilidad, y conserva más fielmente.“

Felizmente ya no estamos en el tiempo en que la ciencia de la historia se consideraba como arena de la instrucción pública, y hoy se enseña en muchos establecimientos y á pesar de la opinión de los enemigos de las innovaciones, se enseña la historia, y segun lo ha hecho M. Guizot, aparece como una ciencia apacible, amiga del orden, y no obstante, del todo política, dispuesta á marchar con el siglo y sus instituciones, y formar generaciones capaces de comprenderlas y sostenerlas.

Después de haber insertado este artículo, del

cual hemos quitado casi todo aquello que interesa particularmente á la Francia, parece que sería oportuno consignar algunas líneas para hablar del estado que entre nosotros guarda la ciencia de la historia y su estudio; pero como este trabajo haria demasiado largo este artículo, nos reservaremos para tratar de tan impor-

tante materia en otra ocasion, dando una noticia lo más circunstanciada que nos sea posible, de las obras que tratan de la historia de nuestro país, y de los méxicanos que han escrito á cerca de tan vasta cuanto interesante ciencia.

F. M. DE TOMESCANO.

CONTEMPLACION.



1
 PARTA del sol la vividora lumbre,
 Arde su luz indolente y pura,
 Rica y lozana ostenta la natura,
 Su juventud, su gloria, su beldad.
 Inmenso velo de esmeralda cubre,
 Cerros gigantes, valles dilatados,
 Que de gallardas flores esmaltados
 Están con infinita variedad.
 Al fin llega la dulce primavera,
 Y el blando viento derramando aromas,
 Baña los prados, las erguidas lomas,
 Y vivifica el pólem de la flor.
 Los árboles exultos sacudiendo
 Las pardas hojas que secará el yelo,
 Alzan entonces la cabeza al cielo
 Con nueva vida y sin igual vigor.
 Plácido se desliza entre zarzales
 El atroyuelo manso y bullicioso,
 Besa el pie toco al pino magestoso
 Con ondas de purísimo cristal.
 Y la rosa purpúrea, embalsamada,
 En ellas posa su divina frente,
 Cuando la nieve el delicado ambiente
 Entreabriendo su éstiz virginal.
 Aun la gigante y reformida palma
 Que tan airosa, tan gentil y bella,
 Entre soberbios árboles descuellos
 que á la flor pequeña desprecia;
 Se dobla humilde al susurrar del viento,
 Abre el seno turgente y delicado,
 Y recoge el perfume regalado
 Que esa tímida flor desperdicia.
 Todo es vida y placer, todo hermosura,
 En la linda estación de los amores,
 Pasaron del invierno los rigores
 Como la turbulenta tempestad.

Como pasan ¡ay Dios! crueles pesares,
 Como pasa el imperio de las leyes,
 Como pasan los tronos y los reyes,
 Como pasa también la libertad.

II

Así pasarán mis años
 Ora brillantes, floridos,
 Y quedarán confundidos
 Para ya nunca tornar.
 Y mi juventud ardiente,
 Esta juventud fúgosa,
 Por la vejez caprichosa
 Remplazada se verá.
 Por esa edad taciturna,
 Edad de melancolia,
 Edad marchitada y fria,
 Edad que foca á su fin,
 Fenecerán los deleites
 De los vigorosos años;
 Mil tétricos desengaños
 Solo podrán subsistir,
 Pero inútiles, tardios,
 Cual son para el que guardára.
 La flauta preciosa y cara
 Después que el corno la hirio.
 Récurdos que multiplican
 Largas horas de tormento,
 Instantes de sentimiento
 Y de profundo dolor.
 ¡Ay Dios! acaba el invierno
 Y la alma naturaleza,
 De nueva pompa y grandera
 Engalanada se vé.
 Y esa transición perpetua
 Ni la destruye, ni acaba,
 Ni sus glorias menoscaba,
 Su fuerza ni su poder.
 Soberana de los tiempos,

Joya riquísima y pura,
 Indefinible hermosura,
 Simil de la eternidad.
 Ella es de la omnipotencia
 Obra perfecta, y concluida,
 Obra jamás comprendida
 Del miserable mortal.
 Y pasan años, y siglos,
 Y es tan solemne, tan bella,
 Como la fúlgida estrella
 Que viene del Sol en pos.
 Empero mi triste vida
 Corre tan rápidamente,
 Cual impetuoso torronte,
 Cual huracán silvador.
 Y volverá á su principio
 Mi edad de fuego y pasiones...?

Idos, tiernas ilusiones,
 No ulceréis mi corazón.
 Que nunca al cauce volviera
 Del río la veloz corriente;
 Una mano omnipotente
 Fué quien su giro trazó.
 Pues que pase, que se acabe
 De mi juventud el brío,
 Yo nada quiero ni ansio
 Si no me es dado gozar.
 Y si el dolor, si la pena,
 Si el llanto, son mi tesoro,
 Del cielo el decreto adoro
 Y lloraré sin cesar.

Ixmiquilpan, Marzo 24 de 1844.

RAFAEL CASASOLA.

LOS CORAS.

APUNTES BIOGRÁFICOS.



NINGUN artículo mejor que al presente conviene el título con que principia, ni se crea tampoco que se ha escogido este mejor que otro por modestia, sino por ser el único que á nuestro entender le viene. Una biografía debe ser un cuadro completo de la vida de un hombre; no debe omitirse en ella ningún rasgo, ninguna pincelada que contribuya á caracterizar á la persona de quien se trata: la omisión de la mas ligera sombra es ya una grave falta. Así pues el encargo del biógrafo es árduo y no puede llenarse bien sino con una observacion prolija y con una exactitud inmensa al referir los hechos. Esto supuesto, pudiera haber llevado este artículo el nombre de biografía? Sin duda que no. Una carencia casi absoluta de datos, y lo que es mas, una convicción de la dificultad que existe para encontrarlos, hacen hasta cierto punto imposible una biografía de los

dos artistas que gozan en Puebla de tan justa fama y con cuyos nombres hemos principiado estos apuntes.

Hay por cierto una especie de fatalidad que pesa sobre la memoria de nuestros hombres célebres en todas las líneas; pero sobre todo en las artes. Ordinariamente, de los artistas mexicanos un poco antiguos no queda mas que el nombre, que no ha podido borrar el tiempo, de sus brillantes cuadros, y los pormenores interesantes de una vida consagrada al trabajo y que servirian quizá mucho para la gloria del artista, están envueltos las mas veces en niebla impenetrable. Cabrera, el príncipe tal vez de los pintores mexicanos, es un notable ejemplo de esta verdad. Casi nada se sabe de él. Los únicos datos para formar su biografía son sus cuadros que descubren á la vista menos perspicaz el ingenio que los concibió y la admirable mano que le sirvió de intérprete.

Esto basta para la gloria duradera del gran pintor, nada le añadiría el convencimiento que

tuviéramos de todas las circunstancias de su vida; pero no satisface esto solo nuestros deseos y semejante falta deja un vacío en nuestro corazón.

Las noticias que se tienen de los dos Coras son tan cortas que casi puede decirse de ellos lo que de Cabrera, sin embargo por pequeñas que sean creemos cumplir con un deber al publicarlas, pues si esto es inútil para Puebla donde no hay aficionado que no haya admirado las obras de estos ingenios y no haya repetido sus nombres, no sucede lo mismo en México y otros departamentos donde quizá ni sepan que han existido tales hombres.

Aunque cortas las noticias que de ellos tenemos pueden considerarse de mérito, tanto por ser las únicas, cuanto por la dificultad que ha existido conseguir las, dificultad que á trueque de laborioso y empeño ha vencido el apreciable jóven D. Manuel Orozco á quien las debemos y á quien damos las mayores y sinceras gracias.

El primero de estos dos célebres escultores D. José Villegas Cora nació en Puebla, y murió en la misma en 14 de julio de 1785, de 72 años. Se educó entre los jesuitas, con quienes aprendió desde primeras letras hasta concluir filosofía, dedicándose en seguida á la escultura y arquitectura, en la que fué examinado. Sus mejores obras se conservan en Puebla y hemos tenido el gusto de admirar algunas, en especial un S. Francisco y una Dolorosa que existen en el convento de franciscanos. Su estilo correcto, que algunos hacen superior al italiano, la verdad de las formas, la expresión particular de los semblantes se advierten en todas sus figuras; pero segun recordamos en ninguna se hace tan notable como en el S. Francisco de que hablamos arriba y que ocupa el primer altar del lado del evangelio en la iglesia grande. Ademas de las dos figuras de que hemos hablado merecen citarse la Purísima de la iglesia de S. Cristóbal y un S. José del convento de S. Pablo. Murió como se ha dicho D. José Cora en julio de 85, de edad avanzada. Pocas fueron las obras que dejó, pero quizá una sola basta á formar la reputacion artistica de un hombre: fué enterrado su cuerpo en la parroquia del Santo Angel.

D. José Zacarias Cora, sobrino y discípulo del anterior, floreció á fines del siglo pasado y se ignora el día de su nacimiento, como el de su tío. Solo se conserva el en que las artes los perdieron, El 9 de junio de 1819 murió D. Zacarias de 67 años. Aficionado desde pequeño á la escultura llegó á persuadirse de que la mejor maestra es la naturaleza y á imitarla dedicó sus esfuerzos. No fueron vanos por cierto y si el gusto de la época le hubiera ayudado, conservaríamos quizá algun bello grupo fantástico ó histórico. El gusto no llevaba ese rumbo y tuvo necesidad de hacer santos, porque las iglesias y los conventos pagaban, y aunque de esta manera, eran las únicas partes donde se albergaban las bellas artes por entonces. Tuvo que acomodarse á la necesidad, pero aun en medio de ella el estudio que habia hecho del cuerpo desnudo, su amor á la naturaleza pura y sin mancha, le hizo formar algunos Cristos que coronaron sus esfuerzos. La expresión de un hombre moribundo, los miembros lacerados que dejaban adivinar su antigua belleza, las proporciones admirables de las figuras, la musculacion sobria que revela al observador y al anatómico, todo esto se encuentra desempeñado con admirable maestría en los cristos de D. Zacarias Cora. Todo esto puede verlo y admirarlo cualquiera por poco inteligente que sea.

Sus obras mas celebradas son el Cristo que se llama de los desagrávios y que existe en el convento de franciscanos de Puebla y un Calvario, propiedad del Sr. Cardoso. Los Mexicanos le debemos tambien algo, pues en algun tiempo que residió en México ejecutó algunas de las estatuas de piedra que coronan las torres de nuestra catedral. Murió en Puebla y reposa su cuerpo en S. Francisco.

Si estas líneas no han hecho formar una idea completa de estos dos artistas, como no han podido hacerlo, puedan á lo menos excitar á algunos al estudio de los buenos modelos y si tuviéramos la felicidad de haber contribuido en algo con nuestras palabras á la formación de un solo hombre de mérito seria nuestro placer inefable y habríamos conseguido la sólida gloria á que deben aspirar los periodistas.

México 1.º de junio de 1844.

M. ESTEVA Y ULIBARRI.



LA SECTA DE CATALINA THEOT.



La revolución mas fecunda en acontecimientos de toda especie, ca sin duda la de Francia; ella nos presenta las mayores anomalías, y á veces no parece sino que el entendimiento humano estaba alejargado para discernir, y las pasiones en agitación para descarrilar á los hombres del sendero de la prudencia. Una prueba de esta falta de juicio, es la tan célebre quanto ridicula secta llamada de Catalina Theot. Esta muger, de costumbres en extremo relajadas, en union de otras mugeres de su ralea, y en especial de una tal Susana Labrousse, tenían en el arrabal de San Marceño ciertos dños, en los cuales Catalina aparecía como inspirada refiriendo prodigiosas visiones, y diciendo sin el menor embarazo que ella era la elegida por Dios para regenerar al genero humano; esta secta iba creciendo paulatinamente, cuando tuvo conocimiento de ella la policia, y desde luego la reunion fué disuelta y Catalina Theot encerrada en una prision, de la cual no salió sino hasta 1789. Tan luego como se vió libre, fué en busca de su antigua amiga Susana, quien habiendo tomado nuevamente el oficio de profetiza, acababa de ser recomendada en la asamblea nacional por el diputado Dom-Gerle, antiguo cartujo; pero no habiendo sido muy feliz su tentativa, tuvo que fugarse, y Catalina se determinó á vivir ocultamente por algunos dias; muy pronto sin embargo se esparció por Paris la noticia de que en un barrio de la ciudad se profesaban estraños oráculos, de una vieja sibila, anunciaba la aparicion de una nueva Jerusalem, el advenimiento de un nuevo Mesias, la segunda Encarnacion del Verbo de Dios, el nacimiento del Cordero divino que borraría los pecados del mundo y otra porcion de delirios semejantes, que solo podian tener origen en las cabezas perturbadas de Dom-Gerle y de Catalina Theot.

Entretanto Robespierre, ese horrendo personaje de la revolucion, iba logrando destruir el culto de la verdadera religion para susti-

tuirlo con farsas tan ridiculas como estrañas; en el culto que intentó tributar á lo que enfáticamente llamaba *Ser Supremo*, no se vé mas que un delirio, pues que no era ni aun el desello de una imaginacion exaltada. Sus ignorantes secuaces y una multitud de mugeres necias se agrupaban en la casa de aquel monstro y le tributaban ridiculos homenajes y lo ensalzaban sin fin. «A las mugeres que adoraban á Robespierre, dice el eloecente Thiers (1), se unió una secta estravagante y ridicula que hacia poco tiempo que se habia formado. En el momento en que los cultos quedan abolidos, es cuando aparecen las sectas, porque la imperiosa necesidad de creer busca otras ilusiones en defecto de las que se han destruido. Una anciana, cuyo celebre se habia inflamado en las mazmorras de la Basilla, y que se llamaba Catalina Theot, se daba el título de madre de Dios, y anunciaba la proxima aparicion de un nuevo Mesias, el que, segun ella decia, debia aparecer precedido y acompañado de grandes trastornos; y en el instante en que apareciera comenzaría una vida eterna para los escogidos, quienes debian propagar su creencia, valiéndose de todos los medios posibles, y esterminar á los enemigos del verdadero Dios. El cartujo Dom-Gerle, que figuró en la asamblea constituyente, y cuya imaginacion débil se habia descarrinado con místicas ilusiones, era uno de los dos profetas y Robespierre el otro, debiendo tal vez esta honra á su delirio. Llamábase Catalina Theot su hijo querido; los iniciados lo miraban con respeto y veian en él un ser sobrenatural, llamado para destinos misteriosos y sublimes. Probablemente estaba él informado de todas estas locuras, y sin ser cómplice gozaba de su error. Verdad es que protegia á Dom-Gerle, quien lo visitaba frecuentemente, y que le habia dado una certificación de civismo firmada de su mano, para sustraerlo á las persecuciones de la junta revolucionaria. Esta secta se habia extendido prodigio-

(1) *Historia de la Révolution Française, tome IV chap XXI (onzième édition).*



LIBRARY OF THE
DOMA DE LEÓN
AL DE BIBLIOTECAS

samente; tenía su culto y sus ejercicios, lo cual no dejó de contribuir para su propagación; sus reuniones se celebraban en casa de Catalina en un barrio estraviado de París cerca del Panteón. Allí era donde se practicaban las iniciaciones, en presencia de la madre de Dios de Dom-Gerle y de los principales escogidos. Ya comenzaba esta secta á ser conocida; y se decía, aunque vagamente, que Robespierre era su profeta."

Las ceremonias de esta secta eran tan extravagantes y tan ridiculas como sus dogmas. Según refiere Duval, la madre de Dios, con el rostro medio cubierto con un lienzo blanco, se colocaba en una mesa, sobre la que había una estampa alegórica de sus misterios: á su derecha estaba una Biblia que leía en tono de salmodia una doncella vestida de blanco como las vestales y con un velo transparente en el rostro, á esta jóven se le daba el nombre de *Amblar*, y debía reemplazar á la vieja Catalina; quien después de su muerte debía resucitar llena de gracias y lozanía: para substituir á Amblar había otra hermosa doncella llamada *Rosa*.

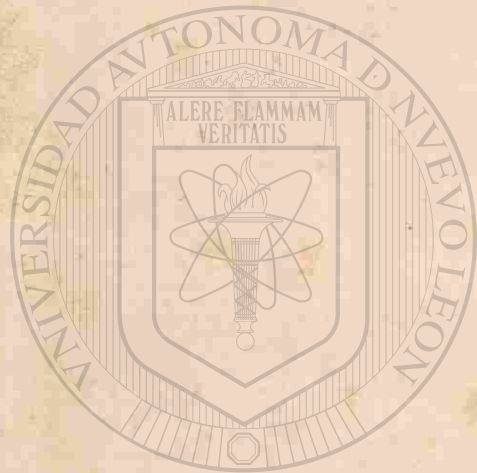
No eran ménos originales las ceremonias de la iniciación. El recién presentado, que tenía siempre un padrino de entre los cofrades, tocaba tres veces la puerta, entraba en seguida, y Amblar le decía: „Hijo de Dios, preparaos á celebrar la gloria del Ser Supremo." Entonces él se acercaba á la madre de Dios, la cual le otorga estas palabras: „Hijo mío, os recibo en el número de mis escogidos, seréis inmortal;" y en seguida este prestaba el juramento siguiente: „Juro derramar hasta la última gota de mi sangre, y sufrir cualquier género de muerte, en defensa de la gloria del Ser Supremo." Luego Amblar leía un capítulo del *Apocalipsis*, y decía: „Los siete sellos de Dios están colocados sobre el *Evangelio* de la verdad; cinco están levantados: Dios ha prometido á nuestra madre revelársele cuando se quite el sexto; y cuando se levante el séptimo, tened valor, en cualquier

paso en que os encontréis, que no os arredre nada de lo que veáis; la tierra será purificada, todos los mortales perecerán, pero los elegidos de la madre de Dios serán inmortales." Desde este instante el nuevamente presentado se contaba entre los iniciados.

No podían parecer bien estas farsas ni aun á los mismos héroes de la revolución, y bien sea por esto, ó bien porque algunos emúlos de Robespierre tratasen de ponerlo en ridículo, y vengar de él por algunas querrelas anteriores, el hecho es que á mediados de junio de 1794 (el 27 *prairial*), la secta fué denunciada á la convención, en donde leyó Valdir un informe, estendido por Barrère, en que se pintaba á esta secta con los colores mas negros, haciendo que recayese la odiosidad y ridiculidad sobre Robespierre; la convención en fin decretó la formación de causa, y se encargó á Senart, secretario de la junta de seguridad general, que arrestase á la profetisa, á Dom Gerle y á todos sus secuaces. Para conseguirlo, Senart se presenta bajo el pretexto de solicitar su admisión como iniciado, y al comenzar la ceremonia llama á sus soldados, prenden á casi toda la secta, y el rebaño de los hijos de la madre de Dios fué encerrado en diversas prisiones. Dom Gerle fué encerrado en Port-Libre, de donde no salió sino hasta después del 9 termidor, y Catalina Theot en la conserjería en donde murió después de cinco semanas de detención á los 70 años de su edad.

Así termino la celebre secta de la madre de Dios: increíble parece que en Francia y en el siglo de la filosofía, se hubiesen descarrado los hombres hasta este punto de la senda de la verdad y de la sana razon; pues que sean cuales fueren los fines políticos que guíaban al primer móvil de esta asociación, la historia la condenará siempre, y los hombres pensados lamentarán los errores y excessos que se cometen en el desenfreno de una revolución.

P. TORRESGANO. (R)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VAGAMUNDOS ESPIRITUALES.

Prayers are not morality, kneeling is not religion.

No escribo la moralidad en el rezar, ni la religion en el estar de rodillas.

(Juana).



A de saber el lector que cuando me ocurre algo que contar, siento cosquillas en la lengua, y basta que desmenuho, ando mas inquieto que si tuviera una pulga pronunciada dentro de una bota. Entremos en materia. Sabiendo yo que Pancracio, íntimo amigo mio desde la infancia, hoy milita retirado y ademas cesante, ya que no en el comer, al menos en el trabajar y el percibir sus pagas respectivas, sabiendo, digo, que habia caído enfermo de resultas quizá de alguna de las inundaciones periódicas de flemas que padeca, formé proposito de ir á visitarle el primer día que me fuese posible. Así lo verifiqué, y como lo que vi en su casa, lo que él propio me contó, y sobre todo, lo que yo llegué á conjeturar atando cabos (ocupacion digna por cierto de almas contemplativas y piadosas), sea digno de saberse para enmienda de pecadores de ambos sexos, voy á referirlo puntualmente al que leyere, si alguno hay, que lo dudo, porque en vez de leer no piensa ya el género humano sino en escribir y en archivar.

Todos convencerán conmigo en que sería mucho mejor archivar á los autores mismos, ya que nada tienen de combustibles los mas de ellos, que no esponer al pobre mundo á una conflagración prematura y general. En efecto ¿qué sería de nuestro misero globo sin los cohetes y los especieros? porque preguntan hoy las gentes: „¿V. no escribe?“ con el mismo donaire que si dijese: „¿Toma V rape!“

No hay pues que dudarle, va á llegar la época en que los que escriben tengan que sobornar á los lectores, como hacen algunas ancianas ojialadres, con ciertos mozalvetes, que bien pueden llamarse *anantes á deslajo*, á quienes dan una mesada por tener con quien bailar y salir á paseo, ó como es fama que

aconteció en los últimos tiempos de la Grecia, en que salían á mendigar oyentes los Retóricos. Y aun es de temer que añadan al breviario un exorcismo para conjurar á esta nueva langosta literaria que todo lo tala y todo lo acomete. „Bienaventurados, diran nuestros hijos, aquellos á quienes solamente *huye algo* cuando están constipados! porque no será suya la culpa si el día menos pensado arde el mundo como globo de papel.“—Ya, ya veo que en llegando á esto frunce el entrecejo an crítico, de tapé y gafas á la Ladovico de Velasco, y oigo que dice:—Todo esto es muy cierto (pero á qué conduce, y qué afinidad tiene con el título del tal artículo? que bien se conoce...“ Pero, señor mio, (respondo yo) eso de *dejar única y exclusivamente lo que viene á cuento*, es ya muy viejo, la rutina cansa y fuerza es introducir alguna novedad en el arte de escribir; que no solo Torio ó Iturzaeta saben gozar tan apetecible privilegio, pues en la republica literaria, ya que no en la política, todos somos iguales ante la ley. Sin embargo, porque no se diga que quiero imitar á los contemporáneos de V., Sr. D. Atenágenes, que escribían un tomo en folio para demostrar que Adán fué el primero que dijo á Eva cuando estornudó: *Jesús te ayude*, voy á proseguir mi cuento con perdon de V.

Dirjome cierto día á eso de las diez de la mañana, á la habitacion de mi amigo el capitán, sita en el inaudito callejon de *Salsipuedes*. Por supuesto que no di con tan oscuro recoveco (tan fácilmente como quien va á la Catedral) pues me costó mas de una hora de andar jugando á *pan y queso*, y no fuera bastante, si á dicha no topara con un caritativo *Cicerone* de arrabal á quien por su equipo juzgué desertor del paraíso, quien mediante una peseta me puso en la angustiada situacion de haber de entrar en la mencionada callejuela como currucho en orabaina.

No fué monester llamar á la puerta de la casa, porque estaba abierta, y subiendo yo por una escalera en forma de tirabuzon iba á entrar en el primer aposento que encontré, cuando llegaba á mis oidos unas lamentaciones entre lánguidas, desesperadas y sentidas. Pongome á escuchar, y reconozco ni mas ni menos la voz de Pancracio que decia: „¡ay de mil las once son y nadie viene.“—Mientras Perfecta se come á los santos, encima de un copioso desayuno, yo ni me curo, ni almuerzo, ni...“ La voz de Pancracio salió tan desmayada, tan á poquitos, por decirlo así, que ya no me sorprendió el verle tan desfigurado y cabizcaido cuando entré. Grande alborozo mostré al verme, y despues que nos hubimes estrechado mutuamente, me dijo con tono suplicante: un favor no mas quiero que me bagas y es que vayas ahora mismo á la cocina y me traigas lo que encuentres de comer aunque sea el galo mismo salcochado, pues te aseguro con verdad que tengo el estómago mas va como que una máquina neumática y que si me introducen un pollo vivo ni *pio dice*; mas si fuera asado, amigo mio, me haria resucitar...“ Convencido yo de que el caso era urgente me dirijo con toda precipitacion á la cocina, y al entrar en ella, cual sería mi desconuelo, cuando en vez de sentir ese calor vivificante que en tales oficinas se percibe, reparé no solo que no habia lumbre pero ni aun carbon; sin embargo, despues de mil rebuscas, y de olfatear como un sabueso en todas direcciones, hallé por fin algo y aun *algos*, á saber: un gran plato de arroz en leche en cuya superficie se notaban las iniciales de los *dulces nombres* dibujadas con polvo de canela, y fué tal el gusto que el fallazo me dió, que sin considerar que para el capitán podia tal vez ser este un manjar dañoso, por la suma debilidad en que se venia, salté corriendo en tránsito y depuse mi trofeo sobre la cama. Va Pancracio volteaba los ojos en blanco y tenía el semblante mortecino, pero tan luego como vislumbró lo que tenia delante, volvió en sí de su letargo, y sin decir palabra comenzó á engullir como un inglés. Cuando en mi humilde opinion hbo tomado lo suficiente para recobrar las fuerzas, me aprovecché de la primera pausa que hizo para tomar aliento, y conseguí persuadirle, no sin gran dificultad, de que ya era tiempo de soltar la presa. Pasado un rato de silencio, comenzó Pancracio á sentirse mejor y entablamos el diálogo siguiente.

Pancracio.—Te debo la vida, querido amigo.

Yo.—Pero, hombre, qué significa este abandono en que te hallas.

P.—Ay, amigo, que hoy es viernes.

Yo.—Y qué tenemos con eso?

P.—Que Perfecta, juntamente con la vieja cocinera, salieron muy de mañana á confesarse y comulgar—y almuerzan fuera de la casa.

Yo.—Y que te dejan á ti, estando enfermo?

P.—Si, han ido á rezar porque me alivie

(Guardó silencio por algunos instantes y luego prosiguió diciendo: Para que conozcas que esta

no es la vez primera que tal hacen, te haré advertir que mi ajnar reducido á esta cama, la silla en que estás sentado y este armario, lo debo á la generosidad de unos hombres que, aunque no tan desinteresadamente como tú, me sirvieron tambien el desayuno hace algunos

días, habiéndome encontrado casi en las mismas circunstancias. Estos hombres eran tres

ladrones que penetraron aquí con igual facilidad que tú, y se llevaron lo poco de algun valor que yo tenia, pues sabiendo que por ningun motivo falta mi esposa, a sus antiguos devociones y que estaba yo solo y postrado en cama, conocieron que tenían todo la mañana á su disposición. Tan persuadidos estaban de lo que tarda á volver á casa mi muger, que no solo me trajeron el desayuno, como he dicho, y me dieron conversacion un largo rato, sino que viendo que yo tomaba la cosa con alma filosófica (indulgencia genial quiso decir) y despues de imponerse de cual era mi mal, me dió cada uno de ellos un *remedio*, *cátera* para combatirlo, asegurando cada cual que se me quitaría como con la mano. Uno de los medicamentos es tan singular, que no puedo menos de decirte por si algun día lo has menester. Tal parece que el ladrón lo robó á Cortés el famoso descubridor de los *secretos de la naturaleza*; el remedio es el siguiente. Tómase un huevo de gallina primeriza, y deslida que sea la yema en un cuartillo de leche de burra pintada, se echan dos crestas y media de gallo zoloso y se hace hervir todo durante un *credo* y un *ave Maria*. Esto se toma en ayunas, segun dicen, por tres días consecutivos.

Yo.—Pluguiese al cielo (dije para mí) que tan humanos así fuesen los ladrones literarios; que al menos los plagarios del ajuar no estropearon á su pobre dueño. Pero sabes, capitán, que es bien difícil atinar quién desplegó en esa jornada mas serenidad y buen humor, si tú ó los *visitadores*, y que á no ser porque me es tan conocido tu carácter, confieso que nada creeria de cuanto acabas de contarme!

A este punto habia llegado nuestra conversacion cuando noté que Pancracio se sobreia machucadamente mirando lo que aun quedaba del

postro, y sospechando yo que su ánimo era volver á la carga y continuar una brecha, que para él podía ser mina que le hiciese reventar, comenzaba á darle consejos relativos á la bondad de la dieta, á que contestó él diciéndome: „Muy buena será la dieta y muy santa, lo sensible es que yo me haya visto reducido á ella desde que fui declarado cesante contra mi voluntad; pero no me hacía reír lo que tú piensas, sino el considerar que mi costilla va á enfloreecerse á su modo cuando lláguen y va lo sucedido, por que has de saber, amigo, que ese arroz estaba destinado para su padre confesor por ser hoy día de su cumpleaños.“ Estraño sería, por cierto, repliqué, que después de abandonarte como á un cuadrupedo, viniese ahora á emberrincharse, sobre todo, cuando acaba de arropentirse de sus culpas; si bien se mira á tí te correspondía reprenderla severamente.

P.—Si tú supieras que Perfecta jamás me da tiempo de reírte porque ella se adelanta siempre á manifestarse quejosa y reñirme á mí. En cuanto á que acabe de confesarse, no se opone lo uno á lo otro, pues hay devotos que hacen esta cuenta: „El falgao de la conciencia, dicen para sí, está ahora vacío; un solo pecado por grueso que sea su calibre, no le llena, porque al fin una golondrina no hace verano, y aun cuando le llenara, no tenemos de vaciarle tal ó cuaj día que es el fijado de autemano.“ Así es que tales gentes no parece sino que van á descargar su conciencia á fin de poder pecar después con mas confianza; á la manera de aquellos que padecen achaques de sangre y suelen darse una sangría para poder asistir sin gran peligro á una comilona y beber mas que una esponja. Pero volviendo á mi cara mitad, lo divertí lo es que su cólera no es decididamente una cólera, que eso sería opuesto á la virtud, sino una mezcla de ira, sentimiento y ataque nervioso, todo junto, como tendrás ocasion de verlo dentro de breve rato, pues ya no puede dilatarse.

Yo.—A fe mía que no veré tal; pienso marcharme ahora mismo porque tengo á tu esposa cierto temorecillo, cuando me acuerdo del arroz....

P.—No es para tanto, amigo mio; que el fin es timorata y acaso, acaso, mas de los hombres que de Dios. Además, si es billosa y por eso come magnesia á cada instante, procura contenerse, aunque es verdad que no siempre lo consigue, pero basta, según ella, la intención.

Yo.—A pesar de todo, no juzgo que tu mujer sea una hipócrita, esto sería hacerla un agravio; pero sí debes confesar que está en vía de serlo, si no se logra que alguien le vaya á la ma-

no en su excesiva devoción. Porque cómo podrá ser está grata á Dios si hace olvidarse de sus quehaceres domésticos, sino desatender la salud de su marido hasta el estremo de dejarla vilmente abandonado, y aun gastar en postres y quizá en novenas, lo que debiera destinar á medicinarle y asislerle cual conviene?

P.—Es un evangello cuanto acabas de decir, y lo único que siento es que tú no puedas ser el confesor de mi muger. A propósito de novenas y para que veas con curiosa es una de las que Perfecta suele rezar con mas fervor, hárme la gracia de entresacarla de las que están en aquel armario viejo.

Obedezco; y después de examinar los títulos de algunas, hallo en efecto un librito á la rústica, cuyo título era: *Papachos al alma vestida en el amor de Dios, por el autor de la geruga espiritual gira el aban estreñida*. No pude menos de exclamar: „el hombre es sin duda alguna un animal de hábitos! (según dicen los fisiólogos), y reíamos á reventa cincha de tan ingeniosos títulos, cuando he aquí que se dejan otros pasos, y ya temblaba yo creyendo fuese D. Perfecta, cuando se presentó en la escena un nuevo é interesante personaje, que sin tener letrado en la frente, daba luego á conocer que era un milgino sacristan, no solo por no gastar sombrero, sino por la coleta, lo amoratado de su nariz, indicio claro de que tambien él sabe y suele decir misa, etc. etc. etc. (De cuántos apuros sacan los ecleteras!) Dicho sacristan traía nada menos que un recado de D. Perfecta en que hacia saber á su marido que en virtud de tener que salir por la tarde con la doncella en la procesion de desagravios y haber almorzado en un convento de monjas, no consideraba prudente emprender desde allí el viaje hasta su casa; por lo que supplicaba á Pancreacio que no la aguardase á comer y la remitiese con el tío Porras el postre que habia ella misma preparado. „¡Por S. Juan Teotihuacán!“ exclamó Pancreacio algo mohino, al oír tal mensaje, „y quiere todavia que le mande el arroz que es lo único de comer que hay en la casa! pero lo mas gracioso es que me supplica que no la espere á comer. ¡Por ventura he de roer el banco de mi cama ó devorárla escoba; como D. Malaquías!“ Al decir estas palabras Pancreacio, perdiste en su rostro que ya se le habia pasado la cólera y que volvía á asomar en sus labios cierta sonrisita socarrona que le es característica y que no le habia abandonado ni aun cuando ya volteaba los ojos en blanco de pura debilidad. Estuvo á pique de creerle un angel, viendo tan

á las claras su impasibilidad y su carácter á prueba de bomba, pero reflexioné que no hay ni puede haber querubines de patillas; así es que después de despedir secamente á Porras, el digno embajador, dije al capitán: Ya veo, hijo mio, que lo único que te hace alguna merced, de cuantas injusticias comete contigo tu muger, es el bloqueo que pone á tu estómago de tiempo en tiempo; si en vez de sangría tuvieras sangre en las venas, ya habrias hecho entender á esa buena señora como se debe manejar.

P.—Mira, querido, para que oiga yo con mas recojimiento los sabios consejos que te dignas darme, será bueno que me acerques ese platillo, que así pienso matar una tentacion que no me deja escucharte ni reflexionar sobre mi estado con la debida madurez.

Yo.—Si tu sistema de ahuyentar las tentaciones, Pancreacio, fuera universal, bien podría cruzarse de brazos el demonio y recibir como tú su jubilacion; pero hablando seriamente, (hombre de Dios! estoy ya convencido de que si la enmienda de tu muger pende de tí, sin duda que vas á morir como perro que se quedó olvidado en la bodega, porque eres un indolente consumado y esto disculpa en cierto modo el desamor de tu muger. Ahora me convido de que *dos mitades* no siempre hacen un entero, como á mí me enseñaron en la escuela. Así, yo tendré que ver cómo se remedia tu suerte, entretanto que recobras la salud; mas para ello solo hay un arbitrio y es de autemano has de darme palabra de que no te opondrás á el sea cual fuere.

P.—Inútil precaucion, amigo mio; si ya sabes que no me opongo jamas á nada, que es quizá mi único defecto, y que no haria contigo una injusta excepcion.

Yo.—Pues Señor, mientras te alivias, yo soy el marido de tu muger, . . . tú no te asustas, ya lo veo, ni hay para qué, pues será solamente para que no des paso alguno durante ese tiempo sin mi aprobacion, ó mejor dicho, (porque tú no has de dar paso ninguno ni aun impellido por la palanca de Arqueimides) para que tú apruebes cuanto yo haga á fin de que tu muger sea mas terrenal.

„Prometo cuanto quieras,“ dijo Pancreacio engullendo lo que restaba del arroz con una actividad que unicamente desplega á la hora del *chic, chac*.

Yo.—Pues entonces disponte á partir conmigo en un coche que voy á hacer venir.

Poco ó ningun trabajo me costó persuadirle de que era forzoso dar este paso para la conse-

cuacion de nuestro fin, porque, como el lector habrá observado, es el capitán uno de tantos que no siendo necios de nacimiento, desempeñan divinamente este papel en la sociedad y se dejan convencer de cuanto uno quiere, por ser ellos demasiado perezosos y remisos, no ya en el obrar, sino aun para ponerse á discutir.

Para que el lector no emplee á dar los saltos que acostumbra cuando algo le fastidia, y por si acaso no dió uno mayor que el de Alvarado luego que echó de ver mi pobre nombre al pié de este articulo, voy á darle noticia y comunicarle en brevisimas razones el fin y posere de tan caseras aventuras.

Llevé á Pancreacio á mi casa, y habiéndole hecho reconocer por un médico amigo, (cosa singular! en vez de ordenarle sanguijuelas y sangrias á pasto ó *palmarie* como ahora se usa, le mandó por el contrario que procurase alimentarse bien, declarando solamente que la involuntaria abstencion en que, como dependiente de la uacion, habia vivido, era la causa evidente de su mal. Esta declaracion me sugirió la duda de si las enfermedades crónicas de que adolece la desplumada águila de la república, serán efecto de un ayuno semejante al de Pancreacio, ó bien, si los consumos sangrados políticos que hay entre nosotros habrán descubierto y están quizá aplicando este tratamiento dietético para que desaparezcan esos males. Ello ha de saberse en corto tiempo, porque la enfermedad ya hace crisis; pero volviendo á mi pacífico paciente debo informar al caritativo lector de que á los pocos días se vió tan restablecido, que hubiera podido trabajar para adquirir el pan si hubiese por ventura medicinas que diesen ganas de trabajar, como las hay que abren la gana de comer; pero yo tengo entendido que el capitán fué cesante desde el vientre de su madre y que es el mas entusiasta partidario del *diées sur niente*, que hay en la república, lo que equivale á decir mucho sin exagerar en lo mas minimo, pues ni el hambre que es el mejor *antiflogístico*, que ha llegado á mi noticia es capaz de poner en movimiento á algunos de mis compatriotas.

„Pero ¿la esposa de D. Pancreacio?“ Tiene razon el lector, y así debo decirte que mientras D. Perfecta siguió percibiendo los prorates que correspondían á su marido, no se dió mucha prisa para averiguar su paradero; pero que tan luego como yo le contuve el resultado buscóle por mar y tierra hasta dar con él. Hicé creer á D. Perfecta que el capitán estaba furioso contra ella por el despego con que lo trataba y ella me prometió ser menos buena (en

adelante) y considerar á su esposo tanto ó mas que á su padre confesor. Yo dudo que vivan en armonía largo tiempo, porque él es un marido de mazapan, y ella, según despues he visto, señora de genio muy vidrioso y que dotada de una alma ardiente necesita de amor y ser amada con vehemencia, pues bien mirado es una buena muger. No es, pues, poca fortuna para Pantracio que haya dado ella en amar á los San-

tos y á las monjas; que, al fin, no es para él tan peligroso este amor, como el del próximo. Todo lo que llevo referido me inclina á creer que si como dijo el padre Lachaise, es cierto que „les dévots ne sont bons à rien“ tambien lo es que „los flemáticos son malos para todo, puesto que ni maridos saben ser.“

MALAEVINA Y BIENFICIA.

EPÍSTOLA.

COMO pasar cabe la fresca fuente
Abrásado de sed, y en sus cristalés
Ni siquiera mojar el labio ardiente?
¿Cómo al mirar sus formas virginales,
De amor sediento el corazón, pudiera
No adorar sus eneatos celestiales?
Pedid que petrifique el sol la cera,
Y endurezca en las cumbres esos nieves;
Mas no al ánimo nio tal quimera.

Pedid que el mar de sus espumas leves,
Al derramarse inquieto por la orilla,
No estampe en ella las señales brevis;

Mas no pidáis que en mi ánima sencilla
No me atize su silencio el fuego vivo,
Que agora al par de mi esperanza brilla.

Que luz ó libertad, ciego ó cautivo,
No me pedid, mas no por justo caso
Que la mire jamas con ceño esquivo.

¿Visteis tal vez las nubes al ocaso
Despejarse en la tarde, cual queriendo
Al sol cerrar el magestuoso paso;

Y al astro rey tranquilo descendiendo,
Sin curso del rayo que serpea
El pardo seno de la nube hendiendo?

Tal de mi amor la inestinguible tea,
Sin curarse de enojos ni razones,
La rita sigue que adoptó la idea.

¿Cuando pudieron fervidas postiones
Vallas ni muros respetar, alzados
Anso por avaras pretensiones?

¿Enfrenaréis los rios desatados
Que de las altas cimas desprendidos,
Ruedan rugiendo hasta inundar los prados?

Sobre inmensos palacios encendidos
Cuando crujen, cayendo en negra ruina,
De la llama voraz á los chasquidos,

Que sus propios estragos ilumina,
Derramad, si queréis, el agua poca
De pobre fuente á vuestro hogar vecina.
¿Qué alleano al fin vuestra ignorancia lo-
ca!...

Antes la llama en la techumbre ardia,
Y agora al cielo con furor provoca.
Quisisteis sujetar la pastor mia
Con obstáculos mil, y aun apagarla
Con el hielo fatal de razon fria:

A mis ojos la ley de no mirarla
Quisisteis imponer, y todo junto.
Mas y mas obligome á idolatrarla.

Creció la llama con el agua al punto,
Gigante mi esperanza creció luego,
Del incendio voraz copia ó trasunto;

Cual nieve al sol ó como cera al fuego
Vuestra loca esperanza se deshizo,
Y el orgullo tal vez bajóse al ruego.

Tal, en antiguos tiempos, dízque hizo
La vana autoridad de noble gente
De un mágico falax ante el hechizo.

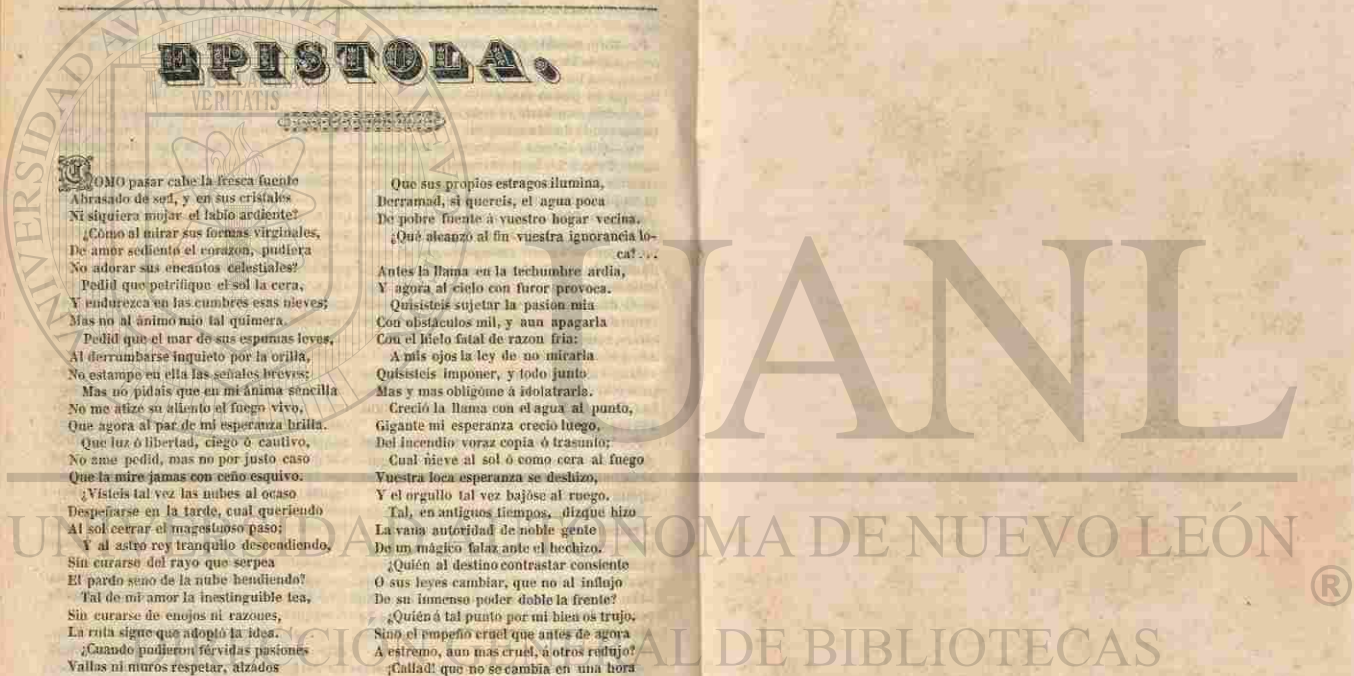
¿Quién al destino contrastar consiente
O sus leyes cambiar, que no al influjo
De su inmenso poder doble la frente?

¿Quién á tal punto por mi bien os trujo,
Sin el empeño cruel que antes de agora
A estremo, aun mas cruel, á otros radujo?

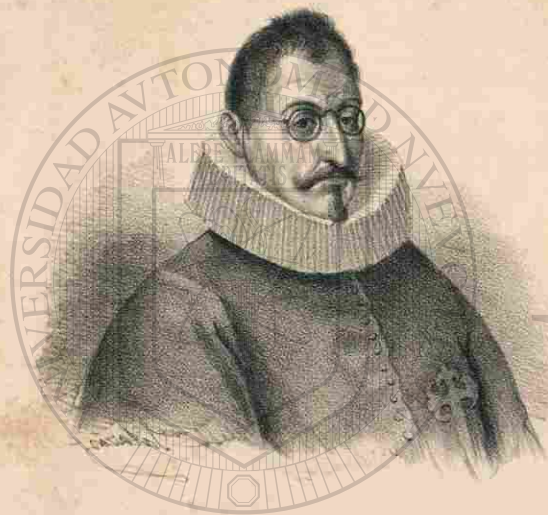
¿Callad! que no se cambia en una hora
La costumbre que arraigan muchos años
En el alma infeliz que se enamora.

.....
Sienta de amor y de desien los daños,
Doble tormento que el vivir divide
Entre ilusiones ¡ay! y desencantos;

Dadme por fin lo que morir impide,



Lit. de Mascheroni.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA

Y eterno infierno en mi existir eterno;
Mas no queráis que á la que altero olvide.

No pretendáis que mi cariño tierno
Trocque en indiferencia, y que en mí mismo
Lleve á mi soledad mi negro inferno.

Y tú ¡ser de mí ser! flor que al abismo
Mi amor arrastra en iracundo empuje.

Víctima ¡ay me! y verdugo de sí mismo;

Laura infeliz al huracán que roge,

El alcázar que alzó mi fantasía,

Roto el cimicuto, amenazante cruje.

Tu aceptaste en mi amor mi muerte impia;

¡Y á cuánto duelo á tu beldad condena

Mi maldonado amor, paloma mía!...

Mas ora vague en la ribera amena

Del claro río que tus pies murmura;

Ya surque el mar en fugitiva entena;

Pobre ó rico, con suerte ó sin ventura

Siempre te adoraré, siempre adorarte,

Ann despues de morir, ni fe te jura;

Que es muy poco una vida para amarte!

Enero 12 de 1843.—C. C.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON DIEGO CARRILLO MENDOZA Y PIMENTEL,

Conde de Priego y Marques de Gálvez. Décimoquinto virrey de la Nueva-España. De 1621 á 1624.



1621.

EMOVIDO el marques de Guadalcázar para la gobernación del Perú, la real audiencia quedó gobernando la Nueva-España desde el 14 de marzo, hasta el 31 de setiembre, día en que entró en México el nuevo virrey. Ningun acontecimiento notable tuvo lugar en este corto interregno, por decirlo así, y habría que sepultarlo completamente en el olvido, si no hubiera llegado en esos días á México una real cédula de Felipe IV, en que lo participaba á la audiencia la muerte de su padre, y en que al mismo tiempo le prescribía que proveyese y publicase los lutos en todo el reino, que celebrasen sus funerales con fasto y pompa, y que lo jurasen á él con todas las solemnidades acostumbradas. A la sazón, el 21 de setiembre llegó á México D. Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, conde de Priego y marques de Gálvez, quien hizo que se llevase á cabo cuanto prescribía la cédula real. Se publicaron los lutos y se juró solemnemente á Felipe IV, como rey y señor de las Españas, por cuyo motivo el regocijo fué universal y duradero en todos los pueblos de estos reinos. Al

pensar el rey de España en el marques de Gálvez, cuya rectitud y amor á la justicia y al orden conocia demasiado, para el virreinato de una de sus mas poderosas colonias, muy presente tuvo el estado miserable de estas, en que trastornado completamente el orden social por las ambiciones de unos y el fanatismo y la superstición de otros, no habia ni justicia, ni orden, ni seguridad personal. Acertada fué la elección del monarca, pues como veremos luego, en nada disminuyó el marques su carácter, si bien su equidad le fué á él personalmente demasiado funesta.

La historia de las ciencias, nula hasta cierta parte entre nosotros, exige que consignemos aquí un hecho no poco interesante: el 29 de noviembre se abrieron por primera vez en la universidad de México lecciones de cirugía por el Dr. mexicano Cristóbal Hidalgo y Bandaval.

1622.—Tan luego como el marques se impuso á fondo del estado de la administración; que vió que todos sus ramos estaban vergonzosamente desatendidos, especialmente el de justicia, ya por la incuria, ya por la venalidad de los jueces, trató de poner término á tantos desórdenes, combatiendo la impudencia y el

1621.

1622.—Tan luego como el marques se impuso á fondo del estado de la administración; que vió que todos sus ramos estaban vergonzosamente desatendidos, especialmente el de justicia, ya por la incuria, ya por la venalidad de los jueces, trató de poner término á tantos desórdenes, combatiendo la impudencia y el

descaro de los empleados, con la energía de sus disposiciones. Su proyecto para el arreglo de la administracion era vasto, le era imposible por tanto ponerlo en práctica luego en todas sus partes: quizo sabia muy bien cuán arriesgado es el determinarse á estirpar de un solo golpe todos los abusos de una sociedad; pues el tajo que corta las cabezas de los culpables, las mas veces alcanza á la del mismo que pronuncia la reforma. Asi es, que, habiendo llegado á su noticia lo infestado que estaban los caminos de salteadores, y lo difícil que era, por tanto, transitar por ellos, sin exponerse á perder hasta la vida entre sus manos, el marques de Gelves en este año de 1624, se dedicó exclusivamente á perseguirlos, á vigilar sobre que sus causas siguiesen un curso rápido y arreglado á justicia, para evitar de este modo que la venalidad de los jueces las retardase ó las diese otro giro; y á ejecutar con todo rigor en estos malhechores la sentencia de los tribunales. Para el efecto, el marques dio orden de que se repartiesen por todos los despoblados cuadrillas de gente armada, las que al menor aviso acudían á perseguirlos hasta sus mas ocultas madrigueras, de donde los remitían bien escoltados á sus jueces competentes, quienes les procesaban pronto, para que su sentencia se ejecutase sin dilacion. De esta manera logró el marques dar seguridad á los caminos, limpiándolos de tantos malhechores, é inspirar temor al pueblo, que al ver tal rigor, no tardó mucho en darle el sobrenombre de *Juez severo*, título que, como dice Cayo, *redysudaba en su gloria*. Tales medidas, loables sin duda en aquellos tiempos, en que la voluntad de un hombre, ó la de su delegado, disponía á su antojo de cuanto concernia á los súbditos, inspiraron temor á los culpables, y por consiguiente le atrajeron sin odio al marqués, quien ostendió ademas su vigilancia á la administracion de la hacienda. Mas á medida que se atraía la hostilidad de estos, se conquistaba el aprecio de los hombres rectos, que nunca faltan en ninguna sociedad por mal ordenada que esté, como sucede á todo buen gobernante, muy al contrario de lo que pasa al dilapidador de los fondos públicos que se ve en la precision de buscarse un partido entre aquellos que ayudándole en sus dilapidaciones son los únicos que pueden sostenerlo contra la opinion de todos cuantos ven y palpian los excesos á que le arrastra su ambicion.

1624.-- En este año se interrumpió la obra del desagüe de Huehuetoca, sin motivo á lo que parece, pues las aguas del pasado no fue-

ron tan escasas que en este no se temiera una inundacion. Cayo asegura que esta suspension no se hizo, sino únicamente por capricho del virey, quien á pesar de las instancias del ayuntamiento, insistió en que no se continuase. Gemelli ademas refiere un hecho, difícil de creerse, si se atiende á que le hubiera sido muy fácil á cualquiera proveer las funestas consecuencias que trajo; mas que será preciso referir aqui tambien por la apariencia de verdad con que el citado viajero lo relata, pues como dice Cayo, tal vez lo hubo de algun testigo ocular. Es pues el hecho, que el 13 de junio de este año, época de las lluvias fuertes, el marqués de Gelves mandó destruir el dique que impedía que el rio de Acollhuacan, ó de Quantilán (Cuantilán) comunicase con las lagunas. Era de esperarse que este ingreso repentino de aguas en estas, hiciera que creciesen de una manera tal, que derramándose, inundasen todo el valle; mas no sucedió así, pues la creciente solo subió á una vara y dos dedos, lo cual no ocasionó ningún daño á la ciudad. Aparentemente la prueba salió bien, y era de esperarse que en lo de adelante si no cesaban del todo las inundaciones, fuesen de muy poca consideracion. No obstante esto, en el mes de diciembre, estacion en que las lluvias en Mexico, si las hay, son excesivamente moderadas, y en que con la prueba de junio nada habia que temerse ciertamente, crecieron de pronto las lagunas á tal punto, que causaron una grande inundacion en la ciudad. La causa se ignora, y es el caso que si el hecho es cierto, el virey debió quedar en estremo confundido por los males que atrajo á la poblacion con su imprudencia. En este año fundó el colegio de San Ramon de esta ciudad D. Alonso Enriquez de Toledo, obispo de Cuba. (1)

1624.-- Antes de referir los acontecimientos que tuvieron lugar en este año célebre por el tumulto que á sus principios hubo, y que causó la ruina del marqués de Gelves, nos vamos en la precision de volver atrás para manifestar las causas que lo prepararon, examinarlas detenidamente, y esponer tanto aquellas, como las que lo determinaron, de manera que se pueda formar algun juicio sobre los acontecimientos del 15 de enero de 1624. La desavenencia, el choque ruidoso, como se verá luego, tuvo lugar entre los dos principales personajes de la Nueva-España, entre el virey y el arzobispo, ambicion

(1) Este colegio permaneció hasta estos últimos tiempos, en que las becas fundadas en él se agregaron á las del primitivo de San Juan de Letrán.

los poderosos y de influencia, el uno con poder temporal, el otro con poder espiritual, que en esos tiempos tenia sin duda cien veces mas fuerza que el primero; y con un tercero entre ellos, la audiencia, que era al que tocaba la decision. Esta en efecto la hizo, inclinándose, veremos luego á quien (2).

Sabido es cuán grande era el influjo que en la Nueva-España ejercia en ese tiempo el poder eclesiástico: sin el aparato de la fuerza material, que atemoriza al pueblo por los males físicos que puede ocasionarle, ese poder gigantesco en esa época lo tenia sumiso y presto á obedecer sus menores caprichos con solo su fuerza moral, con su terrible aparato de censuras y anatemas que sobreogian de espanto los ánimos supersticiosos, que eran, si no todos, los mas. Gefes absolutos los arzobispos de ese poder, en su mano y á su disposicion tenian las armas formidables que los hacian dueños de la voluntad del pueblo, que creia ver en sus decisiones las del espíritu de Dios. Sin contener á veces en los límites que separaban su jurisdiccion de la civil, se propasaban á obrar en cosas que de ninguna manera les pertenecian de derecho, fiados en que nadie se opondría á sus caprichos, pues en la corte vireinal en la supersticion tenian su mas firme apoyo, y en la

(2) Al llegar á este punto, Cayo advierte que su relacion la hizo de cinco que se dieron á luz en esa época, tres á favor del virey y dos sosteniendo la causa del arzobispo; asegura al mismo tiempo que las dos últimas obraron del todo las impudencias que se le hacen al arzobispo, y fundó en sólidas razones los cargos que se le hacen al virey; por consiguiente, su edicion la fundó Cayo en las últimas; de donde resulta que incluyó en estremo al virey y mas al arzobispo libre de toda tachas. En su relacion nada de esto se menciona, porque teniendo á la vista documentos tanto en pro como en contra, y estando libre de la parcialidad que Cayo, en contrario, era pronto que tuviese respecto de las mas eclésiasticas, era pronto que tuviese respecto de las mas seculares. En el caso que se trata como pasaron del arzobispo, refirió los hechos tales como pasaron, ya sean en pro, ya en contra del uno ó del otro. Como prueba de la parcialidad de Cayo en este punto, puede citarse la omision que hace de los grandes defectos del arzobispo, cuando revela los del virey, diciendo: que era hombre arrebatado, que no daba cumplimiento á las reales ordenes, y que sin guardar las formalidades del derecho, hacia lo que quería. Otro tanto podria decirse del arzobispo, quien, ademas, sobre manera inquieto, no era la primera vez que chocaba con el poder civil, pues durante el anterior gobierno de la audiencia, habia tenido ya con ella desavenencias, igualmente por motivos de jurisdiccion, como lo comprueba un documento que entre otros inéditos de esta época tengo á la vista.

metrópoli en el consejo de Indias, alucinado, si no sobornado por los diligentes procuradores que en él abogaban por ellos. Seguros ademas de su independencia del poder civil, y de que este bien se guardaria de entrometarse en cosas de su jurisdiccion, hacian impunemente su capricho, y á veces sus obras eran contrarias, tanto al espíritu de su ministerio, como al de caridad que debia animarlos.

El poder civil, si bien con la fuerza suficiente para obrar en casi todo, carecia de la necesidad, cuando sus medidas debian dirigirse en contra del eclesiástico, pues en este caso de nada le servia á aquel la fuerza que tan ventajosamente oponia en los demas, cuando este tenia subyugada la opinion general. La audiencia y el virey, como tal, y como presidente de esta, dictaban sus disposiciones, estas encontraban fuerte oposicion en el eclesiástico, y eran vanos al fin sus esfuerzos, porque este, recurriendo á sus medios violentos y ordinarios, inflamaba la supersticion y echaba sobre aquellos á todo un pueblo supersticioso, el mas temible sin duda de todos los pueblos. Este era el resultado, no de ninguna combinacion política, sino del influjo de las circunstancias: el clero predominaba, porque ocultando al pueblo sus derechos con el velo del deber religioso, se habia criado en él un mas celoso sostenedor; y era por tanto preciso, segun el estado de las cosas de la época, que roto el equilibrio entre estos dos poderes, el eclesiástico preponderase sobre el civil con causa justa ó sin ella. Felizmente, desde la conquista hasta la época cuya historia tratamos de bosquejar, pocas ó ningunas desavenencias habia habido entre estos dos poderes, bien por la prudencia de los dos gefes que llevaron hasta allí sus riendas, bien por la conciliacion de uno de ellos en ceder á la obstinacion del otro. Mas llegó un tiempo en que obstinados ambos en no ceder un solo ápice de lo que llamaban sus derechos, chocaron, diseminándose á la lucha, consecuencia necesaria de su choque. Este acontecimiento notable en nuestra historia, verificóse á principios de este año de 1624, entre el virey marqués de Gelves y el arzobispo de México D. Juan Perez de la Serna.

Innumerables fueron los abusos que á su llegada á México tuvo que reprimir el marqués; y grande vigilancia necesitó para que sus disposiciones se llevasen á cabo. Promovió reformas así en los ramos de la administracion desatendida, como en casi todas las corporaciones que con escándalo general vivieron hasta allí en un desorden inaudito: se armó

de rigor, y castigó á los culpables en todas materias; quienes se convirtieron en sus enemigos mas encarnizados. Grande, por ejemplo, era la aflicción que reinaba entre las clases menesterosas de la ciudad y de sus alrededores por la falta de maíz, de que no podían proveerse por su gran carestía, pues do doce reales, precio antiguo de la fanega, habia subido entonces á cuarenta y aun á más. No tardó el virey en saber que unos cuantos acuitalados eran los que monopolizaban el maíz, comprándolo de los hacendados á bajo precio, para revenderlo al que los placía; y como supiese al mismo tiempo que estos eran amparados y favorecidos por las autoridades, y que no habia pósito en la ciudad, pues algunos regidores se habian repartido entre sí, y disfrutaban con un descaro inaudito de los caudales que debían formarlos, trató de poner pronto remedio á tanto desorden. Para ello, obligó á los dichos regidores á que restituyesen los caudales del pósito; y con estos y diez mil pesos de sus rentas que cedió á los fondos de la ciudad, mandó se hiciesen provisiones de maíz que se depositaron en la alhóndiga; obligó igualmente á cuantos hasta allí habian estado revendiéndolo con notable provecho suyo y perjuicio de la población, á que abriesen sus trojes; y le fijó, en fin, á la fanega, el precio de veinte reales, con cuya baja proporción gran comodidad al público, y á los revendedores una pérdida de un 50 por 100 en las ganancias que habian calculado. Con tal disposición, el virey se echó sobre sí la odiosidad de las personas mas influyentes; pues tanto á algunos individuos de la Audiencia, como del ayuntamiento, y de las primeras clases de la ciudad, no convenia esta reforma por ser contraria á sus intereses pecuniarios. Interesado á lo su- mo estaba en este negocio Don Melchor Perez de Varez, de quien luego veremos la parte que tuvo en la desavenencia entre el virey y el arzobispo, alcalde mayor de Ixtlahuaca, y que á la sazón, contra lo expresamente prevenido en multitud de cédulas reales, renu- ncial al empleo de alcalde ya dicho, el de corregidor de México que se le habia conferido durante el gobierno de la Audiencia, por inju- stia de los oidores Galdos de Valencia y Pedro de Vergara Gaviira, grandes amigos suyos. Guar- daba en sus trojes el dicho Varez 12.000 fanegas de maíz, de cuya venta al precio cor- riente antes de la reforma del virey, habia calculado una ganancia exorbitante; mas como viese que por las últimas disposiciones sus ha- beres se reducirían á la mitad, se tornó en ene-

migo implacable del marqués, y juntamente todos sus amigos, á lo que sin duda contribu- yó mas que todo, el que habiéndose opuesto el fiscal al nombramiento que se habia hecho en Varez de corregidor de México, por ser en notable desacato de los ordenamientos reales, y haber promovido gran pleito por esto, el vi- rey no remitió su proceso á la Audiencia, pues sabia que siendo amigos suyos los mas de los oidores, decidirían á su favor, sino que lo remi- tió al consejo de Indias, el que le condenó á que dejando el corregimiento de México se volviese á su alcaldía de Ixtlahuaca, y á los oi- dores en cien ducados á beneficio del fisco real. Ahora, por lo que respecta al arzobispo, ni él tenia al principio motivo de animosidad en contra del virey, ni este en contra del arzobis- po; si esta nació luego entre los dos, fué por lo que diremos ahora. No hacia mucho que el virey se habia instala- do en el gobierno, y ya le llegaban multitud de memoriales en que se quejaban amarga- mente del arzobispo, ya por la venalidad ó par- tialidad de las sentencias que se daban en su tribunal, ya por su ambicion particular, pues solicitaba cargos en lo que no llevaba otro ob- jeto que el de medrar. Acosado el virey por tanta queja, no quiso no obstante dar ningun paso que comprometiese en publico la reputa- ción del arzobispo, ora por aprecio de su per- sona, ora por respeto á su dignidad; así es que se decidió á manifestarle en particular y con- fidencialmente los motivos de queja que algu- nos decían tener contra él. Dijo como se murmuraba de cierto divorcio que sin causa bien justificada se habia hecho en su tribunal, y de como se decia que en él se juzgaban con bastante ligereza negocios de esta entidad: es- pulsóse las quejas de ciertos cofrades que asegu- raban no haber solicitado el el rectorado de la cofradía sino para aprovecharse de sus rentas; habló de lo fácil que se decia que era en ad- mitir regalos de los eclesiásticos que tenían al- gun pleito, ó pretension pendiente en su tribu- nal, y al mismo tiempo de lo que se murmuraba por una carnicería publica de que era dueño, y en la que los precios de la carne eran mucho mas subidos de lo que se acostumbraba en las demas. El arzobispo, que no carecia de orgullo, tomó por injurias los avisos que quizá la amis- tad habia dictado, y de aqui nació entrambos esa animosidad de tan funestos resultados. El virey ademas estaba interesado, contra el parecer del arzobispo, en que las doctrinas de los indios no se diesen á clérigos y á religiosos de las órdenes recién venidas á la Nueva Espa-

ña, poco, ó nada peritos en las lenguas del país, sino en que se dejasen á los religiosos de las órdenes antiguas, los que ademas de ser bastante instruidos en los idiomas de los indios, conocian á fondo sus costumbres ó inclinaciones, por lo que en su concepto eran mas aptos para dirigirlos (1). Nuevo motivo fué este de animosidad entre el virey y el arzo- bispo, y entre aquel y el clero secular y al- tos individuos del regular. Esa reforma que el virey habia meditado, y que poco á poco ha- bía ido realizando, predispuso de tal manera en su contra los ánimos de los interesados en el desorden que hasta allí habia reinado, que publicamente se murmuraba de su gobierno, se hacian representaciones secretas á la corte para perderlo, y se esparcian habillitas que presagaban no muy felices consecuencias, á todo lo cual el arzobispo no contribuía poco. Con tales predisposiciones, la menor circunstan- cia debia influir en que acabase de declarar- se el rompimiento; y en efecto, así fué, como veremos ahora. Por setiembre, 1623, Manuel Soto, vecino de México, denunció á D. Melchor Perez de Va- rez, alcalde mayor entonces de Metepec de cosas graves, tales como que á los indios de su jurisdicción les imponía cargas y les obligaba á pagar á su aliojo contribuciones y á comprar á precios subidos las carnes de sus ganados, aunque estuviesen ya corrompidas, y los gran- nos buenos ó malos que producian sus tierras, obligándolos igualmente á que le vendiesen á precio muy bajo las cabezas de ganado que poseían, si no de grado, por fuerza. El virey, que supo por esta denuncia las arbitrariedades que Varez estaba cometiendo en el parti- do de su jurisdicción, comisionó á un alcalde de corte para que hiciese cuantas diligencias

demandaba aquel negocio, hechas las cuales, y hechas las pruebas irrecusables, confirma- das de antemano por testigos y asegurada la persona de D. Melchor, se remitióron al con- sejo de Indias las mas graves, para que senten- ciase en ellas, y se siguió entretanto en México la causa de Varez por las mas leves que no se habian sujetado á la decision del consejo. Has- ta allí solo habia estado Varez detenido en una casa particular por no haber querido ha- cer un reconocimiento que se le exigió en con- tra de sus amigos; mas atendiendo el virey á otras circunstancias, mandó, que previas fian- zas seguras, saliese de aquella casa y tuviese en lo de adelante la ciudad por cárcel, á lo que habiendo contestado Varez que no tenia fian- za ninguna que dar, mandó el virey que saliese no obstante, imponiéndole una pena de dos mil ducados, si abandonaba la ciudad. Y para que entre tanto su causa no se retardara, le remitió para que la sustentase al oidor Alonso Vazquez de Cisneros, recién venido de España, quien durante dos meses se negó á hacerlo, al cabo de los cuales, obligado por el virey, se encargó de ella hasta concluiria. En este estado se encontraba la causa á mediados de 1623, cuando el denunciador de Varez recuso al dicho juez Cisneros, suplicándole al virey le quitase la causa, por lo que este la pasó en- tonces á manos del fiscal de Panamá, D. Juan de Alvarado Bracamonte, que á la sazón se ha- llaba en México, quien habiendo sido recusado á su vez por Varez, el virey le agregó á D. Fran- cisco Enriquez de Avila, corregidor de Méxi- co, para que le acompañasen la sustentación de dicha causa. Ya tocaba esta á su término cuando los jueces proveyeron auto contra Varez para que asegurase el juicio y se arraigase de fian- zas; mas habiéndolo sabido este de antemano, y sin aguardar la notificación del auto pro- vido, tomó su broquel, destiñó su espada, y entrando en un coche con algunos criados suyos, fué á retraerse al convento de Santo Domingo. En el entretanto se determinó la causa y concluyó el pleito por la sentencia de- finitiva de los jueces, que condenaba á Varez en mas de 70.000 ps., y en destierro perpetuo de las Indias. Tras esto el denunciador dió par- té á los jueces de cómo Varez en el lugar de su retraimiento, arreglaba sus cosas y medita- ba su partida á España fugándose; y aquellos que vieron ser verdad esto, le pusieron cuatro ó seis guardias para que lo vigilasen (2), y le

(1) En este punto quizá el virey no obraba con to- da la imparcialidad necesaria, pues al bien es cierto que los religiosos de las antiguas órdenes eran los mas apro- pósito para las doctrinas de los indios, por el grande estudio que habian hecho de su idioma y de sus costum- bres, lo es tambien que se habia mandado por cédulas reales el que se les quitasen á estos cédulas á la que has- ta allí no se le habia dado cumplimiento por orden del virey, indudablemente sin duda á gilo por el padre, Basgriella y otros superiores que estaban interesados en ello. Cayo ponce octo, como una de las pruebas de la arbitrariedad del virey; mas á pesar de todo, no sale tan culpado de lo que si se atiende á la justicia que bajo otro respecto tiene la medida, pues no hay duda en que hubiarax pa- decido mucho las doctrinas, si se les hubiesen confiado á clérigos y religiosos, ignorantes de la lengua y cos- tumbres de los indios.

(2) Según se infiere de la relacion de Cayo, estas medidas se tomaron nada mas que por sospechas infun-

prohibieron toda comunicacion. Esto fué á fines ya de 1623, y de este último hecho tomó origen el rompimiento ruidoso.

Viendo Varaz que le habian puesto guardias, hizo las mayores diligencias para que llegase á manos del provisor y del arzobispo un memorial en que le pedia prohibiese los guardias que se le habian puesto, alegando que de esa manera se quebrantaba la inmunidad eclesiástica, y obligando á los jueces con censuras si se resistian. El arzobispo con una diligencia para notificar á los jueces que quitasen las guardias por quebrantarse con eso la inmunidad eclesiástica, á lo que habiendo contestado aquellos que Varaz no gozaba de la dicha inmunidad por haber quebrantado la prision, el arzobispo los escolmulgó juntamente con el notario y los guardias mismos. Los escolmulgados acudieron entonces á la Audiencia, como recurso de fuerza, la que los absolvió por veinte dias, mandando que el notario hiciese relacion de lo ocurrido, con lo que se conformó el arzobispo, habiendo exigido este entonces al escribano de cámara de la Audiencia, Cristóbal Osorio, entregase á su notario los autos de los jueces que pusieron los guardias, para que hiciese relacion de ellos, y no habiendo querido Osorio entregarlos, alegando para ello que solo él podía hacer relacion de autos que ante él pasaban, proveyó auto el arzobispo, para que Osorio ó su oficial mayor entregasen los dichos autos, pues de lo contrario quedarían escolmulgados, y los mandaría fijar en la tablilla. Fué á notificar este auto á Osorio el notario del arzobispo, clérigo, á quien no detuvo para hacerlo con estrépito, la orden misma del virey, que á la sazón estaba reunido con los oidores en la sala de acuerdo, por lo que el marqués instó vivamente al arzobispo que le mandase al dicho notario, cosa que no hizo este sino mucho tiempo después, y esto acompañándolo su secretario. El clérigo apareció ante el virey, y habiendo hecho algunas declaraciones graves que no quiso firmar luego, se procedió contra su contumacia, condenándolo en temporalidades y dándole por extraño, por lo que de allí lo llevaron á San Juan de Ulúa, para embarcarlo luego para España. Ofendiendo al arzobispo por el modo con que se había tratado á su notario, declaró que el virey había incurrido en las censuras de la bula *in cuncta domini* (1)

dad; lo contrario, que es lo que he expuesto, resultó de una publicación en ese tiempo que tengo á la vista: es, ponga los dos para que cada uno juzgue cual tiene más visos de verdad.

(1) Esta es una de las bulas más célebres y una de

y lo escolmulgó, y lo fijó en la tablilla. Para oponerse á tal procedimiento de parte del arzobispo, reunió el marqués una junta de los oidores y alcaldes á los que consultó si en derecho podía escolmulgarle el arzobispo, y no habiendo recibido de estos sino una respuesta evasiva, se vió en la precision de reunir otra, compuesta de algunos religiosos y seculares, quienes decidieron, segun consta por documentos auténticos, que en ninguna manera había incurrido el virey en las censuras de la bula, ni el arzobispo tenia poder ninguno para escolmulgarlo en este caso. Escudado este con tal parecer, procedió contra el arzobispo, imponiéndole penas de temporalidades, y aun de estrañamiento del reino, hasta que el arzobispo se vió en la precision de levantarle las censuras.

Se había recusado al arzobispo, y la Audiencia había entendido ya en la relacion de los autos, cuando los jueces de Varaz y todos los escolmulgados, viendo que á pesar de esto aquel se obstinaba en no absolverlos, apretaron al juez delegado del Papa que residía en Puebla (2), quien vistos los autos mandó al arzobispo de México que los absolviera á todos, á lo que este se resistió, alegando que el juez delegado no tenia jurisdiccion; y viendo este la obstinacion del arzobispo, libró segundo mandamiento con compulsoria, inhibitoria, eufatoria y absolucion de los escolmulgados que dió un padre dominico, á quien confirió poder para ello, quitándoles al mismo tiempo de la tablilla, para lo cual tuvo que pedir auxilio al virey, por la fuerte oposicion que encontró en los partidarios del arzobispo. Este, cada vez mas irritado, mandó ponerlos á todos de nuevo en la tablilla, y entre ellos al subde-

las mas antiguas, bien que se ignora la época en que se publicó. Se le dió el nombre de bula *in cuncta domini*, por haberse leído públicamente en Roma el jueves santo en presencia del Papa, por un cardenal diácono, acompañado de los otros cardenales y de varios obispos. Contiene una excomunión general contra todos los herejes, los contumaces y los desobedientes á la Santa Sede; y está dividida en treinta y cuatro párrafos, uno de los cuales dice: que incurrimos en las censuras de esta bula: los jueces legos que se atrevan á juzgar á los eclesiásticos y á citarlos ante su tribunal, ya lleve ante el nombre de audiencia, de chancillería, de consejo, ó de parlamento. Por este párrafo fué sin duda por el que el arzobispo juzgó que el virey había incurrido en las censuras de la presente bula.

(2) Este juez fué instituido por bula especial de Gregorio XIII, para la decision de casos difíciles semejantes á este. Su residencia ordinaria era en la Puebla de los Angeles.

legado; y esa misma noche (3 de enero de 1623) mandó que se tocase entredicho en todas las iglesias, el que continuando hasta el 15 de enero, día del tumulto, sobrecogió en extremo los ánimos de todos los habitantes.

De nuevo promulgó el arzobispo las censuras, mandando fijar las tablillas; y en todas las iglesias se continuaba tocando el entredicho que infundia gran terror en el pueblo, cuando llegó tercer mandamiento del delegado del papa, para que el arzobispo dentro de cierto termino alzase las censuras, y para que de no hacerlo, procediese el subdelegado á verificarlo y á ejecutar en el arzobispo las penas de cantidades pecuniarias y estrañamiento en que se le condenaba por desobediencia á la tercera notificacion. El arzobispo en extremo resuelto, insistió en no obedecer, y entonces el subdelegado procedió á levantar las censuras, y el 11 de enero á ejecutar en el arzobispo las penas que se le habian impuesto. Informado el arzobispo de adelantamiento del día en que el subdelegado debía dar este paso, hizo que muy temprano se le sacase del arzobispado, y se le llevase en silla de manos á la audiencia. Llegó á ella á la sazón en que los oidores Valcicillo, Ibarra y Avendaño daban audiencia pública, quienes habiéndole visto llegar, bajaron á informarse de lo que quería, y solo recibieron por contestacion de este que iba á pedir justicia á su rey y señor, y á que viesan y proveyesen unas peticiones que le habia consiguio, advirtiéndoles que nose iría de allí aun cuando lo hicieran pedazos, hasta que no se le hiciese justicia. Los oidores se negaron á admitir las peticiones, y por orden del virey que los mandó que pasasen á la sala de acuerdo, abandonaron al arzobispo, quien llegó á la sala, puso en él las peticiones, haciendo testigo de esto á la multitud que le rodeaba.

Entre tanto, el subdelegado, había mandado que cesasen de tocar las campanas; cesaron en efecto, mas de tal manera, que el silencio que sucedió al toque continuo, por haber imitado todas las iglesias á la catedral, en la que no sonaron las oraciones; no espanto menos al pueblo.

llamados los tres oidores por el virey á la sala de acuerdo, se pusieron á deliberar sobre el negocio de las peticiones del arzobispo, demasiado espinoso, si se atiende á que la multitud que le rodeaba, podía alborotarse y originarse de esto un tumulto, á pesar del bando que se había publicado, imponiendo pena de galeras á los que sin negocio permaneciesen allí. Resolvieron en fin que se le notificase al

arzobispo por medio de Osorio, que se retirase á su palacio, pues no era indispensable su presencia para que se proveyesen sus peticiones: así se hizo, y habiendo con testado el arzobispo que no se había de retirar de allí hasta que se le hiciese justicia, los oidores volvieron al acuerdo; y como en esta vez uno de ellos no estuviese conforme en su parecer con los demás, como era este caso de gobierno, se le dió al virey voto decisivo, por lo que se proveyó segundo auto, para que el arzobispo se retirase con pena de cuatro mil ducados, de no hacerlo. Firmo el arzobispo en su determinacion, contestó esta vez lo mismo que la primera; hizo: se le no obstante tercera notificacion, con pena de temporalidades y estrañamiento del reino por desobediencia, segun lo prevenian varias cédulas reales: mas obstinado que nunca el arzobispo insistió en quedarse, resistiendo aun á la cuarta notificacion, despues de la cual se procedió á ejecutar en él las penas que se le habian impuesto. Era ya la una de la tarde, cuando el marqués dió orden al Dr. Lorenzo Terrones, alcaide de la audiencia y al alguacil mayor de ella, para que sacando luego al arzobispo de México, lo condujese á San Juan de Ulúa, para embarcarlo de allí en la primera coyuntura que se presentase. El arzobispo salió á esa misma hora de México, escoltado por diez arcabuceros al mando de D. Diego de Armenteros; y esa noche paró á tres leguas de México.

En la noche de ese mismo día y en la mañana del siguiente, los tres oidores que habían asistido con el virey al acuerdo que causara el destierro del arzobispo, reunidos, ora como unos quieren que haya sido por influjo de los partidarios de este, ora como pretenden otros, porque se vieron obligados á ello por los remordimientos de su conciencia, en la mañana del 12 convocaron el auto del día anterior, proveyendo uno nuevo en que le levantaban al arzobispo las temporalidades y el destierro, de cuyo auto se hicieron dos copias, una de las cuales se quedó en poder de uno de los oidores, que la remitió luego al arzobispo. Sabida por el virey esta determinacion, mandó detener á los tres oidores en el mismo palacio, y conducir á la cárcel de corte á dos relatores que habían concurrido con ellos; é igualmente mandó que se suspendiese el nuevo auto, puesto que no habían contado con su parecer, cuando los había acompañado en el acuerdo del día anterior.

En tanto que el arzobispo continuaba su camino, fulminando excomuniones sobre cuantos le conducian al destierro, y que mandaba que

se continuase tocando el entredicho, el virrey que tenía que decretase desde donde se encontraba la *cecesion á divinis*, mandó á su secretario Tobar á la catedral, á que notificase al provisor y á los curas que en lo de adelante no obedeciesen ninguna orden del arzobispo, hasta que el delegado del papa determinase lo que debía hacerse en aquel caso.

El 13 llegó el arzobispo á S. Juan Teotihuacan, y habiendo pedido en el acto las llaves de la Iglesia de los franciscanos, sacó del sagrario la Eucaristía, y la tomó en sus manos para evitar el continuar en su viage por los motivos particulares que él tenía (1). Resguardado por este medio, el 14 fulminó desde el altar escomunion sobre el virrey, llamándole *el mayor tirano del mundo* (2), y decreto al mismo tiempo la *cecesion á divinis*, efecto que ese mismo día 14 se trajo á México por los agentes del arzobispo.

Hasta aquí se habían conocido ya demasiados los ánimos del pueblo, por los estruendos acontecimientos de que se le había hecho testigo. La manía de ceceuras que se había apoderado del arzobispo, y la resistencia del virrey á un individuo, al que el vulgo le prestaba cierta especie de adoración, mucho le había dado que murmurar, y ya hacia días que se notaban corrillos, que inflamados por los partidarios del arzobispo presagaban alguna funesta catástrofe. Amaneció el lunes 13, y el primer espectáculo que se le dió fué el de la publicación del edicto en que se mandaba la *cecesion á divinis*, y se declaraba escomulgado al virrey. Mandó luego el provisor Fortillo, que se consumiera en todas las iglesias, y que cesasen los oficios divinos, y en todas ellas fué obedecido ménos en la de los mercenarios; ó hizo que se fijase al virrey en la tablilla de los escamulgados. Nada mas se necesitaba para acabar de inflamar á un pueblo esclavo de la superstición.

Mientras se verificaba este acto, pasaba por la plaza en su carroza el secretario Cristóbal Osorio, y visto por unos muchachos, comenzaron á arrojarte piedras incitadas á ello, hasta

(1) Cayo, dice, que lo hizo por evitar el que lo sacasen de su arzobispado en suelta en un colchón, ó en un catre, según una orden que se quería hacer dar. El virrey á Terraces, y una relación que tengo á la vista, dice que no lo hizo, sino por orden desde allí la *cecesion á divinis* en la ciudad, para acabar de perder al virrey, pues le había llegado ya el nuevo auto proveydo por los oidores, en que lo levantaban de temporalidades y lo ordenaban que volviese á México.

(2) Certificación del escribano Diego de Torres, que entre otros documentos inéditos tengo en mi poder.

obligarle á refugiarse en palacio á él y á los que de allí habían salido á socorrerle. Llena estaba ya la plaza de indios, mulatos, mestizos, españoles y portugueses, de los desterrados de las minas, pidiendo á grandes voces al arzobispo y á los oidores presos, jurando acabar con cuantos se encontraban dentro de palacio, arrojando piedras sobre él y gritando sin cesar; *Viva la fe de Cristo, viva la Iglesia, viva el rey nuestro señor y muera el mal gobierno de este Iuterano, hereje, descomulgado*; cuando el virrey mandó tocar un clarín, y que se comenzase á hacer fuego desde las azoteas de palacio á la multitud que estaba reunida en la plaza. Con esto creció mas el alboroto; la multitud pedía al arzobispo y á los oidores y amenazaba pegar fuego al palacio, si no se accedía á su demanda, mas animada con el arrojado de un estudiante que habiendo visto enarbolado en una de las ventanas de palacio una lámpara ó bandera, que había servido en el tumulto de Felipe III, arrojó intrepido una escala á la pared, y subiéndolo por ella, la agarró para enarbolarla en la torre de la Catedral. Era la nueve de la mañana, y el virrey, juntamente con el oidor Cisneros, daba un decreto para que volviese el arzobispo á México. Entre tanto los amotinados habían pegado ya fuego á palacio, el que habría continuado, si á la sazón no hubiese llegado el marqués del Valle, acompañado de varios individuos de la nobleza y de algunos criados suyos, y no los hubiera obligado á apagarlo por su respeto. No obstante esto, se continuaba pidiendo la vuelta del arzobispo y la libertad de los oidores, por lo que hubo precisión de mostrarles el decreto del virrey para que volviera el arzobispo, y de que los oidores saliesen al balcón á decirles que estaban ya libres. A pesar de esto, la multitud que había vuelto á pegar fuego al palacio, pedía que la Audiencia fuese la que decretase la venida del arzobispo; y habiéndose dividido entonces en dos bandos, uno de ellos se dirigió á la Inquisición á pedir el estandarte de la fe, el cual les fué negado, después de lo cual se dirigió á Sto. Domingo, y sacó de su prisión á D. Melchor Perez de Vareaez, y lo condujo en triunfo por las calles, mientras que el otro pedía la libertad del oidor Peñón de Gabiria, la que le fué concedida por el virrey. Entre tanto el marqués del Valle había salido á dar parte al arzobispo de su vuelta, tan luego como le llegase el auto que estaba proveyendo la Audiencia, logrando con esto aplacar un poco el furor de la plebe amotinada.

Proveyó el auto, los oidores salieron con permiso del virrey á calmar los ánimos, y habiéndose encontrado en la plaza con Gabiria, que se había mezclado con la multitud, tuvieron una conferencia con él, de la cual resultó que todos juntos se dirigirían á las casas de cabildo, á donde acudió luego la multitud con el estandarte que habían enarbolado en la Catedral, y á donde hicieron venir luego al oidor Galdos de Valencia. El tumulto crecía mas y el furor de la plebe amenazaba mil estragos, cuando cosa de las diez de la mañana, acudieron los frailes de S. Francisco, quienes por el grande ascendiente que tenían en el ánimo de los indios, sacaron á multitud de ellos de allí, logrando con esto despejar la plaza y sosegar un tanto los ánimos. Desde esta hora hasta las dos ó tres de la tarde, el molin se aplacó; y entre tanto los oidores reunidos en las casas de cabildo que á la voz de *muera el mal gobierno*, determinaron acabar con él, le hacían fuerza al virrey para que se diese por preso, al paso que este, alarmizado ya, les instaba que se uniesen con él para poner término á la sedición.

A esta calma aparente siguió en la tarde el tumulto con mas furor y desorden que en la mañana: toda la gente de los barrios acudió á la plaza llenándola, é igualmente las calles que dan á ella, y al sonido de la campana mayor de la Catedral que hicieron tocar á rebato, cada vez acudia mas. El virrey que se vió en grande apuro, y que no quería ceder, cuando se le obligaba, mandó á sus criados y á la gente que había dentro de palacio que hiciesen fuego sobre la multitud, lo cual la irritó en extremo, pues desde aquel momento su furor llegó á su colmo. Se declaró un fuego vivo que los de palacio sostenían desde las azoteas, y sus contrarios desde la plaza misma, la Catedral, la Universidad y el palacio del arzobispo, mientras que otros atizaban el fuego que habían prendido al palacio. Entre tanto el incendio todo lo invadía, pues llegaba basta la cárcel, visto lo cual por el virrey, hizo que saliesen los presos, y armándolos, obligado por el apuro en que se encontraba, les mandó que hiciesen fuego. Estos al principio lo hicieron; mas atraídos luego por la multitud que los invitaba á que se reuniesen con ellos, con la esperanza de alcanzar su perdón, abandonaron al virrey. Esterecibió nueva intimación de los oidores para que se diese por preso; mas como este insistiese en sostenerse, y los oidores se hubiesen declarado en su contra so pretexto de que aquella noche iban á acudir cinco mil indios flecheros de Tlaltelolco, á quitar por fuerza al virrey si no lo depo-

nian; la Audiencia decretó á las cinco de la tarde, é hizo pregonar en la plaza con Gabiria, que se había encontrado en la plaza con Gabiria, que se había mezclado con la multitud, tuvieron una conferencia con él, de la cual resultó que todos juntos se dirigirían á las casas de cabildo, á donde acudió luego la multitud con el estandarte que habían enarbolado en la Catedral, y á donde hicieron venir luego al oidor Galdos de Valencia. El tumulto crecía mas y el furor de la plebe amenazaba mil estragos, cuando cosa de las diez de la mañana, acudieron los frailes de S. Francisco, quienes por el grande ascendiente que tenían en el ánimo de los indios, sacaron á multitud de ellos de allí, logrando con esto despejar la plaza y sosegar un tanto los ánimos.

El incendio había hecho ya tales progresos en este, que á las seis de la tarde las puertas y algunas de las paredes exteriores habían caído ya con notable júbilo de los amotinados que se precipitaron dentro, preparados á saquearlo todo, y si fuese posible á dar muerte al virrey. Este que oyó el estruendo, y que estaba bien informado de los intentos de la plebe, viéndose ya del todo perdido y á riesgo de morir asesiado, no halló mas medio de salvarse que, dejando sus vestidos y distrayéndose con el trage de uno de sus criados, introduciere entre la multitud, gritando, como ella: *muera el mal gobierno de este Iuterano*, para ir á refugiarse á San Francisco como lo hizo, después de que la gente que había conducido allí Gabiria, había vuelto y reunido con los demas para ayudarles á saquear el palacio. Durante la noche, el saqueo fué espantoso, pues á excepción de lo perteneciente á la hacienda real que no se atrevieron á tocar, nada perdonaron de lo que pertenecía al virrey y otras personas, rebando ahajas, dinero y cuanto llegaba á sus manos. Saciado en fin el furor de la plebe con la ganancia del saqueo, se retiró satisfecho sin saber el paradero del mal gobernante que había depuesto, ni las disposiciones del nuevo, contribuyendo sí á que el silencio renaciesa en la ciudad.

A las once de esa misma noche llegó el arzobispo á México con la Eucaristía descubierta, y hubo gran trépique de campanas y rogocios á esa hora, promovidos por sus partidarios. Al día siguiente alzó la *cecesion á divinis*, dejando no obstante al virrey en la tablilla; y el nuevo gobierno se ocupó en publicar bandos para hacer saber á todos los pueblos de la Nueva-España, como por no ser conveniente que el marqués de Gelves continuase en el gobierno, se había encargado la audiencia de él, mientras que el

virey depuesto, refugiado en San Francisco y rodeado de guardias, esperaba que de un día á otro cayese sobre él la veiganza de sus enemigos. Así terminó el tumulto de 15 de enero de 1824, del que por poco que se reflexione, se deduce presto que la audiencia á la que tocaba decidir en justicia, incluíndose al que la tuviese de su parte, no lo hizo del lado del arrobollo, sino por la ambición del mando, pues era seguro que quedaría en sus manos, una vez depuesto el virey. (Tan cierto es que la justicia en los gobiernos es relativa, y que no se hace, sino cuando está en los intereses de aquellos á quienes toca administrarla)

RAMON H. ALCARAZ. MANIFIESTO VERIDICOS

A continuación van insertos tres documentos interesantes relativos á este negocio; el último lleva su correspondiente glosa.

I.

RELACION HECHA DE LOS INQUISIDORES Y GUARDIAN DE SAN FRANCISCO.

Habiendo sucedido el alboroto popular de esta ciudad á quince de enero de este presente año de mil y seiscientos y veinte y cuatro, el Excmo. Sr. marqués de Cáliz, virey de esta Nueva-España, hizo saber al dicho inquisidor, por el dicho padre guardian, como estaba retirado y secreto en su convento, para que lo fuese á hablar, y habiéndolo hecho, le propuso su excelencia el estado de sus cosas, ordenándole que si no tuviese inconveniente se encargase de ellas por lo tocante al servicio de su magestad y á la quietud de este reino, y que juntamente con el dicho padre guardian tratase con la real audiencia la forma que se hubiese de dar en estos negocios, y restituirle su cargo y gobierno, asegurando su persona, y que el dicho inquisidor cuidase de recoger los papeles de su secretaría, por cuanto muchos de ellos eran de gran servicio de su magestad, y de mucha importancia, y se tratase de que la audiencia se juntase con su excelencia en la sala del acuerdo ó en otra parte, para conferir lo conveniente en todo. El dicho inquisidor le dijo y respondió que sin perjuicio de la sangre, vida y honra, lo pondría todo en servicio de su magestad y desempeño de sus obligaciones á él, y de la suya que no le ponía su excelencia con esta confianza; y así á otro día los dichos inquisidores y padre guardian hablaron á toda la real audiencia junta en la sala del señor licenciado Pedro Vergara Gabiria que estaba uniforme, proponiéndole lo que su excelencia le había cometido, á que se respondió, que la real audiencia no había quitado á su excelencia el gobierno sino el pueblo, no habiéndose podido resistir en forma con muchas diligencias que se habían procurado, y que habiéndose enterado del la audiencia, tenía justas causas para retenerle, hasta que su magestad informada del suceso, proveyese y mandase lo que fuese servido, y

á su magestad mismo diesen razon de las dichas causas; y que habiendo de continuar con firmeza esta resolución, el dicho señor virey no había de salir de esta Nueva-España hasta venir la respuesta de su magestad, y que su excelencia eligiese el lugar, y puesto que gustase para su existencia, como no fuese en México ni en la Puebla, sino muchas leguas distante, y con la guarda y custodia necesaria para la indemnidad de su persona, puesta por la real audiencia que no convenia juntarse la audiencia con su excelencia en el acuerdo ni en otra parte, aunque le viera algún olor en particular si gustase dello; que en lo tocante á los papeles se procurarian recoger por medio de ceneras que se pidiesen á instancia del fiscal de su magestad, y hecho inventario dellos se daría á su excelencia los suyos particulares, quedándose la audiencia con todos los que en cualquier manera tocase á negocios, y á los cargos que había tenido; que en cuanto á entregarle su hacienda, tanto la parte á recaudar que se puso esa, par desá, como la cantidad que se le debe en la caja real de su sueldo, se hallaban inconvenientes, no dando su excelencia fianzas para la residencia.

Solici esta respuesta hubo algunas réplicas por seis ú ocho días que su excelencia estuvo oculto en el dicho convento, hasta que se manifestó en una celda del, y á la misma hora se abrió á las puertas que van á la sala, guarda de indantería, dándose á los soldados órden para las personas y criados de su excelencia, que habían de dejar entrar en el dicho convento, y de las que habían de prohibir y detenerse por su excelencia la firme resolución de los señores oidores, si no habiéndose restituir el gobierno, trató de quevete ir luego á España á dar razon de él á su magestad. Y porque tratando las dichas cosas con los señores oidores en particular, se dictaba mucho la resolución, pareció que los dichos inquisidores y guardian les tomase á hablar juntos, como lo hicieron en la sala del acuerdo, proponiendo los puntos siguientes.

Que no habiéndose de restituir el gobierno á su excelencia, no convenia ni era cosa decente que estuviese en la Nueva-España, sino que haciendo primero los protestos necesarios para su resguardo, se pudiese despachar luego á Castilla, y á tiempo que pudiese alcanzar los galones del cargo de D. Antonio de Oquendo en la Habana, previniéndose en el puerto de San Juan de Ulua, por cuenta de su magestad, en un navio en que pasar la hacienda; que para disponer el viage y componer los negocios, tenía necesidad de poder tratar y comunicar libremente en el dicho convento á las personas que quisiese de todos estados, pues para lo contrario no había causa ni razon; y que en particular se le diese libertad á su secretaría de cámara Alonso Lopez Romero, al padre Fr. Bartolomé de Banguillo su confesor, D. Sanchez de Yrarraso, escribano de cámara del crimen desta real audiencia, y D. Juan de Alvarado Bracamonte, fiscal de la de Panama, por ser las personas por cuya mano habían pasado todos los negocios de que había de dar cuenta á su magestad.

Que tan en tanto que el llegase á sus reales pies, le

importaba enviar delante persona propia, y propuso la del contador Gaspar Vello de Acuña, y los dichos D. Sanchez de Yrarraso, y D. Juan de Alvarado Bracamonte; y que si bien eran los dos oficiales asalariados por su magestad en este reino, y prohibidos de salir del sin su licencia, se podría arbitrar en este caso por ser nuevo, y de la calidad que era, y estar los súbditos mas capaces que otros de los negocios; y el arbitrio de esta tocaba á su excelencia, como virey, gobernador y capitán general, y se encargaba de que su magestad lo tendría por bien.

Que no habiéndole quedado otra hacienda, ni sustancia de que valiese para los gastos del viage, y los demás que se ofrecian, si no en la cantidad que se le debía en la caja real, y la parte de recaudar que estaba á cargo de los oficiales reales, que no le restituyese entóramente sin obligarle á dar fianzas de residencia, pues no había vacado su oficio en forma, ni se le podía tomar la dicha residencia sin expreso órden de su magestad, en cuya presencia estaria á derecho con su persona, y hacienda para lo que fuese servido de mandar en este artículo.

Que no se le habían restituido ningunos papeles de su secretaría, ni se le daban las cartas que le venian de dentro y fuera del reino, en que era justo proceder con mucha atención de lo que se hacia.

Resolvió esta proposición por la real audiencia, dió por respuesta en su nombre el dicho Lic. Gabiria, que se admitiria el protesto de su excelencia, y se lo daría testimonio auténtico del con lo que se respondiese, y que ya se había dado licencia á su secretaría de cámara para que le asistiese, pero no al confesor ni á los otros ministros que pedía, ni confiarse á las cédulas reales, podía la audiencia aconsejar que saliese del reino ninguno de los ministros asalariados por su magestad, y que la emboscacion para la Habana se prevendria, como fuese por cuenta de su excelencia, y no por la de su magestad, reservando en sí la real audiencia el día y tiempo en que se hubiese de hacer á la vela del puerto de San Juan de Ulua, y en esta conformidad se escribió al general D. Juan de Benavides para que previniese el navio, y en cuanto á los bienes y hacienda, se acordó por entónces, que se entrasen los vestidos, ropa blanca, plata labrada de su escritorio y otras alhajas necesarias para el de su residencia, restituyéndose lo demás para mayor deliberación, sobre que hubo otras demandas y respuestas, sin tener efecto la libertad del dicho secretario, porque dijo el dicho Sr. Lic. Gabiria lo había ordenado así la audiencia por nuevas causas que habían ocurrido. Y últimamente dijo, que para poderse proveer con fundamento sobre la ida de su excelencia, se restituyese de sus bienes, y los demás puntos propuestos, convenia que se pidiese por escrito con poder de su excelencia, ó por un papel firmado del dicho inquisidor, un certificado que lo pedía en su nombre y con su órden. No le pareció á su excelencia que convenia dar el poder ni órden para que se pidiese nada por escrito ni en su nombre. Y que hasta entender la real audiencia que lo dichos inquisidores y padre

guardian no trataran estas materias sin su comision y subdita, antes hizo siempre fuerza en que por ninguna via, ni aun de palabra, se propusiese nada en que pareciese contrario en dejar el gobierno, sino que en todo ordenaba como virey y capitán general, y que el tío de España ó quedase, había de estar en su eleccion sin dependencia alguna de la audiencia en esto, y en lo demás que hubiese de hacer. Y no contentándose la audiencia con esta proveyo un auto para que ningún oidor en particular pudiese recibir recabados en los negocios de su excelencia, sino todos juntos, y por escrito, con que se paró en el tratado por algunos días, hasta siete de este mes de febrero, que su excelencia llamó al dicho inquisidor y le dijo que el mismo día por la mañana le había hecho saber la real audiencia, como paria el entros del aviso de España para los veinte, y que si su excelencia quisiese escribir, se encaminarian con toda seguridad sus despachos; pero que el estaba inhabilitado de poderlo disponer, ni duplicar los del aviso pasado, hallándose su secretaría y las demás personas por cuya mano había corrido y pidió al dicho inquisidor que tratase á instar en esto, á lo menos por lo tocante al secretaría y confesor, y tambien le dijo que en conformidad de lo acordado con la audiencia tenía ordenado el protesto con párser de letrados, sobre la restitucion del gobierno, y que habiendo diversas veces enviado á llamar á Luis de Tobar Godiner, escribano mayor de gobernacion, para que lo notificase, no le había la audiencia dejado ir, ni á otro ningún oficial de los tribunales, y que así, para poder dar cuenta de su magestad de estar hecha esta diligencia, y lo que resultase della, encargaba al dicho inquisidor, que llevase el protesto, y se le ordenaba en nombre de su magestad, y no pudiendo hacerlo de obedecerla, lo llevase, y comunicándole primero de darlo á la audiencia con los señores licenciados Pedro de Vergara Gabiria y Juan de Ibarra, y habiéndose despues referido y leído á todos juntos, salieron muchos su estilo y ordenada, y que el dicho inquisidor se hubiese encargado de llevarle. Y al día siguiente le envió á decir el dicho Sr. Lic. Gabiria, que le pedian fuese al convento de San Francisco, hasta que le viera, y á la misma hora se dió órden al sargento mayor y á los soldados de guarda del dicho convento, para que lo prohibiesen en entrada en él; y aunque esta accion ha sido tan oculta y voluntaria como se deja entender, el dicho inquisidor por no dar ocasión á nuevos ruidos, y por tener poca esperanza de la composicion de los dichos negocios, se ha abstenido de tratarlos y de ir al dicho convento, hasta tener ocasion de informarse el estado de los dichos negocios, y de encaminar en lo que pudiere al servicio de su magestad. Y este es el estado en el presente quedan las cosas de su excelencia, en lo que ha pasado por manos de los dichos inquisidores y padre guardian, y lo firmaron de sus nombres. En México á 27 de febrero de 1824.—Dr. Juan Gutierrez Flores.—Fr. Juan de Lavareda.

II.

PROTESTO DEL VIREY A LA AUDIENCIA.

Don Diego Pimentel, marqués de Gelves, del consejo de guerra, comendador de Villanueva de la Fuente, virey lugarteniente del rey nuestro señor, comendador y capitán general desta Nueva-España, y presidente de la real audiencia y chancillería que en ella reside por el rey nuestro señor Felipe IV. Hago saber á la real audiencia que á mi noticia ha llegado, que han echado bando, y dado órdenes contra la autoridad de mi cargo y seguridad de mi persona, provocando los ánimos del pueblo á que se desobedezcan y no piensan el respeto debido, en ofensa de la autoridad real, cuya persona represento en estos reinos por sus reales órdenes, separándose della, y alzándose trágicamente contra el gobierno, sin poderlo haber, con gran riesgo de su pérdida, y con el mal ejemplo ocasionando y provocando á bandos y sediciones por términos tan violentos é inobedientes, contra las órdenes reales, pues solo ha de haber una obediencia, y gobierno, y ese es absoluto y propio mio, como quien inmediatamente representa la persona de su majestad, y para que esto oca y se evite tan gran daño, como el perder este reino su magestad tan violentamente, que aun no ha querido la real audiencia juntarse con mi persona en el acuerdo para este caso, sino tenerme imposibilitado de poder por ninguna vía ni camino acudir á los medios y obligación de mi cargo necesarios, en cuya razón protesto y requiero á dicha audiencia me restituya la obediencia debida, y á la dignidad é puesto como lo estaba el día de la rebelión, y obedezcan y admitan mis órdenes, como si so magestad las diere, asegurando mi persona con la gente de guerra que está levantada, y no se escusen por ningún camino, forma ni modo, so pena de incurrir en las penas que hacen contra los que contravienen las órdenes de su magestad, y perturbar la paz pública, y usar mal de las armas y subditos reales, y ser causadores de sediciones é infidelidad, y en nombre de su magestad y con su real autoridad ordeno y mando á dicha real audiencia ante lo obedezca y cumpla, y lo contrario haciendo desde luego, en su real nombre lo declaro por rebelde contra su real persona y la mía, que en su lugar en este reino la representa, y á todos aquellos que los obedecieren y cumplieren sus órdenes, y contraviniere á este protesto y orden mio, en pena de la vida y confiscación de bienes. Y ordeno y mando al secretario ante quien puse este requerimiento y diligencia, me lo dé por testimonio, so las mismas penas, y en privación de su oficio, en que lo doy por condenado lo contrario haciendo. Fecha en México á siete de febrero de mill y seiscientos y veinte y cuatro.—El marqués de Gelves.

Habiéndole leído este protesto en el real acuerdo á la audiencia, le pareció demasiado y riguroso, y formó sentimiento contra el inquisidor por haberle librado, y habiéndole mostrado el descontento que dello habian recibido, le despidieron con decir, que se volviese, que so le enviara la respuesta, y despues el licenciado Pe-

dro de Vergara Gubiria le envió á decir, se abstuviere de ver á su excelencia, hasta que él lo viera, y dispusiese lo que se debía hacer, y como capitán general dió orden á los soldados que estaban de posta en San Francisco, impidiesen al inquisidor la entrada si fuese al convento. Con esto envió la audiencia al inquisidor la respuesta por una provision, inserto en ella el auto, para que lo llevase á su excelencia. Por parecerle al inquisidor esto auto en la sustancia y circunstancias de riguroso estilo, no se quiso encargar de llevarle, y tambien por haber tenido noticia que ya la audiencia habia enviado otro traslado del mismo despacho, con Francisco Moran, teniente de escribano de la gobernacion, y que el virey no le habia querido recibir, ni oír, si no era viniendo en forma del honor y respeto con que habia de tratar la audiencia como á su virey, presidente, gobernador y capitán general.

III.

TENER DE LA PROVISION QUE LA AUDIENCIA HIZO EN RESPOSTA DEL PROTESTO DE SU EXCELENCIA CON LAS GLESIAS QUE SE RESISTIAN A SU MARGEN. [*]

Don Felipe, por la gracia de Dios, rey de Castilla etc. Hago saber á D. Diego Pimentel, marqués de Gelves mi paciente, de mi consejo de guerra, comendador de Villanueva de la Fuente, virey que ha sido de la Nueva España, que mi presidente y oidores de la Audiencia y chancillería real que en ella reside, proveyó un auto del tenor siguiente: En la ciudad de México, á nueve dias del mes de febrero de mill y seiscientos y veinte y cuatro años, los señores presidente y oidores de la audiencia y chancillería real desta Nueva España, dijeron: que por quanto el marqués de Gelves, virey que fué de ella, se ausentó y desamparó (1) las casas reales en quince de enero deste año, por la conmocion y alteracion popular que hubo en esta dicha ciudad, causada del absoluto y violento gobierno con que tenia este reino en la mayor opresion que jamas ha estado; (2) Sin obediencia é féaldad, ni mandato real; (3) quitando las aplicaciones; (4) impidiendo la libre administracion de justicia á la audiencia, y la libertad de usar los oficios publicos á los que los tienen; (5) prohibiendo que no se diese testimonio de cosa alguna, así por los escribanos de cámara de esta audiencia, como por los demas; (6) y así mismo impidiendo el sercir á los reinos de Castilla libremente; (7) y tomando las cartas y despachos que de allá venian; (8) para que ni su magestad pudiese ser informado de lo que verdaderamente pasaba, ni sus subditos y vasallos gozassen de los beneficios, mercedes y remedios que les erañen; publicando y diciendo, que no habia de hacer cosa alguna que la suya; (9) como lo hacia en lo civil, ritual y temporal, lo qual llegó á términos, que hizo desatender, y desterró al arzobispo desta ciudad, para los reinos de Castilla, declarándolo por estraido de los de su magestad, sin embargo de que esta audiencia proveyó otro día auto en contrario, por lo qual le prendió, y puso á tres oidores della presos en las casas reales con guar-

[*] La gloria va al fin.

das, y sin consentir que nadie les hablase, (10) obligó á poner cesantia é divina, sobre el dicho destierro, (11) proveyendo el señor marqués auto, para que no se pudiese, con penas pecuniarias, como del dicho auto consta, é hizo otras cosas, con que la plebe se irritó y enajenó de la forma y manera que se vio, y para pacificarla y asegurarla, fué forzoso, único y total remedio tomar en esta dicha audiencia el gobierno desta Nueva España, por comun aclamacion del pueblo, en el favor que su magestad otra cosa proveyese, y mandase sin haberlo podido causar menos que poniendo este reino en condicion y evitando riesgo de perdura, como lo estava en el dicho movimiento y desasosiego popular, (12) en cuyo caso está audiencia conforme á los cédulas reales que habian en esta razon lo debió hacer; (13) y aunque habiéndose manifestado despues el dicho Sr. marqués en el convento de San Francisco de esta ciudad, deses esta audiencia, que conservándose este reino en la obediencia de su magestad, y paz pública, fuese vuelto al gobierno del; (14) habiendo consultado con todos los tribunales, cabildo catedral y secular, señores de título, universidad real, religiosos, caballeros, y demas personas principales de esta república, (15) fueron de parecer, que no convenia, y que era necesario y forzoso al servicio de su magestad, quietud y paz de este reino, que el dicho gobierno lo continuase esta audiencia, y por algunos se lo requirió y protestó no lo dexase, por el evidente peligro en que se ponía este reino volviendo al gobierno el dicho Sr. marqués de Gelves, pues era cierto habia de haber mayor alteración, y con mayores é irreparables daños que la primera; y porque el dicho Sr. marqués de Gelves desde el dicho convento de S. Francisco está inquietando de nuevo este reino, proveyendo oficios con antecédeta ante Alonso López Romero su secretario de cámara, para reducir á su obediencia los provedores, y haciendo otras acciones (16) por las cuales quiere dar á entender, que lo daría se virey, y que como tal á de proveyer y mandar de lo qual se sigue tanto perjuicio y daño, como es volver á alzar los ánimos de los vasallos de su magestad, que continuán á estarlo, y á poner este reino en el evidente riesgo y peligro de perdura; en que está, como se pondría si se diese lugar á sus intentos, tratando y poniendo en pública volver al gobierno al dicho Sr. marqués de Gelves, como lo ha pretendido y pretende por un protesto que de su parte trujo á esta real audiencia el Dr. Juan Gutierrez Flores, marido apostólico de esta Nueva España, de que se dará cuenta á su magestad; y para que todo lo esdicho cesare, y el dicho Sr. marqués de Gelves, no sea otra vez causa ni instrumento de que este reino se ponga en el dicho evidente riesgo de perdura, antes se consiga con la obediencia real, tranquilidad, paz y sosiego en que quedó, y está, por la gran misericordia de Dios, fidelidad y buena diligencia de esta real audiencia, como es notorio. Mandaban, y mandaron se notifique al dicho Sr. marqués de Gelves no cause menos disturbios y alborotos, ni trate directo, ni indirecto de ser vuelto, ni restituido al dicho gobierno, ni haga, sea acción alguna en orden á esto, con que se perturbe lo paz pública, porquo esta real audiencia ha de continuar,

y tener precisamente el dicho gobierno, hasta tanto que su magestad ordene y mande lo que fuere servido, ante quien ocaerá á pedir lo que le conviene, con aprehilamiento que se le haga, que todos los daños, atenciones, inquietudes, robos, y muertes que se siguieren, y recobraren lo contrario, correrá por sus cuenta y riesgo, y serán á su cargo, demas de que esta real audiencia lo remediará por todos los medios y modos que sean necesarios, y mas convega al servicio de su magestad, seguridad, y conservación del reino, y así lo proveyeron y firmaron, y mandaron que se despache provision real inserto este auto y se dé un traslado autorizado del al dicho inquisidor D. Juan Gutierrez Flores, para que lo dé y entregue al dicho Sr. marqués de Gelves por respuesta del papel que le trajo de su parte á esta real audiencia ayer juéves ocho desta presente mes, de que dó recibio ante el presente escribano mayor de gobernacion, y así mismo se dá otro traslado autorizado de la provision al dicho Sr. marqués de Gelves, que lo sirva de notificacion como que no dé lugar á que se lo haga. El Lic. Paz de Vallecillo. El Dr. Galdo de Valencia. El Lic. Pedro de Vergara Gubiria. El Lic. Alonso Vazquez de Cisneros. Dr. D. Diego de Avendaño. Lic. Juan de Ibarra. Ante mí, Luis de Tolber Godinez. Por tanto, y para que lo contenido en el dicho auto incorporado tenga cumplido efecto visto por el dicho mi presidente y oidores, fué acordado, que debia de mandar dar esta mi carta en la dicha razon, é yo treble por bien, por lo cual mando al dicho marqués de Gelves ver el dicho auto, y lo cumplir, y cumplir en todo, y por todo, según, como en él se contiene, debajo de los aprehilamientos en él contenidos, sin contravenir á ello en manera alguna. Dada en la ciudad de México á nueve dias del mes de febrero de mill seiscientos y veinte y cuatro años. El Lic. Paz de Vallecillo. El Dr. Galdo de Valencia. El Lic. Pedro de Vergara Gubiria. El Lic. Alonso Vazquez de Cisneros. El Dr. D. Diego de Avendaño. El Lic. Juan de Ibarra. Yo, Luis de Tolber, escribano mayor de la gobernacion de esta Nueva España por el rey nuestro señor la fice escrivir. Por su mandado, su presidente y oidores en su nombre.

GLORIA DE LA ANTERIOR PROVISION.

Es falso decir que los desamparó, porque habiendo entre la audiencia y arzobispo, validos de algunos favores de cartas que hubo dicho arzobispo de ministros del consejo de indias, y despreciando por este efecto los ánimos de la mayor parte de los ciudadanos, intentando por todos los caminos que pudieron, desacreditar la persona y gobierno del virey, hasta llegar á la conmocion y alboroto que sucedió en el día que refiere, y habiendo la audiencia divididos del virey, y juntados en las casas de la ciudad y mandado que toda la gente del pueblo viniese á la plaza con sus armas, y obedeciendo, juntándose en ella mas de treinta mil hombres, y pudiendo con mucha facilidad con parte de esta gente, que bastara muy poca, reprimir el atrevimiento de los que habian ocupado las casas reales, hacer escolta á la

persona del virrey, y defender su hacienda y la de sus eras, y apoyar el fuego con que se estaban abrasando dichas casas reales, no lo quisieron hacer, ni puntaron con el virrey; y si dice la audiencia que lo quite el gobierno, porque las desamparó como á las tres de la tarde, estando el virrey en ellas, habia tomado el gobierno en sí, y criado por capitán general al licenciado Gábrin, sabiendo que su excelencia estaba en palacio hasta la noche? Luego falsa es esta causa. Antes á las cinco hicieron retirar toda la gente que podian socorrer á palacio, al convento de San Francisco, caatro tiros de arcabuz de la plaza, dejando en ella toda la gente que habia en la historia á dichas casas reales, la cual luego las ocupó, y sin resistencia alguna, las fué saqueando, y buscando la persona del virrey para matarle, que milagrosamente por entró la misma turba de la gente se escapó de entre sus manos, con solos tres criados suyos, acompañado de D. Pedro de Medellín, alcalde ordinario de esta ciudad. Véase si este fué desamparo voluntario de las casas reales.

2. Mejor dijera el mas justificado gobierno que ha habido, castigando culpados, honrando beneméritos, no consentiendo tiranías de poderosos, restituyendo la república á comodidad de los pobres, con la mayor abundancia que jamas se vio en este reino, y manteniendo en paz las religiones que trinan entre sí guerra civil con mucho escándalo, asegurando los caminos, que no se podian practicar con saltadores, secuestrando muchas muertes y robos dentro de la ciudad, y castigando regatanes defendidos por los mismos ministros, echando de las minas los extranjeros que roban los quintos reales, procurando que las cajas reales remitieran á la de México la hacienda de su magestad, sin consentir que con ocasion de resaca los ministros destruyesen la plata para sus gagerias y tratos, como se ve en los envios hercos en las dos flotas, y que despues de haber socorrido á Filipinas el primer año con trescientos mil pesos, y el segundo con seiscientos mil, y haber pagado los sitos y audiencias y ministros, remitió el primer año un millon, y el segundo casi millen y medio sin el préstamo y donativo, que es tres veces mas hacienda de la que ha ido en la pasada, sin quitar nada á nadie, y la tierra ha quedado mas desecuada, y no como ahora que en quinze dias de gobierno de audiencia están ya atravesados todos los rios y bestimientos, y los calzadas de México llenas de ladrones, los caminos no se pueden andar, y cada dia suceden muertes, robos y agravios, sin tratar de castigo ni remedio.

3. Al menos impidiéndoles los agravios que hacian á las poltras, y soltando de facinorosos, que con sus amparos no temian á Dios ni á la justicia, ni habian ningun riesgo seguro en su casa, con que el reino se iba acabando, de que tiene informado á su magestad lo que mas conviene á su real servicio con toda cristiandad y verdad.

4. Ninguna cosa puede hacer mejor un gobernador, que impedir el oficio al que lo usa mal, particularmente que quitar las provisiones de China á los oficiales reales, y buscar persona que con mas legalidad las hiciese, fué por ver la perdicion de la hacienda real, y que lo que

valia cuatro costales al rey á seis y á ocho, y que los géneros eran los peores y pedridos, de que tuvo muchos quejas de Filipinas. Veamos los libros reales, y hallaríamos esta verdad, y ahorro de treinta mil ducados en cada despacho, esto es el impedir el uso de los oficios, y que no paguen de la real hacienda lo que no estuviere muy justificado. Ordenando como presidente lo que convenia, conforme la ocurrencia de los tiempos y casos que por no haberse esto en algunas ocasiones á gusto de sus motivos, y conforme á sus intereses, le llaman impedimento de la libre administracion de justicia.

5. Solo impidió se diesen semejantes testimonios á es, convalidas, y sin darle cuenta como á su presidente, por lo que podia importar al servicio de su magestad.

6. Nunca tal se impidió á nadie, antes siempre se publicaron los despachos de flotas, y avisos muy antiepidemias, para que todos pudiesen escribir, y avisando á la audiencia se viese todo lo que convenia al servicio de su magestad.

7. A ninguno tomó cartas, y si algunas llegaron á sus manos, fué de mano de la persona á quien habian venido trayendole las personas celosas del servicio de Dios y de su magestad, y se le volvieron, habiéndole tomado traslado para informar, y si detuvo en sí la cédula del hábito de D. Juan Cortés, fué porque estaba preso por un caso atroz, y digno de exemplar castigo, hasta la determinacion de la causa, y esto por orden, y auto de los jueces della, y de pedimento de la parte contraria, de que tiene dado cuenta á su magestad, y esta cédula se la entregó el marqués del Valle, y debiera la audiencia militar por el servicio de su magestad que un pacion particular, cuando se apoderó de todas las ropelas del virrey, y como el arzobispo hizo escrutado dello, y los que tocan á personas particulares con avisos que el virrey della para el buen gobierno, no entregarlos á las partes para indignarlos contra el dicho virrey, y con estos ofendidos y otras personas castigadas y mal afectas, hacer informaciones de conveniencias para sustentar la tiranía.

8. Lo que siempre dijo fué, que ninguno habia de tener mas voluntad de la que fuese conforme la de su magestad, cuya persona su excelencia representa, y á la razon, ley, y justicia.

9. Constante lo contrario por los autos que pronunció la audiencia, en que le desterró, dándole á su excelencia en este hecho solo un voto que la misma audiencia dijo le tenia.

Y por haber pronunciado el auto contrario á los tres que el dia antes habian pronunciado, con aquel artículo quedó ejutoriado, y sin pedimento de parte; y porque antes como su presidente le habia dado orden, que sin que su excelencia estuviese presente, ó sin darle cuenta no povesen cosa alguna en aquella causa del arzobispo.

10. Antes los mismos oidores escribieron al arzobispo pudiese al casatis á divinis, y descomulgase al virrey, como lo hizo, que fué lo que ultimamente acabó de ocasionar la conmocion y alzamiento.

11. Pudo haber otros medios mas fáciles, pero el prin-

cipio del alboroto le hicieron muchachos, indios, negros y mulatos, toda gente baja, que con haber enviado la audiencia cien hombres lo pudiera si quisiera remediar de forma, que ni se entraran, saquearan, ni quemaran las casas reales, ni obligaran al virrey á que con tan gran peligro de la vida saliera dellas, pero con malos intentos se dividieron de su cabeza, y se fueron á las casas de cabildo, adonde trujeron á sí todos los catados, desamparando á su virrey con ánimo de vengarse por mano del tumulto, matándole para quedar absolutos en el gobierno, como consta á toda la ciudad.

12. No hay cédula que hable en este caso, ni dé á la audiencia semejanse autoridad, y todas dicen lo contrario, y que respeten y obedezcan al virrey como la propia persona real.

13. No le pasó tal por el pensamiento á la audiencia, porque siempre deseó y procuró tener color para alzarse con el gobierno, como en efecto lo hizo.

14. Llamando de cada comunidad las personas mas desafiadas del virrey y culpadas que habia en el caso, y aun con todo hubo muchos de contrario parecer, y algunos que con buen celo dijeron, que convenia volver al gobierno, sintieron mal dello; y aquella misma noche á las nueve estaban con la misma quietud que antes, y el dia siguiente no hubo en nada novedad, mas que tiránicamente quitar el gobierno á un virrey, de suma satisfacion en este reino, en el celo del servicio de Dios, y de su magestad, y el de destroz de las casas reales, y muerte de heridos en ellas. Y aunque de parte de la audiencia se ha dado ocasion para alborotos, con diez y siete compañías que han levantado todo está quieto, y solo se echa menos el buen gobierno del virrey, al cual se le debieron restituir, pues teniendo sujeta la gente de guerra para sus excesos, es cierto lo está mas para el cumplimiento de las órdenes reales, y si no es así el reino, y su virrey está sujeto á lo que con gente quisiere, y la mayor culpa que en esto tiene la audiencia es haber convalidado los estados para dallas autoridad de quitar y nombrar virrey para nombrarse á sí mismos tránicamente, oprimiendo para esto los estados, como ellos mismos lo han enviado á decir á su excelencia escudados.

15. Es invencion, y no se probará con verdad que el virrey trató de alborotar, ni por el camino que se refiere ni por otro, aunque es verdad se tiene por legitimo virrey, como lo es, y mientras su magestad no proveyere otra cosa, no ha podido la audiencia privarle, ni suspenderle deste oficio, y en haberlo hecho procede contra sí servicio, y órdenes de su magestad. Y en el reino no hay por ahora mas alteraciones que las que la audiencia causa con el levantamiento de tanta gente de armas, y ruido que ha hecho sin necesidad.

16. Proténdole con toda justificacion en virtud del titulo de su magestad, y si la audiencia y arzobispo fueron leales y vasallos nunca sucediera el caso, y sucediera no llegara á tan gran desdicha, pues desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde todo estaba quieto, y pudo la audiencia venir con su virrey y presidente, como cesaba todo, y no tomar en el el gobierno, y hacer capitán general estando el virrey á la vista y echar bando, que pena de la vida todos tomasen en armas para acometer á palacio, y prender ó matar al virrey, como se ejecutó á la oracion con mas de 30.000 hombres que por todas partes entraron á las casas reales, y hicieron el destroz que ca notorio. Lo cual espere castigará su magestad con tan gran demostracion como tal rebelion pensada lo pide, pues no le importará menos, que con este ejemplo asegurar la monarquía.



MODAS.



¿CIRCUNSTANCIAS que no ha estado en mi arbitrio prevenir han motivado, lectoras mías, un silencio que vds. habrán quizá hallado culpable, y que de veras ha sido totalmente involuntario. ¿Y pudieran vds. persuadirse de que intencionalmente dejaba de escribir para mis favorecedoras, cuando eso me ha causado siempre momentos tan agradables, que es muy natural gusto de proporcionarme los á menudo? Erradas anduvieron vds. si creyeron tal cosa, y antes bien, positivo sentimiento he tenido de no poder escribir mis felicitaciones que son recibidas con una indulgencia que tanto me honra.

Por fin héme ya con la pluma en la mano dispuesto á dar á vds. cuenta de lo que presente algun atractivo en linea de vestidos y adornos, que tambien contribuyen á volver mas galanas y deslumbradoras á las jóvenes mexicanas. El adorno mas ó menos rico, mas ó menos sencillo, es convenientísimo á las jóvenes cualquiera que sea su condicion: es á una elegante como á los manjares el sazón. Una cinta, una rosa bastarán para realzar la hermosura de la una; la otra necesitará de un adorno mas complicado, pero á todas conviene cuidar de su atavío, que nunca debe ser demasiado por cierto.

La sencillez es hoy la señora de la moda, y sin ella casi nada es de gusto. Sirvan de ejemplo las dos figuras de la estampa. Un traje de casa y uno de calle. El primero, que les revela á vds. algo de Constantinopla? ¿no ven en él un destello de la indolencia turca, y no es cierto que despidió á legua un olor á diván y á magnificencia sultánica? De este traje puede decirse lo que del *sublime*, que su misma grandeza consiste en la simplicidad de sus formas.

Figúrense vds., lectoras mías, un vestido de sonora seda, completamente abierto por delante, de lengua faldá y de profusos pliegues, apenas sujeto en la cintura con sutiles cordones

manga anchísima, cuello pequeño y un lijero *abichado* en la orilla, que deja entrever como al descuido una camisola de rico olán que compite en blancura con el cuello de garza de su dueño; figúrense vds. pues el traje que les he pintado y de buena fé díganme si no se creen con él, á pesar de su sencillez, mas fascinadoras que con un rico vestido sembrado de perlas; y si no prefieren el hermoso tocado de listón y encaje que le acompaña, á una diadema espléndida, y las modestas pero voluptuosas *pantuflos* de terciopelo á tafete que tiene el figurin, á otro calzado mas rico tal vez, pero menos elegante y menos cómodo. De mí sé decir que si una muger hermosa de cualquiera manera me causaría una sensación profunda, en el traje indicado me haría soñar en el edén de Mahoma, y aunque me precio de buen cristiano, no dejarán por eso las divinas *huris* de revolotear por mi mente con sus alas empapadas en delicia y amor.

La pequeña corbata que debe sujetar el cuello de encaje de la camisola es de una gracia esquisita y su omision sería imperdonable. Inútil me parece advertir que el forro y vuelta de seda de las mangas que como vds. ven son de *campano*, la *corbilliere* que cibe la cintura, y los listones del tocado, deben ser de seda de distinto color que la *bata*.

La moda, en el traje de que acabo de hablar, puede considerarse una de sus mas brillantes concepciones, y el servicio que con él ha prestado al bello sexo, es incalculable, porque es incalculable tambien lo que sabe de punto el interés por una persona que se encuentra en ese estado de languidez y de cuidadoso abandono que revela el esprossado traje, y de que saben vds. aprovecharse tan ventajosamente.—En efecto una persona meditabunda y melancólica tiene generalmente doble atractivo que una vivaracha y alegre.

El traje de calle puede tambien ponerse por modelo de sencillez, y sin embargo apenas he



MUCHAS COSAS DICHAS EN POCAS PALABRAS

POR G. G. COLTON.

(TRADUCCION DEDICADA A MI AMIGO DON LAURO MOLINOS.)

INTRODUCCION.

La lecture des pensées est comme un voyage dans les montagnes où tout change d'aspect à chaque pas.



O hay, si bien se mira, loren mas ingrata y fastidiosa, ni que son tan mezquinamente premiada, como la de aquel que se pone á traducir; pues está averiguado que si el trabajo es propio, el merecimiento y la alabanza son ajenos, como ya otros lo han hecho notar. Yo tengo para mí que á los pobres traductores acontece lo que á los médicos, cuando por ventura sanan á algún paciente de su enfermedad, pues entonces suela el comun de las gentes atribuir la cura exclusivamente á la bondad divina, sin hacer cuenta de la diligencia ó pericia del doctor. Verdad es que ni esta consideracion, ni cuanto ademas pudiera decirse, bastan para disculpar las intolerables traducciones que hoy en día se dan á luz, entre las cuales hay algunas de tal naturaleza, que no parece sino que sus autores escribieron aguijonados por el hambre, y así, no es maravilla que en lugar de la versión que deseabamos leer, solo encontremos á veces una repugnante *persecution* de ideas y de lenguaje.

Y lo que digo en mengua de otros, no es mi ánimo que refluya en alabanza mía, pues confieso con igual ingenuidad que fuo razon sobrada el divino Cervantes, cuando aseguró que es obra poco meritoria el traducir, salvo si, aquellas producciones que han brotado de una imaginacion brillante y atrevida, y en las cuales la valentia de las metáforas, la sublimidad de los conceptos, ó bien las sales peculiares de cada lengua, que son como plantas que solo florecen en el patrio suelo, firman otros tantos escollos que necesariamente ponen á prueba

la habilidad del traductor, siendo la razon de esto, que con ciertos escritos sucede lo que con las aguas espirituosas, que vaciadas de una en otra vasija, inevitablemente se debilitan y evaporan.

A primera vista conocerá el ménos avisado, que las máximas y pensamientos que se siguen, no pertenecen en manera alguna á ese género difícil y espinoso que arriba mencioné, y que lejos de ser raptos poéticos, no son sino maduros conceptos de un hombre ingenioso, es cierto, pero ademas sensado pensador.

Nada mas pienso decir tocante al mérito de dichos pensamientos, pues se viene á los ojos que si no lo tuviesen, y muy grande en mi opinion, no me habria tomado el trabajo de ponerlos en español; pero si es tiempo de que pase á decir á aquellos que desearan saber por qué no he traducido una por una todas las reflexiones de Colton, que he omitido algunas, porque á mi modo de ver, ni la idea en sí misma, ni la forma en que se halla concebida, tienen grande novedad, lo cual no es extraño acontezca en una serie de cerca de mil artículos, sobre asuntos tan diversos como son los contenidos en la obra de que he tomado los que ahora doy. (1) Otros he pasado por alto, ya porque versan sobre cuestiones puramente locales de Inglaterra, ya porquien ellos se tocan materias religiosas, en que ni yo ni mis lectores podíamos estar de acuerdo con el autor, que era miembro de una comunión diversa de la nuestra. En el discurso de la obra encontré ademas, algunos pensamientos verdaderamente intraduci-

(1) Su título es: *Lacon: or many things in few words.*

bles, porque su principal mérito estriba acaso en uno de aquellos ingeniosos juegos de vocablos á que son tan dados los ingleses, quizá porque las articulaciones de su lengua son, por decirlo así, apagadas é indecisas, y por tanto susceptibles muchas veces de doble interpretación. Finalmente, ha dejado de traducir otros artículos, porque sobre ser algo escasos, son demasiado científicos y abstractos para la generalidad de los lectores, y sobre todo, si vale decir lo cierto, por aprovecharme del único

privilegio envidiable de que goza todo traductor, no sé si legitimamente, que es el de dar fin á su obra tan luego como á las mentes se le viene.

Así pues, caro lector, lo único que hay mio en este artículo, ya que todo lo de honra y provecho es ajeno, se reduce á la buena ó mala elección que yo haya hecho. Si á dicha es acertada, y logro que sea de alguna utilidad, se dará por pagado de su breve trabajo,

LUIS MARTINEZ DE CASTRO.

REFLEXIONES ETC. ETC.

The noblest study of mankind is man.
El mas noble estudio del hombre es el hombre mismo

En estas clases hay de gentes á quienes aprovecha poco la lectura; hablo de los muy sabios y de los extremadamente necios; ni presento alocuciones á aquellos, ni es de esperar que aprendan estotoc; me dirijo, pues, á los que no teniendo por única ocupacion leer, y deseando aprovechar sus ratos de ocio, dan, como es natural, la preferencia al autor que les roba ménos tiempo.

Leen algunos para pensar, y son bien raros, otros leen para escribir, estos abundan, y otros en fin, leen para charlar, que son los mas. A los de la última clase les basta generalmente para su objeto la primera página de una obra, y por esto se ha dicho que hacen ellos con los libros lo que otros con los grandes señores, es decir, informarse de sus títulos para poder luego jactarse de tener con ellos mucha intimidad.

Si son los reyes tiranos y opresores, consisten las mas veces en que los súbditos son corrompidos y menguados; que la crueldad del que gobierna siempre es proporcionada á la abyeccion y cobardía del gobernado, y si aquel se rige por cobehos y amenazas, mas bien que por la recta justicia y la piedad, estriba en que con gente de ánimo apocado y vil, puede mas el miedo que el amor, y en que el señorio de la ganancia es mas poderoso para el corazón del mercenario, que la noble gratitud.

Tom. II.

Cuando la envidia se mira circuida por el esplendor de la prosperidad ajena, es semejante á un escorpion dentro de un círculo de fuego, que á mas no poder, vae ve contra sí mismo el aguijon emponzoñado, y se lo clava una vez y otra hasta darse la muerte.

La única cosa que estamos seguros de necesitar es justamente la que jamas adquirimos de antemano: el atad.

Calumniadores he conocido capaces de sacar á luz verdades en gran manera oprobiosas para ellos mismos, con la torcida mira de ser creídos cuando desatan sus lenguas maldicientes. Es impostoras para angustiar la honra ajena. Por esto Rousseau, que tenia mucho método y toda la mas malicia en su lengua, habiéndose visto que estimaba ménos su reputacion que su venganza, así es que en sus *confesiones* se culbre á sí mismo de infamia para hacer más pegajoso el cieno, que acumula sobre otros, afectando suya veracidad y candor por cometer una crueldad mas grande.

Si aquellos que en los desafíos sirven de padrinos, tuviesen tanto miedo, horror que decir, de ver derramar la sangre humana, como los mismos combatientes, muy poca habria corrido en lanes de ese género.

Es la guerra una especie de juego en que si es rara la vez que gana el príncipe, el pueblo sule

constantemente perdidos; que el ser defendido es casi un mal tan grande como el de ser atacado, pues no pocas veces acontece que el escudo del que pretende protegernos, es mas opresivo y trae mas daño que la espada misma del invasor.

• La imitación es la mas sincera de todas las lisonjas.

El hombre recto no debe dejarse llevar de temor de la calumnias, porque en su ánimo no debe poner mas miedo la lengua de otro hombre que la mirada de su Dios.

¿Sabéis porqué niegan la existencia del alma á algunos anatomistas?—Porque no han acertado á pincharla con el bisturí.

Aquel que no consiente en que su dinero sea útil á sus semejantes mientras vive, tenga por cierto que se priva voluntariamente del mas dulce placer que es dable gozar en esta vida y de la mayor felicidad en la otra. —Esen algunos que todo lo dejan arreglado con chasquero á sus hambrientos deudas, legando en favor de tal ó cual casa de beneficencia los bienes mal habidos, y esto me trae á la memoria una anecdota que puso á referir. Cercado de los ministros infernales, estaba Salsán 1.º en su troño cierto día, á la sazón que llegó de su embajada á este planeta un diablillo de malísima traza. «¿Bibonzuelo!» le dijo Satanás al verlo, muy larga ha echado, di, ¿qué nuevas nos traes de aquellas buenas gentes?— «No he perdido hasta ahora despegarme de la cabeza de un avariento moribundo, contestó el diablillo; le he sugerido la idea de dejar toda su hacienda, que es cuantiosa, á algunas casas de beneficencia.»—«Pues á fé mia, repuso el ebullusado monarca del infierno, que sabes mirar muy bien por mis intereses, me tomo que habrémos de perder esa alma.»— Nada de eso, replicó el diablonzuelo, porque no ha hecho restituciones, y además, tenía muchos parientes que están ladrando de hambre, mas dado caso que perdiésemos al avaro, cosa que no puedo tragar, siempre saldríamos gananciosos, porque tambien le metían la cabeza que dejase una docena de alhacías, y bien ve V. M. que ya tenemos en la bolsa á todos ellos de mancoanaa é in. Invidium.

Nunca prospera tanto la mentira como cuando pone en su anzuelo el cebo de la verdad, ni hay opiniones que acarreen mas funestos resultados que aquellas que no son de todo punto erróneas y absurdas; por la misma razon que no

hay relojes que mas eficazmente induzcan á errar que aquellos que á las veces andan bien.

Siempre que algun autor escribe mejor que sus contemporáneos, se le pone la fecha de plagiarlo; si por ventura escribe tan bien como ellos, le llaman atrevidos presuntuoso; pero si acaso es inferior, generalmente dicen, «da esperanzas.»

El que guste de sopa caliente, ideas nuevas y vino añejo, que no coma en casa de los grandes.

Difícil cosa es que la verdad llegue á adaptarse á la torcida política y las estudiadas sinuosidades de los asuntos mundanos, porque la verdad y la luz describen siempre en su curvilinearidad rectas.

Con el dinero se verifica lo que con el calzador; que si es estricho oprime é incomoda, pero si es grande en demasia, ocasiona mil traspies, y aun á veces una caída.

Sin que género de odio llevamos con tanta paciencia ni tan cristiana resignacion, como el de aquellos que nos tienen envidia.

Mucho tenemos en verdad penetrar en la oscura morada de la muerte; mejor fuera que temiésemos transitar por los senderos quebrados y espinosos que á ella nos conducen; bien que aquellos que nosotros llamamos asperos, son cortos, y puntualmente los que nos parecen cómodos y llanos, son en realidad, molestos y frágiles. Acusamos á la muerte de que nos arranca demasiado presto del festín y regocijos de la vida; sea enhorabuena si en el cambio nada hemos ganado; pero aun dado que así fuere, ¿es culpa de la muerte ó culpa nuestra? Acusamosla otras veces de que nos hace aguardar largo tiempo, porque en efecto, ¿quien apetecerá estar sentado á la mesa del banqueto, cuando ya no puede participar de la alegría de los demás ni gustar de las viandas? Y querrá alguno vivir para solo el dollar, si hace tiempo que murió para todo linaje de placer? Bien pueden los tiranos condenar sus victimas á muerte; pero ¿cómo mas formidable no sería su poder si estuviera en su mano sentenciarlas á un perpetuo vivir! La vida terrenal es la jornada que hacemos para llegar á la muerte; ésta es, por decirlo así, el pasaporte para la vida real y verdadera. Andemos, pues, alerta como centinelas, ya que el día y la hora son inciertos; pero estemos tambien tranquilos, si nos hallamos por ventura

aparejados. Lo único que tiene la muerte de espantoso y terrífico son sus consecuencias, y en nosotros está predisponerlas y encaminarlas cual conviene. La vida mas breve es larga en demasia si nos ha de conducir á otra mejor, si así no fuera, nos parecería bien corta aun la mas larga.

Muy fácil es al rico ocultar sus riquezas; la miseria es cosa que no se puede encubrir, pues menos trabajo cuesta ocultar mil onzas de oro, que un simple agujero en la casaca.

Parece que el fastidio y la gata son dos enfermedades privilegiadas, puesto que principalmente ejercen su influencia, el uno sobre el alma y la otra en el cuerpo de los ricos.

Es la memoria excelente amiga del ingenio, pero compañera muy perfida de la imaginacion. Muchos libros hay que á dos cosas solamente deben la aceptación que han merecido, á saber: la buena memoria de quienes los escribieron y la poca ó ninguna de aquellos que los leen.

El que compra aquello que no ha menester, en breve necesitará lo que no puede comprar.

Ni las ratas ni los conquistadores deben tener esperanza de hallar cuartel si son hechos prisioneros.

El bueno llegará infaliblemente á ser mejor, así como el malo cada día lo será mas, porque el vicio, la virtud y el tiempo son tres cosas que no pueden permanecer estacionarias.

Generalmente calculan las mugeres las consecuencias del amor, no así las del resentimiento.

El soberano que cuenta mayor número de vasallos y domina sobre el territorio mas extenso, es una hembra caprichosa y despótica que llaman Duda. Es á un tiempo la mas rica y la mas pobre de los potentados, pues habiendo logrado atesorar caudales inmensos, ha estraviado la llave de sus arcas; reina en el corazón de todos sus pueblos sin proporcionar á ninguno la tranquilidad ni el contento, y es sin embargo el unico despota que no puede morir en tanto que respire uno solo de sus súbditos.

Los libreros son como los chalanes, que si al diablo compran al diablo han de vender; la desgracia es que el librero rara vez juzga del mérito de una obra, con tanto acierto como el

chalan del de un caballo, y que el chalan sabe montar mejor, que leer el librero.

Ni la verdad en toda su pureza, ni el oro sin rínguna liga, son propios para la circulación, porque han descubierto los hombres que es mas cómodo adular la verdad que depositarse á sí mismos. Grande miseria es por cierto, que el doblez, las tentaciones y las enfermedades de que estamos cercados, hayan convertido la verdad en mercancía de contrabando, en que es sumamente arriesgado traficar. Por esto solía decir Sir Gualterio-Raleigh, que no debía seguirse tan de cerca á la verdad, que corriera uno peligro de que le echase fuera los colmillos de una cor.

La muchedumbre tiene la fuerza de Sanson, pero desgraciadamente su misma ceguadad.

Hay en el mundo cuatro clases de hombres: á la primera corresponden aquellos á quienes todos los demás quisieran hablar, y de los cuales todos hablan; tales son los grandes. Comprende la segunda á aquellos con quienes nadie desea hablar, y de quienes en efecto nadie habla; he aquí la inmensa mayoría compuesta de los insignificantes. Pertenecen á la tercera clase todos aquellos con los cuales nadie apetece hablar, pero de quienes hablan muchos; aquí entran los pícaros; y finalmente, se compone la cuarta clase de aquellos á quienes todos hablan sin que ninguno hable de ellos; estos son los necios.

Tan difícil es prescribir reglas al genio, como poner coto á las olas del mar, ó dar leyes á los torbellinos.

Tenia Byron tal confianza en sus propias fuerzas, que no pocas veces infringió la regla de Horacio que comienza: «Si vis me flere etc.» y no solamente nos hizo llorar sin Horar él, sino que se mojó del mismo llanto que en nosotros provocó.

Hay un género de critica que abunda y ha de abundar siempre, porque requiere únicamente laboriosidad y dedicacion; tal es aquella que trata de fechas, acontecimientos y sutilezas de gramática, y que versa sobre las palabras mas bien que las ideas, sobre las letras mas bien que los conceptos. Critica es esta por el estilo de la de aquel necio que cuando todo el mundo contemplaba absorto la Ceres de Rafael, no tuvo embarazo en reparar que el mudo del manajo de trigo que tenía la diosa, no era igual al que suelen hacer los segadores.

El que emprende la jornada de la vida provisto de un conocimiento profundo de los libros, pero superficial de los hombres, es decir, con la cabeza llena de ideas ajenas, y pocos ó ningunas propias, se encontrará á menudo tan desazonado y perplejo, como un holandés sin su pipa, un francés sin su querida, un italiano sin su violín, ó un inglés sin su paraguas.

A medida que un pueblo se desmoraliza y se corrompe, se mira el pobre más despreciado y desvalido, y adquieren las riquezas mayor estimación. No sucedería tal si todos indagaran porque causa han empobrecido unos, y cual es el origen de las riquezas de otros, pues de semejantes investigaciones resultaría frecuentemente que la inmerecida infamia del pobre se

tornase en noble orgullo, y la opulencia del rico en orgullo y en afrenta.

Para que no hubiese desafíos se necesitaría de una sociedad en la cual todos aquellos que no fueran buenos cristianos, fuesen al ménos cumplidos caballeros, y si no, filósofos.

El indio más cierto y humillante de una irremediable esclavitud, es precisamente esa falta de acción, ese letargo que al fin llega á apoderarse de sus estúpidas y miserables víctimas. Parece esto el filósofo con tanta claridad, como el médico que echa luego de ver es dolencia mortal aquella en que el paciente ni se muere ya, ni es sensible al dolor.

(Se continuará).

LAS VICTIMAS DEL AMOR Y DE LA IRA.

HISTORIA VERDADERA.



MUCHOS de los placeres que recibimos llueven tan abundantemente sobre nosotros, ocurren de tal manera cada día, que los apreciamos en mucho menos de su valor real. Esto sucede con la felicidad doméstica. Estamos tan acostumbrados á ver el afecto de una mujer, en el hogar de un amigo ó en el nuestro propio, que lo vemos tal vez ligaramente, y á nuestra costa descubrimos algunas veces que nuestro desdicho áca la planta que hemos tomado del suelo patrio, empaña su belleza, arranca su tallo y extingue su vida.

Desarrollándose generalmente los afectos de la mujer en la uniformidad de la vida doméstica, se manifiestan en el lecho del enfermo ó en la cuna del niño y no excitán ninguna sospecha de que en alguna circunstancia puedan ser capaces de hacer frente á los mas grandes peligros y soportar los mas tremebundos trabajos.

Como quiera que sea ofrece, una prueba de la verdad de esto, un acontecimiento que ocurrió en las Indias orientales y de que fui testigo.

Enrique Seward era un soldado raso del regimiento á que yo pertenecía, y ningún hombre de él sabía mejor su deber ó tenía un aire mas marcial. Su mujer, á quien se le había permitido llevar de Inglaterra, ex-cito un interés por su figura que su historia debía aumentar. Era hija de un eclesiástico Episcopal y había sido educada no solo bien, sino con esmero. Pero era romántica. Enrique Seward estaba recluso en el pueblo donde residía. No procurará decir porque se ensó con un soldado raso. Obramos algunas veces sin motivo, otras indolentemente, y á veces por el impulso del momento. En fin se casaron y María acompañó á su marido. Su belleza y modestia recatada le valieron las atenciones de las señoras de los oficiales, quienes en gran manera socorrieron la miseria que como mujer delicada y la esposa de un soldado raso habría sufrido de otra suerte á bordo de una embarcación.

Sin embargo, algunos dias después de esto, fue cuando sucedió el acontecimiento á que he aludido. Por este tiempo se nos mandó que nos dirigiésemos á Bascote, donde debía reunirse un ejército, con el fin de intimidar á los

Seindianos y en cumplimiento de algun proyecto particular del gobierno.

No se borrará fácilmente de mi memoria el día que salimos de Bombay. La separación del marido y de la mujer, de los padres á hijos— el adiós de muchos á una bella compañera que habian dejado en los hospitales á causa de las enfermedades del clima; la bonacidad de los naturales, la singularidad de los buques en que teniamos que ir al continente, excitaban sensaciones muy particulares.

Hasta el último momento María vió á Enrique Seward vivo. No supo, si tuvo algun mal presentimiento, pero se dejaba ver en sus maneras una aflicción extrema. Yo las atribuí á sus sentimientos como esposa, pero su desventura algo mas que el efecto de ellos. Ella no lloraba, pero miraba tiernamente al objeto de su amor como adorándolo; su semblante palido como la muerte habia quedado vuelto sin movimiento áca al trompeta, como supliéndole que dilatase un minuto mas el toque de reunión, y cuando al fin el sonido áspero hirió su oído, fue separada de su marido por solo la fuerza.

El gran defecto de Henrique Seward era un carácter violento que aunque desaparecía prontamente, habia retardado sus ascensos en el ejército. La indocia de cuando en cuando á dar respuestas á un oficial que rayaban en insubordinación y produjeron en fin la melancólica catástrofe que voy á referir.

La conducta de Seward con respecto al capitán de su compañía se habia distinguido particularmente por el estilo desdenoso á que he aludido. Juzgaba injusto que el nombre de un sujeto que sabía su deber tan bien como él mismo, no se encontrase en la lista de los oficiales no comisionados, y se aprovechaba de toda oportunidad, para manifestar su sentimiento.

En la India no se permite á las tropas marchar despues de la salida del sol, para evitar los efectos dañosos de sufrir el calor; si no que en general, las tiendas se recogen mientras que la atmósfera está fresca, y se plantan antes de la luz del día.

Era de noche, habiamos caminado cerca de una hora y durante este tiempo habia observado á Seward llevando sus armas descuidadamente, á veces segadas, horizontales, ó arastrando; á veces riendo y hablando estrepitosamente á sus camaradas, por lo que el capitán lo reprendió secretamente amenazándolo con un arresto pronto.—Seward, sin prever las consecuencias, declaró con un juramento, que

no quería que ningún hombre le enseñase su deber, y echó á tierra al oficial con la calata de su mosquete. Se le desarmó, se le pusieron esposas en el instante y proseguimos sin otro suceso de importancia hasta la siguiente parada. Henrique Seward fue juzgado por un Tribunal Marcial, y convencido con la evidencia mas clara y sentenciado á ser fusilado delante de las tropas reunidas antes de seguir mas adelante.

Perdonamos en sus últimos momentos á nuestros mas grandes enemigos, pero Seward mismo fué su solo enemigo. Intercedimos en vano por una conmutación de pena. Habia una quietud en nuestro campo regularmente desconocida, aqui y alli los soldados rasos enumeraban los pequeños servicios que habian recibido del preso. El mo enseñó á limpiar mis avios, decia uno. El mo salvó mas de una vez de las alabardas, decia otro.

Habia esa noche en nuestro campo, pocos que durmiesen, y cuando llegó la hora de despertar, se formaron tan prontamente las filas que fué fácil conjeturar que muy pocos cinturones se habian desabrochado desde que habiamos hecho alto. La escena que contemplábamos con la ayuda de una clara noche de oriente, y la quietud sepulcral de la hora, aumentaban el respeto que sentiamos en esta ocasion. Á nuestra izquierda, en la mitad de una arboleda de mangosteros se elevaban las torrecillas pintorescas de una mesquita Mahometana cerca de ella el templo del Hindoo, y no oíamos otro sonido que el anllido discordo del adive de los bosques vecinos.

Ohi es un trance terrible impeler precipitadamente y de improviso áca su Hacedor á un compañero mortal. Es terrible ver á un hombre, por el mandato del hombre, dar fin á la existencia de su hermano.—Pero ói la palabra, luego y Henrique Seward ya no existia. Un pequeño terreno, y algunas ramas arrojadas sobre él de gracia por algun camarada compasivo, para impedir su desentierro por las bestias de los bosques completaron sus exequias funerales. La última nota de la marcha funeral sonó cuando era cadáver: un aire nacional se substituyó y lo dejamos.

Tengo muy poco que decir, pero en este poco está contenida tal vez la parte mas interesante de mi cuento. Desgraciadamente fui atacado por una de las enfermedades del clima, y me vi obligado para recobrar mi salud á volver á Bombay. Pasó por la sepultura de Henrique Seward, cerca de ella estaba construida

una choza á manera de las del país, la sepultura misma estaba cubierta con un seto de tierra semi-circular semejante á aquellos que se levantan en Inglaterra sobre el muerto. Me aproximé á ellas con el fin de saber si era posible, por quién habia sido ejecutado ese acto de respeto. Entré á la choza esperando ver á algun natural á quien pudiera preguntar. Al principio no vi á nadie, pero oyendo salir gemidos de una miserable cama que estaba en un rincón de la habitación me dirigí á ella, y juzgado de mi sorpresa y mi compasión, cuando encontré que el residente de esta choza Indiana á doscientas cincuenta millas de todo establecimiento ó campo Europeo era María Seward.

Me miró sin manifestar la emoción que temía le causaría mi vestido repentinamente; sin embargo, levantándose, exclamó: Ah! sois vos?—Lo malastéis? Y queréis destruirme también? He cuidado mucho tiempo su sepultura, pero

ahora ahora no puedo. Mirad, el lobo ó el alvive han perturbado su descanso.—Oh, padre, mi querida, querida madre, Henrique, yo te he venido—Dios mío! cayó desvanecida en su miserable lecho y dió el último suspiro.

Solome queda que decir, que María habia oído hablar de la ejecución de su marido, y ayudándose de la perseverancia é intrepidez habia llegado á su sepultura: el trastorno de su razon excitó la piedad en el corazón de los naturales, quienes construyeron su cabaña y llevaron á su umbral arroz y agua, pero no quisieron hacer mas por una cristiana. María cayó una sepultura mas profunda, levantó el monumento de tierra sobre los restos de su marido, que ella cuidaba de los asaltos de las bestias feroces, y cuando perdió de tal manera el vigor de la vida, que no pudo hacer ya su guardia melancólica, murió.

Lector, sepulté á María con su marido, y deje juntamente las victimas del amor y de la ira.

ISAURA.

GOZA un mundo mas risueño,
que ya el sueño
los pupilas apagó.
Cierra el párpado cansado,
que á tu lado
mientras duermes, velo yo.

Duerme y goza sin quebrantos
los encantos
de tu pura idealidad;
Goza en paz, virgen paloma,
que aun no asoma
para tí la tempestad.

Duerme y goza de ese sueño
que aliajueño
pasa rápido por tí;
Duerme y goza, así soñando
que velando
yo tu sueño estoy aquí.

¡Ay! si sueñas tus amores
tal vez flores
de ese sueño al despertar....
Goza, Isaura, duermes, hermosa,

y afanosa
no despiertes á llorar.

Que en el mundo que habitamos
si gozamos
un momento de placer,

Es tan solo, cuando impresos
venimos esos
sueños mágicos correr.

Que esta es tierra de dolores;
los amores
son quiméricos aquí.
Goza en sueños fiel paloma
que aun no asoma
la tormenta para tí.

Bien plegadas, y tranquilas
tus pupilas,
bella Isaura, las mantén;
No despiertes, afanosa;
duermes, hermosa,
que los sueños son tu bien.

No despiertes; que es tu sueño,
cual beleño

que embalsama tu existir;
Goza pues de sus quimeras,
y no quieras
penetrar su porvenir.

Goza así tranquilamente
de tu ardiente
pasajera juventud,
Pero en sueños ¡ay! y en tanto
que yo canto
tu hermosura y tu virtud.

Que al dejar el casto lecho,
si deshecho
se desata el temporal,
Ajaráse á sus vaivenes
de tus sienas
la corona virginal.

Tendida flor, cuyo capullo tierno
el aura suave del estío roza,
vendrán los yelos del cercano invierno
y harán pedazos tu imperat carroza,
Pero hasta entonces, en tempestad ó en calma,

á la enramada de tu infancia asida
con altivez de la africana palma
alza hasta el cielo tu cabeza erguida....

Hasta entonces no mas, que rebramando
vendrá el pedrisco que el turbion arroja,
é irá de tu alma caliz arrancando

las galas y el verdor hoja por hoja....
Goza hasta entonces, pues; hermosa y
niña,

sin turbio porvenir que te amedrente,
la Providencia protectora, apaña
deleites mil sobre tu casta frente.

Dulcísimos deleites son, que impresos
quedan por siempre en la memoria, hijos,
cual de una madre los ardientes besos
sobre los labios de sus tiernos hijos.

Cózalos, pues; que mientras tu gozares
de la óptica vistosa de tu sueño,
yo á media voz entonaré cantares
que no interrumpian tu soñar risueño.

Cantares que, si bien muy mas sencillos,
de tu ilusión excedan la belleza;
suavísimos cantares que al oírlos
se aumentará tu lánguida pereza.

He de contarte cosas tan estrañas,
que inmoble habrás de estar mientras las
cuente;

sin mover tus finísimas pestañas
de mí sentida narración pendiente,

Las glorias todas de la antigua Roma,
te contaré; su religión, su ruina;
la culpa y el castigo de Sodoma,
que la venganza provocó divina.

Luego el valor de las edades de oro;
los valientes de Grecia y sus cantores;
los azares de Argélica y Medora
al par de sus tiernísimos amores....

Todo esto te diré mientras gozares
de la óptica vistosa de tu ensueño,
y otros, mas bellos, forjaré cantares,
que arrullen mas tu sosegado sueño.

ALEJANDRO RIVERO.



GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON RODRIGO Pacheco OSORIO,

Marqués de Cerralvo. Duquesado virrey de la Nueva-España. Desde 1624 hasta 1635.



ESPOJADO violentamente el de tiéves del mando, reasumido esto por la audiencia, cometieronse algunas tropelías y maldades; se hizo venir al arzobispo, se procuró infamar al virrey se le pusieron guardias en el convento de franciscanos y se hicieron llamar tres compañías de cien hombres cada una para custodiar la ciudad de un nuevo insulto. Dictáronse algunas medidas violentas tales como la de despojar de su empleo al alcalde de Elña que protestó su pleito homenaje; pero se le amenazó que se haría con él lo mismo que con Gelves para colocar a un sobrino del arzobispo.

La audiencia y la ciudad determinaron infamar al rey, y mandó la primera, apoderada de todos los papeles del virrey, hacer publicación de ellos de modo que nadie ignoraba los informes que daba á la corona de cada uno. Es muy notable que el arzobispo mandara á los curas que dispensaran los derechos de entierro á los que, de su parte habian muerto en el molin y aun se asegura de uno de la infima plebe á quien el mismo dió sepultura con gran pompa, y al contrario para enterrar á uno del virrey no bastaba dar sus derechos por el escrupulo, de que era herege, escrupulo, que hicieron cesar veinte pesos que se dieron mas.

A pesar de la cesacion á diñis, y de que por esta causa se hallaban las puertas de las iglesias hasta clavadas, cuando el arzobispo entró en la ciudad repicaron á vuelo en todas, levantó en seguida el entredicho é hizo fijar de nuevo en tablillas al virrey. Tal era su frenético furor por las censuras, y sin embargo de que se lamentaba, que por llevarle hasta

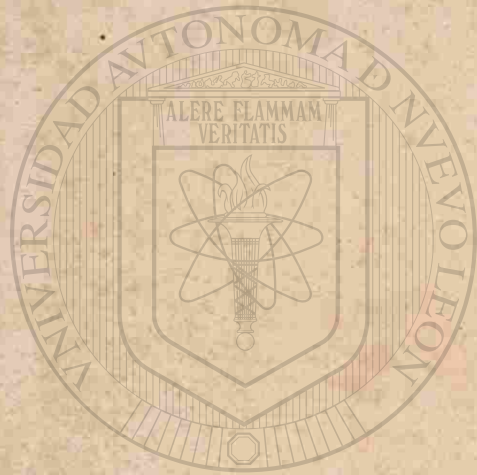
S. Juan Teotihuacan se le habia separado de sus ovejas, no tuvo reparo en separarse de su voluntad ahora por el necio orgullo de ir á ostentar su triunfo; por lo demas, la ciudad habia vuelto á calmar en calma y el reino permanecía tranquilo, y solo desazonada la corte de Madrid que veia ya perdido el respeto á la autoridad vicarial tan acatada antes.

Informado Felipe IV de los disturbios de Mexico por su ayuntamiento, veia ya segura la ruina de esta colonia, y desoso de evitarla si le era posible, comisionó, dándole el virreinato, al marqués de Cerralvo, para que acompañado de D. Martin de Carrillo, inquisidor de Valladolid con facultades ilimitadas hiciera las averiguaciones correspondientes y necesarias y castigara á los principales culpados. Hizo su entrada en la capital el día de noviembre, portándose con humanidad y empleando medios suaves y pacíficos, lo que le alrajó luego el afecto de sus habitantes. Aportóse en este tiempo de Acapulco una escuadra holandesa á las órdenes del principe de Nazari, y la indefensa ciudad se le entregó, y la débil guaricion sin oponerle resistencia se la abandonó. Pocos dias sin embargo permaneció allí, volviendo á hacerse á la vela, entretanto que en Mexico se disponia atacarle, lo que por consiguiente ya no tuvo lugar, pero sí para prevenir otro caso semejante, mandó el virrey aumentar al castillo cuatro bastiones y amurallar la ciudad.

1625.—Abrió su visita el inquisidor Carrillo, y tuvo poco que hacer, habiéndose ausentado los principales motores, por lo que se limitó á suspender y privar á algunos de sus empleos, á justiciar á otros, y se volvió á dar cuenta á la corte. Conducta es esta verdaderamente humana, y no muy frecuente en un inquisi-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dor ó en un visitador. Los que fueron ejecutados, fué por habérseles averiguado que habían robado los muebles de Gélves. Este llegó en tanto á la corte, y gozando de gran prestigio y valimiento en ella, logró ver molestado al arzobispo Serna, que fué removido y pasado al obispado de Zamora, despues de permanecer algun tiempo en la corte, para donde se le llamó, y en la enal tuvo mucho que sufrir.

Aunque el marqués de Cerralvo se portara benignamente no dejaba con todo de tomar sus medidas lemeroso de una revolución como la de enero de 25 y para evitarla no quiso deshacerse de las compañías que la audiencia mandó formar, y les fabricó un cuartel en la plaza principal que bendijo al comenzar el virey dar al ayuntamiento cuarenta mil pesos que habia dado en calidad de prestamo al rey y que este mandó á aquel (1) que pagase religiosamente. A la ciudad se le previno (2) por otra parte que ayudase al virey como en otras ocasiones lo habia hecho y le diese crédito en cuanto le propusiera, claro es que obsequiaría gustoso esta orden, quien no veia dilapidadas sus rentas.

Antes que Carrillo marchara se le ordenó (3) que visitara, y residenciara á los alcaldes, y regidores, y ministros del tiempo que no habian dado residencia y arreglándose á las leyes.

En 18 de enero la audiencia agradecida por los servicios de la ciudad en el tumulto del año pasado la facultó para que nombre un procurador de corte que sea regidor á fin de que dé cuenta al rey del tumulto. (4)

Comenzábase á trazar apenas los bastiones en Acapulco, cuando se presentó una escuadra holandesa al mando del gefe de escuadra Spilbert; mas llegó sin ánimo hostil, apesar de hallarse en guerra con la España, y solo pidió, bajo su palabra de honor al gobernador de la plaza, que le permitiese hacer aguada y proveerse de víveres, que despues sin dañar á la

poblacion en lo mas mínimo, continuaria su ruta para las Indias Orientales: concedido que le fué lo que pedía, cumplió con fidelidad su palabra. Una hambre general que alligó á Sinaloa y provincias vecinas, privó de la existencia á ocho mil quinientos indios.

1626.—1627.—En 1626 da el rey gracias al ayuntamiento por un donativo que hizo para satisfacer las urgencias de la armada en el mar del Sur (5) y pocos meses pasados en el mismo año definióse la disputa que desde la éptrada de l segundo Velasco en su primera época tuvo la ciudad con los oficiales reales en orden á la preferencia en la iglesia y procesiones, quedando resuelto que la ciudad tomara asiento y con ella los alcaldes ordinarios en el lado de la epistola, y los oficiales reales la prefiriesen formando cuerpo con la audiencia.

Temeroso el de Cerralvo de una inundación, hizo en el año de 26 que se reparasen las albarradas y algunas otras obras, sin tocar la del desagüe que permanecia suspendida; pero no le bastaron sus providencias, porque en 627, crecido el río de Acobhuacán, abriéndose paso por el dique que le impedia desembocar en la laguna de Tzumpango, y obligando así á esta á derramar en las de San Cristóbal y en la de México, se anegó la ciudad, como que entró en abundancia el agua en ella. Entonces el ayuntamiento en vista del peligro pidió al virey con instancia que continuara la obra del desagüe, pero dudando de su utilidad y comenzando los peñitos á disputar, y siendo por otra parte cierto que importaba mucho dinero, se pasó entre tanto el peligro y quedó la cosa en tal estado.

1628.—Quería Alderete, que habia venido de visitador, tomar residencia á la ciudad: esta representó contra aquel al rey, que resolvió no se le hiciera cargo mas de lo que no hubiera dado residencia (6). Deseando el soberano mirar las armas de sus reinos lo avisó á la ciudad, (7) previniéndole ayude al virey y le dé en todo crédito.

Pedro Hein, holandés de gran fama, apostó una escuadra en las costas de la Florida

(1) Cédula de 11 de mayo de 1624, lib. capitular núm. 25, fojas 188 del ceculario nuevo, foja 336 vuelta tomo 1.º

(2) Cédula de 4 de diciembre de 24, lib. capitular núm. 25, fojas 297, ceculario nuevo 627, vuelta tomo 1.º

(3) Cédula de 28 de mayo de 629, en el lib. capitular núm. 26, fojas 253, ceculario número, fojas 325, tomo 1.º

(4) Autos de 18 de enero de 25, lib. capitular núm. 25, fojas 82 y 88, ceculario nuevo, fojas 390, vuelta tomo 1.º

(5) Cédula de 19 de febrero de 626, ceculario antiguo, fojas 188, ceculario nuevo, fojas 330 vuelta, tomo 1.º

(6) Cédula de 20 de octubre de 627, ceculario antiguo fojas 390, ceculario nuevo, fojas 336, vuelta tomo 1.º

(7) Cédula de 30 de mayo de 627, lib. capitular núm. 26, fojas 284 vuelta, ceculario nuevo 537, vuelta tomo 1.º

para esperar la flota de la Nueva-España que había embocado en el canal de Bahama. La resistencia que esta opuso fué débil, y apresada las naves españolas por las holandesas, recibió un fuerte golpe el comercio de México.

1629.—El espíritu religioso y el amor al claustro que crecían de día en día aumentaban el número de eclesiásticos regulares, y sus prelados que tenían verso dominados por hijos del país comenzaron á negar á los naturales el hábito; un hecho de este en la órden de Sto Domingo originó grandes disgustos y provocó una disposición (8) de la corte que prevenía al virrey y audiencia informaran sobre la órden que un visitador de los dominicos había dado de no dar hábitos hasta que el número de religiosos venidos de Castilla y nacidos en ella, no igualase al de los naturales de estos reinos, é igualmente (9) se encargó al general que informara si de él había dimanado tal providencia.

Suspensa la obra del desagüe y en mal estado las abarradas, era muy fácil una inundación, y desando evitarla, no cesaba el ayuntamiento de instar al virrey por aquella á por estas. Este determinó al fin obsequiar los deseos de la ciudad, y ya reunidos los materiales á tiempo de poner mano á la obra, esperando solo que cesaran las lluvias para comenzar, sucedió que la abundancia de estas hicieron al río de Acolhuacán que rompiendo el dique que lo contenía, desaguando en las lagunas de Tzumpango y San Cristóbal las hizo derramar en las de México tanto que subió el agua en la ciudad á la altura de dos varas en el día 21 de setiembre: el furor de las lluvias continuaba, y la inundación como era natural crecía, causando tales estragos, que como dicen Gemelli y el padre Cavo, y segun la carta que á Felipe IV escribió con fecha 14 de octubre D. Francisco Manzo y Zúñiga, arzobispo entonces, solamente indios habían perecido treinta mil, ahogados unos, muertos bajo las ruinas otros, y muchos acaso de hambre, de manera que habiendo en esa época veinte mil familias, se conservaron apenas cuatrocientas, yéndose muchos á diversas partes, á lo que debió Puebla, dice Cavo, el aumento de población.

Inundada como se hallaba la ciudad, puede muy bien considerarse que las calles estaban intransitables, de suerte que todos salían en canoas, siguiéndose para el gobierno los

(8) Cédula de 5 de junio de 628, cedulaario antiguo, fojas 190 vuelta, cedulaario nuevo, fojas 340 tomo 1.º
(9) Cédula de 5 de junio de 625, cedulaario antiguo, fojas 191, y nuevo 340 tomo 1.º

trastornos precisos; así que, se hallaron suspensos la audiencia y demas tribunales, ayuntamiento y aun la celebracion de los oficios divinos. Sin embargo, el arzobispo hizo que se dijera misa en los balcones y azoteas. Cuando el mal actual no se podía evitar y se hallaba á punto la ciudad de quedar toda arruinada, fué cuando se pensó en el remedio, entonces se proyectó conforme á los deseos del rey, mudar de sitio á la capital, pero se desechó esta medida como gravosa, reservándose para otra ocasión; por de pronto tratando de sacar las aguas que se hallaban adentro, se hicieron algunos diques, y así se consiguió ver libre á la ciudad de aquella inundación, á los cuarenta y dos días, el 1.º de noviembre. Inmediatamente que bajaron las aguas, ante el virrey se celebró una junta general, en la que se acordó que la audiencia y el ayuntamiento con peritos, pasasen á Huaucoeca á observar lo que se necesitaba para concluir el desagüe. El 6 de diciembre se celebró otra junta, en la que se convino que se colectaran doscientos mil pesos en que había tasado Martínez la obra, lo que inmediatamente se comenzó á ejecutar. Antes de concluir el año se libró real cédula, la cual prevenía que en lo sucesivo el gobierno de los virreyes no pudiera ser sino de tres años: ya veníamos como se llevo al cabo.

1630.—Si á México ponian en aprieto las inundaciones, no estaba mejor la corte molestada bastante por la guerra que seguía con la Holanda, que entonces hacia su independencia, y tentando el rey ya los últimos recursos, ordenó al arzobispo que mandase hacer en todas las iglesias rogaciones públicas, para impetrar el socorro del cielo. (10)

A una grande inundacion, como consecuencia precisa siguió la hambre y la peste, ya porque los alimentos humedecidos se corrompieron, ya porque era necesario habitar en la misma humedad, mas la filantropía del arzobispo alivió demasiado á los mexicanos, bien porque les daba los recursos de que habian menester, ora por la preparacion de siete hospitales puestos por él para prestar toda clase de auxilios á los miseros enfermos.

No se desatendió en tanto el ayuntamiento del desagüe reuniendo la cantidad de doscientos ochenta mil pesos, y arrancando no con violencia del maestro Martínez la promesa de concluir la obra en veinte meses, siempre que se le dieran diariamente cien indios. Púsose

[10] Cédula de 27 de abril de 629, lib. capitular, núm. 27, fojas 130, cedulaario nuevo 441, vuelta, t. 1.º

mano á la obra tan luego como la epidemia cesó, y el virrey aconsejado de personas instruidas en el particular, por decreto de 12 de octubre ordenó que corriera hasta San Gregorio.

1631.—Despus de muchas y muy repetidas instancias hechas al virrey para que quitase las compañías puestas por ocasion del tumulto, por fin determinó hacerlo, y avisó al ayuntamiento que ya le satisfacía. (11)

Noicioso Felipe IV de la inundación ocurrida en 629, desando á toda costa salvar la población de México, cuyos riesgos conseraban demasiado su ánimo, previno con fecha de 19 de mayo del año corriente, que se mudara la ciudad al sitio mas á propósito, que segun entendia por noticias, era en medio de Tacuba y de Tacubaya; mas ántes, que se consultara al interés de los vecinos oyéndolos. Para dar cumplimiento á esta real disposición, el virrey hizo enlazar para una junta general á todos los gremios, que debían nombrar sus diputados.

La junta en efecto se verificó haciéndose en ella ver que además de que mudando la ciudad se obsequiaban los deseos del soberano, era por otra parte indispensable vivir con seguridad puesto que los gastos hechos hasta la época eran inútiles y crecidos, hallándose á pesar de ellos á cada momento á punto de perder todos la existencia. Un miembro del ayuntamiento sostuvo por el contrario, que por ningún pretexto debía dejarse la ciudad, ya por que es muy sensible abandonar la patria, ya por los muchos costos que iban á emprenderse, ya porque importaría menos conseguir aun, que completamente se pasaran á otro lugar las ligunas, obra que por un cálculo muy subido costaría á lo sumo cuatro millones de pesos, siendo así que por lo bajo la mudada debía importar cincuenta millones, sin contar las pérdidas ó completa ruina de las familias, que eran muchas, que no tenían mas propiedades que sus fincas urbanas, de cuyas rentas se sostenian; porque por esperiencia se ha notado que grandes ciudades hayan perdido su memoria ó hayan venido á decadencia por haber sido mudadas de un lugar á otro, y así po-

[11] Papel del virrey de 27 de mayo de 630, lib. capitular, número 27, fojas 256, cedulaario nuevo 351, vuelta tomo 1.º

dria ser que la mejor ciudad del nuevo-mundo perdiera desde el nombre, fama, opulencia; agregando que los indios habían logrado salvarla de las inundaciones, con menores recursos que los que se hallan en manos de los españoles, pues la última inundación no podia compararse con la acaecida en tiempo de Moctezuma Illicuilamina, y por este estilo, en fin, con estas y semejantes razones, movió á la junta á que conviniera en que la ciudad permaneciese donde estaba.

1632.—Despus de tantos años y de tantos contratiempos, y de tantos debates, y lo que es mas, de tanto dinero empleado en el desagüe, se concluyó por último en este año, y ya se deja notar que no fué corto el gozo de los mexicanos. Sin embargo, no quedaba absolutamente evitado el mal, porque Martínez, separándose del plan del padre Juan Sanchez, dejó demasiado estrecha la embocadura por donde debían descargar las lagunas, por esto, cuando esperaba el premio de sus tareas, reprehendido acremente por el oidor Villalobos, murió á resultas de la reprobacion, modo original de morir de estos tiempos!

1633.—1634.—1635.—Ordenóse (12) por el rey que los oidores, alcaldes y fieles no asistiesen á las fiestas, entierros y honras como particulares, sino en cuerpo de audiencia, sin dispensa ni disimulo. En estos años se restauró la calzada de San Cristóbal, y le fueron puestas sus compuertas. Del nombre del marqués se fabricó en el nuevo reino de Leon un fuerte, que fundado por él, le hizo poner de guarnicion doce soldados.

Se participó á la ciudad (13) el nombramiento de nuevo virrey, á quien se le mandó recibir y acatar: era este el marqués de Cadereita, y cuando llegaba dejó el puesto D. Rodrigo Pacheco Osorio, que marchó para España, dando sus poderes para contestar la residencia.

CARLOS M. SALVEDRA.

[12] Cédula de 30 de marzo de 634, cedulaario antiguo, fojas 135, cedulaario nuevo fojas 342 vuelta t. 1.º

[13] Cédula de 19 de abril de 635, lib. capitular número 3, fojas 44, cedulaario nuevo, fojas 344 vuelta tomo 1.º



FILOLOGIA.

LENGUA TURCA.



ABIENDO leído el artículo interesante en que M. Kieffer da á M. Schoell, una idea exacta y clara de la índole de la lengua turca, nos propusimos desde luego presentarlo traducido á nuestros lectores.

Kieffer, es un literato bastante conocido por sus profundos conocimientos en esta lengua, que adquirió en su larga mansión en Constantinopla, desempeñando el empleo de secretario é intérprete de la legación francesa, y que cultivó después dando lecciones de lengua turca en el colegio de Francia. Es autor de un Diccionario turco-francés muy superior al de Meninski, por el mayor número de voces y excepciones que contiene.

La lengua turca es una rama de la tartara. En su origen fué muy pobre, como lo son todas las lenguas de los pueblos nómadas, que tienen pocas necesidades y que no cultivan las ciencias; mas apenas abrazaron los turcos el islamismo, y conquistaron á los Persas y Arabes, cuando se enriquecieron, apropiándose no solamente los despojos de estas dos naciones, sino también sus tesoros literarios, y se formaron una lengua tan rica en espciones como ninguna otra de las conocidas. Esta nueva lengua, que debe no confundirse con el turco antiguo, abandonado al común de la nación, es muy armoniosa, y está destinada exclusivamente al uso de la corte y de cuantos reciben una educación esmerada. Los grandes, los empleados, los jueces y los sibilos, se esfuerzan por dar lugar de preferencia en sus composiciones á palabras arábigas y persas, y mezclan pasajes arábigos tomados del Corán y de otras

obras, ó versos persas. Llevan á tal punto este cuidado, que en una obra, apenas pertenece á su propia lengua una octava parte de las palabras usadas, como podrá verse en el siguiente ejemplo, en que señalaremos con bastardilla las palabras arábigas y persas. Es una carta escrita por el gran visir al gobernador de Seyde, y redactada en el estilo corriente de la chancillería otomana: la traducimos literalmente para dar á conocer mejor el genio de la lengua.

Mi ilustrado, afortunado colega, Baja de una dignidad eminentemente, después de haber ofrecido con muchos honores y consideraciones, á la persona augustísima de vuestra Excelencia, las perlas de los celos puros y que aumentan la amistad, y la quintescencia de las saluciones numerosas y que muestran el afecto, ha anunciado amigablemente á vuestro espíritu fulgido y tan luminoso como el sol, que el embajador de Francia que reside actualmente en la Puerta de felicidad, habiendo pedido y reclamado la protección y asistencia en favor del cónsul y de los negociantes franceses que residen en Seyde, capital de vuestro gobierno; la presente carta amistosa ha sido escrita y enviada á vuestra Excelencia, con la esperanza de que ella tendrá el mayor cuidado, para que el cónsul y los negociantes de la nación dicha, sean protegidos y asistidos en todas circunstancias, en conformidad con los artículos de las capitulaciones imperiales; y para que no sean inquietados ni molestados por ninguno, sea el que fuere, en contravención á los artículos del tratado.

Se ven en este ejemplo algunas palabras impresas con bastardilla solo en parte, para denotar que los turcos se apropiaron estas palabras, agregándoles modismos turcos. Como adoptaron los caracteres del alfabeto de los

árabes, están sujetos, lo mismo que estos, y los persas, los siríacos, los hebreos y otras naciones, al inconveniente de no escribir, por lo común, mas que las consonantes y suprimir las vocales; ó si quieren figurar éstas, tienen que colocar los signos convencionales que las representan, encima ó debajo de las consonantes. De esta supresión de vocales, nace que no se puedan leer con exactitud sino las palabras cuya pronunciación se conoce, y que los nombres propios, señaladamente, se pronuncien de muchos modos diversos. Los turcos añadieron al alfabeto arábigo una nasal que los pertenece, y usan además de algunas consonantes del alfabeto persa que no se encuentran en el arábigo; de suerte que cuentan por junto con treinta y tres consonantes, fuera de las tres figuras que representan las vocales. Los turcos escriben, como los árabes, de derecha á izquierda, y comienzan sus libros donde concluyen los nuestros. Tienen muchas especies de escritura, como el *neskhi*, el *divani*, el *sulus*, el *kirma* ó *rika*, el *siakat*, el *talik*, etc.

El *neskhi*, es la escritura usada comunmente en las obras en prosa, y en los negocios y la correspondencia de los particulares; el *divani* sirve para las decisiones de la chancillería imperial, como pasaportes, títulos de feudos, cartas oficiales, etc.; la gallarda de esta escritura consiste en que se escribe, ascendiendo señaladamente hacia el fin de los renglones.

El *sulus*, cuyos caracteres son tres veces mayores que los del *neskhi*, se usa en los títulos de los libros, en las inscripciones, epitafios, etc.; el *kirma* ó *riba* en las demandas, memorias, memoriales, etc.; el *siakat* se reserva para los asuntos de la hacienda pública, y por último, el *talik* es el carácter mas usual de los persas, y los turcos lo destinan á la poesía. Admira que los turcos, que estudian las lenguas arábigo y persa, conforme á las reglas mas exactas de ambos idiomas, no tengan una sola gramática escrita del propio y que lo aprendan solo por el uso. Esta circunstancia, hace tan vaga la ortografía, que muchas voces turcas se escriben de tres ó cuatro modos diferentes; mas á pesar de este inconveniente, la gramática turca es bastante sencilla y regular; apenas se encuentran en ella excepciones. Esta lengua no tiene género ni artículo; tiene una sola declinación, dos números y cinco casos; genitivo, dativo, acusativo, hablativo, y conmemorativo. El último se usa para indicar la ausencia del movimiento. Los casos se forman agregando ciertas sílabas á los nombres que se trata de declinar.

El plural se forma, añadiendo al nominativo de singular la terminación *lar* ó *ler*; los casos del plural tienen las mismas sílabas finales que los del singular. Los adjetivos, antepuestos siempre á los sustantivos, son invariables; así, de *guzel*, hermoso, y de *er*, casa, se formará el hablativo de plural, *guzel ekerden*, por las bellas casas. El comparativo se forma añadiendo al positivo la sílaba *rey* ó *ra*, ó poniendo la partícula *dakha* ó *dishi*, aun; no obstante, cuando el comparativo tiene régimen, se prefiere formarle dejando al adjetivo en el grado positivo, y poniendo en hablativo la palabra *con* que se le compara. Ex: mas alto que este árbol; *bu aghadjlan yugrey*.

Los turcos no tienen forma especial para el superlativo; lo expresan agregando al positivo una *i*, y poniendo en genitivo de plural la voz *con* que se compara; v. gr.: el mas alto de los árboles; *aghadjlanun yugreyi*. El superlativo se forma, á veces, anteponiendo á los adjetivos, ciertas partículas, como, *pey*, *ghayet*, mucho, extremadamente.

Los pronombres posesivos, se forman poniendo ciertas letras al fin de los sustantivos; v. gr.: el libro, *qutub*; mi libro, *qutubum*; mis libros, *qutublarum*; nuestro libro, *qutubumuz*; nuestros libros, *qutublarımız*. Se antepone también, á menudo, al nombre acompañado de su pronombre posesivo, el pronombre personal de la misma persona, en genitivo; v. gr.: tu libro, *qutubun ó senun qutubun de ti tu libro*.

El verbo turco es muy rico, en tiempos, modos, participios y gerundios. Todos los verbos turcos, terminan en el infinitivo, en *mey* ó *mka*, y quitando esta sílaba se tiene la raíz del verbo.

El verbo auxiliar, es uno solo, *olmak*, ser, que se conjuga de un modo irregular, principalmente en el presente de indicativo. Yo soy, *ben*; tú eres, *sen*; él es, *o*; nosotros somos, *biz*; vosotros sois, *siz*; ellos son, *onlar*. Para los otros tiempos, entran, como se ve, dos raíces en la conjugación de este verbo, porque hay tiempos que se derivan de la raíz *ol*, del infinitivo *olmek*, que no se usa; y otros vienen de la raíz *ol* del infinitivo *olmak*.

Los turcos no tienen mas que una conjugación, porque las dos terminaciones del infinitivo, *mey* ó *mka*, son en realidad una misma, y nada influyen en la formación de los tiempos y de los modos.

El verbo turco, tiene indicativo, imperativo, optativo, conjuntivo, infinitivo, participios y gerundios. Tiene muchos tiempos: dos presentes, el determinado que expresa la acción del

momento en que se habla; v. gr.: yo escribo en este momento, yazayurun, y el indeterminado, v. gr.: él escribe velozmente, tez yazar. De los dos presentes, se derivan los dos imperfectos, los perfectos definidos e indefinidos, el pluscuamperfecto, los futuros y dos condicionales. Todos los tiempos están formados de participios y del verbo auxiliar, por esto se dice en el presente, yo soy amante etc.

El optativo que se emplea en las súplicas y en las oraciones, tiene la letra característica *ya*, que se pronuncia *á ó e*, y que se pone después de la raíz del verbo. Es digno de notarse, que el gobierno, repulado entre nosotros por uno de los mas despóticos, use en sus órdenes de un modo que sirve para suplicar.

El conjuntivo tiene la letra característica *si*, que se pronuncia *sa ó se*, después de la raíz del verbo. Los tiempos de este modo van precedidos frecuentemente, de la conjunción *esper*, si. El infinitivo tiene tres formas; dos que pueden declinarse y recibir á fin las mismas sílabas que se agregan á los nombres, para expresar los pronombres posesivos, y otra que repete la raíz, indica la repetición de la acción; v. gr.: *otunya otunya*, leyendo mucho, ó á fuerza de leer.

Los participios son numerosos; hay muchos para el presente, otros para el pasado, y otros para el futuro. Entre los del pasado, usan los turcos con mucha frecuencia, el terminado en *duca ó duy*, dándole las terminaciones usadas para expresar los pronombres posesivos, y declinándole como nombre, y posponiéndole.

El verbo pasivo, se forma, añadiendo á la raíz del activo, la letra *li* que se pronuncia *li ó ul*; v. gr.: amar, *semeq*; ser amado, *sevliuq*; batir, *cozmañ*; ser batido *cozmañli*. Pero los verbos cuya radical termina en vocal, ó en la letra *t*, forman la pasiva, añadiendo á la raíz del activo la letra *ñ*.

El verbo negativo, se forma agregando una *ne*, á la raíz del afirmativo, y pronunciándose *no ó me*; v. gr.: reír, *gulañeq*; no reír, *gulañmeq*; mirar, *bakmañ*; no mirar, *bakmañmeq*.

Del verbo negativo, se forma otro nuevo para denotar la impotencia, intercalando entre la raíz del verbo y la *ñ* de la negación, una *ñ* muda que se pronuncia *á ó e*; v. gr.: no ha podido ir, *gulañmeñli*; no ha podido ser visto, *bakmañmeñli*.

Del verbo activo se forma el transitivo posponiendo á la raíz la sílaba *dur*; v. gr.: hacer mirar *bakdurmañ*; y esta frase "hizo que un poco mirar": se espresa con una sola voz turca; *bakdurmañdı*. No obstante, hay verbos que en

esta forma, en lugar de la sílaba *dur* toman solamente una *t* ó una *r*.

Del activo, se forma el reflexivo, añadiendo á la raíz la letra *n* que se pronuncia *ñ ó un*; v. gr. amarse así mismo, *sevliñeq*.

Para obtener un reciproco, se agrega á la raíz del indicativo la sílaba *tek ó nek*; v. gr. mirarse reciprocamente, *bakliñnak*.

De los nombres se forman verbos con añadir las sílabas, *la ó lan*, *le ó len*; v. gr.: de oro, *altun*, se forma dorar, *altunlanak*.

Los Turcos, forman, tambien muchos verbos, tomando un nombre arábigo ó persa, y agregándole como verbo auxiliar, *imeq*, hacer *ti otunak ser*; v. gr. *igrám*, honor; *igrám imeq*, honrar, *vasil*, el que llega, *ceciens* *vasil ot-mak* llegar *(ese veniens)*.

Cuando los turcos quieren espresar una persona que se ocupa regularmente en algo, ó que ejerce un oficio, añaden á la palabra de la cosa, la terminación *dji ó tchi*, v. gr.: *tebaha* paño; *tebahañdji* fabricante de paños; *kopu* puerta; *kopuñdji* portero, *yol* camino; *yoldji*, caminante.

De los nombres personales se forman los abstractos, juntando á los primeros, la terminación *li ó lik*; v. gr. *dost* amigo, *dostlik*, amistad; *duñman* enemigo, *duñmanlık* enemistad.

Para formar de un nombre sustantivo un adjetivo, que espresé el posesor de la cosa significada por el sustantivo, agregan á este los turcos, la terminación *sa ó si*; v. gr. *ahyl*, ingenio, *ahylsi*, el que tiene ingenio, ingenioso, *at*, enhallo; *atlı*, el que tiene caballo, caballero.

Esta misma terminación, junta con los nombres de ciudades ó de países, sirve para espresar los habitantes ó originarios de ellos; v. gr. *İstanbul*, Constantinopla; *İstanbuli*, Constantinopolitano; *Frankka*, Francia *İfrankalı*, francés.

Los diminutivos que se usan frecuentemente para halagar, están formados de las terminaciones *dji, djiñ ó tchik* agregadas á los nombres sustantivos v. gr. *qutab*, libro; *qutabchik*, librito; *qna*, madre; *enadjik*, madrecita. Con estos diminutivos, se forman otros, agregándoles la terminación *az ó ez*; v. gr. *el*, mano; *elchigiz*, manecita pequeña.

Los diminutivos de los adjetivos, se forman con la terminación *dje ó tehe*; v. gr. *añ* blanco; *añtche*, blanquisco; *yalıñ* cerca, *yalıñdjé*, un poco mas cerca.

En la construcción de dos nombres sustantivos regidos uno de otro, los turcos ponen pri-

mero el que está en genitivo, y juntan al otro el pronombre posesivo de la tercera persona y. gr. la casa de mi hermano, *Kardochunñevé*, es decir, de mi hermano *su* casa.

Todas las preposiciones son verdaderamente en turco posesiones, pues siempre van después del nombre; rigen ciertos casos; v. gr.: con nuestro padre, *babanaz ılı*; después de mí, *benden sonra*; hasta París, *Parizé dey*.

La construcción turca se parece mucho á la latina, por las inversiones, y el verbo se coloca siempre en el fin de la frase.

El estilo de la Puerta y de los historiadores

es mas elegante y hermoso, segun ellos, mientras mas largos y compuestos de mas frases son los periodos que lo forman. Se sirven entonces de los participios y gerundios, para señalar el fin de cada frase, y colocan el verbo principal en indicativo, terminando la cláusula. Esta especie de composición exige una atención sostenida, y conviene á un pueblo tan grave, como el turco.

Nota.—Las palabras turcas *aconse* como en francés.

CORINA.



STA muger célebre, así por su belleza como por su talento, nació en Tenagra en Beocia cerca de Tebas, (en el siglo V antes de J. C.) „Los Beocios, dice el autor del *Vingto* del jóven Anacarsis, carecen de aquella penetración y vivacidad que caracteriza á los Atenienses, pero debe acusarse mas bien á la educación que á la naturaleza. Si parecen tardos y estúpidos, es por que son ignorantes y toscos; y como se ocupan mas en los ejercicios del cuerpo que en los del alma, no tienen ni el don de la palabra, ni las gracias de la elocucion, ni los conocimientos que se adquieren en el comercio con las letras; ni aquellas exterioridades seductoras que son mas bien artificiales que naturales." Difícil es conciliar este concepto con otros testimonios que presenta la historia á favor de los Tebanos. Muchos de entre ellos han hecho honor á la escuela de Sócrates, y este pueblo inflamado con el amor de la gloria produjo grandes capitanes, como Epaminondas, tan distinguido por sus conocimientos como por su genio militar. El pueblo Tebano amaba la música con pasión, tributaba un culto religioso y lleno de gracia á las musas, al Dios que las

inspira y al amor que tambien forma peñas. En Beocia fué donde nacieron Hesiodo rival muchas veces de Homero, y Corina y Pindaro quienes fueron considerados casi como unas divinidades; y la misma Atenas no concedió mas brillantes recompensas á Escilto, á Sophocles y á Eurípides. Al contemplar á Pindaro colmado de honores en su patria parece que se vé al *Demódoco* de Homero en el banquete del rey Alcino, y no obstante á pesar de su ingenio y de su fama fué vencido cinco veces, en los combates de poesía por Corina que habia estudiado con el este hermoso arte, bajo la dirección de la famosa Myrtil. Con todo, segun el dicho de un escritor de la antigüedad, cuando se leen las obras de Corina se pregunta porqué fueron preferidas á las de Pindaro, y cuando se vé su retrato se pregunta porqué no lo fueron siempre. Esta reflexión es muy justa cuando se aplica á los griegos y particularmente á los Tebanos, quienes consagraban himnos á la belleza, como á los mismos dioses, y casi la confundian con la virtud, de la que era á sus ojos la mas encantadora imagen. Cualquiera que sea la causa de los triunfos de Corina sobre su rival, parece al menos que ella unia á las mas felices inspiraciones un ejercitado discernimiento; pero sus sabios consejos no pudieron

has á la posteridad. Por dispensarse ademas del trabajo que habrian de emplear, á fin de proveerse lo necesario para pasar con regalo una vida deliciosa, consaman en las mas penosas tareas sus mas preciosos dias y por donde quiera que les parece haber visto abierta una fuente de riquezas, se lanzan sin detenerse en examinar la exactitud y la veracidad de las relaciones que los han sido hechas. Esto donde principalmente se nota es en las empresas del Nuevo-Mundo, al tiempo de su descubrimiento, en que el simple dicho de un crédito ó de un falaz viajero ponía en movimiento á pueblos enteros.

Cuando Cortés hizo relacion de las riquezas de la Nueva-España á la corte del emperador, vino á disfrutar sus platéas multitud de aventureros que veian ya abiertas las arcas de todo género de recursos; tambien hemos visto marchar de la misma México al Nuevo-México, á una infinidad que en poco tiempo se alistó; pero no fueron estas las únicas expediciones. Gobernando el conde de Tendilla, D. Antonio de Mendoza, en el año de 1539, para obsequiar las órdenes del soberano, escarmentado del poco fruto que se recogia de la conquista en que eran empleadas las armas, convencido por el contrario de los brillantes efectos de la predicacion evangélica, por los consejos de su amigo D. Fr. Barthomé de las Casas, dió comision á Fr. Marcos de Niza, religioso instruido, del orden de S. Francisco, de la provincia del Santo Evangelio, que algun tiempo despues dirigió en clase de ministro provincial, aunque Torquemada refiere que lo era en la actualidad, y que por las noticias de otro religioso que habia venido del Norte, se movió á hacer este viaje, para que estendiera la conquista hasta donde le fuese posible. Hallábase este religioso en Culiacan, adonde habia ido de México por orden del virrey cuando fue nombrado, y se le encargó al mismo tiempo por él, entre otras cosas sobre que le instruyó, que se acordara del intérprete Estevan de Orantes, y si le ocurriera alguna cosa ó se alejase mucho ó á fin de que pudiese ser hallado, en los ámbitos de su tránsito, excavando en su pié ó en las bocas de los rios metiera las cartas que recibiese, dadas en ellas ricas de su derrotero, y despues de cubiertas con tierra colocara en señal una cruz, ó igualmente, cuando descubriera una poblacion formada ya monton de piedras, que colocara en medio de ellas la cruz, tomando posesion del lugar en nombre del Viso-rey D. Antonio de Mendoza.

De esta manera instruido, Fr. Marcos em-

prendió su viaje, saliendo el 7 de marzo de 28 con un religioso de su orden, Estebanico y otra mucha gente. Con un carácter dulce y amable y con la suavidad de un apóstol del Evangelio, grandeciendo el ánimo y estimacion de los indigenas, nuestro misionero se fué internando poco á poco por las tierras de Sinaloa, de cuyos pueblos le salian á recibir los naturales mas respetuosamente que lo pudieran hacer con sus señores, y con tanta afabilidad y agrado como con sus amigos. Asi como iba internándose buen trecho de aquellas regiones, sabia por los señores y gente principal lo que ya por la plebe no ignoraba, que en tierras de mas adelante existian siete hermosísimas ciudades que eran el reino de un gran señor, y de las cuales era la primera Cibola; que los edificios de esta ciudad eran bellísimos y soberbiamente construídos, formados con turquescas, que en ellos brillaban el oro y las piedras preciosas; mas esquisitas; que allí vestían sus moradores trajes semejantes á los de los españoles, fabricados del pelo de unos animales iguales en tamaño á los galgos que llevaban consigo los expedicionarios; que las mugeres eran hermosas y usaban pendientes de oro en las orejas, collares de piedras engarzadas en el mismo metal, brazaletes de la misma manera; y en fin, que solo la poblacion de Cibola excedia en número incomparable á México, no siendo, aunque la mas inmediata, la mas grande y bella de las siete ciudades. Tambien se le dijo que Arca, Tontac y Maraca, eran tres poderosos reinos, residencia de grandes monarcas, los cuales se hallaban mas allá de las siete ciudades, de las que la principal era Acahu.

Despertose con estas noticias en Fr. Marcos un deseo vivísimo de entrar en aquellas tan alabadas poblaciones, y aunque hasta allí habia cumplido fielmente las órdenes del virrey en cuanto al camino que debía seguir, propuso en su corazón de separarse de él ahora, porque era menester hacerlo asi; de otra manera no llegaría á Cibola como lo tenia dispuesto con algunas precisidades que le habian sido ofrecidas, cueros de vaca muy bien curtidos y piedras y perlas, y otras cosas; y un cuero de muy grandes dimensiones de un animal que, según le dijeron, tenia en la frente un solo cuerno; porque en todos los lugares por donde pasaba le hacian presentes no olvidándose él al salir de tomar posesion segun lo prevenido por Mendoza. En el último lugar donde se hallo y fué muy bien recibido de los señores y gente

principal, confirmadas que le fueron las noticias de que tenemos hablado, algunos se comovieron á encaminarle, y antes Estevanico se adelantó con no poca compañía, y pasados algunos dias le escribió con un indio que saliese cuanto antes á despojarlo para unirsele, porque del lugar donde se hallaba apenas treinta jornadas habia que hacer para llegar á Cibola. En efecto, Fr. Marcos se puso en camino y descubria el derrotero por las cartas de Estebanico que hallaba al pié de los árboles colocada la cruz convenida.

Pocos dias, veinte jornadas, habia andado nuestro buen religioso cuando se se le presentó acorrajado un indio de los que con Estevan habia marchado, anunciándole como al acercarse éste á Cibola habia mandado al señor de la ciudad su calabazo que tenia unas fajas en derredor con cascabeles y una pluma blanca en el un lado y una pluma encarnada en el otro, y como viese el señor los cascabeles, luego arrojando al suelo el calabazo habia dicho: „estas gentes ya las conozco, yo las haré dar muerte, estos cascabeles no se parecen á los míos,“ y que entónces habia dicho Estevan que habia de ser donde mejor los recibieran y que no temia por lo mismo acercarse como lo hizo; pero no lo dejaron entrar y lo metieron con toda su gente que eran mas de trescientos hombres á una casa grande, de donde á la madrugada se habia salido á una fuente el indio que hacia esta relacion á apagar la sed, y luego vio á la demas gente que salia corriendo y que la iban asestando. Fr. Marcos se echó á llorar con sus compañeros y dijo que estaba resuelto á morir, y así repartió á todos lo que llevaba, asegurando que podia en duda lo que aquel indio acababa de decir. Ademas de la persuacion de los otros, que decian debia darse crédito á la noticia, esta la confirmaron otros dos indios que á poco vinieron hechos, retirando lo mismo y que á Estevan le habian despojado de todo lo que tenia en su poder, sin saber ellos cual era su paradero, pues no le habian visto salir con los que murieron asettados, que fueron en número de mas de trescientos y entre los cuales fugiéndose ellos tambien muertos lograron escapar salvos.

Cuando Fr. Marcos tuvo las noticias que mas le animaron sobre Cibola, no luego se separó de las costas por donde debia ir segun lo prevenido por Mendoza; le fué dicho que á cuatro jornadas pasando la cordillera, encontraba una Abra, que eran unas hermosas llanuras pertenecientes á Cibola. Desde entónces repar-

llo sus comisionados que marchasen por distintos rumbos, y entre ellos Estevan, de cuya expedicion hemos ya visto el resultado, y él, hechas unas veinte jornadas, ya pronto á desviarse del camino hasta allí seguido, recibió tan funesta nueva, pero sin desanimarse por ella, antes bien fué adelante con su cumitiva y dos señores principales del último lugar, habiendo los mas temido, desamparándole, despedido y vueltos.

Aproximose, pues, á Cibola, y determinó entrar en la ciudad; pero reflexionando que si moria no volvería á llevar noticias á la Nueva-España, se fué á mirarla por un lado y vió una hermosísima ciudad situada en una muy bella llanura, rodeada de lindos cerros y bañada por deliciosos rios, y de una estension mayor que México. Colocó en seguida su montecillo de piedras y en medio la cruz, tomando posesion en nombre del Viso-rey D. Alonso de Mendoza por la corona de Castilla y Leon. Hecho esto regresó á la villa de S. Miguel de Guilaican, en donde pensaba encontrar á Francisco Yarez Coronado, gobernador de la nueva Galicia, y como no le hallara allí, escribió una minuciosa relacion de su descubrimiento que envió al virrey y á su provincial.

Qual sea el poderio de la codicia, lo muestra bien á las claras este viaje, pues excitado de ella el padre Niza, desobedeció las órdenes del virrey, desviándose de la ruta que le tenia marcada, y mas cuando Estevan le hacia saber por sus cartas que podia á ojo cerrado dar crédito á lo del descubrimiento porque los indios no le engrañaban, asegurándole todos los que al paso encontraba una misma cosa, en que era difícil se pudiese de acuerdo.

La misma codicia movió los ánimos de Mendoza, Cortés y el adelantado Pedro de Alvarado, cuando se recibió en México la relacion de Niza. Todos tres á porfia querian conquistar aquellas tierras sin querer ceder á otro la gloria, apoyando cada uno sus derechos por la empresa. D. Antonio defendía que como virrey y por las especiales órdenes que habia recibido al salir de la corte, estaba obligado á estender hasta donde le fuese posible la conquista de la parte del Nuevo-Mundo que se hallaba á su cargo. Cortés por su lado, sostenía que adeinas de ser capitán general habia celebrado un ajuste con el rey para conquistar y descubrir nuevas tierras, por cuya causa tenia aprestados siete ó ocho buques. Alvarado por último, alegaba tambien un ajuste convenido para conquistar las tierras de mas allá de ja

Nueva-Galicia, que le estaba sujeta en el mando militar, por lo que del mismo modo que Cortés tenía sus buques dispuestos.

Viendo, pues, el conquistador de México, que Mendoza no cedía un punto de sus pretensiones, y que coleccionaba dinero y disponía gente para llevar al cabo la empresa, dispuso hacer otro tanto por su parte, y así ordenó á Francisco de Ulloa que marchase con tres navés, y entre tanto, resenado el, pasó á Europa á quejarse con el emperador.

El virrey por su parte no desconfió de la empresa, y al efecto trató de concertarse con Alvarado, á quien hizo llamar de Quantimallan donde se hallaba. Convino Alvarado comprometiéndose á tomar á su cargo la expedición, y estando á punto de partir, recibió aviso de un levantamiento en la Nueva-Galicia, á cuya provincia se fué inmediatamente y en la cual pereció en 1544, combatiendo por hacer cesar la rebelion que lo obligara á partir. Mendoza, que no pudo ya valerse del mismo Alvarado, concertó con el de otro modo el ajuste, poniendo este sus navés á disposición de aquel, quien confió la empresa á Francisco Vazquez Coronado, gobernador de la Nueva-Galicia, y el mismo en cuya compañía habia ido hasta Cullacan Fr. Marcos de Nisa.

Emprendió Ulloa caminar, y luego fué batido por violentos vientos contrarios que despues de haberle perdido algun tiempo le echaron á pique su navio sin desanimarle, porque continuó con los dos restantes que habia sacado del puerto. El temporal no dejó de molestarlo durante su infructuosa y larga navegacion, y ya cansados los que iban en su compañía le rogaban que se volviese porque se les escaseaban los viveres; él preguntó quienes le querian seguir, y marchando con ellos en un solo buque, haciendo volver á los otros, se fué, siendo esta la última noticia que se ha tenido hasta la fecha del capitán Francisco de Ulloa. Este fué el resultado del descubrimiento de las siete hermosas ciudades por parte de Cortés.

Francisco Vazquez Coronado se fué por Cullacan sin separarse del derrotero marcado por el padre Nisa. Caminó mucho tiempo y gran de estension de tierras, y al cabo de haber andado trescientas leguas, el indio que le guataba le anunció que se habían separado como dos-

cientas del camino que debian tomar para las ciudades. A cualquiera habria desanimado este contratiempo en época de menor credulidad y de menor ambicion; pero en la que vamos hablando se arrostraban mayores inconvenientes por la posicion de tierras tan ricas de ciudades tan populosas, bellas y civilizadas. Así, pues, Coronado hizo al indio que le dirigiese por donde debia, y él se con vino en ello bajo la condicion de que separaran de su lado á otro que le acompañaba y con quien se hallaba desavenido. Siguiéron la nueva via, y despues de muchas jornadas se les dijo que estaban muy inmediatos á las ciudades: llenáronse todos de regocijo y entraron como lo esperaban en una bella llanura con rios hermosos que la regaban, y en derredor pintorescos cerros. En medio de aquella llanura estaban situados como cinco ó siete pueblos de doscientos habitantes cada uno, cuyas casas construidas de carrizos se hallaban cubiertas de sacate, que sirviéndoles de techo bajaba en algunas hasta el suelo. Naturalmente se negaron á creer los españoles que este fuese el ponderado reino de las siete ciudades, pero asegurándoles que eran las últimas poblaciones fuera de Aetis, que se hallaba un poco mas adelante, emprendieron vengar á Estevanico y sus compañeros y castigar al señor de Cibola.

Para socorrer á Vazquez comisionó Mendoza á Hernando Alarcon, que costase con los buques de Alvarado. Llevó por supuesto las mismas esperanzas de encontrar fortuna, y como Vazquez volvió desengañado despues de haber perdido mucho tiempo sin hacer descubrimientos de importancia, pues lo mismo que aquel, á lo que por casualidad vela nuevo le daba luego nombre sin detenerse en investigaciones.

Por no parecer difusos hemos omitido la minuciosísima relacion que hacen de este viaje los historiadores, juzgando que nos basta para convencer del exceso de la credulidad á un extranjero casi increíble lo que referimos, y lo que es mas, que á pesar de estos desengaños no fué esta la última expedicion por la sola noticia de famosos terrenos, por el único deseo de satisfacer á la avaricia.

CARLOS M. SAAVEDRA.



MUCHAS COSAS DICHAS EN POCAS PALABRAS,

POR G. G. COLTON.

—XXXXXXXXXX—

CONTINUACION.

Dor cada grande ingenio que produce un libro pequenísimo, tenemos millares de talentos muy medianos, que dan de sí volúmenes de á folio.

Pocos hombres hallamos solos con ménos frecuencia, y ningunos se fastidian mas prontamente de su propia compañía que aquellos fatuos muy pagados de sí mismos.

Lamentable cosa sería por cierto que los bienes de este mundo llegasen á ser mas estimables ó ménos transitorios; que tan indignos y perecederos como son en sí, hay gentes, y no pocas, que los quisieran poseer, aun á trueque de sus mismas almas.

Preguntado un loco llamado Brothers, porque le habian encerrado en la casa de locos de Bedlam, contestó: todo proviene de una ligera divergencia de opiniones entre mí y el mundo; este sostenia que yo habia perdido el juicio, y yo que el era quien deliraba, pero perdí la votacion y aquí me tenéis.

Fué asesino Enrique VIII ántes que aparecer como adúltero. En estos nuestros tiempos acóntase que aquellos que se hacen culpables de adulterio, creen borrar de su reputacion la mancha de haber seducido á una muger, con manifestarse prontos á verter la sangre del marido.

Hablar mal de nosotros es el mayor bien que pueden hacernos los malvados, y el único servicio que saben prestar gratamente.

Gentes hay que conceden un favor con tal torpeza y de tan mala manera, que nos dejan mas bien que complacidos, disgustados. La urbanidad de tales entes se asemeja á la de aquel que por mostrarse cortés nos presenta el pañuelo que se nos cayó, levantándolo del suelo con un par de pinzas.

La entumecida mano del Tiempo es doblemente activa é industriosa, pues no se contenta con arrancar las flores, sino que ha de recen-

plazarlas con espinas. Castiga á los malos con el recuerdo del tiempo pasado, con los padecimientos del presente y la prevision de los futuros, hasta que al fin llega á ser la muerte el único remedio, porque la misma vida es la única dolencia.

La hipocresía da muerte á la religion para espantar á los necios con su sombra.

Los distraídos quieren siempre que se les tenga por personas de gran capacidad, y para conseguirlo afectan olvidar aquellas cosas de que todos se acuerdan. Otro tanto pretenden los anticuarios, bien que siguiendo el rumbo opuesto, pues no es otro su oficio que traer á la memoria lo que todo el mundo ha tentado por conveniente olvidar. En mi humilde concepto, la sociedad aventajaría muchísimo si estas dos clases de individuos cambiasen de papeles.

La avaricia ha echado por tierra mas fortunas que la misma prodigalidad, y no son tantos los que se han visto sumergidos en la miseria por su insensata y ciega manía de gastar, como por la calculadora, pero insaciable sed de adquirir.

Para conocer á un hombre conviene observarle cuando en alguna disputa sale vencedor, y la razon es, que si pierde, acaso le sustentan su orgullo, mas si gana, frecuentemente le fraticiona.

Desde el momento en que un gobierno se sobrepone á las leyes, usurpa un poder que, semejante á la fuerza convulsiva de un demente, como se origina de una enfermedad, acarrea siempre desmayo y postracion.

El hábito de hablar, segun Bacon, hace á los hombres espeditos, la lectura los hace solidos é instruidos, y el escribir háceles correctos. Lo primero puede ser cierto, porque no hay duda sino que aquellos que tienen menos que decir, son comunmente los que están mas prontos á hablar; pero la lectura no siempre hace ins-

truidos á los hombres; que hay algunos cuya memoria es parecida á los cubos de las hijas de Danae que nada reflejan, y la tienen otros tan fatal, que á semejanza de los cedazos de que hacen uso en los molinos, sólo retienen el salvado y dejan escapar la harina. Ni se consigue con el mucho escribir lo que asienta. Bacon, pues entonces pretenderían pasar por correctores algunos autores muy voluminosos á quienes los lectores enviarían de bonísima gana y con mayor justicia á una casa de corrección. Si es lícito comparar la riqueza intelectual con la metálica, podrá tal vez decirse, que por el modo como se expresa un hombre se puede renir en conocimiento de la cantidad que tiene disponible en dinero contante de su lectura puede sacarse en limpio cuantos y qué especie de escritos le han dejado, y en fin, por los escritos se podrá calcular la cantidad hasta donde le es peraltado girar letras sobre su banquero.

Puede ocurrir que por ser un hombre demasiado profundo, no nos sea dable conocer su mérito en la primera entrevista que con él tenemos, ni tampoco en la segunda, si acaso lo fué taciturno ó precavido en el hablar; pero si llega adelante su reserva en la tercera, yo sospecharía que la profundidad de tal individuo es arcaico.

La amistad suele convertirse en amor, pero el amor en amistad, jamás.

No juzgo de la gente anciana tan mal como aquel francés que suponía que si gustó de dar buenos consejos es porque ya no está en su mano el dar malos ejemplos; pero si recomendaría yo la jovialidad á los ancianos, porque la vejez sino buen humor es semejante á un invierno de Laponia, frío y sin sol. Para que en la vejez podamos disfrutar de las ventajas que proporciona un ánimo contento, debían inspirarnos aquellos apacible disposición desde la infancia, que así como el tiempo mejora el sabor del vino generoso, también convierte en ingrato vinagre el licor que desde el principio fue ácido.

Muchos objetos hay que atortentan nuestro ánimo, cual agudas espinas, hasta que los conseguimos, y que un momento después se tornan en dardos emponzoñados para el corazón.

La ocupación, según creo, es remedio más eficaz para curar del fastidio á la vida social. Un inglés noble, rico y dueño de cuanto es capaz de hacer la vida apetecible, se la quitó un

dia y dejó escrito: „que se había dedicado á cometer tal crimen, únicamente porque ya estaba cansado de vestirse por las mañanas y desnudarse por las noches.

Los tres grandes apóstoles del ateísmo práctico, que hacen prosélitos sin perseguir, y los conservan en su gremio sin necesidad de predicar, son el dinero, la salud y el poder.

El amor es un alquimista que posee el secreto de convertir el veneno en alimento, y que, á semejanza de ciertos falderillos, prefiere aun el castigo que le aplica la mano de su dueño á las caricias que le hace otra cualquiera; pero en el amor, así como en la guerra, somos deudores las más veces de la victoria que alcanzamos á lo débil de la resistencia, antes que á lo acertado y vigoroso del ataque. La mera ociosidad ha perdido á muchas mujeres que la pasión; la vanidad más que la ociosidad, y más que entrambas, la credulidad.

El que á sabiendas se pone á defender un error, cualquiera que sea, hace una gravísima ofensa á aquellos que le escuchan; pues viene á ser como si claramente les dijese: „este error defendido por mí, puede más que la misma verdad sustentada por vosotros.

Cuando nada tengáis que responder, no digáis nada; que si la defensa es tibia y débil, sólo sirve para dar mayor fuerza al argumento del contrario. El silencio perjudica menos que una respuesta importuna y mal dada.

La ciencia de las matemáticas, á semejanza del Nilo, es en su principio pobre y diminuta; pero después crece y es en su fin caudalosa y magnífica. El estudio de la metalúrgica, por el contrario, comienza por un estrepitoso torrente de vocablos y tropos que va á perderse en los espacios de la obscuridad y de la conjetura, á manera del Níger en los áridos desiertos de Africa.

Muchas personas á quienes parece el día por extremo largo, son de opinión que es la vida sumamente corta; pues breve como es en realidad, no falta quien la crea muy larga para poder sobrevivir á su salud, á su hacienda y á su honra.

En las obras del lord Byron se encuentran versos tan sublimes que á nadie pudieron ocurrir sino á él, y hay también otros, que nadie sino él pudo atreverse á escribir y publicar.

La alabanza en boca del envidioso merece todavía menos crédito que el vituperio; porque

el tal elogio solamente á aquellos á quienes cree hacer ventaja, al paso que censura siempre á todos los que en algo le pueden sobrepasar.

Sucedo frecuentemente en la jurisprudencia civil que hay tantas leyes que no halla cabida la justicia; y que los litigantes son víctimas de un *cuarto* en la morada misma del Derecho, como aquellos marineros que perecen de sed en medio del Océano.

Exigir que un escritor, sea cual fuere su *calibre*, se valga solo de sus propios materiales, y recursos, es tan injusto y tan estravagante, como insistir en que ni Cánova ni Miguel Angelo merecen alabanza, porque no crearon el mármol de que hicieron sus estatuas.

El hipocritismo sirve al diablo sin salario; pero el envidioso no solamente lo sirve sin retribución, sino que recibe después castigo por sus padecimientos y congojas.

Es ciertamente lamentable que la luz intelectual que aventaja tanto á la del sol en influencia y poder, le sea tan inferior en punto á rapidez. Los luminares de la ciencia llegan á su esplendor meridiano sin que la multitud haga alto en ellos, porque mira al través del denso velo de la preocupación, el orgullo y la ignorancia. A diferencia del sol del firmamento no iluminan estas lumbreras del saber hasta que han desaparecido de la superficie de la tierra.

La Inglaterra puede soportar más desarreglo, mas fuero y corrupción que ningún otro pueblo de la tierra, y los que han fundado las predicciones que hicieron de su decadencia en analogías tomadas de otros reinos, afortunadamente han sido burlados; porque cuenta la nación británica con cuatro puntos de apoyo de que carecen otros países; dos de ellos son materiales, el fierro y el carbon: los otros dos son morales, la libertad de imprenta y el juicio por jurados. Y es digno de notarse que estas cuatro fuentes de poder son mutuamente conservativas, pues si llegase á intentarse destruir las dos últimas, están las dos primeras admirablemente adaptadas para defendeelas.

[No me diréis que es el hombre, privado de la luz que viene del cielo? Una endeble y frágil criatura que suspendida encima del templo, angosto y helado ítem entre dos eternidades, nada ve sino impenetrable oscuridad de la una banda, y duda, desconfianza y aflicti-

vas congeturas hacia la otra. De buena gana haría el hombre alguna observación para averiguar de donde viene y á donde tiene de ir, pero no está en su mano; porque su telescopio es muy opaco, su aguja incapaz de fijarse, y sumamente corta su plomada. El limitado espacio que ahora ocupa, está cubierto de arena movediza, que en el instante menos esperado se puede hundir bajo sus plantas, y que por mas que lo escudrine no le da más ligera idea del insondable océano que tal vez ha cruzado ya, ni del que mal de su grado tendrá que atravesar. Espantosa jornada ciertamente, que á cada instante que se demora, mas se acerca y acelera, y en que hasta los mismos preparativos nos contristan é infunden pavor, porque la barca es un ataud, el lugar de su destino, las nieblas, y el piloto la misma muerte.

La conducta del avariento es diametralmente opuesta al principio que guió á Esopo al escoger su carga, pues aumenta el peso de las provisiones y equipaje, á medida que se acerca el fin de la jornada.

Hay hombres que comienzan la carrera de la vida honradamente, pero reciben en ella tantos desengaños, sufren tales contratiempos, que se desmayan al fin de su conciencia, no sea que se le cuenten los hilos con tanta facilidad, como á sus raidas chupias. Degradación es esta que se observa en muchas de aquellas gentes cuyos principios tienen hondos raíces en la tierra, y nunca son refrigerados por el consolador rocío del cielo. Empiezan bien estos hombres, mas terminan fatalmente, á semejanza de ciertos abogados que aseguro patrocinaba malas causas, porque ya estaba cansado de perder las buenas.

Los editores de las obras de Milton, han ganado con la publicación de ellas mas libras esterlinas, que peniques valieron á su autor; y Garrick el tragico hizo mas dinero en una sola noche, con representarla en una de las tragedias de Shakespeare, que este grande hombre con todas las que escribió.

Me parece que Warburton es quien hizo una distinción más exacta entre un hombre verdaderamente grande y otro mediano. „Si deseas, dice, hacerte recomendable á los ojos del primero, cuida de que cuando te despidas haya formado buena opinion de ti; mas si fuere tu ánimo complacer al segundo, manifiéstale que has formado alto concepto de él.

La ley debería ser respecto de la espada, lo

que para la hacha el mango, que sirve para dirigir el golpe con acierto y moderar su fuerza cual conviene.

Cuando la muchedumbre os aplauda, preguntaos á vos mismo seriamente: ¿Qué mal he hecho? y si os censura: ¿Qué bien he podido hacer?

La vivacidad en la juventud suele pasar por ingenio, así como el reposo por ruidez.

No es tan digno de compasión el que no consigue agradar á nadie, como aquel á quien nada es capaz de complacer.

No arriesgamos nada en aprender de nuestros mismos enemigos, pero sí es aventurado el enseñar aún á aquellos que son nuestros amigos.

Nos resignamos cuando mas á estar en compañía de aquellos que pueden instruirnos, al paso que apetecemos y buscamos la sociedad de los que aprenden de nosotros. En nuestra propia estimación sabemos mucho siempre que podemos hacer á otros partícipes de nuestros conocimientos, y creemos, por el contrario, haber desmerecido, cuando en vez de comunicar instrucción la recibimos. Así, bien puede aplicarse al talento, lo que han observado otros respecto á la traición: que buscamos la instrucción y nos aprovechamos de ella, pero que al instructor le detestamos.

Butler comparaba las lenguas de ciertos habladores sempiternos, á los caballos de carrera, que mientras menos peso llevan, corren con mas velocidad, y Cumberland observó que los falsos se apoderan de la conversacion como el saltador de la bolsa de un caminante, sin saber lo que contiene, ni curarse de si pertenece á este ó aquel. La conversacion viene á ser la música del alma; es una orquesta intelectual en que todos los instrumentos han de tomar parte sin juntarse ningunos. Los que los tocan deben, pues, calcular de antemano hasta donde alcanzan sus fuerzas respectivas, porque si desgraciadamente se apodera del primer violín algun torpe é indiscreto principiante, resultará inevitablemente un general desconcierto. Para evitar que tal suceda, el director de la orquesta debe poner todo su esmero en que los concurrentes no sean en la aptitud muy desiguales, ó no habrá armonía, ni muy pocos, ó no habrá variedad, ni tampoco muchos, para que haya orden. Con un solo tambor

hasta y sobra para que no pueda disfrutarse de un hermosísimo solo de Paganiini.

Das cosas hay que bien meditadas bastarian para evitar mal altercados, á saber: si la disputa que se ha trabado tan solo es sobre palabras; y si aquello en que diferimos de opinion merece la pena de ser controvertido.

La elocuencia es el idioma de la naturaleza, y por consiguiente no puede aprenderse en las aulas; pero la retórica es hija del arte, y por esto vemos que sobresalen en ella los que menos sienten. La retórica viene á ser respecto de la elocuencia, lo que el empirismo comparado con la medicina; pues si bien vende aquel panaceas y remedios secretos, no por eso le es dado hacer curas radicales.

Un tribun vengativo hará mas de lo que dice: otro que se dice obligado, hará menos de lo que promete.

Cuando alguna cosa merece la aprobación de los sensatos, es seguro que la multitud confirmará este juicio, porque el manifestar en tal caso complacida, no hace sino dar á entender que su gusto es fino y delicado.

Es la nobleza semejante á un río cuya corriente se dirige sin desviarse un solo punto hácia el grande Océano Pacifico del tiempo; pero que á diferencia de todos los demas rios, es mas grande donde nace que donde desemboca.

Cuando perdemos un perro ó un caballo que apreciábamos, procuramos comunmente consolarnos recordando los defectos que tenian, y no es raro que nos tranquilicemos por medio de semejantes reminiscencias, cuando muere algun amigo ó pariente que nada nos dejó.

Topamos á veces con hombres que han adquirido profundos conocimientos en algunos ramos del saber, pero que los tienen tan reservados y escondidos, que á ningun otro hombre son de la menor utilidad. Las personas de este jaez son como un buen cronómetro sin manecillas, el cual, aunque siempre esté exacto, no sirve ni para corregir á otro inexacto, ni para hacer algun descubrimiento ó una observacion.

(Se continuará.)



EL

OCEANO DE TINTA.



Quae in vita neupant homines, cogitant, curant, vident, in quaeque agunt vigilantes, orgitantque, en cuique in somno accidunt.

Cicero de Divinat.



ICERON en el trozo que lleva este artículo por via de epigrafe, dice muy bien, que generalmente el sueño nos reproduce las imágenes que han herido nuestra imaginacion mientras despiertos. Lo que mas me ha confirmado en esta idea ha sido un sueño que tuve noches pasadas, y que voy á referir á mis lectores.

Claro es que para un periodista no hay idea que mas le persiga que la de su periódico. Si el periodista sumergido en una profunda meditación se ocupa como acostumbran los mirmidones de la pluma en contar una á una las vigas del techo de su camaranchon, una idea repentina viene á sacarle de su éxtasis esta idea es la del periódico. Si el periodista relaja por un momento la regla, desarruga la frente y se entrega á los dulces transportes del amor al sonar dicha en los brazos de su amada, una sombra vaporosa y terrible cual la del rey de Dinamarca cuando se presentó á su hijo el culto Hamlet, viene á turbar su ventura, le ase con fuerza de los cabellos y grita con voz de trueno ¡el periódico! Si el periodista arroja la pluma que ha producido artículos á porrillo, y embozota en su capa (si es que pertenece á la clase de periodistas que tienen capa) se dirige al paseo á respirar el ambiente de la tarde, repentinamente hiera su timpano la destemplada voz de un gacetero que con robusto acento ofrece al público nada menos que el periódico. Si el periodista va en la noche al teatro, acaso al presenciar la escena mas patética, al escuchar el mejor trozo de poesía, un pensamiento viene á interrumpir su placer; el pobre hombre se espeluzna al recordar el periódico. En fin el pe-

riodista y su periódico forman un ser misto incomprendible, ó mas bien dos seres unidos en una misteriosa *biología*, como diria un romántico. Dejémos ya al periodista y vamos á mi sueño.

Has de saber, amigo lector, que me vi transportado como por encantamiento á orillas de un mar, cuyas ondas eran tan negras como el ébano. Multitud de bajeles lo surcaban y tomaban una de dos direcciones: parte de ellos corria á toda vela hácia una isla de cuyo centro se elevaba un templo magnífico, y parte hácia una costa que brillaba con el metal que hizo tan afamadas en la antigüedad á las arenas del Pactolo. Absorto me quedé con semejante espectáculo, hasta que una mano que se colocó sobre mi hombro vino á sacarme de mi arrobamiento. Volví prontamente la cara y vi á mi lado á la mas estraña figura. Era un anciano seco y encostrado cuya barba blanca estaba salpicada de tinta, sus ojos estaban atormentados, su cuerpo cubierto de pedazos pintoreados de papel: en una mano tenia un palo de lintero con que trazaba de cuando en cuando caracteres misteriosos en la orla de su vestido; y en la otra un mandril de pan del que arrancaba después de multiplicados esfuerzos una que otra miserable migaja.

—Yo soy tu genio tutelar, me dijo con cascada voz.

—Mucho me huelgo de ello, respondí.

—¿Te encuentras con valor para darte á la vela en el oceano de tinta?

—Supuesto que eres mi genio debes saber que soy audaz, y de consiguiente inútil tu pregunta.

—Pues bien, entra conmigo en este esquite.

—Entramos en efecto en un barquichuelo

Estupefactos nos quedamos sin saber à qué peligro atender. Nuestro fragil barro se estrelló en aquel momento contra el pico de una roca... à poco luchábamnos contra las olas con la desesperacion de la muerte. En vano mis dedos se encorvaron como las uñas del halcon, mis cabellos se erizaron, mi cuerpo todo fué presa de una mortal rigidez, mi respiracion se volvía por momentos mas y mas penosa, iba à morir....

Una voz que parecia salir del cielo, comovió súbitamente mi máquina y.... desperté. Restregueme los ojos, palpa por todos lados

y me convení con placer de que todo habia sido un puro sueño, à excepcion de la voz que aunque es cierto que no salta del cielo, si salta de la barbería de enfrente de mi casa, en donde mi diestro rapista entonaba con voz alentorea aquella antiquisima copla que dice,

Prieto me debe dos cuartos
y yo se los debo à Prieto;
Prieto me aprieta por ellos,
y yo por ellos le aprieto.

CALAMUCHA.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON LOPE DIAZ DE ARMENDARIZ.

Marqués de Caceres. Diecimosos virrey de la Nueva-España. Desde 1635 hasta 1640.

1635.

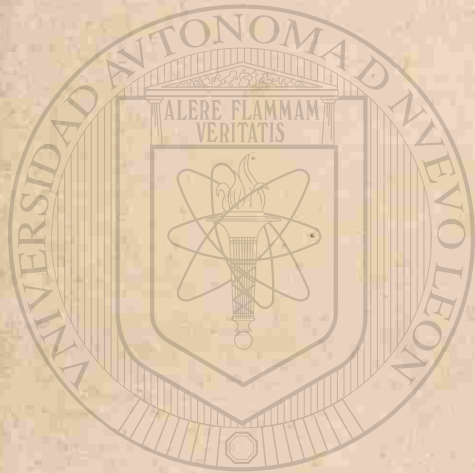


ON el fausto, el lujo, ceremonias y pompa de costumbre, el día de setiembre llegó à la poderosa y bella capital de la Nueva-España à relevar al marqués de Cerralvo el de Caceres. No estaba por cierto en el mejor estado de la polieria de la capital, cuando por todas partes se dejaba percibir un olor bien desagradable, y que podría ademas perjudicar notoriamente la salud en la poblacion, lo que era efecto del abandono en que estaban las acquias, cuyas aguas sucias y corrompidas, llenas de todo género de inmundicias, hacian inhabitables los parages inmediatos à ellas, que por desgracia eran casi todas las calles de la ciudad, en virtud de lo cual, como primera providencia, ordenó D. Lope al ayuntamiento la limpia de las tales acquias, cuya resolucion fué obedecida inmediatamente, dilatando dos años la limpia, y empleándose en ella catorce mil pesos.

1636.—Algunos vireyes habian ya trabajado en la obra del desagüe, sin lograr que México, como hemos visto, quedara libre absolutamente de las inundaciones, y puede decirse, que solo se ponía mano en la obra y se trataba de llevar adelante cuando amenazaba de cerca el riesgo, cuando se tenía encima la inundacion, ó bien cuando el rey pedía informes y la mandaba continuar. Informado Armendariz del mal que affligia à México, quiso impedirlo à la vez que Felipe le pedía una noticia del desagüe, y una cuenta exacta de lo que importaba. Para llenar sus deseos, y cumplir con el soberano, comisionó, pues, el virrey à Fernando Zepeda y à Fernando Castillo, pre iniciados que estudiaran una escritura, en la cual hicieran una minuciosa relacion de todos los gastos hechos en construir y reparar albarradas y calzadas dentro y fuera de la ciudad, y una reseña historica de la obra del desagüe muy circunstanciada, y refiriendo todos los gastos verificados en ella desde 1607, agregando à todo



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA



U

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



esto lo que en su opinion juzgaran oportuno para la seguridad de la ciudad. El año entero de 36 se consumió en que cumplieran su comision los nombrados, pues muy á sus principios los llamó el virey.

1637.—A principios de enero fué presentada á D. Lope la escritura mandada hacer, y en la cual se proponian varias cuestiones, referidas minuciosamente los sucesos ocurridos durante la obra del desagüe, con ocasion de ella; las cuestiones eran si convendria conservar el desagüe, para impedir las inundaciones, sin alteracion ninguna, ó bien si seria necesario profundizar el conducto y hacerlo mas ancho, como se verificaria dejándolo descubierto, ó si se agotaria la laguna que mas perjudicaba á México. Si lográndose, se proponia tambien, el objeto que se deseaba, se podria sin riesgo conservar la dicha obra, ó en caso de que el conducto con las medidas indicadas no fuera suficiente para contener todo el cúmulo de aguas, si bastaria con albiarradas para impedir las anegaciones. Por último, se asentaba que si de ningún modo se hallaba seguridad, seria muy conveniente que la ciudad se pasase á Huajuco. Añádase á todo esto lo que habia importado hasta entonces la obra, que ascendia á 2,950,164 pesos 7 reales. El virey mandó circular esta escritura á los gremios de la ciudad, convocándolos á junta para el día 7 de abril del mismo año. El día citado se reunieron en efecto los gremios, presididos por el marqués de Caderetta, y de la junta resultó lo que resulta de todas las de su clase; hubo en ella una gran division, pareceres opuestos, y por último, su disolucion sin que se hubiera definido en sustancia cosa alguna. Muchos después con el virey convicieron en la necesidad de hacer grandes reparos, de romper la tierra para profundizar el conducto subterráneo y dejarlo descubierto; pero se advirtió que no podia mudarse la ciudad sin causar trastornos de consideracion y la ruina de innumerables

familias. A consecuencia, el virey decretó en veinte de julio, que se dejara descubierto el desagüe, cuya medida creyó entonces en extremo necesaria, y la obra se conceptó evidentemente superior á la obra misma del desagüe.

Por cédula del rey fué concedido desde este año á la ciudad que fuesen en ella corregidores los alcaldes ordinarios, y la misma ciudad juzgando inútil la mayordomia de propios, la suprimió, acordando su arrendamiento para lo de adelante, aunque en obsequio de la verdad histórica, debemos decir que todavia algunos años despues continuó dándose el 1.º de enero el cargo de mayordomo de propios.

1638.—Nada notable ocurrió en este año, si no fué que un corsario holandés, conocido por el sobrenombre de Pie de palo, costeaaba los puertos con tres navios á la expectativa de la flota que debia salir de la Veracruz, pero esta se demoró, mientras el corsario se alejaba, y luego que lo hizo, logró salvarse de sus manos.

1639.—Por precaver en lo sucesivo los riesgos de la flota, y asegurar las costas de Barlovento, puso en ellas el virey una escuadra que solicitó del monarca. Desavenencias nacidas de competencia de jurisdiccion entre Armemdariz y el arzobispo Manzo y Zúñiga, hicieron que aquel pidiese la remocion de esto, como lo consiguió, dándole el rey el obispado de Badajoz. En diez y seis de setiembre, Felipe IV declaró libres á los indios, prohibiendo su esclavitud con la pena del delito de lesa magestad, providencia digna de un gran monarca.

1640.—Para poblar los desiertos campos del norte, hizo marchar una expedicion el virey, y se fundó á consecuencia en el Nuevo Leon la villa de Caderetta, llamada así del título del marqués, y hoy ademas Jimenez, por el héroe de este nombre. A la llegada de su sucesor el veintiocho de agosto, salió de México. D. Lope Diaz de Armemdariz.

CARLOS M. SALVEDRA.



DE UN ENSAYO DRAMÁTICO

TITULADO

LOCURAS DE AMOR. Y ZELOS.

SEVILLA 1617.

Solo sencillamente amueblada en casa de D. Juan de Castro, con una puerta de extrada en el fondo á la derecha el aposento de Doña Elvira: á la izquierda un balcón que dá á la calle, y mesa con luz á un lado del proscenio.

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA, DON JUAN.

(La primera trata de ocultar su agitación á la vista de D. Juan, que cólerico se presenta en la puerta del fondo, donde dice los primeros versos.)

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*

ENTRO en mi casa; con placer lo he visto, que amante de mi esposa ó vil ladrón, en ella he de matarle; ¡vive Cristo! sino ha salido por algun balcón, *(cierra la puerta.)*

DOÑA ELVIRA.

Venid esposo á mis amantes brazos,

DON JUAN.

¡Atras!

DOÑA ELVIRA.

Que es esto? en vuestro juicio estais?

DON JUAN.

¡Traidora, atras! que en ellos los pedazos de mi honra pienso que á entregarme vais... De mi venganza al paso que se alarga el plazo, crece mi baldon tambien, y juro á Dios que á sostener tal carga no hallo en mí, fuerzas que resistan bien!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué profetis!...

DON JUAN.

Que mi fatal fortuna me ha dado en vos una muger tan vil, que harlo es difícil encontrar con una tan desleal entre mugeres mí.

DOÑA ELVIRA.

Don Juan, os hallo loco!...

DON JUAN.

¡Estar podría

cuerdo, señora, cuando viendo estoy que habeis causado la deshonra mía con vuestras torpes liviandades hoy? ¿Sabeis que os hice una encomienda grave, y os di una llave en que mi honor guardar? Y ¿sabeis que perdiéndose esa llave no es fácil otra igual de fabricar?

¿Sabeis que abierta de mi honor la caja no hay cerradura que le guarde bien? que quien romper osó la tal cerraja debe morir no lo sabeis tambien?

Y en fin, aunque al decirlo me sonroje ¿sabeis que aquí desapareció mi honor? ¿Que si al sagrado de su Dios se acoge no hade valerle al criminal raptor!...

DOÑA ELVIRA.

¡Atónita os escucho! tal lenguaje me ofende en lo mas vivo.... ¡Terco afán! os oigo hablar de honor, y de un ultraje... y no os comprendo, por mi fé, Don Juan!... ¡Dudais que supe la encomienda grave desempeñar, que me confiastes vos? ¡Dudais que ilesa conservé la llave

que depositó la honra de los dos! ¿Qué hecha pedazos encontráis la caja de nuestro honor? La lengua contened; que el conservar ilesa su cerraja, mucho importa á mi recato vos!... Y dando suelta á vuestros locos celos que os despojaron del honor decís!...

DON JUAN.

Lo tengo por muy cierto.

DOÑA ELVIRA.

¡Por los cielos, Don Juan os aseguro, que mentís!

DON JUAN.

¡A mí que me ento!

DOÑA ELVIRA.

¿Presumis acaso que guardadora íntel de vuestro honor?...

DON JUAN.

Presumo solamente que fué escaso Vuestro esmero con él...

DOÑA ELVIRA.

(con dignidad.) ¿Como... Señor!

DON JUAN.

Estrañeza fingiendo engañadora, ¿creéis mi enojo evitar?... os engañaís que yo he llegado á presentarme en hora que á presenciario vine...

DOÑA ELVIRA.

¿Qué... pensais?

DON JUAN. *(con sarcasmo.)*

Pienso tan solo que hay muger ingrata, que teniendo en muy poco su opinion, escucha con placer la sermónata que la da un hombre, al pie de su balcón. Que una muger que una muger casada, y mas si ausente de su esposo está, cercana se halla ya de ser culpada si á tales cantos los oídos da,

Y que á mis puertas hubo una pendencia pienso, y que fuisteis el motivo vos; que hicierón á una ronda resistencia y que estos son vuestros amantes dos... Que soy el hombre, Doña Elvira, pienso á quien robaron su ventura ayer, y que vos sois, por su baldon inmenso, de ese hombre sin ventura la muger,

Y admito que la faz no se os inmuda, cuando os hablo con language tal, que la mas vil infame prostituta se sonrojara, al vuestro en caso igual. Y he resuelto por fin, que si mañana no cumplo mi venganza, en la ciudad han de miraros por la mas liviana.

DOÑA ELVIRA. *(con altivez.)*

Don Juan!...

DON JUAN.

Silencio!...

DOÑA ELVIRA.

Me insultáis!

DON JUAN.

Cállad!...

DOÑA ELVIRA.

¿Que calle escije, quien de mi honra duda? no será ¡vive Dios! en esta vez ¡baldre de estar, cuando me ultrajan, muda, sin que reviente ajada mi altivez?

¿Quereis que al esencharos me sonroje, de un crimen que no entró en mi corazón, y que insensata á vuestros piés me arroje á demandar sin porque, perdon?

Dej por cierto Don Juan que las canciones, fueron por mí, si lo quereis así; doillo tambien que al pie de mis balcones una pendencia se travó por mí.

¿Qué hallais aquí de vuestro honor en mengua?

¿Qué en menoscabo de mi honor aquí cortad, celoso, á mi cantar la lengua, mas no insensato me culpeis á mí.

¿Puedo estorvar que se arme una pendencia por mí, Don Juan, como dijisteis vos, y que hagan á una ronda resistencia y que estos sean mis amantes dos?

¿Que un hombre riña, aunque por causa mía, he de impedirlo yo, débil muger? ¿No hay en Sevilla, acaso, policia que de esto cuide, si este es su deber?

DON JUAN. *(aparte.)*

¿Que aun intenta burlarse es lo que llevo á comprender tan solo, y voto al Cid!...

DOÑA ELVIRA.

Decid ¡puedo estorbar!...

DON JUAN.

Callad os ruego;

¿a mí me toca preguntar, decid...
...ya doy por cierto lo que vos dijisteis,
la riña no era fácil de evitar;
doy por cierto también, que no pudisteis
hacer al hombre que os cantó callar...

¡Mas huir de que entrara en vuestra casa
ese hombre, no pudisteis la ocasión!...

DOÑA ELVIRA.

Sellad el labio que de torpe pasa
al proférer tan necia sinrazón.

DON JUAN.

¿Necia llamaisla, cuando se señora
que ese hombre oculto aun en mi casa está?
Decid, decid, que es su razón ahora,
lo que palpando estoy.

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*

Lo sabe ya!

Ah! tu dudaste de mí fe incesato
por unas leves apariencias hoy;
pues yo que alliva de vengarme frato
tus zelos á apurar, astufa voy.

DON JUAN.

Vamos, señora, porque el tiempo vuela,
y de estarnos no es cosa aquí los dos,
vos proyectando en vuestro afán, cautela,
y yo con mi impaciencia ¡vive Dios!

Decid cómo se llama y dónde se escondo
el embozado bruto que poco há,
se entró, vos lo sabéis cómo y por donde
hasta mi mismo pabellón quizá. *(¡prisa.)*

¿Callais?... ya la vergüenza á vuestros ojos
se asoma Doña Elvira... ¡mal finjís!...

(con sonrisa sinrazón.)

¡Decid, fingiendo á vuestro juex enojos,
¿mentís esposo por mí fé...?

DOÑA ELVIRA. *(colérica.)*

Mentís!

DON JUAN. *(furioso.)*

Otra vez! vive Dios, que estáis reacia!
¿Vuestro delito me negais aud?...
Mas si tardo en tomarla, se desgracia
hoy mi venganza....

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*

Que será común!

*(Doña Elvira cerca de la puerta de su aposento,
Don Juan coge la luz y se dirige á él despues
de haber hecho la siguiente pregunta.)*

DON JUAN.

¿Insistireis en ocultar á ese hombre
decid, señora, si os burlais de mí?

LEONOR. *(presentándose.)*

Vedme aquí!

*(Leonor, embozada en traje de hombre, con
calzas se presenta en la puerta del aposento,
fingiendo calor y serenidad, al tiempo que D.
Juan iba en su busca; este retrocede y vuelve á
dejar la luz sobre la mesa.)*

ESCENA VIII.

DICHOS Y LEONOR.

DON JUAN. *(aparte.)*

En su aposento, Cielos!

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*

Imprudente.

DON JUAN. *(aparte.)*

Esto, por Dios, que es demasiado ya!

(alto á D.^a Elvira.)

¿Es honrada, Señora quien consiente
que un hombre en su aposento?...?

LEONOR.

Bien está;

Tiempo tenéis de castigarla luego
si en vuestro enojo me malais aquí.

DON JUAN.

Mancebo ¿teneis prisa?

LEONOR.

No lo niego.

DON JUAN.

Pláceme pues.

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*

Que audacia!

LEONOR. *(aparte.)*

Estoy sin mil

*(Al adelantarse Leonor, pasa por junto á D.
Elvira y se hablan en voz baja.)*

DOÑA ELVIRA.

Prolonga, si es que puedes, este enredo.

LEONOR.

Te juro que en la dada ha de quedar.
Quedando á oscuras, fácilmente puedo,
pues bajo está, por el balcón saltar.

DON JUAN.

Holgárame de ver vuestro semblante
por conoceros.

LEONOR. *(aparte.)*

Mataré la luz!

DON JUAN.

Quitaos el embozo...

LEONOR.

En este instante
no puedo, perdonad.

DON JUAN.

(Le haré capuz.)

Riñamos pues, porque abreviar me importa
el tiempo, caballero.

LEONOR.

Pronto estoy

(señal á hablar con D.^a Elvira.)

No temas....

DOÑA ELVIRA.

Mas ¡la riña!

LEONOR.

Será corta;

por el balcón á descolgarme voy.

DON JUAN.

Brios tenéis!

Tom. II.

LEONOR.

Ya llegareis á vello;

*(quedarnos en tinieblas es mejor;
vamos, buen tino me dá Dios, que de ello
todos mis afanes penden... (descubren y ma-
ta la luz de una cuchillada.)*

DON JUAN.

Ah!... ¡Traidor!

*(La escena queda á oscuras: Leonor se dirige
hacia el balcón: Don Juan dá en vano en la
oscuridad cuchilladas al aire.)*

LEONOR.

Quiero poner entre los dos un muro
de oscuridad....

DON JUAN.

Pues por la cruz
de mi cuchilla, y por mi honor os juro
que á ver no vuelven vuestros ojos luz.

Hablad mancebo si no sois cobarde,
para que os pueda por la voz hallar;
porque esconderos, si temprano ó tarde,
vendreis, cadáver, á mis pies á estar?

LEONOR. *(buscando el balcón.)*

(¿Dónde estará.)

DOÑA ELVIRA.

(De su valor me espantó!)

DON JUAN.

(Mis ojos vierien por hallarle hiel!)

DOÑA ELVIRA.

Pronto estoy

(Si lograra escaparse...)

DON JUAN.

*(¡Por Dios, santo
que no ha de salir vivo!)*

LEONOR.

(Di con él.)

(abre el balcón y se va.)

DON JUAN.

¿No queréis contestar? ¡Criados, al!
luzes al punto. *(abre la puerta del fondo y lle-
va una luz.)*

DOÑA ELVIRA.

Reportad, Don Juan

DON JUAN.

Con sangre solamente se acrisola mi honor, que ya ultrajado...

DOÑA ELVIRA.

Tercero afañil

DON JUAN

¡Por Dios que hoy malo á mis criados todos: luces! (entra un criado con luces y ruélos. Don Juan á cerrar la puerta)

DOÑA ELVIRA.

(Respiro; ya por el balcón...)

(se sienta tranquila)

DON JUAN

Conque al cabo y al fin, de todos modos, mancheo... pero ¡dónde!... ¡Maldición! (recorriendo la escena vé el balcón abierto y da un golpe furioso con una de sus hojas; pausa)

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS LEONOR.

DON JUAN (ap.)

¡Buenos quedamos venganzat se ha escapado ¡vive Dios... pues á los dos, la esperanza de matar no se me alcanza... mataré á uno de los dos! Pero á ella... no; no es cordura; si dá en negar y la mato, quien mas tarde me asegura que lo que hice en mi locura no fué un vil asesinato?

(Pausa; y enciava su espada)

Veamos, que es lo que dice

(á Doña Elvira.)

Estó suceso, Señora, no es bien que mi enojo atize? No hay tanto motivo ahora para que me escandalice?

Para, probar su inocencia, ¿que á su marido responde la muger que en su imprudencia á un hombre en su cuarto esconde de su marido en ausencia? ¿Que disculpa, ó qué razon, puede esta esposa alegar que disipe tal borron, Si cada una á su traicion un crimen vendrá á aumentar? Decid que en vuestro aposento no estovo un hombre, Señora, y si vuestro atrevimiento llega á tal grado, que miento decidme también ahora.

DOÑA ELVIRA.

Pensad pues á vuestro antojo de mí, Don Juan, pero luego, ya que sufro este senrojo, no me culpeis si en mi enojo á mi venganza me entrego. Solo una disculpa en mí halla en el caso presente mi labio que nunca miente,

DON JUAN,

¡Una disculpa?

DOÑA ELVIRA

Uoa, sí

DON JUAN.

y ¿cual?

DOÑA ELVIRA,

Que soy inocente,

Bon Juan (con calma)

Mucho me ultrajasteis, mucho; y al contemplar los agravios con que, por vos, ahora lucho, no sé cómo vos escucho, sin arrancaros los labios.

Pero una sola palabra puede salvaros aun: una, que el cambio me abra para la venganza, y labra nuestro bienestar comun. Del hombre que estovo aquí decidme el nombre.

DOÑA ELVIRA.

Eso no!

DON JUAN.

¿Eso me decís á mí?

DOÑA ELVIRA.

No puedo decirlo yo,

DON JUAN.

Pero ¿sabéislo?

DOÑA ELVIRA.

Eso sí

DON JUAN.

¿Y me lo ocultais? ¡oh ira!... Os doy un día, por Dios; mientras este plazo espita, ganad tiempo Doña Elvira... rogad al cielo por vos!...

DOÑA ELVIRA.

¿Me mataréis?

DON JUAN

Eso quiero, si en mi venganza hoy no toca,

DOÑA ELVIRA.

Y yo castigaros, loco, que hubisteis así altanero mi honor... y el vuestro en tan poco! En vuestro mismo arrebatado voy á castigaros hoy... Sois Don Juan, esposo ingrato! Yo os haré ver, incansante, lo que valgo y lo que soy! (cruce.)

Diciembre 1842.

ALFONSO RIVERA.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON DIEGO LOPEZ PACHECO CABRERA Y HOBADILLA.

Duque de Escalona, marqués de Villena y grande de España de primera clase. Dieciséisava virey de la Nueva-España.

DESDE 1640 HASTA 1642.

1640.



DOTADO de un carácter jovial, de una afabilidad estremada, y de la viveza y atractivos propios de la edad temprana, el joven duque de Escalona arribó á la Veracruz, atrayéndose luego las atenciones de todos, de tal suerte, que habiendo desembarcado el 24 de junio,

fué detenido por los vecinos á presenciar los espectáculos que le prevenían y permanecer algun tiempo allí, como lo hizo, quedándose hasta mediados de agosto que salió para México, á la cual llegó el 28 de dicho mes. Con el duque venia el venerable Palafox con el carácter de visitador y encargado de residenciar al marqués de Cadereyta, que tuvo mucho que

sufrir de sus enemigos. Confió también el virey al mismo prelado la residencia del marqués de Cerralvo, quien había dejado sus poderes para contestar á los cargos que le fuesen hechos. Entretanto Bobadilla dispuso, en cumplimiento de las instrucciones que trahía de Felipe IV, que el gobernador de Sinaloa Luis Cestinos, fuese á las Californias y observase sus costas y las islas inmediatas, como lo verificó acompañado de dos jesuitas. En seguida espresó al virey, que si bien aquellos naturales eran de un carácter apacible y las costas abundantes de placeres, es decir, como se quería manifestar en aquella época, llenas de perlas, eran sin embargo demasiado estériles aquellas tierras. Para indemnizar al contador de alcabalas se le designó desde este año el uno por ciento de lo que recaudase.

1641.—Encomendadas á los órdenes regulares desde los tiempos de la conquista las doctrinas de los indios, se tropezaba con una multitud de inconvenientes que embarazaban la jurisdicción de los ordinarios y no ménos la instrucción de los indios, porque, como refiere Torquemada, y respecto del Perú el duque de la Palata, los prelados regulares á los capitulos generales de cada orden removían á su arbitrio á los doctrineros, sin que bastasen á impedirlo las reales cédulas y disposiciones pontificias, porque cuando por ellas se prohibió su remocion se erigieron en guarantías y prioratos, y bajo el pretexto unas veces de que las reglas prohiben la reeleccion, otras de que les conferian diversas comisiones, los regulares doctrineros se mudaban, porque dice el duque de la Palata, „las doctrinas enriquecian á los frailes con las obviaciones de los indios, y no estaba bien que no les tocase parte igual á todos.“ Con esta esperanza, continúa el mismo, „no hay hombre de escasa fortuna que no emprenda entrar en religion, arbitrio unico para hacerse rico á poca costa, y este mal, por desgracia, es inevitable, ya por el corto número de eclesiásticos seculares, ya porque los obispos no tienen mucho cuidado en conferir el ministerio y órden sagrados á los sujetos mas aptos, de suerte que no puede echarse mano de ellos.“ El Sr. Palafox pidió, pues, en obvio de estos males, con instancia al duque de Escalona, que quitase las doctrinas á los frailes, y como el duque *deseara favorecerle*, no tuvo inconveniente en hacer lo que pedia. Pronto veremos á este prelado *correspondiendo* al aprecio que de él hacia el duque.

1642.—Acaeció en este año el incendio mas memorable en México, que comenzando al

principio de la noche del 24 de febrero, ayudado de un fuerte viento durante toda ella, abrasó completamente las casas del estado.

Promovido Palafox al arzobispado de México, bajo el pretexto de tomar posesion y de abrir la visita de los tribunales, se presentó en la capital en el mes de junio. Traía por principal objeto quitar el vireinato al marqués de Villena, quedando en su lugar y obligando á Bobadilla á que pasase á la corte á dar cuenta de su conducta. A este intento, el 9 de junio, vispera de Pentecostés, á la media noche reunió á los oidores haciendo leer en su presencia los pliegos de su nombramiento y comision. Hecho esto, mandó cercar el palacio de guardias á la madrugada del día siguiente domingo de Pascua, y encargó al oidor Andrés Prado de Lugo que notificase la cédula al virey. Hallábase este aun en la cama, y luego que Lugo le hizo la notificacion se marchó al convento de dieguinos de Churubusco. La noticia de esta desagradable ocurrencia, á la vez que pareció mal á los mexicanos que ignoraban la causa, les consternó demasiado porque el marqués se había hecho amar de ellos, quienes se hallaban muy satisfechos de su gobierno. El Sr. Palafox, respetamos su buena opinion, digno sucesor en esta parte de D. Pedro Romero, obispo de la Puebla y visitador de Villa-Manrique, *correspondiendo* á la estimacion que le tenia el de Escalona, hizo que le embargaran todos sus bienes y renató en almoneda pública sus alhajas.

Declarado el duque de Braganza rey del Portugal, cuyo reino se separó de la dominacion española, el gobierno de la peninsula reeclaba de todo lo que tuviera relacion con el Portugal. Sucedió por una parte que el marqués de Villena tenia relaciones de parentesco con el duque de Braganza, y como por otra fue aquel acusado ante el rey Felipe de haberse mostrado decidido en favor de los portugueses, reeclaso por el buen nombre que en México se había sabido adquirir, comisionó para destituirlo al Sr. Palafox. Las causas que apoyaron la acusacion y movieron á la corte segun Cayo y Belancouri, fueron que hubiese nombrado castellano de S. Juan de Ulúa á un portugués, y que su aficion á los caballos hizo que un día presentándole entre otros uno D. Pedro de Castilla y otro D. Cristóbal de Portugal, como al probarlos le agradase mas el de éste, comenzó á decir *mejor es el de Portugal*, lo que se designó en la corte, y ademas, que el navio que había enviado á España, por causa de los vientos arribó á las costas de Portugal. He

aquí lo que motivó la remocion del marqués, sus sospechas vagas, acusaciones infundadas á que dió oidos una corte suspicaz y que pudieron

influir en el ánimo de un visitador que tanto le debía, que tan bien le conocia.

CARLOS M. SAAVEDRA.

CASOCHO.

(ESTANDO ENFERMO).

¡FUGUBRE son...! el alma acongojada
escucha con pavor esos acentos
tristes como los últimos lamentos
del débil moribundo.

Entre negra niebla convuelto el mundo,
azota el viento en el tarreon arguido
y se prolonga el fúgubre grito
del carabo agorero;

Pálido y vacilante allá un lucero
hacia el ocaso con quietud se aleja,
y sus rayos refulja
la tumba solitaria....

... Las ocho son... la funebre plegaria
fantasmas mil con su clamor evoca,
y al devoto cristiano lo convoca
á orar y meditar....

„Reza, reza por el alma
de tu padre, de tu hermano;
reza... que tal vez mañana
otros rezarán por ti...“

... Tal vez mañana... ¡st...! funesta idea
que ese clamor en mi ánimo despierta;
mi alma está para los gozos muerta,
mas aun quiere gozar.

Morir tan joven! ay! apenas llego
á la edad juvenil bella y florida,
apenas toco el margen de la vida
y ya voy á espirar...!

Lloré al nacer porque mis tristes ojos
con la luz de la tierra se ofendieron
y entre triste llorar tambien crecieron
hasta la juventud;

Hoy contemplan la dicha, la hermosura
y cuando van ansiosos á acercarse

van mis ojos cansados á cerrarse
para siempre á la luz...!

¡Ah! Rosilda, morir... morir ahora
que empezaba á gustar de la existencia,
hoy que halagan el alma á competencia
la gloria y el amor!

Es acaso el placer crudo veneno
que roe el corazon del desgraciado?...
es acaso el placer genio malvado
que anuncia destruccion?...

„No busques necio en el mundo
esos placeres inciertos;
reza, reza por los muertos,
que tu tambien morirás...“

... Déjame en paz campana plañidera,
calla tu voz que el alma me destroza;
por qué perturbas al mortal que goza
tal vez su sola y última ilusion?

Dile su muerte al enfermiso anciano
para quien es la vida dura carga,
el ya gozo de su carrera larga
mas olvidame á mi que aun joven soy.

Deja que grave mi olvidado nombre
en el libro divino de la historia;
deja que dure al menos mi memoria
un dia mas que mi fatal vivir:

Deja que goce en brazos de Rosilda
esos deleites del amor primero...
solo gloria y amor... nada mas quiero...
y luego... que es morir...!

Puebla Abril 20 1844.

F. O. B

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO.



Por acaso ha habido algun hombre cuyo genio, intrépido, y audacia, lo hayan colocado en un punto tan elevado que se necesite alzar los ojos para mirarlo, pero que muy pronto se tengan que bajar penetrado de la mas profunda admiracion y respeto, es Cristóbal Colon.

Apenas puede concebir el pensamiento la idea de un hombre dotado de tanta fortaleza para arrojarle sin temor alguno por entre mares desconocidos, en cuyas saladas ondas jamas habia surcado antes quilla, en busca de paisés acaso imaginarios, en pequeñas y fragiles embarcaciones que apenas podrian resistir un ligero huracán; pero que sin embargo iban á arrostrar tal vez las mas furiosas tempestades; porque quien, sino Dios, sabia los vientos que reinaban en aquellos remotos mares á donde los hombres no habian osado penetrar jamas.

A pesar de lo arriesgado y terrible de la empresa, y á pesar de los obstáculos que se le opusieron para llevarla á cabo, Colon parecia tomar nuevo vigor en su resolucion á cada dia que se le presentaba, consiguiendo por último emprender su tan deseado como temerario viaje; viaje que iba á dar por resultado el descubrimiento de un nuevo mundo, y á cambiar completamente el estado político y civil de la Europa.

El viernes 3 de agosto de 1492, á las ocho de la mañana se dió Colon á la vela en la barra de

... mientras en la popa el cobarde murmuró despreciando de la chusma impaciente, esta Colon imperturbable frente.

HEREDIA.

Saltes, pequeña isla formada por los brazos del rio Otil en el puerto de Palos, con direccion á las islas Canarias, desde cuyo punto pensaba dirigirse en línea recta hacia el Occidente. Su flota se componia de tres caravales, de las cuales una se llamaba la Niña, otra la Pinta, y la tercera la Capitana, en la que iba el almirante Colon.

La mas profunda tristeza reinaba en Palos el dia de su partida, porque la mayor parte de la tripulacion era de gente que se despedia de sus parientes, llenando el aire con sus gritos, lamentaciones y gemidos: criaban y volverlos á ver jamas; y las maldiciones mas execrables cayeron sobre el almirante, acusándole al mismo tiempo de visionario y ambicioso.

Antes de llegar á las islas Canarias se desengajó el timon de la Pinta, lo que sintió mucho Colon, tanto mas, cuanto que creyó ser alguna estratagemá de los dueños de la embarcacion para quedarse atras y volverse al puerto de donde habian salido; pero afortunadamente avistaron las Canarias, en donde se detuvieron algunos dias para reponer el timon descompuerto y poder continuar el viaje con seguridad.

En el momento en que estuvo compuesto el buque, se hicieron á la vela, procurando Colon salir cuanto antes de los limites hasta donde habian llegado los viajeros en aquellos tiempos.

Mientras los marineros pudieron ver el Pico de Tenerife, caminaron sin manifestar mucha

repugnancia; pero lo mismo fué que desapareciera de su vista, cuando un terror pánico se difundió en todos los bajeles, porque se creian separados de la tierra y de todo ser viviente. Colon los animaba, diciéndoles que siguiendo via recta al Occidente, debian encontrarse precisamente con las costas de la India, y dió orden á las otras embarcaciones de que caminasen seiscientos leguas en la misma direccion, en caso de que por un mal temporal se separasen, y á esta distancia se mantuviesen á la capa, porque era muy probable que se hallasen cerca de tierra.

Navegaban nuestros viajeros con viento en popa, los buques se deslizaban suavemente sobre una mar tranquila, y en muchos dias no tuvieron que mover una vela. Ya se encontraban á mas de doscientas leguas de la isla de Ferro, cuando observó Colon que la aguja en vez de señalar á la estrella del norte, se inclinaba como medio punto ó de cinco á seis grados al N. O. El almirante procuró no dar á conocer este fenómeno á sus compañeros por no atemorizarlos; pero á pesar de su reserva no tardaron mucho en saberlo, y la consternacion se extendió en toda la tripulacion: los paredes que hasta las leyes de la naturaleza perdian su influencia en aquellas remotas y desconocidas regiones; juzgábase abandonados de Dios y de los hombres: todo les amedrentaba, ya porque se encrespasen las olas embravecidas, ó ya porque presentáse la mar una superficie tersa y trasparente.

Por último, la chusma comenzó á dar muestras de una rebelion abierta: poco á poco fué aumentándose, en términos, que se atrevieron á manifestar á Colon la resolucion que habian formado de no pasar adelante, y dar inmediatamente la vuelta para España. Colon se encontró en una de aquellas situaciones mas comprometidas y difíciles en que puede encontrarse un hombre; pero en las que se prueban como en un crisol los grandes genios. Trató desde luego de calmar los ánimos, ya con palabras suaves, ya con lisonjeras promesas; y por último, haciéndoles las descripciones mas pomposas y magníficas de los paisés que iban á descubrir; la fertilidad y riqueza de aquellas felices tierras; la abundancia que alli habia de oro y piedras preciosas, y en fin, cuanto su fecunda imaginacion le pudo sugerir en aquellas circunstancias tan críticas y peligrosas.

Por último, la chusma comenzó á dar muestras de una rebelion abierta: poco á poco fué aumentándose, en términos, que se atrevieron á manifestar á Colon la resolucion que habian formado de no pasar adelante, y dar inmediatamente la vuelta para España. Colon se encontró en una de aquellas situaciones mas comprometidas y difíciles en que puede encontrarse un hombre; pero en las que se prueban como en un crisol los grandes genios. Trató desde luego de calmar los ánimos, ya con palabras suaves, ya con lisonjeras promesas; y por último, haciéndoles las descripciones mas pomposas y magníficas de los paisés que iban á descubrir; la fertilidad y riqueza de aquellas felices tierras; la abundancia que alli habia de oro y piedras preciosas, y en fin, cuanto su fecunda imaginacion le pudo sugerir en aquellas circunstancias tan críticas y peligrosas. Así es que la tripulacion no daba oídos á los racionales del almirante, y exigia imperiosamente á vuelta á Europa. Entónces, Colon,

poniéndose en pie en medio de aquella multitud alborotada, con voz firme y enérgica, le dijo: „En vano queréis oponeros á la continuación de un viaje hecho por mandato expreso de nuestros católicos reyes, y no será yo el que vuelva á presentarse á la presencia de nuestros soberanos sin poderles ofrecer un nuevo y opulento imperio: cesad, pues, de alborotar á la gente, y esperad en la Providencia, que jamas desampará á sus hijos, el cuidado de conducirnos á las tierras, en busca de las cuales hace ya mas de dos meses que caminamos; y si alguno tuviese de hoy en adelante el atrevimiento de suscitar la discordia en la tripulacion, sepa que ejerceré sobre él la justicia del rey.“ La firmeza y resolucion con que fué pronunciada esta corta arenga, hizo acallar á los revoltosos por algun tiempo; pero sin embargo, no cesaba de vez en cuando la sedicion de asomar la cabeza; pero afortunadamente á muy pocos dias comenzaron á observar señales tan claras y evidentes de la proximidad de la tierra, que era ya imposible dudarlo á pesar de lo frustradas que habian quedado tantas veces sus esperanzas. El 7 de octubre al levantarse el sol, la escaravala Niña, que iba delante por ser mas velera, y por que su gente queria gozar de la recompensa que habian prometido al que primero viese tierra, enarboló una bandera en el mástil, y tiró una lombarda en señal de que veian tierra; pero navegaron todo el día, y la tierra, en lugar de presentarse mas distintamente habia desaparecido, porque no era mas que una ilusion.

Por último, la chusma comenzó á dar muestras de una rebelion abierta: poco á poco fué aumentándose, en términos, que se atrevieron á manifestar á Colon la resolucion que habian formado de no pasar adelante, y dar inmediatamente la vuelta para España. Colon se encontró en una de aquellas situaciones mas comprometidas y difíciles en que puede encontrarse un hombre; pero en las que se prueban como en un crisol los grandes genios. Trató desde luego de calmar los ánimos, ya con palabras suaves, ya con lisonjeras promesas; y por último, haciéndoles las descripciones mas pomposas y magníficas de los paisés que iban á descubrir; la fertilidad y riqueza de aquellas felices tierras; la abundancia que alli habia de oro y piedras preciosas, y en fin, cuanto su fecunda imaginacion le pudo sugerir en aquellas circunstancias tan críticas y peligrosas. Así es que la tripulacion no daba oídos á los racionales del almirante, y exigia imperiosamente á vuelta á Europa. Entónces, Colon,

Por último, la noche del 11 de octubre á eso de las diez, avistando Colon sobre cubierta, llevando sus ávidos ojos sobre un horizonte leonobroso, observó una luz que se movia, mas temiendo no fuese ilusion de su deseo, llamó á uno de la tripulacion para hacerle notar el cual afirmó que en efecto era luz la que habia visto el almirante.

Con la dulce esperanza de que tenian ya muy próxima la tierra, continuaron su ruta hasta cosa de las dos de la mañana, en que un cañonazo disparado de la Pinta dió la alegre señal de tierra, la cual se veia á distancia de dos leguas; por lo que, acortaron velas y se mantuvieron á la capa, esperando con sobrada impaciencia la aurora.

Apénas comenzó á asomar la luz del nuevo día, cuando vieron nuestros viajeros, no con menos sorpresa que alegría, presentárselos una bella y frondosa isla cubierta de árboles y de menuda yerba. Como poder pintar la multi-

tud de sentimientos que se agolparon á la ardiente imaginación de Colón, al descubrir por primera vez la tierra que por tanto tiempo había andado buscando y que le había costado tantos desvelos, tantos disgustos y contradicciones! Por último, había dado feliz cima á su temerario viaje; había demostrado prácticamente á los ignorantes que la tierra es esférica; había confirmado que todo lo vence el valor y la constancia; y en fin, se había coronado con un laurél que nadie osaría arriancarle de la cabeza. Pero qué clase de tierra era la que acababa de descubrir? ¿Amo no lo sabía: ella parecía ser fértil por lo que tenían á la vista; ¿pero estaría habitada por seres racionales? y en caso de que lo estuviese, ¿cuáles serían sus costumbres y sus leyes? ¿si su fisonomía física y color discrepaban de las razas ya conocidas? ¿si sería el país que tenía á la vista, la célebre Cipango que, según Marco Polo, abundaba en ricos metales y en piedras preciosas; ó tal vez á pesar de las apariencias de su fertilidad, sería algún país estéril en donde no se encontrase ni el agua necesaria para templar la sed? Estas y otras reflexiones debían haber asallado la mente de aquel grande hombre.

Contemplando estaban Colón y sus compañeros con el mas completo arrobamiento aquel magnífico espectáculo, cuando vieron salir de los bosques multitud de gente enteramente desnuda, la cual se agolpaba á la playa; mostrando en sus ademanes, su curiosidad y deseo por ver á los recién venidos; pero cuando observaron que los extranjeros se aproximaban á la costa buyeron desparvidos á los bosques de donde habían salido.

Entretanto Colón saltó á tierra llevando en la mano la bandera real: lo mismo hicieron los capitanes de la Pinta y la Niña, sacando cada uno una bantera: las cuales tenían en el centro bordada una cruz verde con una F al extremo de un brazo y una Y á el extremo del otro, (es decir, Fernando é Isabel) con una corona encima de cada una de las letras. El almirante le llamó á Rodrigo de Escobedo, escribano de la real armada, y le ordenó que diese fe y testimonio de que tomaba posesión de aquella isla en nombre de los reyes católicos, de quienes eran fieles vasallos, dándole el nombre de San Salvador.

Concluida que fué la ceremonia, todos se entregaron á la mas completa alegría, haciendo en medio de su gozo las mayores estravagancias: unos corrían de aquí para allá, otros se arrodillaban y elevaban las manos al cielo; otros lloraban y se reían al mismo tiempo, y otros abrazaban á Colón y le besaban, pidiéndole perdón de lo mal que se habían portado durante la navegación, y jurándole una ciega obediencia en lo sucesivo.

En tanto que esto pasaba entre los españoles, los naturales deponiendo su primer temor, se fueron acercando poco á poco á sus nuevos huéspedes, observándolos con mucha atención y habiéndose entre si. Viendo ellos que aquellos personajes no se movían (porque así lo había ordenado Colón), tomaron ánimo y se acercaron mas, hasta tocarles los vestidos, después los brazos y el rostro, pasándose repetidas veces las manos sobre la barba, que era lo que al parecer mas les llamaba la atención. Cuando ya hubo bastante confianza entre los estrangeros y naturales del país, empezaron á hacerse señas mutuamente para poderse entender alguna cosa. Colón les distribuyó abalorios, cascabelos, y cuentas de vidrio que recibían con gran placer, dando ellos en cambio algunos, dardos con puntas de espigas de pescado, y algunos granos de oro. A la vista del precioso metal, todos se apresuraron á indagar el lugar en donde se producía y los isleños le señalaban hacia el Occidente, por lo cual resolvieron reembarcarse y continuar su viaje en busca de las tierras que les habían indicado y era en donde se daba el oro.

Mas de tres meses anduvieron navegando por aquellos mares; en donde descubrieron muchas islas, y entre ellas una muy grande que se llamaba Cuba, muy fértil, regada por muchos rios y cubierta de árboles de todas especies; sus habitantes estaban desnudos lo mismo que en las otras islas que habían recorrido, pero estos en algunos puntos estaban reunidos en poblaciones.

De esta isla de Cuba recogieron los españoles mucho algodón y bastante oro. Cuando habían recorrido muchas islas y cargado sus embarcaciones de todos los efectos preciosos que pudieron haber á las manos, resolvió Colón dar la vuelta á España para dar á los reyes católicos cuenta del término feliz de su viaje y de todo lo ocurrido en él, dejando en una de las islas á quien habían puesto por nombre la Española, algunas gentes, con el objeto de que levantasen un fuerte durante su ausencia y que recogiesen todo el oro que pudiesen encontrar.

Colón en su viaje á España estuvo á pique de naufragar la noche del 13 de febrero de 1493, combatido por una furiosa tempestad, en términos que tuvo por cierto perecer en

aquella noche fatal, y al efecto escribió en un pergamino el descubrimiento que había hecho, recomendando á sus soberanos dos hijos que tenía: este pergamino lo envolvió en un paño encerado; y atándolo muy bien, lo metió en un gran barril que arrojó al mar, pensando que si perecía él, aquel barril podía ir á dar tal vez á alguna costa de Europa en donde sería recogido y por este medio se sabría la existencia de un nuevo mundo. Pero la Providencia que vela incesantemente sobre sus criaturas, quiso

que Colón se salvase para que pasase á dar cuenta de su noticia á sus soberanos y mando, como en otro tiempo en Galilea, á los vientos y al mar que se apaciguaron.

Por último, después de haber sido detenido algun tiempo por los portugueses en su tránsito, arribó felizmente el viernes 15 de marzo de 1493 á la barra de Saltes, entrando en el puerto de donde había partido el 3 de agosto del año anterior.

A. RODRIGUEZ.

UNA MADRE ABANDONADA, A SU HIJO.

[TRADUCIDO DE LAS OBRAS DE BERQUIN.]

UERME, duerme, bello niño,
De la dicha en la ilusión,
Que tus lágrimas ¡ay! son
Las que aumentan mi cariño
Y penas del corazón.
Cuando afable y suplicante,
Tu padre mi pecho ardiente
Cautivo, misero infante!
Cual tú lo juzgá inocente
Y cual tú tierno y constante.
Yo sus promesas creí,
Y juramentos tambien;
Mas ¡quién pensaria quien
Se olvidara el cruel de mi
Y de ti, adorado bien!

Duerme, duerme, bello niño etc.

De tu ensueño la sonrisa,
Balsamo de mi dolor,
Es mas pura que la flor
Movida por blanda brisa
Del sol al primer albor:

Es el hecizo y encanto
Conque tu perdido padre
Deshecho en ardiente llanto
Cautivo con poder tanto
El corazón de tu madre.

Duerme, duerme, bello niño etc.

Hoy el ingrato me deja
Sin consuelo, sin abrigo;

Tom. II

De ti y de mí so aleja,
Y ni un corazón amigo
Hallo que alienta mi queja. ...
¡Conque pasión lo quería
Cuando creí era fiell' ...
¡Ah! yo lo amo todavía,
Donde habite noche y día
Mi amor estará con él.

Duerme, duerme, bello niño etc.

¡Aqui lo tengo en mis brazos!
Mis ojos en tí lo ven;
Tu eres su imagen mi bien;
¡Ay! deja que mis brazos
Reciba el mismo tambien.

Es tu alba frente, su frente;
Tu espresion, sus espresiones;
Mas no guardes sus traiciones,
Conserva niño inocente
Sus hechiceras facciones.

Duerme, duerme, bello niño etc.

Tú no puedes conocer,
Dulce encanto de mi amor,
Cuan triste es el padecer
Y cuan inmenso el dolor
De esta misera muger! ...

Quiera el cielo, niño tierno,
Educarte en la virtud;
Y en el regazo materno
Concederte bien eterno

23

Y apacible quietud.
 Duermes, duermes, bello niño etc.
 Yo miré mi triste suerte
 A tu suerte, prenda mía;
 A mi lado quiero verte
 Hasta que llegue la muerte
 Y me hunda en la tumba fría.
 Tu aliviarás mi dolor;
 Yo aliviaré tu herlandad;
 Yo cuidaré de la flor

De tus años, con amor.
 Y tu mi marchita edad.
 Duermes, duermes, bello niño,
 De la dicha en la ilusión,
 Que tus lágrimas ¡ay! son
 Las que aumentan mi cariño
 Y penas del corazón.

(Para el Liceo Mexicano. Puebla junio de 1844.)
 José Sebastian Segura.

GEOLOGIA.



La geología es la ciencia de la tierra, y abraza mas ó menos directamente todos los conocimientos que tienen relación con nuestro globo. (1) Algunos la subdividen en tres partes: la geología física, que trata de la forma exterior del planeta que habitamos, de sus dimensiones, de la posición que ocupa en el espacio, de sus movimientos, de su densidad y de su division en líquido y sólido; la geognosia, que se ocupa de las materias de que se compone el globo, de su posición relativa, de su naturaleza y de los fenómenos que tienen lugar en su superficie ó en su interior; y la geógenia, que combina los hechos de la naturaleza material para elevarse á sus causas, que investiga las leyes que han presidido á la formación de las diferentes partes de la tierra, y que, apoyándose en los conocimientos positivos que le suministran la física, la química, la mecánica, la hidráulica y la astronomía, trata de explicar todos los fenómenos y aun la for-

[1] Segun nuestro sabio D. A. del Rio, la geología es la ciencia que investiga los cambios sucesivos de los reinos orgánico é inorgánico de la naturaleza, y las causas de estos cambios, y su influjo para modificar la superficie y estructura exterior de nuestro planeta.—(Nota del traductor.)

macion del mundo. Las dos primeras partes que contienen la enumeracion y el análisis de los hechos, son los que constituyen la ciencia que ha progresado extraordinariamente en estos últimos tiempos. Sin ocuparnos en particular de cada una de las divisiones que acabamos de considerar, comprenderemos en tres artículos lo que vamos á decir sobre la Geología: 1.º, historia de esta ciencia, 2.º, exposicion de los hechos, y 3.º, ojeada sobre algunos sistemas.

ARTICULO I.

Historia de la geología.

La geología habria hecho progresos positivos mucho tiempo ha, si los que se dedicaron á ella no hubieran recorrido el círculo de todas las probabilidades, ánes de verse precisados á ocurrir al Génesis, que es el primer monumento que suministra á esta ciencia datos útiles sobre la formación de la tierra, y cuyas doctrinas, bien consideradas, no se oponen á las observaciones que posee la geología; pues pueden apreciarse los dias de la creacion como alternativas de luz, y de tinieblas, de un tiempo indeterminado, ó como épocas, cuya duracion nos es desconocida. De esta opinion fueron Buffon, De Luc, el padre Bertier y otros sabios, que deseaban conciliar el respeto que les im-

piraban los libros sagrados, y su amor á la ciencia.

Exceptuando las ideas que acerca de la creacion, del caos y del diluvio universal encontramos vagamente esparcidas entre los antiguos, y exceptuando tambien algunos pasages de Hesiodo, Ovidio y Virgilio, nada se ve en la antigüedad, que pueda hacer creer que se ocupasen en el conocimiento del globo terrestre. Verdad es que el mas antiguo de los físicos, Tales, consideraba el agua como el principio constitutivo de la tierra, y que esta opinion fué renovada entre los griegos por Epicuro, y despues por Lucrecio; pero media una gran distancia entre la ciencia y este sistema. Strabon es el primero que hace mencion de los fósiles tan generalmente esparcidos, y Plinio, cuyos conocimientos fueron tan variados, ha consignado en su obra un gran número de observaciones que pertenecen á la geología. Desde esta época hasta fines del siglo XV, no se oye en nada que pueda manifestarnos lo que pensaban los hombres acerca del origen y la arquitectura del mundo; pues hasta principios del siglo XVI fué cuando Jorge Agricola dió á luz dos obras, titulada una, *De re metallica*, y la otra, *De ortu et causis subterraneanis*, y estas producciones, que despues han servido á muchos sabios, comenzaron á manifestar el interés que presenta el estudio de la tierra; mas en vez de estudiar á la naturaleza, se quiso explicarla, y con el siglo XVII aparecieron la serie de sistemas, que desde entonces han invalidado y frecuentemente sofocado la ciencia. En 1681 Burnet publicó en Inglaterra su *Teoría del mundo*; en 1708. Guillermo Whiston la destruyó dando otra. Scheuchzer, Bourquet y Swedenborg, publicaron sus hipótesis, refutando siempre las de sus predecesores. Todos estos autores de mundos tomaron el agua por agente principal de las perturbaciones que se veian precisados á suponer; mas cuando comenzó á agotarse este medio, recurrieron al fuego, y el famoso Leibnitz, en su *Protogea* representa al globo terrestre como una masa vitrificada por un fuego ardiente; y Buffon aunque partiendo del mismo principio, le atribuye en sus *Épocas de la naturaleza*, un modo distinto de obrar. Stenon y Ray, buscaron en los volcanes la causa de todas las revoluciones del globo, pero no pasó mucho tiempo sin que se volviese á recurrir al agua, pues el ingles Whitturst y el sueco Wallerius, representaron á la tierra como un depósito acuoso, y no como una ampolla. Todos estos edificios concebidos por la imaginacion, y tan pronto destruidos como

derrribados, manifestaron la necesidad de dar otro giro al entendimiento humano, y se concibió que ánes de construir el mundo, era preciso analizarlo y examinar cuanto fuese posible, pieza por pieza, todas las partes de su estructura. Bacon el trizó el camino que debia seguirse en el estudio de todas las ciencias, multitud de sabios comenzaron á seguirlo, y mientras Newton ilustraba la física y la astronomía, Bergman publicaba su *Geografía física*, y Fuchs presentaba á la Alemania su *Historia terrarum maris etc.*, que aun todavia seria un buen manual de geología. No obstante, hasta fines del siglo XVIII hicieron salir á las ciencias geológicas por decirlo así, de las entrañas de la tierra, las inmortales investigaciones de varios ingenios distinguidos. Saussure estudia los Alpes y va á pesar la atmósfera á la cumbre del Monte-Blanco; Werner, quien por sus grandes trabajos merece ser llamado el creador de la geognosia, clasifica las rocas y señala el lugar que cada sustancia mineral ocupa en la corteza del globo terrestre; Dolomieu interroga á los volcanes; Voigt describe los balsos y Spalanzani, célebre profesor de Pavia, desciende á todos los crateres de la Sicilia, analiza todas las lavas, y por medio de sus ingeniosos experimentos, mide la intensidad de los fuegos subterráneos. De Luc, Pallas, Patrin y Ramond, enriquecen á la ciencia con multitud de observaciones útiles, y poco á poco se comparan las diversas partes del globo y se manifiestan sus analogías y sus diferencias; y hoy merced á los muchos viajes emprendidos y ejecutados de 30 años á esta parte, cada sabio sin salir de su gabinete puede examinar las cumbres del monte Andes, el pico de Tenerife, los fuegos del monte Hecla, los paisos de la Auvernia, las rocas levantadas de la Westfalia y los crateres del Etna. Brochant de Villiers, Mohs, Escher y Ebel, han analizado los Alpes; Balmou las Pirineos; d'Engelhardt el Cáucaso; Omalius d'Halloy ha descrito la Bólgia y la Francia; Freiesleben, Heim, Voigt y de Hoff han explorado la Franconia y algunas otras provincias del norte; de Raumer la Sajonia y la Sillesia; d'Anbuisson y Charpentier han recorrido diferentes puntos de Europa; M. de Buch ha interrogado á las montañas de la Noruega á las de Italia y á las de varias islas de Africa; la Hungría y la Transilvania han sido descritas por Esniark, la Suecia por Haussmann, la Inglaterra por multitud de sabios ingleses, y por último, Humboldt, el sabio universal, la inteligencia mas vasta del siglo XIX, ha seguido á la naturaleza en todas las partes del mun-

do, y después de haber examinado los cumbreros de los Andes, las minas de las montañas de la Siberia, y los volcanes del interior del Asia, ha entregado á los sabios una asombrosa multitud de materiales. Estos estudios tan multiplicados, han dado lugar al descubrimiento de un hecho de gran importancia para la geología, y es la existencia de diversas especies de fósiles en distintas capas terrestres. Antes de esto los restos de los cuerpos orgánicos, encontrados en las masas minerales no habían sido considerados sino como un accidente en el depósito general: pero desde que multiplicadas observaciones demostraron que profundizando en las entrañas de la tierra, se encontraban restos de animales diferentes de las especies vivientes, y algunos del todo distintas, se dedujo que la sola inspeccion de un fósil podía servir para determinar la profundidad del terreno en que se encontraba; y desde entonces el conocimiento de los fósiles fué indispensable á todos los que se ocupan en el estudio de la tierra. Cuvier y Brongniart han trazado el camino que debe seguirse en el estudio de los fósiles, enriqueciéndolo con multitud de trabajos importantes; y Blumenbach y de Schlottheim en Alemania, Buckland, Mac-Culloch y Conybeare en Inglaterra, han rivalizado con sus modelos, y pronto poseeremos los materiales necesarios para completar la zoología y la botánica anti-diluvianas. Sin hablar de los que se dedican á trabajos geológicos en Inglaterra, Prusia, Rusia, Alemania ó Italia, la Francia posee muchos sabios dedicados exclusivamente á esta ciencia, M. M. Etie de Beaumont, Ferussac, Boué, Rozet, Jobert, Alejandro y Adolfo Brongniart, Omalius d'Halloy y muchos otros trabajan con tanto celo como buen éxito en la propagacion de las ciencias geológicas. En Europa se publican cerca de 200 periódicos, revistas y recopilaciones aca-

démicas destinadas mas ó ménos directamente á reunir los documentos que les suministran los geólogos de todos los países. Esperamos que todos los sabios, mas circunspectos y ménos crédulos que antes, se detendrán algun tiempo en examinar los fenómenos, en considerar atentamente los hechos y en describir la naturaleza, en vez de gastar su energia y agotar sus fuerzas en construir sistemas que deben morir con sus autores ó poco después; recordando siempre que la geología no fué una ciencia sino desde el día en que se abandonaron los sistemas.

(Continuará.)

En su correspondencia astronómica demuestra el barón de Zach que el imperio ruso es probablemente mas estenso que todo el continente de la luna, suponiendo que en este planeta, aun en el nuestro, ocupen los mares los dos tercios de la superficie total.

El cálculo no es ni difícil ni largo. El diámetro de la luna es de 283 leguas, su superficie es de 2.505,261 leguas cuadradas. Quitarle los dos tercios y quedarán 835.87 leguas cuadradas para el continente. La Rusia, segun las evoluciones hechas en 1818 estienda su dominación sobre una superficie de 958.572 leguas cuadradas. No se han comprendido en este cálculo las partes de América que pertenecen á la Rusia.

El hombre que muere es un astro que se opaca para brillar despues mas en otro emisferio.

Goethe.

No debe uno dejar su puesto sin permiso del que manda; el puesto del hombre es la vida.

Pitágoras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MARGARITA.



Y un aposento ricamente adornado, se mira una joven vestida con elegancia y sencillez, que recostada en un sofá, con la mano en la mejilla y los ojos fijos en el suelo, da muestras de estar profundamente pensativa. Abrese una puerta, un hombre de cerca de cincuenta años y de fisonomía adusta, se dirige hacia la joven, se sienta á su lado, y despues de unos momentos de silencio, le dice.

—¿Cuál ha sido tu resolución, Margarita?

—Ah padre mío! qué queréis que os diga.

—Te has convencido ya de las ventajas que nos trae este matrimonio.

—Sí, pero quería sin embargo....

—Como! rehusarias dar tu mano á D. Carlos!

—No.... pero soy tan joven todavía: tan poco me amais, que os dais tanta prisa á separarme de vuestro lado? Ya que tanto os empeñais en que este enlace se verifique, dilatadlo siquiera un poco, mientras tengo tiempo de tratar á D. Carlos, á quien mal puedo amar cuando apenas le conozco.

—Dí mas bien, repuso D. Diego, frunciendo el entrecejo, y dando mas aspereza á su fisonomía, que alguno de esos mosalvates insustanciales que hoy están en moda....

—No padre mío, os lo juro, ninguno pueda llamarse, hasta ahora dueño de mi corazón.

—Es verdad que D. Carlos no es muy joven; pero tampoco es viejo, y además, sus riquezas y su influjo en el gobierno, hacen que sea un partido ventajosísimo para cualquiera muchacha. El amor á él, le irás teniendo poco á poco, cuando veas que satisface todos tus deseos, y que te proporciona en el mundo un lugar distinguido.

—¿Y juzgais esos, suficientes motivos para que le ame! no nos bastan las riquezas que ya poseemos? Por otra parte, os habeis visto en los mas altos empleos, y debéis buscar ya la tranquilidad, despues de haber sufrido todos los vaivenes y las inconstancias de la fortuna.

—Mi palabra está empeñada: D. Carlos y yo hemos concertado este casamiento, y de no cumplir mi promesa, podrian sobrevenirnos graves males.

—Dilatadlo no mas, algunos dias, os lo suplico.

—Es imposible.

—Pensad que se trata de la felicidad de vuestro hijo; no queréis hacerla desgraciada, estoy segura de ello.

—Desgraciada! no lo serás obedeciendo á tu padre: dentro de ocho dias se verificará tu matrimonio.

—Señor, os lo pido por la memoria de mi madre; no me hagais desgraciada.

—Dentro de ocho dias repuso secamente D. Diego, y dejó á su hija sola, entregada á la desesperacion. Era Margarita una niña tan cándida y sensible, como hermosa, una de esas criaturas privilegiadas que se gozan con la dicha de sus semejantes, y derraman lágrimas con los padecimientos del desgraciado; que alargan sonriendo, un pedazo de pan al mendigo que implora su compasion; y estrechan contra su seno, colman de caricias y alivian en su soledad al niño desventurado que gime huérfano en la tierra; en fin, uno de esos ángeles de caridad que nos manda el cielo de cuando en cuando, para hacernos llevara nuestra dura peregrinacion por este valle de dolores.

Don Diego, por el contrario era un ambicioso, idolatra del oro, hasta sacrificarle lo que el hombre mira como mas sagrado; de alma fria é insensible, que con el compas del egoismo en la mano, no reia, ni lloraba, sino por cálculo, y sin que su corazón latiese mas aprisa, cuando al parecer, le abafia la tristeza, ó cuando daba señales de la mas estrepitosa alegría.

Salió, pues, D. Diego á dar sus órdenes para el cumplimiento de la próxima boda, y Margarita se quedó repitiendo con voz ahogada por el llanto, „dentro de ocho dias.“

II.

Dos años despues se paseaba Margarita, una

tarde, en el jardín de una casa de campo, y en su fisonomía se retrataba la mas honda tristeza. Sus miradas abatidas, su andar lento y la indiferencia con que al parecer respiraba el aroma de las flores, y sentía halagadas sus sienas por la brisa balsámica del jardín, todo manifestaba claramente las penas que atormentaban su corazón. Era ya esposa de D. Carlos, hombre de cuarenta y cinco años, y que en dos que llevaba de casado con Margarita, no habia tenido ni una caricia, ni una palabra de amor para la pobre jóven: indiferencia, desvío, vedó lo único de que sabia usar para con ella. El amor de D. Carlos antes de casarse, se redujo al siguiente raciocinio: «mi caudal sube á tantos pesos; Margarita tiene igual caudal, luego si me caso con ella veré duplicadas mis riquezas, mientras que si otra fuere mi esposa, sin tener nada, mi capital quedará reducido á una mitad, porque no se le amará un maravillo, y lo gastaremos entre dos, que al fin, una muger que pasa de leñidera á la opulencia, gasta sin medida y... no hay duda, me decido por Margarita.»

Ella virtuosa, sensible, en una edad en que el interes no es el móvil de nuestras acciones, se figuraba en sus sueños de felicidad, un hombre tierno, apasionado, que pagase su amor, con amor solamente, un hombre en fin, que si existe, no pertenecerá por cierto, á la clase elevada de nuestra sociedad. No obstante, habia empleado todos los medios posibles para conquistar el corazón de su esposo, y aunque veía burladas sus esperanzas, á fuerza de virtud sobrellevaba con resignacion una vida tan amarga.

Sentose finalmente debajo de un arbol frondoso, despues de haber recorrido el jardín, y pocos momentos despues se le acercó D. Pablo, un jóven libertino y sin conciencia, íntimo amigo de D. Carlos, que no ignoraba el calculo comercial de este para casarse, y el descontento de Margarita.

—Porque tanta tristeza, Margarita, la dijo, con voz dulce, y dirigiéndole una mirada de vivo interes.

—Ahí no estoy triste, contestó sonriendo amargamente y dando muestras de querer levantarse.

—No se incomode V., varios amigos míos y Carlos con ellos, están á poca distancia de nosotros: mirelos V.

Tranquilizose Margarita, y D. Pablo con el lenguaje artificioso y astuto de un hombre sin fé, prosiguió.

—Tal vez algun disgustillo con Carlos...

—Caballero! quien le ha dado á V. derecho...

—No lo lleve V. á mal, quiero tanto á Carlos y me intereso tan vivamente por V! Es un poco desabrido, es cierto; pero su corazón es excelente, y V. debe tener bastantes pruebas de que le ama tiernamente. ¿Y como podria no amar tanta hermosura y tanta virtud? De mí, digo, que daria mi vida por la felicidad de V., por no causarla la menor desazon; que á ser esposo de V., hubiera sido toda mi vida el amante mas obsequioso, mas fino...

—Ya es demasiado, cree V. que si mi esposo oyese tal lenguaje...

—Estoy seguro de que sabria conocer lo puro de mi afecto, y haria justicia á mi amistad.

Levantose Margarita precipitada, sus mejillas se encendieron, un estremecimiento involuntario agitó instantaneamente sus miembros, su corazón latió con violencia, y con voz turbada:—Vamos á retirarnos con Carlos, dijo. D. Pablo le ofreció el brazo; ella rehusó por un momento, mas tuvo por fin que ceder y se dirigieron ambos hácia donde estaban en conversacion varios jóvenes con el esposo de Margarita.

—Mas porque tal turbacion, tal desasosiego de aquella pobre jóven?

Quien sabe; mas D. Pablo no era la primera vez que trataba de envenenar con su aliento ponzoñoso aquella flor delicada y hermosa que empezaba ya á marchitarse sin abrigo; Margarita era una criatura sencilla, y para la cual era desconocido el fingimiento, el lenguaje del seductor era siempre tan amoroso, tan apasionado... pobre Margarita! tal vez luchaban en tu corazón el deber y el amor; mas por esta vez triunfó el deber.

III.

Con que has conseguido salirte con la tuya, querido mio; decía á D. Pablo en un café un jóven elegante que le acompañaba.

—Si, por fortuna, amigo mio; la intriga que me habian formado estuvo á punto de echarme á rodar, pero al fin he vencido y el destino es mio.

—¿Y qué intriga era esa?

—El otro pretendiente era astuto y no perdía tiempo; se me anticipó y le hizo un regalo magnifico al Sr. L. de quien pendia la provision del destino; es claro que yo era hombre perdido, porque el numerario estaba escaso y no podia yo hacerle otro regalo que le incansase mas á la justicia, que el demi rival. Mas de pronto, recuerdo que la querida de D. L. no me era absolutamente desconocida, voy á ver-

la, renuevo mi antigua amistad, la hago interesar fuertemente en mi favor, y como ves, mi buen competidor, perdió dinero y empleo, y yo no gasté el primero y conseguí el segundo.

—Bravísimo, chico, bravísimo, te doy mil parabienes por tan glorioso triunfo. Ah! tú si que puedes decir con verdad que aseguraste tu fortuna! Un empleo en la aduana marítima de Mazatlán! No pierdas las esperanzas de alcanzar, por influjo de mí, otro igual ó semejante. ¿Y cuándo es la marcha?

—Debia verificarse dentro de tres dias, mas siempre tendré que aguardarme otros tres mas para dar tiempo á que el marido se ausente y... ya me comprendes.

—Qué! tambien en esto has logrado tu intento? Vamos, Pablo, eres el hijo mimado de la fortuna.

—Qué quieres, con algun ingenio y una regular dosis de constancia, se hacen maravillas. Desalo que murió D. Diego, Carlos trataba á Margarita, no solo con desvío, sino con positiva aspereza, todos los dias la reñia por el mas insignificante motivo, y aun llegó á decirle una vez, que no la amaba, y que un compromiso con D. Diego, le habia estrechado solamente á tomarla por esposa. La pobre muchacha ponía el grito en los cielos, se desesperaba, y entonces tenia lugar perfectamente mi papel de consolador. No niego que tuve mucho que luchar con la rancía virtud de mi adorada paloma, pero al fin, las circunstancias eran para mí de tal suerte favorables, que todo salió á pedir de boca. Con que ya comprenderás que Margarita va conmigo, y por lo tanto es preciso aguardar á que se aleje mi buen amigo Carlos.

—Vamos, eres un calavera en toda la estension de la palabra. ¿Pero qué no temes las consecuencias de un paso tan atrevido? ¿Crees que el marido, cuando lo sepa, se quedará mano sobre mano?

—Ja, ja, las alzará al cielo, amigo mio, la carga le parece harto pesada, para que no quiera librarse de ella.

—Puedes darte lecciones al mas pintado.

—Notal, la suerte se ha empeñado en proteger mis amores, y además, soy un tanto desocupado... y activo.

—No echaré en sacoroto tus lecciones.

—Eres muchacho vivo y puedes aumentar considerablemente el número de tus conquistas.

—No olvides despedirme de mí.

—Ni tú dejes traslucir en lo mas mínimo mi secreto.

—Adios buena alhaja!

—Adios.

IV.

Trasladémonos ahora á Mazatlán, despues que han transcurrido tres años, y en un cuarto miserable, alumbrado por una lámpara opaca, veremos á un hombre pálido, y de ojos desentacados, pasándose con agitacion y murmurando algunas palabras con tono melancólico.—Todo se ha perdido, decía, ungun recurso me queda aqui para subsistir, es indispensable volver á México; allí con empeños... mas porque ha caído sobre mí esta desgracia, cuando otros de peor conducta que yo se mantienen en sus empleos y jamas son castigados? Mas qué dudó imprudente! Habermé desavenido con ese comerciante rico, debia perderme; me cegó la codicia. Si me hubiese contentado con el dinero que me ofreció por el contrabando... y lo peor es que nada tengo, porque el maldito juego... Esa muger me estorba y aumenta lo desesperado de mi situacion; es preciso deshacerse de ella. La llevaré conmigo á México, donde tal vez puedo recobrar mi destino, y allí la dejaré; su marido podrá compadecerse de ella, ó si nó sus parientes. Y sobre todo, qué me importa! Harto apurada es mi situacion para que busque quien la agrave. Yo la diré sin embargo donde vamos, porque estoy seguro de que se negará, fingiré que nuestra marcha es á otro lugar cualquiera, al cabo no conoce mas camino que el que tragamos de México, y llevándola por otro estraviado... Si, pariremos dentro de dos dias.

Al llegar aqui D. Pablo, se presentó una muger hermosa, con el cabello suelto; era Margarita. Sus ojos antes tan apacibles, tan seductores, estaban ahora apagados, y sus mejillas de rosa habian perdido su color y su frescura. Tres años de arrastrar una vida de remordimientos, habian bastado para arrancarle aquella belleza, incomparable de sus alma inocente y sin mancha, que anima las facciones de un rostro juvenil. Desventurada! todo se conjuró para perderle! mas cobra ánimo, empaga con tus lagrimas los pies de Jesucristo, como la pecadora del Evangelio, y tu alma tornará á despedir la suave fragancia de la virtud, y ceñirá otra vez tus sienas la resplandiente aureola de la pureza.

—Desaba verte, la dijo D. Pablo, he meditado ya el único partido que me resta, y es indispensable no perder un momento.

—¿Qué has resuelto?

—Pasado mañana saldremos de aqui para...

Puebla, á donde debo ir á recoger una cantidad de dinero que me debe un comerciante.

—Mas... tan cerca de México... Dios mío, moriría de vergüenza, si por cualquier accidente llegara á verme alguna persona conocida. ¿No ves que estoy cubierta de oprobio... y mi marido... mis parientes...

—Nada te apure, estaremos en Puebla dos días á lo mas, y ya ves que en tan corto plazo es imposible que te vean si usas de alguna precaución.

—Está bien, repuso Margarita, con voz débil, haz de mí lo que quieras. Ahí por desgracia mía estoy unida contigo por los lazos del crimen, y estos lazos tienen dureza de diamante.

—Señora, está V. muy afecida de poco tiempo á esta parte.

—¡Lágratme! me tratas con tanta aspereza, sin recordar que tú eres la causa de mi perdición, le contestó Margarita con amarga sonrisa.

—Estais muy enfadada por vida mía!
Y salió D. Pablo dejando á la pobre mujer luchando con sus remordimientos.

A los dos días caminaban para México D. Pablo y Margarita, juzgando siempre la última que se dirigían á Puebla. Llegaron por fin á México, ya entrada la noche, por industria de D. Pablo, y Margarita, ciega por su oprobio, no conocía aun la perfidia del monstruo que la había seducido, apesar de estar ya en una de las calles de la ciudad. Llamaron á la puerta de un mesón, pidieron posada, y despues de haber entregado al bursned los dos caballos que los habian servido en el viaje, subió D. Pablo á Margarita al cuarto en que debía hospedarse. A pocos momentos se separó de ella, y buscando al posadero, antiguo conocido suyo, y hombre de conciencia no muy escrupulosa, le dijo.—Toma, Nicolás este dinero que es lo único que me queda, y acuérdale de que somos amigos viejos.

—En qué puedo servir á V., Señor?
—Esa mujer que viene conmigo cree que está en Puebla, amigo mío, y es necesario hacer porque no salga de su engaño, por lo ménos en tres días que será el tiempo que yo dilatara en marcharme.

Contóle entonces su historia y sus proyectos, y como en los tres días tenía esperanzas de recobrar su destino; y en caso que no, que habia pensado partir siempre para San Luis Potosí, en busca de un tio viejo que le queria entrañablemente, y con el que estaba seguro de encontrar amparo. Oyóle atentamente Nicolás,

y le prometió hacer cuanto estuviere en su mano para engañar á Margarita, y para disculpar á D. Pablo de su tardanza; despidiéronse y se fué D. Pablo repitiendo con gozo: ¡y asy libre!

Entre tanto, la infeliz Margarita quedaba llena de inquietud y de fatales presentimientos, pasó la noche sin que el sueño cesase un momento sus párpados, y al siguiente día preguntó á Nicolás qué habia sido de D. Pablo.

—Pierda V. cuidado, señorita, contestó el posadero, seguramente sus negocios no lo han dejado volver. Me encargó que tranquilizase á V. en caso de tardarse, y que no la dejase ver de nadie, y me aseguró que les importaba á vds. dos salir de aquí cuanto antes.

—Es verdad; y dónde estamos?

—Cómo donde? en Puebla señorita. Cobró alguna confianza por entónces Margarita, mas viendo que pasaba mucho tiempo y que D. Pablo no volvía, sus sospechas tomaron nueva fuerza, y su espíritu fué presa de la mas violenta agitación. Tal vez este hombre, decia para sí, está de acuerdo con Pablo; si no, porqué tanto tardar? Al entrar en la ciudad me pareció que reconocía... ahí sí pudiese yo ver por una ventana la calle... informarme... Pero ese Nicolás no me pierda un momento de vista; como haria para alejarle de mí un poco, no mas el tiempo necesario para correr á una ventana ó para preguntarle á alguno... Ahí infame, abandonarme! sería posible? Y qué lo dudo de D. Pablo, de ese hombre inicuo, que me empujó al abismo! ¡Y sí estoy en México, y mi marido, mis parientes, mis amigos, llegan á saberlo... oh! Dios mío, primero la muerte!

Tres días mas pasaron y la pobre mujer cada instante sentía mas y mas abrasada su cabeza por un fuego devorador; sus sospechas eran ya casi realidad, pero todavía no palpaba su desengaño. Olservó que Nicolás se habia retirado, y aprovechándose de la oportunidad, corrió á una ventana del mesón, que daba á la calle, y asomando la cabeza, comenzó á mirar con ojos desentajados los objetos que se le presentaban. ¿No hay duda, México... México... exclamó con la risa de un loco.

—Mas que voces son esas, Dios mío ois...! ois... á mí se dirigen: mira, mira á la prostituta... No, infames; no me vereis jamás. Cerró la ventana con violencia convulsiva, se encerró en su aposento, y desde un rincón cual si la persiguiesen algunos asesinos.—¡dejadme, dejadme por piedad, decia á gritos: buscadlo á él, á ese malvado. Mas... no haceis caso... soldad... soldad... adonde me lleváis... quienes sois... oh! yo miro vuestros rostros infer-

nales... Virgen Santísima!... ¡Acid misericordia de mí! Y cayó en el suelo desmayada, con la violencia del frenesí. Así estuvo hasta ya entrada la noche, á la hora en que el posadero fué á llevar luz á su aposento. Encontróla caída en el suelo, dirigióse inmediatamente á ella, señorita, señorita, comenzó á decirle haciendo por levantarla; entónces Margarita, como si despertase de un profundo sueño, se restregó los ojos muy despacio, y fijándose en Nicolás—¿quién sois, te digo, con la mayor calma?

—Nicolás, señorita; ¿qué es ha sucedido?
—Nada, contestó Margarita, reflexionando profundamente; un ligero desvanecimiento... pero ya pasó; y dirigiendo una mirada cuidadosa en su dorador, prosiguió: me alegro de que hayais venido, os habia menester.

—Mandadme.

—Dónde está la silla del caballo en que venia Pablo?

—En mi cuarto, señorita.
—Id á traerla. En ella tengo guardados algunos... papeles que me interesa ver.

—Vuelvo al momento.
Volvió en efecto, Nicolás, llevando la silla que lo habia pedido Margarita; y esta, examinándola distintamente vio que tenia lo que buscaba, y eran dos pistolas.

—Está bien, dijo á Nicolás. Hacédme ahora el favor de darme papel y tintero.

—Encontraréis uno y otro en el cajón de esa mesa.

—Gracias, amigo mío, dejadme ahora. Solamente os encargo que volvais mañana temprano, á llevar una carta á su título.

—Seréis obedecida.

Fuese Nicolás, y habiéndose quedado sola Margarita, sacó una de las pistolas, la examinó cuidadosamente, se convenció de que estaba cargada. La puso sobre la mesa y sacó del cajón el papel y el tintero. Ya que estuvo todo dispuesto, se recostó en la cama para descansar de la fatiga que le habia causado su delirio.—¡Veinticinco de marzo, decia; hoy hace seis años que me casé; lo recuerdo bien. Era una noche de luna, habia en el cielo esparcidos negros nubarrones, emblemas quizá de mi destino. La bulliciosa algazara de los convidados y los acentos de la música sonaban tristemente en mis oídos; eran las cuatro, las cuatro de la mañana, cuando pronuncié el sí tre-

miendo, ¡Oh gran Dios! por qué no morí entónces! Y ahora, á las cuatro dejaré de existir. Siénto en mi corazón un peso que lo agobia... será mielo? Ahí no... miedo no; ¡por qué he de sentir dejar el mundo! al contrario, la muerte me libra de la vergüenza, de la ignominia... Sin embargo, aun el pobre mortal que atraviesa la vida, óbrio de tribulación y de amargura, siente llegar al término... ¡Y Pablo... ahí ese nombre me hará aborrecer la vida lo suficiente para dejarla sin pena. Traidor! qué le costaba haberme abandonado en otra parte... pero ahí tiene de cumplirse mi destino.

En tan tristes reflexiones pasó un buen espacio, hasta que el reloj de S. Francisco daba los tres cuartos para las cuatro.—Ya es hora, dijo levantándose y dejando desprender de sus ojos una lágrima; esta lágrima, añadió, es por mí... sí, por mí... tal vez será la única que se derrame por la pobre Margarita...

Sentóse á la mesa, tomó la pluma, y comenzó á escribir con mano firme: su rostro estaba cubierto de mortal palidez, lánguidos sus ojos, su cabeza apoyada en una mano, y su cabello suelto descendiendo parte por su espalda, y parte cubriendo aquel seno morvido que se dilataba y se contraía blandamente... qué hermosa estaba! Unica creyera que iba á sellar con un crimen todos los demas!

—A D. Carlos de J.... México 25 de Marzo.

—Hoy hace seis años que se verificó nuestro matrimonio; tal vez recordareis... aquella noche... eran las cuatro... me arvancacléis un sí, que va á matarme ahora. Quiero que lo sepais, no para excitar vuestra compasión, porque bien sé que no la conocéis, sino para dejaros, al salir de la vida, un eterno remordimiento. Mi seductor ha partido ya, tal vez, pero no se os olvide darle parte de mi sucesos: él y vos merecéis ser amigos. Y mi padre... ahí no... horrible pensamiento, mi padre fué seducido por vos... ninguna culpa tuvo de mi perdición...

—Padre mío! Madre mía... pronto nos veremos... Una... dos... tres...

En ese momento se escuchó una terrible esplosión, acendieron el posadero y otros, con el fin de averiguar qué habia sucedido, y encontraron á Margarita bañada en su sangre... Ya habia espirado.

J. N. NAVARRO.

para guardar el equilibrio busca el centro no debe curarse de los extremos, y si el mundo se compusiese solo de filósofos y necios, no habría yo escrito estas páginas ó las hubiera dado al fuego.

Tiene el rico una prerogativa bien grande y apreciable sobre el pobre y de la cual se vale rara vez, la de hacerle feliz.

Los jugadores poseen en grado eminente dos de las virtudes cardinales: la fe y la esperanza, pero desgraciadamente les falta la caridad, que es la mayor y mas alta.

No es cosa natural que el anciano ensalce los días de su juventud, el debil los de su fortaleza, y el achacoso los de su salud y robustez? No son los tiempos los que han cambiado, en nosotros mismos se ha efectuado la mudanza.

La fama postuma es una planta de vegetación algo tardía, pues nuestro propio cuerpo es la simiente de que ha de brotar. Puede compararse á una antorcha que solo la última chispa de la vida es poderosa á encender, ó á la trompeta del juicio final que solo ha de resonar para los muertos; con la diferencia que el Clarín de la fama no puede restituirnos jamás.

Muchos hay que cordialmente creen con Maquiavelo que nos fué dada la lengua para descubrir los agenos pensamientos y ocultar con mas facilidad los propios. Los que así piensan se alistan generalmente en las banderas de Alejandro VI. quien jamas hacia lo que habia dicho, ó si no en las de su hijo Borgia, el cual nunca dijo lo que pensaba hacer.

No es dado á los individuos en particular ni á las naciones, vanagloriarse de lo que fueron, sin esponerse á que se indague lo que son.

Los chinos á pesar de la ponderada longevidad de su nacion, no han llegado todavía á la edad viril, y así, runado mas pueden gloriarse de su perpetua estupidez y prolongada infancia.

Es la crítica lo mismo que el vino de champagne, que si sale malo es bebida detestable, pero no la hay mas excelente cuando el vino es legitimo y de buena calidad.

Las anécdotas, á semejanza del aire que respiramos, son cosas que no podemos llamar propias sino en tanto que las tenemos encerradas, pues al punto que son las unas referidas, ó es arrojado el otro, pasan á ser bienes comunes.

Comienza el prodigo su carrera con un cuantioso capital, y la termina sin un cuarto; la principia sin un maravedí el avariento, y cuando muere deja una fortuna colosal. Se pregunta: ¿quien de los dos ha sido menos necio? Yo me inclino á creer que el prodigo, pues si dispuso su hacienda el otro la dejó intacta, pudiendo decirse con verdad, que el uno vivió rico para morir pobre, al paso que el otro vivió sumergido en la miseria solo por morir en la abundancia. Muere el prodigo endrogado con otros, y el avaro aun mas consigo mismo.

Los judíos han sido y son casi los mismos en todos tiempos y lugares, porque sus instituciones sociales no han variado, pero dirijamos una mirada á Grecia y Roma, y hallaremos que el ruiseñor y la abeja, el olivo y la vid son lo mismo que solian, porque el clima no ha sufrido alteracion; mas decidme: ¿donde están los griegos? ¿qué es de los romanos?

Toda ley severa en demasia, á semejanza de un trabuco cargado hasta la boca, ha de enmohecerse en fuerza del desuso, y sucederá que todos teman hechar mano de aquella y de este, por el terrible choque que inevitablemente sigue á la explosion.

La oratoria es la hija consentida y turbulenta de una edad semibárbara. La imprenta es enemiga declarada de la retórica; pero la mejor amiga de la razon. El arte de la declamacion ha ido constantemente cuesta abajo desde el momento en que los oradores tuvieron la necesidad de publicar, y los oyentes la loable discrecion de leer.

Fingimos á veces tener aquello que realmente despreciamos, y otras afectamos despreciar lo que en realidad tememos.

La emulacion busca el mérito apegado para aventajarlo y egresar de él con la victoria; la envidia está continuamente acechando los defectos de otros, porque aspira á humillarnos con una derrota.

Los males verdaderos producen un bien, que es libertarnos mientras duran, del desposismo de aquellos que son solo imaginarios.

Cuando estamos en sociedad de hombres doctos, debemos ser doblemente parcos en el hablar; esto es, si no queremos desmerecer en su opinion ni estorbar nuestro aprovechamiento á trueque de descubrir nuestro amor propio. Lo que queremos decir ya lo sabemos, no así lo que ellos pueden hablar.

La filosofia es una hembra quimerista que tose recio, y echa plantas cuando el peligro está remoto; pero que mirándose acosada por el enemigo, abandona luego el puesto que tenia, dejando que sufra el violento embate de la pelea, su apacible pero inmutable compañera la religion, á quien en otras circunstancias pretende despreciar.

Si queréis tener enemigos, sobrepujad en algo á otros, si queréis amigos, dejad aventajar. En el corazon del hombre ejerce su maldito influjo un triunvirato infernal, compuesto del orgullo, la envidia y el aborrecimiento.

En el órden de sucesion es indudable que la poesia precedió á todas las reglas que sobre ella se han escrito, y es cosa averiguada que si Homero pudo formar á un Aristóteles, este no ha formado todavia á Homero alguno. Poco ó nada sabia Shakespeare de Longino, y Alejandro habia ya conquistado el mundo largo tiempo antes de que Polibio dijese el modo de verificarlo. Anibales hay que en las letras, lo propio que en la guerra, se desdennan de aprender á escribir de los comentadores, ó á guiar de los retóricos.

A aquellos que aseguran no haber en todo el mundo un solo hombre verdaderamente honrado, puede dárseles esta contestacion: „á nadie es posible conocer á todo el mundo; sin embargo, es sumamente facil que alguien se conozca bien á sí mismo.“

La fortuna, semejante á otras muchas hembras, prefiere un amante que la obedece ciegame, al marido que la manda con imperio. El que con oportunidad sepa importunarla, está seguro de que no gastará el tiempo inutilmente.

Entre el orgullo y la vanidad existen diferencias que aunque algo imperceptibles á veces, no son por eso ménos ciertas. Podiera acaso definirse el orgullo diciendo, que es la opinion demasiado lisonjera que hemos formado de nuestro propio mérito, fundada en la excesiva estimacion que damos á ciertas cualidades que efectivamente poseemos. Conténtase con ménos la vanidad, pues se goza en la contemplacion de unas dotes que son de todo punto imaginarias, alimentándose además con puras esterilidades, al paso que el orgullo necesita de algo positivo, sea poco ó mucho que le sustente, por lo cual se ve que el orgulloso no aprecia tanto como el vano las riquezas, ni

se muestran abatido como él en la adversidad y la indigencia. Lleva la vanidad puesta la mira en el aplauso de la muchedumbre, aunque este se limite al momento presente, y el orgullo anhela por el de la posteridad, quedando satisfecho con la aprobacion de algunos, aunque pocos; razon porque encuentra este mayores tropiezos, y recibe aquella mas frecuentes desengaños. La vanidad no siempre sobreleva estos, pues á veces ocurre que de si misma desconfia, siendo así que el orgullo mira con desprecio á los demas. Porque el hombre vano no siempre está seguro de la justicia de sus pretensiones, pues son frecuentemente tan locas é infundadas, como la misma vanidad que las engendra; de modo que para ser feliz, es necesario que las vea confirmadas por agena opinion, pues la propia, por mas favorable que le sea, la juzga de poco ó ningun peso. El hombre vano, idolatra en su persona, en lo cual no hay duda que va errado, y por su propia compañía le es insoportable; y yo le concedo la razon. El orgulloso no se cura de la aprobacion agena, y sus pretensiones pueden no ser muy avanzadas, consistiendo su error en exigir siempre mas de lo que se debe en realidad. Si le acontece ser menospreciado, atribúyelo á envidia ó ignorancia, y se deleita de antemano con la ilusion de que vendrá el día en que todos le hagan justicia, confesando su antigua ceguera. El orgulloso sabe, pues, aguardar, y aun anticiparse los placeres que le proporcionará la fama de que en su concepto es merecedor. Se cree en posesion de un cuantioso capital, así es que gira letras demasiado valiosas sobre la posteridad, pero sin arriesgar nada, pues dado caso que fueren respaldadas, esto no puede suceder hasta que cierta deuda que invalida todas las demas haya sido liquidada y satisfecha.

Un volumen que contiene mas palabras que ideas, es semejante á un árbol muy frondoso, pero escaso de frutos, que tan solo puede convenir á aquellos que apañen *doctores* bajo su sombra, y no á los que desean regalarse con frutas sazonadas y abundantes. La ingratitude del público es tal, que nunca se le ha visto dar la menor muestra de compasion á aquellos escritores que generosamente se han privado del sueño, con el solo fin, segun parece, de conciliar el de sus malévolos lectores.

A decir verdad, no es otra cosa el estilo que un ayuda de cámara del verdadero ingenio, al cual es de grande utilidad; pero así como el

caballero apareció tal, aun cuando se halle cubierto de andrajos, así el buen talento no puede dejar de traslucirse aun al través de un estío desaliado y tosco.

„Una obra es, generalmente hablando, el espejo o retrato de su autor.“ Proposición es esta de que han sacado algunos muy falsas consecuencias, pues entiendo que si el demonio mismo hubiese de escribir un libro, haría en él una apología de la virtud, que compararía los buenos para aprovecharse de ella, y los malos para ostentación.

Entre las maravillas de la creación, no hay tal vez otra que los mismos ángeles miren con mayor asombro, que un mortal soberbio y orgulloso.

Mbaravillanse algunos de que las disputas en que se versan opiniones, terminen por lo común en personalidades, cuando la cierto es, que las tales disputas comienzan por personalidades, pues nuestras opiniones son parte de nosotros mismos.

Nada hay tan difícil de definir, ni que mas paradojas encierre que el tiempo: el pasado ha desaparecido, el futuro no llega aun, y el presente se convierte en pasado mientras que procuramos definirlo, á semejanza de un relámpago que en un solo instante existe y deja de existir. El tiempo es el regulador de todas las cosas; pero él mismo es inmensurable, es el descubridor de cuanto existe, sin que nadie pueda levantar el velo que lo cubre. Es incomprendible como el espacio, porque no tiene límites, y lo sería aun mas si los tuviera. Es más obscuro en su origen que el Nilo, y lo es en su término aun mas que el Nigen, avanzando en su marcha cual lenta marea y retirándose con mas velocidad que un impetuoso torrente. Da alas de relámpago al placer y piés de plomo al dolor, pone freno á la esperanza, al goce le da espuela, y erige monumentos al mérito, mas le niega un hogar. Es el momentáneo adalador de la Mentira, pero tambien el fiel y constante amigo de la Verdad. El Tiempo es el mas sutil y el mas insaciable de los ladrones; pues pareciendo que para sí no toma nada, le dejamos tomar todo, y no estará satisfecho hasta que nos haya robado al mundo y el mundo á nosotros. Injye constantemente venenándolo todo en su fuga, y aunque por ahora es aliado de la Muerte, al fin llegará á ser su contrario y vengador. Es el tiempo cuna de la esperanza y sepulcro de la ambición, severo

maestro de los necios y sabio consejero de los entendidos. La Sabiduría le procede en su marcha, va á su lado la Oportunidad y tras ellos el Arrepentimiento.

„Por qué acontece tan á menudo que se quejan las gentes de tener poca memoria y nunca de su escaso entendimiento? Porque han oído decir que hay muchos hombres de claros ingenios que tienen el defecto de ser poco memoriosos, ó quizá sea porque nada abunda tanto como los necios dotados de excelente memoria.

Los rayos que despidió la vigorosa mente de Lord Byron, no tienen por objeto consolar sino consumir; y como Neron, nos balaga este autor el oído con alguna melodía, para consolarlos del espantoso incendio que ha causado.

Tres modos hay de conllevar las penalidades de la vida: la filosofía, que es el mas estentoso, la indiferencia, que es el mas común, y la religión que es el mas eficaz.

A medida que estudiamos la historia, aprendemos á tener en poco sus temas ó argumentos, y el conocimiento que de ella adquirimos suele costarnos el desprecio conque luego vemos á la especie humana.

El amor es un volcán al cual jamas se aproximan demasiado los sensatos; no sea que por motivos mucho menos filosóficos que Empédocles, se deslicen al abismo dejando tras sí algo mas curioso y significativo que una pobre chinita.

Las dos cosas que mas acá de la tumba tiene el hombre en mayor estima son la honra y la existencia, y es digno á la verdad de lamentarse que una hablilla despreciable, una sola palabra, nos pueda privar de la primera y la mas débil arma de la segunda. Así, pues, un hombre discreto ahellará mas por hacerse acreedor á la honra que por obtenerla, y conseguirá entonces vivir de tal manera que no tema el morir.

La filosofía es á la poesía lo que la vejez á la juventud, pues las severas verdades de la filosofía son tan fatales para las ficciones de la una, como los vivos testimonios de la experiencia, lo son para las esperanzas de la otra.

Sucede con la honra, en cierto modo, lo propio que con la hacienda. Aquellos que tienen una ú otra, generalmente se curan menos de lo

que piensa el común, que los realmente pobres ó bribones, pues pocas veces conviene al necesitado pasar plaza de tal, y al malvado jamas.

La pereza nos hace ignorantes en la juventud, y el orgullo en la edad varonil, porque nos da vergüenza el preguntar. Si en la sociedad nos viésemos constantemente obligados á concurrir con mugeres de esmerada educación, ese mismo orgullo nos haría sacudir una ignorancia que al presente no hace sino fomentar.

La felicidad terrestre es una fantasma de la cual se habla mucho pero que se deja ver bien poco. Harenos constantemente promesas y constantemente las quebranta; pero nosotros perseveramos en creerlas. Nos alucina con el sonido en vez de la substancia, y nos dá flores en lugar de frutos. No hace la fortuna mas caso de los reyes que de sus vasallos; pero sí lisongea la vanidad de los primeros con el vano aparato de una visita enviando á sus palacios todo su equipage con toda su pompa y su magnífico tren, sin ir jamas ella misma; porque gusta mas bien de viajar incógnita y de entrar en alguna humilde choza donde pueda participar de una comida frugal, y tener á solas entrevistas con su amigo y compañero el contento.

El que acorta y facilita la senda del saber, alarga la vida en la misma proporción; debemos mas de lo que pensamos á aquella clase de escritores á quienes llamó Johnson „los peones de la literatura.“ destinados á escombrar y hacer á un lado los tropiezos para que puedan pasar los heroes que se encaminan á la fama y la victoria, quienes si siquiera se dignan echar una mirada á aquellos humildes operarios que han contribuido á su elevación abriendoles el paso.

Ruscamos la sociedad de las damas para recrearnos, que no para instruirnos; y por eso nos agrada mas la de aquellas que gustan de hablar que la de otras que permanecen silenciosas; pues si las primeras discurren y hablan bien, quedamos doblemente complacidos de heber doctrina en manantial tan claro y apacible; y si á las veces se desvian en sus razonamientos de la recta razon, no deja de lisonjear nuestra vanidad poder de nuevo encaminarlas; por eso quisiera yo que las damas usasen de alguna menos reserva en su conversacion, no obstante la sátira de aquel que dijo con menos urbanidad que agudeza que las mugeres eran al reves de sus espejos, por-

que estos reflejan sin hablar y ellas hablan sin reflejar.

Dos modos hay de adquirir celebridad como autor: el descubrimiento ó la conquista: verificase lo primero cuando se dice lo que nadie ha dicho, con tal que no solo sea nuevo sino cierto; y lo segundo cuando se repite lo ya dicho por otros, pero con mas agudeza ó mayor brevedad y brillantez.

Si cada generacion sucesiva que elogia la pasada y dice horrores de la presente, tuviese razon, cuan buenos debiamos suponer que fueron los hombres en las primeras edades del mundo, y cuan perversos debían ser ahora; pero en el primer supuesto el diluvio de agua no habria sido necesario, y concediendo el segundo, es claro que apenas bastaría hoy para nuestra enmienda un diluvio de fuego.

En la clase media de la sociedad es donde principalmente abundan y florecen los mas delicados sentimientos y las mas benévolas inclinaciones de nuestra naturaleza, porque la buena opinion de nuestros semejantes es el mas poderoso ya que no el mas puro móvil que nos inclina á la virtud, y las privaciones que trae consigo la pobreza hacen al hombre demasiado frió impasible, al paso que los privilegios de la riqueza le hacen sobremedera arrogante y razonador para sentir; la miseria nos somete á la influencia de la opinion, la riqueza nos sobrepone á ella.

Un escritor de mérito y talento no debe nunca esperar que le admiren ciertos autores, ó mas bien fabricantes de maréfiles que hay en el mundo; pues no pueden ensalzarse sin desprimirse á sí propios. Cuando me asomo á la ventana y contemplo la varia muchedumbre alta y baja, montada y pedestre, cuya aprobacion ambicionan gratagarse los autores, confieso que me ruborizo de que la sentencia de semejante tribunal me cause la menor zozobra; sí de esta clase de jueces paso á examinar la que presume de mas inteligente y resabida, conozco sí he de decir la verdad, que allí hay mayor fundamento para temer y menos razon para esperar, porque vos tienen los jueces pretensiones iguales á las mías, y que estas pretensiones no son ni tan humildes que puedan hacerse á un lado, ni tan poderosas que no teman entrar en competencia. Lo cierto es que la fuente de la fama es tan escasa y reducida, y tantos los que á ella concurren, que se enturbian frecuentemente sus aguas con

ocasion de las pendeñcias que se suelen trabar, precisamente entre aquellos que menos esperanza debieran tener de llegar á gustarlas; pero cuya sed en manera alguna es aplacada por el cumplimiento de su indigidad.

Necesita el hombre ser mas que medrano estrategico para saber dirigir y tener á raya sus placeres, á fin de estorbar que mutuamente se aniquilen; pues cada uno de ellos es vora-

cisimo y propende, como la serpiente de Aaron, á engullir á las demas. Asi es que la bebida destruye la fuerza, el fuego agota los medios, y la sensualidad estraga el gusto para disfrutar de otros placeres que aunque menos seductores son mas saludables y permanentes porque son puros.

(FIN)

CONVERSACIONES EN LA ALAMEDA.



ENGO un humor negro que me hace insupportable á mi mismo; y parece que ahora que quisiera estar solo, mis amigos se han conjurado contra mí, pues me cercan, me importunan y no me dejan un momento libre. Pero gracias á Dios ya se fueron; podré pasearme en mi aposento, podré reír, llorar y revolcarme en el suelo; pero no me basta, es preciso respirar el aire libre del campo; pues bien está; al campo, ese paseo me encanta; allí respiraré aire puro, aire que no está corrompido, con el aliento pestilente de los cartones.—Céjome mi sombrero y atraveso las calles con precipitacion, como si alguien me siguiera, no veo á nadie, no oigo á nadie, mi único deseo es llegar á la alameda. Ya estoy en ella, ya me paseo por sus calles, formadas de árboles frondosos que apenas dejan penetrar algunos rayos del sol; ya respiro su aire embalsamado, y la fresca que despiden los fresnos y los sauces, llega hasta mi corazón. El muelle amigo me ha cansado; me sentaré en esta glorietta que está sola y no será interrumpido en mis meditaciones. Pero quienes son aquellos dos personajes que están hablando al pie de aquel alamo? Si no me engaño, uno de ellos es D. Timoteo Rencauajo, literato según el mismo se nombra, pero de aquellos literatos de que habla Moratin, que apenas saben leer. ¡Dios mio! qué fatalidad, pues no

se les ha ocurrido venirse á sentar cerca de mí? paciencia y olvidemos sus despropósitos.—D. Timoteo era el que hablaba, y le decía á su compañero.—Amigo, en este México no se puede vivir, no se aprecian los grandes talentos, yo por ejemplo, que en Europa hubiera hecho mi fortuna, como la ha hecho Chateaubriand y Lamartine, me veo precisado á vegetar en una miserable oficina; y gracias á que me ingenio y escribo algunos articulillos satíricos, [porque ha de saber V. que la sátira es mi fuerte], pues como iba diciendo, estos articulillos se publican en los periódicos, y me pagan por ellos una corta cantidad; pero corta como es, no deja de servirme para cubrir una parte de mis necesidades.—Valgame Dios! respondió su compañero.—Pues como iba diciendo, propuse mis obras poéticas, que son bastantes, á un impresor, y por ellas le pedí la módica suma de tres mil pesos.—Valgame Dios! dijo su compañero.—Pues como iba diciendo, el tal impresor, que es un canibal, me ofreció seis ejemplares de mis obras cuando estuviesen impresas. ¡No lo parece á V. que esta es una maldad!—Valgame Dios! respondió su compañero.—Pues como iba diciendo, no paró allí su insolencia, sino que me ofreció, que si quería escribir en sus periódicos me pagaría diez pesos cada mes, y cinco y medio para cigarros; no le parece á V. que esto es tratar á uno como á escritorcito de rincón?—Valgame Dios! era la respuesta.—Pues como iba diciendo; mis vastos conocien-

tos en geografía, historia y bella literatura, me han dado un lugar distinguido en la sociedad.

—Valgame Dios!—Pues como iba diciendo: ahora pienso escribir una geografía de este país; quiero hacarle este rico presente á la juventud mexicana: por vía de notas quiero ponerle algunas reflexiones sobre la division de los departamentos; y demostraré en ellas, hasta la evidencia que el departamento de Chihuahua debe reunirse al de Oajaca, ¿no le parece á V. que esta reunion es muy conveniente?—Valgame Dios! era la respuesta.—Pues como iba diciendo: tambien pienso escribir un compendio de historia universal, para el uso de nuestra juventud; en ellaijo precisamente la época en que Rómulo reinó en Cartago, el día y la hora del nacimiento de Sesostris. ¿Le parece á V. bien mi proyecto?—Valgame Dios!—Pues como digo: voy á publicar en alguno de los periódicos de esta capital, las impresiones de mi viaje á Levante, en donde he adquirido multitud de conocimientos útiles, así como mi viaje pintoresco al polo boreal. Después supe que él llamaba su viaje á Levante á un paseo que dió á Orizava, y su viaje al polo boreal, otro paseo que dió á Querétaro. Fastidiado de tanta necesidad, y no ménos admirado del entusiasmo que lo acompañaba, me fui á sentar á otra glorietta á donde me creí libre de importunos; pero de que uno está de malas es preciso resignarse y tener la calma de un filósofo.

Apénas me habia colocado en mi nuevo asiento, cuando se paró delante de mí un hombrecillo de edad avanzada, el cual llevaba á cuestras una abollada giba que le obligaba, mal de su grado á inclinar el cuerpo; se apoyaba en el brazo de un joven de rostro abronzado, con peluca á guisa de barboquejo, formada de una barba que, á fuerza de menjurges habia hecho salir es uno de los principales atributos. Como hablaban en voz alta, me fué fácil escuchar su conversacion que era bastante acalorada.

El de la giba decia, aplicando su antejo de vez en cuando á todas las jóvenes que pasaban por aquel lugar: qué muchachas tan preciosas, es lástima que no se acostumbre en este país la poligamia; no se puede negar que en esta parte la legislación de los turcos es muy sabia.—Es verdad, dijo su compañero.—Qué me incomoda, prosiguió al de la giba, que usan los túnicos arrastrando, daría una ley de buena gana, para que las mugeres, de quince á treinta años, se enfunde; usasen los túnicos un poco altos, para que mostrasen sus pulidos pies á los transeuntes.—Es verdad, contestó el compañero.

A este tiempo pasó una jovencita, como de quince años, en cuyo semblante estaban pintados la modestia y el pudor, la cual iba acompañada de una respetable anciana, que parecia ser su mamá; pero ni la modestia de la jóven, ni las venerables cejas de su compañera, fueron bastantes á contener al viejo libertino, quien inclinándose la cabeza hacia la hermosa doncella le dijo con aire chocarrero adios chul... no pudo acabar la frase, porque una voz impetuosa vino á interrumpir su galanteo.

Después de haber tocado bastante, le dijo á su compañero, que muchacha tan bonita, es lástima que esa palida flor, no hermosee nuestros teatros, nuestros paseos, nuestras tertulias y por mi parte me ofrecería á ser su protector, porque tengo buen corazón (para con las muchachas bonitas se entiende), qué dice vd. de esto mi amigo?—que tiene vd. buen gusto, respondió el del barboquejo, sonriendo como se sonríen los imbecilatos.

En eso estaban, cuando pasó á corta distancia otro viejo, vestido con mucha elegancia, muy tieso y muy seco; tan seco, que al verlo creí que era alguna momia que se habia escapado de Egipto y que se habia vestido á la última moda para venir á lucir su esqueleto en México. Esta momia seguía á una distancia regular á una muger, que tenia todas las apariencias de una ramera; á poca andar se le acercó y le habló algunas palabras, que por la distancia á que yo me hallaba no pude percibir, pero en sus movimientos manifestaban que eran conocidos viejos.

Quise retirarme á mi casa, porque ya estaba empachado de ver y oír cosas que me desagradaban. Pero estaba escrito en el libro de los destinos que tenia que sufrir mas antes de salir de la Alameda, porque se me presentó un singular conocido mio, y abrazándome con todas sus fuerzas, que las tiene muy superiores, porque el tal hombre por poco me sofoca entre sus membrados brazos. ¡Qué hace vd. aquí tan solito, me dijo, siempre embozado en su capa, vaya que estos jovencitos del día con su modestia nos avergüenzan á nosotros los viejos; sin conocer el muy zopenco que á lo que él llama vergüenza yo le doy el nombre de pobreza. Conque como está V., qué dice el mundo?—El físico y el moral!

—Los dos.—El físico, tal cual, aunque en lo general algo enfermizo. El moral muy mal, porque ha llegado á su colmo la degradacion de la especie humana.

—Tiene V. razon, hemos llegado á unos tiem-

pos muy lamentables, ya no hay honor ni delicadeza en los hombres, y se puso á llorar como un chiquillo.

Esto me irritó, porque sé que este sugeto se arrastra como las víboras delante de cualquier mequetrefe por recoger una migaja de pan que le arrojan desde la mesa, así es que, procure deshacerme de él lo mas pronto posible.

—¿Y que ya se refira Y?

—Si señor.

—Pues mi amigo ya sabe V. que todo lo que poseo está á su disposición; mi casa, mi mesa, todo es de V.; cuando me va V. á visitar, fondré mucho gusto en partir mi pan con V. y en que V. honre mi pobre choza.

—Un día de estos pasaré á hacerle á V. una visita.

—Pues cuando V. guste, ya sabe V. en donde vivo, callejon de sal si puedes, allí está su casa de V.

—Mil gracias.

—Se me olvidaba decirle á V. que no me han llevado el Licoe hace dos semanas.

—¿Qué tengo yo que ver con el Licoe?

—Como V. es uno de los redactores.

—No señor, V. se equivoca, no soy redactor ni quiero serlo; doy de vez en cuando algún artículo mal zarcido, por gusto, y nada mas.

—¡Ah! conque no es V?

—No señor, no señor; ya se lo ha dicho y se lo repetiré mil veces.

—Pero V. los conoce y pueda decirles que no se les olvide mandar su periódico al callejon de sal si puedes.

—Si señor, se los diré, y como que se los diré.

—Mil gracias, ya no quiero detenerlo mas, adios; y me volvio á dar otro abrazo; pero qué abrazo!

Salí de la Alameda renegando de mi triste suerte; al entrar en la calle de S. Francisco una rociada de lodo me cubrió el cuerpo de pies á cabeza; vuelvo la cara y veo que un maldito chaparro con sombrero de jipijapa y con un frage medio militar y que montaba un quillín, no muy elegante, era el que me habia puesto de lodo. Cuando me vió, sin hacer caso del lodo que su maldito quillín me habia arrojado, me dijo adios señor Retacuacheco de Jaurarena, quiero V. ir á Tacubaya, allí está el lico; yo que ni sé quién es ni si tiene lico en Tacubaya ó en México, no le hice caso y me apresuré á llegar á mi casa lo mas pronto que me fuese posible, antes de que me sucediera otra desgracia.

MANCO CAPAC Ó YUMPANGI.



DO y sucesor de Huanacha, Manco Capac ó Yumpangi, de los últimos restos de los Incas, era él á quien tocaba tomar la borla encargada (1) muerto su padre. Mas la ambición de Atahualpa y de su hermano la arrebató de su frente, y dividió la monarquía en dos porciones. Esto

(1) Para tomar posesion los indios del trunco, se colocaban en la cabeza una borla encajada que gustaban en vez de corona.—S.

pasaba en el Perú, al mismo tiempo que los soldados españoles pisaban ya aquel suelo, aumentando de dia en dia sus conquistas en la parte meridional de la América, luchando vanamente los Incas con el poder sobrehumano (2) de los Vericóchas, (3) que como hijos del sol, los harian sucumbir á pesar de su re-

(2) Tenian, se dice, á los españoles por hijos del Sol en Dios, y con un poder venido del cielo.—S.

(3) Con esta palabra distinguian á los hijos del Sol.—S.

stistencia, tan cierto es el amor natural del suelo patrio, de la independencia y de la libertad, que nos estrecha á que nos combatamos aun con unos semidioses. Atahualpa despues de tiranizar bastante al pueblo, y de haber celebrado unos convenios con los españoles, para poner fin á una guerra sangrienta y desastrosa, cuando pasaba á darse el abrazo de amistad, murió acusado falsamente por un traidor; suerte comun de los tiranos: su hermano que no habia sido tan despota dejó de existir por la afliccion que le causó la violenta muerte de Atahualpa. He aquí el término de la usurpacion.

Manco entonces procuró tomar su trono; era un joven de bella indole, y apenas contaba de edad diez y ocho años. Pasó, pues, al Cuzco á ver á Pizarro, que era gobernador, y conferenciar con él acerca de su monarquia, y á pedirle que le diese la borla. Francisco no comprendió muy luego la demanda de Manco, pero informado de ella y de lo que debia hacer para complacerlo, tomó la borla, y á presencia de todo su pueblo pasóla sobre su cabeza, de lo que quedó sumamente gozoso el Inca, y así el quedó gozoso como su pueblo. Cuando Manco fue á presentarse al gobernador, no se hizo conducir, segun costumbre de sus antepasados, en ricas andas de oro, sino de madera en las que fue, y de los españoles y del gobernador recibió muy buena acogida, y con la misma veneracion y respeto lo trataron que si fuera el propio rey de Castilla su soberano. No sin fundamento se hizo llevar en andas de madera, porque no se juzgara de él que cuando iba á solicitar una gracia, se presentaba con orgullo, como queriendo demostrar que ya era monarca reconocido el mismo que pretendia se le reconociese. Así, pues, que Pizarro, como llevamos dicho, alcanzó á entender su pretension, colocó en la cabeza la borla encarnada, y luego creyó él que estaba ya reconocido solemnemente señor de sus dominios.

Pasáronse algunos dias, y con ellos el engaño de Manco, que perdida ya toda esperanza de gobernar con libertad, propuso de no llevar adelante las treguas y capitulaciones convenidas con Francisco Pizarro por Atahualpa, y que él habia ratificado, sino de hacerlas la guerra, y de conquistar con la fuerza de sus armas el imperio. Esto despues de retirarse de en medio de los conquistadores, y de demandarles otra vez su gobierno.

Cosa es cierto clara, que mas fácil fue á Pi-

zarro, Almagro y sus compañeros, que emprendieron la conquista de la América meridional, apoderarse de ella que á Cortés de la Nueva-España. Y no se diga que los primeros encontraron pueblos débiles respecto de las armas que ellos llevaban, y desnudos y descomentos por los tiranos que los presidian porque igual razon milita de parte del segundo; aun hay mas, que aquellos áun que mirados como hijos del sol, y señores para quienes estaba destinado el país, segun el pronóstico de Huanacha, soberano á quien tenían en mucha estima, sintieron sin embargo resistencia, cuando Cortés halló aliados por todas partes que al principio como enemigos le resistieron un poco, es cierto, pero muy pronto se reunian para derribar al coloso de Tenochtitlán. A pesar de todo, si la conquista exigió en la Nueva-España mayores esfuerzos, terminada ya no pediré que le diese la borla. Francisco no comprendió muy luego la ambición de los vecinos nuevos que la poblaron, que no fuera por si sola parte bastante á contener la morigeracion de los gobernadores ó virreyes que de la corte eran enviados, y aun fué suficiente á poner límites al mismo Cortés. Así que, hecha la conquista de la Nueva-España, no fueron ya mas regados sus campos de sangre humana, sino cuando alguna vez los indios movidos del deseo innato de recobrar su independencia, enarbolaban el estandarte sagrado de la libertad, y ponian á las autoridades de Castilla en la precision de defender los derechos del soberano. No aconteció de la misma manera en el Perú, donde si bien facilmente se plantaron las armas de Castilla en medio de la capital misma, nada pudo detener á los conquistadores en sus excesos, ni reprimir á las mismas autoridades que se descomedian muy á menudo, y tanto, que solo la conducta de Blasco Muñoz hizo odioso el nombre de virrey, siendo él apenas el primero, como el de rey, Caligula, Tiberio, Nerón, entre los romanos, dice el Inca Garcilazo de la Vega. Y no paró en esto, que hubiera sido ménos malo que esto solo fuera, sino que tomaron las armas unos contra otros, y reconociendo y respetando y defendiendo y sosteniendo la autoridad del rey, combatia Pizarro, y combatia Almagro y combatia Nuñez, y combatia en fin, todo el Perú, porque todo el Perú se dividió en bandos, se dividió en partidos, se dividió en facciones, y cada bando y cada partido cada faccion peleaba por el soberano.

El Inca en tanto que esto pasaba, habia conseguido de Francisco Pizarro que le hiciese jurar y reconocer como soberano, y él mismo le juró y reconoció: déjávole sin embargo en el

Cuzco, si con mas miramiento que Cortés a Morchizoma en el palacio de Anayacati su tio, no con diferente respeto ni bajo diverso pretexto, pues que detenido en calidad de prisionero as le pretesiaba que era por afianzar la seguridad de los españoles con su presencia, y por cierto que en esto no se le engañaba. Separóse del Cuzco Francisco Pizarro que emprendió una expedición al Chile, mas no descuido de encomendar á su hijo natural Juan, la guarda del monarca indiano, que le recomendó muy especialmente. Permanecieron durante algun tiempo en buena paz y armonia Manco y Juan Pizarro, mas al fin cansose aquel de la esclavitud en que se le tenía y tentó el medio de huir. Así, para conseguirlo, hizo repír á los principales de entre los suyos, y acordaron de salir en la noche, y hacer guerra á los españoles hasta recobrar su antiguo poderio y grandeza. No pudo concertarse esto tan de secreto que no lo entendiesen luego los de Pizarro por un yanacou (4) que no Hevaba á mal como ninguno de los suyos la esclavitud de los pueblos peruanos que daba á ellos libertad. Por esto apenas salido de la ciudad, y poco distante de ella, Manco, á la hora convenida fue presto alcanzado por los comisionados de Juan Pizarro, que no desejó de nombrarlos de entre las personas mas activas.

Aquí es muy de ver y admirar la fidelidad de los vasallos del Inca que iban en su compañía, á quienes preguntándoles los emisarios de Pizarro por su señor, que la oscuridad de la noche les impedia distinguir, áfies se debían maltratar que confesasen que iba entre ellos, y dices, por ejemplo, que habiéndole atado á uno unos cordeles en las gentales, mas bien dejó que torciendolos, le lastimasen, que Hevase á descubrir á Manco, del cual decia que no habia salido del Cuzco, y que allí se habia quedado, y esto lo dijo en la mayor fuerza de los dolores, y quando menos esperanza tenia de que le dejarán; hecho es este muy digno de que se crea, por referido el cronista Herrera, en quien se nota mucha parcialidad hácia los españoles y que por lo mismo no habia de decir cosa en contra de estos, á no ser muy notable y que no pudiera enmendir. Como entendiera Manco que sus enemigos se acercaban á sus andas, y sospechando que pudiese ser descubierto, luego al punto se precipitó de ellas y

(4) Con este nombre distinguan á aquellos pueblos á sus esclavos, los cuales tratados con el mayor rigor no perdian ocasion por recobrar su libertad de impedir que los indios le alcanzaran.—S.

corrió á esconderse entre unas matas, donde no le hallaran si él que ya se creia descubierto, no se presentara, suplicándole que nada le hiciesen, puesto que si habia salido del Cuzco, no era porque huya, sino que llamado de Diego de Almagro pasaba á verle. Esta frivola disculpa vino luego á confirmar las sospechas de los españoles, que le hicieron retroceder, guardándole las consideraciones debidas á su dignidad, si bien al principio no dejaron de tratarle con algun menosprecio, lo que obligó á un inicio á que les reprendiera su falta de atencion por lo que sufrió este infeliz que se le maltratase.

Llegado Manco á la presencia de Juan Pizarro, reconvinole este dulcemente por su conducta, é hizole llevar á su casa, y aquí fué la aldiada de Manco quando encontró que durante su ausencia los soldados le habian apacado. Esto lo determinó á volverse á escapar; huyó de nuevo con igual éxito que la vez anterior, y con peores consecuencias, pues Pizarro le hizo poner guardas y continelas que guardasen su persona y no le dejasen salir mas. Así custodiado el Inca, se apareció su tio por Tambo, y mas cerca á las inmediaciones casi de Cuzco, invitándole á salir, que allí le esperaba, con gente que le ayudaria á recobrar su reino. Pizarro entendió esto, mandó á atacar al tio, que fué cogido prisionero, mas no del mismo modo su tropa que se fortificó en un peñol, habiendo recibido un mensagero de Manco que los dexa la esperanza y se mantuvieran firmes, entretanto que podia escapar de los españoles, y llegar á unirseles. Pizarro que habia dispuesto atacarlos y les atacaba con pérdida de su parte, supo de un yanacou lo que mandó decir á los que le resistian, é hizo que un capitán suyo que se hallaba á su lado y se ofreció espontáneamente, marchase á acordar con el Inca, el modo de hacer que cesase aquella resistencia. Prestose el Inca no muy de su voluntad, á que un nombre suyo parlara aquel capitán á convenir con los del peñol proposiciones que les hicieran desistir; fue el capitán, y á una señal logró que se le escuchase, y propuso cautelosamente, no con arreglo á las instrucciones de Manco en nombre de éste, que devinieran en un ajuste, para lo cual habia ido con otros cuatro indios. Volvió á dar cuenta á Juan Pizarro, encargándole de disfrazar con el traje y pinturas con que se coloraban los indios, á cuatro soldados españoles, y que ocultamente le siguesen otros para tomar el fuerte, luego de abierta la entrada, así que él con los disfrazados se hubiesen he-

cho presentes. Mandólo en efecto hacer así Juan Pizarro, y el capitán salió y con él los cuatro, y seguidos de otros todo como lo habian dispuesto, presentose en el fuerte, hizose abrir, y habiendo ya entrado se precipitaron con violencia los que de oculto los seguian, y causaron gran mortandad y destruccion en los descuidados indios, á quienes no pasaba por las mientes que tal felonía se cometiera por el emisario de Manco. Así tomado el fuerte por Juan Pizarro en virtud de un ardid de guerra de aquellos que por en buena fés se dan muy de cerca la mano con la política de los gabinetes, volviése el victorioso capitán al Cuzco gozoso por el triunfo de sus armas, y por la fuerza de su brazo y por su serenidad en el combate; arrojó, intrepides, calor, y serenidad muy comunes en los grandes capitanes, que como Juan Pizarro usó sus armas con un enemigo vencido ya por una traicion canonizada con el nombre de ardid de la guerra, harlo frecuente en los que aparecen vencedores por mas que no hayan alcanzado una sola victoria peleando frente á frente con el enemigo.

Aumentábase de dia en dia la desesperacion de Manco que se comunicaba á sus pueblos, y estos arrian ya por combatir y llegar á las manos con los españoles; pero antes era preciso sacar de entre ellos á su señor. Esta habia sentido y deplorado la traicion que en su nombre se cometió, y su pecho no respiraba ya mas que venganza: hubiera mejor sacrificado á los manes de las victimas de Juan Pizarro, á los indigenas que este capitán llovaba consigo, bien que fuese de la misma familia y sangre real, que sacudir el yugo que sobre él pesaba y sobre su pueblo. Solo Herrera ha podido llamar cruel, sanguinario y hombre que habia perdido su bondad natural á este principe ilustre, porque se sentia animado del deseo de castigar á unos súbditos, que no contentos con aliarse á los enemigos de la patria, crimen verdaderamente nefando é heróico, se estendia á tomar el nombre de su legitimo monarca, ya no siquiera para hacer cesar el combate y sujetar á la calidad de prisioneros á sus compatriotas, sino para ponerlos en poder de asesinos con quienes ellos mismos iban á la par en las atrocidades.

Habia venido por estos dias de España Hernando Pizarro, hijo también de Francisco, con instrucciones del rey para hacer reparfirmientos y dar el gobierno de Cuzco á Diego de Almagro el Adelantado; pero llegado al Perú y entrado en Cuzco conferenciando con su hermano Juan, sabedor de que Almagro se hallaba

fuera en expediciones, convinieron de no darle el gobierno y de tomarle á su cargo el mismo Hernando. Así resuelto y encargado éste del gobierno, halló ocasion Manco de recobrar su libertad; mas antes le fue preciso hacerse pasar por muy amigo del gobernador en concupio de éste, prestóle con este intento algunos servicios que le grangeraron su afecto: hizole entre otros el presente de una estatua de oro consagrada á su padre, y por último, para acabar de enganarle le pidió la compañía de unos españoles de sus mas favorecidos y que mas confianza le mereciesen; para que con ellos fuera á traer la estatua y demas preciosidades que le tenia de llevar segun sus ofrecimientos. Creyó el sencillo Hernando y le dejó ir de hácia á aquellas montañas despidió á los españoles que consigo llevaba, diciéndoles que se fuesen puesto que ya no habia menester la compañía y que dijeran al gobernador como ya le debaban en medio de los suyos y dispuesto á volver sobre la ciudad que determinaba combatir. En seguida, idos los españoles, se hicieron sacrificios al sol, y reunidos los ancianos y todo el pueblo acordaron de emprender la guerra. Pizarro (Gonzalo) salió á atacar á Manco, pero este volvió sobre aquel persiguiéndole hasta hacerlo meter en la ciudad, que apenas defendian doscientos españoles y mil indios, cuando de la parte del Inca se contaban ya doscientos mil y mas combatientes, con los cuales puso sitio á Cuzco.

Hallábase á la sazón Francisco Pizarro en la ciudad de los Reyes, y por mas que sus hijos de Cuzco le pidieron auxilios no les prestaba, ya fuese porque no recibia noticia alguna de su situacion, ya tambien porque se hallaba igualmente necesitado de que le socorrieran quando Manco no habia descurrido de alitarle como á sus hijos en el Cuzco.

La desesperacion de estos les obligaba de vez en cuando á salir contra el enemigo á pelear pecho á pecho, y si bien la superioridad de sus armas les proporcionaba en las pequeñas escaramuzas algunas ligeras ventajas, la piedra y la flecha y la gritería de los indios los causaban con todo algunos reveses considerables si se atiende al reducido número de sus tropas. Viendo los indios que sin una ventaja grande

se les hacían diariamente sus destrozos, determinaron dar fin al sitio destruyendo los edificios de la ciudad. Al efecto ponían al fuego las piedras antes de colocarlas en las bondas, y ya encendidas las arrojaban, alcanzando así hacer destrozos considerables. La desesperación puso valor en el ánimo de los sitiados y procuraban desalojar de todas sus fortificaciones á los sitiadores, tomaban una, y apenas entraban en ésta volvían á salir por el vigor de los contrarios que cargaban contra ellos con mas fuerza y en mayor número. En uno de estos encuentros, alojados en un fuerte, desde el cual hacían sentir mucho á los sitiados, se trataba á toda costa de tomarlo á fin de que padeciera menos la ciudad. Juan Pizarro por delante quitado el casco de que se servía en aquel momento como de escudo, penetró hasta el interior de la fortificación, pero su empresa no le salió como lo había imaginado; recibió una fuerte pedrada en la cabeza que le causó una herida de que murió á los quince días. Temióse sin embargo el fuerte con pérdida bastante de una y otra parte, lo que desanimó en extremo á los indios por mas que Herrera y el reverendo padre Calancha nos querían persuadir que este desaliento fue debido al *villazgo* de que tratando los indios de incendiar un templo con lo que creían rendidos á sus contrarios, arrojando piedras ardiendo al templo, que como se hallaba construido de madera y el techo de paja, debería por lo mismo quemarse todo, cuando ya aparecía quemándose, de repente se mató solo el fuego, con lo que sorprendidos *vagaron que visiblemente combatió con el poder del cielo.*

Esperaban pues los Pizarros el socorro de su padre; pero esperaban en vano teniendo igual necesidad en los Reyes, donde tambien se le puso sitio. Sufrió como sus hijos fuertes

y continuados ataques, y desesperado el Inca de obtener una victoria decisiva, y desconfiado Pizarro de sus propias fuerzas cesaron como en el Cuzco las hostilidades, y cuando Manco entendió que se acercaba tropa enemiga pensó en retirarse; mas aguardó unos días para cerciorarse de quién era el capitán que comandaba el auxilio porque muy bien podia ser que fuese algun amigo.

Como Manco creyera que podiera venirle socorro de parte de los españoles muy fácil es de entender sabiendo su fina y astuta política. Al comenzar su sitio y aun antes, cuando se hallaba entre los conquistadores habia procurado introducir la discordia entre ellos porque juzgaba fundadamente que divididos le sería muy fácil destruirlos. Así logró en efecto desaventar á Almagro con los Pizarros y tenerlo por aliado. En sus últimos ataques conviene saber como empleó ya las armas españolas, porque los que á causa de la discordia se hallaban con él, le habían adiestrado en su manejo y en el del caballo y le hacían pólvora. Así se sorprendieron sus contrarios cuando vieron que manejaban el arma de fuego con destreza y que montaban con habilidad en buenos caballos; si acaso hubieran continuado resistiendo, habrían sacado mayores ventajas que hasta allí. En tal estado se hallaban á la llegada de Almagro que salió de Chile fustidido de buscar allí riquezas que no encontró y para pelear con Pizarro el Cuzco, cuyo gobierno sabia le habia sido dado por el rey de España. Con estas intenciones venia á tiempo que, sabedor de la revolución, se le presentaron unos emisarios del Inca para hacerle entender que Pizarro se opondría á darle el Cuzco,

(Continuará.)



CANTATA EPITALÁMICA,⁽¹⁾

PARA EL DIA DE LOS FELICES DESPOSORIOS DE MIS HIJOS

AGUSTIN SANCHEZ DE TAGLE Y LUISA DE BOCANEGRA.

QUE queres, niño Amor, que ni te asusta
Mi faz rugosa, ni mi pelo cano?
¡No hasta que á tu imperio soberano
Vida y voz consagré, mientras robusta!

¡Intentas que arda la ceniza!... injusta
Fuera tu pretension, tu empeño vano;
Que el triste yelo de mi pecho anciano
A tus ardores mal asaz se ajusta.

Mas nada escucha tu afanosa prisa;
Mis viejas venas con tu fuego inflamas;
Ordenas *cante*, en Agustín y Luisa.

De tus proezas la que tú mas amas,
Ya obedece mi Musa profetisa,
Y el himno entona de tus sacras llamas.

Esta quinta deliciosa
Te vió, mi Agustín, un día,
Correr tras la mariposa
Y lucerna vagarosa,
Con pié debil todavía

Tu carrera vacilante
¡Cuántos me costaba sustos!
Que cayeras cada instante,
Como aprehendía el pecho amante,
Me eran temores tus gustos.

Llamabas con risa ufana
A tus queridos hermanos
Para cortar flor temprana,
O alzar caída manzana,
Que aun no te cabía en las manos,

Cansado de fiesta y juego
Al regazo de tu madre
Venías, sudoroso, luego;
O cariñoso, á mi ruego,
A los brazos de tu padre.

Con las manos te colgabas
De entrambos cuellos paternos,
Y blando los alhagabas,
Y amoroso retornabas
Los nuestros con besos tiernos.

Mas no sin mezcla de azores
Corrieron siempre esos días;
Amarguras singulares,
Susto cruel y pesares
Turbaron mis alegrías.

Aquí tu preciosa vida
En gran riesgo, á mi presencia,
Puso una grave caída:
¡Ay! daba el alma afijida
Por la toya mi existencia!

Todo pasó ya, cual sueño
Que disipa el despertar;
A uno se siguió otro empeño:
Cambió el corazón de dueño
Y de afectos el amar.

Ese fresco cuyas ramas
Agora vientos no mecen,
Y pasan del sol las llamas,
Y á ti y al ídolo que amas
Sombra grata les ofrecen,

Entonce apenas alzaba
Vara, poco mas, del suelo,
Y vaivenes le causaba
El Gorrión que en el posaba,
Corriendo su alegre vuelo.

A la par con el creciste
Y, ya robusto mancocho,

[1] Habecidonia proporecionado un amigo nuestro esta composicion poetica de nuestro distinguido literato el Señor Don Francisco Manuel Sanchez de Tagle la insectamos con la mayor satisfaccion.

(Los Redactores).

En su corteza escribiste:

*„Luisa, mi amor que admitiste
Será eternamente nuevo.”*

¡Comol ay! las horas rapidas volaron;
Y los dias velocisimos corrieron;
Y en pos de ellos los años se pasaron!
¿Donde están ahora? ¿dónde? ¿Que se hicieron?

Otras llegaron ya y otras esperan;
Como á mi sigue mi hijo adolorado:
Mas todas, todas, á la par, se esmeran
En darle cuantas dichas le gozadó.

Y mas; pues, muchas mas están escritas
En el libro adorable del destino,
De pura luz con letras esquisitas
Que invariables formó dedo divino.

Del Supremo Hacedor, que áquese espacio
Donde se pierden vista y mente humana,
Pueblo de islas de luz, y de topacio
Las puertas coloró de la mañana:

Y solo sabe donde, en que manera,
Movil ó fijo, el último lucero
Puso; á decir á la creacion entera:
„Solo Dios nos allá de este tendero.”

Muy antes, hijos míos, que los millones
De seres el eterno fabricára,
Ya decretó formáros corazones
Propios para la union á que os prepara.

So mente os traza en grata semejanza,
Que tanto siempre dulces amor inspira;
Principio cierto de feliz alianza
Y de hermosura que en la prole admira.

El mundo luego, y la sazon ordena
De daros las virtudes conyugales;
Sus gracias os destina, á mano llena,
Para haceros felices y leales.

Ni á vuestros padres su bondad imansa
Olvida en esos planes amorosos;
Dotarlos quiso de ternura intensa,
Por que en vosotros fueran venturosos.

Cuando la pligo realizar su intento,
Crio aquehos orbes, sin cesar girando;
Y ellos, midiendo siglos, el momento
Nos allegan, que estamos disfrutando.

El sol asoma en el rosado oriente
Radioso, cómo nunca, en este dia:
Perfuman mil aromas el ambiente:

Todo respira dichas y alegría.

El lazo santo ha unido vuestra suerte;
Y el mismo Dios eterno el nudo scia
Que no desatará sino la muerte;
Ya son uno Agustín y Luisa bella.

Dulces prendas del alma paterna,
Vuestra dicha felices nos hace;
Juventud en nosotros renace;
Ya sentimos su ardiente vigor.

Esa union de dos almas eternas,
Ese fuego que siempre ha de arder,
De mil bienes la causa vá á ser;
La há jurado el supremo Hacedor.

Dos arroyos juntándose en uno,
Luego forman el rio caudaloso,
Que hasta el mar llegará proceloso,
Esmaltando sus bordes Abril.

A este modo serán, de consuno,
Por vosotros en una reunidas
Des familias, del cielo queridas,
Y á la patria darán hijos mil.

En las frentes los tiernos abuelos
Recibiendo de nietos festivos
Dulces besos, de amor expresivos,
Se emagenan en sumo placer.

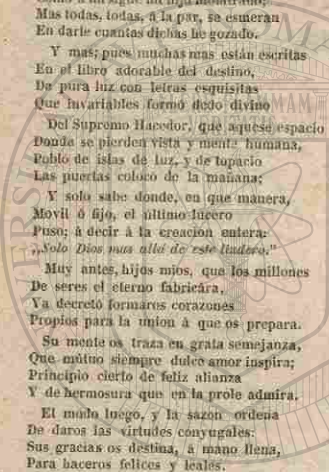
Vuelan luego, tenuisimo los zelos,
De sus padres el caro regazo,
Y duplican los mimos y abrazo
Conque en dichas los hacen crecer.

Mi buen hijo, de mis bendiciones
Copia inmensa recibe este dia,
Y esa prenda de tanta valia,
Que es ya tuya, la goza sin fin.

La virtud regirá tus acciones;
El amor premiará tus afanes;
De tu padre dichosos los manes
Por tu causa serán, Agustín.

Dulce Luisa, virtud y hermosura
Te dió el cielo, bondoso contigo;
Agustín te vá á ser fiel amigo;
Tu á él feliz, y él feliz te hará.

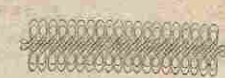
Yo por colmo os deseo de ventura
Hijos cuales habeis siempre sido.
Oye jó Dios! este ruego encendido,
Y pronuncia, infalible será.—*Cante.*



U A N I L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D



GARCIA SARMIENTO SOTOMAYOR

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. GARCIA SARMIENTO

DE SOTOMAYOR.

Conde de Salvatierra, marqués de Sobroso, último virey de la Nueva-España. Desde 1642 hasta 1648.



1642.

ONFIADO Felipe IV en que el obispo de la Puebla desempeñaría a su satisfacción el encargo que le hizo de remover al duque de Escalona, dejó pasar el tiempo que juzgó oportuno le sería necesario para desempeñar su comisión y cuando le parecía que estaría ya cumplida, mandó al conde de Salvatierra que cuanto antes fuera á encargarse del vireinato. En efecto, el veintitres de noviembre hizo su entrada en México, y en seguida tomó posesion, quedando el obispo con el desempeño de la visita. Villena al concluir el año salió de Churubusco para San Martin, á hacer los preparativos de su viaje.

1643.—Para efectuarlo, sabedor de las acusaciones que le habian sido hechas al rey, recogió certificados de las autoridades y de personas de calidad, marchóse, y logró tanto vindicarse en la corte, que se le volvió á nombrar virey, pero rebúsó la comision, tomando el vireinato de Sicilia, para donde partió, no sin aconsejar antes al soberano cosas de utilidad para la corona: una de ellas la colonizacion de la California, á tiempo precisamente que lo proyectaba el mismo rey, que envió facultado ampliamente á D. Pedro Portel de Casanete. Al ayuntamiento se le concedió que proveyera por sí la fiscalia de justicia mayor.

1644.—Doce conventos de mugeres, y sobre poco mas ó menos igual número de hombres

conaba ya en este año México, que por razon de una piedad indiscreta se iban absorviendo todas las propiedades; á esto se agrega el número excesivo de conventuales, que entre monjas, educandas y criadas eran muchas, lo que notoriamente perjudicaba á la poblacion, y temiéndolo presente el ayuntamiento solicitó del rey que no permitiera en lo sucesivo fundaciones, y si prohibiera toda adquisicion de bienes raíces á los monasterios, porque era trascendental el perjuicio que ocasionaba, pudiendo llegar época en que fuesen los únicos propietarios. Mientras esto se hacia, llegó Casanete que fué muy bien recibido del conde de Salvatierra, quien mandó se le diera lo que pidiese para la expedicion, y le facultó para reunir colonos y levantar tropas, como lo consiguió en poco tiempo. Dadas ya á todos los gefes y gobernadores de tierra adentro, las ordenes correspondientes para que le auxiliasen, y prevenidos los buques y en disposicion de partir, le quemaron dos barcos, se desertó la tropa, y las familias se retiraron á esperar que se repusiera.

1645.—1646.—Otra inundacion acaeció en cuarenta y cinco por el abandono con que se continuaba la obra emprendida en el desagüe, desde el tiempo de Armendaria, però fué de corta duracion y poco mal causó. Desde la misma época, la ciudad obtuvo del rey, empleando siete mil pesos, tener fiel, mojoneros y otros oficiales menores: se benefició tambien

la escribanía real de la caja, y mayor de minas y azogues en veinte mil pesos. Grandes terremotos se dejaron sentir en cuarenta y seis, especialmente en Mahualco, donde el 13 de abril refirió el arzobispo, que se hallaba allí en la visita, D. Juan de Mañosa, que las campanas solas estuvieron repicando durante algún tiempo.

1647.—La hermosa Salvatierra, fundada en el obispado de Michoacán, debe su nombre y su origen al virrey que gobernaba en este año, que fué en el que de orden suya se fundó.

Entramos en una época de las pocas que tuvo México, memorables en los tres siglos que fué colonia, es decir, cuando ya el espíritu público yacía completamente amortiguado, y solo se presentaban cuestiones de tribunales ó de autoridades. Antes de referir los acontecimientos de este año, de que pasamos á encargarnos, seamos permitido que, protestando de nuevo nuestros respetos y veneración al ilustre prelado D. Juan de Palafox y Mendoza, cuya buena fama nada mancilla nuestra débil y quizá insignificante opinión, mencionemos las causas que, según entendemos, dieron verdaderamente origen á los grandes escándalos que tuvieron lugar en Puebla, y no se lleve á mal que nos tomemos la libertad de hacer las reflexiones que al paso nos ocurren, y las cuales pueden ser muy bien que no todos los lectores estén al alcance de ellas; séale licito al historiador como á cualquier otro hombre discurrir, pues si bien su misión consiste en referir los hechos, no debe hallarse circunscripta en límites tan estrechos.

Llamamos, pues, la atención á estos puntos cardinales de que debemos partir si queremos formar un juicio exacto, advirtiendo previamente, que no nos desvíamos en lo mas mínimo á una u otra parte, sosteniendo nuestro carácter de imparcialidad, porquc por el señor Palafox, ademas de no tener motivo que nos excite contra él el odio ó desafecto, conservamos, por el contrario, como hemos dicho, un sumo respeto hacia su memoria venerable; y por lo que mira á los religiosos jesuitas, tantos hechos nos presenta la historia, que nos los hacen dignos de la mayor estimación, y tantos se nos refieren, que engendran el odio hacia ellos, é inspiran horror é infunden temor, que sin atrevernos á negar abiertamente los unos ó los otros, sin datos para hacerlo, enemigos siempre de proceder con ligereza, ni dejamos de elogiar su beneficencia, ni osamos fallar en su contra suspendiendo nuestro juicio. Los antece-

dentos, pues, que asentamos, están reducidos en suma á esto: cualquiera que haya pasado con rapidez la vista por la historia del mundo cristiano, y que no esté animado de preocupaciones exageradas y en cierta manera fanáticas, conoce á fondo el carácter natural de la corte romana, y no ménos el de los eclesiásticos regulares, usurpadora constantemente aquella de la potestad ordinaria de los obispos, y los segundos amigos de eximirse de su jurisdicción, como se eximían de la del mismo pontífice, si pudiesen impetrar que quedaran sujetos inmediatamente al Eterno Padre, para conseguir, estando mas distantes, no tener prelados que hallándose sobre ellos les reprimiran sus excesos ó corrigieran sus defectos, han ocasionado frecuentes trastornos á las sociedades, que si bien son reprobables en la ambiciosa curia, y en los turbulentos monjes, no ménos lo son en los obispos que así han dejado arrebatarse la parte mas noble de la autoridad que Dios les había dado, y que han consentido en tener dentro de sus mismas iglesias, cuerpos que se hallan totalmente independientes de su potestad y jurisdicción. He aquí la fuente del mal, el menoscabo hecho por la silla apostólica de la autoridad episcopal, la admisión de regulares exentos, dentro de los mismos límites de su jurisdicción.

Este, pues, es, en nuestro concepto, el origen primordial de la cuestión suscitada entre el venerable Palafox y los religiosos de la compañía en Puebla. Al llegar á esta el obispo, seguían los jesuitas un pleito por el Dr. D. Herneogildo de la Cerda, por los trámites legales ordinarios, y en el año que corre, publicó la iglesia un escrito firmado por el obispo sobre el mismo asunto lo que en verdad nada tenia de extraño; á lo ménos hoy con mucha frecuencia sucede que dos partes contendientes den á la prensa los escritos que respectivamente les presentado cada una al tribunal; y así los jesuitas hicieron otro tanto, en lo cual parece que no hubo exceso, usando como usaban de un derecho, y mas en justa reciprocidad. Sin embargo, esto disgustó á Palafox, quien por otra parte tenia sus resentimientos privados con los jesuitas, nacidos de pemeñas frivolidades, en que no debía ciertamente haber parado un solo momento la atención, como era no haberle visitado hallándose enfermo, y semejantes. No dejaban tambien los jesuitas de hallarse resentidos por casi iguales frivolidades, y la ocurrencia de los escritos acabó de indisponer los ánimos de aquel y de estos, prin-

palmente el del primero, que muy luego manifestó su desayuntamiento.

Puso en práctica un medio indigno ciertamente de una alma generosa, la venganza, y una venganza que se hacia trascendental á la quietud pública, á lo que se vio precisado á instancias de su provisor. Llegado el miércoles de ceniza, 7 de marzo de 1647, es decir, á tiempo que comenzaba la cuaresma, en la cual habian de predicarse misiones encomendadas muchas á la compañía, y que no podían suspenderse sin grande ocasión de escándalo, que no solo los obispos, sino en general todos los fieles debemos evitar, habiendo podido desde su venida al obispado, haber exigido las licencias con que aquellos religiosos predicaban, el provisor lo hizo por este crítico día; privándoles que caso de no tenerlas, mostrasen los privilegios que los autorizaban para ejercer de tal modo el ministerio. Esusáronse los jesuitas de presentar estos últimos, con que no eran parte, sino el provincial, el padre Velasco que residia en México, puesto que se trataba de asuntos que concierne á toda la compañía. A esta respuesta mandose que mientras tanto se abstuviesen de predicar, y se les fijaron veintidos dias para presentar los privilegios. En efecto, determinaron obsequiar el auto, á pesar de que los privilegios pontificios los eximían en este punto de los ordinarios, mas considerando que para el viernes inmediato se hallaban anunciadas misiones, por lo que era indispensable que se efectuaran, á fin de evitar un escándalo, acordaron de pedir licencia al Sr. Palafox, precisamente para aquel día nada mas, interin contestaba el provincial, á quien ya se le había dado aviso de la ocurrencia. Pasó una comision á ver al señor obispo, y haciéndole presentes las circunstancias, les pidieron la licencia. Diceso que la comision fué recibida con alguna aspereza por el venerable Palafox, que se negó á dar la licencia, y que viendo el padre Legaspi, que era quien habia de predicar, se refirió que le dijo que era una lastima que el fuese el predicador. Con tal respuesta volvieron los encargados á dar cuenta, y despues de una seria deliberación, según se cuenta, se convino en que los cánones previenen que hasta pedir la bendición ó licencia, y que los autores interpretan que no es necesario obtenerla. ¡Vaya una interpretación ridícula! Y así dispusieron celebrar la misión, creyendo haber cumplido por su parte, y poco antes de la hora en que debía comenzar, que era á las diez y media de la mañana, se notificó al rector del colegio un auto

del provisor como el antecedente, y al cual se dió igual contestación, sin embargo, el misionero habia subido al púlpito y ya venia tarde la notificación.

Aunque esta se hubiera hecho á tiempo en que pudieran haberla entendido todos los religiosos, no deberían con todo suspender la misión, así lo exigia su honor, así lo demandaba el bien público, se hallaban en cierta manera obligados á hacer la anunciada, como lo estaba previamente dispuesto y prevenido todo desde en la mañana.

A pesar de que era imposible de hecho que se suspendiera la misión, y que el misionero alegaba con justicia la ignorancia del último decreto notificado á su prelado, el provisor mandó en la tarde del propio día notificar un tercer auto, exigiendo las licencias ó privilegios, y como contestasen del mismo modo que en los anteriores, fueron declarados incurso en excomunicación, y conminados con mayores censuras, hasta la de anatema si continuaban resistiendo como contraventores á las sanciones Tridentinas, bulas y decretos pontificios.

Los religiosos jesuitas que de tal manera se vieron tratar, acudieron á su prelado provincial, lo que originó un gran movimiento en México. Llamóse la atención á las autoridades seculares, implorando el auxilio de la real proteccion, á cuyo fin se dirigieron al conde de Salvatierra. Acordaron luego los prelados de nombrar jueces conservadores, que procediendo conforme á derecho y en justicia, la aplicasen al que la tuviera. El Sr. Palafox no descuidó de nombrarse un representante cerca del gobierno en la corte de los virreyes, y dió al efecto sus poderes al fiscal del rey Melian, amigo suyo, con facultades muy amplias. El fiscal desprendiéndose de la imparcialidad que como tal debía tener, se constituyó desde luego abogado de su poderdante, y comenzando á patrocinarse su causa, en un pedido muy estenso y fundado, dijo al virrey que no era licito á los regulares en cualquier caso nombrar conservadores, y que aun cuando les es permitido, debe hacerse previa calificación de la audiencia, la cual há de aprobar despues á los nombrados. El conde de Salvatierra consultó este pedido á su asesor, quien convino en que la audiencia habia de calificar cuando se hacia el nombramiento, y hecho, aprobarlo la misma, pero que el que ahora se presentaba era de los expresos en el derecho: por supuesto que ni el parecer fiscal ni la consulta del asesor carcean de apoyo legal, ya civil, ya canónico. Así pues, cuando fué pedido el auxilio al conde por los

esuitas, les mandó proceder segun el órden del derecho que se le acababa de alegar y de consultar.

Debe advertirse, que á la sazón que esto pasaba, el Sr. Palafox era un visitador de los tribunales, cuya visita no habia terminado, así que corria riesgo la causa de los jesuitas, sujetándose á la audiencia que lo estaba á la visita de su adversario. El padre provincial Velasco recusó por lo mismo al tribunal todo, fundado en caso igual que poco tiempo antes se habia dado, y admitida la recusacion quedando solo el virrey para decidir, decidió en efecto, que los jesuitas podian en aquellas circunstancias nombrar conservadores. Para resolver así este punto, fue consultado ántes con todas las personas de México, distinguidas por su ciencia y virtud, y en número de mas de sesenta, si bien la mayor parte religiosos, incluso el reverendo juicioso obispo de Michoacán, D. Fr. Marcos Ramirez, que se hallaba entonces en dicha ciudad, convinieron mudamente que podia hacerse el nombramiento.

Habíase los dominicos manifestado muy adheridos á la causa de los jesuitas, por cuya defensa mostraban mucha decision y empeño. Esto fué parte para que luego se pensase en nombrar de entre ellos los jueces, y fueron elegidos para este encargo, el prior del convento principal de la provincia de Santiago de México, Fr. Juan Paredes, y un maestro difinidor de la misma. Efectos ya, y confirmados por el virrey, los conservadores hicieron notificar al obispo de la Puebla y á su provisor, y caso de no ser hallados, ó cualquiera persona que fuere encontrada en su casa, y no lográndose esto, fijando rotulones en las puertas de la misma, que se abstuvieran en sus procedimientos, y levantarán las censuras, amenazando con sujetar al Sr. Palafox á una pena pecuniaria, y al provisor á las censuras, si resistían obedecer. El obispo desconocia la autoridad de los conservadores, recusó obedecer y prohibió á los estudiantes que asistían á las aulas de los jesuitas, que lo hicieran en lo sucesivo, si no querían quedar sujetos á la excomunion que desde luego imponía á los desobedientes: igualmente exhortó á su pueblo á que no recibiese de ellos la penitencia y sacramentos, porque se esponían á cometer sacrilegios.

Los conservadores entonces previa la trina monicion canónica, impusieron excomunion al Sr. Palafox, y le mandaron fijar en tabillas. Como los poblanos por mucho afecto que tuvieran á los jesuitas, tenian fen mucha estima

á su dignísimo prelado, de quien habian recibido grandes bienes, no debian ver con indiferencia que así se le tratase, é inmicionos, borraban y rompian los papeles de excomunion, lo que malamente se dijo que era efecto de órdenes de aquel prelado, y á fin de evitar que esto se continuara ejecutando, pasaron unos encargados de los jueces que fueron á vivir al convento de San Agustín. Justamente irritado el Sr. Palafox, promovió rechazar la fuerza con la fuerza, empleando igual género de armas. Es de saber que ya ántes en la iglesia de Trinitarias habia leído la excomunion á que sujetaba á sus adversarios, y ahora hizo preparar en su catedral un túmulo cubierto de negras bayetas, anunciar desde la vispera la triste ceremonia con los lúgubres clamores de las campanas, y saliendo de su casa acompañado del cabildo, llegó á la iglesia á imponer anatema á dos religiosos de la compañía, y á los jueces: al efecto practicó las terribles ceremonias de la liturgia, apagando las velas, arrojándolas al suelo, pisoteándolas por último, y despues subió al pulpito, las esplicó y declaró las personas que sujetaba á aquella pena canónica, la mas tremenda de todas. Dicese que influyó tanto en el pueblo este acto, que fué necesario poner guardas en los conventos y casas religiosas de los jesuitas, para evitar un ultraje que se preparaba les hiciesen, pues las iban á incendiar.

A fin de calmar estos disturbios, promovió el virrey que se conciliasen en una junta que quiso celebrar en su presencia, depoiendo el carácter de virrey como dijo á Melian, á quien encargó depositara igualmente el de fiscal. Los jueces se arvinieron protestando que en nada se separarian del órden legal, oyendo á nada se separarian de los dominicanos, franciscanos y agustinos, á quienes algun tiempo ántes se les habian concedido grandes esenciones, y á los cuales no exigió la manifestacion de sus privilegios, como parece que lo aseguró, dando á la prensa una carta pastoral, en la que descaendo vindicar su conducta, asepta que á todos los religiosos habia pedido sus privilegios, y á excepcion de la compañía, ninguno habia osado desobedecerle, cuya especie desmintieron los demas prelados, segun se dice.

En tanto, pues, que S. Illma. y los conservadores se combatian espiritualmente, el conde de Salvatierra, buscando ocasion de hacerlos

dado el caso de que deben jugar, y por las mismas personas, y por los propios privilegios que se trata de sostener, es decir, nombrar con el carácter de jueces y sus facultades, verdaderos defensores que ataquen y combatan indelentsa á la parte contraria; hecho es este muy ageno del espíritu de la iglesia, muy degradante á la dignidad de los sucesores de los apóstoles. Así han desfigurado á la esposa immaculada del cordero sin manchilla, los sucesores de la piedra fundamental Pedro y los órdenes regulares. Pero ¿cómo habia de crearse Roma un poder temporal sobre las cortes? ¿cómo, finalmente podria quitar y poner cetros y coronas á su arbitrio, sin súbditos que le reconocieran inmediatamente, y que le prestaran apoyo? Los regulares por otra parte, podrian entregarse á grandes excesos, precipitarse en la desmoralizacion, si tuviesen prelados que hallándose á la vista los refrenaran?

A pesar de la repugnancia que sentimos por el nombramiento de jueces, hecho por una de las partes interesadas, el está prevenido por el derecho canónico, y el obispo creemos que no podia resistir su autoridad, que en cierta manera habia reconocido al admitir una diócesis que como todas las de la cristianidad tenia en su seno eclesiásticos privilegiados. Culpóse enhorabuena á sí propio, pero no eche en cara á los jesuitas lo que el mismo pudo evitar: ántes de admitir el cargo pudo muy bien haberse opuesto á las esenciones monacales, ó reclamar por lo ménos, ya admitido, la amplitud toda de su jurisdiccion, pero una vez aceptada sin restriccion alguna, y en el estado en que lo encontraba, si bien guiado de un celo apostólico, era en cierto modo un deber suyo hacer respetable su dignidad, oponiéndose abiertamente á los principios que de cualquier modo la menoscabasen, no debia con todo reservarse esto para un caso particular, ni contrayéndose á una sola especie de regulares, cuando existian los dominicanos, franciscanos y agustinos, á quienes algun tiempo ántes se les habian concedido grandes esenciones, y á los cuales no exigió la manifestacion de sus privilegios, como parece que lo aseguró, dando á la prensa una carta pastoral, en la que descaendo vindicar su conducta, asepta que á todos los religiosos habia pedido sus privilegios, y á excepcion de la compañía, ninguno habia osado desobedecerle, cuya especie desmintieron los demas prelados, segun se dice.

En tanto, pues, que S. Illma. y los conservadores se combatian espiritualmente, el conde de Salvatierra, buscando ocasion de hacerlos

averir, escribió al cabildo secular de Puebla para que unido con el eclesiástico, conciliaran á las partes contendientes. Quejábase el conde de que el ayuntamiento no le diera cuenta de todos aquellos disturbios, mas esta corporacion se excusaba con que no erab mas que desavenencias espirituales las que ocurrían, pero que no habia descaudado de hallarse reunido durante ellas, con el fin de evitar una conmocion. El fiscal Melian, recibió por junio una carta del Sr. Palafox, en la cual se queja de que se armaba gente en los conventos de San Agustín y de los jesuitas, á la que le contestó que otro tanto se decia de él, que tenia apojada gente para armar una revolucion.

A este estado llegaban las cosas cuando se convino en julio, es decir á los cuatro meses, en la conciliacion, y á punto de celebrarla, cuando ya con este objeto se tenían juntas ante el virrey, de todos los interesados dispuestos á veder en sus pretensiones, cuando se tuvo noticia en México de la ausencia del diocesano Palafox, que habia dejado nombrados para gobernar la mitra, tres individuos que entrasen el uno en vez del otro, segun el órden de su nombramiento, pero renunciaron dos, no pudiendo el primero que era el provisor, ir, detenido como se hallaba en la capital, por órden del virrey, el gobierno quedó en el cabildo sede vacante por ausencia del prelado. Los jesuitas en funcion pública y muy solemne hicieron la manifestacion de los privilegios que les concedieron los pontífices Gregorio XIII y Gregorio XIV y Paulo V, en consecuencia se levantaron las censuras á los notados y cesó toda desavenencia por el pronto.

Los privilegios de los dichos pontífices autorizaban á los jesuitas para que pudieran predicar y confesar, una vez obtenida la licencia del ordinario sin necesidad de pedirlo de nuevo á sus sucesores, y aunque aparecen otras bulas posteriores contrarias, unas no habian sido promulgadas en los dominios españoles, y ni aun se les habia acordado el pase por el consejo, requisito esencial para que tuvieran fuerza, de otras se dudaba si derogaban los privilegios concebidos en términos generales; y finalmente, á pesar de ellas, los jesuitas habian estado en plena y pacífica posesion de confesar y predicar sin pedir la licencia, y con ciencia y paciencia de los obispos y del mismo Sr. Palafox. Ademas, muchos jesuitas de Puebla tenían licencias espresas de los diocesanos de Puebla, y del mismo venerable algunos de ellos, y sin embargo, en Roma aseguró que no tenían licencia.

Quando el padre Velasco fué á Puebla, iba acompañando á los conservadores que fueron recibidos muy bien de los vecinos con grandes demostraciones de júbilo: todo volvió á su antiguo estado y las discusiones parecieron haber cesado completamente. Así era, en efecto, que el cabildo gobernador confirmó las licencias y vió los privilegios que le fueran presentados por los padres de la compañía, los cuales salieron en procesión solemne á hacer la presentación. Mandáronse borrar y abrasar los edictos todos publicados contra aquellos religiosos y sus conservadores, y se les repuso en la posesión en que se hallaban de predicar y confesar.

A fines de noviembre llegó á México el nombramiento de virrey del Perú al conde de Salva- tierra, y para sustituirle en la Nueva España, al obispo de Yucatan se le designaba con el título de gobernador. Sabido esto por el señor Palafox, creyó que la fortuna le volvía el rostro, y luego se hizo aparecer, pues llevaba una amistad muy estrecha con el dicho obispo de Yucatan: entró, pues, en México, y recibió una cédula de la corte que le desistía del cargo de visitador. Interpuso al virrey un recurso solicitando que se le absolviese *ad cautelam* mientras recurria al consejo de Indias. Hizo- se como él lo pedía, y fué absuelto por el reverendo prior de Sto. Domingo, actuando por sí y por su compañero ausente.

Pasados pocos años, el señor Palafox llamado á España, siguió allá su pleito, y en la corte de Roma, y por una de aquellas monstruosidades incomprensibles, se halló triunfante allí el mismo que fué vencido en México, y sobre los mismos puntos. Ya se vé eran jueces el consejo de Indias de que era miembro el señor obispo y la curia romana, siempre inconse- cuente en sus resoluciones. Sentimos no con- venir con el Sr. D. Carlos María Bustamante, que en la historia de los tres siglos del padre Cayo, dice: „que debiendo dar una fe ciega á los decretos de la corte de Roma, como fieles cris- tianos que somos, hemos de venerar sus deci- siones como deslindadas de error,“ no así pen- samos nosotros en este punto sino que juzga- mos que aquí quiso paliar los desórdenes que ocasionaran sus excesivos privilegios. En la obra titulada „Fasti novi orbis“ hallamos la si- guiente.

„Ordinatio CCCXII.“

„Anno 1648. 14 Mail.“

„Confirmat Innocentius XI resolutionem S. Congregationis qua censuit non posse clericos

modo suppressas Soc. Jesu in diceres ange- lopolitana confessiones personarum secularium audire sine licentia Episcopi diocesa- ni, nec verbum Dei predicare in ecclesiis sui ordinis non petita ipsius benedictione; ne- que in aliis ecclesiis sine ipsius licentia ne- que in ecclesiis sui ordinis ipso contradicente et contravenientes ab Episcopo et Sedis Apo- stolice delegato coerceri et puniri posse etiam censuris ecclesiasticis in vim constitutionis Gre- gorii XV que incipit *Inscrutabile Dei Proside- ntia*.“ Téngase presente que á esta bula no le fué dado pase por el consejo. Despues siguen las resoluciones á cada una de las consultas que hizo á la congregación el Sr. Palafox. Admi- rámonos ciertamente de que tantos sabios en México, la mayor parte imparciales, el gobier- no del virrey y las autoridades mismas eclesiás- ticas erraran, y que solo anduviera acertada la congregación de Emmos. (1).

Como prueba irrefragable de la inconse- cuencia del consejo, nótese que cuando pocos años antes en un pleito de un particular recusa- da la audiencia, el consejo de Indias dió por buena la recusacion, ahora le pareció monstuo- so que tal se hiciera con todo un tribunal. No- sotros, es cierto, estamos acordes en la monstrosidad de la recusacion, porque ni aun hoy en nuestro sistema de libertad se permite la recusacion de todo un tribunal, cuando este es colegiado y la razon es muy facil de compren- der, pero cuando se hace con expresion de causa, ya no digo á un tribunal, sino á muchos puede recusarse, y ¿qué causa mas justa puede haber, que estar sujeto el tribunal á la jurisdiccion de la parte contraria? Monstruosas nos parece mas bien la decision inconsequente del consejo.

Nos lamentamos de esta desgraciada ocur- rencia, mas que todo, por las virtudes que adornaban al Sr. Palafox, y se puede conside- rar que además del celo muy justo por su dignidad ofendida tan vilmente, tuvo mucha parte en estas cuestiones su malhadado provisor. El provincial de la compañía no era un hombre ménos distinguido, de gran ciencia y virtud, ha- bía prestado á México su patria grandes servi- cios, basta para recomendarle traer á la me- moria á su padre D. Diego de Velasco, y mas á

(1) Hemos tenido á la vista para esta relacion entre otras cosas, la historia de la Compañia en Nueva España, á la que nos remitimos en órden á los documentos, pues nosotros nos hemos contraido unicamente á referir los sucesos.

UNIVERSITATIS

UNIVERSITATIS
 BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

su abuelo D. Luis, el primer virrey de este nombre y su tío el segundo virrey Velasco, ambos sujetos recomendables, y cuyos servicios á México se hallan referidos en las épocas de sus respectivos gobiernos.

1648.—Además de las cuestiones que sin tanto calor se agitaban en este año, nada ocurrió digno de la historia sino fué la expedición infructuosa que á las Californias hizo D. Pedro Portel de Casanete, pues que repuesto de los daños que le causó el incendio de sus barcos,

reunió su gente, aprestó sus nuevas embarcaciones, dióse en ellas á la vela, costeó las Californias, y como no hallara lugar cómodo para establecer un presidio, se volvió á dar cuenta al conde de Salvatierra, á tiempo casualmente que este se iba ya para el Perú, dejando recomendado el asunto á su sucesor que, como hemos visto, estaba nombrado desde fines del año anterior.

CARLOS M. SALVEDRA.



LA ODISEA EN TURQUÍA.



Es aquí una anecdota poco conocida y que prueba que en ninguna parte produce la fortuna metamorfosis mas sorprendentes que en Turquía, donde se vé en un momento que pobres aldeanas vienen á ser reinas, princesas, esclavas; y hombres de la mas baja extraccion ser elevados á las primeras dignidades del Imperio.

La sultana Tharhan, madre de Solimán III era moscovita; fué hecha esclava por los Tartaros á la edad de 12 años, y vendida cuando el advenimiento al Imperio del Sultan Ibrahim á quien fué presentada. Un cuerpo bastante aventajado aunque algo delgado, rostro ligeramente señalado de viruela pero de una blancura resplandeciente, ojos azules y cabellos de un rubio un poco subido, color que prefieren los turcos, atrajeron la atencion del sultan: admitida á su lecho imperial tuvo un hijo y fué declarada Hasseki, sultana reina: dotada de un talento fino y penetrante, supo asegurar el imperio á su hijo de corta edad.

Algun tiempo despues de haber sido hecha esclava Tharhan, su hermano único, llamado Yousouf, fué cogido por los mismos tartaros y vendido en Constantinopla á un mercader de frutas y flores, cuando apenas tenia 15 años.

El jóven esclavo logró ganar el afecto de su amo, que lo vestia bastante decentemente para su estado, yaun le habia encargado la venta en su tienda, porque los turcos tienen en sus esclavos entera confianza.

Este jóven se tenia por muy feliz en su esclavitud y estaba muy lejos de imaginar que una Hasseki sultana, lo quitaría de sus frutas y flores para elevarlo al mas alto punto de la fortuna y hacerlo cuñado y tío de un emperador.

Pasando un dia la sultana delante de la tienda de este frutero, por casualidad fijó la vista en el jóven mercader, y apesar del cambio de traje creyó reconocer á su hermano. Su emoción fué tal que, contra la costumbre, hizo que se acercase á su litera el jóven vendedor de frutas, y se convenció que no se habia engañado, pero no pudo ser reconocida por su hermano,

porque las leyes prohiben espresamente que ningún turco vea á la cara á una mujer, y sobre todo á una mujer del harem, á una sultana reina; y aun cuando hubiera osado mirarla, hubiera tomado la verdad por una ilusión, como hubiera podido reconocer á su hermana con el traje de una Haseki? No obstante la sultana Tharhan mandó á Kíslar-Aga (el comandante de su escolta) hacerla conducir al serrallo y continuó su camino.

Se puede juzgar del pesar de Yousouf y de sus lamentos al dejar la tienda, por lo que decía el mismo después á un amigo: «Estaba fuera de mí; rogaba que me dejasen libre; me echaba á los pies de los oficiales del serrallo y les pedía con instancia perdon de faltas que no había cometido; los que me custodiaban iraban de animarme dandome golosinas, pero yo hubiera querido mas bien vivir con pan y manzanas en mi tienda, que con los manjares mas deliciosos del serrallo.»

La sultana á la vuelta del paseo hizo traer á Yousouf á su presencia; le preguntó su nacimiento, el nombre de su padre, su edad, si no tenía una hermana y en fin, si no tenía el cuerpo señalado con algunas cicatrices; respondió puntualmente á todas estas cuestiones; agregó que su hermana había sido hecra esclava algunos años antes que él, y que tenía en el costado la señal de la mordida de un lobo. El gozo de la sultana no pudo contenerse mas, se hizo reconocer por él, y le colmó de caricias y de agasajos. Habiéndose extendido esta noticia en el serrallo, el sultan envió una capa forrada en piel de zibélina á Yousouf y su hermana lo puso bajo el cuidado del Kíslar-Aga.

Permaneció algun tiempo en el serrallo, mientras se le preparaba una habitacion digna del rango que iba á ocupar. Para complacer á la sultana todos los empleados principales le hicieron regalos, y él que pocos dias antes era esclavo y revendedor de frutas por cuenta de otro, se vivió, en menos de ocho dias, propietario de un hermoso palacio, dueño de una gran fortuna y de una multitud de criados y esclavos.

La sultana no se contentó con haber elevado á su hermano; se ocupó tambien de asegurarle medios de sostener su rango sin estar obligado á recurrir todos los dias á las liberalidades del sultan. Le consiguió una propiedad de 250000 escudos de renta, recompensa que no se concede generalmente sino á grandes servicios prestados al estado; hizo proveer por el gran Señor á la subsistencia de su casa y logró que tuviese 80,000 pesos anuales para ha-

cerse un fondo, teniendo que despues de su muerte ó de la del sultan se le despojase de su propiedad, y hubiera podido tambien elevarlo á las primeras dignidades del imperio, pero era esponerlo á la envidia de los visires; y así solo se le dió el título de Aga, adecuado á su poca ambicion y su inclinacion á la tranquilidad. Consecró en efueto las costumbres de una vida sencilla; pasaba el estío y otoño bajo tiendas de campana en una gran pradera en el puente de «aguas dulces».

El amo de Yousouf no fué olvidado: la sultana ademas del precio del rescate le hizo dar mil pesos, y le asignó sobre la aduana una pensión de cuatro reales diarios.

El poder que goza la odalisca favorita es inmenso, mira con superioridad y como á simples esclavos á todos los Eunucos excepto al Kíslar-Aga y la Kapon-Agacy. Este favor es, sin embargo, muy incierto: si un capricho da á los gustos del sultan otra direccion, la desgracia y el olvido reducen á la infeliz odalisca á un estado cien veces peor que el de la mas humilde habitante del harem, por que así á tiene por lo menos la esperanza del porvenir; no habiendo llamado todavía la atencion de su Señor, pero puede mantener esta perspectiva en el fondo de su corazón, lo cual es mucho mas incierto para la odalisca caida.

Algunas veces las bellezas del serrallo hacen un papel muy importante en la politica. La famosa Lady Stanhope refiere con este motivo una anecdota muy curiosa. Voy á contarla porque es tanto mas interesante cuanto que los dos personajes mas extraordinarios del Levante, el sultan Mhamud y Mehemet Ali son los actores de ella.

«El poder, dice, que crecia continuamente, del pachá de Egipto, habia excitado hacia tiempo las sospechas de la Puerta; se queria impedir que Mehemet Ali sacudiese el yugo del heredero de los califas, pero fué en vano que los Capáglí-bachi, despachados del serrallo con el cordon y el firman, hubiesen ido al Cairo. Mehemet Ali advertido á tiempo por sus agentes de Constantinopla, habia sabido evitar los lazos que se le tendian. Al fin el sultan Mhamud formó un proyecto tan habilmente concebido y que se propiunta se publicar en un secreto tan profundo, que esperaba que el éxito seria infalible.

«Tenia en su harem una joven esclava Georgiana de una hermosura extraordinaria y que precisamente por causa de su inocencia, era muy á propósito á los ojos del gran Señor para ser instrumento de su odiosa trama. La

fé en los talismanes, como se sabe, es general en Asia, y puede ser que ni aun el espíritu superior del mismo Mhamud estuviese libre de estas creencias supersticiosas.

«Mandó llamar un dia á la bella Georgiana y afectando un gran celo por sus intereses, le dijo que habia resuelto regalaria á Mehemet Ali, cuyo poder y riquezas eran sin limites, como las inmensas regiones que gobernaba; y que despues de él era el mayor principe del universo. Le habló de la felicidad de que se veria colmada si podia ganar su corazón. Para conseguir esto, prosiguió, voy á daros un talisman irresistible" y al mismo tiempo le puso en el dedo un anillo.

«Aprovechad un momento favorable; cuando el pachá duerma á vuestro lado echad este anillo en alguna bebida que le presentarais al despertar; cuando la haya tomado su corazón será vuestro para siempre.»

La inocente Georgiana recibió con reconocimiento el regalo que el sultan le habia hecho, y destimbrada con el porvenir que le

presentaba resolvió seguir sus instrucciones al pie de la letra. Llegó al Cairo con una numerosa comitiva de esclavos cargados de presentes, pero las espigas que siempre leuia Mehemet Ali en Constantinopla le habian recomendado mucho en esta vez que estuviese con gran cuidado. Estos magnificos presentes de un amo, cuya secreta enemistad le era conocida, habian desde luego despertado sus sospechas; no quiso ni aun ver á la bella esclava y despues de haberla detenido algun tiempo en el Cairo, se la regaló á Billel-aga que murió el mismo dia repentinamente. Preguntada la joven esclava acerca de lo que habria podido causar esta desgracia, respondió que le habia hecho beber el agua en que habia echado antes su talisman. «Tened, clamó ella, ved aquí el vaso y el anillo.» El anillo en efecto estaba intacto, pero la pretendida piedra que estaba engastada en él se habia disuelto en el agua.

(Traducido por D. J. Alaman.)

CÉLEBRE ASESINATO.

DEL

MARISCAL DE ANGRE.

24 DE ABRIL DE 1617.

DOMA DE NUEVO LEÓN



«MUCHOS dormían en el Louvre, y solo un cuarto cuyas altas ventanas daban al rio estaba iluminado; este era la habitacion del joven Luis XIII, del hijo de Enrique el grande, que se egercillaba en gobernar su reino jugando con unos bulliciosos pajarillos que su favorito Alberto de Luvet le adiestraba para divertir sus

ojos y entretener sus desvelos. Apesar de la atencion que el joven rey ponía en los pajaros que voloteaban sobre la mesa, parecia hallarse inquieto y sobresaltado: ya se levantaba con precipitacion para asomarse por la ventana entreabierta, o ya fijaba su atencion como para oír el ruido de algunos pasos lejanos.

Oyóse en fin un ligero sonido de armas y espuelas y poco despues fué abierta con precau-

cion la rica mampara que separaba la sala de las guardias de la cámara del rey, y entraron dos hombres cuyas anchas capas cubrían sus esplendidas vestiduras.

—Ahí ya estás aquí, Alberto, dijo el joven rey manifestando su satisfacción, creía que habías olvidado vuestra promesa.

—Las ordenes de V. M. no se olvidan como quiera, respondió Alberto de Luynes haciendo al rey una reverencia, he aguardado á que Mr. de Vitry concluyese de dar todas sus disposiciones, y este ha sido Sr. el unico motivo de mi tardanza.

—Y bien! Vitry, confiado el rey dirigiendose con viveza al capitán de sus guardias, habéis escogido la gente que necesitáis?

—Si Sr., contestó Vitry, doce hombres de un valor á toda prueba á las ordenes de los intrépidos gentilhombres Hallier y Perray estarán al amanecer bajo el portico de Santo Tomas del Louvre, al aviso que yo les dentrarán por diferentes puertas en el palacio y permanecerán sobre el puente levadizo dispuestos á auxiliarme.

—Luynes os habrá comunicado mis intenciones, prosiguió el rey, quiero que se aprenda y conduzca á la Basilla al Sr. Mariscal de Ancre; mas si se atreve á hacer un gesto, á dar un solo grito...

—Entonces, añadió Luynes, será preciso matarle en el instante.

Luis hizo una señal de aprobacion.

—Sr. repuso Vitry, no disimularé á V. M. mis temores pues que en tales circunstancias, pagaria con mi cabeza, no lo dudéis Sr. si apesar de todas mis precauciones, y de toda nuestra prudencia, Concini lograra escaparse de entre mis manos haria pagar caro á los felices súbditos de V. M. el mal éxito de la empresa.

—Pues que, no soy yo quien manda Vitry?

—Quien lo duda Sr., dijo este, pero la reina vuestra madre, dispensa una limitada confianza á Leonor Galigai, digna esposa de Concini, y las lágrimas de esta muger, enternecerán á vuestra augusta madre, quien acaso exigirá de vuestra ternura y del respeto que la debéis, la sentencia de muerte de los que hayan querido servirlos.

—Bien se dijo Luis, con una voz que la cólera hacia balbuciente, que mi madre está hechizada con esos dos miserables, pero ya sabré destruir tal encanto: sobre todo Vitry, el baston de Mariscal de Francia, es un magnífico aliante y puedo arriesgarse algo por tal de obtenerlo.

Como Sr. clamó Vitry.

—La prision ó la muerte de Concini, confiado el rey, es un triunfo para la corona, y el

que logre esta victoria es digno de llegar á ocupar la mas alta dignidad del ejército. Si, Vitry, el baston de mariscal que calga de las manos de Concini será para vos: ademas quiero que las patentes en que os confiera este título sean registradas por el parlamento y que refieran menudamente la accion que os haya hecho merecedor de tal recompensa.

—Mariscal de Francia! Ah! Sr. exclamó Vitry despreciaa mal muertes, por conquistar tan brillante grado. Sr. dentro de pocas horas seré mariscal.

—Así lo creo Vitry. En cuanto á ti Luynes bien sabes lo que te he ofrecido.

—Sr., dijo Luynes, no ignorais que mi adhesion hacia V. M. no necesita de ningun estímulo.

—Lo sé, Alberto, pero tu tambien habrás dado un golpe al coloso que pesa sobre mi trono. Oh amigos míos si supierais cuán odioso me es ese Concini! No ignoro su complicidad en el asesinato de mi padre, en el cual Ravallac no fué mas que el obscuro agente de una intriga tramada por Concini.

—No me atreveria á afirmar que V. M. no pueda equivocarse, dijo Alberto con una hipócrita moderacion, sin embargo es de notar que desde el asesinato del mas grande y mejor de los reyes, el fatal matrimonio ha visto flover sobre si las dignidades y los honores. La Galigai ha llegado á ser camarera mayor de la reina; Concini al mismo tiempo se ha visto investido con el cargo de primer gentilhombre de cámara; y ahora es gobernador de Normandia, primer ministro, marqués de Ancre y mariscal de Francia. Está tan alto que ya no puede subir mas...

—Está tan alto que caerá, interrumpió Luis flocando con la mano el pomo de su espada, es menester que caiga Sres., así lo quiero que entendeis? El insolente no contento con levantar para su defensa un ejército mayor que el del rey mi padre cuando se vió obligado á conquistar su reino, aun se atrevió á insultarme descaradamente en mi propio palacio; ayer, ayer mismo, jugando al villar conmigo, me dijo: Sr., V. M. permitid gustoso que me cubra, y sin aguardar respuesta se puso el sombrero. Ah! habria yo dado de muy buena voluntad la mitad del tesoro acumulado por mi padre en la Basilla por ver castigado en aquel mismo instante, la jactancia de un hombre tan miserable!

—Sr. dijo Alberto sacando de la bolsa de su jubon una carta misteriosamente doblada, se me olvidaba entregar á V. M. un pliego que el

Sr. Nicolás de Verdun, primer presidente del parlamento de Paris, me ha confiado secretamente.

—Ah! dadmelo, dadmelo Alberto, que ahora mas que nunca necesito del apoyo y de los consejos de mi parlamento.

Tomó la carta y leyó en alta voz:

„Señor.”

„Conforme á las noticias que he recibido de diversos puntos, creo de mi deber advertiros que el Sr. Concini mariscal de Ancre, hace fortificar la ciudad de Quilleboeuf en su gobierno de Normandia. El parlamento tambien acaba de ser sorprendido por dicho Concini con una demanda relativa á la compra del condado de Montbelliard; mas el parlamento, Sr., se opondrá cuanto pueda, en pro de la corona, á las exorbitantes pretensiones del Sr. Concini; pero al fin se puede emplear la violencia para hacerle registrar estos actos que comprometen la integridad del trono; y yo por mi parte me considero obligado á manifestaros el peligro.”

„Dignaos Sr. aceptar las expresiones del rendimiento sin limites de vuestro fiel súbdito y obediente servidor.”

Nicolas de Verdun.

Primer presidente del parlamento de Paris.

—Y bien Sres. lo habeis oido? dijo el rey, Concini no se toma ya el trabajo de disimular sus proyectos, camina descaradamente hacia el trono. Alberto! Alberto! continuó Luis apretando convulsivamente la mano de su favorito, es menester que este hombre odioso perezca.

—Sr. acabais de pronunciar su sentencia de muerte, dijo Vitry, dentro de pocas horas V. M. estará libre para siempre del miserable que se atreve á llevar su mano temeraria hacia vuestro cetro.

—Alberto, prosiguió el joven rey, que al amanecer esté formado en el portico del Louvre el regimiento de mis guardias, que es el unico con que hoy puedo contar; tomad por pretexto una partida de caza para no dar á la reina en que sospechar, haced tambien prevenir secretamente al primer presidente Nicolas de Verdun, para que reuna el parlamento, tomad en fin, ambos, todas las medidas convenientes para el buen éxito de la empresa... Considerad, Señores, añadió Luis con una dignidad comun en él, que se trata de la independencia del trono y de la gloria de la nacion.

El monarca hizo una señal de despedida y los conjurados se retiraron con la esperanza de llegar á los puestos mas elevados del estado, por el asesinato del mariscal de Ancre.

Concini-Concino era hijo de un pobre notario de Florencia; jugador dissipado y libertino, fué abandonado por su familia de la cual era el oprobio, mas cuando Enrique IV, se casó con Murta de Medicis, el joven Concini se alistó entre los pagos de esta princesa, quien condujo á Francia entro su comitiva, como en otro tiempo hizo Catalina esposa de Enrique II, á todos los estatistas y valentones de Italia. Concini tuvo la habilidad de hacerse amar de Leonor Galigai, hermana de leche de Maria, casose en fin con ella, y este enlace fué el origen de un favor descarado y de una fortuna sin ejemplo hasta entónces. A pesar de las lineelas que encubren á los verdaderos autores del asesinato de Enrique IV, lo poco que queda de los interrogatorios de Ravillac prueban hasta la evidencia que Concini y su muger no fueron indiferentes en el trágico fin.

Del unico rey cuya memoria ha conservado el pueblo.

Pero sea de esto lo que fuere la muerte de Enrique IV fué para Concini y su consorte la señal de las gracias y de las liberalidades pues Maria de Medicis bien sea por recompensarlos ó bien por no disimular la adhesion y ternura que manifestaba tanto á Leonor como á su esposo, acumuló en sus personas las mas altas dignidades que hasta entónces no habian sido sino la remuneracion de gloriosos y distinguidos servicios, ó la prerogativa de un ilustre nacimiento. Ademas de los brillantes cargos que quedan expresados, Maria colmó á los Concini, de ricos presentes, cuaniosas gratificaciones y crecidas pensiones no solo de su arquilla particular, sino tambien de las rentas del estado y del tesoro publico.

El orgullo de estos personajes no debia ya tener limites, y Leonor, cuyo caracter estravagante y genio altivo aumentaban con el favor que poseia, se complacia en humillar con su lujo y su arrogancia á las damas mas distinguidas de la corte.

Concini por su parte reinaba despoziadamente en el Louvre, dictaba las decisiones del consejo de ministros, del que era presidente, manifestaba el mayor desprecio á los representantes del parlamento, y trataba á los Sres. mas distinguidos del reino con una insolencia que ni su talento ni sus luces podian justificar. Así es que la indignacion contra estos destabiles extrangeros era ya general, y tanto el pueblo como los cortesanos, el clero y los togados hacían en secreto votos para que ca-

yesen de un poder execrable á los ojos de todos.

La hora de la venganza sonó en fin.

El 24 de abril en la mañana, el mariscal de Ancre, precedido, rodeado y seguido de varios gentilhombres, de guardias llegó como tenía de costumbre por el gran puente levadizo, donde los conjurados estaban diseminados: Vitry con su uniforme de capitán de las guardias permanecía bajo el portico, dispuesto á dar el golpe y su regimiento estaba formado en batalla en el patio.

Encontrábase ya el favorito, ricamente vestido y con su regia comitiva, en medio del puente cuando Vitry dirigiéndose á él y asien- dolo del brazo derecho le dijo: *El rey me ha mandado que asegure vuestra persona.*

El mariscal volviéndose vivamente hacia los que le seguían gritó en italiano: *A mi, señores!*

Estas palabras fueron la señal de su pérdida, pues Vitry, Hallier y Ferray le dispararon sus pistolas á quemar ropa. El mariscal cayó y en el instante el regimiento de guardias mandado por el conde Grammont desem- bocó por el puente bastando su presencia para dispersar la comitiva del marqués. Ento- nces Vitry sacando su espada exclamó: *Viva el rey!* lo que repitieron los conjurados y el pueblo, y en aquel mismo instante se abrió la ventana de la habitación real y apareció en ella Luis XIII, rodeado de varios gentil- hombres: *¡Gracias, amigos míos, gracias, gritó á los conjurados. Ahora yo soy rey!*

Así acabó ese hombre, que fue diceu Voltaire primer ministro sin conocer la legislación del reino, y mariscal de Francia sin haber sacado jamás la espada. Concini era del todo indigno de la fortuna que la amistad de una reina le proporcionaba; y no supo hacer que se le disimulase su elevación por algunas buenas cualidades al menos por un deseo aparente de servir al país que lo había adoptado. El mariscal de Estrees, en sus memorias sobre la re- gencia de María de Medicis y Bassompierre en las suyas han procurado en vano vindicar á Concini (1) pero las interesantes apolo- gias de estos dos historiadores han sido rechazadas por la opinión pública, y la historia no puede considerar á Concini sino como un intri- gante miserable que solo ambicionó el poder para satisfacer su orgullo, su lujuria, y su avaricia; el castigo era justo, pero solo á la ley correspondía el aplicarlo.

(1) Mr. de Lavallée en su historia de los franceses también la intercala.

Las riquezas acumuladas por Concini eran numerosas; la renta que anualmente percibía por sus cargos ascendía á un millón de libras (poco mas ó menos un millón y seiscientos mil francos de hoy) (2) como todos los que tienen intencion de hacer traicion á la causa de la patria, tenía muchos millones imputados en los bancos de Roma de Florencia y de Ven- glaterra, y finalmente se encontraron en las faltriqueras de su vestido, al tiempo de su muerte dos millones en billetes de ahorro y en libranzas, y en su casa dos millones y veinte- mil libras. Jamas se había visto tan conside- rable aglomeracion de capitales en una sola mano.

A la sangrienta justicia del rey, siguió la del pueblo. Hacia media noche algunas guardias soltas, conduxeron el cadaver del mariscal á una pequeña boveda de San German Auxer- rois, pero al siguiente día el populacho de Paris, se agrupó en la iglesia, exhibió el ca- daver y fue á colgarlo en una horca, que el mismo mariscal, había hecho levantar en el puente nuevo para los que *hablaban mal de él.* La vindicta popular no se limitó á solo esto; pues despues de pasadas algunas horas bajaron del patibulo el cuerpo, lo descuar- tizaron y sus horrosos fragmentos fueron vendidos á peso de oro! Para esplicar estas crueldades, y no para justificarlas, diremos que el Pueblo de Paris veía en Concini á uno de los asesinos de Enrique IV; y así el 25 de abril de 1617 fueron las répresalias de la jornada de 14 de mayo de 1610.

El parlamento de Paris, procedió contra la memoria del mariscal de Ancre declarándolo rebelde, venal, prevaricador y traidor al rey y al estado. Su muger Leonor Galigai fué com- prendida en este proceso, juzgada y condenada á ser quemada viva, y su hijo declarado inno- ble é incapaz de obtener ningún empleo.

De tan escandalosa grandeza no quedo mas que un memorable ejemplo para los futuros ambiciosos, (pero acaso los ambiciosos saben aprovecharse de las lecciones de la historia?

Traducido por P. M. de T.

(2) 250.000 pesos.



Si incapaz de quererme te creías,
¡Porqué no anticipar el desengaño!

Vale mas al sediento peregrino
Perder de refrigerio la esperanza,
Que ver un manáñal al que se avanza;
Y hallar cortado el árido camino.

Vale mas... pero injusta mi querella
Será contra tus ríjidos destienes;
Fazon señora en despreciarme tienes,
Quejarme debo solo de mi estrella.

Nacida de opulencia en el encanto
Para brillar cual astro sobre el mundo,
Oír no debes mi gemir profundo
Ni con tus manos enjugar mi llanto.

Deja que llora el misero poeta,
Deja que vague solitario errante
Y goza, compañera de otro amante,
Dichas de amor, felicidad completa.

Pero cuando gozosa te estieras
En brazos ahí de tu doncel querido,
Una memoria por piedad te pido
De mi infeliz amor y mis cantares.
Y si bajo de humilde parietaria
Encuentras mi escondida sepultura,
Una lágrima vierte de ternura
Sobre mi triste losa funeraria.

Enero 8 de 1844.

Puebla—MANUEL MARIA DE ZAMAONA.



A tu mirar no alivia mis enojos,
Ni borra tu sonrisa mis agravios:
Conoci la perfidia de tus labios,
Y la piedad menida de tus ojos.

Bastó de amarte fascinado y necio,
Bastó de amarte con candor de niño,
Y de tomar por muestras de cariño
Miradas y sonrisas de desprecio.

Tuyo es mi corazón, grande mi alma,
Tan grande como poca mi fortuna:
Jamás halago de muger alguna
Trajo á mi pecho la amorosa calma.

Una estrella fugaz, por un instante
Iluminó mi vida tenebrosa;
Volvi empeño la mirada ansiosa,
Y bujó la estrella como fuego errante.

Si, mujer, en tus ojos halagüeños,
En tus ojos y frente pensadora;
En tu mejilla que el pudor colora
Pense mirar al ángel de mis sueños.

Un suspiro de amor y de contento
Te envié del pecho en alas de la brisa,
Y vi en tus labios placida sonrisa,
Y un suspiro tambien me trajo el viento.

Ah! de piedad tal vez, ó de desvío
Fué tu sonrisa y el suspiro tuyo,
No blanda queja, ni amorosa rruído,
Ni justa paga del afecto mio.

Y me ama dije, y de su amor la prenda
Es el agrado de sus labios rojos;
Me ama dije mil veces, y en mis ojos
Yo mismo sin pensar puse la venda.

Engañarme adorando no era extraño;
Pero tu causa de las ansias mías

El tiempo no nos ha sido concedido, sino para que cambiemos cada año de nuestra vida por el conocimiento de la verdad.

San Martín.

Hay gentes que no saben perdor su tiempo
solas; son el azote de las ocupadas.

Donald.

La tierra está desquoda, estais en el invierno
y decís: es necesario que mañana tengamos los
calores del estío, su verdura y sus riquezas. Po-
ro dejad subir poco á poco el sol, y las plantas
crecer poco á poco. Los rayos abrasadores del
astro matarian su germen delicado, y que reco-
jerian en el otoño, pobres insensatos!



GEOLOGIA.

(VEASE LA PAGINA 180.)

ARTICULO II. ESPOSICION DE LOS HECHOS.



La tierra tiene la forma de un esferoide ligeramente aplamado hacia los polos, y las tres cuartas partes de su superficie, próximamente, están ocupadas por los mares, del seno de los cuales se elevan en diversos lugares partes sólidas, mas ó menos extensas, que se llaman tierras. Al rededor del polo norte es en donde las tierras están particularmente agrupadas, y constituyen dos inmensas masas llamadas *continentes*, que se prolongan mas allá del ecuador. Hacia el sur no hay mas tierras que las que forman la *Australia*. Por lo demás, aquí y allá existen una multitud de *islas* pequeñas, unas veces enteramente aisladas, otras reunidas en numero considerable, formando lo que se llama *grupos de islas ó archipiélagos*, y tambien alineadas siguiendo ciertas direcciones.

El globo *terrestre* está rodeado de una sustancia fluida y rara, que se llama *aire*, y que toma el nombre de *atmosfera* cuando se considera el todo. Este aire, ademas de sus movimientos irregulares, cuyas causas no son aun del todo conocidas, tiene movimientos constantes, tales como el que lo lleva del este al oeste, y el que lo arroja del ecuador hacia los polos, y de estos al ecuador. El agua tambien tiene sus movimientos irregulares y sus movimientos periódicos: tiene uno de perturbacion producido por los vientos; otro regular, llamado de flujo y reflujo, causado por la influencia del sol y de la luna, y, finalmente, otro verdaderamente admirable, que llamaremos de *circula-*

cion, por el cual las aguas pasan del vasto depósito de los mares, por la evaporacion, á la atmosfera, y de aquí á la superficie de las tierras y á las concavidades de las montañas, saliendo de estos receptáculos por innumerables canales que la vuelven á conducir al seno del oceano, de donde parte nuevamente para vivificar la naturaleza, para animar la creacion y para satisfacer á las necesidades de la multitud de seres que ha colocado Dios en toda la estension del mundo.

La tierra, así como el aire y el agua, experimenta igualmente movimientos, por los cuales las partes sólidas que las constituyen, constante ó accidentalmente cambian en sus relaciones. ¿Y no es muy probable que la rotacion que ha producido el aplamamiento de sus polos, continúe ejerciendo su influencia, siendo sus efectos menos sensibles por el aumento de la densidad? Y no es probable tambien, que la ley de gravitacion ó de presión produzca un endurecimiento progresivo del globo...? Ademas de este movimiento, que llamaremos de *concentracion*, hay otro contrario, que nombraremos de *expansion*, por el cual la tierra arroja á su superficie las inmensas cantidades de materias que salen por cerca de cien bocas volcánicas. Tambien experimenta frecuentemente la tierra movimientos accidentales vibratorios, llamados *tremblores de tierra*, cuya verdadera causa, aunque ya sospechada, no es completamente conocida.

De la masa interna del globo.

La tierra, cuya superficie nos parece tan des-

igual y tan llena de asperezas, ofreceria, si fuera posible mirarla toda entera desde lejos, el aspecto de un globo pulido é igual, tal como podria salir de las manos de un artifice; porque esas desigualdades son extremadamente pequeñas, casi insignificantes comparadas con el tamaño de la tierra; y si suponemos el esferoide ferrestre representado por una bola de tres pulgadas de diametro y queremos indicar sobre él esas asperezas, las mas altas montañas y las barrancas mas profundas serán tan pequeñas relativamente que no podremos distinguir las ni aun por medio de un microscopio.

Por lo que respecta á nosotros, átomos imperceptibles que vegetamos sobre la tierra envueltos por la capa de aire húmedo que la rodea: no hay expresion con que poder pintar la cordialidad de nuestro tamaño, y la debilidad de los medios que empleamos para conocer el universo, que son, sin embargo, tan fecundos en resultados tan interesantes y que colocan al hombre en una posicion tan superior, dando una prueba admirable de la estension inmensa que concedió Dios á su entendimiento; pues auxiliada de este don divino, esa criatura tan poco significante, ha medido la tierra, cuyas dimensiones la asombran; ha medido tambien el sol, un millón de veces mas grande que ella; ha calculado la distancia que lo separa de este astro, cuyo brillo no pueden rellejar sus débiles ojos, porque los deslumbraba; ha reconocido en los millares de estrellas que lucen en el firmamento, otros tantos soles esparcidos en la inmensidad del universo. Capaz en su pequeñez de comprender la idea de un espacio sin límites, la tierra no es para ella sino un grano de arena perdido en el espacio infinito.—¿Y no ocurren aquí multitud de reflexiones sobre la capacidad del hombre, que ha concebido cosas tan grandes, cuando la naturaleza parece que lo ha condenado á vegetar en un círculo tan estrecho? Sin duda que sí; pero no debemos habitar mas; recordemos solamente en todo lo que vamos á decir sobre la naturaleza y rotaciones del globo, que nuestros medios para modificarlo son muy débiles y que es insignificante la influencia que ejercemos sobre él.

Se distinguen ordinariamente en el esferoide terrestre dos partes, cuyos límites aun no ha sido posible fijar: 1.ª la masa interna, es decir, la parte central, á la que quizá nunca podremos llegar: 2.ª la capa ó costra mineral que rodea á esta masa, de que solo hemos podido observar una parte muy superficial, pues su grueso se supone de diez á doce leguas, y

las profundidades á que hemos llegado son muy cortas relativamente.

A estas dos partes principales, agregáremos, para estudiarlas por separado, 1.ª la masa ó conjunto de las aguas, que cubre, como hemos ya indicado, mas de las tres cuartas partes de la superficie del globo; y 2.ª la masa atmosférica, que rodea por todas partes á la tierra. Pero primero hablaremos de la masa interna.

Muchos de nuestros lectores habrán pensado, quizá mas de una vez, si la tierra es de la misma naturaleza, á poco mas ó ménos, en todo su espesor, y si presenta hacia su interior una serie de capas análogas á las que se encuentran cerca de su superficie, ó si á cierta profundidad se encuentran constantemente sobre todos los puntos del globo una sola y misma sustancia, que llene todo el interior. Estas mismas cuestiones se han presentado á la imaginacion de los geólogos, y para resolverlas han supuesto diversas hipótesis, creyendo que el interior de la tierra está lleno de agua ó de gases, ó de una enorme masa de piedra lmana ó de metales, en estado sólido ó liquidados por el fuego. Diderot, tratando de explicar la accion magnética de la tierra, miraba la masa interna del globo como formada de un núcleo vitrificado, sobre el cual producía la costra esterior móvil, por el frotamiento, el mismo efecto que los cojines de una máquina eléctrica sobre su disco.

Todas estas hipótesis no pueden sostenerse hoy que se sabe son incompatibles con los conocimientos que tenemos sobre la constitucion de nuestro planeta, debidos á los adelantos de las ciencias; pues conocemos, en efecto, exactamente el volumen de la tierra y podemos calcular su peso, para lo cual la física y la astronomía nos suministran dos medios diferentes que concuerdan en sus resultados y que dan un peso tal que es preciso inferir que el interior del globo es cinco ó seis veces mas denso que la costra superficial, como lo demuestran tambien las observaciones ejecutadas en las capas superiores. Así es que debemos suponer que la masa interna no está formada ni de gases, ni de agua, ni aun de piedras de las mas pesadas que conocemos, cuya densidad no es ni con mucho la que da el cálculo, como hemos indicado antes; sino que está compuesta de sustancias tan pesadas como los metales mas densos. Debemos creer igualmente que estas sustancias, probablemente metálicas, no se conservan en el estado de solidez, mas que en la superficie ó á corta distancia de la tierra; sino que

están constantemente fundidas, por razon de la alta temperatura que sufren, según parece, en el interior: al menos es lo que debe suponerse al considerar esas enormes masas de metales fundidos, que arroja el seno del globo por los crateres volcanicos, y que presentan el conjunto mas sorprendente, cualquiera que sea el lugar donde se las observe y la época á que se remonte su proyeccion á la superficie del suelo.

Las fuentes minerales, las aguas termales de toda especie, que á veces emanan el calor de la agua hirviendo, nos ofrecen nuevas pruebas de la alta temperatura que reina á cierta profundidad.

No contentos con estas consideraciones generales, que podian presentar solamente una apariencia engañosa, muchos físicos y geólogos se han ocupado en determinar por medidas rigorosas, si realmente aumenta el calor de las capas á medida que se desciende, y han reconocido que sucede así, al menos á las profundidades á que nos es posible llegar.

Entre las observaciones mas curiosas sobre este particular, debemos considerar las de M. Trebra, inspector de minas, que ha visitado las cavidades artificiales mas profundas, y ha determinado, despues de esperiencias reiteradas, hechas con el mayor cuidado, que la temperatura de las rocas se aumenta proporcionalmente con la profundidad, y que ha creído poder establecer que este aumento es de un grado del termómetro centígrado, por cada 90 ó 100 pies. Otras observaciones hechas por diferentes geólogos en muchos lugares, conducen á la misma conclusion sobre el aumento de temperatura de las capas profundas; pero no han podido decidir si este aumento se verifica del mismo modo en todas partes, y han notado que el que corresponde á una profundidad dada, varia muy sensiblemente según las localidades.

M. Cordier, que se ha dedicado particularmente á las investigaciones que nos ocupan, ha creído percibir que la diferencia de aumento se encuentra en algunos lugares, doble y aun mayor de lo que es en otros.

No solo citaremos en apoyo del aumento de calor de las capas profundas, las observaciones hechas en las minas, hablaremos tambien de las practicadas por uno de los sabios mas ilustres de nuestros dias, M. Arago, que ha tomado la temperatura de las aguas de las fuentes llamadas artesianas; de las que vienen de profundidades considerables, que según la ley conocida del equilibrio del calorico, no pueden

dejar de dar la temperatura de las capas en que han estado depositadas.

Por lo que acabamos de esponer se concibe que es imposible suponer que la tierra sea calentada únicamente por el influjo del sol; pues si tal fuera, se encontraría bajo cada latitud, á una profundidad determinada, una temperatura que sería la media de todas las que se suceden en la superficie, y que se prolongaria siempre del mismo modo hasta las mayores profundidades.

Pero esto no sucede, y para comprobarlo basta descender algunos pies bajo la superficie de la tierra y sustrarse á las variaciones diarias, lo cual se puede hacer en las minas. Es verdad que á poca profundidad, la temperatura no varia sensiblemente, y que hay un punto en que permanece estacionaria; pero descendiendo aun más, se nota un aumento progresivo, como lo demuestran numerosas observaciones, y entre ellas las de Trebra de que hemos hecho mencion; por lo que debe inferirse que hay una fuente, digamos así, de donde emana el calor interior.

Para que en la superficie del globo obre el calor solar con alguna fuerza, es necesario que sea concentrado por la reflexion de los cuerpos sobre que cae; de no ser así, su accion será casi insignificante en algunos casos, como sucede con las altas montañas, cubiertas siempre de nieve; y completamente nula en otros, de lo cual son una prueba las altas regiones de la atmosfera, en donde se sabe que reina un frio muy intenso, debido al mayor aislamiento de aquellos lugares y á la falta de cuerpos que reflejen el calor de los rayos solares. Un físico célebre de nuestros dias, M. Gay-Lussac, se elevó en un globo aerostático 7000 metros (1) sobre el nivel del mar, y llegó á experimentar un frio de 10° bajo de cero del termómetro centígrado, que en la superficie de la tierra le habia marcado 30° sobre cero; y es natural que á mayor altura sea menor aun la influencia del sol, y que por lo mismo se encuentre un frio tan excesivo que nadie podrá sufrirlo.

Un gran número de naturalistas, respetando siempre el poder infinito del soberano autor del universo, y admitiendo la influencia limitada que ejerce sobre la naturaleza, han considerado á nuestro globo como una gran masa fundida é incandescente, cuya superficie exterior se ha enfriado poco á poco por su movi-

(1) 2333 varas castellanas, 3 pulgadas, 5 líneas, en el concepto de que, considerado la vara castellana compuesta de 888 milímetros.—[Nota del traductor.]

miento en el espacio, y ha formado una costra sólida, que es la tierra que habitamos, que irá aumentando progresivamente de espesor, á medida que el enfriamiento de las primeras capas superficiales se vaya comunicando á las inferiores, hasta formar un todo enteramente compacto; de suerte que si juzgásemos según esta hipótesis, debíamos inferir que la masa interna, que la consideramos líquida é incandescente, según hemos dicho, acabaría por solidificarse y enfriarse como lo está hoy la superficie exterior. Y si discuriésemos del mismo modo con respecto al sol, y lo mirásemos en la actualidad como á la tierra en los tiempos primitivos, debíamos creer que al cabo de muchos siglos, cuando se hubiese enfriado su superficie externa, se apagaria para siempre y reinarian eternamente las tinieblas y la oscuridad mas espantosas é insuportables.

Esta hipótesis ha sido admitida por Buffon, pero no debemos espantarnos temiendo que el enfriamiento de la tierra nos traiga cambios funestos de las actuales leyes de la naturaleza, pues el sabio M. Fourier ha probado matemáticamente que si aun ejere el calor interno alguna influencia en la superficie del globo, no puede elevar su temperatura arriba de un décimo de grado; de lo que debe inferirse, que el enfriamiento total no producirá cambio alguno en las estaciones de cada clima, mientras que la intensidad del calor solar no disminuya sensiblemente.

Acaharemos este párrafo notando en apoyo de la opinion, que hemos emitido sobre la masa interna que por considerable que sea el número de los volcanes que existen en la actualidad, ha debido ser mucho mayor en otro tiempo, como lo prueban las innumerables señales de volcanes apagados que se encuentran en casi todos los países, y que son reconocidos por las lavas que han esparcido en el suelo de las ceramias.

Los primeros volcanes de la tierra se han abierto casi todos en terrenos primitivos, antes

que los secundarios hubiesen sido formados, despues han sido embiertos por estos, cuya formacion sucesiva es debida, sin duda á la parte á inmensos lagos de agua dulce. Pero no anticipemos que hemos de decir mas adelante, y contentémonos con observar, que si en los primeros tiempos fué mayor el número de los volcanes, que hoy día, se debió según nuestra opinion, á la mayor actividad de la masa interior, y al menor espesor de la costra ó capa superficial, formada entonces, como acabamos de indicar, por los terremotos primitivos.

Vemos, pues, que casi todos los fenómenos concuerdan bastante bien con la suposicion de que la masa entera del globo terrestre ha estado al principio en un estado completo de incandescencia y aun de volatilizacion. Una cosa embaraçaba á los geólogos partidarios de esta hipótesis: la imposibilidad de concebir que se habian formado ciertas rocas, cuya fusion y recomposicion no se podia obtener por medios artificiales, á pesar de la laboriosidad con que se procedia. Pero esta dificultad ya no existe, pues un químico alemán, Milberlich, ha llegado á formar últimamente todas las piedras, exponiendo á una alta temperatura, en hornos apropiados, las materias constitutivas de cada especie en la debida proporcion, hallada por el análisis. Este precioso descubrimiento, dice Cuvier, parece demostrar casi rigurosamente una hipótesis célebre, emitida sin pruebas por Descartes, Leibnitz y Buffon, á la cual ha dado un alto grado de certidumbre los trabajos de M. Laplace; y se puede, pues, mirar como probado, que la tierra tiene un calor propio, independiente del que recibe del sol y que es un resto de su calor primitivo. Esta coincidencia en las ideas anunciadas en otro tiempo por nuestros mas grandes hombres, prueba que no deben despreciarse ni aun las conjeturas mas atrevidas de los hombres de ingenio.

[Se continuará.]



MANCO CAPAC Ó YUMPANGI.



II.
ESPUES de un sitio prolongado en que habían sufrido mucho, los Reyes y Cuzco que Manco había procurado mantener incomunicadas, se retiró por fin á Tambo á rehacerse. Francisco Pizarro padeció mucho en su ánimo, no recibiendo noticias de Cuzco, y cuando ya vio que los enemigos le dejaban socorro allí á sus hijos, juzgándolos no sin fundamento, muy necesitados de él. Pero era ya tiempo en que sentían alivio por la retirada del enemigo, y que Hernando Pizarro, dejando encargada la plaza á Rojas, salió en pos de Manco para Tambo, llevando consigo á sus hermanos Gonzalo y Pedro.

Como entendiése Capac que de la ciudad le seguían los Pizarros, procuró atraerlos cautelosamente, y con muy poca tropa caminando gran trecho dentro de aquellas montañas por las cuales había espacido su gente, de modo que no fuese vista. Y así creyeron los Pizarros que el Inca no tenía más tropa que la que con él marchaba á la vista de ellos, que se apresuraron á darle alcance, andando en esto tan descubiertos que no se curaron de repartir gente que les cubriera la espalda, sino antes bien, con la esperanza que de la victoria tenían todos, se aligeraba cada uno por tomar al Inca y conseguir la gloria, y así de este modo engañados, caminaron un buen espacio, y ya á punto casi de apoderarse de los fugitivos, dieron estos la vuelta sobre aquellos, y con tanto ardor se combatieron, que apenas les quedaba tiempo para volvier riendas á sus caballos y dar la vuelta á Cuzco, y se encontraron cercados por todas partes de enemigos que les llovían piedras sobre sus cabezas, y en tal manera las llovían, que era más difícil que la vista penetrase por entre las piedras que subían ó bajaban por el aire, que por una gruesa nube de humo; tal era la multitud de piedras que entonces hendían los aires.

Sin embargo, no podían resistir á la superioridad de las armas españolas, que por en medio de ellos lograron hacerse paso y ponerse en salvo. Un indio atrevido persiguió al joven Gonzalo Pizarro, y al descargar un golpe que le hubiera quitado la existencia, Gonzalo le acometió y le postró en el suelo, dejándole muerto, más como otros indios le hubiesen visto, cargaron sobre él, cansándole muchas contusiones, y también algunas heridas, pero como ya se creyeran vencedores, y que ya le tenían, comenzaron segun su costumbre á dar descompasados gritos, y volviendo la cara Hernando y notando el peligro en que estaba su hermano, retrocedió violento á socorrerle, y acometiendo á los que le cercaban, poniéndolos en fuga, salvó á Gonzalo y se retiró á Cuzco arrepentido de su malograda empresa.

Dícese que cuando Manco levantó el sitio, tanto se creyó que iba de vencida, que los indios todos ahullaban por su suerte, creyendo verle dentro de muy pocos días en poder de sus enemigos, y aun se cuenta que Paulo le exhortaba á que volviese á hacer las paces, puesto que mejor le era poseer unos buenos amigos en los españoles, que á él le tenían en mucha estima, que haber de llorar siempre un duro y luego cautiverio, si no le quitaban la vida por su lemeridad y arrojó de combalrse con tan poderosos adversarios. Pero así hacia aprecio de los consejos de su hermano como si á otro que no á él le fuerán dados, y mas cuando le animaba el gran sacerdote Villeoma, que había huido de Diego de Almagro, y le contaba como los españoles estaban desavenidos, y lo del gobierno de Cuzco, que ya en otra parte hemos dicho, y asimismo le animaba otro español muy amado de él, que llevaba consigo y sus tropas y sus pueblos todos le animaban tambien, que era mejor que pereciesen, ya que habían de ser esclavos, caso de que quedaran vivos.

Animado, pues, así Manco y resuelto á llevar

al cabo su empresa, reunió su gran consejo, y en él se acordó de entrar en el Cuzco del mismo modo que los españoles habían penetrado en Tambo. Hízose en efecto así, pero solo llegaron á las cercanías de aquella ciudad, de la cual como los hubiesen visto, salió Hernando Pizarro y les atacó muy fuertemente, si bien no sacó la menor parte de la acción, en la cual perecieron algunos de los suyos. Con esto se retiró el Inca á Tambo, donde le dejaremos por ahora, aguardando noticias de Almagro.

Aunque el rey de España en sus provisiones no señalara determinadamente el Cuzco para Almagro, con todo, le daba el gobierno de la Nueva-Toledo, dentro de cuyos límites se hallaba el Cuzco. Cuando hizo la expedición á Chile, creyó que tomando aquellos lugares podría quedar compensado y enriquecido, mas que con su gobierno, así es que á la manera del perro de la fábula, soltó la presa que ya tenía asida, juzgando que se iba á tomar otra mejor. Mandó unos descubridores que le diesen noticia de como se hallaban aquellos terrenos de Chile, y entrado que hubieron en ellos, buen trecho al parecer, pues que acaso se ocultaron luego á poco de transcurrido un regular espacio de tiempo, de modo á hacer creer al Adelantado, que le habían odedecido, y volvían diciendole que no eran aquellas tierras sino muy estériles, y en las que no había minas como se había supuesto, con lo que procuraban desanimarle para que no entrase mas adentro, y todos los suyos tambien le decían llevados de intereses particular que diese la vuelta á Cuzco, puesto que de no hacerlo, perdería su gobierno que le pertenecía, como que era de la jurisdicción de la Nueva-Toledo. Esto fué lo que obligó á Almagro á dejar su empresa y volver con ánimo de disputar el Cuzco con las armas, si de grado no se la entregaban los Pizarros. Determinóse pues, á volver, y ya despues de caminar buen espacio y largos días, al llegar á poblado se entró en Arequipa, y allí fué donde supo la sublevación del Perú, y luego como tenía amistad con el Inca, le mandó decir que porque así se había movido á revelarse cuando le era mostrado tan grande afecto, por parte de los conquistadores, en cuya compañía se encontraba bien favorecido y respetado.

Contéstole Manco muy cortésmente, que no le estado de Hernando Pizarro y de los españoles del Cuzco que le pedían á cada momento oro y al hajas y otras de estas cosas, se había visto en cierto modo obligado á dejar aquella ciudad, á la cual había declarado sitio, por lo mucho que de ella á cada paso le importunaban, y así que

le decía, que puesto que era su amigo, y que había de querer, por otra parte, recibir el gobierno que Pizarro le quitaba, hiciera armas contra éste, para lo cual el propio Inca le ayudaría, y así que le proponía tener una entrevista en Yucay, donde convendrían el modo de como se habían de mirar. Mandó el Inca Almagro unos comisionados que le hiciesen entender como pasaba á Urcos, desde donde iria luego á esperarle á Yucay, á cuyos comisionados no quiso Manco dejarles volver al Adelantado.

Pasó este á Urcos y dejó allí á Juan de Saavedra con doscientos y cincuenta hombres. Hervándose el igual número para Yucay. Hernando Pizarro, entre tanto, sabedor de como Almagro volvía, y extrañando que no le diera de ello aviso, sospechó de él, y reunió á varios de sus capitanes para determinar lo que en aquel caso debían hacer. Acordóse en el consejo que saliese Hernando y otros á dar el encuentro al Adelantado, para saber de el mismo el objeto de su vuelta, y si descubriera que esta era con ánimo hostil, que le opusiesen luego resistencia sin ceder el Cuzco Hernando, que gobernaba en nombre del rey y de D. Francisco Pizarro.

Saltó en efecto Hernando, y buscando paso para llegar á Urcos, le fué difícil hacerlo, porque en todos los puntos del tránsito encontraba á los indios, que fortificados le disparaban saetas y le arrojaban piedras, hasta que llegó despues de un largo rodeo á pasar, y cuando se aproximaba mandó dos comisionados que fuesen á ver á Saavedra, mientras que los indios enviaron tambien los suyos al mismo, para hacerle entender que habían pasado los enemigos y que debía destruirlos. A la sazón que los indios se hallaban con Saavedra, le fueron presentados los de Pizarro, á cuyo encuentro salía ya, y les hizo el recibimiento que como á paisanos correspondía, con demostraciones de gozo, lo cual así visto por los indios indispuestos, y los movió á llamar sobre ello la atención del jefe español. Luego que este reflexionó en lo mal que obraba, mudando al punto de dictamen, se colocó á alguna distancia, e intimó á los de Pizarro que si no volvían á unirsele los combataria. No le valió á Saavedra esto, pues los de Manco vinieron á decirle, que no confiara en Almagro ni los suyos que se habían puesto de acuerdo con Hernando Pizarro, á quien habían recibido muy bien. Manco, pues desconfiando hizo su prevención de tropa que le acompañase, para evitar una traicion de parte de Diego de Almagro, que igualmente descon-

findo se hallaba prevenido, esperando en Yucay á aquel.

Entre los diversos encuentros que durante el asedio de Cuzco y de los Reyes habían tenido españoles e indios, hallamos en Zarate, el Inca Gomara y otros, que un indio desesperado del fin de la guerra llamó á combate singular á cualquiera que quisiese hacerlo frente; aceptó uno el reto, y dirigiendo la lanza al pecho del que le retó, este asisténdose de ella se la quitó á su enemigo; que visto por otro que sin remedio estaba perdido, acometió igualmente al indigena, que practicando la misma operación con la segunda, trató de rechazar á sus dos adversarios; y entonces Gonzalo Pizarro dio voces precipitadamente, diciéndoles no ser de caballeros ni caer en pecho español; aquel modo de combatir, arrogancia propia de la valerosa estirpe de Pelayo. Hizo pues, separar á sus dos compatriotas de la lid, y la emprendió solo, si bien desconfiando porarse del caballo, entró en la lanza, fuese sobre el enemigo que le esperaba de pie, parado sobre la una lanza de las dos que acababa de tomar, y con la otra en las manos dejó llegar á Gonzalo, que herida la cara de su caballo dió con este en el suelo, cayendo por lasancas. El indio aguardó á Gonzalo que se desahilarazara, y cuando ya lo estaba, empujó la lanza, arrojando la suya y apoderó de la de Gonzalo, que teniéndola solo con la mano izquierda, probó á sacar mientras con la derecha su espada, consiguió en efecto, y pensó cortar las manos al indio, pero reflexionando en su esfuerzo, meditando en su generosidad, arrojó su espada á tiempo que venían los otros dos en su auxilio, creyéndole como estaba en grande apuro, les hizo retirar, y corrió abriendo los brazos á estrechar á su enemigo. Desde entonces Gonzalo y aquel indio se amaron; y si alguna vez en lo mas retirado de una acción lograbán ponerse de frente, sus armas se enbotaban, y ya no se herían.

Refiere el padre Calancha y con él el Inca Garcilazo de la Vega, que lo que desanimó á los indios en el prolongado sitio de que hemos hablado, fue la repentina aparición del apóstol Santiago, que mandado en un caballo blanco como un rayo, se les presentaba por todas partes en medio de los combates, y como semejantes apariciones se refieren en muchos historiales españoles muy antiguos, y no sabemos nada de esto en la historia moderna, extrañamos por lo mismo el afán del apóstol, por quitar á los españoles su gloria en los principales combates, y que nos los ayudara en su independencia ó en la conservación de sus colonias; quizá sería el

santo uno de las víctimas del dos de mayo, y por eso no se le ha vuelto á ver; ó moriría en Pavia, que de entonces tampoco se tiene noticia que se presentara.

Aunque hemos dicho que Pizarro no tenía noticia en los Reyes de Cuzco, teó con todo á auxiliarle, y mandó entre otras partidas una á las órdenes de Diego Pizarro, que concluyó en el camino, de manera que de todos los que salieron de los Reyes á Cuzco, no llegó uno solo, cuyo número de muertos, unos lo hacen subir á setecientos cincuenta, que es la opinión mas común, y otros cuentan nada mas que cuatrocientos; sin embargo, sea cual fuere, fue siempre un retó descalabro para el gobernador, que no quiso aventurar mas tropa.

Volviendo ahora á lo de Saavedra y Hernando que se habían puesto en ademán de combatir, requirió aquel á este que dejase del gobierno de Cuzco, que pertenecía á Diego de Almagro, si no quería que hiciese armas contra él. A pesar de hacer esta amenaza Juan Saavedra no se veía en ánimo de cumplirla, cuando por una parte el Adelantado le tenía prevenido que permaneciera seguro aguardando al enemigo, sin hostilizarle, y por otra reflexionaba que no debía el romper abiertamente con las huestes de Francisco, que llevaba una amistad tan íntima con Almagro, reflexion que costó igualmente á Hernando.

Mientras que esto así pasaba, Manco había ido á Yucay, si bien cuando ya Almagro no le espuraba, y desconfiando mutuamente el uno del otro, con que ya se deja entender que fué inútil cuanto ellos hablaron, separándose el Inca y volviendo á reunirse á los suyos sin contarse por aliado, ni menos amigo del Adelantado, aunque con el intento de seguirle poniendo calor para que pelase con los suyos, que de la parte de Pizarro se hallaban. Luego vuelto el Inca, comenzó á ofrecer sacrificios á los dioses, porque solos los españoles se destruyesen, y en efecto que vio logrados sus deseos, pues que irritado Hernando, se negó abiertamente á cederle el Cuzco, y Almagro unido á Saavedra llegó, le tomó la ciudad y le dio muerte, y aquí fueron las desavenencias entre Almagro y Pizarro, sin que de la una ni de la otra parte se diese cuartel, volviéndose Almagro y Pizarro de amigos que antes eran enemigos implacables, porque como dice á este intento Calancha, la amistad en los corazones de los hombres es bienes muebles, mas el odio y la enemistad son bienes raíces, y tan arraigados que casi no está en el arbitrio de los hombres el extraerlos de raíz.

Seguieronse á este otros muchos males, y cuando ya no se pudo quitar á Almagro su gobierno, se le privó de él por medio de una muerte violenta, persiguiendo en seguida á los suyos. El Inca sintió en extremo la muerte del Adelantado, ya por haber sido hecho con fealdad, ya porque al fin había sido su amigo, y á pesar de que tenía perdidas las esperanzas de recobrar por su medio y con su auxilio su imperio, con todo aun le amaba y le veía como un gran capitán, que siempre es llorada la muerte de los grandes hombres. No había desconfiado entre tanto Manco de hacerse de los españoles que había perdido; así es que los emisarios de Almagro, lo aseguró, y llevaba aun consigo, desconfiando de él. Era uno de ellos Rui Diaz, y se dice que les daba muy mal trato y los molestaba mucho; pero no se aviene con la índole natural del Inca, y mas si se nota que dió acogida á otros que huían de las autoridades, perseguidas por ellas, y les miraba con mucho aprecio.

Dícese que cuando Saavedra quedó en Urco, se puso á ejecutar evoluciones militares para intimidar á los indios que les veían, pero que el general de estos les dijo porque habían atropellado á algunos con los caballos, „solo las órdenes de Manco pueden haberme contenido mas notad que si me enfado, bien sé ya que no soy hijo del sol, porque moris así vosotros como vuestros caballos, es de advertir que luego que caía un caballo gozoso corrían á hacerse de él, creyendo hacer una gran presa con él.

Si bien Manco esperaba sacar gran partido de las disensiones de los conquistadores, no dejaban de causarle algunos disgustos las esperadas desavenencias de ellos. La muerte penada de Almagro por ejemplo, no dejó de producirle una gran desazon, si se considera la amistad íntima que tenían uno y otro: el aprecio que mutuamente se profesaban y el modo infame con que Almagro fue privado de la existencia.

A pesar de tan infelices resultados, ninguna ventaja se proporcionó al Inca, quien tan pronto tuvo noticia de la muerte del adelantado Diego de Almagro, como supo de la del marqués Francisco Pizarro y la llegada del nuevo virrey Blasco Núñez.

Desesperando al fin de lograr el objeto deseado, Manco determinó retirarse á las montañas de Villacamba, y para esto hizo juntar á todos los suyos, dirigiendo un discurso, amonestándoles que se fueran á las poblaciones á vivir con los españoles, puesto que no tenía ya re-

medio la pérdida de su imperio, pronosticada mucho tiempo hacia por Huaynachá, su padre, abrazólos en seguida con los ojos arrasados de lágrimas, excitando un sentimiento universal y muy vivo en todos, que le ofrecían el sacrificio de sus vidas por la recuperación de su reino, pero en vano, la resolución estaba tomada y se marchó con los de su familia.

Desde las montañas el Inca hacía de cuando en cuando sus correrías para proveerse de lo necesario para la vida, acometiendo á los caminantes y despojándolos de lo que llevaban consigo. En esta vida se pasó muy largo tiempo, proporcionándole impunidad las disensiones de los españoles que continuaban sin interrupción, porque si bien Almagro y Pizarro habían cesado, presentáronse otras de nuevo con la venida de Blasco Núñez. Este cometiendo arbitrariedades de todo genero había dado margen á nuevos disgustos. Nadie había que estuviese contento de su gobierno que había excitado grandes disensiones. Nuevas eran las causas, nuevos los contendientes, y nuevas también por último, las especies de ataques. Algunos sin embargo, que aun así permanecían al bando del virrey, habían incurrido en su indignación, no pudiendo acogerse á otros partidos que los detestaban, se refugiaron como á un lugar de asilo á las montañas de Villacamba, en donde el Inca los acogía con afabilidad, abrigando así en su seno á la vívora que algun día lo devorara.

En efecto, cuando el virrey notó las depredaciones del Inca, y reparó en el mal que ellas causaban, trató de poner el remedio pronto y eficaz; mas como no pudiese hacer uso de las armas, ya por que la posición del Inca era de difícil acceso para combatirle, y le haría por consiguiente inexpugnable, fué mas bien por la crítica situación en que el mismo se encontraba, teniendo que hacer armas contra todos los capitanes conquistadores, contra todas las provincias, contra todas las poblaciones, contra todos los individuos en fin, que habitaban el Perú. Así pues, determinó excitarle para entrar en arreglo; en convenios amistosos, y poner término á su malhadado modo de vivir. Vivían con Manco, como llevamos dicho, algunos españoles, y de entre estos escogió ya excitado, quienes fuesen á tratar con el virrey. Este recibió con gozo la misión del Inca, y le ofreció garantías en nombre del rey, celebró pues las capitulaciones, y volvieron los encargados para que se ratificasen. Hasta aquí van acordes los autores, y su divergencia es

muy leve, y en puntos de poca importancia, que nada conducen á la investigación de la verdad histórica, mas desde esto se encuentra una diferencia sumamente notable, que perjudicaría á la exactitud de los hechos si mereciesen igual concepto Herrera y el Inca Garcilazo de la Vega. Pero quien conoce á Herrera, alronista del emperador, quien sabe el aprecio que debe hacerse de su testimonio indigno de entera fe, y recusable en esta materia, así como el del padre Calancha, puede muy bien dar crédito á Garcilazo despreciando á los otros.

Rodrigue Herrera que bochas y ajustadas las capitulaciones entre el virey y Manco, este que solo las habia propuesto como un ardid, salió con miras hostiles, dispuesto á combatir con aquel, pero que descubiertas las depravadas intenciones porque llegó á emplear las armas, y á punta ya de acometer á los españoles, uno de los que en su compañía estaba le dió muerte, más no con alevosía. Ha aqui segun Herrera muerte á Manco en castigo de su perfidia.

No del mismo modo se espresa Garcilazo, casi contemporáneo del Inca, de su propia nación y afecto á los españoles, en medio de los cuales vivia, y en cuyo país contaba los sucesos del Perú. Despues segun este, que se habian ajustado en proposiciones amistosas Manco y el virey terminadas las diferencias que los desunian, y que estrechaban al primero á vivir en

la soledad á usanza de fieras, y ya ratificados los convenios por parte de Manco que aguardaba otro tanto respecto del virey, á fin de aprovecharse de ellos, solazándose un dia con un juego de bolas, por haber lastimádole con una casualmente Gomez Perez, uno de los que con él estaban refugiado de Blasco que le habia perseguido de muerte, volvió airado reprendiéndole, y esto hizo al ingrato Gomez que resentido dió un golpe al Inca, de que murió. Así terminaron los aciagos dias del mas desgraciado y último de los monarcas peruanos, y como es de suponerse, disgustó tal atentado sobremanera á sus parientes, quienes irritados al pronto, vengaron su fatal fin, dando muerte á su alevoso asesino. Despues, desconfiando de los demas españoles, rompieron los tratados convenidos con el virey, y permanecieron remontados en Villalomba, hasta la infausta ejecución de Tupac Amara, si bien por este se absolvieron de cometer violencias en los caminantes, á quienes ya no molestaron mas. Las cosas del Perú en tanto no caminaban con ménos ventura, asesinado Blasco y los principales que le hacian la guerra, posesionados del mando de que fueron privados pasado algun tiempo, pero sin volver á la obediencia de que á cada paso se separaban, acostumbrados ya á la subordinación y al estado de rebelion continua.

CARLOS M. SAAVEDRA.



GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
D. MARCOS DE TORRES Y RUEDA.

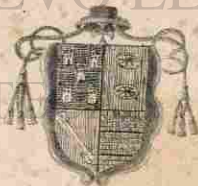
Obispo de Yucatan, gobernador de la Nueva-España. Desde 1648, á 1649.

1648.—1649.

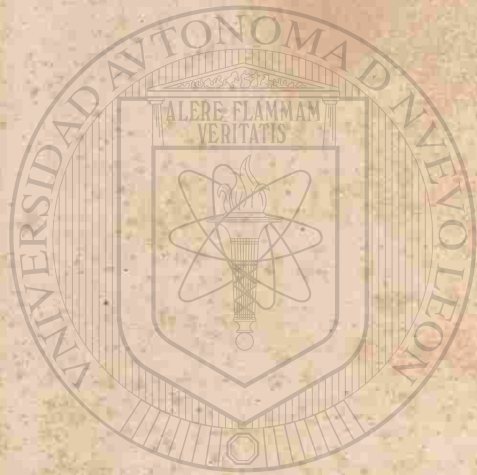


EMOS dicho que gobernando el conde de Salavterra, y á tiempo aun que pelcaban los je-

suitas, en los dias de reconciliacion llegó el nombramiento de gobernador porramente de la Nueva



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

va España, á D. Márcos Rueda. Si no fueron las conferencias privadas que tenia con el venerable Palafox, y una con el padre Luis de Velasco de la compañía, á quien por aquella molestaba y con quien por la visita de su provincial se reconcilió, nada mas ocurrió si no fué la suspensión de la obra del desagüe que decretó; de una obra, por la que tanto se empeñaron muchos virreyes y de que tanto bien aguardaba México. Esto indispuso los ánimos de los mexicanos que le comenzaron luego á ver mal,

pero para bien de la ciudad, el cielo le arrancó del mando muy presto, pues que habiéndose hecho cargo de él en 13 de marzo de 648, dejó de existir el 22 de abril de 49; hizo-se un suntuoso entierro en la Iglesia de S. Agustín, donde le fué dada sepultura, con asistencia de todos los tribunales, ayuntamiento, clero secular, comunidades religiosas y corporaciones así eclesiásticas como seculares.

CARLOS M. SAAVEDRA.

UN DIA DE CAMPO

EN CHAPULTEPEC.



OY á contarle, querido leer, una historia que aunque te enfades la has de oír hasta el fin. Es el caso que dias pasados me convidaron á pasar un dia de campo, y á pesar de que no me gustan estas francachelas, acepté gustoso por venirme el convite de una persona muy apreciable para mí: convenimos que iria á alcanzarlos á Chapultepec, lugar destinado para la diversion; mi intencion fué irme solo, á caballo para poder con mas libertad venirme á la hora que mejor me pareciera; pero por mi desgracia no sucedió así, porque las hijas de D. Saturio (esto era el nombre del sugeto que me habia convidado) que tenían mas confianza conmigo, me comprometieron para que las pasease á caballo.

—Manuelito, que tal anda su caballo de V?

—Bien, les respondí.

—Será muy brioso; no es verdad?

—Algo; pero es muy manso.

—Ay! Manuelito quiere V. que montemos un rato?

—Con mucho gusto, (pero maldita la gana que tenia yo de pasarlas).

—Papá, gritaron á la vez las dos niñas; ¿quiere V. que montemos á caballo? es muy manso.

La respuesta del papá fué afirmativa, y entonces se siguió una disputa entre cuál de las dos habia de montar primero.

—Manuelito, yo monto primero.

—No, sino yo.

—Pues que diga Manuelito quién ha de ser primero.

—Cualquiera, les dije, al fin las dos han de montar. Vaya Concha; y diciendo esto la senté en la silla, yo me monté en las ancas, cogí la rienda y echamos á andar.

—No tan despacio Manuelito. —Le levanté la rienda al caballo para que anduviese mas recio.

—¡A que bueno! Ahora un galope.

—Vamos un galope.

—Ya está Manuelito, porque me desvanezco.

—¿Quiere V. apearse?

—No, todavia no, vamos á dar una vuelta por todo el bosque; pero despacito.

—Muy bien.

—¿Qué tal andó á caballo?

—Perfectamente.

—A mí me gusta muchísimo andar á caballo.

—Tiene V. razon.
 —Papá me ha prometido comprarme uno.
 —Me alegro.
 —A V. no le gustará llevar mugeres á caballo, ¿no es verdad?
 —Si me gusta cuando son hermosas como V.
 —A que Manuélito tan bromista!
 —No, no es bromista, lo digo de corazón.
 —Pues por cierto que soy bastante feo.
 —V. no puede ser juez de su propia causa.
 —Y cuando va esa V.?
 —Cuando encuentre una muger que reúna las cualidades que V. reúne.
 —Pues en ese caso, pronto la encontrará V., porque mis cualidades son bastante comunes, ¡y en esto decía la verdad!
 —No tal, Conchita, V. se hace muy poco favor.
 —V. buscará una muger hermosa, rica, que sepa muchas cosas, que sepa discursar como V. dice.
 —Que sea una liegura, ¿no es esto?
 —No entiendo lo que V. me dice.
 —Que charle de todo sin saber lo que habla.
 —No, no es eso lo que quiero decir, sino que sepa bordar, que sepa coser, que sepa...
 —Que sepa comer, beber y dormir.
 —A que Manuélito! no es eso... yo... mire V. no sé nada, absolutamente nada; y por eso quisiera un marido que me enseñara muchas cosas.
 —Si, V. lo que quiere es un preceptor.
 —No, no; pero si un hombre que apiese alguna cosa, v. gr. como V.
 —Pero si yo no sé nada; mucho iba V. á negociar con un marido semejante.
 —Ojalá y yo lo encontrara.
 —Quiero decir que se casaría V. gustosa conmigo?
 Concha se puso como un carmín, y me respondió con una agitación que procuraba disimular. A que Manuélito... Vdes. los hombres son muy malos, interpretan las palabras de una manera...
 Conoció que la conversacion iba tomando un giro que tal vez me llevaria á comprometer; porque al fin yo era hombre y ella bastante hermosa, y no hubiera sido extraño que se me cuidasen las espaldas; despues seria el llanto y el cruzir de dientes. Así es que, cortado de golpe la conversacion, le dije: me parece que nos hemos dilatado mas de lo regular, y su papá de V. no ha de estar muy contento de nuestra tardanza.
 A Conchita no le agradó mucho esta inesperada transicion, y se puso pálida; no sé si se

ria de cólera, el caso es que me respondí firmemente: es verdad, apresuremos un poco el paso; así lo hice y pronto nos reunimos con el resto de la familia. Por fin llegaron, nos dijo Satorio; me tenían ya con bastante cuidado; vamos á almorzar que ya es tarde.
 —Yo creí que se habían ido para México, ¡nos dijo Pepita, con algo de mal humor.
 —Pues no hemos salido del bosque, lo contestó Concha; lo que sucedió fué que Manuélito me iba contando muchas cosas muy divertidas, las cuales me distrajeron de tal manera, que dejamos andar al caballo á su discrecion.
 —Me alegro que lo haya divertido á V.: mi conversacion, le dije á Conchita.
 —Aunque á él no le ha divertido la mía, continuo ella.
 —No me haga V. ese agravio, la dije.
 —Yo creo, me contestó, que cuando se deja á una persona con la palabra en la boca, es porque...
 —Porque no se lo quiero contestar, respondi vivamente Pepita: tales serian las sandeces que ensartarías.
 —No hay tal cosa, le dije, su hermana de V. habla con mucho juicio.
 —Ni la burla me perdona; muchas gracias Manuélito.
 —Ya está de querellas, á almorzar y quitense de ruidos, dijo Satorio, con tono de autoridad.
 —Pues bien, dije yo, para quitarles el ojo voy á hablar hasta que se me caiga la campanilla.
 En efecto, empecé á charlar y á decir cuanto se me venia á la cabeza: la conversacion se generalizó, y todos se pusieron de bellisimo humor. Conchita olvidó cuanto habia pasado, y Pepita me advirtió que no habia desistido de montar tambien á caballo, y que acabado que fuese el almuerzo, saldríamos á dar un paseo; lo que le prometí muy formalmente; y por último, luego que se acabó el almuerzo, se fueron á dar un paseo por las albercas. Pepita me recordó mi promesa, la cual fué fielmente ejecutada: durante nuestro paseo, nuestra conversacion fué diferente de las que habia tenido con Conchita; en este todo se nos fué en admirar la corpicencia de los árboles, la amenidad del terreno, la hermosa perspectiva que ofrecia el valle visto desde la cima de la colina. Esta perspectiva es deliciosa: considérase querido lector una inmensa llanura, cubierta de árboles frondosos; al oriente se percibe un canaljine, partiello del lago de Chalco y pasando por uno de los suburbios de la capital, va á descargar sus aguas en el lago de Texcoco: estos dos lagos están

hacia la parte oriental, y parecen una banda azul tirada al pié de las colosales montañas que cortan por aquella parte el valle, entre las cuales sobresalen el Popocatepetl y el Ixtachuatl, cubiertos de perpetua nieve: México se ve en el centro de este valle, multitud de torres y miradores se descubren, pero sobre todos ellos sobresalen las dos torres gigantes de la Catedral. Cuántas veces he exclamado desde la cima de Chapultepehl, ¡qué delicioso es el valle de México! Pero volvamos á mi compañera de paseo, que ya se habrá cansado de admirar á la naturaleza, y así era en efecto, con cuyo motivo nos apeamos y nos fuimos á reunir con los demás á una gloriaeta en donde habian formado un bailecito.
 —A bailar, á bailar, nos gritaron todos al vernos.
 —Manuelito trae ya hasta su compañera, dijo Conchita.
 —Yo no sé bailar, le contesté.
 —Pues es preciso que todos bailen.
 —Esa ley debe de comprender solo á los que sepan.
 —A todos, contestó Conchita, porque conque sepa su compañera de V. basta.
 —No basta, porque á pesar de que lleve una compañera que sepa, no puede evitar el que yo eche á perder las cuadrillas.
 —No tenga V. cuidado, me dijo al oido Pepita, yo le iré diciendo á V., además de que no solo es V. el único que no sabe bailar; porque aquellos dos señores que ve V. allí tampoco saben, y ya ve V. como se han prestado á bailar.
 —Bien, haré lo que pueda.
 —Ya estamos listos, dijo Pepita, ya puede comenzar el baile.
 En efecto, rompió la música, y gracias á mi compañera no quedé del todo mal; á poco de que se concluyeron las cuadrillas gritaron, "contradanza," y todos se apresuraron á elegir su pareja: yo me encontré indolente sobre á quien iria á sacar; ¡porque ya me habian aleutado las cuadrillas! pero Conchita acercándose á mí me sacó de mi incertidumbre, diciendome, quiero que baile V. conmigo la contradanza.
 —Acepto, le contesté, y tomándola de la mano me puse en la columna de ataque: rompió la contradanza y todos á un tiempo comenzaron á bailar; formar diferentes figuras. Ahí sí que perdí la chaveta, ¡qué muchacha por Dios! como qué agilidad se movia cuando formábamos la figura; pero cuando mas me enagenaba era en el vals, cuando enlazados nuestros cuerpos con nuestros brazos nos moviamos al compas de la música, no era dueño de

mi mismo.—Conchita, le decía yo, su cuerpo de V. quemara.—Ella se reia; pero con una gracia que me encantaba.
 —Por qué se rie V.? le decía.
 —Porque es V. muy celebre.
 —Celebre ó no, esto es mejor que andar á caballo.
 —De veras!
 —Se lo juró á V.
 —Tanto le agrada á V. bailar?
 —Mucho, y siendo con V. mas.
 —No lo creo: lo mismo me decía V. cuando íbamos á caballo: el caso es que pronto se cansó V.
 —Pero en el baile no me canso.
 —Ahora lo veremos.
 En efecto, por momentos se animaba el baile: mandaron tocar un vals por alto; aquí fué Troya, yo sudaba mas que una caldera de vapor, y sin embargo me mantenía firme en el puesto; al paso que la mayor parte iban desahucando, hasta quedar íres parejas no mas, por lo que creí que se aproximaba el fin de nuestra jornada; pero me engañé, porque los que quedaban continuaron valsando en derredor.
 Entonces Conchita me dijo: V. dirá si seguimos á los señores: á pesar de estar ya cansado, el punto me hizo decirle que estaba pronto á seguir.
 —Pues bien, demos primero un paseo antes de seguir; y mientras nos pasábamos, me dijo: ya veo que es V. incansable en el baile, sin embargo lo veo á V. muy fatigado.
 —Eso consiste, le contesté, en que hace algun tiempo que no bailo; pero á pesar de eso todavia tengo fuerzas para continuar.
 Volvíamos á comenzar á valsar, los músicos, que segun parecia, querian que se terminase, tocaban con una precipitacion extraordinaria para cansar mas pronto á los valsadores. Yo sudaba á mares, sentia que mis piernas ya no me podian sostener, las otras dos parejas se habian retirado de la escena y solo nosotros quedabamos en pié; mi compañera por lo que observaba no mostraba haberse fatigado, por lo que me vi en la precision de decirle: ¿qué nos hemos de estar bailando todo el día?
 —Hasta que V. se canse, me contestó.
 —Pues si solo en eso consiste, le declaro á V. que ya me cansé.
 —Ya lo habia yo conocido, me dijo riéndose; pero queria ver hasta donde llevaba V. su capricho.
 —Es V. muy cruel conmigo: si habia V. conocido que me habia cansado, porque no cesaba V. de bailar.

—Porqué como me había V. dicho que en el baile era incansable.
—Ya veo que V. todo lo lleva á puro y dolido efecto.

Descansamos un rato, y se volvió á continuar el baile hasta muy cerca de ponerse el sol, á cuya hora se dispuso que nos volviésemos á México. Cada uno tomó su respectivo asiento en algun coche, y yo monté en mi caballo: íbamos á partir, cuando se me puso en la cabeza decirle á Conchita, quiere V. ir á caballo hasta México?

—Si á V. no le gusta llevar mugeres.
—Si me gusta; si V. quiere ir, vamos.
—Pero quien sabe si papa querrá.
—Por qué no ha de querer? y si no, pronto lo sabremos. —Me dirigi á Saturio que estaba en otro coche distinto, y le dije que si quería que llevase á Concha á caballo.

—Ház lo que quieras, me contestó; pero si te molesta no la lleves.

—No, qué me ha de molestar, antes por el contrario, me gusta que se diviertan.

—Pues váya con Dios.

Al momento la monté en mi caballo y emprendimos la caminata. Con la agitación del baile, Concha estaba tan hermosa como nunca la había visto: yo iba enagenado de placer.

—Que delicioso es el campo, me dijo mi compañera de viaje.

—Y mucho mas lo es cuando se halla uno al lado de una muger encantadora.

—Pero muy triste, cuando es alguna muger á quien no la adorna ninguna gracia, ¿no es verdad?

—Puede suceder; pero yo hablo por lo que ahora me pasa.

—V. se burla de mí.

—No tal; le juro á V. hermosa Conchita, que al lado de V. todos los objetos que me rodean me deleitan.

—Siempre está V. de humor de clancuarse.
—No es chanza, lo digo con formalidad.

—Si estuviera V. al lado de otra jóven á quien habrá ya dado su corazón, concedo.

—Mi corazón es libre, lo juro á V. ó por mejor decir, lo era ayer, hoy ya no lo es.

—No entiendo á V.

—Tal vez V. no quiere entenderme; porqué quien si no V. podía haberse hecho dueño de mi corazón?

A estas palabras se encendieron mas los colores de Conchita, bajó los ojos y guardó silencio por un gran rato. Yo me enagenaba á contemplarla en aquellos momentos ¡Dios mio! yo no era dueño de mis acciones; yo la estrechaba suavemente en mis brazos y sentía que temblaban sus delicados miembros. Por último me, le dije: Conchita V. parece que se ha ofendido.

—Por qué me había de ofender? ¡por solo una chanza?

—No, no es una chanza: lo que le acabo de decir á V. ha salido de lo íntimo de mi corazón; pero si V. ama á otro no la volveré á molestar con mis imperfecciones.

—Yo no amo á otro, me dijo.

—Pero tampoco me ama V. á mí, ¿no es esto?

En profundo silencio se siguió á estas palabras —Pues bien, continué, si V. no me ama por eso déjare de apreciarla.

—Que injusto es V.

—No tal, no hago mas que hablarle á V. como un verdadero amigo.

En esto llegamos á México y tuvimos que separarnos, pero antes me dió Conchita algunas esperanzas, y con ellas volví á mi casa mas opulento que si hubiera adquirido las riquezas de Creso.

LIBERTAD DE LA HISTORIA

POR EL BARON JOSE DE MANNO DE LA ACADEMIA DE TURIN. (1.)



ARA comprender bien cual es la extension de la libertad de la historia, es preciso fijar con toda claridad hasta qué punto les es permitido á los escritores revolver las acciones de los demas hombres, y juzgar de ellas, y sobre todo, de los hombres que han dejado de existir. Los muertos no pueden defenderse, y en el juicio sinietro que se forma de ellos se hostiliza siempre, asilando sin el menor temor de las represalias; así es necesario proteger mas su reputacion que la de los vivos, pues estos están bajo la salvaguardia del temor que por lo común inspira la reciprocidad. Al efecto, debe hacerse una distincion entre las personas que han dirigido los negocios ó las opiniones públicas, y los que han tenido una vida privada. — El hombre colocado por sus derechos ó por su fortuna en una posicion elevada, atrae hacia sí las miradas de los contemporáneos, y hace que se fije en él la atencion de la posteridad segun la parte mas ó menos activa que ha tomado en los grandes negocios de su época. De este modo la alabanza general y duradera compensa los trabajos que ha emprendido por el bien público, así como el desprecio ó la indignacion acompañan á su nombre y siguen á su memoria, si abusando de su poder ha causado la desgracia tal vez irreparable en muchas generaciones.

Por esta razon la vida de los hombres de que hablamos, puede considerarse como un gran proceso. Los contemporáneos reúnen las noticias, los razonamientos, los hechos patentes ó dudosos, las conjeturas y los indicios con la variedad y con las contradicciones que se encuentran siempre en boca de los testigos que de algun modo están afectados. La posteridad viene despues tanto mas justa cuanto mas distante se encuentra de todo aquello que pue-

de perjudicar á su imparcialidad; pronuncia su fallo, y la historia colocándolo en sus páginas inmortales, corona ó marca para siempre á todos aquellos cuyo nombre resiste al transcurso de los siglos, y cuyo recuerdo no se ha borrado con los intereses nuevos que cada edad trae consigo. Así pues, ¿la vida de tales hombres pertenece toda y exclusivamente al dominio de la historia? ¿Será permitido penetrar hasta los mas ocultos rincones de su vida privada y publicar sus secretos domésticos? La cuestion es importante, y para poderla resolver, se debe considerar atentamente la naturaleza de estos secretos.

Podría decirse primeramente que para los hombres de un rango elevado, no hay, hablando con propiedad, una vida privada. Los hombres de una posicion elevada se asemejan en algo á los cuerpos celestes, cuyos movimientos, abstracciones y eclipses observa todo el mundo, mientras que los objetos terrestres solo se ven en un espacio muy limitado; á esto se agrega que la recititud, la magnanimidad, el buen sentido y todas las demas virtudes necesarias para el manejo de los negocios públicos, están fundadas sobre las mismas cualidades del corazón y del espíritu, que se han manifestado mas ó menos, pero no son diversas, bien sea que hayan sido empleadas en bien universal, ó bien que hayan servido para la dicha doméstica. Así es que las acciones privadas á quienes en los hombres públicos no grado de importancia que no tienen las acciones de los hombres comunes, y aun algunas veces se atiende más á esas acciones privadas, que á los hechos mas notorios, cuando se trata de juzgar del verdadero mérito de los hombres; porque las acciones públicas dignas de consideracion en estos juicios, no pueden reproducirse frecuentemente, en tanto que las acciones privadas que se suceden diariamente, realzan el mérito para

[1] Publíquese este artículo conforme ofrecimos á nuestros suscritores en la nota de la página 108.—[Los redactores.]

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURENAY



ser elogiados ó criticados, proporcionando un medio mas seguro para conocer lo que se debe esperar y temer de esos mismos hombres en negocios de mayor importancia. De este modo el amor hacia la familia, es el pronostico de un gobierno paternal, y por la moderacion de los gastos privados se provee el cuidado de la economia pública; por la eleccion de amigos sabios y discretos, la direccion que se seguirá en la eleccion de los empleados del estado; por la severidad de las costumbres, la proteccion que se dispensará á la moral pública, y por la religion del oratorio, el respeto que se tendrá á las creencias religiosas del pueblo.

El historiador que investigue con decencia las acciones domesticas de los hombres públicos, no viola ninguna de las reglas morales, y se aprovecha de estas investigaciones no solo como de un medio, algunas veces necesario para elevarse á otros descubrimientos mas importantes, sino aun para poder juzgar con mas seguridad de los grandes acontecimientos, que apesar de su brillante apariencia, están muchas veces dirigidos por motivos muy humildes, por no decir abyectos; de manera que con mas dificultad encontrará la verdad en los discursos solemnes y en las piezas que se llaman auténticas, que en las ocultas tradiciones del hogar doméstico.

Si se reconoce la pureza de estas investigaciones, tambien se reconocerá en seguida su oportunidad, especialmente en razon de la grande importancia que en si mismos tienen todos los hechos, por ligeros que sean, cuando pertenecen á los hombres históricos. La curiosidad de los lectores, siempre desea de estas noticias, bien sea porque se experimento una noble satisfaccion admirando las costumbres virtuosas, aun cuando la virtud no tenga testigos, ó bien sea que se experimente un sentimiento de diversa naturaleza, viendo que la vida pública de ciertos hombres, es una vida teatral, y que despues de que se retiraron los espectadores, la naturaleza vuelve á tomar sus derechos, y el héroe se convierte en un hombre comun.

Entre los hombres públicos pueden colocarse á los escritores, y el juicio que de ellos se forma, puede mirarse como uno de los derechos mas sagrados del historiador. Los demas hombres públicos, generalmente están precisados por los derechos de su nacimiento, por las necesidades ó por las conveniencias de su familia, á sujetarse á esos deberes que los hacen responsables para con el público de sus acciones. Hay pues en su destino algo de obligatorio y neces-

sario. Mas el papel del escritor es enteramente libre y voluntario, pues ha preferido la gloria literaria á la apacible meditacion, á la dulzura de los estudios privados y á la educacion doméstica de su espíritu. El hombre que publica sus trabajos tiene por lo comun en si un gérmen de orgullo, y como un escritor toma la pluma para comunicar sus ideas á los demas hombres, bien animado por la conciencia que tiene de sí mismo, ó engañado por un amor propio, dice en lo interior de su alma: „Apartaos de mí, hombres vulgares, y honradme.“ Esta pretension es acogida por los lectores de sus obras, quienes examinan rigorosamente lo que hay en ellas de nuevo y de útil, y si la pretension ha sido presuntuosa ó ligera, es muy justo que la huera pública acompañe al escritor temerario, ó que la indignacion general castigue al escritor maligno; de aqui es que ni aun el respeto debido al sepulcro puede libertar al escritor impio ó libertino, ó enemigo del bien comun, de la censura perpetua de la posteridad, la cual no solo tiene el derecho, sino tambien el deber de revelar los defectos de los racionios del escritor, de combatir sus opiniones, de demostrar el abuso que ha hecho de su ingenio y de aclarar los artificios en que algunas veces haya fundado la ilusion que hace parecer ingeniosas las cosas que no lo son. Este deber, no obstante, deja de ser imperioso cuando la abundancia de los malos libros lo hace impracticable. La moralidad de los escritores está en razon directa de la de los hombres. El menor número de estos es el de aquellos que aunque libres de toda sugestion, de toda ley, de todo temor, serian sin embargo llevados siempre por su probidad á obrar bien. El mayor número tiene necesidad de estar reprimido, de manera que la imposibilidad de hacer mal es lo que por lo comun dispone á los hombres á contraer el hábito del bien. Lo mismo sucede con los escritores, la facilidad de los estudios, la corrupcion de las doctrinas y la inundacion de obras de todo género, dan un valor extraordinario á todos los que quieren lanzarse en la misma carrera, mientras que esta misma irrupcion de escritores hace por una parte que se tenga menos fortuna para ser distinguido de la multitud, se tiene tambien mas razon para presumir que se no dejará á un lado, y que de este modo se evitará el desprecio público que en otro tiempo inspiraba algunos temores saludables. Entre tantos escritores, no puede ser el mayor número el de los mas hábiles ni el de los mas honrados, de modo que la literatura es manciplada por la

afluencia de los malos escritores y profanada por la de los escritores ineptos, y la libertad de decirlo todo, que es mas peligrosa porque es mas fácil que la libertad de hacerlo todo, nos conduce de impiedad en impiedad hasta destruir los fundamentos de la sociedad humana. He aqui porqué despues de tantos libros que se han publicado sobre el provecho de la lectura, sería ahora muy útil escribir un tratado para hacer que los hombres leyesen poco, así como Temistocles no muy satisfecho con la oferta que le hacia Simónides, de vigorizar su memoria, le respondia que quedaria mas satisfecho, si envez de enseñarle el arte de conservar el recuerdo de las cosas, le manifestase lo que debería hacerse para olvidarlas.

¿Qué se diría segun esto de las acciones privadas de los escritores? ¿Es permitido al censurar al autor, juzgar tambien del hombre? Greco que debe hacerse una distincion entre los grandes escritores y los escritores comunes, y que debe seguirse con relacion á ellos la misma regla que se ha establecido para los demas hombres públicos. El crédito adquirido por los escritores célebres, bien sea que solo hayan sido ingeniosos ó que hayan sido tambien innovadores, da á sus opiniones la autoridad duradera de una escuela. Es permitido, pues, emplear tambien las armas del descrédito personal contra esos hombres que han conquistado algunas veces los destinos de muchas generaciones. Entonces es permitido manifestar sus excesos, los despreciables motivos de su celo y las pasiones inmutables que los dominan, y de decir de su habilidad y de su talento lo que decía Ciceron de los esclavos de Siria que era tanto mas malos cuanto mejor sabian la lengua griega. La seguridad general es entonces un motivo muy justo de hostilidad, del mismo modo que cuando la posicion de un buque particular favorece á nuestros enemigos, es permitido combaerle.

Pero se deben mas consideraciones al comun de los escritores, los cuales están ya sujetos á la censura por lo que respecta á sus obras. Por lo demas, en atencion al poco ruido que han hecho en el mundo, deben ser vistos como hombres privados, protegidos por la ley general. Feliz el escritor que halla sido colocado en esta condicion, no por la naturaleza de su talento, poco susceptible de trabajos de mayor importancia, sino por la moderacion de su espíritu y por su amor á la tranquilidad.

Hay ciertamente algunos hombres estimables dotados de un entendimiento despejado,

de un juleio sólido y de imaginacion viva, cuya alma podría lanzarse hasta la mas ardiente inveciva ó el mas fino sarcasmo, y que se dejarían arrastrar por las pasiones que inflaman el corazon de tantos escritores que han conseguido alguna gloria sin cualidades intelectuales muy inferiores; pero ellos han creído que el torrente de las odades gira y dispersa el mayor número de celebridades, y que el renombre literario está sujeto á muchas vicisitudes, por las cuales aun los trabajos mas dignos de estimacion quedan siempre en la obscuridad: ellos pues amarían la gloria, porque quedase alguna memoria de su nombre, al ménos en su pais natal; pero no darian ninguna importancia á esa popularidad, que por otra parte es muy prolongada para que pueda ser apreciada, muy injustamente atribuida para que pueda satisfacer á los deseos de un hombre sabio, y muy peligrosa é impudicadora para que pueda ambicionarse por un hombre prudente.

No puede pues hablarse de las acciones privadas de los escritores, sin notar tambien que en el número de las cosas que les pertenecen y que deben ser respetadas por la posteridad, deben comprenderse sus obras inéditas. El abuso que se comete constantemente con ellas, me autoriza á lamentar esta violacion de la última voluntad de los literatos, siempre que ocultando sus obras han dado fácilmente á conocer que las consideraban imperfectas, muy concebidas ó reprobadas. Cosa extraña es, á la verdad, que este prohibida trasgredir la voluntad de un mismo hombre, aun en las cosas mas triviales concernientes á sus bienes materiales, y que no exista esta prohibicion por lo relativo á la propiedad mas sagrada, á la de las obras del espíritu. Debe tambien lamentarse el mal que de este modo se hace á la reputacion de los autores, porque las producciones del entendimiento como las de la naturaleza, meduran por grados, y algunas de ellas estan como los frutos naturales, sujetas á no madurar.

Con estas notas hemos aclarado ya la parte de nuestro racionio en lo relativo á la vida de los hombres privados. La ley moral que prohibe divulgar todo aquello que menoscaba la reputacion de otro, está fundada sobre los mismos principios, por los cuales cada particular está resguardado de las invasiones, de los daños y del desorden en sus posesiones y en sus derechos; y qué es por ventura ménos apreciable la honra del hombre, que el menago de su casa ó el producto de sus tierras? Verdad es

no obstante que se obedece mas bien á la ley amenazadora que protege estos derechos materiales que á la ley desarmada, cuyos principios hemos considerado. No diré que debe desearse mayor rigor en las leyes que aseguran en algunos de los casos espresados la reputacion de los ciudadanos; tampoco observaré que la sentencia judicial del culpable, no basta á la reparacion del mal que se ha hecho, pues á veces el escándalo de un proceso agrava la desgraciada posicion del calumniado, expuesto de esta manera á una publicidad que la prensa periódica hará resonar por todas partes, á fin de que todo el mundo se informe de nuestros negocios mas ocultos, y que las personas á quienes jamas hubiera debido llegar nuestro nombre, se entretengan con pormenores curiosos de nuestros asuntos domésticos, ó con las debilidades de una esposa. Mas esto es del resorte del legislador, y limitándome á la parte literaria dire únicamente, que en nuestros días, se ha dado mas ensanche á esta licencia por el abuso que se hace de las publicaciones conocidas bajo el nombre de *Memorias*.

La dignidad y gravedad de la historia no debe permitir que se las degrade hasta la narracion de hechos vergonzosos ó de objetos despreciables. Las memorias han dado acogida favorable á estos defectos de la historia. Todo el intervalo que hay entre las manillas de la infancia y la mortaja sepulcral, está liso por el escritor de memorias, y el respeto debido al hogar doméstico, es para él una cosa desusada, de manera que en lo de adelantelos muros y la confianza doméstica servirán para abrigar á los hombres del rigor de los meliores, pero no impedirán que las miradas del autor de memorias penetre en el interior de vuestra casa, y que por sus revelaciones todo el mundo pueda saber en qué día y con qué motivo habeis abandonado la decencia ó faltado á algun deber, contará las aschanzas que se dirijan contra vuestra tranquilidad doméstica, vuestros errores en la elec-

cion de la compañera de vuestra vida, vuestros gastos excesivos, los médicos por que habeis aumentado vuestra fortuna y todas las intrigas de una vida agitada ó desgraciada, y todo con el fin de poder vender mejor su manuscrito escandaloso.

En este género de trabajos literarios, hemos degenerado de los antiguos. Los *commentarios* de los romanos, que correspondian aun en el nombre á nuestras memorias, solo servian para uso de las familias. Un esclavo ó un liberto era el encargado de relactar estas efemérides, que contenian todos los hechos de la casa y todos los pormenores del servicio doméstico. Las cosas de interés mas elevado, aquellas que miraban á la república, eran escritas por personas de mayor gerarquía. Suetonio hace mencion del cuidado que ponía Augusto en la redaccion de estas memorias. Acostumbraba despues de cenar sentarse en su cama, pues los antiguos amaban mucho esta posicion tranquila, y el silencio de su recamara para meditar mas á su satisfaccion, y para escribir con mas comodidad sobre sus rodillas, segun tenian de costumbre. Encerrado en esta *testicula lubricatoria*, asentaba diariamente todos los negocios relativos al estado, y continuaba en este trabajo hasta que la noche estaba muy avanzada; Augusto daba tambien gran importancia á los otros *commentarios* domésticos, habia acostumbrado á su hija y á sus sobrinas á los trabajos de las lanas, y habia mandado que no solo los trabajos, sino aun las conversaciones de su familia fuesen públicas, con el fin de que se pudiesen tener presentes en los *commentarios*.

Facil es conocer por estas consideraciones generales, cuán necesario y útil sería que se pudiese, de una manera cierta y siguiendo el ejemplo de los autores mas acreditados, determinar y fijar los limites de la libertad y de la licencia historial.

(Traducido por P. T.)

LA PATRIA.



En todo tiempo es útil fomentar el amor á la patria; pero es casi necesario, cuando una Nacion se halla, como nosotros, amagada de una guerra extranjera: por que entonces, mas que nunca, necesita de los esfuerzos y sacrificios de sus hijos; en una palabra del verdadero patriotismo. Esto explica el motivo que hemos tenido para traducir el artículo que se sigue, y creemos agrada á nuestros lectores, tanto por el noble fin que nos animó al hacer la version, cuanto por el merito que en sí tiene, como todo lo que salió de la maestra pluma de Joly. Este le da el título de meditaciones: pero para nuestro objeto conviene mejor, y nos hemos tomado la libertad de darle, el que se ve al principio de este artículo.—A. M. de C.

A. Tous les yeux bien nés, que la Patrie est chère.
Voltaire.

Las fatigas del cuerpo hacen perezo al espíritu. Me dirigia yo á Lyon sin hacer memoria de los lugares que poco antes habia dejado, ni pensar en los que iba yo á visitar; mas el estribillo de una cancion de Berangar me sacó de esa especie de letargo, que no era verdadero sueño. Un cochero (cuyos sentimientos estaban en perfecta harmonía con los que el poeta ha expresado con tanto acierto) cantaba con voz sonora y animada las copias tan conocidas, cuyo final son estas palabras que manifiestan un deseo propio de todo hombre bien nacido: *Salve, oh, patria mia!*

Volney, y antes que él Voltaire, ese hombre admirable que parece haber agotado cuanto hay que decir y que pensar; supusieron que una voluntad omnipotente habia convocado á todas las naciones en los campos de la inmensidad, para dirigirles esta pregunta: ¿Quien es Dios?

Pues si á esa misma asamblea de todos los pueblos de la tierra se la interrogase ¿qué cosa es la patria?

Franceses, ingleses, Tartaros, Samoyedos; á una voz responderian: es el campo en que vimos la primera luz, donde nuestras madres nos arrullaron en la infancia, donde hemos amado, donde hemos padecido; es la roca de nuestra playa, el techo que plantaron nuestros padres, el suelo de mármol ó pajizo bajo el cual nos mecieron en la cuna, lo es en fin, el sepulcro hereditario: en que nuestros abuelos nos aguardan.

Las naciones libres y civilizadas, ven tambien á la patria en los gloriosos recuerdos que ella les trae á la memoria, en las instituciones á cuya sombra se han educado, en los derechos que ella les garantiza.

La patria ha dicho Jaucourt filósofo del siglo 18: es la tierra, que tienen interes en conservar sus habitantes, de la que ninguno quiere apartarse, porque nadie abandona voluntariamente su reposo, su gloria, su felicidad. Es una madre que á todos sus hijos ama, y que no hace distincion, sino de aquellos que por sí mismos se distinguen. Si permite que entre ellos haya ricos, es con la condicion de que no haya pobres; si consiente en que haya grandes y pequeños, tambien protege al débil contra el fuerte; y aun en medio de este tan desigual repartimiento, conserva cierta especie de igualdad, franqueando á todos el camino de los puestos mas elevados; creeria la patria no haber hecho nada por sus hijos dándoles el ser, si no les procurase al mismo tiempo su bienestar. Es un poder tan antiguo como la sociedad, fundado en la naturaleza y el orden: una potestad superior á todas las que ha establecido en su seno, ora se llamen éforos ó arcontes óra éconsules ó reyes; una potestad á cuyas leyes igualmente están sujetos los que mandan en su nombre, como los que obedecen; una divinidad en fin que solo acepta las ofrendas para distribuir las, que exije mas afecto que temor, que se sourie al hacer el bien, y que llora al lanzar sus rayos.

El grito de una tribu de Iroqueses, viendose urgido por los diputados de la Colonia France-

DIRECCION GENERAL DE...



sa del Casadío, para que se estableciera en el otro lado del Río que lleva ese nombre, les dijo así: «Nosotros hemos nacido en esta tierra, en ella están sepultados nuestros padres, dirémos a sus huesos: ¡levantaos y venid con nosotros a una tierra extraña! Los Hotenotes, arrojados a un extremo del Africa entre sus feroces enemigos y los Europeos, mas temibles aun para su libertad, ¿consentirán jamas en abandonar el suelo patrio, donde les amenazan sin cesar la esclavitud y la muerte? El adagio tan repetido: *«Ubi bene, ibi patria»* no es verdadero sino en boca de un cortesano ó de un esclavo; y la mayor parte de los Europeos ha podido hacer mucho tiempo, y puede aun sin ingratitud, decir con el juicio de Parame: arrojad de aquí nada me importa. Yo sacudiré el polvo de mis pies: ire á buscar en otra parte otros hombres con quienes traficar: que me arruinarán, pero á quienes yo engañaré si puedo, y de los que me separaré con la misma indiferencia con que ahora os dejo á vosotros.»

El amor de la patria nace y se desarrolla con la razon, y no se extingue sino con ella: abraza todas las vicisitudes de lo presente, todas las glorias de lo pasado, todas las esperanzas del porvenir. Un verdadero patriota es aquel que con mas verdad que el Cardenal de Retz, puede decir al espirar: «En los tiempos aciagos no he abandonado yo á mi patria; en los honorables no he tenido otro interés que el suyo; y en los desesperados jamas me he dejado vencer por el temor.» Triunfos, glorias, honores, amigos, deudos y familia, todo lo encierra en si esta mágica palabra *«Patria»*: á todo es preferible, por que todo lo que es distinto de ella es menos que ella: por su existencia todo se sacrifica, por que la ruina de la patria arrastra consigo la de los ciudadanos, y la pérdida de todos los bienes, cuyo goce nos asegura.

Y ¿quién acusa patria los pueblos esclavos? ¿la tienen los hombres que al oír la palabra libertad lloran y muestran sus cadenas, que se les anonadados por sus gobiernos, que las leyes los han dejado como blanco de los ultrajes del mas fuerte y que maldicen á toda hora la tierra que cultivan para unos amos duros y avarientos? La tenían tambien nuestros abuelos en el siglo VI. cuando los cosacos, esos nobles descendientes de los Sicambros, viajaron á destruir la libertad de las Galias; cuando era prohibido á los señores sentarse á presencia de los clérigos, al artesano, al comerciante, al labrador, el pasar delante de un Sicambre sin hacerle una profunda reverencia?

No hay patria si no hay libertad; pero con esta ¿qué cara no es la patria! ¿Qué sacrificio habrá que no esté dispuesto á hacer por ella un generoso corazón? «Si no habeis podido sufrir la dominacion de un hombre como Cicerón, ¿decia Cleon a los senadores romanos: ¿podreis por padres conscriptos, tolerar la de un hombre como Antonio? Por lo que á mi toca, y lo digo en alta voz, en mi juventud defendí la libertad; ahora anciano tampoco la abandonaré. Yo que desafié al puñal de Catilina, no he de temblar, por cierto, ante la espada de Marco Antonio; muy al contrario, presentaré mi pecho al golpe que te amenaza, con tal que yo tenga esperanza de que el pasar de mi muerte, despierte en el corazón de los ciudadanos los sentimientos que me animan, y que el dolor del pueblo romano lo impulse á destruir el yugo que se le prepara.»

«Veinte años hace ya, padres conscriptos, que en este propio templo decia yo: Por mas que yo quisiera que muriera un cónsul que pierda la vida por el servicio de su patria, no es en verdad, su muerte prematura. ¿Y usaria yo de otro lenguaje; al hablarlos hoy de un viejo que viene á ofrecerse como victima? ¿que puedo hacer mas glorioso que la muerte, si por ella consigo librar al pueblo de toda esclavitud, si por ella cada ciudadano podrá ser feliz ó desgraciado en proporcion que haya servido bien ó mal á la patria?»

Por la patria vuelve Régulo á Cartago á morir en un suplicio. Por ella el rey Juan, despues de la paz de Brétigny, tornó á Londres para acabar sus dias en su prision. Por la patria tambien dejan voluntariamente su pais natal los Laudemonios Spertis y Buris y se presentan en Persia ante el gran Jerjes y le dicen: *«Nuestros compatriotas han dado muerte á sus embajadores: esto es un crimen, y nosotros venimos á suplicarlo. Sea cual fuere el suplicio á que nos condenare, estamos prontos á sufrirlo.»* Dicho Jerjes de asombro por una virtud tan heroica, perdona el ultraje que habia recibido; pero quiere comprometer á Buris y Spertis á que permanezcan á su lado; y la patria es la que dicta su respuesta: *«Como, le dicen, como podríamos abandonar nuestro pais, nuestras leyes, y á unos hombres tales, que hemos venido aquí á morir por ellos?»*

Encendido una vez el amor de la patria, no puede ya extinguirse: por que este fuego celestial vive y se conserva bajo las fecundas cenizas de los recuerdos. Si preguntamos á los Coptos, que arrastraron una vida miserable en

tre los escambros de la ciudad del Sol, nos responderán llenos de orgullo: Egipto, nuestra patria, fué el manantial de las luces, y la cuna de las ciencias. Los judios, deserrados de las ruinas del Jordan, errantes de un pueblo en otro por espacio de veinte siglos, alimentados con el oprobio y la persecucion, se consuelan con sus recuerdos religiosos, y jamas oyen sin júbilo, resonar en los aires el dulce nombre de Israel.

La libertad, nacida bajo el brillante cielo de la Grecia y de la Italia, es una planta indigena de estos venturosos climas. El hierro de los barbaros la ha segado, y ya no cubre con su sombra el suelo natal; pero en esta misma tierra que huellan sus opresores ha dejado fértiles raices, indestructibles, y siempre prontas á echar otros nuevos tallos.

Dos mil años han transcurrido desde que las repúblicas de Grecia fueron á sepullarse en el océano de Roma: veinte siglos han pasado sobre los restos de Camilo y de Scipion: manos esclavas conducen el arado por los campos en que Tebas y Lacedemonia fueron: la ciudad eterna está llena de monges y vacia de ciudadanos. Sin embargo, Grecia y Roma viven en la memoria de todos los pueblos de la tierra: cada siglo aumenta su gloria y acrece su noobrada, sus monumentos son consultados por los artistas, sus libros por los sabios, sus leyes por los juriscónsultos de todas las edades, y de todos los países. La antigua Grecia no pertenece al resto del mundo sino por sus juegos olímpicos: sus legisladores, sus poetas, Licurgo, Homero, Demóstenes, Sócrates, Milcíades, Agesilao, Aristóteles, no son para nosotros mas que grandes hombres; pero estos grandes honres son los antepasados de los griegos modernos, sus nombres venerables han sido pronunciados en las márgenes del Ceiso y del Eurolas, repetidos por los ecos de Maraton y del Taygeto, y ya los tímidos habitantes de la Morea, levantando sus envilecidas frentes y sus brazos cargados de cadenas, despiertan con los recuerdos de la patria, y piden á los pueblos libres, vengadores y armados. Cada día parece que la aurora se levanta, para alumbra la restauracion de la Grecia: en cada mensaje que llega del oriente se espera leer estas palabras: *«La Grecia es libre.»*

Y ¿qué hombre honrado, no abrigará estas magnánimas esperanzas, que alimentan los oprimidos hijos de la brillante Atenas, de la virtuosa Lacedemonia, de Tebas la esforzada? Qué generoso corazón no deseará, con la mayor vehemencia, que se apresure el día en que otro

Flaminio anuncie á todos los griegos: *«que en adelante libres de toda traba, seguros de toda estorcion, riciran según sus antiguas leyes y en una completa libertad, los habitantes de la Fócida, de Corinto, del Peloponeso, de la Acaya, de la Lieride del Negroponto, de Magnecia, de Tíolo y Pesafia.»* Los Tibertinos (aunque abatidos como los griegos no tan despojados de su antigua gloria) toman un aire amenazador al mostrar á un extranjero los restos de la grandezza romana, y su pecho se inflama relatando las virtudes del Pueblo-rey. Desde lo alto del Capitolio, señalan la columna Belica, á donde subian los cónsules para disparar la flecha hácia el pais á que Roma enviaba la guerra; y el templo de Belona en que se congregaban los senadores para recibir las embajadas, y resolver sobre la solitud del general que pretendia los honores del triunfo.

Ya no somos por ventura nosotros descendientes de esos Galos, célebres por su franqueza, y que pillaban la Europa con sus colonias; sin abandonar por esto el suelo que los vio nacer, cuya aparicion en cualquiera punto de la guerra, siempre bastó á decidir de la victoria; que condenaba á muerte al que llegaba al postero al consejo, ó al campo de batalla; que marchaban al combate coronados de flores; que consagraban su espada á la patria, y su corazón al culto de la hermosura que á toda hora abrían la puerta al desgraciado, al debil, al extranjero, y que la cerraban por la noche apesadados cuando su huésped no habia llegado? ¿Y no somos hijos de esos Galos entre los cuales fundaron los druidas la mas antigua escuela de filosofia, de que hay memoria en los anales del mundo; de esos Galos laureados vencedores de los romanos, y á quienes el mismo César no llegó á vencer despues de diez años de combates, sino arrojado á los unos contra los otros? ¿Cual es el pueblo de la tierra en que la poderosa voz de los recuerdos halla despertado pensamientos tan grandes y patrióticos, como en los hijos de esta antigua Galia, cuyo origen se pierde en la profundidad de los tiempos?

Cuando el hombre entrega su espíritu á vagas meditaciones, ó abandona sus miembros al reposo, no tiene sino una confusa idea de su agilidad y de su fuerza. Cuando no se ve acosado del dolor ó la necesidad, cuando caen sus pasiones; no experimentan sino un sentimiento vago de su violencia y energia. La salud, los dulces hábitos de la vida domestica, la sociedad con sus amigos, la concurrencia

sa del Casadío, para que se estableciera en el otro lado del Río que lleva ese nombre, les dijo así: «Nosotros hemos nacido en esta tierra, en ella están sepultados nuestros padres, dirémos a sus huesos: ¡levantaos y venid con nosotros a una tierra extraña! Los Hotenotes, arrojados a un extremo del Africa entre sus feroces enemigos y los Europeos, mas temibles aun para su libertad, ¿consentirán jamas en abandonar el suelo patrio, donde les amenazan sin cesar la esclavitud y la muerte? El adagio tan repetido: *«Ubi bene, ibi patria»* no es verdadero sino en boca de un cortesano ó de un esclavo; y la mayor parte de los Europeos ha podido hacer mucho tiempo, y puede aun sin ingratitud, decir con el juicio de Parame: arrojad de aquí nada me importa. Yo sacudiré el polvo de mis pies: ire á buscar en otra parte otros hombres con quienes traficar: que me arruinarán, pero á quienes yo engañaré si puedo, y de los que me separaré con la misma indiferencia con que ahora os dejo á vosotros.»

El amor de la patria nace y se desarrolla con la razon, y no se extingue sino con ella: abraza todas las vicisitudes de lo presente, todas las glorias de lo pasado, todas las esperanzas del porvenir. Un verdadero patriota es aquel que con mas verdad que el Cardenal de Retz, puede decir al espirar: «En los tiempos aciagos no he abandonado yo á mi patria; en los bonancibles no he tenido otro interés que el suyo; y en los desesperados jamas me he dejado vencer por el temor.» Triunfos, glorias, honores, amigos, deudos y familia, todo lo encierra en si esta mágica palabra *«Patria»*: á todo es preferible, por que todo lo que es distinto de ella es menos que ella: por su existencia todo se sacrifica, por que la ruina de la patria arrastra consigo la de los ciudadanos, y la pérdida de todos los bienes, cuyo goce nos asegura.

Y ¿quién acusa patria los pueblos esclavos? ¿la tienen los hombres que al oír la palabra libertad lloran y muestran sus cadenas, que se están anonadados por sus gobiernos, que las leyes los han dejado como blanco de los ultrajes del mas fuerte y que maldicen á toda hora la tierra que cultivan para unos amos duros y avarientos? La tenían tambien nuestros abuelos en el siglo VI. cuando los cosacos, esos nobles descendientes de los Sicambros, viajaron á destruir la libertad de las Galias; cuando era prohibido á los señores sentarse á presencia de los clérigos, al artesano, al comerciante, al labrador, el pasar delante de un Sicambre sin hacerle una profunda reverencia?

No hay patria si no hay libertad; pero con esta ¿qué cara no es la patria! ¿Qué sacrificio habrá que no esté dispuesto á hacer por ella un generoso corazón? «Si no habeis podido sufrir la dominacion de un hombre como Cicerón, ¿decia Cleon a los senadores romanos: ¿podreis por padres conscriptos, tolerar la de un hombre como Antonio? Por lo que á mi toca, y lo digo en alta voz, en mi juventud defendí la libertad; ahora anciano tampoco la abandonaré. Yo que desafié al puñal de Catilina, no he de temblar, por cierto, ante la espada de Marco Antonio; muy al contrario, presentaré mi pecho al golpe que te amenaza, con tal que yo tenga esperanza de que el pasar de mi muerte, despierte en el corazón de los ciudadanos los sentimientos que me animan, y que el dolor del pueblo romano lo impulse á destruir el yugo que se le prepara.»

«Veinte años hace ya, padres conscriptos, que en este propio templo decia yo: Por mas que yo quisiera que muriera un cónsul que pierda la vida por el servicio de su patria, no es en verdad, su muerte prematura. ¿Y usaria yo de otro lenguaje; al hablarlos hoy de un viejo que viene á ofrecerse como victima? ¿que puedo hacer mas glorioso que la muerte, si por ella consigo librar al pueblo de toda esclavitud, si por ella cada ciudadano podrá ser feliz ó desgraciado en proporcion que haya servido bien ó mal á la patria?»

Por la patria vuelve Régulo á Cartago á morir en un suplicio. Por ella el rey Juan, despues de la paz de Brétigny, tornó á Londres para acabar sus dias en su prision. Por la patria tambien dejan voluntariamente su pais natal los Laudemonios Spertis y Buris y se presentan en Persia ante el gran Jerjes y le dicen: *«Nuestros compatriotas han dado muerte á sus embajadores: esto es un crimen, y nosotros venimos á suplicarlo. Sea cual fuere el suplicio á que nos condenare, estamos prontos á sufrirlo.»* Dijo Jerjes de asombro por una virtud tan heroica, perdona el ultraje que habia recibido; pero quiere comprometer á Buris y Spertis á que permanezcan á su lado; y la patria es la que dicta su respuesta: *«Cómo, le dicen, como podríamos abandonar nuestro pais, nuestras leyes, y á unos hombres tales, que hemos venido aquí á morir por ellos?»*

Encendido una vez el amor de la patria, no puede ya extinguirse: por que este fuego celestial vive y se conserva bajo las fecundas cenizas de los recuerdos. Si preguntamos á los Coptos, que arrastraron una vida miserable en

tre los escambros de la ciudad del Sol, nos responderán llenos de orgullo: Egipto, nuestra patria, fué el manantial de las luces, y la cuna de las ciencias. Los judios, deserrados de las ruinas del Jordan, errantes de un pueblo en otro por espacio de veinte siglos, alimentados con el oprobio y la persecucion, se consuelan con sus recuerdos religiosos, y jamas oyen sin júbilo, resonar en los aires el dulce nombre de Israel.

La libertad, nacida bajo el brillante cielo de la Grecia y de la Italia, es una planta indigena de estos venturosos climas. El hierro de los barbaros la ha segado, y ya no cubre con su sombra el suelo natal; pero en esta misma tierra que huellan sus opresores ha dejado fértiles raices, indestructibles, y siempre prontas á echar otros nuevos tallos.

Dos mil años han transcurrido desde que las repúblicas de Grecia fueron á sepullarse en el océano de Roma: veinte siglos han pasado sobre los restos de Camilo y de Scipion: manos esclavas conducen el arado por los campos en que Tebas y Lacedemonia fueron: la ciudad eterna está llena de monges y vacia de ciudadanos. Sin embargo, Grecia y Roma viven en la memoria de todos los pueblos de la tierra: cada siglo aumenta su gloria y acrece su memoria; sus monumentos son consultados por los artistas, sus libros por los sabios, sus leyes por los jurisconsultos de todas las edades, y de todos los países. La antigua Grecia no pertenece al resto del mundo sino por sus juegos olímpicos: sus legisladores, sus poetas, Licurgo, Homero, Demóstenes, Sócrates, Milcíades, Agesilao, Aristóteles, no son para nosotros mas que grandes hombres; pero estos grandes honres son los antepasados de los griegos modernos, sus nombres venerables han sido pronunciados en las márgenes del Ceiso y del Eurolas, repetidos por los ecos de Maraton y del Taygeto, y ya los tímidos habitantes de la Morea, levantando sus envilecidas frentes y sus brazos cargados de cadenas, despiertan con los recuerdos de la patria, y piden á los pueblos libres, vengadores y armados. Cada día parece que la aurora se levanta, para alumbra la restauracion de la Grecia: en cada mensaje que llega del oriente se espera leer estas palabras: *«La Grecia es libre.»*

Y ¿qué hombre honrado, no abrigará estas magnánimas esperanzas, que alimentan los oprimidos hijos de la brillante Atenas, de la virtuosa Lacedemonia, de Tebas la esforzada? ¿Qué generoso corazón no deseará, con la mayor vehemencia, que se apresure el día en que otro

Flaminio anuncie á todos los griegos: *«que en adelante libres de toda traba, seguros de toda estorcion, riciran según sus antiguas leyes y en una completa libertad, los habitantes de la Fócida, de Corinto, del Peloponeso, de la Acaya, de la Lieride del Negroponto, de Magnesia, de Tíolo y Pesafía.»* Los Tibertinos (aunque abatidos como los griegos no tan despojados de su antigua gloria) toman un aire amenazador al mostrar á un extranjero los restos de la grandezza romana, y su pecho se inflama relatando las virtudes del Pueblo-rey. Desde lo alto del Capitolio, señalan la columna Belica, á donde subian los cónsules para disparar la flecha hacia el pais á que Roma enviaba la guerra; y el templo de Belona en que se congregaban los senadores para recibir las embajadas, y resolver sobre la solitud del general que pretendia los honores del triunfo.

Ya no somos por ventura nosotros dependientes de esos Galos, célebres por su franqueza, y que pillaban la Europa con sus colonias; sin abandonar por esto el suelo que los vio nacer, cuya aparicion en cualquiera punto de la guerra, siempre bastó á decidir de la victoria; que condenaba á muerte al que llegaba al postero al consejo, ó al campo de batalla; que marchaban al combate coronados de flores; que consagraban su espada á la patria, y su corazón al culto de la hermosura que á toda hora abrían la puerta al desgraciado, al debil, al extranjero, y que la cerraban por la noche apesadados cuando su huésped no habia llegado? ¿Y no somos hijos de esos Galos entre los cuales fundaron los druidas la mas antigua escuela de filosofia, de que hay memoria en los anales del mundo; de esos Galos tantas veces vencedores de los romanos, y á quienes el mismo César no llegó á vencer despues de diez años de combates, sino arrojado á los unos contra los otros? ¿Cual es el pueblo de la tierra en que la poderosa voz de los recuerdos halla despertado pensamientos tan grandes y patrióticos, como en los hijos de esta antigua Galia, cuyo origen se pierde en la profundidad de los tiempos?

Cuando el hombre entrega su espíritu á vagas meditaciones, ó abandona sus miembros al reposo, no tiene sino una confusa idea de su agilidad y de su fuerza. Cuando no se ve acosado del dolor ó la necesidad, cuando caen sus pasiones; no experimentan sino un sentimiento vago de su violencia y energia. La salud, los dulces hábitos de la vida domestica, la sociedad con sus amigos, la concurrencia

con sus compatriotas, los fuegos; las fiestas, la verdura y riqueza del suelo, todo lo ve, disfruta de todo con tal tranquilidad, que parece serle indiferente la conservación de estos bienes inapreciables. Pero que la inquietud y la zozobra pongan en alarma á sus sentidos, que los amigos se alejen, que la muerte amenaze á la madre, á la esposa, al hijo querido; y entonces su palidez, sus lágrimas, sus gritos, revelarán á todos un pasar, cuya intensidad no habían aun conocido. Un error del que manda, la malignidad de sus enemigos, ó la iniquidad de sus jueces, han aterrojado en un calabozo á un hombre amante del estudio y del retiro, que lleva muchos años de estar por inclinación y por hábito metido entre las cuatro paredes de su gabinete, que tiene pues que extrañar en la prisión si en ella encuentra sus libros? Nada ciertamente. Sin embargo apenas han pasado veinte y cuatro horas de haberse cerrado tras él las puertas de hierro, y ya pide con gritos penitentes esa misma libertad cuyo uso desahucaba. Siempre está de pie, va, viene, recorre en todas direcciones el estrecho espacio que lo encierra; cuando antes, no conocía otro ejercicio que el de su pensamiento, sin mas movimientos que los de su alma. Pero ahora no desea otra cosa que la dicha de andar por la ciudad, de ver los campos, de penetrar en los bosques sombríos; y solo de pensar que le han arrebatado un bien que poseía sin gozarlo, está próximo á la desesperación.

Mas, ay! cuán ligero es su dolor si se compara con el de un desventurado que se ve reducido á morir en el destierro. Entonces se despierta en su corazón el amor de la patria, para hacer mas cruel su eterno suplicio! Entonces es cuando conoce el precio de lo que ha perdido, y medita la crueldad de los hombres.

La mañana y la tarde, el día y la noche, las flores del otoño, las escarcelas del invierno; todo en fin es para él un objeto de dolorosas memorias, todo le recuerda cuanto él ha amado; y en medio de tan amargos pensamientos es como se conserva el último soplo de su deplorable vida.

Filoteles, abandonado en la isla de Lemos, divisa á Neptolamo y Ulises, y al momento se olvida de su desgracia, y se adelanta hacia ellos exclamando: ¡oh Dioses inmortales! No son griegos estos dos hombres que veo? ... Hablan... Este es mi hermano. ¡Oh hijo mío! (continúa el héroe desterrado, dirigiéndose al hijo de Aquiles) habla, habla aun; quiero escuchar el dulcísimo lenguaje de mi patria, del que han estado privados tantos años mis oídos. Tam-

bien yo he vivido en otros tiempos con realdad que ahora os cubren... ¡Oh extranjeros! Si sois griegos, apañados de mi, arrojadme en vuestro barco, á la popa, á la proa, donde queráis con tal que me lleveis á nuestra común patria, para morir yo en el lugar mismo en que comencé á vivir.

Cuando el odio desde lo alto de la tribuna propuso una ley de proscripción: No es, decía, la muerte de tantos franceses la que os pide, sino su destierro; que vean extrañados, y que sientan fecho. Yo he adquirido derecho de responder (exclamó entonces con voz alterada un hombre cuyas lágrimas han corrido en los desiertos de Sinamari) pues que no es nada el destierro (se puede concebir acaso un suplicio mayor que los tormentos que sufre un relegado? En sus enfermedades nadie le asiste: sus días se consumen en la amargura de los pesares; sus ojos se apagan con el llanto. El desterrado vive en medio de unos intereses, y rodeado de unos hombres, á quienes aflige la prosperidad del país á que pertenece aquel y que se gozan en sus reveses; ve hacer los aprestos de guerra por sus enemigos, que estos amenazan á su patria y no podrá defenderla ni morir por ella. ¡Oh! y cuán penosa es de subir la escalera del extranjero, cuán amargo el pan que dá, como dice el Dante.

Y conociendo las penas del destierro, habiendo ya sufrido vosotros los tormentos de un patriado, ¿como es que queréis atraerlos ahora sobre vuestros compatriotas? Aquellos dos griegos han recibido el ser viven aun, y no obstante son huérfanos; existen sus hijos, y no oírán jamás de su boca el dulce nombre de padre; la nieve asoma en su cabeza, las arrugas de la vejez se descubren ya en su frente y nada les albagan en esta vida, nada apresura su muerte. Ocupados con un solo pensamiento, é incapaces de cualquier otro cuidado, se les vé á toda hora del día, y á veces por las noches, sentados en la ribera del mar, recorriendo sin esperanza con ojos lánguidos, un horizonte sin límites, y buscar en él el punto á cual está situado su país, y la ruta que debe seguirse para ir y para volver. La muerte es sin duda mil veces preferible á ese estado de angustia y de dolor; sin embargo la muerte los horroriza; ¡morir sin ver una vez á su familia y sus amigos, sin que nadie lo sepa, ni pueda decir: ¡Aquel yacen sus cenizas; aquí es donde ha estado de padre! Semejante sacrificio es superior á las fuerzas humanas, ¡Oh hombres! seais quienes fueris no apliqueis jamás esa pena á otros hombres, sean los que fueren; no la impongais,

nunca ni á los mayores criminales; arrancádes mejor la vida, pero no los desterréis.

Caminaba ya para Lyon, é iba pensando en lo que sucedió á los dos hermanos Eschevilles el lamentable año de 1815, que la historia ha inscrito en sus sangrientos anales. Mi memoria fiel, al recordarme los crímenes de esa época, me ponía delante de los ojos á los dos hermanos, desde los primeros pasos que habían dado en la carrera de las armas, sentando plaza entre los valientes de un ejército, que nunca tendrá rival en los fastos de la gloria. El triunfo de la fuerza y la fortuna, no había desanimado su valor; dejaron el campo de batalla, pero después de haber perdido la esperanza de morir en él. Estos últimos esfuerzos fueron reputados como un crimen; se alza contra ellos la persecución, y cediendo á las súplicas y llanto de una familia, de que son el idolo y orgullo, salen de Francia, suspirando por el cadalso á que estaban destinadas sus cabezas. El hermano mayor, por seguir al mas joven, abandona el lecho glorioso en que lo tenían las heridas recibidas en defensa del suelo francés, invadido por el extranjero. Vedlos errantes en los diversos estados de la Europa, donde les está prohibido, como en Francia, usar del agua y del fuego; perseguidos, acosados de seiva en selva, de caverna en caverna, van á buscar un asilo entre los bárbaros, contra el furor y la injusticia de los pueblos civilizados; su noble infortunio encuentra al menos allí razones abiertas á la compasión; en los cerceños abieros á la compasión; el Arabe los acoge hájose su tienda y cura las heridas de un guerrero francés, proscripido en los lugares en que todavía húmea la sangre que ha derramado en defensa de su patria. Vedlos como se dirigen á la Persia, donde esperan ser admitidos al servicio militar; pero cuanto mas amarga se hace su suerte, á medida que se alejan de la Francia, y cuanto es mas sensible la pérdida de la patria en el silencio de un desierto! Vedlos ocupados con la misma idea, de tener el paso repentinamente; mirarse con los ojos arrasados en lágrimas, y arrojándose el uno en los brazos del otro, exclamar entambos á la vez: volvámonos á morir en Francia. Unánimes en

esta resolución, solo un pensamiento los deliene: van á sufrir una sentencia, ó mas bien van á encontrar la muerte en un país donde se ha pronunciado ya su fallo; y destruirán de un golpe las esperanzas todas de su familia? Uno solo, pues, debe ser víctima; si perece salva á su hermano y deja un consolador á sus padres; pero el peligro es mas inminente: sin duda para él que haya de partir, y por espacio de muchos días se disputan entre sí el funesto derecho de hacerlo.

¡Ah que separación la de estos hermanos, de estos tiernos amigos, uno de los cuales corre á recibir la muerte que le aguarda en el seno de su patria, mientras el otro tiene que soportar en una tierra extraña un suplicio infinitamente mas penoso. ¡Llega Bartolomé á Francia, se constituye prisionero, y pide que se le juzgue; su inocencia y la de su hermano quedan reconocidas: ¿Que mensajero mas feliz que el aire, mas rapido que el pensamiento podrá llevar esta noticia á sus hermanos con la celeridad bastante? Solo el gobierno posee los medios de acortar la distancia, y los pondrá en ejercicio; por que se trata de reparar una injusticia horrible, de restituir á su patria, á su familia y al ejército, un ciudadano, un hijo, un guerrero digno de ellos.

Mas ¡ay! cuán duro es decirlo; no faltan hombres que sostengan, que la sentencia que destruye una acusación solidaria, no establece una inocencia común: que la absolución de uno de los hermanos en nada favorece al otro.

La voz de la justicia queda sin eco, no llega á los oídos del infeliz desterrado; y creyendo á este que su hermano ha perecido por que fue confirmada la sentencia que lo proscribió, la desesperación lo desahucia. Sin plan, sin recurso, agoviado de dolor, de fatiga y de miseria, va, y cae no muy lejos de los muros de Basora. Las arenas del desierto se acumulan ya sobre el cuerpo del guerrero moribundo; pero no cubren todavía sus parpados; los entrecbra con esfuerzo; sus últimas miradas se dirigen hacia Francia, y sus palabras postrimeras son las mismas, que poco ha resonaron en mi oído. ¡Salve, oh patria mía!

DE BIBLIOTECAS



TLAHUICOLE.

LEYENDA MEXICANA.



N los primeros años del reinado del emperador Moctezuma, cuando este monarca, que antes de subir al trono había mostrado un carácter tan dócil y popular, comenzó á desahogar todo el orgullo, y la desmesurada ambición que le dominaba, las naciones vecinas temblaban al pensar en el yugo que un despota extranjero iba á imponerles; temían por la pérdida de su independencia, porque se consideraban con muy poca fuerza para poder contrarrestar á un tirano mucho mas poderoso que ellas. En efecto, sus temores no fueron infundados, apenas se sentó en el trono Moctezuma, cuando concibió el proyecto de sujetar al imperio mexicano todos los pequeños estados independientes que se hallaban diseminados en el vasto país de Anáhuac, porque no contenta su ambición con lo que poseía, quería abarcarlo todo. Siguió ya Atzacotalco y otros estados por sus antecesores, aliado de los Huejotíncans y Cholules, fue invitado por la envidia de estos y por la suya propia á hacer la guerra á Tlaxcala, á esa célebre república tan fecunda en acciones heroicas.

Tlaxcala, esta república memorable por su rivalidad con México, que nos recuerda los tiempos de Roma y de Cartago, este pequeño país sostenido únicamente por el espíritu de patriotismo y de libertad de hijos, había llegado en tiempo de Moctezuma á un grado tal de prosperidad, que envidiosos todos los estados que la rodeaban de su poder, solo pensaban en formar alianzas unos con otros para destruir el poder gigantesco que había llegado á adquirir ese país que al principio los fue tan insignificante. Pelearon contra ellas; mas viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, enviaron un mensaje á Moctezuma

para que los auxiliara. Este, que desde mucho antes había concebido el proyecto de dirigir sus armas contra los tlaxcaltecas, les prometió auxiliarnos, y levantando un ejército considerable lo dirigió contra aquellos al mando de su hijo primogénito, al cual se reunieron los tlzocones y otros pueblos al atravesar la falda meridional del Popocatepetl, llegaron al campo Tlascalas, y allí sufrieron los mexicanos y sus aliados una completa derrota, quedando muerto en el campo de batalla el general mexicano, primogénito del emperador.

Esta derrota, con la pérdida incomparable que en ella tuvo Moctezuma, excitó mas su odio contra los tlaxcaltecas y doblando las fuerzas de los aliados, estos presentaron muchas batallas en que de nuevo quedaron derrotados sus tropas.

Un general tlaxcalteca, llamado Tlahuicole, hombre de un grande ánimo y de una fuerza extraordinaria, y cuyo nombre solo bastaba á introducir el terror en las filas de sus enemigos fue quien con su pericia y astucia militares hizo conseguir tantos triunfos á las armas de la república. Su valor, ayudado del genio militar que le había concedido la naturaleza, todo lo arrostraba, y nada bastaba á ponerle diques; cuando inflamado por el amor de la patria y de la libertad animaba á sus tropas con el ejemplo y arrollaba los escuadrones enemigos, haciendo en unos una carnicería espantosa, y obligando á los demas á huir por no recibir los formidables golpes de su poderoso *manac-huicil* (1), de esa arma que solo él con su fuerza prodigiosa podia esgrimir, puesto que un hombre de fuerzas no comunes no era suficiente para levantarla siquiera.

Tlahuicole! Este solo nombre pronunciado

[1] Espada.

con entusiasmo por los tlaxcaltecas en medio del calor de la refriega, bastaba para que los enemigos que poco antes pelearon con denuedo, sintieran que se agolaban sus fuerzas, que las armas se les caían de las manos, y se vieron precisados á encontrar en la huida su única áncora de salvacion, porque Tlahuicole, terrible como la tormenta y rápido como el rayo, destruíra, aniquilaba cuanto se le oponía.

El seis *Miquiztli* del mes *Atlahuaco* del año octavo *Collí* (2) se iba dar una batalla decisiva. El sol hermoso y puro, se levantó detras de los altos volcanes que dominan el valle de México, tiñendo de oro y rosa á las nieves que cubren sus enormes cabezas. Ese astro divino, fecundador de la naturaleza, dios de los americanos, y á quien estos no veían sino con aquel respeto religioso que les inspiraba la vista de todos aquellos beneficios de que le eran deudores, parece que queria contemplar aquella lucha sangrienta. Rodeado de nubes que no ofuscaban su esplendor, parecia un rey que en medio de su trono iba á contemplar la lucha entre vasallos igualmente caros á su corazón.

Su luz iluminaba ya de lleno el extenso campo de batalla: la hora de esta se acercaba y aun estaba vacío el estenso *Jaollalli* (3). Este recinto circundado por una densa muralla, tenía dos leguas de circuito. No se veían en él, ni árboles, ni plantas, ni piedras, ni nada que pudiera oponer algun obstáculo á los movimientos de los combatientes y libre y desembarazado podían en el correr y hacer cuantas evoluciones demandaba su táctica militar. Por un lado se miraba un denso bosque, lugar pantanoso donde con los fuertes aguaceros se formaban lodazales cuya superficie cubierta de yerbas acuáticas engañaba á primera vista, haciendo concebir la idea de un terreno fino y sólido; por otro los altos volcanes del *Popocatepetl* & *Itzapatcaltl* con sus nevadas frentes, parecían dos gigantes destinados únicamente á servir de muralla y á reunir las fuerzas debilitadas de los soldados.

Gran silencio reinaba; las aves mismas, huidas y medrosas huían al bosque vecino á guarrarse entre las ramas de los corpulentos árboles que lo formaban. Tlaxcaltecas y mexicanos situados en sus respectivos campamentos, solo se ocupaban en disponer el plan de ataque, ordenaban los *giquipiles* (4) el número

de soldados que habían de entrar al combate, y el que quedaria para formar las emboscadas, y hacían su revista general de armas.

De cuando en cuando se veía á lo lejos un *quimichlin* (5), que á veces pasaba sin ser visto; mas que á veces tambien tenia que apelar á la huida, porque los enemigos que lo habían observado iban á su alcance; y gracias á su agilidad, llegaba á su campamento, dejando burladas las intenciones de sus enemigos.

Oyáronse pronto dentro del *jaollalli* sonidos confusos que procedían de sus dos extremidades oriental y occidental, sonidos que poco á poco fueron percibiéndose mas á medida que se iban acercando los que los producían. Eran las tropas de los aliados y las de los tlaxcaltecas que se acercaban ya al combate, y que dirigían su marcha por medio de tamboriles, cornotas y caracoles marfilinos, los cuales producían un ruido harmónico que su ventura la confusión. Las tropas de los aliados entraron por la estreñidad oriental, y la de los tlaxcaltecas por la occidental: ambas venían dispuestas en *giquipiles* mandadas por sus respectivos gefes; las de los mexicanos formando un cuadro, dentro del cual iba el general del ejército *Cuanchnátl* con el estandarte del imperio que era una águila en actitud de arrojarle sobre un tigre, cuya asta llevaba tan fuertemente atada á la espalda, que era preciso que le hicieran pedazos para que lograran arrancárselo. Entre los tlaxcaltecas por el contrario, *Tepeostáin*, que conducía el estandarte de la república, que era una águila con las alas abiertas en actitud de volar, iba colosoado á la retaguardia, mientras Tlahuicole, general de ejército, marchaba al frente desafiando con su aspecto arrogante al enemigo y ostentando todas las condecoraciones con que la república había premiado su valor.

Ambos ejércitos marchaban impávidos, presentando un conjunto regular y variado: los simples soldados con todo el cuerpo pintado de color que variaba en cada *giquipilli*, con su escudo cubierto de plumas y su honda en el brazo izquierdo, su *macahuitl*, su maza ó su pica en el derecho, y su flecha y su careax en la espalda, y los nobles y oficiales del ejército con sus armaduras de blanquísimo algodón, y de plumas primorosamente tejidas, y bordadas de oro con su enorme cabeza de serpiente ó de tigre, su alto penacho de plumas de mil variados colores, y con sus insignias respectivas los caballeros de las órdenes militares *techanátlán*,

(2) Corresponde al 7 de marzo de 1513.

(3) Campo de batalla.

(4) Compañías.

(5) Espía.

Quádrilo y Ocelo, de los príncipes águilas y tigris, formaban un conjunto semejante al de un campó cubierto de flores silvestres de diversos matices y colores.

Se dió la señal del combate y los sonidos agudos de los caracoles marinos, de los tambores y de las cornetas, los silbidos y espantosos ahullidos de los soldados, y los gritos de *Huitlapocelli* ayúdanos, que arrojaban los mexicanos, y los de *Comistle* socórenos que arrojaban los tascaltecas, formaban una voz que era extraña y horrible, que hubiera espantado á otros que no hubieran sido ellos. Comenzó la acción con las armas arrojadas: las flechas y los dardos silbaban por el viento; pronto comenzaron á hacer uso de la lanza, de esta arma terrible que por donde quiera llevaba la muerte, y á las dos horas de acción en que se habían agotado ya piedras y dardos, tres mil soldados mexicanos y cuatro mil tascaltecas, yacían tendidos en el devastado.

Dióse la señal, y la honda y la flecha cedieron su vez á las otras armas. Los gritos que no habían cesado hasta allí, se avivaron, y volvieron á resonar las voces de *Huitlapocelli*, ayúdanos, *Comistle*, socórenos, y los dos ejércitos se acercaron.

En ese momento brilló en el rostro de Tlahuicole un rayo de furor alegría, sus forzados miembros tomaron mayor hervor, y pulsando su poderoso y terrible *macahuilli*, — ¡ánimo y alerosos republicanos! exclamó, ¡invencibles tascaltecas, la patria puegra! ¡Vuestros nageses é hijos arrostrarán el yugo de la esclavitud, servirán á un tirano, si hoy no despleáis todo vuestro valor! ¡Animo tascaltecas! Y el fué el primero que se arrojó en medio del ejército enemigo, — ¿qué tememos, repitieron los soldados, si Tlahuicole marcha á nuestro frente, si el rayo tascalteca ha estallado ya? ¡Bebamos la sangre de los viles esclavos, y volvamos victoriosos á nuestros hogares, ó peñezamos aquí, para no ver nuestra afrenta, y entonces, repitiendo entusiasmados el nombre de su dios y el de Tlahuicole, se arrojaron todos tras él.

Tlahuicole, mas veloz que un dardo, atravesaba las filas enemigas, descargando su *macahuilli* y dejando tras sí sembrado de cadáveres el suelo. Los soldados fascinados por el valor de su general, se creían animados del mismo espíritu que él, é inspirados por la libertad y por la patria, se empeñaban con orden en la pelea, porque ya la muerte no les arredraba, porque mas querían morir que beber la infamia de ser derrotados.

Los mexicanos que hasta allí habían peleado

con demasiada serenidad, luego que oyeron la voz de Tlahuicole, y le vieron arrojar sobre ellos, comenzaron á temer; mas Cuauhuoceli, cuya serenidad y valor eran también extrimos, no cesó de animarlos, recordándoles á su voz la pérdida de sus mas caros intereses.

Mientras tanto, Tlahuicole habia penetrado hasta el centro del ejército enemigo, y delante ya de Cuauhuoceli, iba á descargar sobre él su terrible *macahuilli*, y á apoderarse del estandarte, con lo cual hubiera terminado la batalla, cuando uno de los oficiales mexicanos se puso entre él y Cuauhuoceli, queriendo evitar el golpe que iba á caer sobre su general, y tal vez imaginando tener la gloria de asentar uno al valeroso tascalteca. Mas ¡ah! infeliz, el golpe que debía haber caído sobre Cuauhuoceli, cayó sobre su cabeza, que dividida en dos partes, lo obligó á caer en tierra, derramando un mar de sangre.

En fin, después de inútiles esfuerzos los mexicanos se decidieron á oponer al valor y la franqueza de los Tascaltecas, la estratagema y la traicion. Mandó Cuauhuoceli que su ejército se fuera retirando poco á poco hacia el bosque vecino: así lo hizo. Tlahuicole, confiada en el cuerpo de reserva que habia dejado, con órdenes de que si se retiraban los mexicanos, cargasen sobre ellos por detras los siguió, haciendo en ellos una horrorosa carnicería. Llegaron al bosque los mexicanos que habian reconocido bien el terreno, y sobre todo, que habian premeditado bien su traicion: evitaron el peligro; mas Tlahuicole y su ejército que no pensaban en aquel momento sino en la victoria que ya casi miraban como suya, entraron en el bosque sin recelo, y sin esperar lo vieron sumergidos en los hondos pantanos que allí habia. En tan apurada situacion, se vieron atacados de pronto por trescientos hombres que habian quedado de emboscada, quienes apoderándose de ellos, los ataron violentamente. Con tan feliz resultado, los mexicanos cargaron sobre los tascaltecas; mas estos aturdidos con tan inesperada desgracia, comenzaron á temer. Les fallaba Tlahuicole ¡qué podian hacer ellos sin su general? Sin embargo, aun les quedaba su estandarte, todavía no lo habian perdido todo. Volvió á empeñarse la pelea, pero como ya nada arredraba á los mexicanos, arrollaron completamente á los tascaltecas. Uno de los oficiales mexicanos llegó entonces hasta *Tepozatlán*, y descargando un fuerte golpe sobre él, lo hizo caer al suelo, y le arrancó el estandarte. Esto aumentó el desorden del ejército

UNIVERSIDAD

U

U. N. I. V. E. R. S. I. D. A. D. E. N. U. E. V. O. L. E. Ó. N.
BIBLIOTECA



Hastales; y viéndose ya sin general y sin estandarte, se dispersó, y echo á luir entre horriblos gritos de dolor: los mexicanos los cogieron ó hicieron dos mil prisioneros.

Tlahuicole, que ya prisionero vió que se volvía á emprender de nuevo la pelea, exclamaba sin desespear todavía: ¡ánimo, tlascalenses, todavía podeis vencer, pues os queda aun vuestro estandarte; mas cuando vió caer á Tezpoztlín, y vió que le arrancaron el estandarte, único estímulo que les quedaba, hizo un movimiento convulsivo y arrojó un grito de desesperación.

Los mexicanos volvieron victoriosos, y entre mil gritos de júbilo que asordaban los aires daban gracias á Huitzilopectli, porque les habia permitido consumar una traición. Al llegar donde estaban los prisioneros, volvieron á enlunar un himno en acción de gracias; y Cuauhnocli al ver á Tlahuicole le dijo:

—Caiste, en fin, en nuestras manos, Tlahuicole.

—Si, gracias á vuestra traición soy vuestro para mi baldón y el de mi patria.

—Jamás habíais tenido los dioses una víctima mas grata á sus ojos, como la que van á tener dentro de pocos días: tú serás sacrificado.

—Ya lo veo, y esa será mi mayor gloria.

—Te presentaremos a nuestro señor, el invicto emperador Moctezuma.

—Y será la vez primera que me presento delante de un tirano.

—El es generoso, quizá te concederá la vida.

—No quiero de él mas que la muerte.

—Así será. Y dirigiéndose á unos soldados, les mandó que lo encerraran en una jaula.

Pocos días despues entró el ejército á México, conduciendo á los prisioneros, entre las mas vivas aclamaciones del pueblo.

(Concluir.)



EMBOSCADA.

OS brazos otra vez dame, sobrino, que lo merecos bien; pues que de Flandes llegas con vida á Burgos, imagino que honrado habrás de ser, que al fin y al cabo mi sangre hervió en tí...

—Señor!...

—No te andes perdiendo, por tu vida, en digresiones la historia al referir de tus bazañas, ya sé que grandes son, arduas y extrañas; que de tu claro nombre los blasones, de Leibas digno vástago, no ampañas. Eres mi sangre, si... guerrero y mozo!

Sobrino, así te quiero: cuando apenas tu labio apunta el bozo la espada cñes ya de caballero.

—Todo os lo debo á vos, vuestro consejo guíome fiel por la gloriosa senda y ansioso la seguí, vos ya erais viejo, é inútil ya para la lid tremenda.]

Partí á la guerra pues, y desde entonces, aunque yo ya por vuestros propios labios mis pasos dirigisteis,

yo pretendía, los consejos sabios en práctica poner que aquí me disteis; y lo alcancé tambien; vígalo Flandes, la triste Flandes ó el feraz flamenco, que de terror y espanto sembrada ya su desolada tierra, la fecundiza con su amargo llanto; con honra vuelvo en fin, que, por Dios santo, para honrado volver partí á la guerra.

—Muy bien, Enrique.

—Mas, dejemos tío, tal plática por hoy; pues do que exija merced alguna mi valor ya es hora, y á tiempo que albagüena y seductora traigo esta idea en la memoria fija; ya veis que honrado vengo, y de otorgarme alguna gracia es día,

una señor que demandaros tengo.

-Te la otorgo, por Dios, habla.

-¿Maria?

-¿Maria... por piedad no me hables de ella; de un claustro en el silencio sepultada, hace vida monástica...

-¿Tan bella

y en vida sepultarse!...

-La cuidada huyendo cuerda el mundanal bullicio de un monasterio la quietud procura.

-Perdonadme, señor, mas que cordura arguye tal conducta poco juicio.

La obligasteis acaso?...

-Vive el cielo!

La última luz que en mi vejez anheló, de mi primer amor el solo fruto

es mi Maria, Enrique;... yo obligarla?

Sobrino, ¿yo que por romper astuto de su torcida voluntad los lazos, y estrecharla una vez entre mis brazos la escasa vida que me resta diera?

No; de buen grado, á mi pesar, se fuera!

-¿Qué causa?...

-No la alcanzo;

-¿Y ha profesado ya?...

-No, todavía;

mas ya de pronunciar su juramento, próximo se halla y de mi muerte el día.

De simple colegiala en el convento, el hábito aun no viste que rígida demanda

la regla que abrazó de carmelita; pero en breve tambien ray de mi triste! cambiando de ropaje, el áspero cilicio, ¡pobrecita!

reemplazará su delicioso traje.

-No hará tal, lo aseguro, iré yo á verla;

y ó me engaña traidor mi pensamiento, ó el Hacedor del vasto firmamento

no arrojó al mundo tan preciosa perla para adornar el claustro de un convento.

No fabricó el Señor tantos hechizos, después asiendo su sillón de cedro, á meditar lo que ambos acordaron, tranquilo en él, se arrellanó D. Pedro.

Vino la dueña, se envolvió en su velo, porque nadie al salir la conociese; después, alzando una mirada al cielo, cogió el sombrero D. Enrique, y fuise.

Voy al momento á verla.

-Ye, sobrino;

esposa tuya habrá de ser, si alcanzas que cambie en sus antojos de camino. Ella es todo mi amor, mis esperanzas.

Díla que, triste, desde el negro día que abandonó mi lado, en mi tediosa soledad impia,

ni una hora de placer he disfrutado. Díla tambien que, si al consejo, dócil de un padre que la adora,

no consiente en volver, al lado tuyo, al pobre hogar, que abandonó en mal hora, la vida ha de costarle al padre suyo.

-Si la diré, y añadiré, allanero, que cuando vuelvo de la lid sangrienta, donde, sin ley, ni fuero,

ni conocer mi voluntad lúdero, lidié, teniendo su hermosura en cuenta, para postrarme ante sus piés, vasallo; fuerzas en mi que basten tal soberana á renunciar, no hallo.

-Díselo, si.

-Lo haré si no consigo, antes que acabe su carrera el día,

traer á Maria á vuestro hogar conmigo, podéis, por vida mia, jurar, que lené vocación, María.

Pero lo dudo mucho.

-Parte, Enrique;

mas cuenta con lo que haces, no quisiera que loco y temerario,

rompiendo audaz de la prudencia el dique turbases la quietud de aquel santuario.

-Mucho, buen tío, de torcer el paso hacia el camino de la infamia, disto;

por Dios, que no olvidéis en todo caso que soy soldado de la fe de Cristo.

El ser mugeres, y el sagrado muro que del ruidoso mundo las separa, las ponen de mi cólera al seguro;

no han de tener, par diez, por qué quejarse de mi extraña visita, yo os lo juro.

La dueña que me guía á la clausura dó esconde mi Maria

su gracia y su hermosura, testigo habrá de ser de mis acciones al par que diestra conductora mia.

Esto, D. Pedro y D. Enrique hablaron; después asiendo su sillón de cedro, á meditar lo que ambos acordaron, tranquilo en él, se arrellanó D. Pedro.

Vino la dueña, se envolvió en su velo, porque nadie al salir la conociese; después, alzando una mirada al cielo, cogió el sombrero D. Enrique, y fuise.

II.

-Entrada me habéis de dar bástala inuerta, ó por Dios;

que por mas que os pese á vos, yo me la habré de tomar.

Pues decid que en ella se halla mi prima, sed menos plouso;

ved si dáis, ó me le tomo el permiso de ir á hablarla

-La llamaré.

-No hagáis tal; sorprenderla me es preciso, que hablarla ya sobre aviso no es á mis planes igual.

-Entonces ¿qué hacer? volveos; que al cabo no está en mi mano el hacerlo, conque...

hermano...

-¡Madre Abadesa, teneos!

No me obliguéis á romper los lazos que aqui respelo;

viene á hablarla y yo os prometo sin hablarla no volver.

Y no os presumáis que fuerza de intencion, por Dios amado; con que hacerlo de buen grado, antes que ocurra á la fuerza.

Si de ese torno al través pudierais mirarme agora, yo os implorara, señora, de hinojos á vuestros piés.

De hinojos, cuando á ninguno, incluso el rey de Castilla, doblé jamas mi rodilla

mas que ante Dios Trino y Uno!

Pues gustoso aqui lo hiciera ante vos, en este instante, si en vuestro oculto semblante leer mi destino pudiera.

Mas ¿qué sirve que de hinojos me postre ante vos aqui, cuando ni aun podeis, así, ver mi afliccion en mis ojos?

Ceded, pues, madre Abadesa; ved que en su estrecha clausura muero esa tórtola pura de necios caprichos prosa.

Y vos no querreis, así, consintiendo en tanto duelo, al mundo ofender, y al cielo...

¡Doleos de ella, y de mí!

De ella sí; que acaso vos virgen amorosa y bella, atada tambien como ella...

-Sellad los labios por Dios!

No esperéis que la lisonja consiga torcer impia la pobre conciencia mia;

Tos. II,

que soy por cada, monja.

-Y acaso allá en el abril de vuestra edad, sin quebrantos saborasteis los encantos de una fortuna infantil.

Y en la cada vejez, huyendo los desengaños del mundo, cargada de años venisteis aqui.

-Tal vez...

-Por qué entonces no esperar tambien á que mi Maria del mundo, y su faisa impia se llegue á desengañar?

Entonces ya, como vos vaya á encerrarse en buenhora á un monasterio, mas hora dejadme hablarla, por Dios.

-Ya hablarla y yo os prometo sin hablarla no volver.

-Dejadme al jardín entrar.

-Yo no os lo puedo otorgar sin permiso del vicario.

-¿El vicario! inéme á él con mi intento, y á decirle;...

pero os mejor escribite; dadme tintero y papel.

Figúese un breve silencio interrumpido tal vez, ó por la tos de la dueña que sentada en el dintel del ancho portón del patio ya dormitaba á placer, ó por las fuertes pisadas del joven hidalgo, quien entre gozoso y colérico con pronunciada altivez paseaba inquieto á lo largo del leucotio; después giró sobre su eje el torno y halló D. Enrique en él para escribir al vicario lo que habia inuestre;

Y haciendo de un roto banco silla y bufete á la vez, escribe, y al buen prelado espone, atento y cortés las razones que le obligan á pedirle tal merced.

-Dícele, que en una-prima que en la precisa estrechez de aquel claustro se sepulta, cifra su esperanza, aquel que dió su sangre mil veces en defensa de la fe.

31

Dícele, que un padre anciano,
sin mas apoyo y sostén
que aquella niña, que víctima
de algun capricho tal vez,
á la oscuridad de un claustro
fuese inesperta á esconder,
llora sin tregua, y añade
y da por cierto tambien
que la vida ha de costarle
al buen viejo; y que ni es ley
de todo el que nace humano,
ni á un prelado le está bien
consentir el que así muera
quien por Cristo y por su fe,
su vida, que ahora pelagra,
espuso mas de una vez.

Y en fin concluye diciéndole
que si necio ó descorés
no da á su demanda oído
se irá con su queja al rey:
que el rey atiende las suplicas
de un hidalgo de su preo.

Poco esperó D. Enrique
la respuesta á su papel,
que al cabo de unos instantes,
al honrado feligrés
del convento, y portador
de su pliego, vió volver
con otro pliego en la mano
rotulado „A sor Inés,
Abadesa del convento
de las carmelitas“.... „Leed,
dijo el hidalgo á la monja
después de hacer que el papel
á dar á sus manos fuese
por el toro; abrióle pues
la Abadesa, y con enojo
leyó la respuesta en el
que en favor de D. Enrique
daba el vicario; esta fue:

„Que atendidas las razones
que el forastero tenia
para entrar, entrar podía,
mas bajo estas condiciones.

Que abiertas ya los cerrojos,
por sí con la vista en algo

pecar pudiera, al hidalgo
se le vendasen los ojos.

Que á la voz de una campana,
que al efecto se tocase,
por precaucion se encerrase
en su celda cada hermana.

Y que en ella se estuviera
sin vista, ni voz ni oído,
hasta que el mismo tañido
la campana repitiera.

Que dos de ellas, bien cubiertas
con el velo acostumbrado
condujeran al vendado
por corredores y puertas.

Que con él hasta el jardín
las dos tambien se salieran
y que allí testigos fueran
de sus acciones, y en fin,

Que despues que su misión
haya el mancebo acabado,
por donde, y como hubo entrado
salga, y se cierre el porton.

Hízose al pié de la letra
cuanto mandaba el vicario;
corrieron los cerrojos
vendose al punto el hidalgo;
sonó ronca una campana
y quedó desierto el claustro.

Cubriéronse las dos monjas
con sus respectivos mantos;
púsose la dueña en pié
á la voz de Enrique, y ambos
en el sagrado recinto
de aquel monasterio entraron.

Poco despues de su jardín ameno
emboscados los dos tras la curamada,
ansiosos esperaban, que María,
por sus floridas calles se asomara.

Inmóviles, silenciosas las dos monjas
y de aquel sitio á regular distancia
se preparaban á escuchar, medrosas,
la escena, que sacrilega llamaban.

(Concluirá.)

CARTA APOLOGÉTICA

de D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articlejo á Calamocha, con motivo del sueño que este tuvo y cuya descripción publicó en el LICEO MEXICANO, bajo el rubro de

EL OCEANO DE TINTA.

Periodico-polis y Julio 12 del año de gracia de 1844.



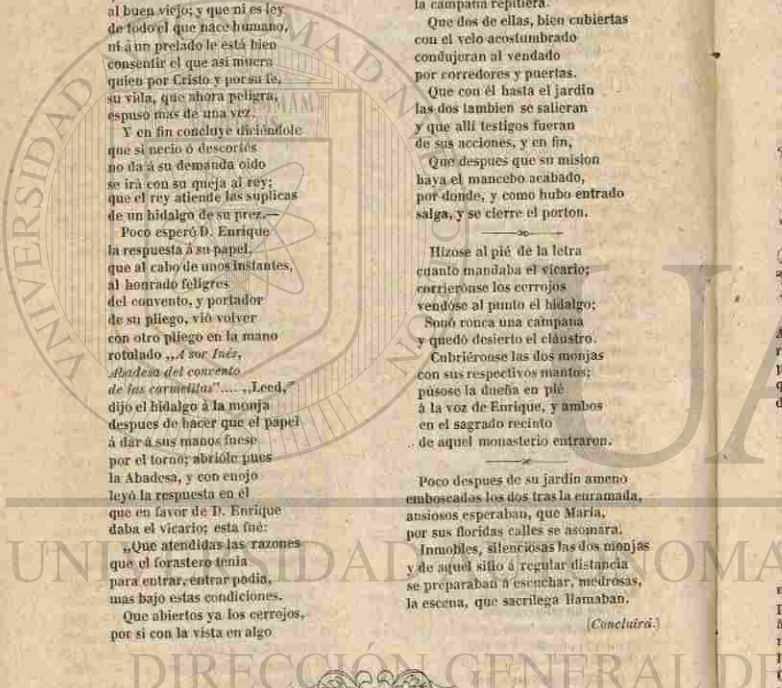
ENOR Calamocha: A pesar de que no he tenido la desventura de conocer á V., doy por supuesto que ha de ser uno de esos moralzuelos barbiponientes y temerarios sin mas erudicion que la que puede proporcionar la gramatica de Antonio de Lebrija mal traducida y peor decorada, y sin mas saber que el que buenamente se pueda extraer de las obras de esos escritores á quienes vienen como de molde aquellos versos de Parry:

„Ha cervical; mais, hélas! quelle écrit!
„Ha entassent dans leurs tristes récits
„Les vices des gens, et les monnes sauglantes,
„Les sottis gobeles, les grilles, les cochets,
„Des rhapsodes de Lucrèce galantes,
„De grands malheurs, et des crimes noirscaars,
„Des chaires de lune, et puis les epicurians,
„De longs sermons, des amans sans amour,
„Des spears blancs, des tordiboux, que figurent...

Repito que juzgo á V. individuo de esa numerosa corporacion de sabios que ha tomado por asalto el Templo del Saber, lanzando de él á los legitimos poseedores con la misma urbanidad con que Cromwell lanzó del Parlamento á los representantes del pueblo inglés. Si Sr. Calamocha, escritor empirico y novel V. me ha venido á afirmar en que es cierto, certísimo aquel prologo que dice: „No hay cosa mas atrevida que la ignorancia.“ ¡Atraverse V. á criticar á los periodistas como nosotros! Válgate Dios por el tal D. fulano Calamocha y que hueco y que horondo que estará con su

mal zurcido papasal! ¿Y creerá V. que no la habiamos de contestar? Pues, á fé mia, que se ha pegado chasco. Escuche con la debida humildad la siguiente repasata y no vaya á suponerse que le respondemos porque nos hagan mella sus sosas agudezas, sino porque, siendo hecho averiguado que en esta tierra de bendicion siempre se adjudica la palma de la victoria al que habla al último, esta consideracion nos obliga á quebrantar el silencio del desprecio. Y no se espante V. de que le hable en primera persona de plural, porque esto dimana de que así como el Cancercbero era segun Shakespeare „tres caballeros á la vez“ *three gentlemen at once* así tambien yo, D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articlejo, soy ni mas ni menos que todos los periodistas que V. ha injuriado, y algo mas. Tenga V. la bondad de poner ese *algo* mas despues de *periodicos* y dispense la molestia.

Comienza V. por eltar á Ciceron. ¿Donosa ocurrencia! ¿Que no sabe V. „pobre hombre, que ya no se usa Ciceron? Sigue V. con motivo de esto diciendo que los hombres ven reproducidas en el sueño las ideas que mas impresion les han hecho mientras despiertos, y que de consiguiente V. como periodista piensa todo el dia en su periódico y con él debió forzadamente de sonar. Pues con esto (si no hubiera otros méritos) bastaba para calificarle de periodista estúpido é indigno de semejante nombre. Amigo, el verdadero periodista no se acuerda del periódico mas que el día del corte de caja mensual: ya se ve, V. será uno de esos



seres viles y rastreros que escriben de valde. ¡Puf, que asco!

Dejémos aparte la peregrina idea del oceano y démosle á V. el parabien por el adecaadísimo simíl que encontró para sí y para sus compañeros. En efecto, ese simíl prueba la exactitud con que podemos decir: que *no tenemos necesidad de calabazas para nadar.*

Por principio de cuentas le recuerda V. al Zurriago la desconunal y tremebunda batalla del Parian:

„Infandum, Regine, Jubes renovare dolorem.“

¿No considera V. que esa herida está fresquita, y que sus torpes dedos la han de volver mas dolorosa al manejarla? Milagro es que no dijera V. por añadidura que la crítica del Zurriago era puramente gramatical, que siempre escogia antagonistas débiles é insignificantes (como *terribi gratia* el Diario del Gobierno), que en todas sus campañas salía como Napoleón en Waterloo, cuñin, tantas cosas como podia haber añadido la viperina lengüa de V.

Muchas tengo que decirle á V. con respecto al Siglo XIX, porque no puedo perdonar la injusticia con que lo ha juzgado. El Siglo no es un periódico de tornasol como V. dice. El Siglo es una especulacion inocente que comenzó despues de esa revolucion llamada de la regeneracion (y que en efecto lo ha sido; pues que de entonces acá todos los mejicanos hemos mudado de piel); diga pues, que el Siglo comenzó con la regeneracion y despues con motivo de una *regeneracion* que le dieron á la libertad de imprenta; tuvo la prudencia de callar, advirtiendo en una peticion despidida que no seguia hablando porque le habian tapado la boca. Pasaron dias y como quiera que la libertad de imprenta se vio mas restringida, el Siglo por medio de una logica excelente formó este silogismo:

La publicacion del Siglo se suspendió porque no habia libertad de imprenta;

Sed sic est que ahora hay menos todavía que en la época de la suspension.

Ergo ahora se debe continuar la publicacion del Siglo.

Así fué; el Siglo volvió á aparecer y en sus editoriales habra V. leído con admiracion brillantes articulos de politica *general*. Esto prueba que no es un periódico de circunstancias. El Siglo sostuvo con calor las prohibiciones, y si bien despues defendió á espada desenvainada la introduccion de papel extranjero libre de derechos, esto fué por una razon intachable, esto fué por un motivo muy racional, esto fué... porque el Siglo XIX se imprime en pa-

pel. Nunca forme V. juicios temerarios, Sr. Calmocha; nunca infiera V. de la prudencia con que se maneja un periodista que el periodista tiene miedo, ni juzgue que se contradice cuando nó hace mas que defender sus propios intereses.

Injusto fué V. con el Siglo y nó lo ha sido menos con el Diario del Gobierno. Esta preciosa caricatura del Monitor, es interesantísima por la amenidad de su boletín, por sus elocuentes editoriales, por la armonia que siempre guarda con la representacion nacional, en fin, por otras muchas prendas que la caracterizan. Hay gentes menguadas que dicen que el Diario es un perpetuo panegirico que en *nada* se parece al de Trajano, que nunca contesta con razones sino con amenazas, que un dia dice que lo blanco es negro y al siguiente que lo negro es blanco, y al otro que ya no hay nada de lo dicho; pero todas esas calumnias son dignas de desprecio, y por lo que toca á las contradicciones en que incurre voy á referir una anécdota que viene muy al caso: defendia un abogado veneracion una causa en que habia dos fallos contradictorios del mismo tribunal y con el objeto de manifestar á los serenisísimos señadores el profundo respeto con que miraba sus disposiciones les habló de esta manera: *„Il mese passato le vostro eccellenze hanno giudicato così; e questo mese nella medesima causa, hanno giudicato tutto il contrario, e sempre ben.“* Lo mismo vosotros, mis queridos diaristas! Hoy decís uno y mañana otro, pero *sempre ben.* Pasemos al Cuadro Histórico, Sr. Calamochia, porque al hablar del Diario me entenezzo.

Pensaba yo darle á V. una buena felpa por la irreverente manera con que trata á ese venerable monumento de lo que hicimos y de lo que no hicimos, pero lo dejo para otra vez en atencion á que esta carta va siendo larga y todavía tengo mucho que decir.

Hémos aquí en el Museo. ¿Con que sus redactores hacen vapor sin fuego? ¿Con que *novelizan* la historia del país? ¿Con que no hablan español? Presumo lo que V. me podrá contestar; sobre poco mas ó menos será esto: Si, Señor, hacen vapor sin fuego porque escriben viajes sentimentales en el estilo de Sterne, sin haber estudiado á Sterne; *novelizan* la historia del país porque dicen que en el año de 1810 habia serenon en el pueblo de Dolores y porque ponen en boca de Morelos lo que jamas pensó decir; no hablan español porque... Basta, basta, esa es pura envidia: en su vida es V.

capaz de comenzar un artículo de costumbres con la gracia con que comienza este:

—Chó! chó! arrol! para!

—Arrea! chó! chó!

—Aqui tiene su merced los *audantillos*

—¡Hola! aqui están los burros.

—¡Arriba muchachos! ¡los burros!

—Este ligerito es el mío.

—Paulita.

—Chucha.

—Muchachis.

—A escoger sus cabalgaduras.

—Este es el mío.

—Tara ra ra, la ra rá: mamá este burrito es el mío.“ etc. etc.

No sé que quiere V. dar á entender cuando dice que el Correo francés (y no francés como puso el cajista de V.) iba cargado de diccionarios de la conversacion. ¿Será por ventura que de allí saca sus editoriales?

Grande impresion le han hecho á V. las trasposiciones de la Hesperia, y así debia por fuerza de suceder porque V. es incapaz de apreciar las bellezas del estilo; V. tahta de oscuras sus pomposas frases y yo le respondo que esa oscuridad es precisamente la que mas reales les da; eso es el punto de semejanza que tiene la Hesperia con los libros siblínos, cuyo principal mérito consistia en que *andio* los podia comprender.

Hasta aquí he logrado conservar la paciencia; mas mucho me temo que va á dar á pique la poca dosis que me resta, al ver lo que dice V. del Mosquito Mexicano.

La sangre me hierve cuando recuerdo la insolencia con que trata á un periódico cuyo noble fin es revelar los secretos de la vida privada, servir de instrumento á la venganza y al despecho, machitar la reputacion de los ciudadanos, y admitir y dar á luz toda clase de acusaciones por injustas y personales que sean... Sublime mismo la del Mosquito! ¿Y es posible que el empedernido corazón de V. nó le tribute la debida admiracion? *¡Tribú! ¡tribú!* como esclama D. Amadeo en la Marcela.

Con estraneza he visto que no ha atacado V. al Observador judicial oñandole en cara su propio nombre; un Zolito de su calibre hubiera dicho cuando menos que *ese* título de Observador indica que debia vigilar sobre todos los tribunales, indicar lo bueno y malo que en ellos hubiera, los medios de corregir los abusos, en fin dar el lleno debido á su mision, y no contentarse con presentar una segunda edicion de las providencias del gobierno.

Las objeciones que V. hace al Ateneo se re-

ducen á estas dos: 1.ª que tiene muchos redactores y pocos de ellos trabajan; 2.ª que el cuaderno suelto vale cinco reales. Á las dos le contesto á V. que

Non tali auxilio, nec defensoribus istis Tempus eget.

pues que V. ni es redactor de ese periódico, ni apoderado del público. Si le escuche á V. lo de los cinco reales suscribirse y de esta manera le costará tres, lo que es mucho mas barato, puesto que si habia V. de desembolsar cinco reales por número y despues de leerlo nó le habian de quedar ganas de gaslar otros cinco, de esta manera le sale por seis reales al mes y tiene V. el privilegio de no pasar sus ojos por él y dejarlo para que aprenda su casera geografa, lejislaion, y que sé yo que mas.

Con placer he visto lo que dice V. del Lucero de Tacubaya porque en eso ha descubierto la cortísima dosis de sentido comun con que á natura plugo dotarle. Hombre de Dios, cómo puede ser que el Lucero se dirija á Tacubaya, cuando allí mismo es donde se publica! Ya se ve, de á legua se conoce que V. no sabe lo que trae entre manos. No señor, el Lucero es un periódico libre, independiente, y acaso es el único de oposicion que existe entre nosotros. Á sus redactores si que se puede aplicar lo que en el cologio de los perros pone Cervantes en boca de Cipión. „Muy bien dices, Berganza, por que yo he oido decir desa bendita gente, que para republicos del mundo no los hay tan prudentes en todo el“...

Una sola cosa le ocha V. en cara al Tornavoz, y á lo más que es respecto de él tan injusto como con todos los demas. Sin embargo, se le debe agradecer el que no se entendiase, pues yo me esperaba que por lo menos hubiera dicho lo siguiente: „Los redactores del Tornavoz escriben muy de prisa y de consiguiente muy mal; su empresa es la mas descabellada que darsé pueda, porque el advertir sus defectos á actores que se tienen por otros tanto caballeros y damas *sans peur et sans reproche*, es obra de romanos; y el exortar á los imperturbables empresarios de nuestros teatros es predicar en desierto. No está todavía el público de nuestro país tan ilustrado que se atreva á silbar un mala pieza ó un mal actor; ano no ha reconocido la civilizacion su genial bondad; así es que sufre con paciencia los mamarrachos que le representan y las mneacas que le hacen, gasta su dinero y aplaude tal vez por un efecto de su benevolencia, de la misma manera que el manso corderillo lame la afilada cuchilla que le va

á segar la gola. ¿Y bajo tales auspicios se ha propuesto el Tornavoz por fin de sus tareas la reforma de nuestros teatros? Bien se conoce que sus redactores no se han penetrado de esta verdad: la posición del espectador de México es mas triste que la del *claqueur* de París." Una filípica por este estilo esperaba de su mordacidad.

Insciusiblemente me he estendido mas de lo que queria y voy á concluir esta carta antes de que me salga V. con que es muy larga y que no la puede insertar en el Liceo; pero no quedaria satisfecho si no me burlara de V. por la negligencia con que formó su artículo, pues que se le quedaron en elintero el Imparcial, el Comercio, el Ateneo Literario, y no sé que otros mas. *Non omnia possumus*, amigo mio, recuerde V. esa sabia máxima y vaya buscando algun destiello, porque hablando con toda sinceridad, tengo mis *barruntus*, como dice Tirabeque, de que ha de manejar mejor la azada que la pluma.

No crea que el despecto me ha inspirado esa caritativa insinuación; muy al contrario, me da V. lástima y por esto le ofrezco generosamente toda mi protección y salimiento.

Desea á V. completo alivio de la cómezon de escribir que tan fiero le tormenta, su atento servidor que B. S. M.

Pantaleón Zacarías Escribidor, Galisteo, de la Gerigonza y Articulojo.

Post-Scriptum.

Se me pasaba decirle á V. que no he defendido á la Guirnáida, supongo que de ella querria que se entendiese aquello de la matrona coronada de arzobispos, porque la lectura de ese periódico forma su mejor apologia. Leala V., si puede, y se convencerá de esta verdad. Le recomiendo á V. igualmente la oracion cívica del Sr. gobernador de California que ha publicado el Diario. No puedo menos de citar aqui las siguientes notables palabras de su exordio: "Concudadinos: hoy completa *ochocientos treinta y tres* *cuantos* el planeta que habitamos *al derredor de ese sol radiante*, desde aquel dia venturoso y de eterna remembranza en que vio consumada la independencia nacional. ¡Asombroso desenbrimiento! Pobre cronología, pobre historia, ¿es posible que no hubieseis caído en cuenta de que mil años antes de la creacion del mundo, ya nosotros los venturosos mexicanos cantábamos allá en la mente de Dios:

"Somos independentes,
Viva la libertad!"

Con lo dicho conocerá V. si este discurso no es de aquellos en que se ven unidas la ciencia y la elocuencia y cuya lectura produce equanimidad al paso que ejercita la paciencia. Vale.

LA PRIMAVERA.

OSPREO

ENDECHAS REALES.



A la apacible brisa
Soplando dulcemente
Fué el prado riente
Hojas esparce de purpurea flor.

Graciosa pastorillas
Con risa placentera
Forma danza ligera
Cubriendo el rostro virginal pudor.

La azucena que airosa
Desuella entre las flores
Con sus gratos olores
La vieta anuncia del florido abril.

Y ya en las selvas se oyen
Los cánticos suaves
De mil pintadas aves
Y el dulce son de flauta pastoril.

Contento deja el lecho
El labrador ansioso
Apenas ve gozoso
De la mañana el fulgido arbol.

El tierno corderillo
Rezoza en la llanura
Y en la corriente pura
La llama templo del ostivo sol.

Mas oh fatal destino
Tras el verano hermoso
Camina presuroso
El cano invierno con adusta faz.

Así á los bellos dias
De juventud brillante
Sucedé el fiero instante
Término triste del vivir fugaz.—J.



LA CALMA.



ACIA el fin del decimo septimo siglo, el navio „Comercio” que iba del Hávre á las Antillas naufragó en alta mar á poca distancia de la costa de Portugal; gran porcion de agua se introdujo por la quilla y el navio zozobró á pesar de los esfuerzos de los marineros y la tripulacion, que se componia de veinte y ocho hombres fué sumergida en los abismos del oceano.

Por un instante se vieron flotar algunos hombres sobre las olas; sus gritos y amargas quejas llegaban hasta las nubes; tres fueron los únicos que sobrevivieron abrazados de los restos de un mástil.

Estos tres desgraciados flotaron todo el dia á merced de las olas, y en vano buscaban del lado del horizonte un terreno en que pudiesen abordar á un buque que los recogiese; lanzaban melancolicas miradas al cielo aun cubierto de nubes; y sintiendo la disminucion de sus fuerzas, rogaban fervorosamente y lloraban de desesperacion, pero nada aparecia en el inmenso y solitario espacio, y el fatal momento se acercaba en que sus manos yertas y tiezas iban á abandonar el mástil que los sostenia.

Enfin, hacia media noche, con la apacible claridad de la luna, percibieron una costa desconocida y un buque medio encallado, cuyo casco se confundia por la oscuridad con las rocas de la costa. Uno de los naufragos quiso sacar algo su cuerpo para dar voces anunciando su desgraciado estado, pero sus esfuerzos fueron vanos, afortunadamente la corriente los conducia hacia la playa con direccion al buque, de donde fueron divididos é inmediatamente salvados.

El buque que los recogió llamado el „Formidable” se dirijia á la Pointe-Pitre, pero la corriente lo habia arrojado sobre las rocas, y á pesar de esto poco habia padecido, y aguardaba

solamente la subida de la marea para hacerse á la vela. En efecto, el siguiente dia el „Formidable,” se alejó con un viento próspero. Era un excelente velero, sólidamente construido, y durante algunos dias caminó con velocidad, pero pronto cesó el viento, una calma completa puso al buque inmóvil y ninguna maniobra pudo hacerlo avanzar. La mar estaba tan tersa como un espejo, y el sol brillaba en medio de un cielo sin nubes.

La agua y los viveres comenzaron á fallar y la tripulacion experimentó los horrores del hambre. La carne fresca que habia á bordo se habia acabado hacia algunos dias y la salada pronto fué consumida. Procuraron cojer pescados formando unos trapes y estopa, pero á pesar de este ardid la escasez no tuvo buen éxito, y la calma continuaba.

Si la escasez es espantosa cuando aflige nuestros campos, cuanto mas terrible es en un buque, donde no hay medios de evitarla; figuraros unos seres humanos hacinados en un estrecho espacio, separados únicamente por algunas tablas de los profundos abismos del oceano, abrazados por los rayos del sol, pálidos y macilentos, disputándose alimentos medio podridos, que cada dia se disminuan, sobreviviendo á penas una existencia próxima á esquivarse, alimentándose con paja, deshecha y cuero, pensando cuya sola idea oprime el corazon; pensad lo horroroso de esta muerte, consecuencia inevitable de tormentos tan atroces, lejos de su patria, de su familia y en total abandono entre el firmamento y el mar, sin socorros, sin consuelo, pues el infortunio nisia á los hombres; en estas fatales circunstancias el instinto de conservacion habla solamente, todos los lazos están rotos, y todos los sentimientos generosos apagados por el vil egoismo.

Tal era la situacion de la tripulacion del „Formidable,” habia llegado á este grado de afliccion y de miseria de que los anales de la ma-

rina presentaban varios ejemplos, en cuyos casos se concibe la triste idea de sortear para inmolarse una víctima al hambre de los otros. Esta idea homicida estaba pintada en todos los semblantes y miradas; sin embargo ninguno se atrevía a preferirla.

Una tarde se hallaban reunidos los tres naufragos del „Comercio“ en el alcázar de atrás y uno de ellos llamado Lachan se levantó apresuradamente y se dirigió al castro de los marineros del „Formidable“.

„Amigos míos, les dije, con voz débil, cuando me hallasteis en medio del océano estaba destinado a morir, vosotros fuisteis mis libertadores, os ofrezco mi vida para prolongar la vuestra algunos días; no tengo parientes ni familia y así me entrego sin temor a la muerte; la suerte podría tocar a otro que abandonaría a sus hijos y a su cara madre... vale más que voluntariamente sacrifique mi existencia... Mis últimas plegarias serán dirigidas al todopoderoso por vosotros. Plegue al cielo cese la calma que os detiene y podáis abordar a alguna playa donde encontraréis socorro!“ Esta proposición fue escuchada con horror; mientras más generosa y sublime parecía, más vacilaban en aceptarla; ninguno osaba proferir una palabra; la humanidad, la moral y la razón conservaban aún en los corazones

un imperio, que aunque débil, se sobreponía al del hambre. Las sensaciones que agitaban a los marineros del „Formidable“ eran de aquellos que son indefinibles si no se han experimentado, y muy pocos de los que han pasado por estas crueles pruebas, han sobrevivido para relatar sus padecimientos.

Un marinero flaco y macilento que roía en un rincón un pedazo de cuero hizo esfuerzos y se medio levantó, agarró una hacha se arrastró hasta cerca de Lachan y le descargó tal golpe que le derribó a sus pies. No procuraré describir la espantosa escena que sucedió; cuando se lea la relación del naufragio de la „Medusa“ se encontrarán pormenores análogos a los que aquí suprimo; mi único objeto es hacer ver hasta que punto puede llegar la abnegación de sí mismo. En mi concepto ningún acto heroico es comparable al de este marino oscuro, que dió su vida por salvar la de sus compañeros.

La misma noche sopló el viento y a otro día desembarcaron en las Azores, donde la tripulación olvidó sus fatigas y sus tormentos. De manera que un solo día hubiera salvado al designado Lachan y exitado a los marineros, un crimen que en misma situación no puede disculpar.

T. por L. M.

SAN VICENTE DE PAUL.



BIEN lea con atención la vida de S. Vicente de Paul, luego se persuadirá de que Dios mandó a este gran santo a la tierra para cumplir en aquellos tiempos con altos designios en la Iglesia y ejercer un poderoso influjo en los venideros. A los ojos de los fieles se presenta como un fenómeno en el orden de la gracia, que da testimonio de la acción constante del Autor de la religión, quien la hace triunfar en las luchas que sostiene contra las

pasiones humanas, quien la consuela en medio de las tribulaciones que padece, quien repara las pérdidas que tiene, quien convierte la sangre de sus mártires en fecunda semilla de cristianos, quien la mantiene en medio de las catástrofes y trastornos del mundo, inmóvil siempre en el seno de las tempestades, siempre poderosa para curar las heridas del cuerpo social, siempre fecunda para multiplicar sus beneficios en la tierra y sus elegidos en el cielo.

Hace ya cerca de dos siglos que terminó S. Vicente su larga carrera de buenas obras pa-

Lito. Mexicano.



S. VICENTE DE PAUL.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ra ir a recibir en el cielo la corona inmortal debida a sus méritos, y su memoria está tan presente, que parece que murió ayer. De un polo al otro pronuncia su nombre con veneración; en todas partes son sus obras conocidas, y solamente el recuerdo de su vida, despertando dulces emociones en el corazón. Todos los proyectos que tienen por objeto el alivio de la miseria, buscan el patrocinio de S. Vicente, y para interesar las almas cristianas en favor de la indigencia se apropiaban sus sentimientos, tomaban sus palabras y citan su ejemplo. Rara vez se lee dos veces la vida de otro santo; pero la de S. Vicente de Paul se lee y vuelve a leer con más gusto; porque gusta el espíritu de meditar el misterio de la gracia divina que se obró en él; de contemplar la profundidad de las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios, que presentan las maravillas que obró el Señor mandándolo por instrumento. Si el corazón del lector llega a penetrar en el hermoso, noble y grande de S. Vicente de Paul, sentirá que se dilata, se enciende, se abre a las tiernas emociones de la caridad; y cuando se recorren todas las circunstancias de su vida, nadie es dueña de dejar de apropiarse algo de la celestial atmósfera del santo. Y luego queda un no sé que, que anima a seguir la virtud y mejorar de conducta.

Con mucha elocuencia nos dice la vida de este gran santo que Dios es admirable en sus caminos; y también nos demuestra cuán diversas son las obras de la religión de las obras humanas. ¿Quién es S. Vicente de Paul a los ojos de los hombres? Un gran genio que supo concebir grandiosos proyectos para el bien de la humanidad, y que supo también procurar medios poderosos para realizarlos: un genio extraordinario, dotado de sentimientos elevados y sublimes ideas que ha inmortalizado su nombre, repartiendo innumerosos beneficios por todo el mundo. Pero de este modo, esto es, reduciéndolo a las proporciones, aun cuando sean las más perfectas, del espíritu humano, se hace pequeño a este grande hombre y se le quita a su vida todo el atractivo y la fuerza que tiene para el corazón; y si la religión ha elevado en sus alturas a S. Vicente de Paul, es porque mira en él algo más que un hombre privilegiado por la naturaleza; pues ve una obra maestra de la gracia, un instrumento de la Providencia divina que se declara el consuelo de los afligidos, la protección de la viuda y del huérfano, y que vela incesantemente por el alivio del pobre y del necesitado. Mira en él la religión un hombre extraordinario, destinado a obrar maravillosas acciones, pero sin recibir más inspiraciones que las del cielo y sin más poder que el de la gracia; un hombre que no derrama en la tierra sino los beneficios que saca de los tesoros de la bondad de Dios, y que camina por la carrera de sus buenas obras conducido por la mano de aquel que formó su corazón y le dotó de sentimientos de compasión y misericordia.

Hay otra cosa más en él, y es el prodigio más edificante y más admirable de su vida, y el prodigio de la humildad cristiana: para que desempeñe su alta misión es preciso que el poder humano sea unido en él. En los desgracias del Señor va creciendo a medida que se cree más pequeño, y obra grandes cosas cuando se juzga incapaz de hacer el más pequeño beneficio: cuando se oculta a la vista del mundo y se esconde en un oscuro rincón, entonces se hace el objeto de la admiración y del reconocimiento de los pueblos. En esta conducta está el secreto de cómo es un hombre de Dios a propósito para toda obra buena. Desde el momento en que las ideas del mundo dejan de ejercer un imperio en su espíritu, se hace instrumento digno de la divina Sabiduría; y en cierto modo la Providencia se identifica con él, y forma con él un todo, porque es seguro que no le arrebatará la gloria de sus obras. Sigámosle en la larga y brillante carrera que recorre: ninguna maravilla obró S. Vicente, ni aun tan solo tiene el pensamiento de obrarla; los lugares en donde trata de esconderse son precisamente el teatro, en donde contra su prevision va a manifestarse más su virtud; las ocasiones de hacer un bien se presentan por sí solas, y tales son las circunstancias, que aun cuando él deseara evitarlas no le es posible; teme llamar la atención de los hombres, procura que otros hagan las obras que se le presentan, pero a su pesar se ve obligado a realizarlas. Admira todo el mundo la caridad inimitada que derrama su corazón, las empresas gigantescas que salen de sus manos y solo él no puede explicar la causa de esta admiración; asómbralo el que otros se admiren y asegura ingenosamente que no ha tenido ni la idea de hacer lo que se le atribuye. ¿Cuán superior es todo esto a los pensamientos humanos!

Bello cuadro presenta a la meditación del cristiano la obra de Dios en este gran santo; véase con ternura que la Divina Providencia va a buscar el instrumento de sus maravillas, no entre los poderosos y sabios del siglo, sino en la oscuridad, en la pobre cabaña de un miserable labrador; prepara en secreto su corazón

para la misión sublime que se le ha de confiar, dispone a su derredor las circunstancias propias para cumplir sus designios, y lo lleva como de la mano, sin que él lo conozca, por toda la carrera que ha de andar para gloria de Dios y felicidad de los pueblos. ¡Cuán hermoso es meditar la obra de Dios en este hombre pobre, desconocido de los hombres, sin fortuna y sin esplendor, y que poco á poco llega á ser en la escena del mundo un hombre extraordinario, cuya memoria pasará á la más remota posteridad, y será en toda la tierra venerada! Su alma crece á la par de su cuerpo, *acciona en edad y prudencia*, su corazón se dilata gradualmente con el fuego precioso de la caridad que debe consumirlo toda su vida. Educado en la escuela de la gracia y guiado por sus luces, se le ve ensayar las fuerzas de su zelo, extender insensiblemente el círculo de sus buenas obras, y saltar en poco tiempo los límites de la Francia y abrazar en cierto modo todos los lugares, con la extensión de su caridad y todos los tiempos con su duración: es semejante á un río cuyas aguas toman origen en un oculto hueco de un peñasco, fertiliza en sus vueltas los lugares en donde nace, atraviesa después los límites de los imperios y lleva luego á climas lejanos la fertilidad de sus aguas.

Es la vida de este gran santo el más asombroso prodigio de los que obra en el mundo la religión y el más inexplicable para el espíritu humano. Un pobre sacerdote, que nació en una choza situada en un rincón de la provincia más inculta é ignorada de Francia, cuyos primeros años los pasa en bajas ocupaciones, que no puede alegar ni su nacimiento ni su fortuna, ni la protección de los grandes: sin mas recursos que los sublimes sentimientos de su corazón; sin mas amigos que los desgraciados; sin mas tesoro que la caridad pública este pobre sacerdote, cada paso que da en la carrera de la vida va marcado con una maravilla, y llega á tener tal influjo en su siglo, que cambia el estado de la Iglesia y de la sociedad en toda la Francia, y se estiende luego á toda la Europa y á todos los puntos del universo. Por su virtud es llamado al palacio de los reyes para bendecir los últimos instantes de un hijo de S. Luis; por ella entra en el famoso consejo de conciencia que tenía en sus manos los destinos de la Iglesia de Francia, y llega á subyugar de tal modo á todos los miembros, que sin su consentimiento especial no es posible ninguna promoción al episcopado, y así quedó ya cerrado el santuario de las dignidades eclesiásticas á

la intriga y al favor, pues solo el merito es el título que allí tiene lugar: desde entonces se ven elevados á la silla episcopal, en todos los puntos de la Francia, santos pontífices que miran solamente en el augusto carácter que les reviste la obligación de dedicarse enteramente á la gloria de Dios y al consuelo, á la felicidad, á la salud de los pueblos que han confiado en su vigilancia. Desde esta época, semejante al sol cuyos rayos benéficos llevan el calor y la vida á todos los objetos de la naturaleza, desde las gradas del trono en donde su virtud lo colorea comunica la llama de su alma, reanima el espíritu del sacerdocio y el zelo de la casa de Dios, hasta los últimos grados de la gerarquía eclesiástica, y prepara á la Iglesia de Francia el siglo hermoso que por siempre será de gloriosa memoria. Siéntese en todas partes su influjo y en todo lugar se abre una nueva era á la religión por sus afanes ó por sus consejos; en todas las diócesis se abren como por encanto los seminarios, esos asilos sagrados de la inocencia y de la piedad, en donde bajo la sombra de los altares van los levitas á instruirse en las angustias funciones que han de desempeñar, y que se hacen la fuente en donde beben la ciencia y la virtud que caracteriza al clero de Francia: levántase por todas partes casas de retiro para que en la soledad y meditación se preparen los discípulos del santuario para recibir los órdenes sagrados, y en donde los operarios del Evangelio van á descansar de las fatigas del ministerio, á resaurar sus fuerzas y templar de nuevo su zelo por la gloria de Dios y la salud de los pueblos. A S. Vicente de Paul se debe el primer establecimiento de esos retiros que mantienen tan admirablemente la pureza y fervor del espíritu sacerdotal, que atraen á tantos pecadores al camino de la virtud; y que han servido y sirven aún de tanto consuelo á la Iglesia no solo de Francia sino de todos los puntos del universo.

Véase esa numerosa tropa de misioneros que se dispersan por todas las aldeas y lugares pequeños, disipando la ignorancia, despertando la fe, estirpando los vicios y la corrupción, sembrando la virtud en todos los corazones, y en una palabra, regenerando los pueblos, restableciendo las prácticas santas de la religión y renovando el aspecto de todas las provincias: quién los envía, los conduce y los dirige? S. Vicente de Paul. Una vez, cual otro Josué, se pone á la cabeza de ellos para animarlos y tener parte en sus trabajos evangélicos; otras como Moisés, levanta sus manos al cielo mientras que ellos combaten en el campo. Los se-

minarios regeneran y perpetúan el sacerdocio, los retiros y las misiones restablecen las buenas costumbres y la piedad en los pueblos; toda la Francia toma un nuevo aspecto por el zelo de un pobre sacerdote, de S. Vicente Paul. La fama de los prodigios que obra en el orden de la gracia se estiende á lo mas remoto; parece que su alma se multiplica; hace su influjo que por todas partes se levanten hombres de Dios, que con el impulso de su espíritu obran y se quieren asociar á la misión que tiene que desempeñar con el fin de aumentar sus beneficios. La Polonia, la Italia, las Islas Hébridas, el África, Madagascar, participan del ardor de su zelo: Roma tambien siente sus efectos salutarios, llama á su seno á los sacerdotes que se formaron en su escuela y quiere tener las instituciones que fundó en Francia.

Penetra esta poderosa acción de S. Vicente de Paul hasta las entrañas del cuerpo social para sondear y curar todas sus heridas, y la ardiente caridad que Dios infundió en su corazón y con la que lo hizo un instrumento digno de sus misericordias y de su gracia no se limita á regenerar las almas en la fe, sino que abraza todas las miserias humanas para aliviarlas. Y su vida se presenta en este punto como una serie no interrumpida de prodigios, y en esto aparece la profundidad de las riquezas y de la ciencia de Dios, de quien es ministro. El galeote que ruje con las cadenas que le han forjado sus crímenes y el huérfano modesto espuesto al doble riesgo de la deshonra y del hambre; el niño expósito (1) y el viejo agobiado de años y miserias; el demente errando en un oscuro rincón; el noble arruinado y el arriero sin trabajo y sin pan; el soldado herido en el campo de batalla y el enfermo pes-

[1] *Cayrefigu*, autor de un excelente compendio de la vida de S. Vicente de Paul, al hablar de la caridad de este santo para con los niños expósitos, dice: «Tronco á la vista un niño pediatado por estas caritativas «mujeres [las Hermanas de la Caridad] que estaban encargadas del cuidado de los expósitos: este libro es una «depósito de relación de los niños nuestros que hacia S. «Vicente de Paul en la ciudad de París, para recoger á «ellos niños abandonados, y un verdadero diario del esta- «blecimiento sostenido por los cuidados de las señoras del «Hospital».

«25 de enero. Ha llegado el Sr. Vicente como á las once de la noche: nos ha traído dos niños, uno parece que «tiene seis días de nacido; el otro es un poco mas grande, «estaban llorando las pobres criaturas: La superiora les «ha puesto nodrizas».

«25 de enero. Las calles están cubiertas de nieve. Es «tiempo aguardando al Sr. Vicente etc.»

traído en el lecho del dolor; en fin, todos los desgraciados son el objeto de sus afanes, todos son según su bella expresión, *su peso y su dolor*. Cuando los desastres de que la Lorena fué el teatro, hicieron huir hácia el pueblos enteros reducidos á la mas espantosa indigencia; cuando la persecucion de Escocia y de Irlanda, obligó á una multitud de víctimas á atravesar los mares para pedirle socorro y proteccion; cuando la peste, la guerra y la hambre desolaban una tras otra las provincias mas hermosas de Francia, y llevan á todas partes el pillage, la consternación y la muerte: este pobre sacerdote, que nada tiene, es bastante para aliviar las miserias, para consolar á todos los desgraciados y para socorrer todas las necesidades. ¡Oh cuán bellas son las páginas de la historia de nuestra religión, en que se manifiesta á S. Vicente de Paul en medio de tantos desastres y de tantas ruinas, luchando con perseverancia contra los esfuerzos del ángel exterminador que derramaba por todas partes el caliz de la amargura y del dolor! ¡Cuán grande y admirable nos lo presentan en los prodigios que hizo para socorrer á los pobres, llevando en su corazón el genio de la caridad divina, y asemejándose á una benéfica nube que por todas partes por donde pasa derrama abundantemente los socorros y el consuelo! Párese á un gran depósito que por mil canales transmite á todas las almas abatidas el frescor y la vida; es el hombre de la Providencia que comunica su compasión y su misericordia á todo el que lo rodea y todo lo que se le acerca. Quién lo formó á propósito para ser padre de los pobres, excita por medio de él en todas las almas generosas una sed ardiente de obras buenas. ¡Qué bello espectáculo nos presenta el poder de este santo sacerdote que entranse á todas las almas, que saca de todos los tesoros, que pone en movimiento á todo París, que se atrae á la carrera de las buenas obras á los hombres mas ínteres de la época, que con el ascendente de sus virtudes obliga, por decirlo así, á que se derramen en el seno de los pobres la abundancia de los ricos! Es á la vez la serpiente que bronce puesta en el desierto, á la cual mirando todos los desgraciados encuentran alivio, y el centro en donde se reúnen todos los rayos de caridad que saltan de todos los corazones. Estiéndase la vista por todos los puntos de Francia y véase la llama de caridad que brilla por todas partes; admírense esos magníficos palacios abiertos en París á todas las miserias, frutos todos del zelo y actividad de S. Vicente Paul; véase á todas las provincias animadas con su

ejemplo, movidas con sus exhortaciones, haciéndose émulas de la capital y reproduciendo las maravillosas instituciones que en el seno de ella ha levantado. ¿No es cierto que parece que el fuego de su alma hace brotar prodigios por todas partes? ¿No es cierto que datan de su época todos los establecimientos benéficos que tiene la Francia y otras muchas naciones, y que son tesoros abiertos siempre á todas las necesidades humanas, esas sociedades de obras buenas que se han multiplicado tanto y que bajo diferentes formas conocen y socorren toda miseria; esas oficinas de caridad, esas congregaciones hospitalarias cuyas generaciones incesantemente se reproducen y siempre en mayor número, siempre mas afanosas por el alivio de la humanidad doliente y que son el honor y la gloria de la Iglesia de Francia?

Parece pues que la historia de la vida de S. Vicente de Paul, debe identificarse en adelante con la del mundo cristiano, y no debe acabar sino con ella. Al dejar la tierra dejó en ella la actividad de su alma y la llama de su corazón. Sobreviven caras veces al hombre sus obras, y si conservan algun resto de existencia, es como soplo que continuamente se debilita y pronto se disipa: como un edificio levantado en la arena, al que deteriora la lluvia, sacude el curso de los años, y destruye el viento y la tempestad. Mas son al contrario las obras de la religion; porque son obras del mismo Dios; los santos son los instrumentos de que se vale para producir las, y ellas participan de su inmutabilidad; son como la casa construida sobre la roca, á la que consolida mas el tiempo y las intemperies de las estaciones; como el árbol agitado por el huracan que sus raíces se abulta á su impulso para echar raíces mas profundas. Mirase grabado ese carácter de inmutabilidad en todas las instituciones de S. Vicente de Paul; aun vive en medio de nosotros como vivia hace dos siglos, y en vez de perder la fecundidad con el curso de los años, su caridad parece mas activa cada dia y su influjo mas poderoso; aun permanecen en pie los establecimientos que abrió á la humanidad afligida, y han sobrevivido á todos los trastornos, á todas las catástrofes que han transformado el orden social. La segur de la revolucion ha destruido todo en Francia, pero no ha podido atacar las instituciones de S. Vicente de Paul; y si esta nacion en el siglo XIX en nada se parece á la de su siglo, es sin embargo enteramente la misma en cuanto á la accion de la caridad que entonces puso en movimiento. Puede decirse que

el espíritu de este santo ha sobrenadado en el diluvio de las calamidades que han afligido á la Francia, como el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas del caos; y al quitar las ruinas que cubrian el suelo de esta desgraciada nacion, para colocar de nuevo los cimientos de la sociedad, se han encontrado en pie todas las obras del pobre sacerdote, llenas de su vida primitiva y de nuevo vigor. Hasta hoy manan todavia los niños espositos la leche de la caridad cristiana, y luego que su lengüecilla se desata pronuncia y bendice el nombre de S. Vicente de Paul; subsiste todavia, á pesar de las miserias de los tiempos y de los obstáculos que pone la impiedad á su desarrollo, subsiste este instituto admirable, gloria inalienable de la religion; todavia los viejos y los huérfanos enfermos y los indigentes estan en posesion de los asilos que le abrió y reciben la misma asistencia que por sus cuidados recibian; su caridad que comunitó á tantas almas generosas, nada ha perdido de su fuego y su influencia sobre los corazones es hoy tan poderosa como lo era en los dias hermosos de su vida. Han querido algunos, por odio á la religion, substituir la palabra beneficencia á la caridad cristiana, pero hasta estos sin saberlo participan de la llama de amor á los pobres que dejó ardiendo en el suelo de Francia. Véanse los edificios que estos han querido levantar: no son mas que una pálida y mezquina imitacion de los prodigios que obró; nada nuevo han hecho en esto, y todo lo que hacen es simulacro sin vida de la caridad cristiana, así como el culto de la heresia es frio recuerdo de la fe; y todavia mas: su beneficencia es el débil resto que se halla en sus almas del movimiento que imprimió S. Vicente de Paul á toda la sociedad en favor de la humanidad afligida.

Hizo á las Hermanas de la Caridad herederas de su amor á los pobres y depositarias de su gran corazón, y ellas mantienen, perpetúan y desarrollan mas que nunca hoy las obras que les encomendó; mas numerosas que en su siglo hoy, concentran muy limitada el suelo de Francia para la extension de su caridad; Polonia tiene un gran número; Italia, España y otros países admiran su ingeniosa caridad y aprecian sus sacrificios y su dedicacion. La congregacion de los misioneros de quienes ha sido y es el padre, sin haber tenido ni aun la idea de serlo, segun el mismo lo confiesa con admirable sencillez, ha conservado el fuego sagrado de su espíritu y de su zelo; perpetúa su ministerio apostólico y extiende sus beneficios hasta los confines del mundo. Mirase el día

de hoy á un crecido número de estos sacerdotes evangelizando un inmenso terreno de la China, entrando en los desiertos de la Tartaria, siguiendo la errante carrera de los pueblos salvajes que la habitan; miranse dispersos en todos los puntos de la vasta Turquía, sosteniendo la fe en los pueblos católicos que gimien bajo el cruel dominio del Crescente trayendo á la Iglesia los muchos herefticos del Oriente, moviendo y convirtiendo á los infieles; miranse alentados por un heroico valor instruir en su salud á los salvajes de América, acrecentar el rebaño de Jesucristo y poblar el cielo de una multitud de bienaventurados que por siempre bendeciran el nombre de S. Vicente de Paul.

Podemos pues decir con mucha verdad que S. Vicente de Paul vive siempre entre nosotros; la mision que tuvo que desempeñar en la tierra no terminó con su último suspiro; continúa aún y desenvuelve las obras que fué llamado á levantar y ejercer todavia su influencia saludable y poderosa sobre todo el mundo; agreguemos tambien para consuelo de la Iglesia de Dios que vivirá y desempeñará sus funciones hasta el fin de los tiempos. Parece que la Providencia lo envió al mundo para que fuese siempre una prueba visible de la Divinidad de la santa religion que formó su corazón y le inspiró sus admirables proyectos. Escapa todo lo que le pertenece hasta de la censura del mundo, y no hay en toda su vida una sola circunstancia que dé ocasion á los ataques de la impiedad. Admirarlo contra su voluntad los enemigos de la religion, pronuncian su nombre con respeto, y lo que únicamente sienten amargamente es no poderlo borrar del catálogo de los santos para escribir su nombre en la lista de sus hombres filantrópicos.

Será como ha sido siempre el mas perfecto modelo tanto del sacerdote como del simple fiel; por que en él se encuentran reunidas las dos vidas que forman la perfeccion evangelica: la vida de Marta y la vida de Maria; la union de la piedad mas sublime y verdadera con la mas ardiente accion de la caridad. Encuétrase en él con particularidad el principio de toda grandeza, de toda virtud á los ojos de la fe, el resumen de toda la religion, el divino secreto de obrar maravillas y hacerse digno instrumento en las manos de Dios: esto es, una profunda humildad. Debemos decirlo: no es de admirar que la Providencia obre prodigios de toda clase por el ministerio de un pobre sacerdote; conocemos su infinito poder, su inefable bondad; pero lo que si es admirable, lo que confunde al espíritu del mundo, lo que es

carácter inalienable de la religion, es ver que este pobre sacerdote ignora los prodigios que obra; que su mano izquierda no siente los prodigios de caridad que hace su mano derecha; que cuando en todas partes es elogiado, cuando todos le llaman padre de los pobres, salvador de la Francia, él se considera como el mas miserable de los hombres y venia que no ha ganado el pan que come. ¿Qué bello es encontrar reunidos á un mismo tiempo destinos tan grandes y tan profunda abnegacion de sí mismo! ¿qué pureza en sus miras! ¿qué rectitud de intenciones! ¿Cuán agradable es meditar su interior, en el todo, está muerto para la naturaleza, porque todo es inspirado por la humildad. No se miran en él esa reflexion del amor propio, ni esa vana satisfaccion de sí mismo que con frecuencia desfiguran las virtudes en apariencia mas perfectas; ni se ve esa mezcla de pensamientos humanos y pensamientos divinos cuyo único resultado es confundir todos los sentimientos del alma y dar al vicio el nombre de virtud, que confunde el orgullo con la firmeza, la debilidad con la dulzura, la voluntaria humillacion con el envilecimiento de la autoridad, la madurez de la prudencia con la falta de energia, y los desvarios de una ardiente te imaginacion con el zelo y el fervor. En ese interior no se ve tampoco la agitacion de una dolienteza ultrajada, ni el abatimiento de una esperanza engañada, ni la rebeldia de una sensibilidad irritada, ni la amargura de un zelo inconsiderado. Su interior es un corazón tranquilo y pacífico que posee la union y la paz de la humildad: *Ducite á me quia vultis sanari et humilia corde, et humilitatis regnum animabus vestris.*

Esto es pues el principio que da origen á todas las obras que emprende y perfecciona; y parece que se complace Dios en revestirlo de su omnipotencia, en confiarle el tesoro de su riqueza y en revelar los secretos de su Providencia. Agreguemos tambien que S. Vicente de Paul nos manifiesta en su misma persona el fiel cumplimiento de la promesa del Evangelio: á los ojos de Dios y de los hombres hoy es admirablemente exaltado, porque admirablemente se humilló. *Qui se humiliat exaltabitur.*

No puede el mundo comprender este misterio; la ciencia humana jamas producirá una maravilla como esta: pero el fiel, dócil á las doctrinas de la fe y á las inspiraciones de la gracia, podrá sacar de esto una saludable instruccion que santificará su conducta, y que, practicando las virtudes de este gran santo, lo hará digno de tomar parte en sus obras.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. LUIS ENRIQUEZ DE GUZMAN.

Conde de Alva deliste. Virrey primer virey de la Nueva-España desde 1649 hasta 1653.



ONFERIDO el cargo de virey del Perú al conde de Salvatierra, como llevamos expresado, se nombró de pronto gobernador de la Nueva España al obispo de Yucatán D. Marcos de Torres y Rueda, y no desahució la corte de señalar virey inmediatamente que lo fué D. Luis Enriquez de Guzman, conde de Alva deliste; pero no pasó este luego á la Nueva España. Así fué, que muerto el obispo gobernador tornó el mando la audiencia que además de la antigua disposición que prevenia esto, le dejó sus poderes el obispo. Su primera atención fué la obra del desagüe, por esto revocó el decreto por el cual la habia mandado suspender D. Marcos de Torres. El día 12 de junio en la flota que se hizo á la vela urgió bastante por estrechas y muy repetidas órdenes de la corte, salió para España el Ilmo. Palafox, dejando á México privada de un hombre esclarecido. No fué menor la pérdida que sufrió pasados dos meses con la muerte del provincial de la compañía, el padre Pedro de Velasco. Era este prelado nieto de D. Luis de Velasco, el primer virey de este nombre, y sobrino del segundo, como hijo de su hermano D. Diego; y á su fallecimiento, que acaeció el 26 de agosto, contaba ya ochenta y seis años de edad. Grandes y muy señalados servicios prestó á la causa de la religion y de la sociedad; vióse honrado en su muerte, llevado en hombros de los prelados de las otras religiones, fuerónle hechos los oficios de sepultura por el Sr. Dr. D. Nicolas de la Torre, catedrático de

prima de cánones en la universidad de México, dean de esta Catedral y obispo electo de Cuba, asistiendo el reverendo obispo de Michoacan, D. Fr. Marcos Ramirez de Prado. Hemos hecho mención de este suceso, ya por la calidad de la persona del padre Velasco, ya tambien por haber sido el que sostuvo dos años antes con el Sr. Palafox la cuestion de que llevamos hablado en su lugar.

1650.—Continuaba gobernando la audiencia; nada habia alterado la paz de que la Nueva España disfrutaba despues de los sucesos de Puebla, y solo en el interior producian alguna agitacion los indios tarahumares de cuyas ocurrencias hablaremos. En este estado entró en el gobierno de la Nue a España su virey el conde de Alva deliste el día 3 de julio; dotado el conde de un carácter dulce y afable, se hizo bien pronto amar de los habitantes del país que vino á regir. Poco tiempo hacia que se hallaba gobernando, cuando le llegó la noticia del levantamiento de los tarahumars. Volvamos algo atras para reforir este suceso desde su origen. Dos naciones de un mismo nombre, ó mas bien, dos porciones de un propio pueblo, radicada la una en Sinaloa, y la otra en Chihuahua, eran los tarahumars, que conquistados por la voz suave de los predicadores evangélicos habian permanecido sumisos tanto tiempo; intentaron al fin revelarse los de Sinaloa, sea porque experimentasen de las autoridades españolas un gobierno fuerte, sea porque los inquietara la presencia de las armas de los hijos de la Península, sea mas bien porque empezaran á temer que el Evangelio



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

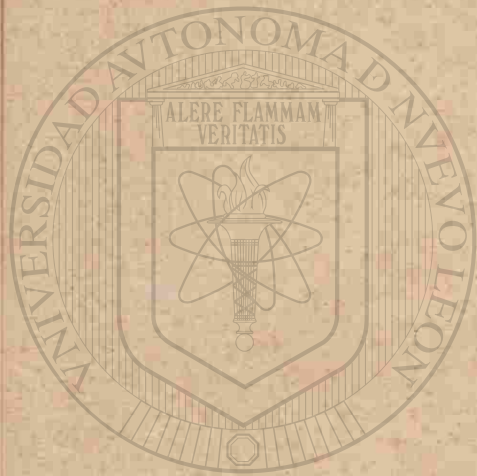
solo fuera un medio de que se hacia uso para sujetarlos mas facilmente a la corona de Castilla. Podieran muy bien influir las tres causas como lo acreditau los hechos. Ya en 648, el gefe de la nacion habia comprometido en union de otros tres la rebelion; mas perdidos los auxilios de los lepehuanes y otros pueblos con que contaban, por una ocurrencia imprevista, determinaronse a obrar por si solos atacando al pueblo de San Francisco de Borja, donde hicieron perecer su guarnicion, compuesta de cinco españoles y algunos indios que cercaron, poniendo en seguida fuego en las casas donde se habian retirado, sin hacer daño alguno a los tarahumarés de Chiquahua para tenerlos gratos: era San Francisco el pueblo que abastecia las misiones de toda clase de viveres. Sabedor de esto el justicia mayor del Parral, salió en busca de los bárbaros, armando al efecto a los vecinos y mercaderes: inferiose en los bosques sin alcanzar un feliz resultado, puesto que solo logró encontrar con partidas cortas de los enemigos que se habian dispersado, y con las cuales tuvo algunas ligeras escaramuzas bien insignificantes, y como la clase de hombres que le acompañaba no eran de los acostumbrados a las fatigas millares, volviöse muy pronto a la poblacion de donde habia salido.

No hubo pasado mucho tiempo sin que el gobernador de la Nueva Vizcaya llegase a saber la revolucion, y luego hizo poner en camino para ponerle término, al capitán Juan Barraza con alguna fuerza y dos eclesiásticos que pretendieron ejercer grande influjo entre los indios, y que habiendo causado la desunion de los soldados los hizo volver el gobernador. Barraza marchó haciendo grandes investigaciones para descubrir el lugar donde se hallaban los tarahumarés, y cuando ya tuvo noticia de el, no atreviéndose a combatir con la fuerza que llevaba, pidió mas al gobernador y viveres. Fajardo, que era el gobernador, partió el mismo con trescientos sesenta hombres, y unido con Barraza incendió las poblaciones de los indios, taló sus campos, ¡bello modo de hacer la guerra! y cuando le pidieron la paz puso por condicion que le fuesen entregados los cuatro caciques que los habian sublevado. Contentosele presentando la cabeza de uno, sus mugeres é hijos, despues se hizo lo mismo con otro; y los otros dos, pasados algunos dias, se rindieron. ¡Qué ejemplos tan raros de moralidad daban los cristianos a los infieles que querian convertir!

Calmóse por entónces la rebelion al parecer,

y para conseguirlo con mas solidez, se mandó fundar una mision en el valle de Papigochi, donde tenian su principal poblacion los tarahumarés que habitaban allí en una gran porcion. Encargóse pues el padre Cornelio Bendin de la compañía, y en muy poco tiempo logró civilizar a los indios y convertirlos a la fé del cristianismo; pero como quiera que no le faltasen enemigos entre los mismos españoles, a cuya abiecion habia puesto límites, intentósele privar de la existencia de lo que fue avisado por el gobernador de la Nueva Vizcaya, que le aconsejaba se pusiese en salvo; mas desprecio este aviso no porque el dudase de su certidumbre, sino por su celo religioso que no le permitia desamparar a sus neófitos. Pasóse algun tiempo sin que ocurriese alteracion alguna, todo estaba en una completa calma, estado sin duda de los mas terribles cuando acaba de pasar una conmocion popular. En efecto, tres caciques que eran ya católicos, y uno de ellos de los que habian servido en la contienda pasada a los españoles, se disponian a una nueva rebelion: cansabause ya de la servidumbre y juzgaban que la religion era solo un pretexto para hacerlos permanecer en un estado tan degradante y vil. Así que, se declararon enemigos irreconciliables antes del sacerdocio que de cualquiera otra clase, y por lo mismo, el 5 de junio de 650, á la madrugada, mucho antes del nacimiento de la aurora, dirigieron su ataque á la casa del misionero poniéndola fuego y esperándole así como á sus compañeros en la parte de afuera. Por huir del incendio salió el Bendin y los que con él vivian de su casa, y luego hechos presos de los tarahumarés, fueron muertos inmediatamente. En seguida los indios profanando las imágenes y vasos sagrados, casi al salir el sol dejaron el pueblo marchando armados á la campaña.

Áirado D. Diego Fajardo, gobernador aun, luego que llegó a sus oídos tan inesperada nueva, hizo partir con toda prontitud al capitán Juan Barraza á la cabeza de trescientos soldados españoles y algunos indios sobre los rebeldes tarahumarés. Estos que alguna instruccion tenian ya adquirida en el arte de la guerra no esperaron á sus adversarios en campo raso donde podria arrollarlos la caballeria, hicieronse fuertes en un peñol que se hallaba defendido en su paso por dos arroyos bastante crecidos que lo regaban, y no contentos con esto se amurallaron con piedras, colocando algunas otras cosas que impidieran el paso al enemigo. Dispuestos ya y prevenidos de esta manera usperaban de un momento á otro la lle-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

gada de Barraza, que por pronta que fuese, nunca era inesperada para ellos ni les sorprendía estando aprestados para el combate, como sucedió, que llegando este gefe español experimentó una resistencia que no se había prometido de adversario á su vencedor tan débil é insignificante. Algunos días estuvo atacando sin ventaja alguna, hasta que por parte de los tarahumares se embosó un corto número de hombres y otros salieron á provocar la acción y empujaron presentándose á este último bien cerca de la tropa contraria, y cuando la vieron entusiasmada, fingieron huir, fueron seguidos, y estando ya adelante del bosque volvieron sobre ellos, y al retroceder se hallaron cercados por todas partes, y sólo delieron volver á su campamento los que no se contaban ya entre los muertos, heridos ó prisioneros, al auxilio que les prestó la caballería que Barraza que estaba de reserva les mandó. Y cuando en esta gefe así derrotado con fuerzas muy débiles, cuando sus enemigos contando al principio con dos mil, acababan de recibir otros mil y recibían mas cada día, pues se hallaban ligados con ellos todos los pueblos inmediatos, determinó volverse á Papigochi. Para esto ordenó á los indios que tenía consigo encendiar luminarias aquella noche y cantasen como de costumbre, y luego de retirada la división, que lo hicieron tambien ellos. Así se practicó, y á la mañana siguiente los tarahumares se encontraron ya libres del sitio que en las días anteriores les había sido formado.

Luego que D. Diego Fajardo recibió pesareso la noticia de la retirada de Barraza, determinó obrar por sí mismo: dispuso sus fuerzas y marchó. Infuertosa como la de Barraza fué la expedición de Fajardo, si bien logró, á pesar de la estación de aguas en que la emprendió y en que estaban los ríos muy crecidos, en los repetidos encuentros que tuvo con los tarahumares haber dado muerte á su caudillo principal, lo que les hizo retirarse una noche mas al día siguiente fué á su alcance hasta Tecomochic, en donde no pudiendo vadear el río, hubo de suspender su marcha retirándose aconsejado de un religioso jesuita que no lo juzgaba á propósito para entrar en negociaciones.

1651.—Retirado ya de la campaña al Parral, Fajardo recibió ordenes del virey que le mandaba para seguridad de aquellos puntos que estableciera un presidio en Papigochi. Obediente á esta disposición, puso Fajardo el presidio, y á poco tiempo tuvo que hacer uso de las armas. Menos fogoso que Fajardo Barra-

za, y mas humano que la primera vez que atacó á los indios, conoció por propia experiencia [y ojald todos los gobernantes aprovecharan como él tales lecciones] que lejos de aprovechar los castigos crueles solo sirven para irritar mas los ánimos, procuró por medios suaves atraer á los sublevados ofreciéndoles un olvido de todo lo pasado. Así consiguió en poco tiempo que volvieron á sus hogares los anteriores habitantes de Papigochi; mas como quiera que no cesasen aun en ellos los motivos preexistentes de desconfianza y de odio que había suscitado en su ánimo el mal tratamiento que por parte de los españoles sufrían, la muerte de sus caciques, y lo que ahora se agrega, el establecimiento del presidio, volvieron de nuevo á intentar otra revolución, y para ello aguardaban el momento oportuno que en todo este año se les presentó.

1654.—Llegado pues el de cincuenta y dos, unidos con los pueblos vecinos encontraron una ocasión bastante oportuna, incendiaron el presidio, y entre las víctimas del incendio se encontraron dos misioneros franciscanos y un jesuita que perecieron en medio de las llamas; el gobernador marchó luego á atacarles y encontró una fuerte resistencia: sufrió muy pocos descalabros y tuvo al fin que esperar los auxilios del virey, á quien dió noticia de lo ocurrido. Antes de que los indios pusieran fuego á Papigochi, habían llamado la atención de los españoles y tentado á ver si les era fácil apoderarse de la villa de Aguilar, sosteniendo el fuego bastante vivo por mas de tres horas, al cabo de las cuales se retiraron presentándose de nuevo en la noche con grandes alaridos; y cuando ya todos los edificios ardian, saciendo de ellos los que los habitaban parecían por las flechas de los tarahumares, como sucedió entre una innumerable multitud á Juan Barraza. El gobernador, que se veía sin acortado, trató de poner las armas en manos de los presidarios; pero se le representó muy vivamente por los religiosos y por los vecinos honrados que temían aun mas este peligro que cualquiera otro, y se abstuvo de hacer lo que pensaba proyectando retirar los presidios contra lo que tambien le fué representado.

Entretanto que esto pasaba, México y las demas provincias del reino estaban tranquilas, haciéndose cada día nuevos descubrimientos de su riqueza, pues se hallaron los minerales de Almadenite.

1653.—A pesar de las representaciones, el gobernador del Parral, por orden del de la Nueva España, armando los presidarios é in-

dios amigos marchó sobre los rebosos que se habían hecho fuertes, y alcanzó sobre ellos victoria. Volvióse gozoso sobre los tarahumares al tiempo que el caudillo de estos se les había separado; pero no los halló tan desprevenidos que á pesar de la ausencia de su gefe no lo hicieran retroceder. Vanas é inútiles fueron sus tentativas por vencerlos, puesto que en cada acometida sacaba la peor parte cuando le presentaban batalla, que muchas y muy repetidas veces lo rehusaban cuando se hallaban débiles y con poca fuerza. El conde de Alvalde se le ordenó que hiciese alistamientos prometiendo recompensas, y que á costa de cualquier sacrificio pecuniario pusiese en paz aquellos pueblos. Ya al concluir el año se quemó el palacio del Marqués del Valle, con cuya reedificación se consumió una enorme cantidad que Cayo hace ascender á cuarenta mil pesos.

1654.—Llegó la flota de España con el visirador Galves, que entró luego á entender en su visita, y al mismo tiempo venia al conde de Alvalde el nombramiento de virey del Perú. Esperóse hasta la llegada de su sucesor, y luego que este llegó, se fué en la misma flota en que había venido Galves, embarcándose por el puerto de Acapulco.

CARLOS M. SAavedra.

ANGEL DE MI AMOR.

EIDAD que en el templo habitas
De mi corazón ardiente,
Y á quien mi arrobada mente
Adora con emoción.

Virgen de amor y hermosura
Esbelta y cándida palma,
Brilla la virtud en tu alma
Cual brilla en su trono Dios,
En este mundo maldito,
¿Qué fuera sin tí mi vida?

¡Ay! fuera flor desprendida
Del tallo que la nutrió.
Con una sola mirada
Viertes en el alma mía,
Todo el placer y alegría
Que el mundo cruel me negó.
Tom. II.

Quando te miro, querida,
Mi alma se agita gozosa,
Cual dorada mariposa,
Del jasmín en derredor.

¿Qué importa que indiferente
Huyas de mi vista, esquiva,
Si queda tu imagen viva
Pintada en mi corazón?

Y esa imagen adorada
Por todas partes la miro,
Siempre con ella deliro,
Y es el ángel de mi amor.

Pero es la estrella velada
Por la niebla del quebranto,
Luminar que con su manto
La adversidad me ocultó.

¡Susto puro y centellante
De placeres é ilusiones!
¿Por qué en tan altas regiones
Resplandece tu fulgor?

¿Dó solo puedo adorarle
Y contemplar tu hermosura,
Y solo puede á esa altura
Volar mi imaginación.

De la inocencia en las alas,
Con suave adormido vuelo,
Un ángel bajo del cielo
Entre nubes de candor.

Y era su semblante hermoso
Cual del Querub la mirada,
¿Quien es ese ángel amado?
Tú eres ese ángel de amor.

Si, tú, objeto idolatrado,
Que con tu mirar divino
Aplazas de mi destino
El indomable furor.

Tú en cuyos labios hermosos
Que exhalan ventura y vida,
Como en un palacio, anida
Con las gracias el amor.

Por eso te amo, bien mio,
Y nunca podré olvidarte,
Por eso cifro en amarte
Mi felicidad mayor.

Y si amarte es un delirio,
Quiero delirar amando,
Quiero morir delirando
Con el ángel de mi amor.

Febrero 15 de 1844.

F. G.



UN POETA COMO MUCHOS.



no se extrañe que diga como muchos, porque D. Antonio el poeta, es de la mismísima madera que otros muchos poetas de madera que yo conozco, y que se pavonean por esos mundos de Dios. ¡Poetas, poetas de cal y canto, entendimientos de bistec inocuo, necios y desabridos como cerveza nueva!... a vosotros me dirijo. ¿Quién os ha llamado a escribir? ¿Quién os ha forzado á ello? Y si me contestas con la misma pregunta, es responderé que yo escribí por distraer un poco mis penas, y por el solemne compromiso que tengo contraído con D. Antonio. —Y es el caso que en una mañana en que tranquilo estaba en mi humilde cuarto, se entró sin mayor ceremonia un amigo poeta, nombre con que el mismo se bautiza, merced á algunos versos suyos que han publicado los periódicos, lo que en su concepto es un signo de bondad y de aprobación pública, y en el mio está muy lejos de setlo; opinión que yo sostení, *diribus et armis*, y que... Vamos, es el caso que entró el amigo; dejé á un lado los saludos etc., para llegar al punto de la cuestión. —He hecho una poesía, Sr. Anónimo. —Me alegro mucho, señor mío. —Quisiera yo que se insertase en el Liceo. —Pues señor... Como V. tiene sus dimes y di-retes con los redactores. —Es verdad... —Podría V. proponerme. —Haré lo que pueda. —¿Quiere V. que se la lea? —Estoy algo ocupado y... —Es corta, no son mas que cinco pliegos. —Dios mío! —Puedo comenzar? —Ya; si V. se empeña... —El título de toda la composición es *La carcajada en el purgatorio*; y el número primero se titula, *pobreza y martirio*. —Deje V. los títulos, comencémos la poesía. —El epígrafe es: ¡Ay de mí! —Pero eso qué significa? —Es una exclamación que han usado todos los buenos escritores. —Perfectamente, con solo ella tiene V. un tesoro y no está expuesto á errar. —Comienzo, dijo el poeta y leyó una poesía terrible, espasmódica, que comenzaba con

algunas exclamaciones; yo sudaba, me movía á veces, ora quedaba absorto mirando al poeta, ora reía. Suspendió su lectura. —Pondrá V., me preguntó, la poesía en el Liceo?

—Sí, le dije, si V. permite hablar un poco de ella...

—Elogios? No señor, no los quiero, eso es avergonzarme.

—Es preciso... —Pues bien, haga V. lo que guste. Y continué leyendo de esta suerte:

Porque es el hombre arrancado
En el mundo del vivir,
Un suspiro que angustiado
Se reela de morir.

—Es profundo el pensamiento?
—Níamiente profundo le contesté; y el poeta como él caritativamente se apellida, prosiguió.

Que en el mundo de ternura
Libre me hallo, libre yo,
Y me gozo en la espesura
De muriendo miro al sol
Que se ahoga con premura...

—¿Quién se ahoga? El sol? pregunté.
—Si señor, dijo mi hombre, no le parece á V. que se ahoga cuando se oculta en el horizonte. Escuche V., y me comprenderá. Esto es poesía; la poesía es la rima y la profundidad del pensamiento unida á la dulzura y sonoridad del verso.

—¡Ah! exclamé, si todos lo entienden como V., ya no extraño que se llamen poetas tantos... tantos...

—¡Aténdame V., me interrumpió el inspirado amigo, y leyó tomando á repetir.

Do muriendo miro al sol
Que se ahoga con premura,
Y se hunde ya en el cielo
Proceloso cual un mar,
Y se pierde tras un velo
Que me oculta su brillar
Y me deja sin consuelo.

Estos consonantes en *elo* son dulces, me dijo, tomando aliento. La idea de dejar sin consuelo á un hombre desgraciado, enternece...

—No solo enternece, sino que me deja también sin consuelo, porque yo no he oído cosa igual...

—Gracias, gracias, amigo mío, dijo, y me vió con una indefinible expresión de alegría... Esto que sigue, me parece... ya V. verá.

Sin lágrimas y sin lloro
Cual carabo sin capuz.

—¿Sin capuz! No entiendo, exclamé, qué capuz es ese.

—Un carabo, me dijo con presteza, anida en una roca, en una quiebra, y como la quiebra lo cubre, le sirve de capuz.

—¡Ah! ¡Ah! ya comprendo; pero será bueno explicar la idea con una noílla...

—Bien clara es, mas si V. quiere... ya prosigo...

Sin lágrimas y sin lloro
Cual carabo sin capuz...

—Hay aquí dijo el poeta interrumpiéndose, unos puntos suspensivos que indican un fragmento de idea; los fragmentos son muy buenos. Y continuó.

Tu piedad señor imploro
Y cercandome tu luz,
Me seco el llorar sonoro.

—Yo creo que sería bien sonoro, porque es V. de recios pulmones; pero la mucha luz, díjelo riendo, no solo enjugaría su lloro, sino que dejaría ciego al poeta...

—Es verdad, es verdad, gritó el hombre, vea V. si es natural la descripción, cuando á V. también le ocurre; por otra parte, la idea es grandiosa, así lo digo.

Mas lo seco tristemente
Que mis ojos apago...
Entre sombras la mimante
Suspirando se quejó,
Y llorando dulcemente
Mil suspiros exhaló.

—La mente exhaló suspiros?
—Si señor, es la idea mas sublime de la pieza.

—Sublimidad sobre todo.

—Y luego, son dulces estos dos últimos versos, no es verdad?

—Ya, como...

—Yo no sé en donde he leído que la frecuencia de la letra *l* da dulzura al verso.

—Y á veces los hacen de puro dulces empalagosos, porque ni leerse pueden.

—Pero es una regla.
—Es necesario saberla observar.
—¡Bah, dijo mi hombre, cuando yo hago un verso estoy en todos esos pelos...

—Ya, ya se conoce, mi amigo, pero el verdadero ingenio sigue las reglas instintivamente, por decirlo así, y solo la lectura de los clásicos puede limar su gusto, de manera que naturalmente prorumpa en observancia de las reglas y sin pensar en ellas.

—¿Como! V. cree que no se debe decir al escribir versos, aquí viene bien una comparación, una...

—No, no señor, si tal fuera, se acabaría la inspiración, ese entusiasmo que nos hace salir de nosotros mismos, cuando escribimos con conciencia, ya sea prosa, ya sea verso...

—Pues yo he visto...

—Y yo también, versos y prosa en que hay comparaciones, descripciones, consonantes, etc., etc., que de á legua se conoce que están ahí por fuerza y con estudio.

—Pero siendo propias, es decir, habiendo propiedad en ellas...

—Eso es lo malo, que cuando no ocurren naturalmente y en el acto de escribir, carecen de propiedad, ó la tienen tal y tan marcada, que es una gloria; y por eso se conoce por un escrito el talento del autor, y su instrucción, la inspiración y el estudio.

—Efectivamente, yo no estoy por las trabas; romanticismo quiero y nada mas, escuche V. Dos, dijo con gravedad...

—Como! pues qué acabó ya el número 1.

—Si señor.

—Vamos, no he entendido ni una letra...

—A primera vista, difícilmente... son tan profundos los pensamientos, porque como yo conozco un poco el corazón humano...

—Dios mío! ¿Es V. de los jóvenes que á los 20 años de edad ya pretenden poseer esa ciencia de las ciencias? Es posible?

—No os admire, dijo el poeta, doblóla hoja de su cartapacio y repitió *doi*; tres admiraciones, epígrafe. Me quedé en silencio. El poeta leyó.

II !!!
Sin gloria paso la vida triste:
Brillo cual iris que sin consuelo
En la llanura de inmenso cielo
Brilla infundiendo frío terror,
Y es, ay! ardiente tu mirada, oh Padre.
—A qué padre se dirije?...
—Espere V., espera V. Dijo y continuó.
Y es ay ardiente tu mirada oh padre

Cual soplo anciano del desierto seco,
Sus lumbres llegan hasta mi ojo seco
Y contemplo tu rostro ¡hirviente soll!

--Bravo, exclamé.
--Bravísimo, dijo mi amigo, enrojecido por la sensación de placer que experimentó. Aquí hay entusiasmo, ¿no es verdad? Ya se acuerda V. que el poeta es ciego.... Pues ahora si-gue fiero; oiga V.

Y suspiro
Blandamente
Tiembramente
Lloro yo.

Y los hosques
En conciertos
Lloran muertos
mi dolor.

Que soplando
dulce brisa
una risa
semejó.
Y las aves,
ya trinando
van florando
con ardor.

--Bien! dije, bien! Llorando con ardor.

--¿Está bien expresada la idea, no es eso? Quiero decir que se empeñan en llorar, porque mis lágrimas las contienen.

--Magnífico, repeli.

--¿Tiene dulzura?

--Y mucha.

--Buen verso, para mi ideas muelles son las que constituyen la poesía.

--No hombre, le contestó; eso es envilecer la poesía, es afeminarla. ¿Qué no ha leído V. á los buenos poetas españoles, con sus versos sonoros, rotundos, llenos, que parecen un cañonazo por su cadencia, sin que por eso pierdan en dulzura ni en suavidad, cuando ellos quieren expresar ideas que tengan tales cualidades?...

--Bueno, bueno, dijo el poeta, ya prosigo.

Y yo te siento inspiración sublime!
Ya los aromas de tu voz respiro,
Y mil fantasmas en mi torno uliro
A mis siegues fulgurantes se allegar,
Y me embriagan tus cantos de alegría
Tu ruido de cáraos confuso;
Y tu sonríz histérico difuso
Vino la sangre de mi vena á helar.

--Por piedad, esclamé, ¿qué significa eso?...

--La sangre de mi vena, la vena poética.

--Si, pero esos cáraos, ese reír, esas siegues

á qué vienen? Tanta prodigalidad en los ad-jetivos, sin union, sin sentido....

--Ah! Ah! dijo mi hombre, es el genio, el ge-nio, es el entusiasmo.... y repelió.

Y me embriagan tus cantos de alegría
Tu ruido de cáraos confuso

--Mire V. mire V., continuó dando palmadas en la mesa, esto que sigue es magnífico.

Y así rota mi frente rasgada
Se alza adusta severa y terrible
Como lona en el cóncavo horrible
Que fulgura clarísimo el mar.

--Jesús! clamé. ¿Qué es eso?

--Brillante, soberbio! gritaba el poeta y daba palmadas, prorrumpla en carcajadas de aleg-ria. --¡Hombre, hombre! me decía, este verso último es hermosísimo y el anterior.... ese cóncavo horrible, eso

Que fulgura clarísimo el mar,

es magnífico, en ello se encuentran voces se-lectas, sonoras, y...

--Y está V. disparatando, le dije con enojo: ¿se ha creído V. que la bondad de un verso consiste en esas palabras selectas, sonoras, bo-nitas? No sea V. uno de tantos poetastrós que nos martirizan con renglones seguidos de pa-labras y palabras sin contener ni una sola idea.

--Yo soy un genio, porque el genio chispea en mi cráneo.

--¡Genio, ingenio! --Eso de genio es fran-cés....

--Es V. un necio... yo sé lo que hago; y re-petía sus versos, y gritaba, y bufaba, y manoteaba, y reía, y hacia tales cosas, que el ruido aumentaba, y yo en tanto estaba mohino, silen-cioso, triste. Entró mi criado al estrépito, vió aquella escena, temió sin duda que el buen poeta estuviese loco y le amenazó con dos re-cios puños, preguntandome con los ojos si ahogaba al D. Antonio. Este se sintió sobre-cogido de temor á la vista de su adversario y echó á correr; ya junto á la puerta me gritó.

--¿Pondrá V. mi poesía en el Liceo?

--Si, sí, con sus notas.....

El criado se imaginó que aquella pregunta era el origen de la disputa y juzgando que en-volvía una injuria, se lanzó sobre el poeta; es-te huyó: „mi poesía, gritaba, mi poesía.“ Yo eché á correr en pos de mi fiel criado, logré de-tenerlo y volvíme con él meditando que si con todos los malos poetas que sin irles ni venirles se moten á hacer versos, se usara semejante despedida, callarían muchos laudes, y mori-rían para el Parnaso los noventa y nueve cen-

tavos de los jóvenes que nos infestan con su usurpado carácter de poetas.

Llegué á mi cuarto, escribí un momento; ha-blé al criado que me habia seguido y que me contemplaba absorto, y le dije: lleva ese pa-

pel á la imprenta para el Liceo; tomolo con di-ligencia y salio.

He cumplido con el poeta D. Antonio, dije para mi colete, siempre ha cumplido su palabra el formal.--ANONIMO.

JESUS ANTE CAIFAS Y PILATO.

REFUTACION DEL CAPITULO DEL SEÑOR SALVADOR, INTITULADO:

JUICIO Y CONDENACION DE JESUS;

POR DUPIN (EL MAYOR).--TRADUCIDO POR

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN. (*)

PREFACIO.

Si hunc dimittis, non es amicus Cesaris
Suo Jure. -- XIX. 12.
Si auctus á esse, non orco amico del Cesar.



A opinion que ahora emito so-bre el juicio de Jesus, no es una opinion que de ayer acá haya presentadose á mi mente, pues que desde años atras la conce-bí y medité.

Hallase la prueba de esto en mi Libro, *defensa de acusados*, cuya primera edicion salió á luz en 1815, y una segunda se dió á la prensa en 1824. Mis impresiones de aquel tiempo, iguales á la de hoy, están estansi-padas en el páso siguiente, que llena la nota 32. Dice así: „Algun dia publicaré un exámen del *Proceso de Jesucristo*, que con razón se ha llamado *la passion*, porque el padeció efecti-vamente, *passus est*, y no fue juzgado. Vese allí *al Justo vendido por uno de sus discipu-los*, á quien habia ganado la policia de los sa-cerdotes; perseguido por el *espíritu de secta*, *peor todavia que el espíritu de partido*. Des-

envuélvase en él, la rencorosa política de los pontífices judios, el orgullo de los fariseos y la cólera de los escribas. Acusado sin ser de-fendido, sentenciado sin haberse podido con-venir, muerto con escarnio.... Tan solo pa-decimientos se descubren en aquella *prolon-gada escena de iniquidades*!”

De tales argumentos me servia para con-jurar otras desgracias en una época mancha-da por la reaccion con tantas rigurosas sen-tencias, en las cuales no siempre fueron res-petadas las formas legales.

El mismo asunto he tocado en mis *Ober-vaciones sobre la legislación criminal*, y de él deduje argumentos muchos, combatiendo des-de entonces el empleo de *agentes tentadores*, y para contener, con el ejemplo de Pilato, á los prevostes y á los jueces débiles á quienes mucho repelían: *si hunc dimittis, non es ami-cus Cesaris*. „Si lo soltais, no sois realistas.”

(*) Un amigo ha tenido la bondad de proporcionarnos este interesante artículo que insertamos con tanto mas placer, cuanto que al mérito indisputable del original se añade el de la traducción, en cuyo elogio basta decir que es obra de nuestro insigne poeta Rodriguez. Como un homenaje á su grata memoria damos lugar en neces-arias columnas al mencionado artículo y tributamos al mismo tiempo las gracias al amigo á quien lo debemos.

Otras ocupaciones desviaron después mi atención, pero la obra del señor Salvador naturalmente me volvió á ello.

El autor, á quien personalmente conocia, y cuyos talentos he apreciado bastante, me dió su libro, suplicándome lo examinar. De suerte que por *petición suya* y no por espíritu de hostilidad heme puesto á examinarla.

En la *Gaceta de los tribunales* publiqué un artículo en el que daba una ojeada al plan y objeto del autor, y dediquéme particularmente á dar á conocer á los lectores de aquel diario, en su mayor parte juriconsultos y magistrados, el capítulo en que Salvador trata de la administración de justicia entre los hebreos.

Al elogio de este capítulo debió seguirse la crítica del intitulado: *Juicio y sentencia de Jesús*.

Creí poder encerrar en un solo artículo de igual extensión que el primero, todo lo que tenia que decir sobre tan grande acontecimiento.

Pero he sido arrastrado por la importancia y gravedad del asunto, y por la necesidad de poner gran cuidado y precisión al refutar á un escritor cuya eminente sagacidad yo mismo afanosamente habia proclamado.

Semejante cuidado debió aumentarse todavía cuando después de mi artículo segundo me vi atacado por la *Gaceta de Francia* casi tan fuertemente como el mismo Salvador. Adelante se verá mi respuesta á las invectivas de aquel papel, que ha tenido la peregrina ocurrencia de juzgar criminales los *elogios* al señor Salvador, y de no soportar sin enojo la empresa de refutarlo. Increíble sistema de detención y calumnias! muy digno por cierto de un diario que para no tener por la existencia del gobierno querria ver multiplicarse sin motivo las acusaciones contra los mas eminentes y honrados ciudadanos, y que está sellado de la mas generosa sangre hasta la segunda generacion!...



A LA GACETA DE FRANCIA.

RESPUESTA INSERTADA EN LA GACETA DE TRIBUNALES, DEL 9 DE DICIEMBRE.

DE 1838. [*]

ANTES de dar mi artículo tercero, preciso me será detenerme un instante para rechazar una embestida que calumnia lo que digo y amenaza lo que me falta que decir. Una rápida explicacion bastará para ello.

En mi artículo primero traté de dar una ojeada á la obra de Salvador, á su plan y á su estilo; y plegándome á lo que mas particularmente fuere de mi incumbencia y de la *Gaceta de tribunales*, expuse con alguna extensión lo concerniente á la administración de la justicia entre los hebreos.

Rendi tributo al mérito del Sr. Salvador, como autor y como escritor. Elogiando lo que me parecia digno de aprobacion, nada perdí,

al contrario consolidé mi derecho de criticar con independencia lo que me parecia susceptible de combatirse. Tal era el capítulo epistólico titulado: *Juicio y condenacion de Jesús*.

Sobre este grave asunto emitió Salvador uná opinion que me parece errónea, pero debo confesarlo, Salvador usó de su derecho, como usó del mio sosteniendo la opinion contraria, que es la verdadera acá para mí.

La *gaceta de Francia*, apasionada siempre, en vano dijo que si tal era el derecho que se deducia de la constitucion "seria un horror que era preciso aniquilar lo mas pronto." No, la constitucion no es un horror; y no será abolida por dar gusto á la *Gaceta de Francia*; á

[*] Quizá entre nosotros tendria poco interés esta respuesta, pero nos hemes decidido á traducirla por el propósito que nos habiamos formado de presentar al público de México la obra del Sr. Dupin, tal como cayó en nuestras manos, y porque viene en la *Gaceta de Francia* su tratado nuestros periodistas y otros escritores se que por acá abundan.

pesar de que ese es el derecho que se deriva de la constitucion; pues protege igualmente todos los cultos, y afirma la libertad de imprenta; permite á cada cual seguir su creencia, y tolera la moderada discusion de opiniones. Si lo dudase alguno, remítale yo á nuestras leyes sobre imprenta; á las causas de su aparicion, y muy particularmente al informe presentado á la cámara de los pares por el duque de Broglie, en la sesion del 8 de mayo de 1820, sobre la ley votada el 17.

Pero he hablado de moderacion, y la moderacion es lo que mas desagrada á la *Gaceta*; y no tolera que Salvador sea refutado cuerpo á cuerpo por medio del raciocinio y destruyendo una á una todas sus aserciones, como he comprendido hacerlo, tratando de hacer resplandecer la verdad. Hubiera preferido aquella á una respuesta henchida de vituperios y de insultos; pues no es de otra manera el lenguaje que empleó contra el autor y contra mí.

Pero lo he dicho ya: *denunciar no es refutar, injuriar no es responder*. Sin duda que tal método me hubiera sido facil, y hubiera podido á mis anchas demostrar á Salvador, y llamarle por ejemplo *lison de inferno*; y cierto que lo hubiera confundido en gran manera, porque era árdua empresa probarme lo contrario. En tiempos pasados la nave de Pascal mismo, haró en semejante escollo.

Preferí sin embargo las armas de la razon y de la lógica; de suerte que atacó á mi desdichado adversario en la palestra misma donde le plació colocarse. Hubiera podido rehusarse á seguirme á otro lugar, pero allí no podia evitar el combate; y allí busqué el modo de vencerle, dando con esta conducta sobrada ventaja á la noble causa que defendí.

La *Gaceta* se lastima de que esta empresa la haya intentado un abogado. Pero note ella, si á tal lo tiene, que, del principio al fin, Salvador propone una cuestion de derecho y ley. No por esto queda cerrada la barrera á personas de otra estofa; que bien pueden los teólogos entrar en justa cuando quisieren, armados de argumentaciones que solamente ellos están en posicion de manejar bien. Que dejen reposar un instante las ordenanzas y los ministros del rey, y que se presenten á desempeñar el augustó ministerio de los irraeos y Tertulianos.

Lo que es yo, debí encerrarme en mi esfera, y en el círculo en que menos expuesto estaba á extravíarme, para dar acabamiento á la penosa tarea que yo mismo me impuse. Con religioso afecto en el corazon, y en la diestra

el Evangelio y las leyes, proseguiré discutiendo y confundiendo las iniquidades que contra Cristo cometieron los pontífices, sus escribas, y sus amigos los fariseos

OPERA

SOBRE LA OBRA DEL SEÑOR SALVADOR,

TITULADA:

Historia de las instituciones de Moisés y del pueblo hebreo.

Tan grande ha sido la influencia del pueblo judío sobre las sociedades humanas, tan singulares contrastes presenta su existencia, y sus anales han sido tan frecuentemente traídos al apoyo del despotismo teocrático, que los mira como las columnas fundamentales de sus derechos, que el Sr. Salvador juzgó conveniente someter á nuevo examen su legislación y su historia. Para ello se ha remontado á los manantiales mismos, ha estudiado los libros originales y ha recibido cuidadosamente todos los hechos relativos á su asunto.

Ha sido el resultado de sus investigaciones, que las ideas generalmente esparcidas acerca de la organizacion primitiva é historia de los hebreos, eran erróneas en su mayor parte; que la importancia dada á lo maravilloso y el modo como nos habian inculcado estas narraciones desde la niñez, habian viciado las opiniones y desatendido todo lo que habia de mas positivo, interesante y curioso en las compilaciones sagradas; y en la suerte de aquel pueblo, apellidado *pueblo de Dios*.

Paso Moisés su juventud entera en la corte del rey egipcio, entre los mas sabios de su reino, fué iniciado en sus conocimientos misteriosos, é instruido al mismo tiempo en las doctrinas que un hombre célebre en todo el Oriente, Abraham, habia legado á sus hijos. Retírase después á la soledad, y en el curso de largos años entregóse á profundas meditaciones, y creese que gastó parte de ellos viajando. Circunstancias todas demasiado favorables para desenvolver un poderoso ingenio; y si se agrega á esto un ardiente patriotismo y un carácter inflexible, ya no asombrará, sin tener que recurrir á otras causas, el inmenso papel que este hombre representó entre los suyos y en la vasta escena del mundo.

En Moisés está casi toda la historia de los judíos, pues que domina los tiempos posterior-

res a él, y cuando las disposiciones particulares de los hebreos o las exteriores circunstancias, se dirigen violentamente a disolver la asociación que formó, la fuerza de sus instituciones lucha con buen éxito, para retenerlas bajo su mano y conducirlas al punto que se propuso desde el principio.

La división fundamental de las castas es la primera base de las teorías de Oriente; pero Moisés por el contrario, tomó por base la *unidad del pueblo*. El pueblo es todo en su legislación, y el autor nos muestra que al fin todo es hecho por él, para él, y con él. La tribu de Leví se estableció solamente por una necesidad secundaria, pues que lejos de ejercer la autoridad que se le atribuye, no es ella la que impone la ley, ni quien la interpreta, ni quien debe juzgar y gobernar, pues todos sus miembros, y hasta el gran pontífice, están sujetos a la censura de los ancianos de la nación, ó de un senado legalmente reunido. La *palabra de Dios*, la voz de Jehová, por cualquiera modo que llegue al espíritu de quien la escucha, tiene por objeto indicar los intereses nacionales y temporales; pertenece al dominio público, en el sentido de que el derecho de hacer hablar á Dios no está en una casta particular, como en las verdaderas teorías, sino que el senado, todos los magistrados, todos los ciudadanos pueden y deben, desde que son capaces de oír, repetir esa palabra superior, esa razón suprema que no se convierte en ley sino después de revestida con la sanción nacional.

En el capítulo de los *oradores públicos ó profetas*, el Sr. Salvador desarrolla principalmente este punto, y prueba con evidencia que en ningún pueblo como en el hebreo ha sido tan extensa la libertad de la palabra. «Así, dice, que nueva diferencia entre Israel y el Egipto! Entre estos el conjunto de los ciudadanos no osaría, sin espouarse a terribles penas, pronunciar algunas palabras sobre los negocios de estado.—venos á Harpocrates con el dedo en la boca, al silencio adorado como Dios: lo es en Israel la palabra. ¿Qué importan algunos abusos! más vale dejar franco el curso á los torrentes de palabras vanas, que atajar una sola, venida de parte del Eterno?»

No nos permiten los límites de un artículo seguir al autor por todos los aposentos de su grande edificio. Nos contentaremos únicamente con indicar los títulos de los libros en que están como recopilados los acontecimientos históricos en que apoya su teoría.—*Introducción, Teoría de la fe, Funciones legislativas, Hi-*

quezas, Justicia, Relaciones extranjeras, Fuerza pública, Culto, Resumen de la legislación; y en la segunda parte: Teosofía, Formación del globo, Tradiciones elegíacas e históricas de los tiempos anteriores á Moisés, Profecías políticas de este legislador, Mesías, Conclusión.

Análisis del capítulo titulado: DE LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA.

Salvador ha tratado con particular esmero lo concerniente a la *administración de justicia* entre los judíos; nos detendremos en este capítulo, que debe sin duda interesar vivamente á nuestros lectores.

Judicare et judicari, juzgar y ser juzgado: estas palabras expresan el derecho de todo ciudadano hebreo; es decir, que nadie podía ser condenado sin juicio, y que cada cual á la vez juzgaba á los otros; explicáanse algunas excepciones de este principio, pero que no cambian la regla. En los negocios de civiles intereses, cada parte escogía un juez, y estos dos jueces escogían una tercera persona. Cuando sobrevenían dudas sobre la *interpretación de la ley*, presentábanse ante el consejo menor de los ancianos, y de aquí el gran consejo de Jerusalén. Toda población que excediese de ciento veinte familias debía congregar su consejo compuesto de veintitres miembros, los que juzgaban en materia criminal.

Las expresiones tan frecuentemente empleadas en la ley de Moisés, *morirá, será arrojado del pueblo*, encierran tres significaciones muy diferentes y que acostumbraban confundir. Señalan la muerte penal, la muerte civil, y la muerte prematura que amenaza naturalmente al que se separa de las reglas útiles á la nación y á sí mismo. La muerte civil es el último grado de la separación ó de la *excomunión*, y es pronunciada como pena judicial por la asamblea de los jueces. Distingúanse tres clases de separación, que el Sr. Salvador compara á los tres grados de excomunión civil que encierra el Código penal francés, que condena á los reos al trabajo forzoso perpetuamente, ó por tiempo limitado, ó á algunas penas correccionales. Pero la excomunión hebrea tenía la ventaja de que nunca se perdía del *totala la esperanza de recuperación al estado primitivo*.

Los jurisperitos hebreos han emitido opiniones sobre la pena de muerte, que merecen ser citadas. «Un tribunal que condena á muerte una vez en siete años puede llamarse *sanguinario*.—, Merece esta calificación, dice el Dr. Eliezer, cuando pronuncia semejante sentencia una vez durante setenta años.»—, «Si hubie-

ramos sido miembros de la alta corte, añadir los doctores Tyrphon y Akiba, no hubiéramos condenado á muerte jamás á ningún hombre.» Objetóles Simeon, hijo de Gamaliel: «No sería esto un abuso? no teméis multiplicar los crímenes en Israel?»—, «Sin duda que no, replica Salvador, porque el rigor de la pena lejos de disminuir el número de los delitos los acrecienta prestando mas resultado carácter á los hombres capaces de arrostrarla; y tantos notables ingenios se alistan en el día bajo la opinión de Aquiba y Tyrphon! ¡Cuántas conciencias relusan tomar parte, de cualquiera manera que sea, en la muerte de un hombre! Esa sangre que corre, esa multitud que una insolente curiosidad agita, esa víctima arrastrada como en triunfo al mas horrible altar, la imposibilidad de reparar un error de que jamás está exenta la sabiduría humana, el horror de ver un día levantarse de la tierra una dolorida sombra y decir: *Era inocente!* la facilidad que fiesena los pueblos modernos de arrojar de su seno al hombre que lo ha mancchado, la influencia de las iniquidades generales en la producción de los crímenes; en fin, el contraste absurdo de una sociedad entera, fuerte, inteligente, armada, que para oponerse a un infeliz arrastrado por la necesidad, las pasiones ó la ignorancia, no halla mas medio que sobrepasarle en crueldad; estas cosas, y muchas otras, han penetrado tan profundamente en todas las clases, que algun día saldrá el mas admirable ejemplo del poder de las costumbres sobre las leyes; pues será cambiada la ley por no haber nadie que consienta en ejecutarla.»

A honor tengo haber sostenido la misma opinión en mis *Observaciones sobre la legislación criminal*, y á los que quieran ver esta cuestión tratada extensamente, invito á leer las profusas reflexiones que el duque de Broglie publicó sobre esto en el último número de la *Revisita francesa* de octubre de 1828.

Todo el procedimiento criminal del Pentateuco descansa en tres reglas que se reducen á estas palabras: *publicidad de las discusiones, libertad de completa defensa en el acusado, garantías contra el peligro de la atestacion*. Según el texto hebreo, un solo testigo es necesario; son por lo menos dos ó tres que atestigüen el hecho. El testigo que denuncia á un hombre debe jurar que dice la verdad. Entonces los jueces toman exactas informaciones, y si resulta este hombre falso testigo, le aplican la pena á que expuso á su prójimo. Las discusiones entre el acusador y el acusado son delante de la asamblea del pueblo. Cuando un

hombre es condenado á muerte, los testigos que han decidido la sentencia le dan los primeros golpes, á fin de añadir el último grado de certidumbre á la verdad de su deposición. De aquí aquellas palabras: *El que de vosotros se halla sin pecado, tire contra ella la primera piedra*. (San Juan—VIII.—7.)

Si seguimos en la práctica la aplicación de estas reglas fundamentales, hallamos que se procedía de la manera siguiente. El día del juicio los ugiéres hacían comparecer á la persona acusada. A los pies de los ancianos estaban sentados los hombres que bajo el nombre de oidores ó de candidatos, seguían con regularidad las sesiones del consejo. Leense las piezas del proceso y son llamados sucesivamente los testigos. El presidente dirige á cada uno esta exhortación: «No te pedimos simples conjeturas, ni rumores públicos que hallan llegado á tus oídos; piensa que una gran responsabilidad pesa sobre ti; que el negocio que nos ocupa no es un asunto de dinero en que se puede reparar el perjuicio. Si haces confesar injustamente al acusado, su sangre, y hasta la sangre de su posteridad entera, de que privas al mundo, caerá sobre ti; Dios te pedirá cuenta, como pidió cuenta á Cain de la sangre de Abel. Habla.»

Una muger no puede servir de testigo, porque no tendría el valor de dar el primer golpe al reo, ni el niño que no tiene responsabilidad, ni el esclavo, ni el hombre de mala reputación, ni el que por enfermedad está impedido de gozar plenamente de sus facultades físicas y morales. *La declaración sola de un individuo contra sí mismo*, la declaración de un profeta, por grande que fuese su fama, no determinaban la condenación! «Tenemos por fundamento, dicen los doctores, que *ninguno puede traerse perjuicio á sí mismo*; si alguno se acusa en justicia no se le debe creer, á menos que el hecho no sea atestiguado por otros dos testigos; bueno será notar que la muerte dada á Hacan, en tiempo de Josué, fue una excepción ocasionada por la naturaleza de las circunstancias, porque nuestra ley jamás condena bajo la simple confesión del acusado, ni bajo el dicho de un solo profeta.»

Los testigos debían certificar la identidad de la persona, debían referir acerca del mes, día, hora y circunstancias del crimen. Después de examinar las pruebas, los jueces que le creían inocente exponían sus motivos, los que creían culpable al acusado hablaban en seguida con *la mayor moderación*. Si alguno de los oidores ó candidatos estaba encargado de la defen-

sa del acusado por el acusado mismo, ó ya fuese que por sí quisiera hacer algunas aclaraciones en favor de la inocencia, le admitían en la silla, y desde ella arengaba á los jueces y al pueblo. No le era concedida la palabra si su opinión se inclinaba á la culpabilidad. En fin, si el acusado quería hablar por sí, le prestaban la mas sostenida atención. Concluidas las discusiones, extractaba la causa uno de los jueces, se mandaban atajar á todos los concurrentes, dos escribas transcribían los votos: el uno los favorables y el otro los adversos. Once votos de veintitres bastaban para absolver, y arán prestos tres para condenar. Si algunos jueces declaraban que no estaban instruidos suficientemente, se añadían dos ancianos mas, despues otros dos, y así sucesivamente hasta formar un consejo de setenta y dos; que era el número de los miembros del gran consejo. Si la mayoría de los votos absolvía, era puesto el acusado *libre et instans*; si por el contrario, los jueces decidían el pronunciar la sentencia hasta el tercer dia. Durante el dia intermedio, no debían ocuparse de otra cosa que de la causa; debían también abstenerse de abundante alimento, de vino, de licores, de todo lo que pudiera hacer su mente menos apta á la reflexión.

En la mañana del dia tercero, volvían al puesto de la justicia. *Persevero en mi dictamen, y condemo*, decía el que no había cambiado de opinión; pero el que había cambiado la primera vez podía absolver en la nueva sesión, mientras que el que había absuelto una vez no podía ya condenar. Si la mayoría condenaba, dos magistrados al punto acompañaban al condenado al suplicio. No habában de sus sillás los ancianos; collocában á la entrada del tribunal un preboste con una bandera en la mano; otro preboste á caballo seguía al reo y volvía sin cesar los ojos al punto de la partida. Si alguno en el interin, iba á anunciar á los ancianos nuevas pruebas favorables, el primer preboste agitaba su bandera, y el otro euan presto la divisaba hacia volver al reo; en cuando este declaraba á los magistrados que trata á

(1) No deja de ser curioso que en algunas de nuestras aldeas segun el procedimiento del tiempo sigue el rito de Jesús, un hombre empujando el caballo en una jerga blanca y con una jeta que nos sabana blanca al cual hombre llaman tambien *capta*, y cuya ocupacion es ir volviendo la cara atras, al fin de cuando en cuando, solo suele amenazar á Jesús con la palma de la mano como quien dice: *Tu recias lo que te aspas*.

la memoria algunas razones que se le habían escapado, le hacían volver ante los jueces hasta cinco veces. Si no acaecía incidente alguno la comitiva se adelantaba lentamente, precedida de un herald, que dirigía con fuerte voz estas palabras al pueblo: „Este hombre [aquí sus nombres y pronombres] es conducido al suplicio por tal crimen; (los testigos que han depuesto contra él son tales y tales; si alguno tiene noticias que dar en su favor, que se apresure.“ Por esto el jóven Daniel hizo retroceder la comitiva que conducía á Suzana, y subió á la silla de justicia para dirigir á los testigos nuevas preguntas. A cierta distancia del lugar del suplicio instaban al reo á confesar su crimen, y le hacían beber un brevage narcótico, para hacerle menos terrible el aspecto de su cercana muerte.

Juzguese del interes estremo que produce la obra de Salvador por solo el análisis de esta parte de su libro. Su principal objeto ha sido manifestar los mismos socorros que se prestan la historia, la filosofía y la legislación para explicar las instituciones del pueblo judío. Su libro es una obra de ciencia, sin dejar de ser por esto una obra de buen gusto. Sus notas demuestran una vasta lectura, y en la elección de citas prueba su crítica y discernimiento. El señor Salvador pertenece, por su edad, á esta nueva generación que se distingue tanto por su aplicación á los grandes estudios como por la elevación y la generosidad de sus afectos.

Resolución del capítulo titulado: JUICIO Y CONDENACION DE JESUS.

El capítulo en que Salvador trata de la administración de justicia entre los hebreos, es todo de teoría. Así espone la ley; de este modo debían pasar las cosas para estar conformes á la regla. No le contradigo en todo esto, le dejo hablar.

En el siguiente capítulo, el autor anuncia que, despues de esta *exposición de la justicia* va á seguir su aplicación en el juicio mas memorable de la historia, el de Jesucristo. „En efecto el capítulo está titulado: Juicio y condenación de Jesús.“

El autor cuida de indicar bajo que punto de vista piensa dar cuenta de esta acusacion: „No es mi objeto examinar si son de compadecer los hebreos en no haber reconocido un Dios en Jesús.“ (Declara ademas que hay otra cosa que no quiere tampoco examinar.) „Pero, no viendo en el mas que un ciudadano, si le juzgaron conforme á la ley y á las fórmulas existentes.“

Sentada de esta manera la cuestion, el señor Salvador recorre todas las faces de la acusacion; y su conclusion es que el procedimiento ha sido perfectamente regular y la sentencia perfectamente apropiada al caso. „Pues que el senado, dice, juzgando que Jesús hijo de José, nacido en Belen habia profanado el nombre de Dios usurpandolo para si, como á simple ciudadano le aplica la ley contra los blasfemos y la ley capitulo XIII del Deuteronomio y articulo 20 capitulo XVIII, por los cuales cualquiera profeta, aun el que hace milagros, debe ser castigado si habla de un Dios desconocido de los hebreos ó de sus padres.“ Conclusion hecha para halagar á los sectarios de la ley judaica: su objeto es, y bien claro lo muestra traerlos semejante ventaja, y justificarlos de la acusacion de *delictos*.

Evitemos sin embargo de tratar este grave asunto bajo miras teológicas. Para mí Jesucristo es el hombre Dios, mas no es mi mente combatir la exposicion y conclusion del señor Salvador con argumentos traídos de mi religion y creencia: á lo que me acusaria de intolerancia, es tacha que huiré siempre de merecer. Demas de esto, no quiero dar á los adversarios del cristianismo la ventajosa coyuntura de que nos echen en cara el temor de discutir y el intento de querer confundir antes que convencer. Satisfecho de haber manifestado mi fé, como el señor Salvador deja muy claramente vislumbrar la suya, quiero á mi vez examinar la cuestion bajo el punto de vista totalmente humano, y preguntarme á la par que él „si Jesucristo, considerado como simple ciudadano, fué juzgado conforme á la ley y á las formulas existentes.“

La misma religion católica me autoriza á ello, no es puramente una fícción, pues que Dios quiso que Jesús se revistiese con las formas humanas (*et homo factus est*) y que sufriese su condicion y miserias. Hijo de Dios por su moral y su sagrado espíritu, es realmente tambien el hijo del hombre para el cumplimiento de la misma que vino á llenar sobre la tierra.

Esto asentado, entro en materia y no vacilo decir, pues que voy á probarlo, que examinando las circunstancias de aquel gran proceso, lejos se está de hallar en él la aplicación de las maximas tutelaras del derecho de los acusados, cuya seductora exposicion nos presenta el capítulo del señor Salvador sobre la administración de justicia.

La acusacion de Jesús, suscitada por el rencor de los sacerdotes y fariseos, presentada al principio como acusacion de sacrilegio, despues

convertida en *delicto político* y en crimen de estado, fué manchada por todas sus faces con los horrores de la violencia y la perfidia. Menos que un juicio en que se hubieran observado las formas legales, es una *pasión*, un martirio prolongado, en el que la inalterable dulzura de la víctima pone aun mas patente el encarnizamiento de sus perseguidores.

Cuando Jesús apareció entre los judios, aquel pueblo no era otra cosa ya que la sombra de lo que fue. Mercedado mas de una vez por la servidumbre, dividido por facciones y sectas irreconciliables, habia succumbido al fin bajo el peso de las armas romanas y perdido su soberanía. Jerusalem, reducida á simple provincia de la Siria, yéa guarnecidos sus muros con soldados del imperio; á nombre del César mandados en ella Pilato, y el pueblo de Dios de los tiempos pasados genes bajo la doble tiranía del vencedor, cuyo poder aborrecia y cuya idolatría detestaba, y de los sacerdotes, que se esforzaban en contenerlos todavia en las estrechas ligaduras del fanatismo religioso.

Deploraba Jesucristo los infortunios de su patria; cuántas veces lloró sobre Jerusalem! Leed en Bossuet (*política sacada de la sagrada escritura*) el admirable capitulo que tituló: *Jesucristo buen ciudadano*. Ordenaba á sus compatriotas la union que hace fuerzas á los estados; „Jerusalem! esclamaba, Jerusalem! que matas á los profetas, y apodreas á los que á ti son enviados, cuántas veces quisie recoger á tus hijos, como la gallina recoge á sus polluelos bajo las alas, y tú no has querido, Jerusalem!“ (San Mateo, XXIV-7.)

La creían poco favorable á los romanos, y era mucho el amor que tenía á sus conciudadanos, prueba de ello es aquel discurso de los judios que, para determinar lo que se apreciaba, no hallaron cosa mas ejecutiva que estas palabras: „Venid; merece que le hagais este favor, porque es afecto á vuestros nacidos.“ Y Jesús fué con ellos, y alivió al criado.“ (Luc. VII, 3, 4, 5, 6, 10.)

Conmovido Jesús con la miseria del pueblo, le consolaba presentándole la esperanza de otra vida aterrada á los grandes, los ricos y los soberbios con la perspectiva de un juicio final en que sería cada cual juzgado, no conforme á su rango, sino segun sus obras. Quería volver al hombre á su dignidad original; si le hablaba de sus deberes, tambien lo hacia de sus derechos. Con avidez le escuchaba el pueblo, en tropel le seguía; conmovían sus palabras;

curaba su mano, su moral instruída; predicaba y practicaba una virtud desconocida antes de él, y que solo á él pertenecía la caridad... Pero esta voga, estos prodigios excitaron la envidia.

Espantaronse los partidarios de la antigua teocracia al aspecto de la nueva doctrina; los principes de los sacerdotes sintieron su dominación amenazada; vióse humillado el orgullo de los fariseos; acudieron los escribas á su socorro y la pérdida de Jesús resuelta fue.

Si era culpable su conducta, si daba motivo á una acusación legal ¿porqué no intentaría á las claras? ¿por qué no acusarlo por sus acciones, por sus discursos públicos? ¿por qué emplear en su contra subterfugios, astucias, perfidias y violencias? pues no de otro modo procedieron con Jesús.

Prosigamos pues, y veamos las narraciones llegadas hasta nosotros. Abramos con Salvador el libro de los Evangelios; pues él no recusa su testimonio, antes se apoya en ellos. «De los mismos Evangelios, dice tomare todas las hechas.»

Efectivamente, de que manera, si no es con pruebas contrarias, y estas no existen, rehusar vuestra confianza á un historiador que os dice, como S. Juan, con una tierra sencillez: «Quien lo vió, es el que lo asegura, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad, para que vosotros tambien creais!» (S. Juan. XIX. 35.)

§ 1.º

Agentes tentadores.

¿Quien no quedará sorprendido al encontrar aquí el odioso empleo de agentes tentadores? Infamados en los tiempos modernos, es infamarlos mas, sacar su origen del proceso de Cristo. Juzguese si se aplicado mal el nombre de agentes tentadores á los emisarios que cercaron á Jesús por orden de los principes de los sacerdotes.

Lesé en el Evangelio de san Lucas, «Como buscaban solamente coyuntura de perderle, enviaronle espías, que hicieran de los virtuosos, para cogerle en alguna palabra, á fin de entregarle á la potestad y jurisdicción del gobernador. (1)» Y el Sr. de Sacy en su traducción, añade por nota: «Si se le desahala la mas leve palabra contra los poderes y el gobierno.»

(1) Et observantes miserunt invidiosos, qui se justos simularent; ut eperirent eum in sermone, et tradiderent illum principibus et potentatibus. [S. Luc. XX. 20.]

Escapóse esta primera maniobra á la sagacidad del Sr. Salvador.

2.º

Soberno y traición de Judas.

Segun Salvador, «el senado, no principiaba por apoderarse de Jesús, como en el día se hubiera hecho, sino que comienza por un auto para mandar aprenderlo.» Y en prueba de su aserto nos cita á san Juan—XI.—53, 54, y á san Mateo.—XXVI.—4, 5.

Pero en primer lugar, no dice nada del tal auto, habla si, no de una audiencia pública, sino de un conciliabulo de los principes de los sacerdotes, y de los fariseos, que ignoro bayan formado entre los judíos un cuerpo de judicatura. «Los pontífices y los fariseos reunieronse y dijeron: «¿Qué harremos este hombre hace muchos hallagros?» (San Juan—XI.—47.) Y añade (verso 48): «Si le dejamos oír, todos creerán en él. Lo que significaba entre ellos; y ya no creeran en nosotros. Bien percibido en esto el temor de que prevaleciera la moral y doctrina de Jesús; pero, y el auto ¿dónde está?—no le vea.

Uno de ellos, llamado Caifas, que era el sumo pontífice aquel año, les dijo: Vosotros no entendéis nada en esto, ni reflexionais que os conviene (para expedit vobis) el que un solo hombre muera por el pueblo... y profetizó, que Jesús debía morir por la nación judaica.» (Id.—49, 50, 51.) Pero profetizó no es juzgar ni la opinión personal emitida por Caifas, uno de ellos, no es la opinión de todos, ni es un juicio del senado. Así es que no hay tal auto, y solamente veese que principes y fariseos estan animados de estremado odio contra Jesús, y que «desde aquel día no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir; ut interficerent eum. (v. 53.)

Es pues enteramente contraria la autoridad de S. Juan á la asercion de que hubiese de antemano un tribunal regular expedido, una orden de arresto.

S. Mateo refiriendo el mismo hecho dice que se juntaron los pontífices en la sala del gran sacerdote, llamado Caifas, y que celebraron consejo. «Pero que consejo? y cual fue el resultado? Fos por ventura para mandar una orden de conducir á Jesús para oírle y juzgarle despues? No, sino que, «tuvieron consejo para hallar medio como apoderarse de la persona de Jesús con engaño y hacerle morir.»—Conciliam fecerunt, ut Jesum dolo tenerent et occiderent. [XXVI.—4.] Pero no tal que en la

lengua latina, lengua perfectamente bien formada en todo lo que toca á expresar los términos del derecho, nunca *occidere*, lo mismo que *interficere*, han sido empleadas para dar á entender la accion de condenar á muerte, sino únicamente para significar el homicidio ó el asesinato [2].

Este engaño, por medio del cual debían apoderarse de Jesús, no fué otra cosa que el pacto de los sacerdotes judíos con Judas.

Judas, uno de los doce, ya á los pontífices y les dice: «¿Qué queréis darme y le pondré en vuestras manos, et ego eobis eum tradam?» (San Mat. XXVI. 14, 15.) Y se ajustan con él y le prometen treinta piezas de plata! Jesús, que preveía ya su traicion, adviértese lo con dulzura, al acto de la cena, en que la voz de su maestro y la presencia de sus hermanos pudieran commoverle y hacerle entrar en si mismo. Pero no es así; Judas entregado enteramente á su paga, pónese á la cabeza de una pandilla de criados, á quienes debe mostrarles á Jesús; y con un beso consuma el falso apóstol su traicion [3].

¿Así es como debía ejecutarse un juicio, si realmente un juicio habla ordenado el arresto de Jesús?

3.

Libertad individual.—Resistencia á mano armada.

Era la noche... Despues de celebrada la cena, Jesús habia conducido á sus discipulos al monte de los Olivos; y sus discipulos se durmieron cuando él fervorosamente oraba.

Como redigiera el Sr. Estévez, á quien los mismos sucesos hicieron despegarse por el populacho sin querer juicio, coartado. Non scilicet, Dominum v. s. 17.—Veniunt homines occidere. Cir. pro Blasio 61.—Virginium filium sui manu perdidit Virgine. Cic. 2. de finib. 107.—Non hominem occidit. Horat. L. 1. epist. 17. 10.—Inveniam occidere. Ovid. 9. fast. 133.—per te cecidit.—Vera interficere. Lucan. lib. 5. V. 451.—Interfectus in acie. Cic. 2. de finib. 107.—Casaria interfecto. Jac. Reatin. Ciceroni. 16. 8. Interfectorem Gracili. Cic. pro char. Orat. 96.

(2) Como redigiera el Sr. Estévez, á quien los mismos sucesos hicieron despegarse por el populacho sin querer juicio, coartado. Non scilicet, Dominum v. s. 17.—Veniunt homines occidere. Cir. pro Blasio 61.—Virginium filium sui manu perdidit Virgine. Cic. 2. de finib. 107.—Non hominem occidit. Horat. L. 1. epist. 17. 10.—Inveniam occidere. Ovid. 9. fast. 133.—per te cecidit.—Vera interficere. Lucan. lib. 5. V. 451.—Interfectus in acie. Cic. 2. de finib. 107.—Casaria interfecto. Jac. Reatin. Ciceroni. 16. 8. Interfectorem Gracili. Cic. pro char. Orat. 96.

(3) ¿Podrá creerse que Tertuliano y san Tráese hayan tenido necesidad de retutar solemnemente á algunos católicos de su tiempo, á quienes la conducta de Judas parecia, no digo censurable, sino admisible y en extremo meritoria, por el inmonso servicio, decian, que habia hecho á la humanidad preparando la redención?

De esta manera en cierto tiempo víronse ladrones del erario que robando hacian un bien, segun ellos, pues decian que así debilitaban la usurpacion y preparaban la legitimidad!

Despiértalos Jesús, reprendiéndoles con blandura su debilidad, y advirtiéndoles que el momento se acerca. «Levantaos, vamos, ya llega el que me ha de vender.» [S. Mat. XXVI. 46.] Judas no venia solo, seguiale una especie de peloton *achispado* casi compuesto enteramente de criados del gran sacerdote, á quienes Salvador concedera con el título de *militia legal*. Si en aquel barullo se hallaban algunos soldados romanos, iban por curiosidad, sin haber sido legalmente llamados, pues que el gobernador romano, Pílató, nada habia oído hablar en el asunto.

Esta arresto de Jesús, y á hora semejante, manifestaba tal carácter de violenta agresion, que los discipulos se preparaban á repeler la fuerza por la fuerza. Malco, criado auzad del sumo sacerdote, arrojándose ante todos á apoderarse de Jesús, recibió de Pedro, no menos resuelto que él, una cuchillada en la oreja derecha.

Continuar pudiera con feliz resultado la resistencia, á no ser por la oposicion de Jesús. Pero la prueba de que Pedro, aunque hizo correr sangre, no resistió á una orden legitima, á un juicio legal, lo cual hubiera convertido su resistencia en un acto de rebelion á mano armada contra un mandado de justicia, bien claro se muestra al verse que no fué arrestado, ni al instante mismo, ni despues en casa del sumo sacerdote, á donde siguió á Jesús, y donde visiblemente fué reconocido por una criada del pontífice y por un pariente de Malco.

Tan solo Jesús fué arrestado; y á pesar de no haber opuesto personalmente activa resistencia, sino por el contrario, retenido la de sus discipulos, se le ala como á un facinoroso, *et ligaverunt eum*. Criminal rigor, puesto que era innecesario para asegurar á un hombre solo opuesto á numeroso tropel de gente armada de espadas y garrotes. *Quasi ad latronem ceptis eum gladius et justitia*. [S. Luc. XXII—52.]

4.

Las irregularidades en el arresto.—Captura de persona.

Arrastran á Jesús; y en vez de conducirlo al instante á la presencia de un magistrado competente, condujéle á la casa de Anas, que no tenía mas título que ser *suero del sumo sacerdote*. [S. Juan XVIII—13.] Si semejante paso fué dado para que vieran tan para curiosidad, no podia permitirse, y ya era una vejacion, una irregularidad.

Condujéronle de la casa de Anas á la del sumo sacerdote, siempre atado. (S. Juan. XVIII

34.) Pararon en el patio; hacia frio, y encendieron fuego, era de noche y a la claridad de dicho fuego reconocieron a Pedro las gentes de la casa. Nueva infracción, pues que la ley judaica prohibia el proceder de noche.

En semejante estado de persona en una casa privada, en un patio, y abandonado a unos criados ¿de qué modo fue tratado Jesús? Los que tenían a Jesús, dice S. Lucas, se *inhabitu* de él, y le *golpearon*; y habiéndole vendido los ojos, le daban *bofetones*, y le preguntaban, diciendo: *Adivina quien es el que te ha herido. Y repetían otros muchos dicterios blasfemando contra él.* (XXII. 63, 64, 65.) Diráse acaso, como Salvador, que esto no lo vea el senado? Esperemos pues que el senado despierte, y veamos si sabe proteger al acusado.

5.

Cappisio interrogatorio.—Demasiadas usadas con Jesús.

El gallo había cantado ya. ... Aun no era de día. Congregáronse los ancianos del pueblo y los principales de los sacerdotes, y los escribas, y haciendo empatecer a Jesús en su concilio, comenzaron a interrogarle. (Luc. XXII. —66.)

Obsérvese que a no haber estado arrebatados del odio contra Jesús, hubieran debido no solamente diferir el proceso porque era de noche, sino aun sobresero, puesto que estaban en la *Pascua*, fiesta entre ellas la mas solemne; y su ley mandaba que no se efectuase juicio alguno en día *feriado*, bajo pena de nulidad (4). Veamos sin embargo quien acusa a Jesús.

Caifás mismo, quien si quiere permanecer juez, es recusable evidentemente; puesto que en una anterior junta se presentó como acusador de Jesús (5). Sin haberle siquiera visto u oido lo declaró *digno de muerte*. Hijo a sus colegas, que era *util* que uno solo muriera por todos. (Juan.—XVIII—14.) Tal era la opinion de Caifás; no nos asombremos cuando le veamos manifestar gran parcialidad.

En vez de interrogar a Jesús sobre sus *actos públicos* y circunstanciados, y sobre hechos *personales*, interrogóle Caifás sobre hechos *generales*, sobre sus *discipulos*, a quienes mas natural era llamar como testigos, y sobre su *doctrina*.

[4] Véanse sobre este los escrituras judias que cita Prost de Royer, tom. 2 pág. 203, en la palabra *Acusacion*.

[5] Conviene en ello Salvador. "Caifás constituyó acusador suyo." Dice, pág. 85.

na, que no era mas que una abstraccion mientras no se dedujera de sus actos exteriores. Entretanto el pontifice se puso a interrogar a Jesús sobre sus discipulos y doctrina.—Pontifice ergo interrogavit Jesum de discipulis suis, et de doctrina ejus. (San Juan. XVIII.—19.)

Jesús responde con dignidad: He hablado públicamente a todos; siempre he enseñado en la Sinagoga y en el templo, a donde concurren todos los judios, y nada he hablado en secreto. (Id. 20.)

¿Qué me preguntas a mí? Preguntá a los que me han oido lo que yo les he enseñado, pues ellos saben cuales cosas haya dicho yo. (Id. 21.)

¿A esta respuesta, uno de los ujieres ministros asistentes dió una bofetada a Jesús, diciendo: Así respondes tú al pontifice? (Id. 22.)

Diráse tambien que este ultraje es una falta individual y que solamente es culpable el que hirió al acusado?—Respondió que por esta vez el caso ha pasado delante de todo el consejo, y como el pontifice que presidia no reprime al acusado, resulta a mi ver que es cómplice tambien, sobre todo, cuando con este ultraje se pretostaba vengar su dignidad creyéndola insultada. ¿Y cómo pudiera parecer ofensiva la respuesta de Jesús? "Síhe hablado mal, díjole este, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres?" (S. Juan. XVIII.—23.)

No habia escusa en este dilema. Acusaban a Jesús: pues a los que le acusaban, y el primero entre todos, Caifás, tocaba probar la acusacion. Un acusado no tiene la obligacion de acriminarse a sí, preciso era convencerle por medio de testigos: el mismo los reclamaba; veamos pues cuales le fueron presentados.

6.

Testigos.—Nuevo interrogatorio.—Juez irritado.

Mientras tantos los principes de los sacerdotes, con todo el concilio, andaban buscando contra Jesús algun testimonio para condenarle a muerte (*ut eum morti darent*), y no le hallaban. (S. Marc. XIV.—55.)

Porque dado que muchos *atestiguaban falsamente* contra él, los tales testimonios no estaban acordés. (Id. 56.)

Levantáronse algunos y presentaron un falso testimonio contra él en los terminos siguientes:

[6] Hablando el gran sacerdote Ananias mandado que hiriesen a S. Pablo en el rostro, le dijo Pablo: "Dios te hiera, pared blanqueada. Yo estoy sentado para juzgarme segun la ley, y contra la ley mandas herirme!" [Hoch. Apóst. XXIII. 3.]

tes: "Nosotros le rimos decir: yo destruiré este templo hecho de mano de los hombres, y en tres dias edificaré otro que no será obra de mano de hombres. (Id. 57. 58.)

„Pero tampoco en este testimonio estaban acordés. (Id. 59.)

Salvador dice sobre este punto (pág. 87) que „los dos testigos que S. Mateo y S. Marcos acusan de *falsedad*, refieren un discurso que S. Juan declara *verdadero* con respecto al poder que se atribuye Jesucristo. Pero esta supuesta contradiccion de los evangelistas no existe. San Mateo no dice que el discurso sea de Jesús.

En el cap. 26 v. 61, refiere la deposicion de los testigos, pero diciendo al mismo tiempo que son *testigos falsos*, y en el cap. 27 v. 40 pone la misma asercion en boca de los que insultaban a Jesús al pié de la cruz, mas no la pone en la de Cristo. Acordé está con S. Marcos.

San Juan, cap. II v. 19, hace hablar a Jesús de esta manera: „Respondió a los judios: *destruid este templo y yo lo reedificaré en tres dias.*” Y añade S. Juan: „Entendida por esto el templo de su cuerpo.”

Así Jesús no habia dicho de una manera afirmativa, y hasta cierto punto amenazadora: *yo destruiré el templo*, como los testigos falsamente lo suponian, habia tan solo dicho hipotéticamente: *destruid este templo*, esto es: supondiendo que ese templo sea destruido, y yo lo reedificaré en tres dias.

Ademas, no pueden negar que se trataba de otro templo y no del suyo, puesto que dice: „en tres dias edificaré otro que no será obra de mano de hombres.”

Resulta pues, cuando menos, que los judios no le comprendieron, pues exclamaron: „Cuarenta y seis años se han gastado en la reedificacion de este templo; ¿y tú le has de levantar en tres dias?” (S. Juan. II.—20.)

„De modo que los testigos no estaban acordés, y nada podia sacarse de sus declaraciones. *El non erat conveniens testimonium illorum.* (S. Marc. XIV.—59.)

Fuerza era buscar otras pruebas.

„Entonces el sumo sacerdote (no olvidemos que siempre es el *acusador*) levantándose en medio del congreso, interrogó a Jesús, diciendo: „No respondes nada a los cargos que te hacen estos?—Jesús empiro callaba, y nada respondió. (S. Marc. XIV.—60—61.)

Con efecto, no tratándose del templo de los judios, sino de un templo ideal, no edificado por mano de hombres, y que únicamente residia en la mente de Jesús, la solucion estaba en el cargo mismo.

Prosigua el sumo sacerdote: „Yo te conjuro de parte de Dios vivo, (*adjuro te per Deum vivum*) que nos digas, si tú eres el Cristo, Hijo de Dios.” (S. Mat. XXVI.—63.)—Yo te conjuro, júrame aqui! Notable infracción a aquella regla de moral y de jurisprudencia que no pasa por colocar a un acusado entre el peligro del perjurio y el temor de agravar su causa y empeorar su situacion!—A pesar de todo, el sumo sacerdote insistió y le dice: „Eres tú el Cristo, Hijo de Dios?” Respondió Jesús: „tú lo has dicho, tu *heristi.* (S. Mat. XXVI. 63.) Yo soy; ego sum.” (S. Marc. XIV. 62.)

„A tal respuesta, el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: *blasfemado has qué necesidad tenéis ya de testigos*, vosotros mismos acabáis de oírle blasfemar: ¿qué os parece?—A lo que respondieron ellos diciendo: „Reo es de muerte. *Reus est mortis.* (Mat. XXVI.—65.—66.)

Compárese ahora tan violenta escena con la apacible deducción de principios que aparece en el capítulo de Salvador, de la *administracion de justicia*, y luego pregúntese si, como él lo pretende, hay una exacta aplicacion en el proceso contra Cristo?...

„Por dicha encontramos aquí ese respeto del juez hebreo al acusado, cuando vemos que Caifás permite que le hieran *impudicamente* en su presencia?

„Y qué es Caifás, a la *par acusador* y juez? (8) Hombre parcial y muy semejante al odioso retrato que de él nos ha dejado el historiador Josefo (9). Un juez que monta en cólera, que se arrebató hasta el grado de rasgar sus vestiduras: que impone al acusado un temerario juramento y que acrimina todas sus respuestas, *blasfemado has!* Y por esto ya no quiere testigos por mas que los exija la ley! No quiere pesquisa alguna, cuya impotencia conoció! Quiere (lo cual tambien le prohibe la ley hebrea) que el acusado sea *sentenciado bajo su sola declaracion*.

[7] Salvador en su obra, pág. 82, contiene en que „la *expresion* Hijo de Dios era de comun uso entre los hebreos para señalar a todo hombre de gran sabiduria, y suma piedad.” Añade empero que „no es este sentido usual de esta Jesus, pues no hubiera excluido tan viva sensacion.”—Por interpretacion solamente y desconociendo estas palabras de su comun sentido, es como se quiere sacar un capítulo de acusacion contra Jesús.

[8] Y juez. Esto es, que ocupaba las funciones de tal, pues que vemos en el siguiente paragrafo que el concilio de los judios solo pertenecia el juicio de las acusaciones capitales.

[9] Antiq. judic. lib. 19 cap. 3 y 6.

ración, tal como la ha presentado él mismo y solo él. Y en el más insensato enajenamiento de cohera, es cuando este acusador, sumo sacerdote, que pensaba hablar en nombre de Dios vivo, antes que todos opina por la muerte y atrásta de súbito los demás votos tras sí.

En tan repugnantes rasgos no puedo reconocer esa justicia hebrea, cuyo lienzo deslumbrador nos dibuja el Sr. Salvador en su teoría.

Otras evidencias.

Inmediatamente después de esta especie de sentencia sacerdotal arrojada contra Jesús, las violencias y los insultos renacen con mayor fuerza; la rabia del juez preciso es que se comunique á los concurrentes. „Luego, dice S. Mateo, empezaron á escupirle en la cara y á maltratarle á puñadas, y otros le daban bofetadas, diciendo: „Cristo, profetizas quien es el que te ha herido? (S. Mat. XXVI. — 67—68.)

Salvador no disputa sobre la realidad del mal trato, página 88, „contrarios son, dice, al espíritu de la ley hebrea, y no es conforme al curso de la naturaleza que un senado compuesto de los hombres más respetables de una nación, que un senado que tal vez se cogaña, pero que piensa obrar á la ligera, haya permitido semejantes ultrajes con el hombre, cuya vida estaba en sus manos. Los escritores que nos han transmitido este pormenor, no habiendo asistido en persona al consejo, han podido cargar el comedio, ya por sus particulares afecciones, ya por cubrir á los jueces con mayor descrédito.

Respondo: Ese mal trato es contrario al espíritu de la ley; y ¡qué mas me falta, puesto que mi objeto es hacer resaltar todas las infracciones de la ley!—Contrario es á la naturaleza que un cuerpo respetable autorice semejantes atentados—¿qué importa si el hecho es constante?—, Los historiadores, se nos dice después, no asistieron en persona al proceso. Y Salvador asistió á él para poder desmentir á aquellos? Y cuando un hábil escritor, aunque no testigo ocular, cuenta el mismo acontecimiento pasados ya más de diez y ocho siglos, fuerza era por lo menos que presentara testigos contrarios para debilitar el de los contemporáneos, que si no estaban en la sala del consejo, estando indudablemente en los parajes citados en la vecindad, quizá en el patio, se informaban con ansiedad de todo lo que acacia al

hombre de quien eran discípulos [10]. Además, el docto escritor que combato dijo al principio, pág. 81, „que de los Evangelios mismos sacaría todos sus hechos.“ Preciso es admitirlos en contra como en favor.

Insultos tan groseros, violencias tan inhumanas, aun despatchándose á los sirvientes del sumo sacerdote y á las personas de su comitiva, no excusan á los que, atribuyéndose la autoridad de jueces de Jesús, debían á la vez escudarse con toda la protección de la ley. Y Caifás sería culpable como señor de casa, pues esto pasaba en la suya, cuando no lo fuera como sumo sacerdote y como presidente del consejo, por haber tolerado demasías, que por otra parte no desdecían con la cohera que había manifestado en su puesto.

Semejantes arrebatos, incensables aun cuando fueran arrebatos, incensables aun cuando fueran contra un hombre irrevocablemente sentenciado á muerte y entregado al suplicio, eran tanto más criminales tratándose de Jesús, cuanto que contra él, legal y jurídicamente hablando, no había aún condenación propiamente dicha, según el derecho público que regía en el país, como lo veremos en el siguiente párrafo, digno de toda la atención del lector.

Posición de las Judías tocante á los romanos.

No olvidemos que la Judea era país conquistado.

Después de la muerte de Herodes, malamente apellidado el grande, Augusto había confirmado el testamento en el que dicho rey judío arreglaba la partición de sus estados entre sus dos hijos; pero el título de rey, que su padre había tenido, Augusto no les concedió.

Arguelao, á quien tocó la Judea, fué lanzado por sus crueldades, y el país, al principio confiado á su gobierno, fué agregado á la provincia de Siria. (Josefo. Antig. Jud. cap. 15 lib. 17.)

Después dió Augusto administradores particulares á la Judea; Tiberio hizo lo mismo y en la época de que tratamos, Pilato era uno de tales comisionados. (Josefo. lib. 18 cap. 3 y 8.) Algunos consideraban á Pilato como gober-

[10] „Helo Pedro siguiendo de lejos, hasta llegar al palacio del sumo pontífice. Y habiendo entrado en este tal sala sentada con los demás sirvientes para ver en que paraba aquello.“

Petrus autem sequens ab longe, usque in atrium principis sacerdotum, et ingressus intus, sedebat cum ministris, ut videret finem. (Mat. XXV. 58.) Otro tanto sucede con aquel manco de que habla S. Marc. XIV. 51. „Cierta manco le iba siguiendo... Adlocutus quidam sequatur &c.

nador (en libre), y le han llamado Præses; pero se equivocan y no han conocido el valor de la palabra. Pilato era uno de esos funcionarios que llamaban procuratores Caesaris.

Con el título procurator Caesaris, estaba bajo la autoridad superior del gobernador de Siria, verdadero præses de la provincia, de la que la Judea no era otra cosa que una dependencia.

Al gobernador [præses] pertenecía principalmente, por su título, el derecho de intervenir en las acusaciones capitales [11]. El procurator al contrario, no tenía mas principal función que la recaudación de impuestos y el juicio de causas locales. Pero el derecho de conocer en las acusaciones capitales, á veces pertenecía también á ciertos procuratores Caesaris, enviados á las provincias de poca valía, al lugar y puesto del gobernador, vice præsidis. Claramente resulta así de las leyes romanas [12].

No era otra cosa Pilato en Jerusalem.

En semejante situación política colocados los judíos, por mas que les dejasen el uso de sus leyes civiles, el público ejercicio de su religión, y muchas otras cosas tocantes solo á la policía y régimen municipal; digo pues que los judíos no tenían el derecho de vida y de muerte, principal atributo de la soberanía, que los romanos cuidadosamente se reservaron, aun cuando veían con desden lo demás. Apud Romanos, qui vultis iudicari, caetera transmittuntur. Tacit.

Luego ¿cuál era el derecho de las autoridades judías con respecto á Jesús?—Ciertos es que los principes de los sacerdotes, los escribas y sus amigos los fariseos pudieron alarmarse ora reunidos, ora cada uno de por sí; entrar en cuidado por su culto, interrogar al hombre tocante á sus creencias y doctrinas, formar una como instrucción preparatoria, y hasta declarar como indudable que tales doctrinas, si amena-

[11] De criminis, præsidis capitibus est. Cujas, XIX. Obsery. 13.

[12] Procuratoribus Caesaris fungens vice præsidis, potest cognoscere de criminibus capitalibus. Godofroy, en su nota [nota 8] sobre la ley 3 al Código, ubi agitur de capitalibus, etc. Y cito además otras muchas que he verificado y que son muy precisas en el sentido mismo. Véase principalmente la ley 4 Cod. ad leg. fal. de plog. y la ley 2 al Código de parent.

Procuratoribus Caesaris data est jurisdictione in causis criminalibus pecuniariis, non in criminalibus, nisi cum sum voluntur vice præsidum ut Pontius Pilatus fuit procurator Caesaris, vice præsidis in Siria. Cujas, obsery. XIX. 13.

zaban las suyas, estaban á la vez contrapuestas á su ley, según la interpretación que lo daban....

Empero esta ley, si bien no había padecido alteración en el orden religioso, no tenía ya fuerza coercitiva en el orden exterior. Hubiera en vano pronunciado la pena de muerte en el caso en que querían poner á Jesús, pues el consejo de los judíos no poseía el poder de sentenciar á muerte, únicamente tendría el derecho de acusar á Jesús ante el gobernador ó su delegado, y entregárselo para que lo juzgara.

Aclaremos este punto, porque sobre ello estoy totalmente en contradicción del Sr. Salvador. Según él (pág. 88); „Los judíos conservaban la facultad de juzgar conforme á su ley en las manos empero del procurador residía tan solo el poder ejecutivo; sin su consentimiento á ningún reo se podía dar la muerte, con el objeto de que el senado no pudiera perjudicar á los hombres vendidos al extranjero.“

No hay tal; los judíos no conservaban el derecho de juzgar á muerte. La conquista había trasladado á los romanos este derecho; y no solamente porque el senado no pudiese perjudicar á los hombres vendidos al extranjero, sino tambien porque el vencedor pudiera perjudicar á los que se mostraran incómodos bajo el yugo; y en fin, para la igual protección de todos, puesto que todos eran ya súbditos de Roma, y á Roma puramente pertenecía la alta justicia, principal atributo de la soberanía. Pilato, representante del César en la Judea, no era tan solo un agente del poder ejecutivo, lo cual era dejar en manos del vencido el poder jurídico y el legislativo; no era tan solo encargado de dar á ejecutar, un simple visto bueno á las sentencias dadas por otra autoridad, una autoridad judía. Tratándose de una acusación capital, la autoridad romana no tenía solamente ejecución, sino el conocimiento mismo del delito, cuñillo; esto es, el derecho de conocer á priori en la acusación, y el de juzgarla soberanamente. Si Pilato no hubiera tenido este poder por delegación especial, vice præsidis hubiera este derecho residido en la persona del gobernador de quien dependía; mas sea como fuere, consta que los judíos habían perdido el derecho de condenar á muerte á quien quiera que fuese, no tan solo en lo que toca á la ejecución, pero aun en el fallo; y es este uno de los puntos más constantes del derecho provincial de los romanos.

No lo ignoraban los judíos; pues cuando se presentan á Pilato pidiéndole la con denación

de Jesús, ellos mismos proclaman que no les es permitido hacer morir á nadie.

Nobis non licet interficere quemquam. (S. Juan, XVIII, 31.)

Aquí puede afortunadamente aporarmé en la muy respetable autoridad del célebre Loiseau, (*Tratado de dominica*, en el capítulo de los *Justicias de las ciudades*): „Y cierto, dice, parece que la policía, en la que el pueblo solamente es interesado, deba administrarse por explicados populares; pero no sé en qué se han fundado las concesiones atribuidas á algunas ciudades de Francia de poseer la justicia criminal, y por qué la ordenanza de Moulins se la concede mas bien que la civil; pues que la justicia criminal es el *territorio de papado*, es el *verum imperium*... También en el derecho romano estaba la justicia tan separada de los empujados de las ciudades, que no tenían ni aun la facultad de imponer una simple multa. No cabe duda que así se debe entender aquel paso del Evangelio en que los judíos dicen á Pilato: *Non licet nobis interficere quemquam*, porque no poseían la justicia criminal desde que cayeron bajo el dominio romano.”

Sigamos á Jesús ante Pilato.

9.

Acusación ante Pilato.

Aquí sobre todo llamo la atención del lector. Las irregularidades, las violencias que hasta aquí he notado, nada son comparándolas con el desencadenamiento de pasiones que va á presentarse ante el juez romano para arrancarle, contra su propia convicción, una sentencia de muerte.

„Luego que amaneció, habiéndose juntado para deliberar los sumos sacerdotes, con los ancianos y los escribas, y todo el consejo, afaron á Jesús, y le condujeron y entregaron á Pilato.” *Mate. XV. 1.*

Luego que amaneció, porque, como ya lo noté antes, todo lo hecho hasta aquí contra Jesús, fué de noche.

„Llevaron despues á Jesús desde casa de Caifas al pretorio de Pilato.” (4)

„Era la mañana, y ellos bu entraron al palacio por no *contaminarse*, y podet comer la Pascua.” — *Juan-XVIII. 28.*

„Peregrino escrupuloso y muy digno de los fariseos. „*Tomen contaminarse, el día de Pascua*

(18) Dijo el autor de este libro que es ya fué por vezual *dejar de Caifas á Pilato*. En México se dice *dejar de llevar á Pilato* — N. del T.

entrando á la casa de un pagano y el mismo día, pocas horas antes de presentarse en casa de Pilato, habían con menosprecio de su ley, cometido la enorme infracción de *renunciar en consejo*, y deliberar sobre una *acusación capitol*

No queriendo ellos entrar, „Pilato salió á verlos á fuera.” — *Juan XVIII. 29.* — Parád bien la atención en esto; no les dice: „*Donde está la sentencia que habeis pronunciado?*” como debería hacerlo, si no tuviera que dar mas que un simple *exequatur*; sino que toma las cosas desde su origen, como debe hacerlo quien tiene *plena jurisdicción*; y les dice: „*De que crimen acusais á este hombre?*” (id.)

Y responden con su acostumbrada soberbia: „Si esto no fuera *malhechor*, no le hubiéramos puesto en tus manos.” *Juan—XVIII. 30.* Querían pues dar á entender con esto que si se tralara de *blasfemias* siendo *causa de religión*, ninguno era mejor apreciador que ellos. Así Pilato se hubiera reducido á creerlos bajo su *palabra*; pero el romano, inco modo de pretensiones que restringian su competencia haciéndole pasivo instrumento de la voluntad de los judíos, les respondió irónicamente: „Bueno; pues que decís que la peca contra vuestra ley, tomadle vosotros y según vuestra ley juzgadle.” — *Accipite eum vos, et secundum legem vestram judicate eum.*” *Juan XVIII. 31.*

Verdadero chasco llevaron con tal respuesta, pues reconocian su impotencia para condenar por sí mismos á muerte. Se sometieron por precisión, y presentaron á Pilato *las causas de la acusación*.

„Y cuales serán estas causas? „Sin duda las mismas que han sido hasta aquí alegadas contra Jesús: la acusación de *blasfemia*, la única que presentó Caifas ante el consejo de los judíos. Nada de eso: desesparanzados de conseguir del juez romano una *sentencia de muerte* por una *cuestión religiosa* que no era de interés para los romanos, (14) cambian prontamente de sistema, desisten de su primera acusación, la de blasfemia, y substituyen una *política*, un *crimen de estado*.

Aquí está el modo de la *pasión*, y aquí está lo que mas animadamente acusa á los delatores de Jesús. Pues que posesionados de la idea de perderlo á todo trance, ya no se presentan

(14) Así Leytas escribia al gobernador Felix con motivo á Calixto: „Pero encontrado he, que me era abusado de otra cosa, ouca que de ciertas acciones tocantes á su ley, sin que crimen alguno tenga digno de muerte á prison Hecho de los apóstolos: XXIII. 29.

ahora como vengadores de su *religion* ultrajada supuestamente y de su culto amenazado según ellos, sino que cesando de ser judíos, para fingir afectos extranjeros, estos hipocritas ya solo se manifiestan ocupados de los intereses de Roma; acusan á su compatriota de querer restaurar el reino de Jerusalem, hacurse *rey de los judíos*, y sublevar al pueblo contra los conquistadores.

Que hablen ellos mismos:

„Y comenzaron á *acusarle*, diciendo: Hemos hallado á este hombre *pervirtiendo á nuestra nación*, y vedando pagar los tributos á César, y diciendo que él es el *Cristo-rey!*” (Luc. XXIII. 2.)

„Notable calumnia! Jesús vedaba pagar los tributos á César! y habia respondido á los mismos fariseos en presencia de todo el pueblo, y mostrando en una moneda romana la efigie de César: *Dad á César lo que es del César*. Pero tal acusación servia para interesar la competencia de Pilato, quien, como *Procurator Caesaris*, estaba encargado de la recaudación de los impuestos. La segunda parte de la acusación tocaba mas directamente aun á la soberanía romana: „Se dice *Rey!*”

Tomando de esta manera la acusación un carácter enteramente político, creyó Pilato, fijar en ella su atención. „Entrando de nuevo en el pretorio (lugar donde se administraba justicia) y haciendo *comparecer* á Jesús (procede á su interrogatorio) le preguntó: „Eres tú el *rey de los judíos?*” (Juan. XVIII. 33.)

Con estrañeza oye Jesús una pregunta tan diversa de las que le dirigieron en casa del gran sacerdote, y á su vez pregunta á Pilato: „Dices tú eso de ti mismo, ó te lo han dicho de mi otros?” (id. V. 34.)

De facto, ante todas cosas queria Jesús conocer á los autores de esta nueva acusación: „Los romanos, ó los judíos, son los que me acusan de esta manera?”

„Replicó Pilato: „*Reoras acaso que no soy judío? Los de tu nación y los pontífices te han entregado á mí: ¿qué has hecho tú?*” (id. V. 35.)

Preziosos son todos los pasos de este juicio. No me canso de decirlo: absolutamente se ha tratado ante Pilato de una *condenación anterior*, de un juicio formado ya, de una *sentencia* que solamente se tratase de ejecutar; es una *acusación* que principia, estamos en el *interrogatorio* del acusado; dícele Pilato: „*¿que has hecho tú?*”

Conociendo Jesús por la explicación que ha oído de donde nace la *prezencia*, y descubrien-

do el secreto pensamiento que sobresalla en el fondo de la acusación, y como sus enemigos por una vuelta querian llegar al punto mismo, respondió á Pilato: „*Mi reino no es de este mundo: si de este mundo fuera mi reino, claro está que mis gentes me habrían defendido para que no cayese en manos de los judíos: (y en efecto, hemos visto que Jesús voló á sus gentes el resistir), pero dice aun otra vez: Mi reino no es de acá.*” (Juan, XVIII. 36.)

Notable es esta respuesta de Jesús: ha llegado á ser el fundamento de su religion y la prenda de su universalidad, porque se desprende de todos los gobiernos. Y no ha sido dada únicamente como asercion, como doctrina, sino tambien como *justificación*, como defensa contra la acusación de querer hacer *rey de los judíos*. Indubitablemente, si Jesús hubiera afectado una *majestad temporal*, si hubiera tentado usurpar en lo mas leve el *poder del César*, hubiera sido culpable de *lesa majestad* á los ojos del magistrado. Pero respondiendo dos veces *mi reino no es de este mundo*, mi reino no es de acá... completa es la justificación.

Todavía insiste Pilato diciéndole: „Con qué *lú eres rey?* Respondió Jesús: Tu dices que yo lo soy: *tu dices quia rex ego sum*. Lo que es yo, nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que pertenece á la *verdad* escucha mi voz.” (XVIII. 37.)

„Dícele Pilato: „*Que es la verdad?*” Manifiesta la pregunta que Pilato no tenia una idea muy exacta de lo que Jesús llamaba *la verdad*. No veja en ello mas que lo tocante á la *ideología*; y satisfecho de haber dicho, no como pregunta (pues que no esperó respuesta), sino mas bien como una especie de *escalamación*: „*Que es la verdad?*” „Salto á los judíos (que habian quedado fuera), y les dijo: *Yo ninguno dello hallé en este hombre.*” (Juan. XVIII. 38.)

He aquí á Jesús absuelto de la acusación por boca del mismo juez romano.

„Pero los acusadores, insistiendo mas y mas *añadieron*: *sublevar al pueblo con la doctrina que ensena en toda la Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí.*” (Luc. XXIII. 5.) „Sublevar al pueblo! es una acusación de *sedición* para mover á Pilato. Pero hagamos alto en estas palabras: *con la doctrina que ensena*, pues que oultan el gran contrafuero de los sacerdotes judíos; y vale tanto para ellos como decir: *Enseña al pueblo, le instruye, le alumbrá; predica nuevas doctrinas que no son las nuestras.*” „Sublevar al pueblo: que vale tanto

para ellos como: el pueblo le escucha gustoso! el pueblo le sigue y le cobra afición, pues que predica una doctrina consoladora y amiga del pueblo; y arranca la máscara á nuestra avaricia, á nuestro insaciable espíritu de dominio... Todavía Pilato parece no dar grande importancia á esta nueva faz de la acusación; pero descúbrense aquí su debilidad, puesto que oyendo la palabra *Galilea*, entreve la coyuntura de desahuciarle la responsabilidad á otro funcionario, y vorazmente se apodera de ella. „¿Conque eres Galileo? dijo á Jesús.“ Y oyendo que sí, y considerándole al mismo tiempo como sujeto á la jurisdicción de Herodes-Antipas, que, con el permiso de César, era tetrarca de Galilea, se lo envió. (Luc. XXIII.—6 y 7.)

Mas Herodes, que tiempo ha deseaba, dice S. Lucas, ver á Jesús, y que hubiera querido verle hacer algunas milagros, después de satisfacer su frívola curiosidad, y después de dirigidas muchas preguntas á Jesús que no se dignó responderle; Herodes, no curándose de la presencia de los sacerdotes, que no desamparaban su víctima (pues que estaban allí, *stabant cum suis scribis*) y no curándose de la terquead que ellos seguían inculcando á Jesús; digo pues que Herodes, no viendo mas que delirios en la tal acusación de *lesa-majestad*, hizo del asunto una farsa para divertirse, y devolvió el acusado á Pilato, después de haberle mandado *vestire con una túnica blanco*, dando á entender con esto que la supuesta majestad le parecia mas dignado excitar el buen humor que el miedo. (Luc. XXIII.—8 y sig.)

10.

El último esfuerzo ante Pilato.
—Conclusion.

De manera que nadie queria condenar á Jesús: ni Herodes que no vio otra cosa en él que un objeto de burlas; ni Pilato que altamente declaró no encontrar en él crimen alguno.

No estaba desarmado, el rencor sacerdotal; todo lo contrario, pues los pontífices, con numerosa campeará de secuaces suyos, volvieron á Pilato, resueltos á forzar su mano.

El malhadado Pilato, bosquejando su anterior conducta, les dice todavía: „¡Habeisma vosotros presentado á este hombre como alborotador del pueblo, y he aquí que habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, ninguna de las que decís he hallado en él; pero ni tampoco Herodes, puesto que os remiti á él, y así como yo, no le ha juzgado digno de muerte.

Por tanto después de castigado le dejaré libre.“ (Luc. XXIII.—14, 15, 16.)

„Después de castigado! Pues le consideraba inocente, no era esto ya una crueldad? (15.) Pero era una condescendencia con la que pensaba calmar el furor de que estaban poseídos. „Tomó Pilato á Jesús y mandó azotarle.“ (Juan XIX.—1.)

Y figurándose que con aquello bastaba para desarmar su cólera, mostróselos en tan lamentable estado, y les dijo: Mirad al hombre: *Ecce homo*. (Juan XIX.—5.)

Y ahora digo yo: he aquí la sentencia de Pilato; sentencia injusta! pero en fin no es la supuesta sentencia de los judíos; es una decisión del todo diferente; injusta pero útil sin embargo para poner fin á los procedimientos y no dar lugar á otros nuevos sobre el mismo hecho. *Non-bis in idem*: de los romanos nos habiendo este adagio.

Así pues „Pilato no buscaba otra cosa, que un medio de librar á Jesús.“ (Juan XIX.—12.)

Admírese aquí la gran perfidia de sus acusadores! „Si sueltas á ese, Pilato, le gritaban, no eres amigo de César, *Si hunc dimittis non es amicus Cesaris*. Puesto que cualquiera que se hace rey se declara contra César... (id.)

No aparece que Pilato fuera un mal hombre. Vemos los conatos que habia empleado tantas veces para librar á Jesús. Pero era funcionario público; poligraba su empleo; intimidáronlo yóceos que ponían en duda su fidelidad al emperador! Temia una deposición pedida. *Cupiebat liberare Jesum; sed, cum mollis erat coram cedebat affectionibus*.

Sube otra vez á su tribunal. *Pro tribunali sedens*. (XXVII.—19.) Y cual si nuevas lucos le hubieran alumbrado, va á pronunciar segunda sentencia!

Y con todo, un instante aun detenido por el grito de su conciencia, y por el consejo que le mandó su mujer espantada: „No te mezcles en las cosas de ese justo. (Mat. XXVII. 19.) hizo el último esfuerzo tratando de decidir al populacho á que aceptara en lugar de Jesús á Barrabas.

„Mas los pontífices instigaron al pueblo á

[15] Con este motivo Gerhard propone un dilema irrefutable.—„Pilato, atiende á ti mismo. Si el Cristo es inocente ¿por qué no le absuelves? Si juzgas que mereció ser azotado, ¿por qué le proclamas inocente?—*Audi te ipsum, Pilate: si innocens est Christus, cur non absolvas? Si flagris caedendum judicaris, cur nunc existes illum presentius?*— Gerhar. herm. c. 193. pag. 1839.



A quien de los dos queréis que os suelte? — A Barrabas.
(S. Mateo, cap. 27, v. 21.)

que pidiese mas bien la libertad de Barrabas. (Marc. XV.—11.) ¡Barrabas! ¡un homicida! ¡un asesino!

Todavía los dice Pilato: „Pues que queréis que haga de Jesús?” (Marc. XV.—12.) „Ellos empero gritaban: Crucifícale: tolle, tolle, crucifige.—Pilato insiste: ¿A vuestro rey tengo de crucifigir?” usando así de un lenguaje festivo para desarmarlos; pero mostrándose mas romanamente aquí que Pilato, respondióle hipocritamente los pontífices: No tenemos mas rey que César. (S. Juan. XIX.—15.)

Y renovábase los clamoros: Crucifige crucifige! y haciase de instante en instante mas amentazadora la gritería: et increpabant voces eorum. (Luc. XXIII.—23.)

Por último Pilato queriendo satisfacer á la multitud, volens populo satisfacere...Pilato va á hablar....Podrá llamarse juicio el que va á pronunciar? goza en tal momento de la libertad de ánimo necesaria á un juez que se prepara á dar una sentencia de muerte...que nuevos testigos, que documentos se han presentado á cambiar su convicción, aquella opinión tan enérgicamente declarada por la inocencia de Jesús...

„Viendo Pilato que nada adelantaba en el ánimo de aquella multitud, antes bien que cada vez crecía el tumulto, mandando traer agua se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo: allá os lo venís vosotros.” (Mat. XXVII.—24.) Y otorgó lo que pedían. (Luc. XXIII.—24.) Y lo entregó en sus manos para que fuese crucificado. (Mat. XVII.—26.)

...Lava tus manos, Pilato, teñidas están en inocente sangre! Concedístela por debilidad; no menos culpable eres que si sacrificádola hubieses por maldad! Repetido han las generaciones hasta nosotros. El justo pateció bajo Poncio Pilato: Passus est sub Pontio Pilato!

Ha quedado tu nombre en la historia para servir de patron á todos los hombres públicos á todos los jueces pusilanimes, donde vean el borron de eterna vergüenza que cubre á todo el que este contra su propia convicción. El populacho gritaba enfurecido al pié de la tribuna ¡0!; quizá tu mismo seguro no estás

(11) Citaremos aquí las palabras de una de las mas preciosas leyes romanas: „Deberis no dar oídos á los viles gritos del pueblo, cuando alorizan de su crimen á un rey, ó cuando piden que sea condenado un inocente.” Vane vocis populi non sunt audienda, quando aut nocentem crimine abrogat, aut innocentem condemnare desiderat. Ley 12 al cod. de penat.

has en tu asientos ¿que importa! hablaba tu deber; y en semejante situación, antes que dar la muerte, mucho mejor es recibirla.

Acuétemos:

La prueba de que Jesús no fué muerto, como sostiene Salvador, por crimen de blasfemia ó sacrilegio, y por haber predicado un nuevo culto en contravención de la ley mosaica, resulta del extracto mismo de la sentencia pronunciada por Pilato, en virtud de la cual fué conducido al suplicio por los soldados romanos.

Existía entre los romanos una costumbre, que hemos tomado de su jurisprudencia, y que está en uso todavía; y es la de poner sobre la cabeza de los sentenciados un letrero con el extracto de su sentencia, para que el público sepa el crimen por que fue condenado.

Por eso „Pilato mandó poner arriba de la cruz un letrero, en que estaban escritas estas palabras: Jesús nazareno rey de los judios.— Jesús Nazareno Rex Judaeorum. (San Juan.—XIX.—19) que despues ha sido pintado únicamente con las iniciales I. N. R. I.

Y la causa de su sentencia, dice San Marc. XV.—26, estaba escrita con esta inscripcion: El rey de los judios.

Este rótulo estaba primeramente en latín como el idioma legal del juez romano; y ademas repetido en hebreo y griego, para hacerlo inteligible á nacionales y extranjeros.

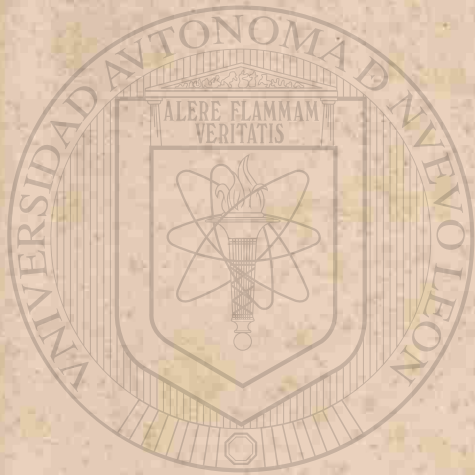
Los pontífices, cuyo diligente rencor no descuidaba las particularidades mas minuciosas, teniendo que se tomase á la letra como una afirmacion aquello de Jesús rey de los judios, dijeron á Pilato: „no pongas rey de los judios, sino que se decía rey de los judios. Respondióles Pilato: quod scripsi scripsi, lo escrito, escrito.” (San Juan. XIX.—21, 22.)

Esto es una victoriosa contestacion al aserto último de Salvador, pag. 88, en que dice que „el romano Pilato firmó la sentencia:” pues siempre quiere que Pilato no haya hecho otra cosa que firmar la sentencia que pretende haber dado el Sanhedrin; pero se engaña. No se limitó Pilato á firmar, sino que escribió, re-

Debiera Pilato haber leído en Horacio (Odas. Lib. III.—7)

Factum est tenebrae propositi virtum non civium ardor prava juvenum, inquit quatti solida.

Veros que pronunciamus timere en castellano: Nunca el justo varón debió su asfinge, ni su firmis propósito mismo, al impetu tenax do necia plebs, que la injusticia exige.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

dadó la sentencia; ildado en su redaccion, la sostiene: lo escrito, escrito.

He aquí la causa verdadera de la condenacion de Jesus; Aquí tenemos la prueba *judicial y legal*. Jesus fué victima de una acusacion politica; pereció por el imaginario crimen de haber querido atacar contra el poder de César, diciéndose *rey de los judios*. Acusacion absurda, á la que nunca dió crédito Pilato; ni se lo dieron los mismos pontífices y fariseos; pues que no se autorizaron con ella para la prision de Jesus, ni de ella habian tratado tampoco en casa del gran sacerdote, sino que fué una acusacion nueva y diferente del todo á la que do autemano tenian meditada, una acusacion improvisada en casa de Pilato, cuando vieron que poco se curaba de su celo religioso, y era- reron necesario excitar su celo por el César.

Si *hunc dimittis, non es amicus Caesaris* terribles palabras que desde entonces resueñan corrientemente en los oídos de tímidos jueces, criminales como Pilato, que entregan debilmente al verdugo más víctimas que no cono- liarían nunca si escucharan los gritos de su conciencia!

Volvamos á la cuestion tal como la aceptó desde su origen. ¿No es evidente, mal que pese á la conclusion de Salvador, que Jesus, con- siderado aun como *simple ciudadano*, no fué juzgado; ni conforme á las leyes, ni conforme á las formas establecidas?

Dios en sus designios eternos pudo permitir que el justo sucumbiera bajo la maldicia huma- na; pero quizo al menos también que sucedie-

ra esto ofendiendo todas las leyes, y rompien- do todas las reglas establecidas. Á fin de que el absoluto menosprecio de las formas, permane- ciera como primer indicio de la violacion del derecho.

No senmos pues sorprendidos si en otro lugar de su obra Salvador (hombre que sin pasion discuto, y gusto yo de confesarlo) soltó un grano de sentimiento al decir en el t. 1.º p. 59 *el malhadado juicio de Jesus*.—Quizo escusar á los hebreos;... mas uno de ellos habló mejor to- davia al dejar escapar de lo intimo de su cora- zon, estas palabras que roció de sus labios: „Ya nos guardaríamos de condenarte ahora.“

Suprimo la narracion de los insultos que se siguieron á la sentencia de Pilato. Aquel hom- bre de Cirene, Simón, forzado y en cierto mo- do asociado al suplicio, obligándole á llevar el instrumento; las injurias que acompañaron á la victima hasta el lugar de la ejecucion (a); y hasta en la cruz donde Jesus rogaba por sus hermanos y por sus verdugos....

Díjelo á los paganos mismos: Vosotros que tanto ponderáis, la muerte de Sócrates, cu- mo no admiráis la de Jesus! Censuras del aró- pago (como emprenderiais la escusa de la siná- goga y la justificacion del pretorio! No ha vá- ciado la filosofia misma en pregonarlo; y repu- tirlo debemos á par que ella: „Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesus son de un Dios (e).“

(a) El presuntivo addita. *Indubita*.—*Tierr*, Ann. XV, 44.

(e) Juan Jacobo Rousseau.—*Emilio*, libro 4.º

A LAURA.

En la edad de la inocencia
Te conocí mi ventura
Apacible, lierna y pura
Como el ángel del Señor.

En ti la alta inteligencia,
Su poder mostrarnos quiso,
Y á tu alma dió un paraíso
Lleno de puro candor.

De los tiros del malvado
Te puso en seguro puerto,
Cual crece allí en el desierto
Solitaria hermosa flor.
No con golpe desusado,
Tu corazón inocente,
Latirá triste y doliente
De la conciencia al clamor.

No temas, mi bien, no temas;
Serena brilla en tu asiento
Cual brilla en el firmamento
La luna con su esplendor.
Maldiciones y anatemas
No escucharán tus oídos,
Ni tampoco los gemidos
Que lanza horrible el dolor.

En este eden precioso
La paz su encanto nos brinda,
Y en tus labios es mas linda
La sonrisa del pudor.
¡Oh querida! cuán hermoso
Es vivir entre estas flores
Y escuchar cantos de amores
En vez de cantos de horror.
¡No escuchas el tierno acento
De las aves voladoras
Que liernas y seductoras
Libres cantan al amor?
¡No escuchas como en el viento
Sus dulces trinos derraman,

Y alegres deidad te aclaman
De este bosque encantador!

De mil esquilitas flores,
A tu divina belleza,
Un trono naturaleza
Ha formado con primor.
Lo custodian los amores,
Con reverencia y desvelo,
Cual los ángeles del cielo
Custodian el del Señor.
De jazmines y de rosas
Adornaré tu alba frente
Y el mas balsámico ambiente
Vagará en tu derredor.
En las tardes calurosas,
Los dos al torrente iremos,
Y en su orilla gozaremos
Del viento murmurador.

Y allí escucharás á solas
Los concetos de mi lira;
Porque á mi alma fuego inspira,
Tu cariño seductor.
Y al estruendo de las olas,
Y al eco de mis canciones,
Gozarás las suspiros
Del sueño consolador.

Laura mía; tu á mi lado
Vivirás por siempre unida,
Siendo tu mi fiel querida
Y yo tu fiel amador.
Mi encanto es el ser amado
Y merecer tus afectos,
Mas sin violar los preceptos
De la virtud y el honor.

SEBASTIAN SEGURA.

Pachuca, Junio de 1844.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS APUESTAS.



¡AMOS haciendo una apuesta lector!—¿Cuál es mi dirais luego, si penetración nadie me gana?—Que yo sé á la apuesta arte de la cruz á la fecha, mereció el título con que mi fecunda imaginación le bautizo. Y á propósito de fechas, protesto ponerlas de hoy en adelante en cuanto escribo, porque es moda, y muy fundada en la conveniencia y la razón. Digase sino cómo podrán salir debidamente coordinadas sin este requisito las ediciones póstumas de nuestros escritos inmortales? y no es cierto que se verían nuestros biógrafos en terribles aprietos, para hacer ver á la posteridad los estupendos progresos que hicimos hasta llegar á la cumbre de la gloria, si estuviesen privados de semejantes datos cronológicos? Luego es de absoluta necesidad el no omitir las fechas, y solamente quisiera yo que una vez sancionada, como pareo estarlo por el uso, esta formalidad jurídica, se introdujese tambien la de que cuando escriben para la posteridad, firmaran con dos ó mas testigos de asistencia que jurasen haber visto escribir al autor sin la menor intervención de vivos ni de difuntos. Pero necio de mí qué estoy haciendo! proponer juramentos literarios cuando tan mal han probado los políticos, que debían ser mas valerosos, cuando en ellos y en la redención de cautivos no creen ya ni las monjas recoletas. Dejando sin embargo, á los juramentos en su buena opinión y fama, pasemos á hablar de otra manía muy ridicula aunque no sacrilega, que es la de apostar á diestro y siniestro. Tan contagiosa es tal manía, que yo mismo que por convencimiento la censura, incido á cada paso en ella, pues cierto es que el esmero mismo que ponemos en evitar algun defecto, nos hace á veces incurrir en él con mas frecuencia. Toda la culpa del mio es de uno de mis co-

Los jugadores comunistas
la honesta la vanidad.

nocidos, quien en sus ratos de ocio, que son de sol á sol, viene á verme ó mas bien á verme en el espejo; y á tratar apuestas sobre cuando hablamos, á pesar de que yo jamas las admito, por haberme demostrado la experiencia, que no acostumbraba á pagarias cuando pierdo, bien que reclama su importe cada vez que sale ganancioso.

Meditando yo sobre esta originalidad del uso dicho y discurrendo sobre el modo de quitarcela, me ocurrió darlo por su juego, como suele decirse, y no bien hubo entrado en mi cuarto cierto dia, diciendo antes de verme: „apuesto á que no se ha levantado vd.“ cuando comencé abanicándole la batería de apuestas que le tenía preparada, y le dije á mi vez: apuesto á que vd. no ha almorzado aún, y viene á hacerlo conmigo, ítem mas, apuesto á que viene vd., como de costumbre, con ánimo firme de dedicarme el día, ó mas claro, [porque las apuestas han de ser claras], con intencion de hacerme perder á mí.—„No apuesto en contra, porque perderia evidentemente,“ fué la contestación de mi impertinente conocido, que no entiendo, ni quiere entender las indirectas, „pero si apostaría hasta la camisa, continuo, á que no nos separamos hoy hasta despues de cenar, y esenta, que á esa hora, quiera vd. ó no, hare de despedirme, porque tengo mucho que hacer, mucho, mucho.“ Al momento que oi tamaña mentira, traté de hacerle ver que yo tambien tenia ocupaciones importantes, y que por lo mismo debiamos de despedirnos en acabando de almorzar; pero él me replicó que no sabia trabajar sino con vela, creó que se ocupa en quemar moscas) y que aunque tendria el gusto de permanecer á mi lado, esto no me estorbaria atender á mis quehaceres, puesto que él procuraria leer ó hacer algo mientras yo trabajaba. Hacia dias que pugnaba yo

por deshacerme de este boa constrictor, mas como queria hacerlo sin ofenderle gravemente, no me habia decidido aun sobre el partido que debia tomar para verificarlo, así es que me resolví á sufrirlo con paciencia durante aquella jornada, y á sacar partido de mi situación para divertirme, si posible era, sin echar por eso en olvido el proyecto de hacerlo perder la afición á las apuestas.

De la mesa conduje á mi conocido al balcón, porque ya no hallaba yo sobre que apostar en el interior de la casa, por haberse agotado mi repuesto y á poco de habernos asomado, divisé á cierto viejo pisaverde, que venia tan bien disfrazado de jóven que, visto de lejos y sobre todo por detras habria llevado gato por liebre la mas líncu muger; tal era el esmero y simetría con que el gordillo adonis estaba acicalado y tales los bríos que en su andar manifestaba todavia. Luego que le conoci, dije á mi compañero, ve vd. esos primeros del arte, ese apunallado cuello, que *Cupido pone en dura sujeción* hace la miseria de cincuenta años, ve vd. finalmente á ese lagarto en escabeche, (que así debe de estar guisado, jurgando persuduración), pues apuesto lo que vd. guste á que debe basta la dentadura con que masea. Pero digame vd., ¿quien es aquel individuo que viene sumando con los dedos?—Será alguna poeta—No tiene traza de tal; con todo, yo apostaría á que si lo es, además de ser clásico, su género favorito es la *bufoico*; yo al menos no concibo cómo pueda ser romántico un poeta harrigudo y que por lo visto tiene la prosodia y el oido en las *anas*; mas ¡que veot si es Don Toribio Panasecas, á quien conozco hace años; ya caigo... apuesto á que no erran silabas las que contaba, sino que venia haciendo corte de caja y distribución de sus cigarras, que por mas señas son republicanas. No observa vd. que ha sacado la cajilla con los contenidos y que los va repartiendo á razon de uno en cada faltriquera? Es para no verse en la precision de dar á nadie, alegando que el que saca es el último.—Semejante miseria no cabe en el ánimo de un pobre, dijo, y muy bien, mi conocido, apuesto á que ese hombre es rico.—Así es la verdad, le contesté; está hidropico de pesetas y de flammas, por eso tiene semejante esófago.

¡Válame Dios! que por aquella bocacalle descubro á un verdadero original, Don Tácito Mudarra, sujeto de pocas palabras y ningunas pensamientos, que con solo no hablar, ha conseguido aparecer como sujeto de

gran penetración y fundamento á los ojos del vulgo. Este, como vd. sabe, cree igualmente sabio al que nada habla y al que charla sin cesar, no considerando que [principalmente en política, eso si] en el justo medio estriba la discreción y el *savoir-faire*. Verdaz es que si Don Tácito no habla sabe hacer gestos muy significativos. Dícele alguien, por ejemplo: ¡Es cierto señor mio, que tenemos una escuadra enemiga en Veracruz, y que las Californias están ya, como quien dice, agusanadas de tejanos? pues él en vez de responder sí ó nó, hace un visaje misterioso, mira en su derredor, y despues de cerciorarse de que nadie le observa, dice al oido del que le hizo la pregunta: „Pronto sabrá vd. todo lo que hay en el asunto, y acuérdese vd. de lo que yo le digo; y aunque no le haga ver que nada ha dicho, él se despide en el acto. Con estas jesuiticas respuestas y sus gesticulaciones estudiadas, ha hecho creer á los necios, que es un pozo de ciencia y que está empapado en los secretos diplomáticos. ¡Vamos apostando á que ahora se dirige hácia el palacio?—Atienda vd. que allí vienen dos jóvenes vestidos de oficiales; apuesto á que ni uno ni otro tienen oficio ni beneficio.—A ambos conozco, dijo mi compañero de balcón, y ha de saber vd. que si no tienen oficio ó no le egercen teniendo, si gozan de beneficio; que están hoy muy de moda las canongias militares, y son tanto mas envidiables cuanto que la única obligacion que imponen es la de concurrir en las procesiones solemnes. El mas bajo de cuerpo [y aun de alma] de los dos prebendados marciales que se acercan, es un marino á secas ó mas bien en seco, porque jamas ha estado en puerto alguno, ni visto los *tonos hirientes del gigante azul*, como á Zorrilla plugo llamar al Océano, ni aun el jilbo espinado del enano verde, como yo llamaria al lago de Texcoco.—Perdone vd. díle á mi amigo; está vd. muy equivocado, porque ese señor marino, ha visto y muy detenidamente el mar y puerto de Veracruz... en el cosmorama del portal de Mercaderes. Ahora recuerdo que le encontré allí noches pasadas.

El otro militar, prosiguió mi conocido con un tono de moderacion encantadora, fué agraciado con el despacho de capitán de caballería, porque sabe *colear* divinamente, mucho mejor que leer; y si es cierto que las condiciones civiles no son entre beceros, búfalos, ni otros animales rabulargos, tambien lo es que en la guerra estrangera puede traer su

habilidad; yo al menos he oído decir á algunas viejas que los *gringos* tienen cola, como hijos que son de Satanás.

—Por la acera opuesta va pasando un señorazo seguido de tres podencos; á cual mas bien comido de los cuatro, miro vd.—En efecto es un solteron que gasta sus crecidas rentas en comer bien y engordar á sus muchos perros, que no son solamente los que ahora le siguen pues los saca á pasear por turno riguroso. Si vd. supiera que hombre tan sensible es á la menor quejumbre de vino de sus hijos adoptivos que oye por la noche, se levanta, hace levantar á todos los criados, y con una eficacia verdaderamente paternal, hace que arropen y medicinen al paciente y aun le vela hasta que está fuera de peligro. La virtud que mas estima en sus protegidos, es la que llaman lealtad. Para ponderarla, decía el otro día á uno con quien iba: „In lealtad de Almanzor me encanta, compadre, es tan noble ese bruto, que arrancó el otro día las narices á uno de esos villanos, y me las trajo enteritas. Es mucho animal.“

—Hola! quien será aquel grande hombre de grave continente que en este momento pasa debajo del balcón?—Ay, amigo, es uno que eclipsa á cuantos le rodean, por sus estupendas dimensiones, no por su gran capacidad, como él ha llegado á creer, viendo que cuantos le hablan le pasan junto á él levantan la cara para verle. De aquí nace, que él mire á los demas con el mismo desprecio que un perro de azotes mira á un triste falderrillo. El orgullo es un anteojo de farga vista colocado al revés.

—Cuidado, que allí vienen riñendo acaloradamente dos que parecen artesanos; que pa-

labrotas se dicen, como se amenazan, Santo Dios!... uno de ellos ha metido mano á la bolsa, apuesto á que saca alguna arma... mas que veo, si ha sacado un par de cigarrillos y ofrece uno al mismo con quien va al parecer tan enojado.—[Que sangre fria tienen mis paisanos! valen un potosi para generales, por eso abundan... ¡Cuan cierto es que ni el pesar, ni el hambre, ni la sed, ni la misma ira quitan al mexicano la gana de fumar! De mas de cuatro sé yo, cuyos últimos momentos se pudieran describir así: encomendó su alma á Dios, fumó un cigarrillo y con la última bocanada de humo, exhaló el espíritu.“...]

En mi concepto, se podía sacar algun partido de esta propension nacional al *humo*, ya de cigarrillos, ya de cohetes, y establecer en la ley de elecciones, por ejemplo, que el ciudadano que no concurra á dar su voto, quedará privado de sus derechos á fumar y quemar cohetes por un espacio de tiempo, que la sabiduría del legislador determinaría.

En esto comenzó el sol á dejarse sentir mas de lo regular, con que nos vimos forzados á meternos. Lejos de haberse curado hasta entonces mi conocimiento de la manía de apostar, parecía mas dispuesto que nunca á ceder á ella. No perdí sin embargo la esperanza de hacer que le dices en cara, algo mas tarde, perseverando en apostarle sobre cuanto viésemos en el paseo y el teatro; mas lo que en ambos sitios vimos y hablamos, no es racional desembucharlo de un golpe por no perder la apuesta que al principio hice al lector; pero si le diré con cierto original: „Quedamos pendientes.“

Agosto 18.—MALAESPINA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MIS ENSUEÑOS.

LORANDO caminaba por el mundo;
Sin un amigo en triste soledad;
Y mi gemido lúgubre, profundo,
Te despertó fantástica bondad.
Compadecida de mi mal persiste
Los ojos melancólicos en mi.
Ay huérfana infeliz! porqué me viste?
¡Porqué tambien para mí mal te vi?
Al mirarte tan cándida, tan pura,
Volvió á sonar alegre mi laud,

Y celebré tu célica hermosura,
Y canté tu lozana juventud.
Pudiste creer el tomeroso acento,
Que entre mis labios cárdenos sonó?
¡Porqué al suspiro que llevaba el viento,
Otro suspiro tuyo respondió?
¡Porqué secaste con tu mano el lloro
Que yo solo debía derramar.
Y en medio del delirio, *yo te adoro*
Dejaste de tus labios escapar? . . .

CENTRO NACIONAL DE BIBLIOTECAS

Virey Mexicano.



FRANCISCO FERNÁNDEZ DE LA CUEVA.

1654.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
DIRECCIÓN GENERAL

Hora te ofresco para ser testigo,
Del que padeces congojoso afán,
En la miseria dividir con tigo,
Bañado con mis lágrimas el pan.
Y por camino lóbrego y desierto
Te arrastro de tu plácido vergel
Al abismo fatal . . . miralo abierto,
¿Tendrás valor para seguirme a él?
No, no te arrojes a mis brazos ciega,
Vuelve a dormir tu sueño virginal,
Mientras la brisa, que en las flores juega
Acaricia tu pudico cenital.
Un pensamiento entonces halagüeño
Desplegará tus labios de carmín;
Duerme mi bien que a conservar tu sueño
Vendrá de la inocencia el serafín.

Mientras yo solitario mi camino
Entre penas y llanto seguiré;
¡Ah! . . . contra los rigores del destino,
Tan solo tu recuerdo llevaré.
No escucharás mi languida plegaria
Ni mi laud te cantará mi afán,
Ni siquiera mi tumba solitaria,
Tus lágrimas hermosas regaré.
¡Lejos de ti morir! . . . y será cierto!
No, yo no puedo, pura virgen ven,
Las penas, el abismo y el desierto,
Serán contigo delicioso Eden.

MANUEL M. DE ZAMACOMA,
Puebla, Enero 14 de 1843.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MEXICO.

DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DE LA CUEVA,

Duque de Alburquerque. Vigésimo-segundo virey de la Nueva-España. Desde 1654 hasta 1660.

1654.



NIDO en matrimonio con la hija del virey D. Lope Díaz de Armentariz, Doña Juana, marquesa de Cadereita, el duque de Alburquerque entró en México el 16 de agosto a suceder al conde de Alva deliste. Sus primeras atenciones se dirigieron a ejercer actos de piedad; hizo al efecto ocho días consecutivos de fiestas solemnes en la iglesia de S. Francisco a la Pureza de María, y que los tribunales la jurasen por su especial patrona. En seguida se dedicó a la protección de las ciencias y de las artes, y singularmente de las primeras a las cuales tenía un afecto decidido. Para violentar la conclusión de la Catedral prometió grandes premios que daba a los que concibían con ligereza una bóveda, con lo que estimulaba a todos los sobrestantes que se afanaban a competencia por poner fin a sus respec-

tivas obras. Trajéronse por orden suya muy buenas campanas que se colocaron en la torre y logró dedicar la Iglesia celebrando a un propio tiempo, según Velascourt, cuatro misas cantadas y con gran solemnidad en los cuatro altares del mayor.
1655.—El piadoso y benigno duque, el protector de las letras y de las artes, estaba al parecer destinado para no gobernar un solo año sin fatalidad y para presenciar las más atroces ejecuciones de justicia. Habíanse infestado en el año que corre los caminos de ladrones, de muerte que nadie andaba por ellos seguro, ya no solo en su hacienda, pero ni aun en su vida, y la inseguridad había llegado en poco tiempo a tal extremo que nadie se atrevía a poner un pie fuera de las poblaciones. Dicho el duque para la aprehensión de los salteadores las órdenes más estrechas, y consiguió así volver la antigua seguridad. Dícese que en po-

cos días subió al patíbulo un número considerable de aprehendidos, castigo sin duda el más eficaz, puesto que los delincuentes quedaron tan corregidos que no volvieron más á ejecutar crímenes, y así se dirá todavía que la pena de muerte no surte sus efectos, siendo cierto que ya no hubo más salteadores porque á todos los ajusticiaron.

1650.—Desde los años de la conquista hasta el presente habia ido aumentando el día en día el comercio de la Nueva España, y si bien no habia flota que no saliese á sus puertos cargado de oro y plata, ningún buque llegaba tampoco á ellos, ya viniese de las islas Filipinas, ya de la Península, que no trajera las mas bellas manufacturas de la China ó de Europa, los mas ricos y generosos vinos; pero llegó la época al comercio que ya se veía en el estado mas brillante que pudiera apetecerse en las circunstancias de entonces. Las embarcaciones inglesas envidiosas de la prosperidad de la España, que cada día era mayor, no habian desistido de ácechar constantemente á las que salian de sus riquísimas colonias. Así se las veía siempre costeanado y solo con la mira de aprovechar un momento feliz, hasta que en el año que corre le dió un golpe mortal que fué muy grande para el comercio de América. Sucedió, pues, que en Quauimallan habia residido en una doctrina un domingano natural de Inglaterra, Fr. Tomas Gage; este, con pretexto de ir á socorrer á los católicos de su país que en la actualidad se hallaban perseguidos, se embarcó para allá con algun dinero. Apatata de su religión Gage, y encendió acérrimo de los españoles, que le habian prestado bastante protección, y no menos de los mexicanos de cuya patria sacara alguna riqueza, llegó á la Gran Bretaña cuando gobernaba el protector Cromwel, *protector* de los que encuentran las naciones en su demencia, si así puede llamarse el estado de descontento general respecto de un gobierno protector de aquellos que sin prestigio alguno en el pueblo que solo si sirve de ellos para derrocar una administracion apática ó indolente, ó bien despótica, se hacen despues proclamar, aprovechándose de las circunstancias por la fuerza de las armas, y que solo se sostienen porque un poder irresistible, la mano de Dios los ha colocado para azote de las sociedades, era pues Cromwel, que habiendo consumido todo el tesoro público sin hacer cosa de provecho desecha un pretexto plausible que pudiera halagar al parlamento para que le facilitara recursos, y fué precisamente cuando se le presentó Gage á informarle de la

situacion de las colonias españolas de América, haciéndole ver lo fácil que era apoderarse de ellas. Con este objeto Cromwel pidió al parlamento auxilios y mandó al general Venables que preparase una expedicion, para lo cual reunió en muy breve tiempo siete mil infantes, algunos escuadrones, un tren considerable de artillería y víveres, se embarcó con ellos y se hizo á la vela, en treinta naües que mandaba el almirante Penn.

Creyóse al principio que iban á ser atacadas las costas de España, y se tomaron todas las medidas de precaucion; pero cuando se supo que tomaba otra dirección Penn, comenzó á temer la corte de Castilla. Dirigióse Penn á la Isla Española donde no se lo esperaba, de suerte que pudo Venables muy bien, y con gran desahogo desembarcar sin que nadie se lo impidiese; sin embargo, cuando allí se tuvo noticia de lo que pasara comenzaron todos los habitantes á esperar al enemigo resueltos todos á morir antes que dejarse vencer. Venables entretanto que se encontró libre y sin obstáculo alguno en su marcha, la hizo con sumo desembarazo hasta llegar á las puertas casi de la principal poblacion; pero combatido cuando menos lo esperaba fué rechazado con pérdida considerable de su parte. Volvió al día siguiente á emprender un nuevo ataque, y despues de tres horas continuas de un fuego muy activo y de una accion bastante encarnizada, se vió por fin obligado á ceder y á reembarcarse, dejando en el campo, entre muertos y heridos y prisioneros, seis mil hombres.

Avergonzado Venables con la derrota, que otros suponen proximo de que el ruido que hacian los cangrejos y de que ellos no tenían conocimiento, los hizo dispersarse y que á la madrugada del día siguiente así dispersos pudieron muy bien los isleños haberlos atacado como lo hicieron y temeroso de volverse á su país quiso recobrar su honor, y á este propósito marchó sobre Jamaica. Como los jamaicenses supieran la expedición á la española no aguardaban ser combatidos, y cuando menos lo esperaba el gobernador, tenia á las puertas de la ciudad al enemigo. En esta situacion no lo quedó otro recurso mas que hacer algunas proposiciones para salvar la poblacion y el honor de su guaricion. Venables las admitió, y quedaron convenidos en que lo seria entregada la plaza, suspendiendo entretanto las hostilidades como era consiguiente. El gobernador entonces á la media noche con el mayor silencio hizo sacar primero á todas las mugeres, niños, ancianos y toda la demas gente inútil para la

guerra, y cuando la juzgó distante, salió igualmente él con su tropa á refugiarse á un bosque bastante espeso. Cuando á la salida del sol los ingleses notaron el silencio de la ciudad, comenzaron al punto á sospechar que se les tenia preparada una emboscada ó cosa semejante, pero despues que algunos volvieron á dar cuenta de lo que habia, entraron en el mayor desorden á saquear, mas ballaron que ni una sola alhaja quedaba: así mismo, como quiera que ya los faltaban víveres, juzgaron que aqui se proveerian y tampoco hallaron cosa alguna. Procuraron buscar á los isleños, y por algunos días inútilmente, hasta que una casualidad les hizo saber el lugar donde se hallaban: su resistencia fué vana, así que convinieron en salir cuanto antes pudieran, como lo efectuaron en poco tiempo en diversos buques para las otras islas y para la Nueva España, de donde envió suceso el virey. Ya se deja entender que con esta adquisicion de los ingleses no se hallaban muy seguras las embarcaciones españolas que surcaban aquellos mares, y por lo mismo padeció el comercio de todo el continente americano.

1657.—1658.—Animado del deseo de auxiliar á los de Jamaica el duque de Alburquerque hizo salir una armada con tropas de desembarco y todas perecieron, porque aunque dieran á los ingleses grandes acciones que les hicieron sufrir recios descalabros, socorridos por las islas Bermudas consiguieron reparar sus pérdidas y la victoria al fin sobre sus enemigos. Los isleños que vieron acabados á los que de México fueron en su auxilio desesperaron de haberse defender y poco á poco despues de haberse reunido abandonaron la isla. Para recompensar de algun modo este mal el virey en

la Nueva España, proyectó algunos establecimientos que la engrandecieran, comenzando por colonizar á Nuevo México, cuyos terrenos distribuyó entre cien familias, haciendo fundar la villa de *Alburquerque* y poniendo misiones de franciscanos.

1659.—1660.—Puntual el duque, y el primero en todas las asistencias de cualquier naturaleza que fuesen, presenció la horrosa ejecución de cuarenta sodomíticos condenados por la audiencia á la pena de ser quemados vivos, á cuyo acto asistió una extraordinaria y sorprendente concurrencia atraída por la novedad como primer caso en su género que hasta entonces se daba. Otro tanto ácaeció en un auto de la Inquisicion que se celebró en estos años. En el de sesenta, el día 12 de marzo, el virey sumamente piadoso estaba como á las seis de la tarde en la capilla de Nra. Señora de la Soledad en Catedral, hincado de rodillas puesto en oracion, cuando por la espalda le iban á dar muerte de que por fortuna se salvó. Luego fué aprehendido el reo que era un soldado de diez y siete años, y en menos de doce horas habia ya sufrido la pena de muerte, sin que fuera obstáculo el que parecia el reo en la causa como demente y el que se omitieran muchas formalidades legales de sustanciacion del juicio: parece que solo se deseaba privar á un hombre de la existencia. Por último, el duque, despues de haber promovido grandes mejoras arreglando los estudios de la Universidad y otras de esta clase, se partió para España sentido de todos los amigos de las ciencias y de las artes á las que habia prestado mucha y muy decidida protección.

CARLOS M. SAAVEDRA.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

SILVA ÁRABE. (1)



Grainger de Lagrange es uno de los alumnos más distinguidos de M. Silvestre de Sacy y la *Silva árabe* que ha publicado, es bajo muchos aspectos una obra importante. La primera parte de esta colección, es digna de que los orientalistas fijan en ella su atención, pues que se compone principalmente de diversos trozos sacados de los *libros* de Moténabí y de Ebu Farehí dos poetas igualmente célebres y que los árabes siempre han colocado en el primer rango. Nació en Hufah al principio del 12º siglo de la égrá, Moténabí, revisó sus composiciones poéticas con todo el esplendor de que la lengua árabe es susceptible, siendo á la vez profundo y brillante. Su ingenio crió, por decirlo así, nuevas riquezas para una lengua tan prodigiosa en recursos, tan fecunda por la misma flexibilidad de su mecanismo. Después de tres siglos le siguió Ebu Farehí que fué considerado en la misma línea, y el Egipto puede pretender con justo orgullo, la gloria de haber sido su cuna. Nació en el Cairo en 577 de la égrá, habiendo muerto á la edad de 55 años, en la célebre mesquita de El-Azhar, y su memoria ha quedado con ho-

nor entre los egipcios modernos, que no pronuncian jamás su nombre sin entusiasmo.

Dos citas de la traducción de M. Grainger de Lagrange, me van á servir para que se conozca el genio diferente de estos dos poetas, hasta donde lo permita una traducción esmerada para que puedan ser apreciadas las bellezas algunas veces tan extrañas al gusto de la clásica Europa. Comenzaré por Moténabí y he escogido de preferencia algunos pasajes del poema elegiaco en que describe su parti da de Misr y lamenta la muerte de Abu Chodja Chodja Fateh, personaje do renombré en la corte de El-Mehid, soberano de Egipto:

„Hasta cuando marcharemos durante la noche oscura de concierto con las estrellas? no tienen piés que experimenten la fatiga, que endurece en su carrera al hombre y al camello.”

„Ellas no tienen pupilas presa del insomnio, que afige al hombre distante de la patria y privado del reposo durante la noche.”

„El sol ennegrece nuestros semblantes; pero ¡ah! no vuelve á nuestros cabellos ya blancos su color primitivo.”

„... Tal es el decreto que el cielo ha pronunciado contra nosotros á un mismo tiempo. Si hubiéramos podido llevar nuestra causa ante

un juez de la tierra, su decisión sin duda habría sido diferente.”

„Nosotros tenemos cuidado de que la agua no nos falte en nuestro viaje: ella desciende de las nubes que la contienen, y nosotros la recogemos en nuestros odres.”

„Yo no odio á los camellos, pero haciéndolos servir para mi uso, he querido preservar á mi corazón de la tristeza, y á mi cuerpo de la enfermedad.”

„... No hay en Misr otro Fatek á quien podamos dirigirnos y nadie lo reemplaza entre los hombres.”

„Ninguno entre los vivos se le parecía en virtud, y ved que hoy los muertos reducidos á polvo son semejantes á él.”

„Yo lo he perdido! lo he buscado en mis correrías lejanas; mas no he hallado otra cosa que la nada.”

„Mis camellos parece que ríen de piedad cuando consideran á los hombres por quienes sus piés se han ensangrentado.”

„Yo los conducía entre los pueblos estúpidos como los ídolos á quienes servían; pero yo no veía la inocencia de sus ídolos.”

„... Desconfía de los hombres y oculta con destreza las precauciones que tomes contra ellos; teme el dejarte seducir por una sonrisa que brille en sus labios.”

„La buena fe ha desaparecido; tu no la hallarás jamás en los traidores; y la sinceridad no se encuentra ya ni en los discursos ni en los juramentos.”

„Gloria sea tributada al criador de mi alma como hace que los peligros y las fatigas de los viajes, se cambien para mí en delicias, mientras que otros no ven en ellos mas que la espada de los tormentos.”

„La fortuna se admira de que yo soporte así sus vicisitudes y que mi cuerpo se endurezca contra sus terribles golpes.”

„Mis instantes se pierden en la sociedad de los hombres; y mi vida... ¡Ah ojalá y ella se hubiese deslizado en una de las generaciones pasadas!”

„Nuestros antepasados hijos del tiempo han venido en su juventud, y él los ha regocijado, y nosotros, nosotros hemos venido en su decrepitud.”

Segun los fragmentos que acabo de citar se ve á que altura del pensamiento se eleva algunas veces la Musa emergica de Moténabí. Mas seductor, mas florido; pero menos profundo puede ser Ebu Farehí siempre que no se entregue á sus meditaciones religiosas, y se manifiesta igualmente hábil en el uso de los matices poéticos: á la vez gracioso y brillante sabe como Moténabí hacerse servir de la esplendor de sus pensamientos, los elementos los mas delicados de la lengua árabe. Estrechado por el espacio, y embarazado en la elección, no haré mas, que una pequeña cita de uno de sus poemas asiáticos:

„Cuando la adorada de mi corazón está lejos de mí, continuamente la ilusión de mis sentidos, la encuentra en todo lo que tiene gracia y encanto.

„En el sonido armonioso de la lira y de la flauta, cuando esos dos instrumentos unen sus acordes.

„En esos encantadores valles á donde vienen, en una tarde fresca y deliciosa, y al despuntar la aurora las tímidas gazelas.

„En las praderas en donde cae el tierno rocío sobre tapices de verdura malizados de flores.

En los sitios donde el céfiro estiendo los pliegues de su traje embalsamado, cuando el ligero crepúsculo de la mañana, me trae los mas suaves aromas.

„Yo la veo aun, cuando mi boca oprime avidamente los bordes perfumados de la copa para saborear el nacarado licor en los lugares consagrados al placer.”

„Ella sola me basta: después de ella encuentro mi patria; y mi alma en donde quiero que estemos reunidos no conoce ni pena ni agitación.”

(Traducido del frances para el Liceo por D. R.)

[1] Cuando se retiraron para Francia los restos de aquel imperial ejército que condujo el ilustre Bonaparte á Egipto, á fines del siglo pasado, en que su objeto principal no fué ganar batallas sino indomestizar aquel país clásico de las ciencias, de las cononimencias que un día resplandeció de el todos los pueblos, y cuyo desgraciado éxito lamenta hoy el mundo entero, acompañando en su retirada á los vencedores de las Pirámides y su Histórica nacías familias egipcias. Perené en á una de ellas un jóven nacido en el Cairo y este joven con una alma ardiente como el sol de su patria, con una fisonomía melancólica y meditabunda, con las aspiraciones de un genio oriental, recibió una educación francesa, llegando á poseer el idioma de Racine y de Chateaubriand, con tanta perfección, que mereció las consideraciones de muchos hombres célebres. Agoub es el nombre de ese jóven elogiado por las plumas del reciente académico Mr. de Pongerville y del insigne Lamartine.

Las composiciones de Agoub participan á la vez de la flexibilidad armoniosa del árabe y del delicado gusto francés. Por hoy nos limitamos á dar á nuestras lecturas la traducción del árabe que hizo Agoub de unos fragmentos de dos poetas sinparatrasos suyos. En la que hacemos de la de Agoub, hemos procurado que fuese literariamente para que las composiciones no pierdan su originalidad y se advierta mejor el estilo de una literatura que se comienza á conocer entre nosotros, reservándonos el dar otras traducciones de lo que es exclusivo de las inspiraciones de Agoub.—RR.



ARQUITECTURA.



El origen de la arquitectura se pierde en la más remota antigüedad; en efecto, los primeros habitantes del mundo debieron basar un asilo donde guardarse de las intemperias, y aunque una caverna abierta naturalmente en las rocas era bastante para conseguir este objeto, como es seguro no siempre se podrían proporcionar este abrigo natural, debieron buscar un medio de sustituirlo artificialmente. Cuatro troncos de árboles plantados en cuadro y otros tantos maderos colocados horizontalmente sobre las cabezas de aquellos para recibir las ramas, zarzos ó cualquiera otra especie de tocumbre, eran suficientes para resguardarse de la lluvia y de los ardores del sol; pero esto no bastaba: todavía quedaban espuestos á los vientos al frío y otras incomodidades, y para remediar este inconveniente no había más de cubrir con ramas los huecos que quedaban entre los troncos. He aquí formada la primera cabaña; he aquí el origen de la arquitectura.

A medida que los hombres adelantaban en civilización se iban creando mas necesidades, iban necesitando mas comodidades para vivir contentos. De aquí nació precisamente el adelanto que se hacia continuamente en la fabricación, y si al principio una sola cabaña bastaba para toda una familia, en lo de adelante conocieron la necesidad de formar habitaciones diferentes, destinadas á diversos usos.

Cada pueblo ha tenido su sistema de arquitectura particular que lo ha caracterizado; la antigua arquitectura egipcia es notable por la pesadez y tosquedad de su construcción, y á cualquier que se le presente un modelo de arquitectura chinesca, por poco versado que esté en este arte, no dejará de conocer á que nación pertenece el sistema.

La antigua arquitectura Mexicana es igualmente característica, y tiene una semejanza notable con la egipcia.

Entre los pueblos antiguos ninguno llevó la perfección en la arquitectura á un grado mas elevado que los griegos. A fuerza de estudio

y de meditación consiguieron llegar á reunir la belleza y elegancia á la solidez, y compusieron tres órdenes, que hoy están adoptados casi generalmente. Cuando los romanos conquistaron la Grecia, admirados de la belleza de los edificios de este país, imitaron su arquitectura y la trasladaron á Italia donde se acabó de perfeccionar, y de donde nacieron otros dos órdenes que con los tres griegos, forman lo que se llama hoy los cinco órdenes de arquitectura.

Múltitud de edificios se elevaron en Roma y en toda la Italia, arreglados á los principios establecidos los cinco órdenes, y las ruinas que aun existen hoy, prueban su hermosura y buenas proporciones.

A la caída del imperio romano cuando éste fué invadido por los bárbaros, la mayor parte de aquellas grandes obras fueron destruidas ó abandonadas, y á la arquitectura de entonces se sustituyó la que se llamó gótica, nombre derivado del pueblo godo que se estableció en España; esta bella arquitectura es notable por su delicadeza y la ligereza de todos sus miembros, y el que la observa no puede menos de admirar como se pueden sostener unas masas tan pesadas como las bóvedas de los templos, sobre unos apoyos tan ligeros como las esbeltas columnas que las sostienen; y sin embargo aun existe la mayor parte de esos edificios, como destinados á probar que aquellos pueblos, aunque llamados bárbaros, sabían proporcionar sus edificios de modo que se sostuviesen no obstante los fuertes empujes que solo contenían unos apoyos, insuficientes á la vista: el fundamento de todo su método consistía en dirigir los empujes á los costados exteriores, que son los mas fuertes como puede observarse hoy.

Cuando los árabes conquistaron la España, introdujeron con sus costumbres el uso de una arquitectura particular, que por esta razón se ha llamado arabesca; aunque de un carácter particular, tiene sin embargo bastante semejanza con la arquitectura gótica, de la que se diferencia principalmente por los adornos.

Esta no salió de España, única nación de

Europa donde se encuentran edificios de esta naturaleza, sobre todo en la Andalucía, donde fué mas larga la dominación de los moros.

En el renacimiento de la arquitectura, ó mejor dicho cuando se comenzaron á adoptar de nuevo las proporciones de los edificios romanos antiguos, se abandonó completamente la arquitectura gótica. Sin embargo se la reconoció ultimamente que ella es la mas propia para los edificios destinados á la religion, pues la elevación y magestad de sus miembros, la luz opaca al atravesar sus vidrieras de colores, disponen naturalmente al alma á la contemplación; y en efecto que diferencia entre un edificio de esta naturaleza, y un templo moderno que en nada se diferencia de un teatro, una sala de espectáculo etc. De ahí es que los templos modernos no inspiran ningun sentimiento religioso, mientras en los góticos parece que todo habla al alma para disponer á la oración. De esto dimana el que en el lenguaje moderno se haya dado á esta arquitectura el nombre de romántica.

Durante la época llamada el renacimiento de la arquitectura, varios artistas se dedicaron á estudiar las ruinas de los monumentos antiguos tanto griegos como romanos, con el objeto de imitarlos y determinar las proporciones de sus miembros para asentar las reglas que guisase á los demas en la construcción de los edificios. De aquí nacieron las dimensiones de los cinco órdenes que hoy están adoptados y se llaman de Vignola, por haber sido este artista el que los asentó.

El primer orden es el Toscano. Es conocido por la simplicidad de sus miembros y su carácter de rusticidad; debe su origen á algunos pueblos antiguos de Asia, que vinieron á Italia y se establecieron en Toscana, de donde deriva su nombre. Su columna de altura tiene de siete veces su diámetro.

El orden dórico es mas ligero que el anterior, y tiene un especie de carácter viril. Se distingue del toscano por su mayor ligereza, y por sus adornos así como por las estrias ó huecos circulares practicados en las columnas. Hay dos especies de órdenes dóricos, el griego y el romano. Las columnas tienen de altura ocho veces el diámetro.

El orden jónico es mas esbelto aun que el anterior; tiene el lugar medio entre los órdenes fuertes y los órdenes delicados. Jónico general ateniense pasó á Asia é hizo elevar en efecto un templo dedicado á Diana, construido de un orden nuevo hasta entonces, y

Tom. II.

de aquí le vino el nombre de Jónico. Su columna tiene una altura igual á nueve veces su diámetro y tanto por esto como por las volutas de que está adornado, se distingue de los dos órdenes anteriores.

El orden corintio es el mas delicado. Su columna tiene diez diámetros de altura y su origen se atribuye á la anecdota siguiente.

Una jóven de Corinto murió la víspera de casarse, y su nodriza coloco sobre su sepulcro un canastillo con los vasos y otros objetos que habia apreciado durante su vida, cubriéndolo despues con una loza para preservarlo de las injurias del aire. El canastillo habia sido colocado casualmente sobre una planta de acanto, y cuando en la primavera comenzaron á crecer las hojas, se encontraron con la loza colocada encima enroscándose en sus extremidades. El escultor Calimaco que pasó cerca del lugar donde estaba el sepulcro vió la figura que formaba todo, é imitó en las columnas que despues hizo elevar en Corinto.

Los arquitectos modernos están discordes en el origen de órdenes de arquitectura; unos lo atribuyen á la imitación de la primera cabaña, en la que los troncos de árboles debieron sugerir la idea de la columna, y las demas partes del resto de los órdenes. Otros creen que provienen de la imitación del cuerpo humano; pero esta opinion es absolutamente errada, pues que ciertamente no hay analogia entre el cuerpo que nada tiene que sostener y las columnas sobre que gravita todo el peso del edificio.


Hay otros órdenes caprichosos como las columnas llamadas Salomónicas, que están formadas por dos cilindros enredados uno sobre otro en forma de espiral. Las caráides que son columnas trabajadas en forma de mujer; y cuyo origen se cree fué el que algunos pueblos antiguos, para abatir mas á los que habian subyugado, mandaban poner estas figuras, con los trages propios de aquellas.

Los órdenes fueron destinados en su origen primitivo para decorar los templos; y dignificar así los lugares consagrados á la divinidad de los que servian de habitación á los hombres; despues sirvieron tambien para aumentar la magnificencia y adorno de las ciudades, y manifestar de este modo la grandeza de las naciones; hoy sirven para embellecer igualmente las casas de los particulares, y la una de las circunstancias que mas dan á conocer la civilización y adelantos de un pueblo, es la hermosura y proporción de sus edificios.

En un tiempo la construcción estaba limitada á la simple imitación de los demas monumentos y edificios, sin que al artista le quedara lugar de aplicar su génio sino á la decoración. Hoy todo es absolutamente diverso, y las reglas para la construcción están fun-

dadas sobre principios y cálculos exactos, proporcionados á las diversas circunstancias en que pueda encontrarse el arquitecto, que no tiene que hacer sino aplicarlas juiciosamente y con moderación.—F.C.

DELIRIO.

 Legó mi juventud y en mi cabeza
mi ensueño de dicha revolvía,
y toda mi ambición satisfacía
un recuerdo de amor.

Cercado de parientes y de amigos
ó bien aduladores, ó sinceros,
mis pensamientos siempre lisongeros
no eran de dolor.

Creció el ansia de amar, y desde entonces
buscaba una muger pura y amante
para estrechar su seno palpitante
contra mi corazón.

Mas solo hallé mugeres cortesanias
amantes del dinero ó la hermosura,
y entonces conocí mi desventura
y crecí mi aflicción.

Por fin te conocí, Laura querida,
era tu alma candorosa y pura,
vi cumplidos mis sueños de ventura,
te di mi corazón.

Pensé encontrar la dicha que buscaba,
dormía satisfecho en tu regazo,
roto del mundo el insufrible lazo,
perdida la razón.

Al pie del sauce de mi amor testigo
recostado en tu seno pendoroso,
¡algun hombre del mundo mas dichoso
que yo, pudiera ser!

Entre sueños miraba tu semblante
y despierto gozaba tus caricias;
el corazón henchido de delicias
saltaba de placer.

Mas hoy mi pecho oprimo con la mano
buscando sus latidos, su ardimiento
y su frio me hiela, no lo siento
altivo palpar.

¿Será que la ilusión desvanecida
sediento de impresiones lo ha dejado?
¿será que ya mi amor está apagado?
será este mi pesar?

Mas no, que aun yo te adoro... y estoy triste
cuando estoy á tu lado y te contemplo,
triste invocando á Dios dentro del templo
y triste en el festín.

No me agitan inútiles deseos
de adquirir para mi gloria, ó riqueza,
¡por qué siento abrumada mi cabeza
de tormento sin fin?

¿Qué importa que la rosa se marchite
cuando pasa la vida del estío,
cuando llega el invierno seco y frio
cubierto de aridez?

Mas yo que jóven soy... ¡por qué en mi frente
se miran del dolor señas fatales?
¡por qué ya mis mejillas sepulcrales
arruga la vejez?

Adivínalo tú, mundo maldito...
si, maldito... si el cielo te abrasara
cumplida mi venganza aun no quedara,
mas fuerte es mi rencor.

Quisiera ver la humanidad doliente
frenética de rabia, de despecho,
henchido quiero ver su negro pecho
de penas, de dolor.

Quiero ver á los hombres miserables
con los ojos hundidos, sin consuelo
arrastrarse empolvados por el suelo
cual la vivora vil.

Quiero ver de sus dientes el crujido
como el crujir que se oye en el infierno
del réprobo que sufre fuego eterno
entre tormentos mil.

Quisiera... mas no, queria
solo llegar á ese asilo
do vive el hombre tranquilo
léjos del mundo fatal.
Tal vez mi sucio cadáver
conservará algun amigo,
pensando, „aun está conmigo,“
mas se engaña por su mal.

Tal vez mancha ese cadáver
con la sangre de mi hermano
algun traidor inhumano
que en matar su gusto halló.
Será tal vez el espanto
ó la risa de la gente,
¡mas qué importa si no siento?...
ese cuerpo ya no es yo...

Ese cuerpo ya no es nada,
es vil polvo corruptible,
es máquina destructible,
no siento ni el bien ni el mal...

Nada, Señor, nada quiero,
llegar tan solo á ese asilo
y vivir allí tranquilo
lejos del mundo fatal.

Tú has mirado, Señor, correr mis lágrimas.
tú has visto de mi pecho la aflicción,
tú has mirado mi rostro enfermo, pálido,
cubierto de dolor.

Tú eres grande, Señor; yo soy un misero,
he sido delincuente pecador,
pero he elevado á ti fervientes súplicas,
consuélame, Señor.

Yo no te pido ni esa gloria efímera
que del mortal corrompe el corazón,
ni esos placeres indolentes, lúbricos,
que empañan el honor.

Pero me diste, ¡oh Dios! una alma angélica,
me diste un pensamiento, una razón;
destrúyela al momento, ¡oh Dios! destrúyela
ó quitame el amor.

Siempre he vivido yo lleno de júbilo,
nunca por mí ha sufrido el corazón,
una vida me diste dulce y placida:
no sé que es aflicción.

Mas hay otros que sufren; Dios, acuérdate!
me diste un pensamiento, una razón;
destrúyela al momento, ¡oh Dios! destrúyela
ó quitame el amor.

México, enero 23 de 1843.—F. O. y B.

APUNTES SOBRE LA HISTORIA

DE LA

FLORIDA.

EL DESCUBRIMIENTO.



DESPUES del descubrimiento
del Nuevo mundo, el espíritu
de conquista se extendió por
todo el orbe, hacia á todos los
hombres emprendedores, y habia
dadoles una credulidad de que apenas
se hallará ejemplo en la histo-

ria de tiempos mas remotos ó mas modernos.
Hemos visto ya á Francisco Vazquez Coronado
dando la vuelta á la Nueva España: por hallar
las siete hermosísimas ciudades, que formaban
el gran reino de Quivira; otro tanto sucedió á
Juan Ponce de Leon, caballero muy distinguido
por su valor, y que gobernaba la Isla de

Puerto Rico, por llegar á descubrir una fuente con cuyas purísimas aguas se le tenía asegurado que se remozaban los ancianos.

A esta credulidad de Ponce, á su empeño por hallar la misteriosa fuente debió la Florida su descubrimiento. Luego que Ponce halló que por todos cuantos trataba se le hacia igual relato acerca de la virtud que las aguas de esa fuente tenían de rejuvenecer al que en ellas tomaba un baño, púsose en camino ansioso por disminuir su edad y permanecer siempre en la lozanía y vigor de la temprana juventud.

Grandes y considerables distancias tuvo que caminar, y aun caminaba, si existiera, y camina hasta los últimos términos del universo descubriendo lo que todavía queda por descubrir, y no conseguiría á pesar de todo su objeto. Haciendo pues, este largo viaje, encontró con los floridianos, que atacándole de improviso y cuando menos se lo esperaba dispersaron sus tropas, que no eran muchas, y de las que muy pocos lograron salvarse, entre ellos el mismo Ponce que resultó herido. Con este revés escarmentó Ponce que ya no pensó mas en la fuente que buscaba en vano.

Los floridianos, pueblo vecino á los chichimecos con los que confinaban, eran tanto mas guerreros y valerosos que estos, cuanto habian permanecido mas independientes, habian tenido mas ocasiones de ejercitarse en el arte de la guerra y no conocian aun la fátiga ni las armas europeas, sobre todo, apreciaban en mucho su libertad de la cual eran sumamente celosos y que solo se dejaban arrancar perdiendo su existencia y sacrificando hasta sus propias familias.

Juan Ponce de Leon que, entusiasmado por la encantadora fuente deseaba adquirir un derecho sobre aquellas tierras y las que por allí descubriera, obtuvo de los reyes católicos su concesion, y en seguida hizo el viaje de que tenemos hablado y cuyas resultas le hicieron abandonar la empresa, que no volvió á acometer prescindiendo del derecho que tenia de sus soberanos.

Pasado algun tiempo, navegaba un piloto llamado Miruelo, que, ó por la mala direccion, ó por el mal tiempo, impellido su navío por el viento arribó á una de las costas, segun se cree, de la Florida. Allí tanto Miruelo como sus compañeros de viaje, fueron muy bien tratados de los indios, que los socorrieron y les cambiaron perlas y otras preciosidades, que era el principal objeto que le habia sacado de la Española. Volvió luego á esta sin haber fija-

do el punto donde habia estado y del que solo por suposiciones se vino á pensar cual fuese.

Después de transcurridos algunos años, una compania de mercaderes establecida en la Española, y á la cual pertenecía el oidor Vazquez de Aillon, deseoso de aumentar su fortuna en la Florida de que tenia relaciones de Ponce de Leon y de Miruelo, determinó mandar unos buques. Hízose en efecto conforme á lo proyectado, y en poco tiempo llegaron los buques á aquella costa. Luego que los pasajeros desembarcaron, atraídos los indios de la novedad, ya de los propios buques, ya de ver las personas vestidas, acudieron en gran número á la playa recibiendo los con mucha cortesía y afabilidad. Los españoles, que conocieron la causa principal de su sorpresa, picaron mas su curiosidad ofreciéndoles que pasasen á los buques. Ellos aceptando la oferta entraron y con ella los españoles, que cuando vieron que habia bastantes se hicieron á la vela para la Española. Acometió tal tristeza á los miserables indios que, gran parte de ellos pereció en los buques y el resto que llegó á Sto. Domingo murió tambien en pocos dias.

Las noticias que á esta Isla se llevaron de las tierras nuevas alentaron á muchos á emprender su conquista. Fué de este número Lucas Vazquez de Aillon, que se puso luego en camino para España á solicitar del rey la gobernacion de la provincia de Chicora, como llamaban aquellas ignoradas tierras. Otorgóle el emperador lo que podia y dió la vuelta á la Española. Llegado que hubo á ella, dispuso tres navíos, y en ellos con bastante gente y el piloto Miruelo, se hizo á la vela en quinientos treinta y cuatro, condecorado ya no solo con la gobernacion sino con el hábito de Santiago que le fué dado al mismo tiempo.

Después de una dilatada navegacion, abatido y triste Miruelo de no hallar las tierras que buscaba y que el mismo habia descubierto, murió víctima de esta afliccion que nacia de su descuido en haber señalado el punto que halló en su anterior navegacion. El oidor Vazquez no desmayó por esto de su empresa: para él este accidente no fué ni el mas ligero contratiempo, y después logró al fin desembarcar en unas costas que, segun los informes, eran las mismas en cuya busca andaba. Estando ya en ellas, recibido muy obsequiosamente por los naturales del país, mandó á algunos de sus compañeros en número de doscientos que caminassen camino de mas adentro y luego volvieran á informarlo de como hallaban aquello.

Hicieronlo así en efecto, y se sorprendian de las fiestas con que se les recibia por los indios, quienes así como vieron que se habian alargado gran trecho de los demas, súbitamente los acometieron, sin dejar uno solo que pudiese volver con la funesta nueva, la cual llegó á oídos de los compañeros á tiempo que se veian igualmente atacados y sin esperanzas de salvacion. Pocos en efecto la lograron, y entre ellos el oidor: de esta manera quedó vengado el hecho atroz é injurioso de haber robado á los que se entraron en las naves en la expedicion anterior.

Tan cierto es que no hay cosa á que tan fácil como frecuentemente sacrificuen los hombres su existencia, como á la ambicion, que ni la patria, ni la religion á que siempre la ofrecen, reciben esta ofrenda de tantos como, sin ofrecerla, la exponen á los mas inminentes riesgos por contentar los caprichos de tan loca como desenfrenada y brutal pasion. De ellos nos da ejemplos bien palpables la historia que referimos, la cual nos deja ver la temeraria osadía con que se arrojan intrépidos á acometer una empresa bien ardua, los mismos que acababan de presenciar ó al menos de tener noticias de catástrofes horrosoras acaecidas en la conquista de la Florida. A pesar, pues, de ellas, Páulfo de Narvaez en quinientos veintisiete hizo otra tentativa con animo demodado, pero salió muy al contrario de como habia sin duda imaginado.

Creyó acaso Narvaez que pisaba el suelo de la Nueva España pisando el de la Florida: imaginóse quizá encontrar aquí los propios nombres que allí: su acalorada fantasia le debió de representar que todos los pueblos nuevos eran unos mismos, que disgustados de sus gobernantes despotas habian de buscar apoyo en el primero que se les pusiera á la vista sin re-

flexionar que esto los oprimiria despues. Y en efecto que si así fuera, la conquista era fácil: los pueblos, fatigados con la dura pesadumbre de su oneroso yugo intentan á toda costa sacudirle, olvidando aun los ataques del extranjero, porque han perdido los sentimientos de nacionalidad; pero no estaban de esta suerte los floridianos, quienes como llevamos dicho, conservaban aun vivo el amor patria, el amor de su propia conservacion, el amor innato de su salvage pero benévola libertad. Estrellóse, pues, Narvaez en su empresa, desembarcó, se preparó al combate, resistió los primeros ataques, rechazó las primeras embestidas, mas al fin murió con bizarría víctima de su frenético arrojo. Pocos volvieron á dar cuenta de esta expedicion, y estos pocos se salvaron contando que, auxiliados por el poder del cielo y gracias á milagros que ellos mismos habian hecho, pudieron escapar sanos; pero sin embargo del celestial poder que ellos poseian ya, no pensaron en volver mas, ni volvieron.

Ya pasados muchos años de este suceso, Hernando Soto trató con Carlos V de llevar á cabo la conquista, animado de la fama de Hernán Cortés. Fué en efecto otorgada la guerra que pedía, nombrósele gobernador, diósele todo lo que quiso, emprendió su marcha y alcanzó lo que deseaba.

La empresa de Soto dió vida á nuevas colonias, porque ellas al fin se plantearon, y el gran territorio que tiene aun el nombre de Florida, fué mucho tiempo posesion de la corona de Castilla; mas como esto sea largo de referir, lo haremos mas detenidamente en otra ocasion: baste por ahora que hayamos dicho algo sobre su descubrimiento y los primeros personajes que lo intentaron.

CARLOS M. SAAYEDRA.



UNIVERSIDAD
 U
 OMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

GALERÍA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON JUAN DE LEIVA Y DE LA CERDA,

Marqués de Leiva y de Ladrada, conde de Bains. Vigésimo tercer virey de la Nueva-España. De 1660 á 1664.



suceder al duque de Alburquerque entró en México D. Juan de Leiva y de la Cerda, el 16 de setiembre con las mejores miras de engrandecer la colonia que se ponía á su cargo. Desde luego dictó sabias providencias para llevar al cabo la pacificación de los tarahumares que aun continuaban insurreccionados causando desastres en la parte del Nuevo México, y mandó llevar adelante la colonización ordenada por su antecesor en la misma provincia donde consiguió se formasen en poco tiempo veinte y cuatro pueblos. Entretanto en la capital se hacían grandes reparos á la obra del desagüe confiada á la actividad de los religiosos franciscanos, bajo cuya dirección se concluyeron dos arcos bastante famosos que honraron á la memoria de sus autores prestaban seguridad á los mexicanos slanzando mas el canal.

1661.—1662.—El trato cruel y despótico que recibían los indios originaba de cuando en cuando, que á pesar de la abyección completa á que se hallaban reducidos y de lo muy degradados que estaban, se movían por fin con la esperanza, si no de conquistar su independencia, de alcanzar por lo menos su libertad. Esto pues pasó á los de Tehuantepec en movimiento, de modo que no quedó una sola población de las mas insignificantes que no se hubiera puesto sobre las armas. Déjase bien entender lo que esto desazonó al gobierno que disponía y aprestaba gente que marchara á aquella provincia, cuando llegó la nueva que todo había cesado felizmente, y fué que el re-

verendo obispo mexicano D. Alonso de Cuevas y Dávalos, prolado de la iglesia de Antequera, luego que tuvo noticia del levantamiento, animado de un vivísimo deseo del bien de los pueblos y del amor de la humanidad, con la mayor celeridad en muy pocos dias habló con los rebeldes y los hizo volver al orden, cuya oficiosidad le premió el soberano con la mitra de México renunciada que fué en el año de 64 por el Sr. Osorio Escobar.

1663.—1664.—Para continuar perfeccionando la obra del desagüe, siempre confiada á los franciscanos, se destinaron cien mil pesos de los fondos municipales. La obra en efecto se seguía, y como antes le eran perjudiciales las lluvias recias y continuadas, ahora era, por el contrario, cuando se adelantaba mucho porque se llevaban las piedras que la cubrían, y como quiera que estos años no escasearan, se alcanzaron muchos y muy grandes adelantos.

Por qué en los países mas ricos y fértiles de la Nueva España no se lograra fácilmente la colonización, cosa es bien fácil de explicar si se considera su distancia, y que cuando en lugares menos remotos se lograban bienes, no parecía *cordura* arriesgarlos por otros desconocidos. De aqui que las Californias á pesar de su fertilidad y de sus perlas en abundancia por mas expediciones que allá fueron ninguna llegó á establecerse. En los años corrientes hizo pleito homenaje D. Bernardo Bernal Piñaredo, para la colonización de las Californias, diólas la vuelta, recogió algun dinero con la pecha, causó muchas vejaciones á los vecinos y moradores, intento en diversos puntos establecer presidios, y al fin sin cosa de provecho



UNIVERSIDAD DE LEÓN

BIBLIOTECA DE LEÓN

ALFONSO DE LEÓN

dió la vuelta á México. Recibiólo muy á mal el conde de Baños y escribió á la corte haciéndole una acusacion formal. Era ya tiempo en que se lo relevaba y recomendó el negocio á su sucesor. Fuése pues á España dejando sentimiento en México con su partida y poco sobrevivió á ella, acelerándole la existencia los es-

travios de su hijo D. Pedro, segun Cayo, que se refiera á Velancourt, en el cual solo hallamos que „era (el virey) un hombre devoto á lo sagrado y justo en el gobierno, e cesaron (parece que lo falta un *le*) algunas paginas es las mociedades de D. Pedro (su hijo mayor)“.

CARLOS I. SAAVEDRA.

EL LICENCIADO

BARTOLOMÉ CAYRASCO DE FIGUEROA.

Cancion en esdrújulos.

UN tanto que los Arabes
dilan el estrépio
de su venida con furor armigero,
y los fuertes Alárabes
con ánimo decrepito
quieren mostrar el nuestro afan beligero,
vuelto al caballo aligero
y en la fuente castálida,
donde por vuestros méritos
presentes y pretéritos,
quedando atrás de vuestra ciencia inválida
del árbol odorifero
os coronó el planeta mas lucifero
por términos políticos,
que fuesen algo pláticos,
querria tratar en una breve plática
de aquellos parlíticos,
fan pobres, cuan lunáticos,
que tiene el ciego amor en su probática;
y como en cualquier práctica,
y en toda la teórica
vuestra virtud es única
si el hábito y la túnica
no desdena la vuestra á mi retórica,
dad lumbré á mi propósito,
pues que de ella y de mi os doy el depósito.
No es fábula ridícula
la vida de estos ranganos
enamorados, miseros inválidos,
que en medio la cancula
ellos sienten carambanos,
y en medio del invierno están mas cálidos:
boy rojos, ayer pálidos:
vista agradable y hórrida

con los pies de pentámetro;
y en un mismo diámetro
están debajo el norte y de la tórrida,
y tienen ya por máxima
ser en virtud corches, en vicio máxima.

Con un lascivo título,
con un necio preámbulo
mostrando ser filósofo y astrólogo,
escriben su capitulo;
y cerrado en triángulo,
haciendo á la tercera un largo prólogo,
aunque le riña el teólogo,
se lo entrega al etiope
mas negra que semínima
y no vale una mínima
quanto escribe de Apolo y de Caliope;
y vase ella riendose,
y queda el pobre sátiro muriéndose.

Entre unos verdes árboles
dicen que amor falsífico,
hajando de Teodora á santa Brigida,
fundó de blancos mármoles
de gustoso y pacífico,
una fuente tan cálida y tan frigida,
que no hay alma tan rígida,
que no quede gustándola
con cierto amor ilícito,
ó tacito ó explícito;
y esta fuente que tantos van buscándola,
es de *bibere et édere*
quilo friget venus sine Baco et Cérere.

De aqui la vena esdrújula
nace del pecho hidrónico,
sediento del favor de que es Inmérito



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y aquel mirar por brújula
 como el piloto al trópico,
 sin ver tan descubierta su demérito,
 y escarecer el mérito
 de su fe no evangélica,
 con su Belisa florida,
 que en la ribera florida
 la vió cantando con bellad angelica,
 y tiene una carátula,
 que la harán mejor con una espátula.

A la mentira cretísculo,
 a los peligros fútiles,
 a trabajo y virtud flacos y débiles:
 al desengaño incredulo,
 a la firmeza frágiles
 al fruto del honor, flojos, inmóviles;
 al recogijo débiles,
 a su opinión temáticos,
 al canto melancólicos,
 a Dios no muy católicos,
 coléricos al mal, y al bien hemáticos,
 son aquestos misérrimos
 amantes, y hadajos celeberrimos.

De las damas fantásticas,
 mas que la caña móviles,
 presos de amor en esta red amplifica,
 seglares y monásticas
 de baja suerte inóviles,
 de muy oscura fama y muy clarifica,
 que lengua tan miguífica,
 dirá los hechos frivolos,

vanidades gentíficas,
 pues templos y Basílicas
 pretenden como dioses estos idolos,
 Lucrecias y Cleópatras,
 que hacen a los necios ser idolátras?

Del sumo Padre ingénilo,
 que desde el trono altísimo
 gobierna el mundo por su beneplácito,
 y del verbo unigénilo
 procedo amorosísimo
 amor, que siempre ha sido y es parécito,
 venga el lamento herácito,
 y la risa demócrita:
 celebren en diálogo
 el misero catálogo
 de gente, que aún no quiero ser hipócrita,
 pues sirva al malévolo,
 y dejen al divino amor benévolo.

Vuestro patron, alífice
 de la humildad humilima,
 a quien le dió su ser el rey angélico;
 y el mio, gran pontífice,
 que con llave facilima
 al hombre cierra y abre el reino célico,
 do este enemigo lécico
 defendia nuestras ánimas;
 y en este mundo esférico
 con ánimo colérico
 en la virtud la haga tan magnánimas,
 que allá en su tabernáculo
 hallen eterno y lucido habitáculo.

RESPUESTA

DEL LICENCIADO DUEÑAS.

Cancion.

Qu A sido vuestra física,
 poeta celeberrimo,
 entre las Musas de este mar Atlántico
 tan alta, que la física
 del amador miserrimo
 ha vuelto su lamento en dulce cántico;
 y de aquel Nigromántico,
 de tantos necios idolo,
 que con un velo cálido
 el rostro vuelve palido,
 ya condena su efecto por tan frivolo,

que cuanto el es pestífero,
 vuestro remedio ha sido salúfero.

Ni en la Arabia frutífera,
 ni en la India riquísima,
 ni en escuela poética o histórica
 nació yerba odorífera,
 se vió piedra finísima,
 se oyó palabra dina de teórica,
 que iguale a la retórica,
 y a la virtud poética
 de verso tan frutífero,

con tal dolor mortífero,
 pues tomando la purga el alma ética
 de vuestras flores útiles,
 las yerbas, piedras, plantas son inútiles.

Con caña y fuerza pública
 andaba el ciego indómto
 tiranizando esta region marítima,
 y en la interior república
 volviendo siempre al vómito
 con la hermana bastarda la legítima;
 pero con vuestra pílima
 lusulanos y Vándalos
 se han hecho tan magníficos,
 que por vivir pacíficos,
 destierran de su reino estos escándalos:
 que si le muestran ánimo,
 es un cobarde amor muy pusilánimo.

Con un furor diabólico
 pretende este frenético
 establecer sus fueros y premáticas;
 y al ánimo católico,
 le vaeve casi herético,
 y las estrellas fijas torna erráticas:
 cubrese con sus prácticas
 cual con oro la píldora:
 descubre la máscara:
 y como es todo cáscara,
 allí vereis que no hay serpiente ó vibora
 entre yerba odorífera,
 que derramo ponzoña tan pestífera.

Alguna gente incrédula
 en la fe de este artículo,
 diciendo que no amar es caso ilícito,
 recaudan una cédula,
 y tienen por ridículo
 el remedio, que te hizo tan solícito:
 digen que amor es licito,
 y amor discreto y tácito;
 y pues a los inhábiles,
 los vuelve amor tan hábiles,
 que siga cada cual su beneplácito:

que amor nace del ánimo,
 y la hace magnífica y magnánima.

Alegan al Bucólico,
 que hizo a su Amarillida
 la selva resonar con dulce cálogo;
 y al otro melancólico,
 que amaba tanto a Filida,
 que la estaba llorando al pié de un álamo;
 y al que en dorado talamo
 iba por el Zodiaco,
 y al que su fuerza válida
 perdió sirviendo a Dálida:
 y al que fué causa del estrago Iliaco,
 y con las fuerzas de Hércules
 las mañas del que dió su nombre al miércoles.

Son de su mal satíricos
 y de su bien estóricos,
 y dan materia al cómico y al trágico:
 son bárbaros, líricos,
 inútiles y débiles,
 y al fin vienen a usar de estilo mágico:
 son de ánimo salvágico,
 y de lacio término
 los que a vuestros propósitos
 quieren mostrarse opósitos;
 y llegan los negocios a tal término,
 que ya cualquiera picaro
 quiera volar, y vuelva mas que Icaro.

Si en las aulas poéticas
 y delficos oráculos
 de esa ciudad confusa y babilónica:
 si en las orillas Béticas,
 do no faltan obstáculos
 dijeren que esta lira no es armónica:
 y si con frente ironica
 plena del ramo adelfico,
 si la picaren tabanos,
 querria mas dos rábanos,
 que siendo vos el mismo Apolo Belfico,
 con cánticos benévolos
 defendierdes mi canto de malévolo.



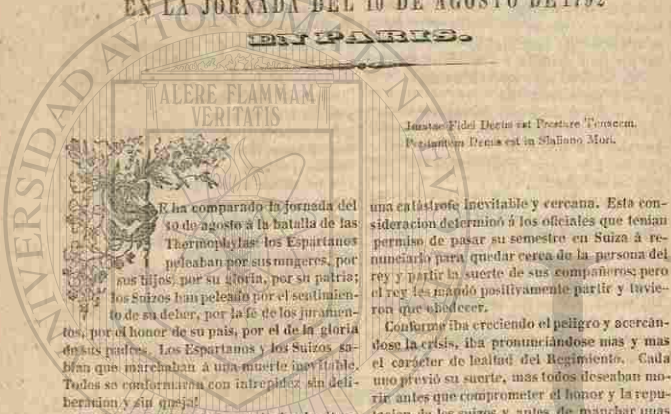
CONDUCTA DEL REGIMIENTO

DE LAS

GUARDIAS SUIZAS

EN LA JORNADA DEL 10 DE AGOSTO DE 1792

EN PARÍS.



Junete Fidel Decus est Prostatre Tuncera.
Pendantum Decus est in Stabulo Mori.

Se ha comparado la jornada del 10 de agosto a la batalla de las Termópilas y los Espartanos peleaban por sus rangeros, por sus hijos, por su gloria, por su patria; los Suizos han peleado por el sentimiento de su deber, por la fe de los juramentos, por el honor de su país, por el de la gloria de sus padres. Los Espartanos y los Suizos, sabían que marchaban a una muerte inevitable. Todos se conformaban con ir al combate sin deliberación y sin quejas?

Desde el principio de la revolución la situación del regimiento de las Guardias Suizas era muy penosa. Colocado en el centro de la anarquía, las escenas mas terribles se sucedían con rapidez a su redor. Las jornadas de "Revelion", "Campos-Eliseos", 5 y 6 de octubre, no fueron mas que un preludio muy débil de sucesos aun mas siniestros y mucho mas decisivos. El regimiento rodeado de peligros, rendido de fatigas, desplegó sin embargo, y en todas las circunstancias, un carácter inalterable de intrepidez, de orden y de disciplina; mantuvo en los desórdenes la puntualidad de servicio de los tiempos de tranquilidad; nada se escuchó para corromper a los soldados; ofertas, amenazas, seducciones, el ejemplo de las otras tropas, todo se empleó; nada lo hizo titubear; su fidelidad echo el ancla en medio de la tempestad política que bramaba, viniendo encima de ellos.

Mas las circunstancias de la revolucion se hacian cada dia mas graves; cada dia mayores fatigas para las tropas fieles y todos preveían

una catástrofe inevitable y cercana. Esto consideracion determinó a los oficiales que tenían permiso de pasar su semestre en Suiza a renunciarlo para quedar cerca de la persona del rey y partir la suerte de sus compañeros pero el rey les mandó positivamente partir y tuvieron que obedecer.

Conforme iba creciendo el peligro y acercándose la crisis, iba pronunciándose mas y mas el carácter de lealtad del Regimiento. Cada uno previó su suerte, mas todos desearon morir antes que comprometer el honor y la reputacion de los suizos y antes de marchar unas banderas sin ancha hasta entonces!

Llegaban seguidos informes sobre las intenciones hostiles de los Marselleses y fallaban municiones! Hacía tiempo que por órden superior los cañones del regimiento habian sido entregados. A pesar de las protestas de la oficialidad. Las amenazas de los federales obligaron a los gefes a consignar a los soldados en sus cuarteles, para evitar disputas que podian tener resultados funestos y dar pretestos a los mal intencionados. Los oficiales aprovecharon esta circunstancia para recordarlles sus deberes, lo hicieron con confianza y sencillez, les hicieron ver la cercana tempestad, les dijeron que ya habia llegado el momento de dar pruebas palpables de su fidelidad; y nadie titubó.

El 4 de agosto se mandó al regimiento marchar a París, habiéndose sabido que los federales y los barrios iban a atacar las Tullerías. El regimiento partió en la noche de Courbevoie y Ruelle despues de haber enterrado parte de

las banderas. El cuerpo marchaba con el mayor silencio, con las precauciones necesarias en tiempo de guerra y en pais enemigo. Este silencio mismo, un órden admirable, el aspecto firme y feo de los soldados, impusieron sin duda a los facciosos. Todo quedó tranquilo en el palacio y la misma noche volvió el regimiento a sus cuarteles; el día siguiente se destacaron 300 hombres en el destino a la Normandia.

Entre el 4 y 8 de agosto se cumplió la formación, hacia las ocho de la noche del 8, el capitán de guardia entregó al mayor una órden en estos términos: „El Sr. coronel dispone que el regimiento llegue a las Tullerías mañana a las tres del día." Esta órden habia sido transmitida por el comandante general de la guardia nacional de París. Se repartieron los cartuchos, a razon de treinta por cada plaza. Todos marcharon, aun los dispensados; no quedaron en los cuarteles mas que sin número propiamente de enfermos y los forrajistas. En la garita Mallot, un ordenanza llegado a París, entregó al comandante un „pase" firmado por Pethion.

La noche siguiente (la del 9 al 10 de agosto) los varios puntos del palacio fueron ocupados por la guardia nacional y por los suizos; y se colocó en los patios, en la capilla, la fuerza real. En el patio llamado de los suizos habia 300 de estos en clase de reserva.

Los gardarmas de a pie, con parte de los de a caballo, formaron en el patio; no hallándose bien, formaron en batalla cerca del palacio real, y parte de estos dos cuerpos se echó a marchar sobre los suizos, cuando estos se retiraron.

A las once de la noche se supo que a media noche tocarian con las campanas, a las armas. Poco despues llegó el decreto del barrio de S. Antonio, que decía: „poner sitio a las Tullerías, matar a todo el mundo, particularmente a los suizos, arrancar al rey su abdicacion y llevarlo con la reina y la familia real a Vincennes, en calidad de rehenes por si acaso los extranjeros marcharon sobre París.

A la media noche se oyeron tocar las campanas y la generala. El ruido de las campanas lejos de influir mal, dió mas valor a los soldados; a las dos de la mañana ya habian llegado cuatro batallones de los barrios a la plaza del Carrón para ejusutar su horrible proyecto; no aguardaban mas que a sus cómplices. Como a las seis de la mañana, bajo el rey al patio real, teniendo por la mano al Delfin y acompañado de varios gefes Suizos y nacionales. Pasó delante de la guardia nacional, luego por el frente de los suizos, los que gri-

taron y viva el rey! En este instante entró un batallon armado con picas, gritando y viva la nacion! Resultó una discusion muy acalorada, en la que tomaron una parte muy viva los artilleros de la guardia nacional; pero se calmó; cuando un oficial suizo les persuadió que el rey y la nacion eran uno; el batallon que acababa de entrar salió a unirse con sus compañeros.

Poco despues el general-procurador-sindicado, con un miembro del ayuntamiento, ambos con la faja tricolor y un mariscal de campo, visitaron todos los puntos; declararon verbalmente y repitieron la órden ya recibida por escrito, de defender el palacio y de repeler la fuerza con la fuerza; los guardias nacionales cargaron los fusiles y los artilleros sus cañones. A las siete se repitieron las señas de descontento y batallones enteros de guardias nacionales se marcharon-unos para unirse con los facciosos, muchos para sus casas.

Entonces se presentó una diputacion de la guardia nacional, presidida por el procurador y otros para suplicar al rey que estaba para entrar al interior de palacio. A presentarse a la asamblea nacional, un oficial suizo de categoria, viendo como se procuraba arrancar del Rey este paso, exclamó entonces: si el rey va a la asamblea, está perdido!

La reina procuró inútilmente impedir la salida del rey; este se decidió como a las nueve a ir a la asamblea con toda la familia real y algunos gentiles-hombres. Dos batallones de guardias nacionales y las guardias suizas de servicio, con algunos de sus oficiales escoltaron a S. M.

Esta partida fué decisiva para la guardia nacional que ocupaba el interior de las Tullerías y los patios; la mayor parte abandonó a los suizos, unos juntándose con los batallones de los barrios, otros dispersándose; mas no desertaron todos, y entre los que quedaron fieles, es preciso contar a casi todos los granderos de las hijas de S. Tomas.

El ejército de los barrios comenzó a moverse con sus cañones a la cabecera, y pronto se lo vio adelantarse; hacia las puertas del palacio. El mariscal de campo de servicio, viéndose casi solo con los suizos, juzgó no poder conservar los patios con tan corto número de gente. Gritó: „Suizos, retiraos al palacio." Fue preciso obedecer, abandonar los patios, dejar seis cañones a la discrecion del enemigo. Se debia prever que seria preciso recobrarlos, bajo pena de ser quemados en palacio. Todo el muni-

do lo conoció; los soldados rasos lo decían en voz alta; pero el respeto á la disciplina hizo obedecer. Se tomaron todas las disposiciones del caso. Se colocaron soldados en las escaleras y á las ventanas del palacio; el primer peloton ocupó la capilla. El capitán D... halló en la primera pieza frente á la escalera grande, al mariscal M...; este le dijo estar encargado por el rey del mando del palacio, á lo que D... le preguntó: Sr. mariscal, cuáles son vuestras órdenes. No dejarse furzar, replicó el mariscal. D... contestó: se puede estar seguro que así se hará. Fue la única orden dada á los suizos por aquel mariscal. No se les podrá acusar de no haber obedecido á la letra.

Hablando el capitán al mariscal vió por la ventana como el portero del rey abrió la puerta real á los Marselleses; entraron poco á poco alzando sus sombreros y haciendo señas á los suizos de reunirse á ellos. Uno de la gavilla, mas valiente que los otros, se acercó á una ventana y tiró un pistolazo; un sargento iba á castigar esta provocacion insolente, mas los oficiales le contuvieron, mas esta prueba de moderacion hizo mas insolente al enemigo. Toda la columna enemiga verificó su entrada y colocó sus cañones en bateria; se asesinó á los gentilezas suizas al pié de la escalera mayor, y los primeros Marselleses tentaron subir á la capilla, sáble en mano. Se baricadó muy de prisa la escalera; un oficial quiso hablar á los Marselleses, pero gritos terribles cubrieron su voz. Sin embargo, los enemigos conocieron la inutilidad de su intento y se retiraron, injuriando con palabras á los suizos.

Como 800 suizos, 200 gentilezas y hombres desarmados, muy pocos granaderos intrépidos y fieles de la guardia nacional todos sin grito, sin municiones, sin cañones... tal era el estado de las cosas, cuando la accion estaba por empezar, y este cuadro de valientes, repartidos en mas de 20 puntos, fué atacado por cerca de 200.000 hombres de un populacho exaltado hasta el furor, en posesion de 50 cañones, dispuesto del ayuntamiento de Paris y apoyado por el cuerpo legislativo.

Los de los barrios hicieron una descarga, de la que resultaron heridos varios soldados. Los granaderos de S. Tomas contestaron, luego los suizos tambien. Los marselleses hicieron una descarga general de artillería y de fusil, la que mató á muchos. La accion se hizo general y se decidió en favor de los suizos. El fuego desde las ventanas y el de la reserva causó muchos estragos; en poco tiempo, el enemigo eva-

cuó el patio real, dejando lo lleno de muertos moribundos y heridos.

420 suizos hicieron una salida, cogieron cuatro cañones y se hicieron dueños otra vez de la puerta real. Entretanto pasaron por el Carrusel otro destacamento se apoderó de tres cañones en la puerta de la escuela de equitacion y los condujo hasta el enrejado del palacio; de aqui se fué á unir al primer destacamento bajo el fuego de la artillería enemiga, la que tiraba á metralla sobre los suizos desde la puerta del patio de la reina.

Los destacamentos reunidos llevaron el espanto y la muerte en medio de los contrarios; el patio real fué cubierto de sus muertos, los suizos les quitaron parte de sus piezas y las conservaron; desgraciadamente no tenían municiones y no pudieron hacer mas que una descarga con los cañones enemigos porque los marselleses se habian llevado en su huida los cartuchos y las mechas; así es que fué imposible á los suizos acallar un fuego de metralla que se les hizo desde una azotea en la sita enfrente de su cuerpo de guardia y el que dominaba el patio real. Esos soldados admirables por su fidelidad sufrieron un fuego mortífero con la intrepidez y tranquilidad del verdadero valor. Los destacamentos estaban diezmados, mas siempre se volvieron á juntar haciendo esfuerzos prodigiosos. Los suizos quedaron dueños del campo de batalla. Los oficiales y los soldados se engancharon á las piezas cogidas al enemigo y las llevaron; por todas partes se peleaba con igual furor, se rechazaba siempre al enemigo y los marselleses, formando la cabeza de las columnas de ataque tuvieron pérdidas inmensas.

Pero los suizos veían con dolor que ya iban escaseando las municiones y que pronto estarían espuestos al fuego enemigo sin poderle contestar.

En este instante erolino, llega sin armas y sin sombrero y en medio de las balas de fusil y de cañon, el Sr. de K...; se le quiere imponer de las disposiciones acabadas de tomar hacia el jardin.

No se trata de eso, dijo, es menester marchar á la asamblea nacional cerca del rey; una voz de la baron de V... teniente general; hermano del mariscal de Francia del mismo apellido, una voz amiga, gritó: Si valientes suizos, id á salvar al rey; vuestros antepasados lo han hecho mas de una vez.

Se creyó poder ser útil al rey, y esta voz, confirmando esperanzas tan falsas determinó la resolucio-

Fue preciso reunirse; se juntaron los tamboros que no habian muerto ya se mandó tocar asamblea, y á pesar de una lluvia de balas se pudo formar á los soldados como en un dia de parada. Para cubrir la retirada se apuntaron hacia el vestíbulo dos de las piezas tomadas al enemigo, las que estaban aun cargadas; se las colocó al lado del enrejado y se dejó á cuatro soldados con orden de pegarles fuego, firmando sus fusiles sobre el oido de sus cañones en caso de ser perseguidos. No se pudo ejecutar esta orden literalmente, pero uno de los dos hombres dió fuego muy á propósito á la pieza con su eslabon. Unos soldados ayudados por tres de sus oficiales, colocaron otra pieza bajo el vestíbulo.

Se marchó; el pasar por el jardin fué muy mortífero. Fue menester aguantar un fuego muy vivo de cañon y fusil, que partia desde la puerta del puente real, desde el patio de equitacion y de la azotea de los „fenillantes.“

Por fin se llegó á los corredores de la asamblea nacional; el baron de S... llevado por su arlor, entró á la sala del cuerpo legislativo, espada en mano, causando mucho miedo al lado izquierdo de la asamblea; los diputados que la componian gritaron: ¡Los suizos! los suizos! y varios procuraron salvarse por las ventanas.

Un miembro de la asamblea vino á mandar al comandante de los suizos hacerles deponer las armas, á lo que se opuso este; entonces el Sr. D... se adelantó hacia el rey y le dijo: „Señor, quieren que deponga las armas“ á lo que contestó el rey: „deponedlas entre las manos de la guardia nacional, no quiero que unos valientes como vosotros mueran.“ Un momento despues el rey mandó al Sr. D... una espulita escrita de su puño, y del tenor siguiente: „El rey manda á los suizos deponer sus armas y retirarse á sus cuarteles.“ Esta orden produjo el efecto de un rayo entre esos valientes; gritaron que aun podian defenderse con sus bayonetas, algunos lloraban de rabia; sin embargo, en tan horrible alternativa, triunfaron de nuevo la disciplina y la fidelidad; sabian que la orden de deponer las armas los entregaba sin defensa á unos tigres sedientos de su sangre; todos obedecieron!

Fue este el último sacrificio exigido á los Suizos: separaron á los oficiales de los soldados; á estos los llevaron á la Iglesia de los Fenillantes; á aquellos á la sala de los inspectores. Hacia la noche algunas personas generosas procuraron salvar á los nobles restos de la accion del 10 de agosto y dieron á los oficiales trajes para

salir sin ser conocidos. Cada uno hizo por sí lo que pudo.

El palacio ya no se defendía; los agresores entraron, matando á los heridos y á todos cuantos hallaron perdidos en la inmensidad del edificio. Una parte de los Suizos, la que ocupaba los salones, no habia podido unirse al destacamento que se retiró á la asamblea nacional; bajaron en el instante mismo que los Marselleses entraron al palacio. Hallándose encontrados cargados dos de las tres piezas abandonadas antes, los dieron fuego, lo que les dió campo para efectuar su retirada por el jardin; con ellos estaba un padre capuchino, capellan del regimiento; fué preciso marchar en medio de descargas de artillería y de fusil y quedaron muertos tres oficiales y bastantes soldados. Este corto destacamento se dirigió desde luego hacia la asamblea nacional; lo alejaron con tiros de fusil; dió al puente levadizo; se halló levantado, por fin pudo salir por el jardin del Delfin. Llegados á la playa de Luis XV, los Suizos fueron cargados por los gendarmes de á caballo, y casi todos murieron. Poco despues, un sargento con quinientos hombres, se abrió una salida hasta el Vestíbulo, á donde habió á los Marselleses, guardando las cañones abandonados; los volvió á tomar, se defendió por algun tiempo y pudo por fin llegar á la asamblea nacional.

Agobiados por el número, cediendo el campo de batalla por unirse al rey, los Suizos no han podido dejar mas trofeos que los cadáveres amontonados de sus enemigos. Pruebas mil de heroísmo y de valor se pierden en la gloria general de esta jornada y no se pueden citar.

De los oficiales, catorce fueron muertos en la jornada y doce asesinados en la Conserjería, así pereció el regimiento de las guardias suizas, á la par de un encino robusto cuya existencia se ha burzado de las tempestades de varios siglos y que solo un temblor pudo echar por tierra!

Para acabar con este cuerpo, honra eterna de la nacion suiza, fué menester oponerle 100.000 hombres y una artillería inmensa!

Si una molestia nacional prohibe á un suizo elogiar la conducta de sus compatriotas de otro modo que por el relato de los hechos, le será permitido recordar que los Suizos jamas han fallado á sí mismos, que han sido tan valientes en la orilla de la Berezina como en Mortgaten ó que sus batallones fueron tan fieles el 20 de marzo como el 10 de agosto.

Ellos bien han merecido el monumento que se ha levantado á estos valientes sobre el suelo helvético:

Por Vilam Fortis.
Subiáguu Monte Fáltes.

EL MONUMENTO.

Bello es guardar la fe que se jurara,
Y antes morir que perjurar cobardes.
Memoria siempre cara,
Augusto monumento
De tantos héroes, de virtudes tantas,
Durad eternamente
Para servir de ejemplo y escarmiento
A la futura edad y á la presente!
Y vosotros, oh! hijos de la Helvecia
Que veis á vuestros padres denudados
Luchar contra la suerte,
Leales en la vida

Y grandes en la muerte,
Venid, jurad al pié de los altares,
Ante la Suiza unida,
Sobre la losa de su tumba helada,
Y sobre su antes fulminante espada
Que hoy en pedazos por el suelo yace,
Nunca olvidar su placida memoria,
Y esclavos siempre de la fe jurada
Nunca manchar su merecida gloria.
Tal de vuestros abuelos
Púe la primera ley, dignos rendellos
En ellos encontrar, su ejemplo noble
Seguid, hijos de Helvecia, y sus virtudes;
Y si algun día, grandes é inmortales.
A su lado quereis alzar las frentes,
Cual ellos en la vida, sed leales.

LALLY-TOLLENDAL.

(Traducción para el Liceo.)

UN SUEÑO.

MUCHOS recuerdos de pasadas horas;
gratas memorias de mejores dias,
venid, como en un tiempo, seductoras,
á renovar las ilusiones mías,
que en estas horas de fugaz reposo,
quiero apurar nuestro licor sabroso.

Fue un sueño, ya pasó! débil lucero
por su instante iluminó mi vida:
risueña Imágen de mi amor primero,
luz de mi corazón, ¿dónde eres ida?
¿por qué en mis horas de dolor impio
te busca en vano el pensamiento mio?

Venid, venid á interrumpir livianas
las cortas horas de mi triste sueño,
no á perturbar con esperanzas vanas
de nombre y gloria, mi amoroso empeño;
mas á alumbrar con resplandor divino
de mis amores el triunfal camino....

¡Oh! cuantas veces, deslumbrado y ciego
quise tus goces apurar... ¡en vano!
que convertido en un licor de fuego
el néctar de tu cáliz soberano,
bien lejos de aplacar mi sed ardiente
quemó mis labios y abrasó mi frente.

Mas ¡sueños son que el corazón lamental
huellas que deja la ilusión pasada,
cual suele atroz la tempestad violenta
en la aucha mies ó en la foraz cañada....
Delirios sí, cuyo recuerdo adoro....
Ay! ilusiones que perdidas floreo....!

Luego te he visto en la región etérea
flotar tranquila sobre el manso viento,
subir, crecer, y cual vision aérea
perderte en el azul del firmamento!
¡también en sueños te alcancé un instante;
pero ¡ay! cegóme tu fulgor brillante.

En sueños, sí, la realidad sombría
se alzó feroz, tras la ilusión soñada,
dejando solo en la memoria mía
su encantadora imágen retratada....
sueño fugaz, desapareció, violento
cual humo leve al retirarse del viento....

Era una noche del Estío ardiente,
la blanca luna en el zenit lucía,
y el blando soplo del ligero ambiente
embalsamaba cuando allí nacía,
erá un jardín espléndido y ameno,
de grata sombra, y de fragancia lleno.

Sentado allí, sobre su alfombra pura,
gozaba yo de la nocturna calma;
fiado ¡ay! tristel en mi falaz ventura,
de penas libre, y de congoja el alma,
y el son suave de mi ardiente lira,
cantes alzaba, que el daleite inspira.

Bella, como es al despuntar el día
la aurora matizada de colores,
allí también estabas tú, María,
pura, como la brisa entre las flores;
tú cantabas mi amor, yo tu hermosura,
y el céfiro fugaz postraba ventura.

Con su argentina luz, tu faz hermosa,
bañaba á veces la apacible luna,
y en dulce melodía, vagarosa,
el viento que rizaba la laguna
y el serpeante río entre las flores;
pasaban lentos, suspirando amores.

„Yo te amo,” me decías, „¡cuan mequino
es á mis ojos tristes; vida mía,
sin el consuelo de tu amor divino,
cuanto invejé la humana fantasía,
la noche, el aura, el susurrar del río,
fuérame odiosos sin tu amor, bien mio.

¡Cuán diferente agora; tu presencia
torna el vergel en dulce paraíso,
rico de flores de amorosa esencia,
al blando goce de mi amor, preciso!”
Dististes ¡ay! y en tu delirio bello,
tu abrírne brazo circundó mi cuello.

Yo no te hablaba, no; pero en mis ojos
leyendo tu mi amor, puro y ardiente,
en pago de mi afán, tus labios rojos
fierna posaste en mi ardorosa fuente.
Cuanto era yo feliz! momentos breves
de inafable placer.... ¡huyeron llevés!....

Cesó de pronto, de alumbrar la luna;
cesó el murmullo de las mansas fuentes,
y sobre el fértil prado y la laguna,
espesa lluvia descendió á torrentes....!
¡Oh, cuan en breve mi amoroso encanto,
tornóse amargo, en aflicción y llanto....!

¡Bramó feroz la tempestad rugiente,
sonó cercano el estruendoso trueno,
y á su horrído fragor, violentamente
latió de espanto tu nevado seno.
„¡Huyamos, amor mio!” me dijiste,
y de mis brazos trémula partiste.

Yo te busqué en la obscuridad, María,
por largo tiempo.... te llamaba, en vano
que mas sanada la tormenta impía,
cubrió mis voces, con su estruendo insano;
¡Momentos de inquietud, de horrible espanto,
que aun hoy recuerdo con amargo llanto!

A la luz de un relámpago sombrío,
al fin te divisé por un instante
junto á la márgen del crecido río;
partir quise en tu busca, delirante,
pero de un rayo al horrído estallido,
caí sobre la yerba sin sentido.

Harto duró mi situación penosa;
que ya al volver de mi fatal desmayo
alumbraba otra vez la selva hojosa,
de excelsa luna el amarillo rayo;
mas no como antes, con su luz radiosa
apacible baño tu faz hermosa.

Vagué en tu busca por el verde otero
en pos de mi ilusión, de tus amores,
y al cabo solo hallé recuerdo fiero!
tu livido cadáver entre flores!
Del rayo herida, sin amores, yerba,
del río estabas en la márgen.... muerta!
Agosto 15 de 1844.—ALEJANDRO RIVERO.

MODAS.



Lo otoño, la estación más fecunda en diversiones y partidas de campo, como que en ella la mayor parte de las familias acomodadas de la capital habita las aldeas por gozar de un aire puro y temperamento saludable, es en gran manera apropiado para que desplieguen las elegantes su buen gusto en vestidos y adornos campostros y sencillos; porque la sociedad en el campo casi no diñere de la que vive en la ciudad. Ambas tienen sus caprichos, ambas son tiranizadas por la moda, sin más diferencia que la segunda se confiesa francamente esclava, y la primera, tan sujeta o más que su hermana, pretende hipócrita hacernos creer que ha sacendido el yugo, y que sus ideas y sus costumbres han adquirido con sola su permanencia en el campo un colorido de inocencia y candor pastoril. A persuadirnos semejante cosa conspiran la afectada sencillez en los adornos y la afectada franqueza en los modales; pero por poco conocedor que uno sea, descubrirá al través de un vestido blanco y de una guirnalda de friscas flores, los mismos sentimientos, las mismas ideas de las ciudades.—Son los mismos actores en distinta escena y ejecutando una égloga en lugar de un drama.

Como quiera que sea, para muchos tiene en encanto esta vida mista y á mi entender no carecen de razón. Averiguada cosa es que la mas fecunda vena de la belleza y del placer son los contrastes, y quien podrá dudar que en esta vida se encuentran á millares!—A la misma joven que por la mañana se vió trepar lijera por las peñas del *Cabrio* (*) en persecución de una mariposa, ó saltar por el río de piedra en piedra por contemplar de cerca la cascada que con multitud innumerable de líquidas perlas adorna su cabeza, se la vé en la noche reservada y seria bailando en

* Lugar demarcado conocido en San Ángel.

un salón con los modales mismos con que pudiera hacerlo en una tertulia de México.—Por la mañana, festiva y lijera como una calandria, inocente y pura como la flor que nace al margen del arroyo.—En la noche, alegría afectada, silencio interrumpido tal vez por algún dicho picante ó ofensivo, ó cuando menos conversacion de ciudad y que hubiera caído bien en los palcos de Vergara.—En una y otra situación la persona era la misma; los sentimientos, el corazon los mismos, la atmósfera en la mañana mas pura, mas de campo; la de la noche mas corrompida, mas de ciudad. Esta ya es una diferencia, otra es el traje.

Insensiblemente me he puesto á reflexionar y á hacer partícipes á mis lectoras de mis reflexiones sin acordarme de que hacia lo que no debe un escritor de modas. La última palabra de mi anterior párrafo, me ha hecho volver al orden y me ha recordado que solo debo indicar los vestidos, las telas, los adornos propios de cada estación, ser, por decirlo así, un termómetro del gusto, sin meterme á calificarlo y sin hablar sobre todo de los sentimientos y de las personas.

Los dos gallardos y sencillos trajes que presenta nuestro figurín de hoy parecen hechos para el campo. Simplicidad en los adornos y en la forma, es lo que principalmente se les nota.—El primero es de gros tornasol de anchísima falda, decorada con dos hojales guarnecidos estos, como el resto del traje, con un filete de cordón, corpiño abierto y sujeto por delante con jaretas, dejando entrever una pulida camisola de pequeño cuello que cae sobre los hombros y que lleva en su orilla un encaje. Las mangas de este vestido son pequeñas, abiertas y sujetas como el corpiño, y guarnecidas del cordoncillo precisado.

Como quedarían altamente desairados los brazos en unas mangas tan pequeñas y tan anchas como se ha dicho, se ha suplido tal defecto con una nueva belleza. Una manguita blanca un poco estrecha por arriba y al-

San Martín.



MCA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

go más ensanchada por abajo, que llega a la mitad del antebrazo y que como el cuello lleva guarnición de encaje, ha sido el resultado de las cavilaciones de la elegancia parisense para suplir con un primer nuevo la fealdad que de pronto resultaba.—Tales mangas análogas en más de un punto a las de campaña, se llaman en París a *la religieuse*. Perdonésemela traducción, pero creo que pudiéramos aquí llamarlas a *la monja*. A propósito de monjas: admirable y extraño me parece que los trajes severos de los claustros hayan servido más de una vez de modelo a los elegantes de ambos sexos para modificar sus suros, incitados quizá por la pompa y vanidad que en ellos se percibe; pero sea como fuere, lo cierto es que lo han hecho, y será prevención, mas yo me inclino a creer que han tenido justicia, y aun me parece descubrir en el tosco sayal de un religioso ó en el pomposo y ancho ropaje de una virgen algo de elegancia y buen gusto.—El traje descrito está completado por una ligera capota de gros blanco plegada y adornada con flores.

La segunda figura presenta un modelo de vestido escocés de una simplicidad y elegancia tales que ha obtenido en París el mes de Junio último el mas completo triunfo.—Su inmenso holán terminado con ondlas y sujeto a la mitad de la falda, por una doble guarnición tan bien ondeada y las dos vueltas de a parte superior del cuerpo, producen un efecto

de muy agradable; pero lo que hay en él mas elegante y digno de atención, son las mangas que bajan angostas hasta la mitad del brazo sobre un viso blanco bordado y guardado en su orilla, que a su vez deja tambien un intervalo entre su estremidad y la del guante para que pueda verse un torcaedo y primoroso brazo sujeto con algun cascabeo.—Las mangas se llaman a *la taubeta*.

El peinado, absolutamente campestre, consiste en hacer bajar el fleco sobre las orejas, cubriéndolas y quedando perfectamente alisado el cabello.—Cuando se lleva de esta manera se dice que se lleva en *bandeaux*. Por detras se divide en dos trenzas que se enredan al rededor de la cabeza, quedando en el centro dos *costañas*; y algunas flores es de rigor que terminen el tocado. En efecto ¡que cosa mas natural que peinados y ramos de flores para acompañar a los vestidos de campo!

Las telas preferidas hoy son las muselinas, las *tarlatanas*, los *barégis*, y algunas otras; advirtiéndose en todas poca complicacion en el dibujo y suma ligereza. El ya abundantemente repertorio de géneros y adornos de nuestra colaboradora madama Gourguens, (*) ha recibido últimamente considerable aumento con nuevos objetos llegados de París, y su pericia, demasiado notoria a las elegantes mexicanas, la hace cada dia mas acreedora al aprecio de la gente de buen tono.—QUERÉVIA.

(*) Comercio de Modas calle 2.ª de Plateros número 2.

SHAKESPEARE.

ANÁLISIS DE SU DRAMA INTITULADO

MACBETH.



O me propongo ciertamente por objeto el panegítico de Shakspeare al escribir estos cuantos renglones; pues grandes incentivos lo han hecho antes que yo, y mi débil voz nada podía añadir a lo que ya se ha dicho en elogio del bardo inmortal, gloria de

Tost. II.

Inglaterra. La grande afición que profeso a la literatura de aquel pais y el ardiente deseo que siempre me ha animado de darla a conocer a mis compatriotas han sido los motivos a que debe su origen este artículo en que tratare de dar alguna idea de uno de los mas elogiados dramas de Shakspeare; a saber Macbeth.

Pintar un hombre valiente y de buen corazón víctima de las tentaciones de una ambición desordenada: pintar la lucha entre sus buenas cualidades y esa misma ambición, parto de una influencia sobrenatural, pintar una mujer, o más bien un aborto del infierno que poniendo a Macbeth en la senda del crimen, le ayuda a recorrerla en toda su extensión, y después sucumbe bajo el peso de sus remordimientos; tal es el cuadro terrible y eminentemente moral que se propuso el autor.

Pero con que maestría lo ha desempeñado! ¡que exactitud en los caracteres! ¡que verdad en el colorido! ¡que profundo conocimiento del corazón humano fué sin duda necesario, para producir una obra tan completa!

El drama comienza por la aparición de tres hechiceras, seres viles y amantes del mal, que no tienen mas complacencia que dañar a los hombres en todo cuanto pueden, cumplimiento de esta manera las condiciones del pacto que han hecho con los espíritus infernales. De su diálogo se infiere que esperan a Macbeth y este nos interesa desde luego. ¿Qué objeto pueden tener en buscarle? Inmediatamente nos suprimen un hombre virtuoso, y por las oscuras palabras que se escapan de los inmudos labios de las brujas, entretemos que alguna conspiración, alguna trama infernal se prepara contra él.

La segunda escena nos le da a conocer; no tan solo es virtuoso como nos lo hablamos imaginado, sino que en aquel momento acaba de adhirir con una grande victoria el trono de su soberano. Los rasgos con que describen su valor, nos hacen mirarle como un héroe. El rey comienza a premiar sus buenos servicios por conferirle el *thunado* de Cawdor, patrimonio de un noble rebelde a quien manda decapitar, y esta circunstancia ignorada por entonces de Macbeth: uno de las que mas influyen en la pérdida de sus buenas prendas.

Las brujas aparecen por segunda vez. Nuestro corazón palpita por ver cual sea el objeto de aquella entrevista que con tanto ahínco buscan con el general triunfante que ya nos interesa por su valor y lealtad.

Una danza mágica y misteriosa precede la llegada de Macbeth. Este se presenta en union de Banquo, su compañero en el mundo.

Permitaseme traducir la escena, porque aparto de que á mi entender no carece de belleza, de ella depende todo el artificio del drama.

Macbeth. „Hablad si es que podéis. ¿Quien sois?

1.ª hechicera. „Salud Macbeth! Salud, thane de Glamis!”

2.ª hechicera. „Salud Macbeth! Salud, thane de Cawdor!”

3.ª hechicera. „Salud, Macbeth! Serás rey!”

El veneno comienza a destilar en el corazón de Macbeth. Tiembla y Banquo le pregunta „¿porqué tembláis? ¿por qué parece que tenéis „predicciones tan albagueñas?” Ah! este temblor, esta agitación repentina, ¿no puede interpretarse muy bien, como la agonia de sus buenas inclinaciones? Fácil es dar cabida a vicio y una vez admitido nos arrastrará de uno á otro crimen con la fuerza y velocidad de un torrente. El general victorioso cubierto de gloria, está cabizbajo... tiembla. ¿Que pensamiento, que tentación horrible le habrá venido á asallar? Le han dicho que será rey.

Banquo, dudoso de la verdad de aquellas predicciones, desea sin embargo saber de las brujas cual será su suerte futura. He aquí la respuesta.

1.ª hech. „Salud”

2.ª hech. „Salud”

3.ª hech. „Salud”

1.ª hech. „Inferior á Macbeth, y sin embargo „mas grande que él”

2.ª hech. „Menos dichoso, y no obstante mucho „mas dichoso!”

3.ª hech. „Tus descendientes serán reyes, aunque tú no lo seas: salud, pues, Macbeth y Banquo.”

1.ª hech. „Banquo y Macbeth, salud!”

Macbeth. —Dejenos, profetisas oscuras, decidme aun mas; sé que por la muerte de Sinen soy thane de Glamis; ¿mas como puedo ser thane de Cawdor? El thane de Cawdor está sano y salvo y tan increíble es que yo lo sea, como que llague á ser rey. Decidme de donde habeis adquirido noticias tan estrañas? ¿para qué me detencis en este yermo para saludarme con estos anuncios fatidicos? Hablad, yo os lo mando. [Las brujas desaparecen].

Banquo. —La tierra tiene sus brujas lo mismo que el agua, y estas lo son.—¿En donde se han desvanecido?

Macbeth. —En el aire; y seres que creíamos corpóreos, se han disuelto como un soplo en el viento; ojalá y se hubieran quedado.

Banquo. —Pero ¿es cierto que estuvieron aquí las criaturas de que hablamos? ¿ó habremos

por ventura gustado de la raíz venenosa que cautiva la razon?

Macbeth. —Vuestros descendientes serán reyes. ¿Qué respuesta!

Banquo. —Seréis rey vos mismo.

Macbeth. —Y thane de Cawdor? No es eso lo que dijeron?

Banquo. —Cabalmente. ¿Mas quién viene hacia nosotros?

Los comisionados del rey de Escocia (Ross y Angus), vienen á dar á Macbeth las gracias por la victoria que ha obtenido sobre los Noruegos, y á anunciarle como preludio de la manifiestacion real su ascension al thano de Cawdor. El lo duda y hace presente que el thane de Cawdor vive aun y que este título no le puede convenir por la misma razon.

Desvanecen su duda participándole que Cawdor, convencido del crimen de alta traicion va á perecer en un cadalso.

Macbeth. —[aparte] Thane de Glamis, y thane de Cawdor... falta el título mas imponente. [A Ross y Angus] Yo os agradezco la molestia que os habeis tomado [a Banquo] ¿no esperais que vuestros hijos sean reyes, una vez que esto os fué vaticinado por las mismas que me anunciaron el thano de Cawdor?

Banquo. —Abrigando demasiado esa idea no os satisfará el thano, y elevareis vuestras miras hasta la corona. Muchas veces los genios de las tinieblas nos dicen verdades para conducirnos á nuestra ruina; nos ganan con frioleras irrepreensibles, para arrastrarnos después á las consecuencias mas funestas.—[a Ross y Angus] Primos; hacédme favor de escucharme un momento.

Macbeth. —[aparte] Dos verdades se han dicho que sirven como de prólogo al drama progresivo que tiene el trono por objeto. [a B. y A.] Gracias caballeros.—Esta advertencia sobrenatural no puede ser buena; no puede ser mala. Si es mala, ¿porqué me he dado una prueba de que he de triunfar, comenzando por una verdad? Soy thane de Cawdor.—Si es

buena, ¿porqué cedo á la tentacion, cuya horrible imagen eriza mis cabellos, y desquiciando mi firme corazón, lo hace golpear mi pecho de un modo tan ageno de su movimiento natural? La presencia del objeto temido es menos espantosa que las criaturas horribles de la imaginacion. Mi pensamiento es que solo flota el asesinato como una fantasma, sacude mi natural inocente de tal manera, que sus funciones se encuentran sofocadas por los presentimientos; y nada existe para mi mas que lo que todavía no aparece en el número de los seres.

Este trozo es bellísimo. Macbeth, reflexiona primeramente sobre lo verdadero del vaticinio de las brujas con respecto á los thanos de Glamis y Cawdor. La tercera profesion se le viene á la imaginacion. Teme que conozcan cuanto le inmuta aquella idea, y volviéndose de nuevo á Ross y Angus les da las gracias. Pero ¿de que modo! ¿Como dirige la palabra á sus iguales! ¿Cuan superior á ellos se juzga ya! Debemos convenir en que rasgos como estos, solo se encuentran en un Shakespeare. El resto se recomienda por sí solo. Nada podía yo decir capaz de realizar su mérito.

En la escena siguiente Macbeth se presenta á Duncan, este lo hace presente su reconocimiento, participa á sus nobles que ha nombrado heredero á su hijo mayor, confirándole el título de príncipe de Cumberland, y anuncia al nuevo thane de Cawdor, que para mas estrechar los vínculos que ya los unen, se preparará á hacerle una visita en su castillo. Macbeth al oír el nombramiento del príncipe de Cumberland exclama: „Príncipe de Cumberland!—He aquí un escalón que debo saltar, so pena de caer sobre él, porque está sobre mi senda. Estreltas, ocultad vuestros fuegos; que la luz no penetre mis profundos y tenebrosos deseos; que los ojos no vean las manos: pero que sin embargo se haga lo que los ojos temerán ver después de cumplido.”



CARTA NOVENA SOBRE MÉXICO

POR

MADAMA CADERON DE LA HARCA.

Visitas de Españoles.—Visita del presidente.—Averiguacion.—Traje de Poblana.—Bernardo el Matador.—Funcion extraordinaria de toros.—Plaza de toros.—Luces artificiales.—Retrato de C.—Balle de Fantasia.—Trajes.—Traje de las Patronas.—Belleza en México.—Visita del médico.—Tarjetas para dar parte de ensa.—Marquesa de San Roman.—Traje de visitas de etiqueta por la mañana.—Conatos de robo.—Asesinato de un consul.—La Garra Rodriguez.—El Dr. Pina.—Mr. de Humboldt.—Aneédotas.—Antiguas costumbres.

5 DE ENERO.



VER domingo, día en que se hacen aquí muchas visitas después de misa, pasó ya tuvimos en casa una numerosa concurrencia de españoles, todos los cuales estaban ansiosos de saber si por fin tenía yo ánimo de asistir al baile de fantasía y vestida de poblana, sobre cuyo particular manifestaban un interés extraordinario. Dos señoritas, ó tal vez mujeres comunes de Puebla, que fueron presentadas por el señor-viñeron á ofrecirme sus servicios y darme todos los pormenores necesarios. En efecto, aderezaron el cabello á Josefa, que es una chiquilla mexicana, para hacerme ver como debía quedar el mío; además recordaron varias cosas que aun me faltan y me dijeron que todo el mundo se alegraba mucho de saber que iba yo á vestirme de poblana. No hejs de sorprenderme que *todo el mundo* se tome el trabajo de pensar en esto. Serian las doce cuando el presidente, de figuroso uniforme y acompañado de sus ayudantes, vino á hacerme una visita, en la que estuvo una media hora, con su amabilidad acostumbrada. Poco después entraron nuevas visitas y justamente cuando suponíamos que habian terminado y pensábamos en comer, se nos dijo que estaban en la sala el secretario de Estado, los ministros de la guerra y el interior, juntamente con otras personas.

¿Cuál os parece que era el fin de su venida? Conjurarme por cuanto hay de más alarmante, á desochar la idea de comparecer en público con traje de poblana! Nos aseguraron que las poblanas, generalmente hablando, *son* *señoras de casa* que no usan medias, y en suma, que la esposa del ministro español, ni una noche siquiera, debía ponerse semejante vestido. Saqué más atavíos, les hice ver su longitud y su decencia, pero todo en vano, porque, á decir verdad, no había duda en que ellos tenían razón y solo por bondad podian tomarse este trabajo; así que, cedi con docilidad y di gracias al consejo de gabinete por su oportuna advertencia, aunque temiendo que en esta tierra de morosidad sería difícil conseguir un nuevo traje para el baile de fantasía; pues habéis de saber que nuestro equipaje anda todavía sacudido en los lomos de las mulas que lo conducen de Veracruz á la capital. Apenas se habian ido los susodichos, cuando el señor — traje recado de varias señoras principales, á quienes no conocemos aun, por medio del cual me informaban, por ser yo extranjera, de las razones que hay para no poder usar aquí el traje de las poblanas, especialmente en una funcion pública como ha de ser el baile. Yo quedé verdaderamente agradecida por haber escapado de este modo.

Estaba yo vistiéndome para ir á la mesa, cuando trageron una escuela con la nota de

reservada y cuyo contenido me pareció más singular que agradable. Posteriormente he oido decir que el sujeto que la escribió, D. José Arnaz, es un viejo raro, que interviene en todo, impetista, ó no. La traduciré en vuestro obsequio.

„El traje de poblana es el de una muger perdida. La esposa del ministro español, es una señora en toda la extension de la palabra.— Por grande que sea el compromiso que haya contraido no debe adoptar dicho traje ni llevar otro que el que la corresponde.— Esto dice al señor de C.—, José Arnaz, quien le estima todo lo posible.”

Dia 6.—Esta mañana temprano, por ser hoy el día destinado para la *funcion extraordinaria de toros*, se pusieron avisos, segun entiendo, en todas las esquinas, en los cuales se anuncia dicha fiesta, y están adornados con el retrato de C.—! El conde de C.—a llegó poco despues del almuerzo, acompañado de Bernardo el primer matador, á quien traje para presentarme.—Os envío el convite impreso, en raso blanco con su encaje de plata y sus borlas para que veais cuán primorosamente seben hacer aquí semejantes cosas. El matador es un hombre lúen parecido, y aunque parece pasado dicen que es ligero y diestro. Mañana se hará una reséa de mi primera corrida de toros.

Dia 7.—Ayer por la tarde se temió mucho que lloviese lo cual habria hecho diferir la fiesta; se despejó no obstante la atmósfera y los pobres toros ignoraban con ligadío estaba su destino con las nubes. Se nos tenia preparado un palco alfombrado y con una araña de plata, pero fuimos con nuestras amigas las C.—as al inmediato. La escena, para mi especialmente, que no he visto la magnificencia de la plaza de Madrid, era animada y brillante en grado eminente. Figuraba un anfiteatro inmenso con cuatro grandes andanas de palcos; enfrente una serie de asientos descubiertos y todo ocupado por una muchedumbre tal, que estaria la gente sofocada. Estaban los palcos llenos de señoras vestidas de toda gala y los asientos inferiores de entusiastas concurrentes con trajes de vistosos colores; dos bandas militares ejecutaban hermosas piezas de música sacadas de las óperas; había una variedad extraordinaria de brillantes trajes, todo esto debajo de un cielo enteramente azul. Señoras, campesinas y oficiales de todo uniforme; figuraba esto, y podréis concebir que este conjunto debe haber sido muy vario y curioso.

Un toque de cornetas anunció, á cosa de las

seis y media, la llegada del presidente, quien vino de uniforme con su estado mayor y tomó asiento al son de *guerra, guerra! bellici trombá!* A poco rato los matadores y picadores, á caballo estos y aquellos á pié, se presentaron en la plaza saludando en todas direcciones y fueron recibidos con gritos de alegría.

El vestido de Bernardo, azul y plata, era soberbio, y le costó quinientos pesos. Dio la señal, se abrieron las puertas y salió un toro al circo, que no era grande ni parecia feroz como los de España, sino pequeño, irritado, bravo y de un mirar inquieto.

La primera actitud del toro al entrar es soberana.—La Pasta en su Medea no la aventajó. Entretanto matadores y banderilleros llamaron al toro, agitando sus bandas de diversos colores y le picaban los de á caballo con sus lanzas. Se abalanzó el animal contra los primeros y aventó por alto las bandas que le arrojaron, mientras que ellos salvaban la valla—so dirigió luego sobre los picadores, pinchando con las astas á los caballos, de modo que algunos de estos rodaron por el polvo con sus ginetes respetivos; mas levantábanse ambos y recobraban instantáneamente el equilibrio, en cuya operacion no hay tiempo que perder. Luego arrojan cohetes y petardos adornados de listones que enredados en los cuernos del animal y sacudiendo este la cabeza le hacian quedar envuelto en llamas. Algunas veces agarraba el picador la cola del toro y pasádola por debajo de su propia pierna derecha, volvía las riendas á su caballo para forzar al bruto á galopar hacia otras y le derribaba de cabeza (!).

Enfurecido con el dolor, arrojando torrentes de sangre, y con el cuerpo cubierto de sacas y cohetes, galopaba el toro al rededor del circo, rehándose tíetamente sobre hombres y caballos y procurando frecuentemente salvar la barrera; pero era rechazado con los sombreros y los gritos de la multitud. Cuando estaba de esta manera encerrado, vino el matador y le dió el golpe mortal, lo cual es visto como una especial prueba de destreza. Pasó el toro, como si sintiese que se le había llegado su hora, dió al aire algunas embestidas y cayó; dióronle allí el último golpe y quedó muerto.—Sonaron en seguida las trompetas y se dejó oír la música; entraron luego á galope cuatro caballos unidos á un yugo, al cual fué atado el toro y velozmente llevado

fuera de la plaza. Esta última parte produjo en mí un hermoso efecto, pues me recordó los sacrificios de los romanos. De la manera que he dicho antes se hicieron morir ocho toros mas. La escena es hermosa y divierte la destreza; mas las heridas que se dan al toro y los tormentos que se le hacen pasar repugnan demasiado; y como aquí se le tronchan las puntas de los cuernos, simpatiza uno mas con el animal que con sus adversarios. No puede ser bueno el acostumbrar á un pueblo á tan sangrientos espectáculos.

Sóme licito, no obstante, confesar que aunque al principio me tapé los ojos y no osaba mirar, me fui poco á poco interesando tanto en la escena que no pude luego apartar de ella la vista, y ahora me es fácil comprender el placer que disfrutan en tan bárbaras diversiones aquellos que están acostumbrados á ellas desde la niñez.

Habiendo terminado la pelea en medio de fuertes y prolongados gritos de la muchedumbre, se prendió un árbol de fuego, y en medio de una llama de colores aparecieron, primeramente las armas de la república, la águila y el imperial; y encima un retrato de C—n de tamaño natural, en que se le representaba con uniforme azul y plata. El águila vino á tierra con un estallido, mientras aquel permaneció ardiendo brillantemente é iluminado por fuegos artificiales, en medio de tremendos ruidos y aclamaciones. Así terminó la función extraordinaria, y cuando todo hubo pasado fuimos á comer en casa de la condesa de C—a, donde tuvimos música en la noche y regresamos á casa medianamente cansados.

Día 10.—Ayer noche se dió el baile de fantasía en el teatro, y aunque desde el día de la función de toros he tenido que estar encerrado en mi cuarto á consecuencia de una indisposición proveniente del cambio de temperatura ó de la humedad de la casa, habiéndome visto obligada tambien á no aceptar una invitación á comer en casa del ministro inglés, me pareció con todo que debía asistir al baile. Habiendo desechado el traje de las caspivanas de Puebla, adopté el de las virtuosas contadinas romanas, que es bastante sencillo para poder surtirlo en un solo día; un túnico blanco, colilla encarnada con listras azules, y un velo de encaje puesto en cuadro sobre la espalda; á este propósito debo decir que es muy común entre las indias llevar un pedazo de género doblado en cuadro y colocado sobre la cabeza, según esa moda italiana, y como no está atado

no puedo concebir como pueden trotar sin que se les caiga.

Como á las once nos fuimos al teatro, y aunque á la entrada habia muchísimos coches, todo estaba quieto y en orden. Al primer golpe de vista que dimos al entrar al salon nos pareció aquello por extremo alegre y muy divertido ciertamente. El baile dado á beneficio de los pobres, estaba bajo la protección de las señoras C—a, G—a, Guc—a, y otras; mas tal era la suciedad y mal estado en que el teatro se hallaba antes, que para dejarlo puesto con decencia, habian gastado casi todos los productos. Las disposiciones fueron muy acertadas si se considera como estuvo aquella noche y las varias dificultades que se presentaron. Hermosos candiles habian ocupado el lugar de los faroles con sus velas de sebo, el frente de los palcos estaba adornado de lucientes colgaduras de seda y un dosel de lo mismo en forma de pabellon cubria toda la sala. La orquesta era tambien medianamente buena. Los palcos estaban llenos de señoras, que presentaban una sucesion interminable de chales de crespon de China de todas clases y colores y una serie monotoná de pendientes de brillantes, mientras que en el teatro mismo se echaba de ver un conjunto que cual ninguno otro merecia el nombre de baile de fantasía. Muy abundante era por cierto el surtido de aldeanas suizas, escocesas y todo género de aldeanos, como tambien el de turcos, montañeses y hombres vestidos con el traje común. Siendo público el baile no era por consiguiente selecto, así es que entre muchas personas bien vestidas, habia centenares, que sin haber adoptado un traje característico, se habian calentado la cabeza por aparecer fantásticas y lo habian conseguido. Una, por ejemplo, tenia unas naguillas de raso color de esmeralda y encima una tunica tambien de raso color de rosa con moños de color carmesí. Otra señora tenia un vestido corto de raso azul, debajo del cual llevaba un hermoso zagalejo color de púrpura y todo guarnecido de moños amarillos. Parecían los signos del Zodíaco. Viejas, jóvenes é intermedias, todas tenian diamantes y perlas, aun las muchas niñas que allí habia.

Las patronas del baile estaban vestidas con mucha elegancia.—La señora de Gu—a llevaba un peinado en forma de red, enteramente compuesto de gruesas perlas y diamantes que por sí solas valian un caudal. La señora de C—a iba vestida de madama de la Vallière, con traje de terciopelo negro y con diamantes; es-

taña bonita, como siempre, pero el frio que allí hacia la obligó á envolverse en pieles y boas, con que cubrió su vestido. La señora de G—a iba de Maria Estuarda con vestido de terciopelo negro y perlas, con un soberbio collar de brillantes, y estaba por extremo hermosa; llevaba un gorro introducido aquí por la Albión el papel de la reina de Escocia, que si bien es gracioso, dista mucho de la gentil sencillez del verdadero gorro de la reina Maria.—Tal parecia que ella habia llegado á la primavera de su edad sin haber estado á la primavera

Varias damas me fueron presentadas que solamente esperan recibir las largatas en que damos parte de nuestra llegada para venir á visitarnos. Los mejores vestidos que noté entre las jóvenes son los de las señoritas de F—d, una de las cuales es hermosa, y tenia figura y cara de aldeana española; la otra es mucho mas graciosa y viva, aunque en realidad menos hermosa. Estaban sin embargo en los palcos tantas señoras del gran tono, que segun me informan, no es esta una buena oportunidad para juzgar de la belleza ni el modo de vestirse de las mexicanas; ademas de que como estos bailes de fantasía son sus frecuentes, acaso estarian ellas mejor con sus trajes de costumbre. Generalmente hablando, pocas eran las hermosuras que llamaban la atencion; noté tambien poca gracia, y contadas eran las que bailaban bien. Habia demasiado raso y terciopelo y los trajes estaban reanagados. Aunque los brillantes eran magníficos, habia muchos mal montados. Los vestidos, si se comparan con la moda actual eran extremadamente altos, y los pies que naturalmente son pequeños estaban embutidos en zapatos mas pequeños todavia, lo cual destruye la gracia que podian tener las señoras, ya sea andando, ya al bailar.

Vi muchos ojos soberbios, manos y brazos primorosos, que podian servir á un escultor de perfectos modelos, con especialidad las manos; pero en cuanto á la tez y á los colores pocos habia buenos.

Hicieronme reparar en un joven, que segun se creia, iba vestido de escocés; como deseaba yo en aquel momento que Sir William Cunningham, Macleod de Macleod ó algun verdadero cabecilla montañés, pudiese haber aparecido repentinamente para anonadarme y hacer ver á la gente de aquí cuáles el verdadero traje. Varias desdichadas niñas que allí habia estaban envueltas en largos túnicos de raso ó terciopelo cubiertos de blonda y pedrería y con flores artificiales en la cabeza.

En el salon hacia un frio excesivo y el antiguo fetor del teatro no se habia disipado enteramente, ni creo, á decir la verdad, que fueran poderosos á extinguirlo todos los perfumes de la Arabia. Despues de haber discurrido en varias direcciones y admirado los diversos trajes de fantasía, me sentí casi holada, por lo que me encaminé al palco de la condesa de C—a, situado en la primera gradana, y allí me envolví en una capa. Me hicieron ver desde aquel sitio á las personas de mas distincion que habia en los palcos, entre otras á la familia de las E—s, quienes parecen ser muy hermosas, tienen muy buenos colores y bonitas dentaduras. Permanecemos en el teatro hasta las tres de la mañana y rebusamos cuantos refrescos se nos ofrecieron, bien que una taza de chocolate caliente no hubiera estado por demas. Habia allí que cenar, aunque, segun creo, solo los caballeros se acercaron á hacerlo. Al salir tuve la satisfaccion de ver á muchísimas damas del brazo de sus respectivos caballeros, que á pesar de ballarse primorosamente ataviadas, se detenían al pie de los quinqués para encender un cigarrillo. ¡Qué frescas y bonitas parecían!

Día 10.—Casi una semana he pasado algo acalenturada, y con escalofrio.—Fui visitada por un médico del país, que me debe el concepto de ser la criatura mas inocente que es dable imaginarse. Pulsárame diariamente y recetaba una pequeña dosis de alguna mistura incapaz de dañar. Pero lo que me daba especialmente era una leccion de urbanidad en la conversacion. Todos los días teniamos el siguiente diálogo, cuando se ponía en pie para despedirse.

—Señorita, ¿estó era junto á la cama? estoy á la órden de V.

—„Muchas gracias, señor.”

—Señorita (esto ya al pie de la cama) conozcaque vd. por su mas rendido servidor.”

—„Buenos días, señor.”

—„Señora (aquí hizo alto junto á una mesa) beso á vd. los pies.”

—„Señor, beso á vd. la mano.”

—„Señorita (cerca de la puerta) mi pobre casa, y cuanto hay en ella, yo mismo aunque inútil, todo lo que tengo está á la disposición de vd.”

—„Mil gracias, señor.”

Se volteó para abrir la puerta y volviéndose á mí de nuevo al salir.

—„Adios señora, soy criado de vd.

—„Adios, señor.”

Salte por fin, pero entreabriendo la puerta y asomando la cabeza:

—¡Felices días, señorita.

Tan prolongada sería de cumplidos entre paciente y doctor, que tal parece que indicase se separan con cierto „dulce pesar“ (*Sweet sorrow*) pienso yo que es un tanto fuera de sazón.

Tienen aquí por mas cortésano decir *señorita* que *señora*, aun cuando se hable con mugeres casadas, y la dueña de la casa es generalmente llamada por los criados: „La niña“ aunque sea octogenaria. Esto último es aun mas común en la Habana, en donde las negras viejas, que siempre han vivido en la misma familia y están habituadas á llamar por ese nombre á sus amas jóvenes, no dejan nunca de darselos, sea cual fuere la edad de estas.

He recibido un paquete de cartas cuya lectura me ha aprovechado más que las visitas del viejo doctor.—Ayer partió el capitán, y se encargó de un cajón de chocolate adornado con varias figuras, como tambien de algunos dulces curiosos para vd. Las tarjetas en que damos á los mexicanos la noticia algo atrasada de nuestro arribo, fueron repartidas hacia algunos días. Copio una de ellas para que tenga vd. una muestra del estilo, que habla con todo el mundo á manera de anuncio de una nueva tienda, en que se avisa que Don N. fabrica peluquines, corta el pelo ect. ect. y que Doña N. lava encaje y cose ropa fina.

„Don A.—C.—de la B, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. C. cerca de la república mexicana: y su esposa D. = F.—E.—C.—de la B, participan á vd. su llegada á esta capital y se ofrecen á su disposición en la Plaza de Buenavista núm. 2.“

Día 18. Durante estos últimos días ha estado nuestra casa llena de visitas, y apenas está acostumbrada ni vista al lujo de brillantes, perlas, rasos, sedas, terciopelos y blondas con que han venido ataviadas las señoras á hacer sus primeras visitas de etiqueta. Mencionaré aqui, en nuestro obsequio, algunos de los trages, no porque sean de mas lujo que los otros sino porque los tengo mas presentes.—La marquesa de San Roman, señora de bastante edad que ha viajado por Europa y que se distingue por su talento é instruccion, tiene la gran cruz de María Luisa de España, descendiente de una noble familia veneciana y es tia del duque de Canizaro. Su vestido era tónico de

riquísimo terciopelo de Génova, mantilla negra de blonda y un magnífico adorno de brillantes. Parece que esta dama es de salud muy delicada. Ella y sus contemporáneas, últimas reliquias de la época virreinal, van marchitándose con suma rapidéz. En su lugar ha brotado una nueva generacion, cuyo aspecto y modales tienen poco de la antigüedad y consiste principalmente, segun su dice, en mugeres de militares hijos de la revolucion, ignorantes y llenos de pretensiones como son siempre esos *parvenus* que no por su mérito sino por casualidad se han elevado. Continúo mi lista por el estilo del diario de la corte.

La condesa de S.—n. Tónico de blonda negro, con fondo de rico raso violeta, mantilla negra familiar de blonda, pendientes de brillantes, cinco ó seis broches de brillantes grandes con que estaba prendida la mantilla, sarta de gruesas perlas y *serigne* de diamantes. La Sra. S.—Fondo de raso blanco, tónico blanco de encaje, mantilla de lo mismo, perlas, brillantes y zapatos de raso blanco. . . . Madama S.—r., tónico de terciopelo negro, mantilla blanca de encaje, perlas, brillantes, manga corta y zapatos de raso blanco. La Sra. de A.—d, tónico de raso color de tierra, mantilla negra de blonda y brillantes y zapatos de raso negro.

La Sra. B.—a, esposa de un general sumamente rico y que tiene la mas hermosa casa de México.—Vestido de terciopelo púrpura, todo bordado de flores de seda blanca, manga corta y corpiño bordado, media calada, y zapatos de raso blanco, guarnición realizada de Mechin que salia por debajo del vestido de terciopelo que era corto. Mantilla de blonda negra, prendida con tres broches de brillantes; collar de brillantes de inmenso valor y hermosamente montados. Sarta de calabacillas, valuada en veinte mil pesos, sévigne de brillantes. Cadena de oro que daba tres vueltas al cuello, y llegaba á las rodillas. En cada dedo dos sortijas de brillantes á manera de pequeños relojes. Como ningun traje era igualmente magnífico, concluyo con el de esta señora mi descripción, observando solamente que ninguna mexicana me ha pagado hasta ahora su primera visita de mañana sin traer brillantes. Pocas oportunidades tienen para lucir sus alhajas, así es que á no ser con ocasion de semejantes visitas de etiqueta, se quedarían encerradas en sus cajas, disipando sus serenos rayos en la obscuridad.

Hicieron anoche un esfuerzo para meterse en casa, pero nuestro hermoso perrillo *Hércules bull-dog* que nos regalo el Sr. A.—d, defendió tan bien su puesto y ladró con tal furia que los criados despertaron, incluso el portero que tiene un sueño mas macizo que los demás. Los ladrones se escaparon sin hacer otro daño que herir gravemente una pata al pobre animal, lo que por ahora le tiene entorpecimientos cojo.

Con motivo de este acontecimiento acabo de oír contar los pormenores de un asesinato muy cruel que se perpetró no hace mucho en estas cercanías, en la persona de Mr. M.—cónsul de Suiza, que además era traficante en pieles. Habiendo despachado cierta mañana á su portero para que ejecutase algun encargo, paró á la puerta de la casa un coche, del que bajaron tres caballeros que, presentándose á Mr. M.—le dijeron iban á verse con él para asuntos de comercio. Les suplico pasasen adentro y en efecto entraron un general vestido de uniforme, otro oficial mas jóven y un fraile. Quiso Mr. M.—saber el objeto de su venida y agarrándole súbitamente el general, mientras los otros iban á asegurar la puerta, exclamó „no hemos venido á ver los efectos de vd., queremos su dinero.“ Aterrado el pobre hombre al conocer la clase de parroquianos que tenía delante, les asugó que era poco el dinero que en su casa habia y procedió al instante á abrir y vaciar la gabela en que lo guardaba, viéndose que en efecto era la despreciable suma de unos cuantos centenares de pesos. Preparábanse los malhechores á partir, así que vieron que realmente no tenía el consul mas dinero que darle, pero el fraile dijo:—„Debenos matarlo si no queremos que nos reconozca.“ „No“, contestaron los oficiales, ójalo y véo: no hay peligro“, „allá voy pues“, repuso el fraile, y volviéndose al consúl, le clavó un puñal hasta el corazón; luego entraron los tres en el coche y se alejaron con velocidad. El portero, que volvió á casa pocos minutos despues, encontró á su amo bañado en sangre y fue corriendo á una casa de juego inmediata á dar la voz de alarma; varios caballeros corrieron á auxiliar al consúl pero murió una hora despues ya que hubo dado todas las señas de frage y aspecto de sus asesinos, así como la del coche en que vinieron. Por ellas fueron descubiertos poco tiempo despues, y merced á la energía del gobernador, que entonces lo era el conde de C.—a, fueron apresados y colgados de unos árboles que están en fren-

te de nuestra habitacion, juntamente con un verdadero coronel mexicano que bondadosamente habia prestado su coche á los malvados para aquel acto. Es rara la vez que el crimen recibe aquí un castigo tan pronto.

Nuestro amigo el conde de C.—a, cuando fué gobernador de México, consiguió celebridad por su energía en el *perseguimiento de los ladrones*, como aqui se dice. Cuéntase que en cierta ocasion le cegó un tanto su celo. Habiéndose cometido en la ciudad diversos robos, le indicó el gobierno que la fuga de los criminales era vista por ellos como una prueba de que se habia entibiado su celo en el servicio público. Cabalgando por las calles algunos días despues, columbró á un ladrón muy conocido, quien luego que echó de ver que era observado, comenzó á correr por otra calle con la velocidad de una flecha.—Le persiguió el gobernador á caballo; el ladrón se apresuró á llegar á la plaza y logró entrar en el santuario de la catedral. Tras él entró el conde á galope y le arrancó de junto al altar donde se habia guarecido.

Ya se supone que esta profanacion de la santidad del templo fué severamente reprendida, pero, como decia el gobernador, no podia ya acusarle de falta de celo en el cumplimiento de su deber.

Tomó de portero al capitán de una cuadrilla de bandoleros, ordenándole que constantemente permaneciese en la puerta y atrapase á cualquiera de sus antiguos compañeros que pasara por alli, pues su perdon dependia de la conducta que observara en el particular. Yendo á caballo un día el gobernador con direccion á su hacienda, en reunion de su señora y acompañados del susodicho que iba en calidad de criado, fueron alcanzados por un mensajero que dijo al conde que se desahaba que volviese á México para un asunto grave y urgente. Se acercaba la noche, pero el conde confiando en el honor del ladrón, le mandó acompañarse á su esposa hasta la hacienda y ella sola á caballo con su sospechoso conductor, hizo la jornada sin tener novedad.

Antes de terminar esta carta, debo decirles que tuve esta mañana de visita á una persona muy notable, perfectamente conocida aqui bajo el nombre de la *Guerra Rodriguez*, es decir, la rubia, de quien dicen que hace muchos años fué celebrada por Humboldt como la muger mas hermosa que en todo el curso de sus viajes habia visto. Considerando el tiempo transcurrido desde que ese distinguido viage-

ro visitó estas regiones, no dejó de asombrarme cuando recibí la targeta que hizo ella subir para saber si estábamos en disposición de recibirla. Mayor fue mi sorpresa al encontrar que á despecho de los años y de los surcos que el tiempo tiene á bien hacer en los mas amables rostros, conserva la Gaera todavía abundantes bucles rubios sin una sola cana, una blanca y hermosa dentadura, ojos muy preciosos y mucha vivacidad.

Su hermana la marquesa de Uluapa que murió últimamente, era tambien, á lo que diceis mujer de gran talento y extraordinaria sutura en la conversacion. Ved aquí otra dama de la antigua nobleza que ha desaparecido. El médico que la asistió en su última enfermedad, cierto frances, llamado Plan, que goza aquí de grande reputacion, ha presentado á los albaceas de la señora una cuenta que asciende á diez mil pesos, y que á pesar de no haber absolutamente causado mucho asombro, rehúsa la familia pagarla, de lo cual ha resultado un proceso. Las extorsiones de los médicos en México, con especialidad las de los extranjeros, han llegado á tal extremo, que una persona de mediana fortuna debe meditar mucho antes de ponerse en sus manos. (7) Una señora vieja, rica y de salud delicada, que no tenga una enfermedad grave, es para ellos un tesoro mas seguro que una mina de plata.

Es la Gaera muger muy agradable y una verdadera crónica ambulante „está casada en terceras nupcias y ha tenido tres hijas, todas, hermosuras célebres; la Condesa de Regla, que murió en Nueva-York, y fué enterrada en la catedral de aquella ciudad, la marquesa de Guadalupe, tambien difunta y la marquesa de A—o que vive aun y es una hermosa viuda. Hablamos de Humboldt y haciendo ella mencion de si misma como si fuera de tercera persona, me refirió todos los pormenores de la primera visita del baron y la admiracion que ella le causó; que era entonces muy joven, aunque ya casada y con dos niños, que cuando Humboldt vino á ver á su madre, estaba ella sentada, cosiendo en un rincón donde él no llegó á verla hasta que conversando seriamente sobre la cochinita, preguntó si

(7) El gobierno mexicano ha tomado posteriormente en consideracion este negocio, y segun el reglamento que está formado, necesita un médico de cierto grado de conocimientos y de haber residido en la capital por un tiempo fijo, antes de que se le permita ejercer su facultad. Igualmente se ocupa el gobierno en formar un arancel para los médicos.

podria visitar cierto distrito en que habia un plantío de nopales, á lo que respondió la Gaera desde su rincón.—„Ciertamente que si y podemos llevar alla al Sr. Humboldt.—Echándola de vez entonces el baron, se quedó pasmado y exclamó al fin, „Válgame Dios! ¿Quien es esta jóven? Despues de esta ocurrencia estaba constantemente con ella, quedando, segun se dice, mas prendado de su talento que de su hermosura, y considerándola como una especie de madama de Saint occidental. Todo esto me induce á sospechar que tan grave viagero quedó considerablemente fascinado y que ni montes, ni minas, ni geologia, ni geografia, ni conchas petrificadas, ni alpenkalkstein, le tenian tan ocupado que no dejasen una ligera capa de amabilidad. Es un consuelo pensar que „á veces dormita aun el gran Humboldt.

Una de las anécdotas de la Gaera es demasiado original para que la pase yo por alto. Habiendo muerto en México una dama de alta geratquia, quisieron sus deudos que fuese á su última morada, segun la moda entonces dominante, es decir con el traje mas suntuoso, que era el que habia estrepado el día de su boda, y que, aun para México era de un lujo prodigioso. Era del mas fino encaje, la guarnicion de una especie de punto que costaba 50 pesos la vara, y adornado de trecho en trecho con moños de liston ricamente bordados de oro (no habia otro igual). Asi fué colocada en su atahud la condesa de—, habiendo concurrido muchos queridos amigos para ver su hermoso vestido fúnebre. Finalmente fué depositada en su sepulcro, cuya llave fué entregada al sacristan.

Pasar de la huera á la ópera es una transicion muy violenta; no obstante, ambas tienen que hacer en esta historia. Apareció en México una compañía de danzantes franceses, no de primero, sino de vigésimo orden, y la ballarina en jefe era una francesita, que se distinguia por lo alto de sus tunicelas, por su coqueteria y sus asombrosas piruetas. Cierta noche en que la señorita Paulina iba á ejecutar un paso favorito, se presentó al público haciendo una serie de cabriolas y descansando sobre el dedo gordo del pié, miraba en su rededor pidiendo aplauso, cuando repentinamente se dejó oír en la concurrencia un grito de horror acompañado de un murmullo de indignacion. ¡Paulina estaba ataviada con el mismo traje con que la difunta condesa fué enterrada! Encaje, guarnicion, listones bordados de oro; imposible era

equivocarlo. Apenas cayó el telon cuando la ballarina se vió rodeada de autoridades competentes, que la interrogaron sobre el modo como habia aqnel vestido. Respondió ella que lo habia comprado sumamente caro á una modista francesa que habia en México, y que lejos de haber despojado algun sepulcro habia pagado el valor de su vestido en onzas de oro. Se dirigió la justicia á la habitacion de la modista, quien resultó así mismo inocente, pues lo habia comprado á uno que habia venido á proponérselo y lo pagó mas que á peso de oro, lo que efectivamente valia. A fuerza de averiguaciones se identificó al hombre susodicho y se probó que era el sacristan de San—. ¡Qué estúpido sacristan! Fué prendido y encarcelado, pero de su codicia resultó un bien, pues para evitar en adelante semejantes tentaciones á los futuros sacristanes, se volvió costumbre vestir á los muertos con magnificas ropas y dejarlos así algun tiempo, mas teniendo cuidado de sus tñitirios con otros sencillos antes de depositar-

los en las hóvedas.—Miserable vanidad después de todo!

Una señora de esta ciudad me ha contado que cuando murió un nieto suyo, no solamente fué envuelto en rico encaje, sino que los diamantes de tres condesas y cuatro marquesas, despues de reunidos fueron colocados sobre él. Collares, brazaletes, sortijas, broches, y diademas, valiosos todo varios centenares de miles de pesos. Se pusieron cortinas en las calles y estaba tocando una banda de músicos, mientras que los parientes titulados venian á visitarle y presentarle tan fúnebre esplendor. ¡Pobre niño! Le lloró su madre como al último vástago de una noble casa, como á su esperanza postrimera que vio desvanecida. Es cierto que el dolor se manifiesta de mil modos, mas pudiera pensarse que cuando busca consuelo en la ostentacion, ha de ser menós intenso que cuando huye de ella.

(Trad. por L. M. de C.)

UNA NOCHE.

Oscura y fríste es la noche,
Cual de infeliz la esperanza,
Airado el cielo retuena,
El aire en las nubes brama.

Parece que el fin del mundo
La tempestad amenaza,
Y mientras el hombre duerme
La muerte vela en su guarda.

Medroso el buho se oculta,
Y si osa asomar la cara,
La luz del rayo fulgura
Y lo deslumbrá y lo espanta.

Nada se mueve: en sosiego
Toda la ciudad se halla,
¡O noche de asombro llena,
Precursora de desgracias!

La borrasca se disipa
El viento abate sus alas
Y de agua un raudal torrente
Por cada canal se lanza.

Todas las calles se anegan,
Y los templos y las casas

Palacios de hadas parecen
Naciendo de entre las aguas.

Al monótono ruidó
De la lluvia y granizada
Se mezcla el trístico son
De alguna triste campana

Que anuncia al hombre las horas
¡Horas terribles y amargas,
Para el insomne infeliz
Cuitado por la desgracia!

Horas robadas al sueño
Por el que piensa en su amada,
Y que las cuenta escribiéndole

Alguna amorosa carta,
O que el agiotista torpe

Alegre en orgias pasa,
Y sofoca su conciencia

Con el humo de la crápula.
Horas en que el mandarín
Piensa, infame, de su patria
Remachar la vil cadena
Que la ambición le prepara.

Horas en que... pero ya
De tanta digresion basta,
Horas en fin en que todos
Hacen lo que les agrada
Unos duermen y sueñan,
O rien á carcajadas
Y cada uno lo que quiera
Puede hacer muy á sus anchas.

Volvamos, pues á la noche
Que está ya casi olvidada,
¡Maldita imaginación
Que tan lejos nos arrastra!
Decía yo que el reloj
Ya la hora anunciaba

Dej descanso y del fasilido,
De los duendes y las hadas,
Horas en que la alma en pena
Deja las tristes estancias
De los muertos, y visita
Esta vida mentecata.

Horas en que Lucifer
Tienta las almas en gracia,
Y en que con cera el travieso
Anda pegando pestañas.

Horas en que las doncellas
En su recato faldas,
Yntroducen los amantes
Adentro de sus recámaras.

Horas en que...ya otra vez
Me he distraído en soñamas?
¡Malditas sean las horas
Que tanto así me divagant
Olvidarémoslas ya

Si no vuelvo á las andadas,
Y seguiré con mi noche
Hasta ver en lo que para

Sonó el reloj y á lo lejos
Sobre de una inmensa clarra
Se oyó un zumbido espantoso
Cual de infernal algazara.

Capaz de imponer pavor
Aun á las precias almas;
Que arreórrara á Belzebú
Si Belzebú lo escuchara.

Voz crispante y melancólica,
Tétrica y desentonada
Que lleva el viento en sus pliegues
Y repiten las montañas.

Voz del hombre agonizante,
Que en los campos de batalla
Rota la cárcel del pecho
Se exhala por la garganta.

Voz terrible de anatema,
Préambulo de la venganza
Que ya está al hombre rebelde
Ab eterno aparejada.

Voz del que... ¡maldita voz,
Aullido ó como se llama!
¿Quién creyera que esta voz
Tan de quicito me sacara?

Se oyó esta voz, voz terrible,
Y al punto vese en el agua
Un monstruo (tal vez marino)
Que con toda prisa nada.

Como en la estensa llanura,
Por los perros fatigada
Vuela la afligida corza
Huyendo de fuego y balas.

O mas bien, como el bajel
Al que dá caza el pirata
Vira y se lanza veloz
A la mas cercana playa,

Rizando en cándida espuma
La tersa, luciente y clara
Superficie del Adriático
O del canal de la Mancha.

Y ya se pierde en las simas
De las ondas irritadas
O ya toca las estrellas
Con el trinquete y las jarcias

Y desea ver el puerto,
Y soltar las graves anclas,
Y...hasta cuando acabará
Esta insuñible cantata?

Aquel monstruo ó subandija
(Son sinónimas palabras)
Surca el cristal movedizo,
Llega á no díntel y se salva.

Ocultándose cuidadoso
Como tras de nube blanca
Oculta la triste luna
Su luciente faz de plata.

O como tras la pared
Se oculta por arte mágica,
De algun celoso marido
Algun vestigio ó fantasma.

Ocultóse el animal
Y en la calle solitaria
Un nuevo grito turbó
El silencio que reinaba.

¡Es la voz de alguna bruja
Que convoca á sus hermanas
A sus junjas misteriosas,
Ó que pregona sus mañas?

¿O es grito de maldición
Contra nuestra infeliz raza?
No es nada de eso, Dios mio,
Otra cosa mas amarga

Anuncia ese grito lúgubre
Ese grito de plegaria...
¿Que dice? Dios me dé esfuerzo,
Aqui ha parido una rata.—F. G.

UN RECUERDO.

I



UN noble y poético es el Rhin! (Que admirable seguir sus ondulaciones llevado suavemente por sus ondas, dando libre curso á la caprichosa imaginación! Sus laderas tan verdes, las montañas salvages, las viñas que caen en graciosos festones sobre la pradera, y las ruinas que coronan este paisaje retratándose en las cristalinas aguas! Dios mio! que cuadro tan encantador y tan sublime! Es preciso haber perdido toda esperanza, toda inspiración para no sentir vivamente esta influencia irresistible; es indispensable que el corazón se halle despedazado, las lágrimas agotadas y el alma seca, para no encontrar entusiasmo y ensueños al aspecto de este magnífico espectáculo. Aquí es donde el ser supremo nos habla, y contemplando estas maravillas escuchamos su lenguaje; en estos lugares se siente, se ruega y se perdona.

En 1670, dos años antes de la última entrada de las tropas francesas en Alemania, á las órdenes del gran Condé, el día 2 de Junio cerca de las seis de tarde, una jóven subía lentamente la colina que conduce al castillo de Frauberg, cantando una de esas canciones alemanas tan dulces y melancólicas, llevando una gran porción de rosas blancas que acababa sin duda de cortar en un jardín situado en la orilla del río y que formaba una especie de península que se percibía á mucha distancia. Este jardín parecía un canasto de flores; las cercas formadas por los rosales silvestres que lo rodeaban y que parecían ser su única pared, estaban cubiertas de mil estrellas blancas y color de rosa; las lilas, los lirios, los naranjos y los mirlos en cajones verdes, limpios y relumbrosos, embalsamaban el aire y encantaban la vista. La jóven de cuando en

cuando volvía la cara para mirarlo como si se despediese de él por la última vez, y después continuaba gozosa su camino y entonaba de nuevo su canción, dichosa con aquella indiferencia que se llena á los 17 años, fugitiva como las flores, y que como ellas, no deja en la mente mas que un perfume vago que muy pronto se disipa, pero que jamás se olvida. Cuando llegó á la puerta del castillo se detuvo; tiró del cordón de una campanilla, á cuyo sonido contestó un paso tardío y arrastrado. Se abrió la puerta, y un anciano de estatura alta, vestido con una especie de librea verde y encarnada muy raída, la recibió con la mas tierna sonrisa.

Atravesaron una gran sala de bóveda medio destruída, y llegaron á una especie de verjel, en el que aun habia algunos árboles bastante robustos, colocados irregularmente y rodeados de las piedras caídas de las murallas y de los torroconillos derribados por el tiempo. Un poco mas adelante del edificio principal, un pabellon sin techo que en sus cuatro lados tenia unos arcos diagonales góticos, presentaba un lugar de retiro delicioso y una vista sublime: el Rhin con su multitud de tortuosidades que forman justamente un codo en la punta del jardincito que he mencionado; á lo lejos la hermosa y vasta fortaleza de B... levantando sus orgullosos torres hasta los cielos, sobre la cual flotaba en anchos pliegues la bandera imperial; los campanarios de la abadía vecina que heridos por los aspirantes rayos del sol parecían de oro brillante, las chozas esparcidas en el valle, los ganados que volaban tranquilamente á sus establos, los botes de los pescadores que hendían velozmente el río en todas direcciones, presentaban un cuadro tan vivo, tan animado y cercado de un marco tan rico, que tanto la jóven como su padre á pesar de es-

Liceo filicéano.



Elle y G. G. G.

tar acostumbrados á gozar diariamente de este espectáculo, no pudieron menos que detenerse absortos contemplándolo.

Repentinamente oyeron tocar la campanilla.

—¿Quién vendrá á esta hora? exclamó el anciano.

—Padre mio, id pronto á abrir; será quizá algun viajero extraviado ó algun mensajero de monseñor: gigo pisadas de caballos.

El anciano volvió á entrar por las ruinas y sin abrir la puerta habló algunos instantes con los viajeros y los hizo entrar á muy poco, haciéndolos mil cortesías y cumplidos saludos. Era un gentil hombre joven seguído de su lacayo y vestido con el mas elegante traje de la corte de Luis XIV; en su semblante pálido y melancólico se notaba la fatal impresión que se pretende haber advertido en el de las personas cuya existencia debe ser muy corta; se presentó con descambarzo pero con modales nobles y llenos de afabilidad.

—¿Con que consentís, amigo mio, en darme hospitalidad? —Con mucho gusto, monseñor, y á mucha honra lo tengo.

—¿Dónde estáis ahora?

—En el castillo de Frauberg, que pertenece al Sr. Barón de Frauberg, de quien soy portero.

—¡Ah! muy bien. Y esta hermosa joven es vuestra hija? dijo viendo que Lena se levantaba.

—Sí, monseñor, dispensadla; está ocupada trenzando las guirnaldas que han de servir para la fiesta del Corpus que se celebra en la aldea inmediata.

El extranjero no podia quitar sus ojos de aquel rostro celestial, que la timidez y el pudor habian bañado con una ligera tinta de carmín, ni de las flores que la rodeaban y de una corona de rosas blancas que tenia en su cabeza y la habia parecer una víctima adornada para el sacrificio.

—Puesto que tenéis á bien recibirme, dijo el jóven, despues de un intervalo de silencio, os pediré algunos auxilios, pues á una legua de aquí caí del caballo, me he lastimado y con infinito trabajo he llegado al castillo.

Lena abandonó sus guirnaldas, y su padre corrió hacia la entrada de una de las alas del castillo suplicando al viajero los siguientes, y ambos lo llevaron á un cuarto muy aseado aunque desprovisto de muebles; reconocieron el golpe é inmediatamente proce-

dieron á curarlo, prodigándole los mayores cuidados; jamás se ha visto desempeñar la hospitalidad con mas esmero.

Algunos dias pasaron. Luis, este era el nombre del extranjero, no salia de su cuarto sino para bajar al patio donde pasaba el tiempo hablando con Lena, haciéndola cantar las canciones del país ó escuchando sus leyendas, y sobre todo admirándola y contemplándola coronada de rosas blancas, pues este era su adorno favorito.—El se lo habia rogado tanto! ¡Desventurada Lena! El veneno, introduciéndose poco á poco en su tierno corazón, lo iba acostumbrando á las conversaciones y pasatiempos amorosos, que llenan la existencia y que sin ellos no se puede vivir; sin sentirlo se iba apasionando de un incógnito que debía dejarla muy en breve, llevándose la felicidad y el reposo de su existencia que hasta aquí habia conservado inalterable.—Lo amaba con toda su alma.—Pobre Lena!

II.

Las puertas de un magnífico salon dorado, acababan de abrirse en el castillo de Versailles, donde la marquesa de Montespan sentada frente de su tocador, recibia los homenajes de los cortesanos que presurosos venian á presentárselos. Iban y venian en la pieza hablando entre si y dirigiendo de tiempo en tiempo algunas galanterias á la divinidad del día, recibiendo de ella esas respuestas tan picantes que ni á un amigo perdonan. Gran concurrencia debia asistir por la noche á la corte. La Sra. de Montespan hacia colgar en derredor de su cabello las famosas perlas de la mariscalda del Hospital y ponía en su frente una corona de rosas blancas.—En este momento anunciaron al duque de Longueville.

Venia á despedirse de la favorita del rey antes de irse á unir con su ejército; se presentó con un semblante despejado y lleno de calma en medio de estos jóvenes locos tan dispuestos á reirse de cuanto pasa en el mundo.—Todos le recibieron el paso, se adelantó hacia la marquesa y tomó asiento á su lado. La hermosa Athénais le dirigió una de aquellas miradas que habian seducido al rey *una grande del mundo*, y le preguntó si su equipage estaba listo, si muy pronto iba á ponerse en camino, añadiendo á estas algunas preguntas de política y de interes que no podia relusar al sobrino del Sr. le Prínce. Muy meditas fueron todas las contestaciones del jóven duque de quien madama de Sé-

vigné dijo: "Jamás se han reunido virtudes tan sólidas; no le faltaban sino algunos vicios, es decir, un poco de orgullo, de vanidad y de altivez; pero en cuanto á lo demás, mas nadie ha llegado tan cerca de la perfeccion; no hay elogios dignos de él; con tal que estuviere satisfecho ó así mismo, le bastaba."

Todos hablaban de la marcha del rey y de los gentiles hombres; y quizá la favorita era la única que ignoraba el plan de campaña; unos hablaban del Isseel, otros del Rhin, y algunos del sitio del Maestricht;—¿Sabeis á donde iremos, monseñor? preguntaban todos.—Lo ignoro, respondió el jóven príncipe; mi tío reserva mucho sus secretos.

—Pero señor, replicó la Sra. de Montespan, ¿vos conocéis el país, ¿no habeis hecho ya un viaje hace dos años, ese viaje de que volvisteis tan triste y padeciendo tanto?

El príncipe nada contestó: sus miradas estaban fijas en la corona de rosas.—Mil recuerdos se despertaron en su imaginacion y cuanto lo rodeaba desapareció para él como por magia, volvió á ver un cuarto pequeño en un antiguo castillo, un rostro de ángel adornado con flores semejantes, oyo sus cantos nocturnos que respiraban armonia y encanto, escuchó aquellas dulces palabras que sañan del corazón y envolvian su alma en esa atmosfera de amor y de inocencia que en otro tiempo respiró con tanta delicia; en seguida se le representó la misma imagen con el rostro encantador bañado en llanto, el cabello en desorden y puesta de rodillas exclamando llena de desesperacion ¡Luis, me abandonas, ¿cuando volveré á verte!

Su boca respondió, muy pronto pero su conciencia, ¡jamás!—y desde entonces un remordimiento atroz amargaba su vida, se echaba en cara la suerte de aquella tierra plantada marchitada por él, y le habia pesado de su debilidad sin atreverse á indagar las consecuencias. En este momento, en medio de una corte loca y brillante aquellas imágenes algo borradas (por la mano del tiempo se agolparon sobre su frente y sin poder desahuciarlas, le parecia que aquella voz destructora aun resonaba en sus oidos.—Luis, me abandonas, ¿cuando volveré á verte!

La Sra. de Montespan cuando notó su estado y que su imaginacion estaba preocupada se sonrió y le dijo.—Muy serio estais y muy distraído; no me prestais atencion, y por lo que veo, estais abismado en las mas pro-

fundas meditaciones de vuestro porvenir y de vuestras esperanzas.

—Señora, es un recuerdo!

El mismo día y á la misma hora, en una antigua habitacion de las orillas del Rhin, estaba en su localor una jóven sin que persona alguna tronzase su cabello ni viniese á elogiar su hermosura; en lugar de un salon dorado, ocupaba una pieza de bóveda; en lugar de candelabros de oro y esmalte, habia una lámpara cuya luz se opacaba por los argentados rayos de la luna que pasaban al través de una ventana gótica. Sobre su tocador habia tambien un collar de perlas y una guirnalda de flores, pero el collar desensartado y la guirnalda marchita.—La jóven se desnudaba lentamente, sus lágrimas descendian veloces bañando sus mejillas y pronunciaba con voz débil algunas frases ininteligibles interrumpidas por lo sollozo; sus ojos recorrian su modesto aposento, y volvian á fijarse involuntariamente en la corona que procuró colocar de nuevo en su frente.

Ya no me sienta, mi hermosura desapareció con mi felicidad; me ha abandonado y hace seis años que no sé de él. Seco está mi corazón como estas flores; y al pronunciar estas palabras, las arrojó lejos de sí, pero sus ojos aun no pudieron dejar de verlas. Este adorno antes tan fresco y ahora sin color y marchito, era verdadero emblema de su vida —¡Oh Dios mio! exclamó arrojándose —esto es lo que me queda de un amor tan dulce, de aquella felicidad tan pasajera, algunas perlas que se desprenden, algunas rosas que se marchitan... en su corazón quizá el olvido! y en el mio un recuerdo que jamás se borrará.

III.

El día 2 de Junio de 1672, el rio que habiamos visto tan tranquilo al principio de esta narracion, acababa de ser testigo de una sangrienta batalla. El príncipe de Condé á la cabeza de su ejército triunfante lo habia pasado á malo como un verdadero palá din.

En un convento de las hermanas de la Misericordia, situado en la orilla del Rhin, muy cerca del teatro del combate, preparaban las enfermeras para los heridos; las piadosas mujeres se o gaban fervorosamente al Todopoderoso que su vaso sus almas y se disponian á hacer cuanto pudiesen para salvar sus cuerpos. La supe-

rora hizo venir á varias novicias con su maestra, y las ordenó estuviesen listas para ir al campo de batalla con el objeto de recoger á los desdichados que estuviesen en estado de necesitar de sus auxilios. Mientras que las hermanas de mas experiencia escogian las medicinas convenientes, salieron del claustro cubiertas con sus velos y con el corazón lleno de sentimientos de caridad, se hicieron guiar hacia los infelices que exigian sus cuidados. El sol doraba con sus últimos rayos las almenas de Frauberg y las veletas del monasterio; el jardín ya no embalsamaba el aire con sus suaves aromas, y los cañellones incultos no producian mas que zarzas. Estaba poco mas ó menos como hacia dos años; á la agitación del combate sucedió la calma y el lugubre silencio de la noche. Cuando se acercó la barca que conducia á las religiosas á la orilla opuesta, se adelantó hacia ellas un hombre lleno de sangre y de humo, que estaba en pie junto de otro mas jóven que él y de un cadáver cubierto con una capa. «Hermanas mías, has dicho, queréis recibir en vuestro convento al príncipe de Condé que ha sido herido, al duque de Borbon y el cadáver del de Longueville que fué muerto esta mañana combatiendo valerosamente a su lado?»

La maestra de novicias se inclinó ante el vencedor, y obedeciendo sus órdenes pusieron en la barca esta fúnebre y noble carga:

„Sor Luisa, dijo La maestra de novicias, conducid á mis señores á nuestra madre y orad entretanto junto al cuerpo por el alma del jóven príncipe, que Dios nuestro Señor ha tenido á bien llamar á su augusta presencia.»

El príncipe de Condé con el duque y algunos oficiales se pasaron á la embarcacion y se pusieron en un extremo de ella, colocando en el opuesto el cadáver; la jóven hermana se hincó cerca de él; estaban solos, y un deseo irresistible de contemplar la cara del príncipe arrebatado del mundo en la flor de su edad; la hizo levantar un poco la capa que la cubria.

„Cielos!” exclamó prosternándose y casi fuera de sí „el es!”

Lena, ahora Sor Luisa, acababa de saber al mismo tiempo el nombre y la suerte del hombre á quien tanto habia amado, y cuya ausencia la habia hecho retirarse del mundo. No derramó una sola lágrima; el alma que recibe golpes fuertes no llora, ruega!

Las aguas del Rin corrian tan bellas y tan cristalinas como en otros tiempos de dicha, la bandera imperial flotaba como siempre sobre el fuerte de R... ninguna alteracion habia en este admirable paisaje, ninguna signo en la vida de una jóven, marchitada como las flores que con sus propias manos habia plantado.—(Traducido por L. M.)

ANACREONTICA.

ERENA está la tarde;
La brisa corre blanda,
Y en el azul del cielo
Aureo celage vaga.
A la risueña quinta
Comigo ven, Anarda,
A disfrutar mil gozes
En deliciosa calma.
Ahí de lindas flores,
Vislota una guirnalda
Enlazaré á los rizos
Que tu candor realzan.
Y entonces, dulce amiga,

La reina soberana
Serás de la hermosura
De mi querida patria.
A orillas del torrente
Que cine la comarca,
Inspirarás mi lira
Y cantaré tus gracias:
Que en medio del bullicio
Y pompa cortesana
La candida inocencia
Pierde su brillo, Anarda,
Cual pierden sus colores
Las florecillas varias,

Si viento impuro sopla
Bellísima aldeana....
¡Ay! ven ángel del cielo;
La tarde sosegada
Hoy al placer convida
Nuestras ardientes almas.
Ven; y el fragante aroma
Que vaga entre las auras
Respiráremos libres,
De amor ante las aras.
Que allí un altar sagrado
Mi amor al tuyo alza,

Donde seras, querida.
Al punto proclamada:
De la hermosura reina
Modelo de las gracias,
Y en fin, jóven amable,
La Venus mexicana,
A la risueña quinta
Comigo ven, Anarda,
A disfrutar mil gozes
En deliciosa calma.

Pachuca. Mayo de 1844.

SEBASTIAN SEGURA.



I.



RA la caída de la tarde: El sol llegaba á su ocaso y sus últimos rayos se reflejaban en las tranquilas aguas del mar de Lerma, dejando ver el mas hermoso cuadro de la naturaleza. ¿Quién es esa jóven bella como la primera sonrisa de un niño, que parece tan inocente como las flores, tan pura como los ángeles? ¿Por qué contempla estasiada el magnifico cuadro que se ofrece á su vista? ... Por un lado las elevadas torres del castillo de San Miguel; á su espalda altas montañas; á su izquierda un verde llano en el que se veian espárcidos aquí, y allá altos cocoteros; á sus pies el mar pacífico y cubierto de multitud de barquillas que volvían de pescar y cuyos marineros cantaban despidiéndose con júbilo del lumínar del día.

La jóven volvía frecuentemente sus bellos ojos azules hacia una boufia y sencilla casa que se divisaba al pié de los muros del castillo, y de la que á poco vio salir un jóven á cuyo encuentro se levanto rápidamente.

—¿Qué haces aquí tan tarde, Ana? dijóla el jóven fingiendo enojos: no parece sino que te

has empeñado en incomodarme; bien sabes que me disgusta infinito el encontrarte sola á tales horas y en sitios tan solitarios; todavia eres demasiado niña y no sabes el peligro á que te espones.

—Ah Carlos! no me riñas así, dijo la niña pasando sus alabastrinos y torneados brazos por el cuello del jóven, ¿si tu pudieras ver el efecto que causan tus palabras en mi corazón, no te desgarrarias de esa suerte! ¡Cruel!... estaba pensando en tí, en tí únicamente, ¡eres tan hermoso!... ¡tus ojos tienen tal expresion, su mirar es tan tierno! te esperaba ansiosa, es la hora en que me acordaba de buscarte todos los dias, yo queria verte, queria estar contigo, porque á tu lado la vida es ensueño agradable, ¡Oh! yo no volveré á salir sin tí, hoy te vi tan taciturno que tus miradas comunicaron á mi alma una mortal tristeza; y sin saber que hacia me dirigí á este sitio pensando en adivinar la causa de tu pena secreta, y á pesar mio me detuve aquí porque no acertaba á descubrirla: prométeme que mañana me confiarás tu pena, yo te consolaré, tu tormento se mitigará y vendremos juntos á este sitio.

—¿Mañana repitió Carlos con triste voz y

volvió la cabeza para ocultar una lágrima que se desprendió de sus párpados.

—Y bien, ¿mañana? ¿qué quieres decir con eso, mi Carlos? dijo Ana apesadumada.

—Mañana, hermana mía, parto á doscientas leguas de aquí.

—¿Gran Dios!

—Si, mi tía me manda á unos negocios suyos, no hay remedio, tú bien sabes lo que es ella; le agrada que la obedezcan sin replicar.

—Y... ¿cuándo volverás?

—Nunca.

—¡Oh, nunca, nunca! eso no puede ser, no será... yo partiré contigo... tú no has de ser tan cruel que me dejes abandonada, á mí, á tu hermana.

—Mi hermana... y si decir esto vio á Ana tristemente: la impresión de su rostro indicaba la lucha que interiormente padecía. Ana advirtió que algún secreto le ocultaba, y turbada le dijo:

—Carlos mio, ¿qué me ocultas, qué sientes? dímelo, por piedad.

Carlos tomó una mano de su joven prima, y llevándola á su corazón le dijo:

—Quería, y debía callar; pero voy á separarme de ti, quizá no te veré mas y no tengo fuerza para callar; ¡sientes latir mi corazón! palpita por ti, sí, yo te adoro y voy á perderte; mi tía ve los progresos de mi pasión, y con pretextos bien frívolos me manda alejar de ti... el Sr. de Morán pide tu mano, y ella...

—¿Se la ha concedido? dijo Ana enigmática.

—Y hoy me dices que me amas! ¡infeliz! yo no puedo ocultarte que solo he vivido para ti, y tú dejarás que me sacrifiquen! no, no, me arrebatarán de las manos de los tiranos que quieren matarme... Pero ¿qué digo? no, tú no puedes hacer mas que dejarme morir y obedecer. ¡Oh Dios mio, todo lo he perdido!... y cayó desfallecida en los brazos de su amante. Carlos la condujo en sus brazos hasta muy cerca de la casa, y allí la dijo:

—Ana mia, ten valor, cobra serenidad, mi tía va á verte pronto, que no sospeche que te he hecho sabedora de mi secreto. La tomó el brazo, enjugó su llanto, y un minuto después estaban en casa de la señora de Alva.

II.

La Sra. de Alva, mujer de carácter áspero, é incapaz de tener amor á nadie, había amado sin embargo, entrañablemente á su hermano Enrique padre de Ana, el cual había muerto de pena por haber perdido á su esposa á los dos años de su matrimonio, dejando á su que-

rida hija bajo la tutela de su hermana en cuyos brazos espiró. La Sra. de Alva amó á su sobrina mientras fué pequeña; mas á medida que esta crecía su cariño disminuía, tanto, que cuando esta cumplió los quince años acabó por aborrecerla. ¡Pobre huérfana! su tía era envidiosa y veía en Ana un obstáculo para la realización de una esperanza que había nacido en su corazón: había cobrado afecto á Carlos su sobrino, veía que los dos primos se amaban con ternura, y formó el proyecto (infame á la verdad) de deshacerse de Ana, casándola con el primero que pretendiese su mano. Había imaginado que arrebatará á Carlos, el joven se casaría viendo que no había remedio y se casaría con ella: ¡cuánto se engañaba! Llegaron los dos jóvenes á su presencia y miró á Carlos que se retirara, hizo lo así, y quedándose sola con Ana, le dijo:

—No sabes hija mía, que quiero asegurar tu suerte?

—De qué modo: contestó Ana temblando.

—El Sr. de Morán, rico, amable, no joven...

pero cuya edad no es muy desproporcionada á la tuya, pues tiene cuarenta y cinco años... pide tu mano, yo se la he concedido con la seguridad de que tu siempre has sido una hija dócil y obediente, y creo que ahora lo acreditarás.

—Sin embargo, tía mia, yo jamás he tratado al señor de quien voz me hablaste...

—Te digo acaso que te cases ahora mismo? dentro de un mes... tienes tiempo para concertarlo.

—Soy muy joven aún.

—Tienes muy buena edad... además ya basta de tratarlos con buenas razones, esos son frívolos pretextos que yo no sufriré, vos me obedeceréis de grado ó por fuerza; no gusto de suplicar, ó si no queréis casaros dentro de un mes con el Sr. de Morán, os ireis á un convento, porque algo habeis de ser en esta vida... no queréis casaros cuando se os propone, yo no he de vivir eternamente y no tenéis una tan crecida renta... pensadlo bien, quince días os doy de término; ya sabeis, ó el matrimonio ó el claustro, ó mi amor y reconocimiento, ó mi aborrecimiento eterno, elegid: hasta que resolváis no volveré á veros; retiraos. La joven lo hizo así sin replicar: luego que estuvo en su cuarto abrió la ventana que caía al jardín para respirar el aire libre, porque la opresión que sentía su corazón la hacía morir; se echó en un sillón, y cubriéndose el rostro con ambas manos, lloró... ¿cuánto le consolaron aquellas lágrimas! Un ligero ruido vino á sacarla de su enagenamiento... ¿Ana? dijo un

voz dulce, una voz que resonó en lo íntimo del corazón de la afligida virgen y la volvió á la vida, era... la voz de Carlos. Se levantó ella aceleradamente, se acercó á la ventana donde estaba Carlos.

El infeliz todo lo había escuchado, y venía á saber la última resolución de la mujer que amaba, á oír de su divina boca las protestas de amor de que tanto necesitaba aquel desgraciado corazón.

—Ana mia, ¿es verdad que tú no consentirás en unirte á otro que no sea tu amante?... ¡ah! no, tú me perteneces, tú eres mía, y no lograrán separarnos, ¡no me has illicho que me amas! pues huyamos.

—Si, Carlos, si te amo; pero huir contigo? ¡jamás, Carlos, sería un escándalo, reflexiona lo bien y verás como, solo en un momento de delirio puedes haberme propuesto semejante idea; no, no, prefiero perderte para siempre, que manchar mi honor con un borron que jamás se lavaré.

—¿Qué loco soy! dices muy bien, yo sería un infame si quisiera obligarte á huir conmigo, ¡oh! no mancharé tu frente pura... no, yo no seré quien cause tu desgracia, demasiado infeliz eres; pero verte en brazos de otro sabiendo que me amas, es muy cruel; no, Ana, no, yo moriré.

—¿Y el claustro? dijo Ana con acento desesperado.

—¡Ah! de todos modos es fuerza separarnos, que triste es nuestra suerte!

—¡Oh! sí, muy triste... Ana se quedó por unos instantes como pensando en algo, y luego dijo poniéndose pálida.

—Carlos, estoy decidida... el convento de la Concepcion recibirá dentro de poco mis tristes votos; ya lo ves, Carlos amado, voy á encerrarme en un claustro para siempre pero no te seré infiel, no seré nunca del hombre odioso que mis hace infelices, voy á hacer este sacrificio por ti... ¡oh! Carlos! págame con otra, alejate de mí, si tú estás aquí no tendré valor para pronunciar el juramento que me separa de tí y del mundo... ¡ah! Carlos! hazlo por mí, alejate... Carlos zozobaba. Luego que pudo hablar dijo con triste voz.

—Es justo, muger celestial, hacer esto y mucho mas por ti aunque mayor sacrificio para mí no puede haberlo... ¡Ana, adios! esta misma noche partiré...

La pobre joven dirigió una mirada á Carlos en la que iba toda su alma, apretó la mano de su amante con agitación, Carlos la besó, pro-

nunció un ¡adios!... con desesperacion, y una hora despues el galope de un caballo que salía por el jardín, vino á interrumpir por pocos instantes el triste silencio de la infeliz joven... aquel galope resonó en lo íntimo de su pecho... y cayó sin sentido...

III.

¡El plazo se había cumplido! Ana se presentó ante su tía; qué mutación en quince días! ya no era aquella Ana bulliciosa de rostro sonrosado y que respiraba alegría, ahora estaba pálida, estenuada, andaba con dificultad; su hermoso cabello rubio estaba suelto, y traía un vestido blanco; semejante en su palidez á una muger que llevan al suplicio, sin embargo, ¡qué hermosa estaba todavía!

Por fin su tía la hizo sentar, y asustada del mortal semblante de Ana, volvió el rostro para ocultar su turbación. Permanecieron en silencio algunas instantes, la Sra. de Alva le rompió diciendo con voz cariñosa á su sobrina.

—Piénsome encontraré más sumisa que el otro día, y creo que vendrás á decirme que estás pronta á dar tu mano...

Ana no la dejó concluir, no quería oír mas ese nombre odioso, el nombre de aquel que había disipado su felicidad para siempre.—Señora, le respondió, vos habeis dejado á mi elección el claustro ó el matrimonio, ¿no es esto? pues bien... elijo el claustro.

—¿Que dices! lo has pensado bien?

—Mi resolución es invariable, señora.

La Sra. de Alva calló por un momento: de todos modos me desahogó de ella, dijo para sí, además, ella lo quiere... Bien, hija mia, dentro de tres días irás á la Concepcion, no quiero contrariar tu gusto.

—¿Dentro de tres días repitió Ana tristemente.

—Puedes retirarte, dijo la Sra. de Alva con seguridad.

Ana lanzó una mirada como implorando la compasión de aquel corazón duro... su tía volvió la cara, Ana se retiró; no hay remedio, dijo, y dió un gemido sordo porque no podía llorar, sus lágrimas se habían agotado; ¡cuánto había padecido! consolate infeliz, presto acabarán tus tormentos.

IV.

Era el día ocho de diciembre, día en que se celebra la Concepcion inmaculada de la Reina de los cielos: era el día fijado para la profesión de Ana: la hora se acercaba, los parientes de Ana estaban ya reunidos, solo se esperaba á la joven novicia. Llegó por fin esta, todos al ver-

la quedaron estóicos, ni la reconocían algunos, tan mudada estaba: hicieron las acostumbradas ceremonias, y la mas triste de todas, aquella en que remeda la muerte.... ¡triste despedida del mundo! ¡ah, por una eternidad! fueron á levantar á Ana del ataúd.... ¡Bios mio! aquella alma sensible, aquella pobre muger que había nacido para el pesar, sus padecimientos acababan de cesar ya.... ¡no existía! Dios apiadado de los padecimientos de aquella inocente la llamó á descansar en su seno paternal: la consagración reinaba en todos los que habían presenciado tan triste escena. Aún no habían vuelto de su espanto los circunstantes, cuando ven á un jóven que apenas podía respirar, el cual entró en la iglesia gritando.

— ¡Deteneos, deteneos!... no consuméis el sacrificio, es mia, ha cesado la persecucion, su fia misma espiesente en nuestra union... pero donde está Ana? no la veo, todos estais callados.... ¡horas!... ¡ah! decidme que ha sido de ella.

En efecto, todos callaban, habían reconocido á Carlos, al infeliz amante de Ana; y ninguno se atrevía á darle la fatal noticia de su muerte. Uno de los orientes de Ana se acercó al jóven, y apartándolo cuanto pudo para que no viese á Ana muerta, le tomó una mano y le dijo: ¿Cómo es que despues de un año de ausencia, os vemos en este lugar el día de la profesion?

— Señor, luego que supe que pocos días faltaban para el sacrificio, y que íbamos á quedar separados para siempre, no pude contenerme, me puse en camino sin parar ni un solo momento, hoy llegué á casa de mi tia... estaba bañada en lágrimas... la confusion se apoderó de mi alma, la pregunté el motivo de su llanto y me respondió:— ¡Si vieras hijo mio cuanto me he arrepentido de los malos que os he causado, particularmente hoy que es el día de la profesion de tu amada...! ¡Óhm! la contesté, corré á impedirlo...— ¡Aguarda! aún faltan algunas horas, y quiero darte una prueba de mi arrepentimiento dandote mi consentimiento para que te cases; ve, hijo mio, ve, y perdóname.— ¡Cuán buena sois, tia mia, vuelvo á la iglesia, pues no sosegare hasta tenerla en mis brazos: al llegar cerca de aquí oigo hablar de una profesion, de una jóven que sacrificaban... no pude oír mas, corro como un loco hasta aquí gritando como habeis oído, que no se haga la ceremonia... en lugar de respuesta solo lloran... ¡por piedad, decidme si ya no puedo ser mia!....

— Ya.... no.

— ¿Qué decis! ¿han consumado el sacrificio?

— No, pero....

— ¿Qué? ¿acabado?

— Venid: fué la única respuesta de aquel hombre, y trayendo al jóven junto al ataúd, le dijo: ¡Vedla allí!....

— ¡Ella es! ¡Muerta!.... ¡bárbaros! ¿por qué me la habeis mostrado! ¡Ana, Ana! no me esperarás mucho tiempo, muger inocente y desdichada, yo te seguiré, y allí contigo, me burlearé y maldiceiré á nuestra perseguidora... pero no, no, no sé maldiceir á nadie, quiera el cielo darla la felicidad de que ella nos privó... al fin se ha arrepentido! yo la perdono, ¡ojalá, el Ser Supremo se digne perdonarla! ¡Adios, ¡todos! alegraos, por que mis sufrimientos y los de esa muger idolatrada han acabado, voy á unirme á ella en otro mundo mejor donde libres de persecuciones viviremos felices para siempre, ¡adios!.... dijo, y precipitándose en el ataúd.... ya no existía Carlos....

V.

La historia que me contais es demasiado triste, y ha despedazado mi corazón, decía un hombre de unos treinta años á otro mas viejo ambos se enjugaban las lágrimas: estaban sentados bajo un triste ciprés que se mecía al lado de dos sepuleros en el jardín de la Sra. de Alva.

— Ya se acerca la hora, dijo el mas viejo, de que la pobre muger venga á llorar delante de los sepuleros; hace dos años que este es su consuelo.

— Desdichada!

— ¡Siento ruido, es ella... vos que tenéis interés en verla, venid, ocultos detras de este árbol podreis observarla.

Era en efecto la Sra. de Alva; otra muger la llevaba, pues apenas podía sostenerse, se arrojó delante de aquellos sepuleros (que eran de los desventurados amantes, Carlos y Ana,) rezó y lloró, puso en las urnas una corona de flores como lo tenia de costumbre, quiso levantarse, y una tos seca que la acometió, acompañada de arroyos de sangre que arrojaba por boca y narices la obligó á sentarse, la muger que la acompañaba se acercó á socorrerla y se disponia á llamar á los criados para que la ayudasen á llevar á la Sra. de Alva, pero es lo impidieron los señores que estaban escondidos, saliendo y llevándola á la casa. La Sra. de Alva murió como buena cristiana: Dios en pago de sus penitencias concedió el descanso

á su alma, y unió á aquella familia que había sido tan desdichada en la tierra para que gozaran de la verdadera felicidad en la mansión de los justos. Uno de los señores que la habían socorrido era el Sr. de Morán; causa inocente de los pesares de Ana. Este señor quedó en-

cargado de la última voluntad de la Sra. de Alva, que fue poner su sepulcro al lado de sus sobrinos. El Sr. de Morán venia algunos dias á visitarlos, y á recordar las desgracias de aquellas tres personas para condolerse de ellas. — ELLA.

DESCUBRIMIENTO DEL AJEDREZ.

EL L-SEPHADI, autor árabe refiere lo siguiente. Un matemático llamado Sessa, hijo de Daer, subdito de un príncipe indiano, habiendo inventado el juego del ajedrez, su soberano quedó muy complacido con la invencion y deseando recompensarlo de una manera digna de su magnificencia, quiso preguntarle lo que deseaba, asegurándole que seria satisfecho. El matemático, sin embargo, pidió solamente un grano de trigo por la primera casilla del tablero, dos por la segunda, cuatro por la tercera, y así sucesivamente hasta la última ó la 64 casilla. El príncipe al pronto se irritó con esta peticion, juzgándola poco conforme á su liberalidad, y ordenó á su Visir satisfacer el pedimento de Sessa; pero el ministro se asombró mucho cuando, habiendo calculado la cantidad de trigo necesaria para cumplir con la orden del príncipe, encontró que todos los granos de los graneros reales y aun los de todos sus subditos y de toda el Asia no serian suficientes. Informó por tanto de esto al príncipe, quien envió por el matemático que le confesó sencillamente su impotencia para cumplir con su peticion, cuya ingenuidad asombró mas al príncipe que el juego que había inventado.

Para encontrar el importe de esta prodigiosa

recompensa que para pagarla eran insuficientes aun los tesoros de un príncipe poderoso, procederemos mas facilmente por medio de una progresion geométrica, aunque podría descubrirse por medio de la multiplicacion y la adición. Se encuentra por el cálculo, que el 64. término de la progresion dupla que comienza con la unidad, es, 9,223,372,036,854,775,808. La suma de todos los términos de una doble progresion que comienza con la unidad puede obtenerse duplicando el último término y sus trayendo de esto la unidad. Por tanto el número de granos de trigo á que accendia la peticion de Sessa era de 18,446,744,073,709,551,615. Ahora pues conteniendo un celemin de trigo poco mas ó menos 76,500 granos de trigo una fanega contendrá 918,000; si dividimos el producto de arriba por esta última cantidad tendremos 20,084,392,355,021, número de fanegas de trigo necesario para cumplir con la promesa del rey indiano: si suponemos que una aranzada de tierra sea capaz de producir en un año ocho fanegas de trigo, para producir dicha cantidad se requerian 2,514,811,556,877, aranzadas que hacen mas de ocho veces la superficie de la tierra.



DISCURSO HISTÓRICO

SOBRE

EL DERECHO DE GENTES ENTRE LOS ROMANOS.

Desde la fundación de Roma hasta Constantino, pronunciado en la cátedra de humanidades del colegio de S. Juan de Letrán, por el catedrático de ella, Sr. D. Agustín Franco.



La historia de Roma es uno de los episodios más grandiosos de la vasta crónica del hombre. Contemplar esa nación desde su infancia, estudiar su desarrollo gradual, recorrer la lengua serie de sus adelantos, ser testigo por medio de la historia de sus épocas de triunfo y de riqueza, examinar las causas de su decadencia y de su total ruina, es uno de los estudios más interesantes para todo amigo de la sólida y verdadera instrucción. Mas ese cuadro es vastísimo y comprende mucho más de lo que nuestro ilustrado catedrático ha confiado á mis esfuerzos. Yo solamente debo hablarlos del derecho de gentes entre los romanos, en un periodo que comprende desde la fundación de la ciudad de las siete colinas hasta la traslación del imperio á Bizancio. No esperéis encontrar en este ensayo un estilo tan elevado cual lo requiere el asunto, no esperéis que él os revele cosas ignoradas hasta ahora; mi trabajo es el de un simple compilador, y si por ventura algún mérito veis en él, no podéis creer sin temor de errar que ese mérito es debido á la erudición y sabiduría de los autores que me han servido para su formación.

Tres épocas distintas debemos considerar en el periodo de que voy á hablarlos; y son las siguientes.

Los Reyes.

Epis agregador minime casibus.—
Pacti. Hist. L. I.

La República.
El Imperio.

La primera comprende desde el año 753. A. C. hasta el 609. La segunda, desde el 609 hasta el 60. La tercera, desde el año 60 A. C. hasta el 334 de la era cristiana.

1.ª EPOCA.—Los Reyes.

Rómulo á la cabeza de un puñado de bandidos fundó la ciudad que habia de ser la señora del mundo antiguo (1). Reducida en su principio á un pequeño territorio del Lacio, pronto se hizo respetar por sus bellicosos vecinos. Era Hércules sofocando en su cuna las serpientes enviadas por la irritada esposa de Júpiter.

El primer tratado que nos presenta la historia romana es el que Romulo celebró con Tácio, rey de los Sabinos; por él estos últimos obtuvieron las prerogativas de ciudadanos romanos. No dejemos de advertir la profusion con que este derecho se concedió en los primeros tiempos de Roma. Romulo transmitió á sus sucesores la habil táctica con que, como dice el emperador Claudio, según Tácio, en un solo día *formaba ciudadanos romanos á sus propios enemigos*. Los cimbrenes, los camerinos, y otros pueblos conquistados por Rómu-

(1) Este hecho se da por supuesto, porque antes Roma no tiene existencia histórica.

lo fueron conducidos á Roma y naturalizados allí.

El reinado de Numa, sucesor de Rómulo, no nos da ninguna luz sobre las relaciones internacionales de los romanos, puesto que entregado enteramente al arreglo interior de la ciudad, poco ó ningún caso hizo de sus vecinos. El fué quien creó á los heraldos.

A Numa sucedió Tulo Hostilio, y un acontecimiento importante de su reinado (la guerra de Alba) llama fuertemente nuestra atención. Los Albanos, celosos de los progresos de Roma, devastaron su territorio. Un ejército romano atacó á los invasores y los derrotó haciéndoles muchos prisioneros. La guerra se declaró; y en el momento en que ambos pueblos se preparaban al combate, Sufecio, jefe de los albanos, recibió noticia de que los de Veves y los de Fidenas esperaban á que los romanos y albanos se debilitasen con la guerra para destruirlos completamente. El peligro común unió á las partes beligerantes y los jefes de ambas entraron en negociaciones.

Tulo propuso que las familias principales de Alba se estableciesen en Roma, ó bien que se formase un consejo que gobernase las dos ciudades dividido por uno de los reyes. Los albanos no quisieron irse á establecer á Roma, y quedó en pie la duda de cuál de las dos ciudades debía obtener la primacía en la presidencia del consejo. La decisión se sometió á lo que en la edad media se hubiera llamado *au juicio de Dios*. Este fué el combate de los Horacios y Curiacios.

Decidida la suerte á favor de Roma, Sufecio se sometió en la apariencia, mas no tardó en cometer una traición. Tulo Hostilio le acusó ante el senado y el jefe infiel fué castigado con la muerte. Alba destruida y los ciudadanos transportados á Roma y convertidos en romanos. El ray de Roma volvió entonces sus armas contra los de Fidenas y los venció.

Anco Marcio, sucesor de Tulo Hostilio, venció á los latinos, quienes le habian atacado su pretense de que su tratado con Roma habia dado fin.

Tarquino el anciano continuó la guerra con los latinos, y debemos notar la diversa conducta que observó respecto de los habitantes de Apolonia y los de Crustumium y Collatia. Los primeros fueron vendidos como esclavos; los segundos (que se sometieron espontáneamente) fueron tratados con mas lenidad.

En el reinado de Servio Tulo vemos á este rey proponer á los pueblos de Italia una con-

federacion semejante al congreso de los Auliclonos en Grecia. Su idea fué bien recibida, y el tratado celebrado con Roma, grabado en una columna de bronce.

Sexto, hijo de Tarquino el soberbio, se apoderó injustamente del gobierno de Gabias, y en seguida puso á su pueblo bajo la protección de Roma. Celebraron un convenio de paz y amistad que se conservó mucho tiempo en el templo de Júpiter *Sanguis* escrito en la piel de buey con que estaba forrado un escudo de madera.

Tarquino el soberbio fué el último rey de los romanos.

2.ª EPOCA.—La República.

Los límites de este discurso no me permitirán daros una idea completa de la segunda época de la historia romana. Contentaréme pues, con mostraros concisamente la marcha del coloso, que encontrando la Italia demasiado estrecha para contenerle, se desbordó sobre el orbe antiguo y pudo tocar con una mano la fria region de Inglaterra en tanto que la otra se paseaba por los abrasados arenales de Sahara. Señora del mundo, vemos á Roma unas veces reposar bajo el peso de sus laureles, á las orillas del Batis ó del Ebro, y otras llevar sus armas victoriosas hasta las clásicas riberas del Tigris y el Eufrates.

Sin embargo, señores, forzoso es advertiros que no os dejéis deslumbrar por los brillantes frinifos de Roma; su historia nos presenta grandes rasgos de valor y de virtud; esa austera matrona en medio de nuestra actual afeminación y refinamiento, nos aparece rodeada de magestad; sin embargo, repito, Roma se manchó con muchos crímenes; la injusticia se metió muchas veces sobre sus banderas, y el historiador severo ó imparcial jamas podrá ponderar sus atentados.

Por los años 388 A. C. existia en Clusium, ciudad de Etruria, un rico ciudadano llamado Arnux. Era curador de un joven Lucumon, que significa señor de una tribu. Arnux era casado, y el jóven en retribucion de los buenos servicios que de él habia recibido, sedujo á su esposa, y en seguida, por medio de su posición logró que los magistrados le dejasen impune. El esposo agraviado salió de Clusium y juró vengarse.

Sabido es que los antiguos dividian las Galias en Cisalpinas y Transalpinas. Entre las varias naciones Celtas que poblaban una y otra, Arnux eligió á los senones, habitantes de la

Galia transalpina, para instrumentos de su venganza. Pintóles la fertilidad de Italia, la belleza de sus mugeres, y les hizo gustar algunos vinos esquisitos. Los galos no pudieron resistir tantos atractivos, y reuniendo un poderoso ejército se pusieron en marcha guiados por el Etrusco. Cuando hubieron llegado a las puertas de Clusium, donde estaban encerrados los adúlteros, intimaron rendición á los habitantes quienes invocaron la protección de Roma.

El senado se encontró perplejo, pues no quería dejar sin auxilios á Clusium, ni tampoco declarar la guerra á una nación que en nada le había ofendido. Envió pues á los galos tres jóvenes patricios de la familia Fabia en calidad de embajadores para proponer un avenimiento entre las dos naciones. Preguntaron á Breno, jefe de los galos, qué derecho tenía para invadir el territorio de Clusium? Breno respondió con esta otra pregunta: ¿qué derecho tenais vosotros para invadir el de los equos, tolseos, albaneses y sabinos?

Los fabios entraron en Clusium, y en lugar de conservar la imparcialidad de mediadores, promovieron una salida en que uno de ellos mató á un oficial galo de los más estimados. El senado no castigó este desafío y Breno marchó sobre Roma. Así pues, la guerra de los galos tuvo por causa una violación del derecho de gentes cometida por los romanos.

En el año 279. A. C. un revoltoso ambicioso de Epiro, nombrado Pirro, fué llamado por los tarentinos á quienes había alarmado la victoria de los romanos sobre los samnitas, después de una guerra de más de setenta años. Pirro, que desde el fondo de su mezquino reino abrigaba miras muy vastas, y había proyectado nada menos que la conquista de Italia, admitió gustoso la invitación de los tarentinos. Era un aventurero que no podía subsistir sin atacar á otras naciones, y en prueba de esto recordemos su guerra con Macedonia, guerra que á juicio de Plutarco no fué emprendida más que porque no tenía otro medio de mantener á su ejército.

Los tarentinos no tardaron en conocer que su aliado intentaba dominarlos. Hicieron un esfuerzo para sacudir aquel yugo; pero el caballeroso rey de Epiro los trató con suma aspereza, y les hizo conocer que es muy peligroso buscar auxilios extranjeros para defenderse, porque generalmente los que los prestan no miran al hacerlo más que su interés particular.

Admiróse el rey de los epiotas de ver el con-

tinente marcial de los romanos, y mucho más al observar tanta disciplina en unos bárbaros, según él los llamaba. A las orillas del Liris el cónsul Publio Valerio Levino, fué derrotado por Pirro, pero en *Acadum* recibió este último de Decio y de Sulpicio una terrible lección.

Finalmente, Pirro abandonó á los tarentinos, y el resultado de esta guerra para los romanos fué el someterles todas las naciones comprendidas desde las partes más remotas de Etruria hasta el mar Jónico, y desde el mar Tirreno hasta el Adriático.

Cuatro diferentes clases de derechos tenían los que estaban sujetos á Roma. El primero, llamado *jus quirritium*, comprendía todas las prerrogativas que competían á un romano libre, tales como el derecho de votar, la testamentación activa y pasiva etc. etc. El segundo, *jus latii*, á pesar de que no se conoce la exacta diferencia, era menos que el *jus quirritium* y más que el *jus italicum*. Los que gozaban de este último, se regían por las propias leyes y no estaban sujetos al pretor romano, mas en cambio de esto debían suministrar á sus espensas un cierto número de soldados, y no disfrutaban de la libertad de Roma ni tenían participación en los ritos sagrados. También había diferencia por lo que toca á la propiedad, y el principio del título 6.º lib. 2.º de la Instituta de Justiniano, nos prueba la distinción que hacían entre *suelo italicum* y *provincial*. Los tenedores de bienes raíces en las provincias romanas eran unos verdaderos enteleutas, cuyo señor directo era el pueblo romano. Sin embargo, había provincias privilegiadas, cuyos habitantes tenían el *jus italicum*. Las ciudades extranjeras que obtenían los derechos de ciudadanos romanos se llamaban *municipia*. Las colonias romanas tenían diversos derechos según que eran de ciudadanos latinos ó italianos.

El año 234. A. C. Vemos á los romanos hacer la guerra á Tenta, reina de la Iliria propiamente dicha, con el objeto de vindicar el derecho de gentes violado por ella con sus piraterías y la muerte de dos embajadores romanos. Sin embargo, casi al mismo tiempo vemos al senado romano permitir á los ciudadanos el equipar buques y robar á todos los barcos extranjeros.

Debo ya hablaros de las guerras con Cartago. Desearía estenderme sobre este punto interesante, pero no me es posible. Bastará decirnos que Roma hizo varios tratados con Cartago. En los que Roma triunfaba se hacía pagar los gastos de la guerra. Que estos tratados fueron

violados, ya por una ya por otra potencia, y que el resultado de tres guerras sangrientas fué la destrucción de la ciudad Cartago y la reducción de su territorio, provincia romana. „Los hijos de Roma,“ dice un escritor, „llamaron á la mala fe *punica fides*; tal vez si los cartagineses hubieran triunfado la habrían dado el nombre de *fides romana*.“

111 años antes de Jesucristo, Yugurta, rey de una parte de Numidia, hizo asesinar en la ciudad de Thernida á Hiempsal, aliado de los romanos. La primera impresión producida en Roma por esta noticia fué la de la indignación. Yugurta envió embajadores, y el oro que estos repartieron con profusión, le captó la voluntad de muchos. El resultado fué el que era de esperarse; permaneció impune. El rey de Numidia no tardó en dar á conocer á los romanos que era indigno de su protección; horrorizó con nuevos rasgos de barbarie hasta á sus mismos parásitos, y se decretó hacerle la guerra. El cónsul Calpurnio entró en Numidia á sangre y fuego; pero cedió bien pronto á la prestigiosa influencia del Oro. Celebróse pues un tratado por el cual se le aseguró la paz á Yugurta mediante el pago de un tributo. Esta paz duró muy poco; el Numida fué atacado de nuevo, y después de varias vicisitudes se presentó en Roma. Sus negociaciones en aquella ciudad fueron ya favorables, ya adversas, y finalmente, tuvo que salir de ella. Refiere Salustio que al hacerlo, exclamó: „Ciudad corrompida y venal, para que te pierdas ó seas vendida, no has menester más que un comprador.“ Algun tiempo después el príncipe africanos cargado de cadenas seguía el carro triunfal de Mario, guerrero nacido para cubrir de gloria á su patria, y hacerla al mismo tiempo presa del infortunio.

Los pueblos de la Italia se sublevaron contra los romanos, y esta guerra que recibió el nombre de social fué una de las más peligrosas que tuvieron que sostener. Sin embargo, dos cosas les salvaron; la declaración que hicieron de que todos los italianos aliados de Roma eran ciudadanos, y el tener á Sila á la cabeza de su ejército.

La historia romana en este periodo trata casi esclusivamente de la guerra civil, y el único hecho principal que me resta por consignar antes de pasar á la época del imperio, es la guerra del César en las Gallias. En ella observamos, como en todas las demas, la misma política por parte de los romanos: aliarse con unas potencias para destruir otras, y en seguida someter estas mismas aliadas.

3.ª EPOCA.—El Imperio.

La república romana espiró en las llanuras de Philippí; Octavio después de la batalla de Actium se vió señor del mundo. El imperio romano comprendía la mayor y mejor parte de Europa, Asia y Africa, es decir, cerca de 1500 leguas de longitud y casi la mitad de latitud. Augusto con sus conquistas adquirió una grande reputación y recibió embajadas de monarcas muy lejanos; uno de estos, Fraates, rey de Partia, hizo proposición á los romanos para que celebrasen un tratado sometiéndose á cuantas condiciones se les impusiesen y dando cuatro hijos suyos en rehenes. La altiva Roma al recibir esta embajada, y recobrar sus águilas perdidas en la batalla de Carras, volvió á caer en su frente la rama de laurel que los partos le habían arrancado al derrotar á Craso y sus valerosas legiones.

Por lo general las guerras del tiempo del imperio fueron civiles, y en las que hubo con los extranjeros se percibe la misma tática que ya he expresado al hablar de las Gallias.

El emperador Caracala concedió por una constitución que se ha hecho célebre, el derecho de ciudadanía á todos los súbditos del imperio romano, y desde entonces la ciudad se vió como dice Luciano:

„Mundi facies repléta.“

Claudio hizo crucificar impunemente á varios ciudadanos romanos, hecho triste que prueba hasta qué punto había llegado la debilidad del pueblo.

La época del imperio fué la más desgraciada para Roma. Su influencia sobre las demas naciones comenzó á nullificarse; la demoralización cundió por todas partes; el crimen se asentó en el trono, y aquella vasta fabrica, la obra de tanta sangre y de tantos siglos, empezó á desmoronarse.

Una raza de hombres hasta entonces casi enteramente desconocida, amenazó el imperio, y la nube de los bárbaros comenzó á envolver á los descendientes de Rómulo y de Numa. Enervados por el lujo y la molición, envilecidos, por el despotismo, fueron cediendo el terreno á las hordas que debían plantar los cimientos de las naciones modernas.

Trajanó, Marco-Aurelio y otros cuantos hombres ilustres fulguraron en medio de las tinieblas de aquella era de corrupción. Acaso sus virtudes resaltan más por el contraste que ofrecen con la depravación general.

Roma estaba herida de muerte, pero faltaba el hombre que hundiéndola más el puñal en

su seno la destruyese enteramente. Este fué Constantino. Manchado con la sangre inocente su hijo Crispin, y con otros muchos criminales, le vemos adoptar por proyecto la religion del Salvador. Promueve la traslacion del imperio á Bizancio, y Roma deja de ser la capital del universo.

Mi trabajo, señores, toca á su fin. Inútil me parece enmearceros su imperfeccion. Será suficiente recordaros que he tenido que encerrar en unas cuantas palabras hechas con una pluma diestra hubiera llenado volúmenes enteros.—*He dicho.*



HIGIENE.

L. comenzar á escribir nos hemos preguntado, por qué hemos escogido esta materia mas bien que cualquier otra, por qué hemos dado un salto tan tremendo desde el tratado de estar acobardado hasta el de estar dispuesto á dar buenas mordidas á los alimentos se supone), en fin, por qué no nos hemos ocupado de otras partes de la boca, como por ejemplo, de los elásticos labios, de la flexible lengua ó del atojadizo paladar. Al principio queriamos encontrar alguna razon satisfactoria para nuestros suscritores, ya refiriendo los tratados de baños y oñentes al artículo aso, ya diciendo que el punto de que nos ocupamos es de un grande interés en Mexico, en donde se encuentran diariamente pafuelos de cambray terciados en las caras, ó espantables tumores que amenazan arrastrar tras de sí y devorar las medias caras de los desventurados que los llevan, ya diciendo que el romanticismo invadía la higiene como ya sucediendo con todos los reconocimientos humanos, y por consiguiente se introducía el desorden sobre este ramo, ya... pero para qué cansar á nuestros lectores, el motivo no ha sido otro que el de que nos vinieram á la cabeza esos treinta y dos suscritos, y cada vez que tomabamos la pluma se nos presentaban delante, y en verdad que nada risueños, hasta que finalmente la fatalidad quiso que escribiéramos de los dientes, (la fatalidad es á veces muy buena persona, suele sacar á uno de

aprietos. Ahora bien, deseando que nuestros benévolo lectores no carezcan de lo mejor escrito sobre este punto, nos hemos propuesto presentarles las reglas higiénicas contenidas en una obra interesante sobre la materia recién llegada de Paris, reservándonos el derecho de hacer nuestras observaciones sobre ellas.

1.ª Los dientes se deben someter á un ejercicio diario, de lo contrario se cubrirán de tártaro y sobrevendrán otros accidentes. Biso me acusa mi autor con su regla, creo que ninguno de mis suscritores pecará contra ella, á no ser que no tenga un cuarto en el bolsillo, y no por conservar su dentadura, sino por evitar la sepultura. Poco á poco, señor articulista, cuidado con escribir sin pensar como se acostumbra en esta fecunda tierra en que se han confundido de algun tiempo ar á las palabras escribiendo y escribir: esta regla tiene que examinarse mas de lo que parece á primera vista, porque hay muchos que tienen jubila á la mitad de su dentadura, y todo el trabajo lo tienen encargado á la otra mitad, en suma, que tienen dientes honorarios: pues bien, con estas personas habla nuestro autor y les recomienda el uso de todos sus dientes, sucesiva ó simultáneamente, poco importa, con tal que entren en el ejercicio de sus funciones; habla tambien con los que se ven obligados por una enfermedad larga ó corta á usar solamente de alimentos líquidos, en cuyo caso, lo mismo que en el anterior, podrán evitarse los inconvenientes de la inaccion de la dentadura por el

uso diario de un cepillito suave de pelo de tejón, con el que se restregarán los dientes y muelas á la vez que se enjuague una la boca con agua clara.

Aquí conviene no pasar en silencio el uso que se hace para limpiar la dentadura de diversos polvos que regularmente tienen inconvenientes, pues le dan blancura atacando el esmalte, así es que en lo general se deben deshechar todos esos polvos, y únicamente puede uno permitirse el uso del de carbon sumamente fino para que no raye los dientes, este obra solo mecánicamente y no hay riesgo de que destruya el esmalte ni produzca ningún mal.

La manera mejor de usar el cepillo es llevándolo en la direccion de los dientes y partiendo de la encia al borde libre de la dentadura, pues accipiéndose transversalmente se lastiman y destruyen esas porciones de encia que están colocadas entre los dientes.

2.ª Se deben evitar las chupetas mecánicas. Esta regla se dirige á los muchachos y los que se les parecen que tienen la costumbre de romper con sus muelas las cáscaras duras de algunas semillas, como nueces, piñones, etc., pues se exponen á desprender algunas porciones de esmalte y la carie de las muelas es entonces inevitable.

3.ª Se deben evitar las impresiones de frío y de calor. Esta regla parece que fué escrita para los mexicanos que acostumbraron tomar el chocolate como se dice vulgarmente, á simple y surtido, y beber inmediatamente un vaso de agua fria; ítem para los fumadores que continuamente tienen su boca como hornilla y están produciendo en sus dientes cambios repentinos de temperatura.

4.ª Se debe evitar la accion de los ácidos, y aquí se incluyen los polvos de crémer, la apodera y otras sustancias comunmente empleadas para blanquear los dientes, porque segun antes hemos advertido, dan blancura atacando el esmalte, y producen la dentura ó lo que llamamos tener destemplados los dientes.

5.ª Debe cuidarse de no recibir la impresion del frío en la cabeza cuando suda. Ninguna regla tiene mas aplicaciones que esta, que hablando con todos, se dirige especialmente á las señoritas y á los que se les pararon que pasando una noche entera en mover sus pitecitos á compás ó sin él que es lo mas comun, se exponen á las corrientes de aire frio de la mañana: á las elegantes señoritas que esclavas de la moda ya se nos presentan semi-desnudas desafiando las curiosas miradas y los sutiles y heridos venticillos, ya con *mon ami*, empotas,

capucanas y que se yo cuantas cosas mas (de que corresponde hablar á Querrubin), como si apostasen á quien suda mas, á á quien se desfigura mas. Ítem á los caballeros, que no teniendo sustancia en el interior de su cabeza se ocupan únicamente del casco y ya lo dejan tumbado y virado como de puritanos, ó ya con luengas y desmedidas melonas como de leon africano, aunque á la verdad no salen de entre esas gualdejas ruidos sino gramíndis que se ha convenido en llamar canto. A todos esto y á otros muchos mas conviene la susodicha regla, pues que experimentando vicisitudes de frío y calor se ven espuestos á postomillas, fluxiones, etc. que destruyen poco á poco la dentadura.

6.ª Se cuidará de quitarse con el limpia dientes las sustancias que introducidas entre las muelas pueden dañarnos en el estado de putrefaccion. Nada tenemos que agregar á esto sino que debe hacerse esta operacion con cuidado, para no lastimarse ni despegar la encia de los dientes.

7.ª Después de cada comida y en la mañana en algunas debería hacerse enjuagatorios con el agua clara. No es necesario dar las razones en que se funda esta regla, creemos que será claro para todos que en las circunstancias citadas es cuando se debe cuidar de limpiar los dientes y se recomienda en especial al levantarse de dormir, porque entonces es cuando se cubren de sustancias que pueden dañarnos.

Aquí deberiamos ocuparnos de la higiene de la dentadura considerada en la niñez, es decir del cuidado que debe tenerse en la época de la aparicion de los dientes y de la manera de evitar sus deformidades, pero siendo difícil hacer populares estos conocimientos y escribiendo nosotros para todos los que nos lean, únicamente nos limitaremos á decir por ahora que se debe favorecer la salida de los dientes en los niños tocando las encias con el agua de goma, limaza, la leche u otras sustancias desinflamantes, y así se evitaban los dolores y muchos de los accidentes que hacen peligrosa la denticion. En segundo lugar debe tenerse presente que en muchos casos en que toman los dientes una direccion viciosa, puede corregirse solo mal en una época temprana y se debería recurrir á las personas que se ocupan en particular de este arte.

Terminamos nuestro articulo recomendando á nuestros lectores, y especialmente al bello sexo la observancia de estas reglas; así, nuestras hermanas lectoras, se evitarán de las insoprtables molestias de las enfermedades y

la dentadura y agregarán á sus gracias la de conservar sus pequeños dientes, limpios, iguales, de una blancura *ebullissante* (que deslumbra), firmemente colocados en una encía de un color rosado hermoso, como el de los labios

que se entreabren en una sonrisa para dejar entrever las perlas con que han sido regaladas por la naturaleza para su conservación y adorno.—RR.



DON ESPIRIDION MACHUCA

HERMANO DE LA CARIDAD. (1)



*Plumer la poule sans la faire crier
Elige plus d'art que tout autre métier.*

MALABRISA.



UAN cierto es por desgracia que las virtudes de los hombres, incluidas las mujeres, pueden ser cómodamente numeradas con los dedos de una sola mano, y que sus viciosos defectos no pueden contarse ni aun por los cabellos. De aquí nace que cuando topamos con seres sensibles y benéficos, es decir, que practican la mayor y más alta de las virtudes, que es la caridad, nos reconciliamos con la especie humana, y no creemos ya, tan firmemente á lo menos, que es el mundo la morada tan solo del egoísmo y la maldad. Afortunadamente existe en este suelo bendito una especie harto numerosa, de hombres tan magnánimos, que no contentos con hacer el bien á sus seme-

jantes de uno en uno se han propuesto, y lo llevan á cabo, tender una mano bienhechora á ciudades enteras y aun naciones. Hay más: el número de los ingratos necesitados crece diariamente, y cosa singular se aumenta en la misma proporción el de los benefactores de este nuevo género, por manera, que aquellos que socorren á las masas, es de suponer tengan enjambres de malquerientes y desgraciados. Nada les arredra, sin embargo, y lejos de desmayar ellos en la senda de la beneficencia, no duermen ni comen pan á manteles hasta ver convertida en nuevo paraíso (no se crea que por la desnutrición á la nación á quien fué su ánimo auxiliar y hacer dichosa. Hala llegado su turno á la nuestra, lector hermano. Bien lo sabéis. ¡Oh, almas privilegiadas! yo os venero

(1) El grabado en madera que acompaña á este artículo, es obra del mismo apreciable joven que nos ha favorecido anteriormente con otros ejecutados tambien por él para este periódico.—RR.

á pesar del apodo con que la depravada muchedumbre os apostrofa. Y que ¿no ha conocido el pio lector de quienes voy hablando? hay por ventura quienes hagan la caridad, no al menudo, como es comun y corriente, sino por mayor, en grande, á no ser los que por instigación del demonio llama el vulgo de los que han hambre-agiotistas?

A esta benemérita clase pertence mi héroe, D. Espiridion Machuca y Prorateo, cuyo fiel retrato se mira á la cabeza de este humilde panegirico.

Yo bien sé que en este lugar se echan de menos algunas ligeras anotaciones biográficas, para conocer en lo posible la bella alma del venerable Espiridion, ya que no es fácil olvidar su bienaventurado cuerpo en habiéndolo visto una vez, sea al natural ó en efigie.

Más como quiera que se ignora la mayor parte de los acontecimientos de la niñez y juventud de Machuca, el lugar de su nacimiento, quien fué su padre, aunque de esto no tuvo culpa la madre, que de positivo se sabe fué honrada, si las hay, á prueba de bomba, nada puedo decir sobre estas menudencias. En verdad hablando, no tengo por accion propia de *secularis homines*, el idear sucesos raros en vez de decir los verdaderos, ni el inventar razones nunca dichas por quien se supone, ni menos todavía hacer estribar la verdad histórica en el dicho de cualquiera farolero ó cristiano, que se dice testigo de todas las consejas que refiere. Y pues únicamente ha de decirse la verdad, por sencilla que fuere, me veo precisado á coger á mi héroe recién ya y entrado en años, lo cual si me hace pasar con los severos por biógrafo de medio pelo y poco inteligente, tambien tiene la ventaja de que ni yo desperdiciaré ni túnta ni el lector su saliva en puerilidades semejantes, y así quedarémos mutuamente convidados, Dios mediante, para la próxima entrevista.

Comienzo, pues, mi bosquejo, y digo: que conocí á D. Espiridion de comerciante en visperas de dar nuevo estallido ó sea quebrar por la tercera vez; derrotas mercantiles son estas, parecidas á las de aquellos generales que vencidos una y otra vez en los combates, salen por obstaculo gananciosos al fin de la campaña, cuya paradoja solo puede comprender quien haya leído nuestra historia; pero en obsequio de la verdad debo decir: que nunca fué mejor, cristiano Machuca ni manifestó mayor resignación y sangre fría que durante los días criticos, Acosándole los acreedores por el pago de sus

respectivos créditos, con aquella constancia y entusiasmo de que usan generalmente los que alcanzan con los miserables alcanzados, y no pudiendo el satisfacer sus deudas en metálico, ¿qué hace? poseído de un espíritu de caridad cristiana, no comun á fe mia, entre deudor y acreedor, desaparece el día menos pensado, y digo el menos pensado, porque se venian en el varias libranzas, y entra á hacer ejercicios espirituales. Llevó ánimo firme de mortificar su cuerpo y pedir á Dios que lloviese aguaceros de bendiciones, y aun pesetas, si era dable, sobre los desconsolados y boquiabiertos acreedores, es decir, en castellano claro, que fué á liquidar cuentas con Dios, tanto para salvar las apariencias, como por ver si le hacia las mismas quitas que los acreedores terrenales. Temiendo estaba el timorato comerciante que tambien en el cielo entendiesen de interés compuesto, cuyo interés segun Machuca opina desde que él lo carga, es de derecho divino y fundado en las sagradas letras, que respecta casi, tanto como las de cambio. Sacó de esta incertidumbre el considerar que mal se aviene el uso de cálculos tan complicados como son los de interés compuesto, con el sistema que todavia rige en el cielo de llevar los libros en partida simple, lo cual colige D. Espiridion de haber leído y aun oido decir á hombres doctos: „el libro de los destinos, y no los libros del destino.“

Declarada la quiebra al salir Machuca de Ejercicios, y á pesar de haber quedado con algùn metal, que por cierto no era estafío, para soldar despues la quebradura, pidió y obtuvo del paternal gobierno de aquella época el ser nombrado visa de una de las aduanas maritimas de la república, alegando, segun lenguas contemporáneas aseguran, lo quebradizo que fué de negociante. Si se reflexiona que Machuca era hombre entonces de devoción y virtud nada comunes, y que, despues de su último fracaso no despejaba los ojos del suelo sino para dirijirlos al cielo, se veá en el conocimiento de que en el puerto se le pasaban por alto muchas cosas; así es que el nuevo gobierno le suplicó que viniese á esta casa á explicar el motivo de tales distracciones.

Vino en efecto á la corte el buen Machuca: más sin que se sepa cómo ni por qué la sólida virtud quedó triunfante y vimos todos que en vez de salir caballero sobre un mulo á visitar la fortaleza de Acapulco, se presentó en el paseo en un magnifico landó tirado por sirronas, y mirando mas horizontalmente que solia.

En esta época gloriosa de su vida ejemplar, es cuando se manifestó mas encendida la ardiente caridad de Espiridion. Lejos de ser con la hacienda pública que fué la nodriza que le dio de mamar y le hizo gente, desnaturalizado y malagradecido, como tantos hambrientos empleados que no cesan de maldecirle, y acusaria de madrastra cruel, acudió constantemente á sus llamados, con una talega en cada mano y los amplios bolsillos del paletó llenos de recibos de pagas corrientes, para así se verificase, no lo que el necio vulgo llama matar dos pájaros con una misma piedra, sino socorrer á dos menesterosos á la vez.

¡Generoso corazón, conducta filantrópica! que notablemente ha influido en la profunda veneración y estima con que son vistos hoy, así D. Espiridion, como los demás individuos de su serafica escuela y compañía. Porque en efecto, quien sino ellos abre con sin igual franqueza el bolsillo á los partidarios, y principalmente á los gobiernos vergonzantes? quien sino ellos llevaría la caridad hasta el extremo nin-

ca visto de comprar las resmas de papel ya escrito y borrageado que los empleados venden, casi, casi, cual si fuese blanco y riquísimo florere?

Ya se ve, con sobrada razon les llaman todos, con especialidad á mi Machuca: ¡paño de lágrimas de los empleados, constantes y sinceros amigos del tesoro público, amparo de las viudas feas, (las bonitas no lo necesitan) y dignos de una vez, en obsequio de la justicia y de la virtud, no agiotistas, ¡Dios nos libre! sino HERMANOS DE LA CARIDAD, único nombre que conviene á una institucion toda de beneficencia y amor al prójimo, incluso sus faltigueras. Tan cierto es ello, que á no ser por el vientre á la *montgolfiere* de Machuca y acaso por el paletó, pasaria probablemente por el S. Vicente de Paul de la nueva hermandad. Yo solamente una pequeña diferencia he notado entre estos hermanos y las de la Caridad, y es que *ellas* recojen al desvalido de la calle, y *ellos* tienen por oficio dejar á uno en *ella*. *Luis Deo.*—MALAESPIÑA.

¡A ESCRIBIR!



ONSTANTEMENTE se lo digo á este niño, Sr. Anónimo, me decía el bueno de D. Pánfilo al presentarme por primera vez á su hijo; pero el ha dado en que los críticos pueden hacerlo trizas, y tiene miedo de no poder igualar á tantos y tan claros ingenios como pululan hoy por esos andurriales y...

—Pues sí, no teme más que eso, hube de decirle, es el niño medroso en demasia. El niño que cuenta ya sus veintinueve abrítes bajo los ojos se encendió y prorrumpió con balbuciente voz en una frase de estilo en semejantes casos.

—Y no es eso lo malo, continuó Don Pánfilo, sino que por mas que yo le grito: ¡a escribir! no quiere... y mire V. el tiene instrucción; en su niñez estudió latín y con ayuda de un diccionario y de alguno de sus condiscipulos medio

traduce algunas oraciones de Ciceron; el francés lo traduce con mucha exactitud, palabra por palabra, y de inglés sabe unas cuantas voces que pronunciadas á tiempo y con cierto aire...

Al fin muchacho, le gusta darse importancia. —El niño se puso rojo de vergüenza. —Diga V., prosiguió, si no tiene con esto bastante y aun de sobra para escribir.

—Indudablemente, le dije, es mucho saber para su edad.

—Y luego, dijo Don Pánfilo, se echa á pechos todos los vaudeville del teatro francés y ha leído los cien tomos de Zorrilla; y se deleita en saborear los atrevidos conceptos de este autor y...

—Pero por supuesto no ha tenido la necesidad dije yo, de leer á fray Luis de Leon ni á...

—No, no señor, dijo el niño, me parece que ya sé bastante; pero tengo un genio tan corto...

—Y á hecho poesias? pregunté.

—Sí, si, pero prosa es lo mas, contestó Don Pánfilo, tiene un estilo... Vamos, dijo, dirigiéndose al niño, lee tu composicion última...

—Pero papá... dijo el niño, y comenzo un ligero altercado en el cual tomé parte y que concluyó con obligar al jóven á leer.

—Como se llama la composicion, pregunté.

—El *ensueño de mi ventura*, dijo el jóven.

—No, no es eso, dijo Don Pánfilo, te hablo de aquella novelita titulada *La interdiccion*.

—Ese titulo, está en francés señor Don Pánfilo, yo lo conozco y creo que es el de una de las novelas de Balzac.

—Precisamente, dijo el buen hombre, la misma sino que mi hijo la tomó de allí y le hizo algunas variaciones.

—Pero el titulo, repliqué, está en francés.

—Ya se ve, dijo Don Pánfilo, si la obra es francesa... pero con lo que este le habecho es ya obra suya.

—Y así tiene V. miedo de igualar las obras de algunos preclaros ingenios nuestros contemporaneos? pregunté al jóven. Quite V. amigo; tiene V. todos los tamaños para ser un escritor de nota... ¡ea V., ea V., sin miedo.

—¡A escribir! prorrumpió el viejo, ¡A escribir! ¡No te lo he dicho? Vamos, lee la novelita.

El jóven se escusó con no traer en el bolsillo los papeles, y el padre insistió entonces en la lectura del *ensueño de ventura*. Animado el novel escritor con mis ruegos sacó de la cartera un blanquísimo papel y leyó de esta manera.

„El *ensueño de mi ventura*. —Dulce sueño que embargaste un día mis sentidos fatigados, ven, ven á mi seno, yo te adoro, porque eres fingaz como el vislumbre blando de fulgente arrebol. Dulce sueño, yo te he visto doblar tus alas sobre mi aliento vaciante, como dobla ufana la cándida paloma su mirada de angustia sobre la aperlada yerba que baña con sus melodiosos cantares el doliente ruisenor. ¡Dulce sueño!...“

—¡Qué dulzura! interrumpió D. Pánfilo, ¡qué voces tan suaves! y mirando entrambos que yo sonreia, callaron, gozoso el padre, satisfecho el hijo. Prosiguió: „Dulce sueño! En blancas ilusiones de oro pintáste mi porvenir; tu voz era blanda ¡oh sueño!, como el ruido inverso de torrente gruñidor y eran suaves tus miradas, ¡sueño de mi ventura! como el torneado cuello del palpitante cisne; mas volaste ufano por el mar eterico de horizonte infando, pasaste caal pasa el raudó soplo de deslumbradora brisa sobre la sien agitada del arbusto tímido.“

—¿Qué le parece á V., Sr. Anónimo?

—Muy bueno, excelente, Sr. D. Pánfilo.

El jóven continuó: „Era entonces mi edad, de esplendores, fulgente cual tibia luz de mirrada angelica, lánguida y dulce como el cantar sonoro de pintadas aves que en vulgo pasaron sobre las ramas del fúnebre arrayan. Mi vida se deslizaba entre el ruido insano de mundanal orgia, y entre el bronco reir de cantadores ebrios sonó tu voz, mi sueño de ventura. Yo vi tus ojos radiantes como las pupilas frescas de la hermosa virgen del desierto, de esa virgen bella con el corazón de paloma y su aliento de aleli; yo te vi, yo te adoré sueño mio; eras bello como el lucero vespertino que se enfanga radioso entre el mar brillante de aromas y de colores que deja en su pos el sol. Eras puro como el aroma delicado de las flores que baña el rio; como la gota pura de virginal ambiente.

Mas alzaste el vuelo ¡oh sueño! huiste de mis ojos y miré en mi rededor el vacío. Tu gigante gesto me revelaba amores y hallé en mi torno lágrimas amargas como el desconuelo triste de lubrico deseo, lánguidas como suspiro que aturde al alma con son fantástico. Y crucijste ¡oh sueño! en blando beso, y al volver al mundo solo hallé susabores y deleites de ponzoña que cubrian harapos de arrebol luciente; y te fuiste, sueño mio, y desperté al reir nefando de criminales turbas que sonaron á mis oídos como el batir de carniceros buitres que con sus alas sombrean el prado... Sueño de mi ventura, tú has huido... ¡Por qué no sueño siempre? Mexico...“ sigue la fecha, dijo el jóven, y la firma.

—Acabó V., preguntéle.

—Sí, sí señor, dijo D. Pánfilo, ¿qué dice V.? ¡Qué cosa tan bonita! que opina V. de la cordialidad de este niño?

—Que es extremada cuando hace cosas tan estupendas, contestó.

—Lo oyes necio, lo oyes, exclamó D. Pánfilo. ¡A escribir hijo mio, á escribir!

—Escribiendo muchos como V., le dije en tono serio al jóven, se hace un positivo servicio á la literatura, porque (añadi para mi sayo) así se fastidiarán mas pronto los lectores y con la falta de estos morirán de consunción los escritores.

—Entiendes, decía D. Pánfilo, entiendes, no hay remedio, ¡a escribir!

—Sí señor, á escribir, repeti yo; y para animar á V., esta composicion va á imprimirse en el Liceo.

—Mañana mismo, hoy, en este instante vas á tomar la pluma y á escribir; yo te lo mando, yo, tu padre, tu amante papá...

A estas voces los ojos del joven escritor se enrojecieron, su mirada era fija, sus labios temblaban, su cabello se berizó y por entre los surcos que dejaban aquellos mechones cimarranados se abrieron paso en ese momento unas doce ó calorco inspiraciones que yo mismo vi golpearse á la entrada de la mollera, cederse el paso, hacerse mil cumplidos y entrarse una á una á su nueva habitación, la cual removieron de tal suerte, que el inspirado joven extendió los brazos, apretó los dedos, y respirando con lentitud y con la fuerza de una ballena, sacó por gritar con una voz terrible: ¡A escribir! y echando á correr nos dejó sin despedida marchándose con su docena de inspiraciones en la ebullida y su buena dosis de orgullo y de locura. Cuando

iba ya por el fin de la calle, y al tiempo que el buen papá D. Pánfilo se despedía de mí, oímos un grito espantoso que se comunicó con una rapidez eléctrica, y mil voces robustas clamaban á escribir; todos los transeúntes se habían inflamado al simple aspecto del hijo de D. Pánfilo; las plumas y el papel se agotaban en las tiendas de la cuadra y el ruido no cesaba. La vocería iba en aumento: el tumulto crecía y mi D. Pánfilo sintiéndose arrojado por el frenesí popular, echó á correr gritando también ¡A escribir! y dejando abismado al pobre Anónimo que al oír tan espantables ruidos y como si viese un espectro, gritó á su vez con el acento del miedo é involuntariamente: ¡A escribir!! —A SOSTIENE.

Sicce Mexicano.



GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON DIEGO OSORIO ESCOBAR Y LLAMAS.

Obispo de la Puebla. Vigintimercario virey de la Nueva-España. 1664.

El 29 de junio entró en el gobierno vireynal el obispo de la Puebla, sin que de su época se refiera cosa notable sino su corta duración.

El 15 de octubre dejó el puesto que vino á ocupar su sucesor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. DIEGO OSORIO DE ESCOBAR Y LLAMAS
Obispo de la Nueva España

LOS TRES JUANES.

CUENTO ESCRITO CON TITULOS DE COMEDIAS.



IVIA Luisa en la calle de la Sombrecería (en Bilbao) con sus dos hermanas Paca y Mariquita; y aunque ninguna de ellas había frecuentado *La Escuela de las coquetas*, *La Ambición de ser cortejadas*, les hacía ser *Una de tantas* que nos pinta Breton en sus comedias. *La familia del bolsacario* que era su vecina, se componía también, sin contar el género femenino, de tres jóvenes que habían dado en la flaqueza de enamorarse de ellas; y como *ellos* era y ellos se juntan, las miradas fueron pagadas con miradas. *El desden con el desden* y los suspiros con suspiros, hasta que por último, cansados de pasar frente al balcón de *Las tres sultanas* más de *Una noche toledana*, resolvieron hacerlas saber por escrito *Los primeros amores* y nuestros deseos que las consagraban.

El farmacéutico, que si no era *El hombre más fino de Francia*, se puede asegurar que si de España, y había logrado *Hacerse amar con poca* (olvidando la lección de *A la vejez escuela*) de una joven de *Honra y provecho* con quien había contraído segundo matrimonio, se vió obligado por ruegos de esta á ser *El destructor de su familia*; pues el *amor de madre* de ella, no se extendía á los hijos de *El marido de día siguiente*. Por lo mismo, para darle *Pruebas de amor conjugal*, espuso á sus hijos varones los deseos de su nueva mujer; y siendo ellos para con su padre *El erio* de la lealtad, se propusieron darle gusto en todo lo que apeteciera; y de acuerdo con él, abrazando el timo el arte de la pintura, en que era profesor, el otro la música etc... salieron á probar *La randa de la fortuna*, poniendo *Bandera negra* á su madrastra; pero no sin haber manifestado antes á las vecinas de quien estaban enamorados, en sus cartas tecnológicas que á continuación

se hallan, *El plor de un drama* que añelaban veritificar con ellas.

Habiendo omitido el autor de este cuento el partido que tomó uno de los hermanos, y conociendo la diferencia que hay de *Lo vivo y lo pintado*, se ve precisado á decir para *Engañar con la verdad* al luniguo lector, que el último no necesitó reflexionar el giro que debía tomar, pues hacía muchos años, á pesar de que repetía á cada instante *No más noviazos*, que el comercio de ropa era su ocupación; y como *Una ausencia* puede traer consigo *Las terribles consecuencias de un momento de error*, se apresuró á que Mariquita antes de *Partir á tiempo* leyera su carta, que si mal no me acuerdo, decía así.

CARTAS TECNOLOGICAS.

„Hermosa Mariquita: Parecerá increíble que á un *tendero* le puedan ocupar otros *calculos*; que aquellos que le pueden dejar alguna *utilidad mercantil*, pero *yo sirvo de prueba* para deshacer este error: porque desde que vi por el ligero *ceño* de la mantilla que cubría el hermoso rostro de V., la mirada penetrante de sus hechiceros ojos, conocí que era V. para mí el género más apreciable y de un valor desconocido. Enbebitido, pues, con la imagen de V., mis *sentas* han bajado considerablemente, porque no atendiendo á los *marchantes* con aquella prontitud que forma las reglas del *comercio*, y despatchando paño por *crea*, y *gantes* por *medias* etc., los *compradores* han desaparecido, y las *entadas* en *caja* han *paralizado* también.

Agréguese á esto, que ocupado en trazar y despedazar varios *billetes* que intentaba *rentar* á V. declarándola mi *fino amor*, mis *libros de compra* y *rentas* que para mayor puntualidad llevaba por *partida doble*, se han visto



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

abandonados sin hacer en ellos el mas ligero apunte.

En virtud de lo espuesto, y para que este descuido no siga adelante y me acarreen una quebra vergonzosa, me veo obligado, impelido por la pasion que me ha inspirado la hermosura de V., á suplicarla se digno sacarme del compromiso en que me hallo, por causa de mi amor, haciendo los dos una *compañia* que recupere mis *perdidas*, porq'ua mis *créditos* y *pagos* se mantengan en la plaza liosos.

No se me oculta que V. es una niña fina como el *cambray* y acostumbrada á engalanarse con las *sedas mas preciosas*, al paso que yo estoy tejido con la *ardianzia* de la *jerga*; pero todo se puede remediar: si V., Mariquita, se propone adelantar sus *hilo* toscos de mi educacion, que no tiene otra recomendacion sino la de haber salido hasta hoy sin *aceria* ninguna.

Espero con impaciencia la *contilacion* de este interesante *negocio*; y la contestacion á esta ruego á V. me la *gire* inmediatamente, para que sepa si mi *letra* á la *viata* ha sido *aceptada* ó *respaldada*.

JUAN BAYETA.

EL PINTOR SE EXPLICO EN ESTOS TERMINOS.

„Incomparable Luisita: Desde que tuve la dicha de ver sus divinos ojos, las *amágen* de V. quedo *retratada* con *perfiles* indelibles en mi corazon. En vano los *pinceles* del célebre Rafael han pretendido trasladar al *linco* las *facciones* mas perfectas: el *modelo* de su inspiracion, estaba muy distante de reunir el *colorido* apacible y los bien combinados *contornos* que, á primera vista, se notan en el *original* de la *pintura* que yo adoro. Si, Luisita, V. es la mas bella *figura* que puede anhelar un artista que suspira por la perfecta *imitacion* al *natural*. Bien conozco la diferencia de gusto con que el *pintor* nos ha *delineado*, pues en V. el *blanco* y *carmin* han sido colocados con *maestria*, mientras á mí solo me ha *bespiefado* con *lapis* grosero. A V. le ha distinguido *confecciones* finas *plata*das al *templo*; cuando yo solo he merecido algunos mal dirigidos *brochazos* y una *masculacion* tosca y *desproporcionada*.

Sin embargo, si V., Luisita, se digna aceptar mi desgraciado *busto* y lo reune con la maravillosa *miniatura* que idolatro, mi *paleta* y *pinceles* solo se ocuparán para *copiar* de V. las divinas *cejas* que la adornan, y V. será para mí el mas bello adorno de mi *galeria* de *retratos*,

Nada tengo que decir á V. de mi conducta, pues nadie mejor que V. conoce los *toques* de mi *compasion*, y que si me caso será un hombre *dibujado*, un marido al *oleo*.

JUAN PINCEL Y PALETA.

LA DEL MUSICO DECIA ASI.

„Francisquita: es V. la mas perfecta *composicion* que ha salido de manos del Criador. La mas admirable *armonia* se nota en todas las *partes* que sirven de *disposon* á sus recomendables *virtudes*, y por lo mismo yo no he podido menos (al recorrer la *escala cromatica* que se encuentra desde las *semifusas* que adornan las plantas de V. hasta el *sol regrave* que respaldase sobre las *apogaturas* que hermosean su rubia *cabellera*; no he podido menos digo, que hacer un *calderon*, para admirar en *compas mayor* los *melodiosos tenos* que hacen á V. la *pausa* de la *amabilidad*.

Todo lo que acabo de decir, solo sirve de *preludio* á la *apertura* de mis *pretensiones*, que se reducen á querer reunir los *buenos cantos* que embellecen á V., con las *cortas producciones musicales* que poseo, para que de este modo, formando de ambos estremos un *duo regular*, nos sirva de *tema* á los *vaives* y *contradanzas* que ambos podamos dar á luz.

Resuélvase V., pues, Francisquita, teniendo presente, que en todos los *registros* de mi vida, no hay un solo *puntillo*, ni una sola *aspiracion* de *corchea* que la hayan sacado del *tres por cuatro* que es el *compas* que está al principio de la *luz*; y que para amar á V. olvidaré todos los *compases* de *allegretto*, para ser un marido *recitado* ó si V. quiere *semibreve*.

JUAN DE LA SEMICORCHEA.

Ni les divertió poco la originalidad de estas tres cartas á Luisita y sus hermanas; pero como *Hombre pobre todo es traza*, y las niñas no habian estudiado *filosofia*, *Cada cual con su razon* concertó que, *Una mujer del siglo diez*, y *neece* no debia preferir un *Contigo pan y cebolla* á *Tanto sales cuanto tienes*, por lo que respondieron á los pretendientes que, *A ninguna de las tres* les parecia bien acceder á los deseos que manifestaban, porque ninguno de ellos era *Un novio á pedir de boca*.

No sé si la *Lionja* á *todas* que ellas demostraban sin decidirse por ninguno de los muchos que las pretendian, ó si el haberse revuelto los desventurados amantes de un apellido adecuado á la profesion que ejercian, quedándose, *Sin nombre* verdadero, fué la causa de

la repulsa que recibieron: lo cierto es, que ellos vieron que *Mas vale llegar á tiempo que rondar un año*, y esperando *El cambio de diligencias* que les fueran favorables con su *Amor y honor*

se retiraron los *Tres huérfanos*, habiendo alcanzado con el desprecio de aquellas jóvenes volubles *Ganar perdiendo*.

NICTO DE ZAMACOS.

MEDIO SEGURO DE PASAR PLAZA DE LITERATO.

La ignorancia se admira siempre á sí misma.

BOILEAU.



RECISO es convenir en que la literatura tiene hoy un aspecto terrible, porque no se puede dar un solo paso sin encontrarse con algunos autores célebres ensalzados en ciertas academias privadas, y preconizados en los periódicos, cuál por sus versos, cuál por su prosa, quien por la profundidad de los pensamientos, quien por la elegancia del estilo. De suerte que ya no hay dioses desconocidos, pues todos tienen sus altares, sus sacerdotes y sus adoradores.

Pero, ¿en qué consiste (me dirán algunos) que abundan los grandes hombres y escasea tanto el verdadero ingenio? ¿De dónde nace que haya multitud de escritores afamados y tan pocas obras de mérito, de donde esa magnificencia aparente y esa miseria real? Este es un arcano, y no deja de haber peligro en penetrarlo.

Mas en breve sabrán, los que tal preguntan, que hay un medio infalible de pasar por literato, un arte que nada tiene que ver con el mérito del escritor; y si bien es cierto que no es nuevo, pero en nuestros días ha llegado á su perfeccion.

¿Qué locura la de aquellos que para adquirir fama en la república de las letras, cultivan su entendimiento, esperan para escribir á que su juicio esté maduro, y dejan á sus producciones el cuidado de recomendarse ellas mismas con el público? Estos tales, no obtendrán en recompensa por su trabajo, sino tardias muestras

de un aprecio estéril y aisladas pruebas de aprobacion de los hombres ilustrados. Menos talento y mas astucia; menos vigor y mas arte, ved ahí lo que dá nombre, lo que nos grangea hoy alto concepto.

Por eso se han convenido nuestros autores, de que es mas fácil conseguir que tenga salida y aceptacion una obra chabacana, que componer una buena; y de que como la posteridad se hace esperar demasiado, seria un candor imperdonable pensar en ella, ya que probablemente tampoco ella pensará en sus mercedes.

Así es, que ansiano por gozar pronto, se proponen constituir un censo vitalicio con su ingenio, esto es, ponerlo á rédito por el tiempo de su vida perdiendo el capital. Hé aquí la causa, de que solo se afanan por lo presente, de que horroncan tanto papel y dejan sus obras imperfectas y toscas; pero saben, sin embargo, hacer pasar sus mamarrachos por unos portentos del ingenio. Uno sin pararse en pelillos se adjudica el mismo el lauro; de suerte, que hace de Dios y de pontífice, celebra su apoteosis, y es uno de los idolatras. Pero otro, mas astuto, pone en agena mano el necesario, y aparenta recibir con repugnancia las adoraciones que le tributan.

Poco cuidado se les dá á entrambos del juicio que la posteridad forme de su mérito: que están ya canonizados en vida, y esto llena sus modestos deseos. Lo diré de una vez, como una gloria doradera es fruto de un trabajo

dilatado é impropio; prefieren una celebridad precoz, imagen de aquellos frutos que á des- picho de la naturaleza se logran en fuerza del calor artificial.

¿Y cuáles son los medios de adquirir esa celebridad?

Los banquetes: estos ejercen en las reputaciones literarias un influjo tan grande, tan palpable y reconocido de todo el mundo, que me admiro de que no aspiren á la fama de literatos todos cuantos tienen buena mesa. Les sería muy fácil, ciertamente, encontrar panegiristas aduladores, porque la lisonja va siempre en busca del que la paga á letra vista. Estos generosos Anfitriones no necesitan tener ingenio ni talento, porque sus lunas cocineros pueden suplir aquella falta, y la abundancia de marjares y vinos delicados sería un garante seguro de la bondad de sus escritos.

Pero si algunos, por no poder el tiempo, quieren mejor hacer cálculos que escribir, no es este un obstáculo; porque habrá quien escriba y piense a nombre de ellos, quien los lleve de gloria á triunfos de su dinero, son, pues, dignos del mayor elogio, si acaso se contentan con el papel de Mecenas, y no quieren representar el de Horacio ó de Virgilio, que á la verdad no les saldrán más caro.

No fallará quien me tache de exagerado; pero ciertamente quedaría confundido, si llegásemos á la prueba y les arrancáramos á más de cuatro la máscara. Entonces se vería, que tal autor no debe su crédito sino á una mesa bien provista y siempre franca; que otro cuyas obras no son más de sus hijas adoptivas ha hecho que las elogien los periódicos.

¿Y qué diremos de los que ocultando su incapacidad bajo el velo del orgullo, hacen tener como á deshonra el renombre de autor, y que nos amonician con no dejar jamás que vean la luz pública los frutos clandestinos de sus ocios? ¿No vemos como se presta la adulación á los cálculos de su necia vanidad, atribuyéndoles multitud de obras imaginarias, y suponiendo en ellos talentos que no tienen, cuando se han olvidado de aprender siquiera la ortografía?

Puesto que de tantos modos se hace tráfico con las reputaciones literarias, debemos esperar que dentro de poco se venderán en el mercado; entonces se les fijará precio como á cualquier otra mercancía, y sabremos por lo menos á qué alternos, y cuánto ha de costar á cada uno hacerse celebre.

Dichosa, pues, una y mil veces feliz el escritor que merece á Plutón una halagüeña mira-

da, pues no tiene que correr en pos de la celebridad; antes bien le saldrá esta al encuentro, y cada paso de ese hombre afortunado hará brotar laureles que le engrandezcan todavía más si se abajare para recogerlos.

Las riquezas, pues, como hemos visto, ejercen su poder hasta en el templo de la sabiduría. Pero es de advertir, que lo que el oro hace por unos, lo ejecuta la intriga en favor de otros. Hay ciertos protectores sin títulos, algunos Mecenas que, de propia autoridad y mas bien por darse importancia que por gusto, se constituyen jueces en un arte cuyos primeros rudimentos ignoran. Sus salones son otras tantas academias, donde se agrupa la mediocridad para sobreponerse al talento, que, como mas noble y grave, se empeña en labrar su suerte por sí mismo. Allí se forman esas hermandades ó asociaciones literarias cuyos miembros juran defenderse reciprocamente contra todo el mundo, y combinan sus esfuerzos para echar al suelo las puertas del templo de la fama. Allí se encuentra un auditorio siempre benévolo, que se arroba en éxtasis al escuchar las mas soporíferas producciones, que atribuye al bello el canto melodioso del cisne y á la avutarda el vuelo sublime del águila. La obra que es aprobada en estos garfios de la gloria literaria, puede contar con que tendrá salida; porque los confrades la recomendarán mucho tiempo antes de su impresion, y despues de hecha la pondrán los periódicos en las nubes.

¿Y si el público quisiera reprobarla? Nada importa: entonces se le dice en buenos términos que se ocupe en sus negocios, que es lo que le importa, y no se meta á revolver una senten- cia pronunciada por jueces mas competentes que él. Pero este caso es muy remoto, porque el público es á menudo el juguete de estos intrusos mentes, y á fuerza de oídos, que Pea- púo, por ejemplo, es un Dios, lo cree firmemente y se prosterna. Esto le parece mas fácil y comodo, que leer las obras maestras de tan encumbrados ingenios; bien que si va de cita verdad, léalas ó no, siempre le probarán que son inimitables. ¡Cuántas veces no han podido salir de la primera edición, y sin embargo, se tira la segunda cuando ménos se esperaba! Porque siempre nos formamos idea muy ventajosa de un libro que ha sido reimpresso. Semejante medio es costoso, no hay duda; pero ¿qué sacrificio es caro, cuando el premio debe ser una gloria tan pura y tan decorosamente adquirida?

Con todo, esto no basta; para obtenerla es

menester que pongais vuestras obras bajo la protección de esos patronos de la literatura, de las sacerdotisas jubiladas de Venus, que desde el momento en que el amor las desterro de sus dominios se refugiaron á las arroyales del Parnaso. Procurad, pues, introducirlos en casa de Cydalis, y encarecer la delicadeza de su gusto y la importancia de su voto; ni pabliqueis un solo verso sin haberlo consultado de antemano. He ahí los homenajes que ella ambiciona al presente; pues aunque recibia otros mas agradables, los costumbres se mudan con los tiempos; y como ya se marchitó su hermosura, quiere pasar hoy por persona de talento para que no se olviden de ella enteramente. A este fin, y con el de no ser presa del fastidio, renos en su casa á varios literatos; pues aunque no es infalible esta receta, se la aplica á falta de otra mas eficaz.

Poneos, pues, en manos de esta incansable y leaguaraz corredora de reputaciones, y á voreis cuanto ardor desplega en sus andanías, para poner en las nubes vuestro escaso talento y rebajar el mérito de cualquier otro escritor. No desconfiéis, pues, de llevar la palma una vez que el amor propio de una mujer se halle interesado en vuestro favor.

Allanado así el camino, tomad el pulso á los envejecidos miembros de la academia de la lengua, calculad los años que durarán todavía en sus sillals, é irritad contra aquellos cuyo robusto temperamento resiste á toda suerte de ataques, y que parece burlarse de las indigestiones.

Acaso se creará que estos malignos viejos se complacen en mortificar á los pobres aspirantes que desean con tanto ahínco sucederles; pero la muerte, que á nadie perdona, suele á

veces acordarse de alguno de estos académicos entones, no hay que perder un solo instante; volad, acudid á vuestros amigos, implorad el auxilio de vuestros protectores, moved todos los resortes, llamad á todas las puertas. Si vuestros rivales están adornados de títulos brillantes, buscad el modo de descomulgá- rlos en el animo de sus jueces; en fin, no hay que omitir bajezas de ninguna especie, porque para subir es menester arrastrarse.

Ni perdais la esperanza aunque la fortuna os sea contraria, porque los mismos desaires y repulsas sufridos con resignacion, son otros tantos títulos muy académicos; y al fin llegará el día en que si os tomá en cuenta esa perseverancia, por la cual alcanzareis lo que el mérito no podrá alcanzar; os darán de limosna el sillón, y seréis en fin académico por caridad.

Como en ninguna materia puede saberse todo, ni todo puede decirse, es indubitable, que fuera de los medios susodichos, habrá otros muchos para alcanzar celebridad. Yo los ignoro y por lo mismo, á los literatos que se hayan servido de ellos, les toca darlos á conocer; mas me temo que el egoísmo les hará ocultar su secreto.

Pero por mas feliz que sea el éxito de estas intrincadas arterias, no debe desalentarse el escritor dotado de verdulento ingenio, y que no quiera serseñalar á otro de su fama. El crédito fugaz; fruto solo de la astucia, no es muy duradero; el tiempo, ese juez incorruptible, tarde ó temprano frustra los proyectos de la necia vanidad; pide estrecha cuenta de la gloria usurpada, y echa por tierra los altares que la intriga había erigido á la mediocridad.

CXXXI.—Traducción para el Liceo.

LIBRERIA DE NUESTRO TIEMPO
DE BIBLIOTECAS

APUNTES

PARA LA HISTORIA DE LA FLORIDA.



UEGO vuelto Hernando Soto del Perú, solicitó del emperador Carlos V la conquista de la Florida, llamada de esta manera por haber sido descubierta en el día de pascua Florida. Ya antes de Soto habían muchos tenido igual pretension sin alcanzar nada del soberano. Este que confiaba en el valor y pericia de Hernando, no dudó un punto en darle lo que pretendía, y algo más, pues le dio dinero para llevar á cabo su empresa, mandó que le fuesen aprestados los buques que pidiese, y le hizo por último gobernador de la isla de Cuba.

Hernando, sea porque esperase una buena fortuna en el descubrimiento y conquista que emprendió, sea solo por ganar la misma que Cortés, á quien intentaba igualar y cuyo estímulo le animaba, empleó todo su dinero cuanto del Perú había llevado á la Península, en la nueva expedición. Este hecho que al parecer nada tenía de extraño, influyó mucho en la empresa y vino á darle un impulso verdaderamente grande. Todos cuantos en el Perú se habían hallado, imitaron la conducta de Soto y como él sacrificaron las riquezas que poseían, y así de este modo en poco tiempo se hallaban reunidos en San Lúcas de Barraçmda, lugar destinado para la partida, novecientos hombres que se embarcaron en nueve navios.

Antes de Soto, poco tiempo hacia, emprendieron unos religiosos reducir á los indios floridinos por la predicación evangélica, creyendo más seguro y fácil esto que el uso para tal caso de las armas. En efecto, dispusieron su partida y entraron con buen éxito en aquellas tierras dando principio á su misión, mas apenas hubieron comenzado y sospechando los indigenas que se les urdía alguna trama ó sin sospechar cosa alguna, enemigos como eran de

clarados de la raza que los había perseguido, les dieron muerte á todos los religiosos que eran muchos los que allí habían ido. Con esto ya no se pensó en otra expedición semejante sino en una fuerte; mas como hemos dicho, hasta Hernando Soto ninguno había alcanzado la gracia de llevarla á cabo de cuantos la habían solicitado del soberano, y los que sin ella lo habían hecho ó querido hacer, habían visto sus esperanzas siempre burladas.

Partió, pues, Soto, con vientos varios en nueve navios, algunas de las cuales iban destinadas á la Nueva-España; mas todas ellas sujetas á Hernando que las mandaba, hasta la isla de Cuba donde debían separarse. Grandes contratiempos sufrió la armada en el viaje, hijos de las desavenencias suscitadas entre los gefes que á cada momento se descomponían por altercados ligeros que entre ellos pasaban. Desde Cuba fué ya más feliz la navegación, caminando ya solo Soto con los suyos; allí engrósó sus filas é hizo más temible su expedición. Cuando al fin arribó á las costas de la Florida no desembarcó luego en ellas, sino hasta hallarse seguro en sus medidas para alanzar un buen éxito.

En efecto, desembarcaron los expedicionarios, y bien ordenados caminaron un buen trecho internándose largo espacio en aquellas regiones. Encuentros diversos y muy repetidos tuvieron con los indigenas, descalabros recios padecieron é hicieron padecer á sus adversarios, ataques mas ó menos felices resistieron, y el resultado de su empresa no fué, si bien más avanzado y menos temerario, mejor que el de los expedicionarios que antes de estos habían venido. Pasados algunos meses terminó la expedición desesperados los que la componían de alcanzar el fin de sus tareas y obtener el premio de sus afanes. Habían sacrificado to-

dos los tesoros que el Perú les dió juzgando ganar con usura en la Florida; Soto, singularmente, á quien si no la esperanza del tesoro al menos la de ganar honra y prez, le hizo emplear su inmensa fortuna en la empresa. Pero era árdua aunque nadie la había creído tanto y estaba reservada al tiempo posterior: así que, solo pudo gloriarse Hernando de haberla llevado hasta donde ninguno lo había hecho hasta entonces, pero su gloria no por eso llegó á igualar como quería á la de Cortés.

Hernando Soto, pues, abandonó su empresa desconfiando de poderle dar un feliz fin, si bien alguno asegura que si no la terminó fué solo efecto de haber perdido la gente que le acompañaba, mas no porque él desesperase de su intento. Algunos otros acometieron aun después la misma empresa, pero sus expediciones fueron tan insignificantes que apenas merecen mencionarse; así que, la historia no recuerda sus hazañas. Las largas y continuas vicisitudes á que la Florida ha estado expuesta y que constantemente ha sufrido, son tales, que acerca de ellas habría mucho que decir, es materia muy vasta para circunscribirla á límites estrechos, quizá adelante diremos algo de ellas, mas ahora contentémosnos con enunciar que poco á poco al fin fué sometiénose al yugo extranjero, que la vecindad de países conquistados por ingleses y franceses, las tribus bárbaras que no sujetó el gobierno español la hicieron sufrir diferentes alternativas y hacían estremecer á sus habitantes por el furor de la guerra que incansablemente les amenazaba.

Este país, pues, para cuya conquista fueron

necesarios muchos años, grandes esfuerzos, la muerte de ininidad de guerreros y de intrépidos caudillos, y consumió además gran porción de dinero, vino después de cerca de tres siglos á ser del despota de los despotas, de que subyugó la Europa entera y privó á su patria de la libertad. Este mismo país es el que ahora con el propio nombre forma uno de los estados de nuestra colosal vecina la república de Norte América.

SONETO.

Partes ¡oh Laura! La volante rueda
El surco traza en el arena fría;
Y cuanto corre más, mas le desvia
Del triste amante que en ausencia queda.

No el tiempo, edad, ni la distancia pueda
A nuestro ardiente amor torcer la vía:
Aunque al roce continuo de onda limpia
La ruca, orillas del torrente, ceda.

No! que el humano orgullo, el cielo mismo
En vano á dividirnos conspiraran
Con barrera social ú horrible abismo!

Si tal vez nuestras almas se separan
Es para amarse más; y en un momento
Salva tiempo y distancia el pensamiento.

G. C.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

LA VISION

DE

MOCTEZUMA.



LEYENDA.

Señores Don Antonio y Don Luis Martínez de Castro.

Casa de vdes., Marzo 3.—1842.

En un libro manuscrito que cayó en mis manos hace poco, había, entre varias leyendas, la que á continuación copio. Una nota decía que era traducción del mexicana, y que el original estaba en verso y prosa como la version. Yo no creo esto, y si que es obra de dos manos, y aun de tres, pues los epigramas, como fácilmente se vé, han sido puestos de pocos años á esta parte. Algunos amigos míos creen que la leyenda, sin epigrafe ninguno, fué escrita hace lo menos un siglo por un hombre solo, el cual, dicen ellos, no debia de tener los sesos muy en su lugar.—Como quiera que sea, en muestra de cariño, y mas bien como una antigüalla que como obra de poesía, dignense vdes. admitirla, así como el afecto de su sincero amigo.

Ygnacio Rodríguez Galván.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



LA

Vision de Moctezuma.

LEYENDA.

Hay un imperio que gastado con que harán polvo los cascos del triden S. Bermúdez de Castro.

PASO PRIMERO.

EL TRIBUTO.

I Francou!—Fogiamol Manzoni.

El sol declina á occidente, entre nubes de carmin, y en el lejano confin alumbra pálidamente.

La faz de la tierra viste pario ropaje de duelo: triste está el desierto cielo, triste el monte, el valle triste.

Y al mejicano abatido mina el alma la tristeza; é inclinada la cabeza comprime un ronco gemido.

Ni da á entender su dolor, ni al cielo un suspiro manda, que sangre su dios demanda y sangre el emperador.

Orillas de la ciudad hay una humilde cabaña: fachada tosca y estraña, en ruínas ya por la edad.

Sentada á su puerta está una muger indigente: los años rugan su frente, sus ojos se apagan ya.

Sus miembros mal encubiertos por harapos destrozados;

y sus brazos, descarnados, desnudos, secos y yertos.

En viva meditacion sumergida está su idea; y contra el pecho golpea su ya tibio corazón.

Del indio á la dura suerte busca en su mente remedio; y conoco que no hay medio entre el tirano y la muerte.

Moctezuma es solo dueño de cuanto México encierra: suya la vida, la tierra y hasta el grano mas pequeño.

La vieja en tanto sufrir vencida es por el dolor; y sus labios sin color profieren: „¡Morir! morir!”

Oyese el remo liviano de una canoa sonar. ¿Cómo poderlo dudar? ¡Son esbirros del tirano!

„¡Teyollal! Teyollal!—¡Llega de esclavos cuadrilla impial Ven! huyamos, hija mía!” Dice la muger, y ciega

Por el temor, se levanta,
y va á correr—¡tarde es ya!
cerca la cuadrilla está. . . .
Se yela su tosca planta.

Su faz se cubre de luto;
hablar quiere y enmudece;
y solo á señas parece
decir: „¿Qué queréis?”—„Tributo.”

—„Tributo en tal indignación

Soy una infeliz mujer.”

—„Nada tenemos que ver.”

—„Clemencia, señor, clemencia!”

—„Nellati, el tributo danos,

ó morir será tu suerte.”

—„Ah, señor!”—„Tributo ó muerte.”

„Perdon!”—„El tributo ¡vamos!”

Prostrada la vieja está,

y se retuerce las manos,

y gime—¡gémidos vanos!

pues nada conseguía.

Oye injuria tras de injuria,

y siente un golpe de muerte,

y sangre á raudales vierte,

y es arrastrada con furia.

Pero á sus gritos agudos

nadie viene á socorrerla.

Los hombres pasan, al verla,

medrosos, rápidos, mudos.

„¡Teyolia! muero á la saña

de esta cuadrilla feroz.”

„Madre!” responde una voz

del fondo de la cabaña.

PASO SEGUNDO.

EL EMPERADOR.

Esclavos, ¡padece!

S. Bermúdez de Castro.

Teyolia aparece luego
de la cabaña á la puerta,
y á la furiosa cuadrilla
se precipita violenta.

—Ligero talle tenía,
cintura airou y esvelta,
grandes y vívaces ojos,
faz entreblanca y morena.

Sobre su desnuda espalda
y su seno de doncella
vagaba suelta y sin orden
la su negra cabellera.

Graciosos eran sus labios,
su frente elevada y tersa;
y en su mirar humilde
se pintaba su modestia.

Mas en su faz se veía
extraña y confusa mezcla
de lánguido enrojecimiento
y de elevada altivez.

Que mostraban que sentía
el peso de su miseria
y el valor que da á las almas
la virtud y la inocencia:

Su cuerpo á medias cubría
vestido de burda tela,
bordado con anchas plumas
y conchas y azules piedras:—

De piedras los brazaletes,
y de piedras las pulseras;
y con el viento ondeaban
dos plumas en su cabeza.

—Esta beldad merecía
vivir en rica opulencia,
que verla tan infelice
daba compasión y pena.

Mas la fortuna traidora
pródigo al nacio riquezas,
y al mérito lo sepulta
en abandono y miseria.

Alóntos los sayones
la ven salir á la puerta,
y dodan si es ente humano
ó vision celeste y bella.

La jóven rápida corre,
alza del suelo á la vieja,
y „¡Vamos de aquí!” le grita
con fuerte voz y resuelta.

Pero vueltos de su pasmo
los hombres, las atropellan,
y con la anciana y la jóven
dan furibundos en tierra.

Las infelices al viento
lanzan penetrantes quejas,
y su furia los verdugos
mas y mas en ellas cejan.

Barbarie digna de brutos!
de brutos mañada horreada!
¡Por qué los hombres á veces
iguales son á las bestias!

Oyese música dulce
y armoniosa cantilena,
y los remos, que las aguas
y las canoas golpean.

Tal música y tales cantos
contrastan con esta escena:
asi junto á nube oscura
cintilla brillante estrella.

Surcan las móviles aguas
varias canoas ligeras,
de flores, plumas y pieles
y pabellones cubiertas

Una mas grande, adornada
con mas esmero y riqueza,
en medio viene, cargado
de mugeres turba inmensa.

Tocan unas, cantan otras,
y las mas la planta bella
mueven en danza festiva
con mil mudanzas y muecas.

El corazón, al mirarlos,
palpita de amor, se alegra,
y en una mar de ilusiones
inquieta el alma navega.

Mas no así el hombre que solo,
en medio á tanta belleza,
recostado en almohadones
cavila en tristes ideas.

Indiferente parece
á la cortesana fiesta,
y sus amarillos ojos
pesadamente se cierran.

Su semblante palidece,
y luego una mano aprieta,
y trabajado respiro
de su pecho sale y entra.

„¿Y qué es lo que allá en su mente
le mortifica y aqueja?”
Ni él lo sabe.—En su alma habitan
tedio, cansancio, indolencia.

Es su existir como la hora
de la tarde soñolienta
en que se estienen las sombras
por la entristecida esfera;

Y que en redor pardos bullos
alcanza la vista apenas,
y vislumbres pavorosos
al corazón amedrentan.

Si muere con el pelo
la rozagante flor.

junas, hijo del cielo,
ambra alguna recibas
tu brillante esplendor.

„¡Viva!
¡Viva el emperador!”

To, que con rey de reyes,
alborca nuestro amor.
En tí, que das las leyes,
de la natura estriba
el lorano verdor.

„¡Viva!
¡Viva el emperador!”

Tal es el bárbaro canto
de adulación y hajeza
con que al tirano monarca
divierte la turba aquella.

Los sonidos armoniosos
á hondos gemidos se mezclan,
y la extraña consonancia
volando al monarca llega.

—„¿Quién dá esos gritos?” pregunta.
—„¡Vienen, gran señor, de tierra.”
—„Boguen allá las canoas.”
Y bogan allá violentas.

Espectáculo inhumano
al monarca se presenta,
espectáculo que á un tigre,
á un mármol entreciera.

Pero no así á Moctezuma;
el cual dice en voz bien reida:
„La jóven á mi palacio;
„dejad en paz á la vieja.”

Signe el séquito su curso,
y continúa la fiesta.
Por los sayones infames
se ejecuta la sentencia.

Teyolia en una canoa
entristecida navega;
y la anciana desdichada
en tierra llorando queda.

Ya se mesa entre lamentos
la nevada cabellera,
ya tiende á su hija los brazos
y da con los pies en tierra.

„Oh rey! oh rey!” rónica exclama.
Como loca se pasea,
y al cabo „¡Teyolia!” grita,
y al lago salta resuelta.

Flota por unos momentos

en convulsiones horribas,
se sumerge y reaparece,
y las olas se la llevan.

PASO TERCERO.

TRANSFORMACION.

En su bellaca desentoro
Un espóculo.

CALDERON.—*El magico prodigioso.*

Regio salon presentase á mi vista,
cubierto de oro el techo y pavimento;
en las paredes de bruidas piedras,
plumas, y conchas, y pintados fierzos.

Un hombre allá en el fondo se divisa,
de triste faz, meditabundo aspecto,
reposando asentado, y la cabeza
casi cargada en el desnudo pecho.

Tan divagado está, tan sumergido
en la alterada mar del pensamiento,
que no escucha el crugir de puerta que abre,
ni ve que entra Teyolia á paso lento.

Se detiene la jóven.—su semblante,
por el temor, desencajado y muerto,
trémulo el pie, los ojos espantados,
las manos recogidas sobre el seno.

Desgreñada la negra cabellera,
el labio tembloroso y entrecabierito,
dejando paso al lánguido respiro
que se desliza del llagado pecho.

Alza la vista el rey por aventura,
y la descubre, y la examina atento.
Treme Teyolia, de rodillas cae
en actitud de súplica y de miedo.

Y se levanta el rey, y la acaricia,
y lleno de bondad, la presta aliento,
y algo descubre en ella que le encanta,
y de deleite y le arrebató al cielo.

«Cese ya tu temor. Fortuna y dicha
esperándote están en el imperio.»
Dice el monarca con meloso tono;
mas la jóven no rompe su silencio.

«Perdida tú en el mar de la existencia,
abandonada flor en el desierto,
solo has visto la noche de la vida:
ya te espera la luz—yo te la ofrezco.»

«Mil bellezas envidian del monarca
una caricia, una palabra al menos,
yo el corazón te doy, te doy la vida,
yo, de los dioses desterrado nieto.»

Por un mágico impulso retrocede
Teyolia, y dice en lastimero acento:
«¡Oh rey! rey infeliz!»—y por su rostro
corre su llanto compasivo y tierno.

El monarca la sigue convulsivo,
y la toma de un brazo;—y con horrendo
alarido se aparta, que su mano
siente el ardor de encandecido hierro.

«¿Quién eres tú, pregunta, tú, que enciendes
en mis venas de amor el vivo fuego,
y que grato placer, y horror, y angustias
me inspiras, y terror á un mismo tiempo?»

Da un gemido la jóven.—Como sombra
se desvaneco, y se la lleva el viento.
«¡Oh rey! ¡rey infeliz!» su voz pronuncia;
«¡Oh rey! ¡rey infeliz!» repite el eco.

Vértigo horrible acomete al monarca; tiende
los brazos buscando un apoyo; ciérranse sus o-
jos, vacila; cae; y solo da señales de vida por
el ronco estertor de su pecho y la convulsa agi-
tacion de sus miembros.

Respira al cabo.—Siente en su corazón una
mano de hielo, y en sus labios una áspera bo-
ca que intenta darle calor. Alzanse lánguida-
mente sus párpados, y ve hincada ante él una
muger—la madre de Teyolia.

«¿Te lanza la muerte por darme tormento?

Alóscantate sombra, y déjame en paz.»

—«Espera, monarca, espera un momento.»

Y hucible rocosa contrajo su fax

—«Que quieres? ¿Levanta?—¿Qué quieres?»—Escucha.

—«Preséntame acabo los dioses poder?»

—«¿Qué siente tu pecho?»—«Ardor, pena mucha.»

La vieja tozón.—«Maldita muger!

PASO CUARTO.

PANORAMA.

¡Ay del pueblo!
Pesado.

—«Monarca, ¿cuál fué tu destino al venir al mundo? . . . ¿Gozar?—¿Cuál fué el destino de tu pueblo? . . . ¿Padecer?—Y los montes, los campos, el sol, la naturaleza toda, ¿ha sido creada para tí? ¿nada para los demás?—Encerrado tú en tu palacio, cercado de mugeres hermosas, de esclavos, de opulencia, pensabas solo en el placer; y en tanto el pueblo empapaba las mices con su sudor y se arrastraba en la

miseria. Tú los oprímias, tú regabas la tierra con su sangre, tú eras sordo á su dolor, sordo á su mendicidad; y los hombres eran insectos que hollabas bajo tus pies, y tú no te curabas dello.—Un monarca es un padre de familia, si se convierte en verdugo, sus hijos le matarán si no sus hijos, el cielo.—Tu hora llegó—aguardante ya desesperacion y muerte.—Fuiste roca á los gemidos de tu pueblo: tus gemidos se perderán en el viento;—fuiste insensible á su llanto: tu llanto correrá, y correrá en vano;—encadenaste á tus subditos: pesadas cadenas ceñirán tus pies;—arrebataste sus hijas: verás las luyas en extraño poder;—humillaste los hombres, te arrastrarás ante un aventurero;—derramasle inocente sangre: tu sangre será hollada en tu palacio mismo, y tu cadáver rotará polvoroso por los salones que te han visto en brazos del deleite.—He aquí tu nuevo destino.—Tu hora llegó—aguardante ya desesperacion y muerte.»

El rey quería hablar, implorar perdón, arrodillarse, mas no podía.—Su sangre estaba sus-
pendida, su cabeza era un alterado mar.

—«Mira,» le dice la muger.

El monarca abre los ojos; y sorprendido ve que se halla, en la pendiente de una árida montaña; áridas montañas le cercan, ni animales, ni plantas crecen en aquel ingrato suelo; el viento gime en las grietas de las rocas; de cuando en cuando resuena el eco de un peñón que se derrumba, cual si fuera el martillo de la muerte que marca los instantes de la existencia; los rayos fríos de un sol moribundo alumbran oblicuamente aquel lugar de maldición. Á los pies del monarca está un abismo profundo, en cuyas paredes chorrea sangre negra que forma una pesada laguna, cuyas orillas están cubiertas; de huesos humanos, sobre ellos se arrastra un águila herida y sedienta: apaga su sed en la sangre—en horribles convulsiones espira—una ola la arrebató, y la lleva rodando por la superficie del lago, y la sumerge.—

La vieja fie; tiembla el monarca, y aparta la vista á otro lugar.

Un valle—amarillentas colinas le cercan, oscuros lagos, tronchados árboles.—El viento gime con horrible monotonía; los rayos del sol se pierden en un amarillo cielo; una sola nube revolotea en el viento, como un buitre que se arroja sobre su presa.—El pueblo corre espantado—los esposos abandonan á sus esposas, los adultos á sus ancianos padres, las madres á sus hijuelos.—Todo es confusion, gemidos, desesperacion. . . Encima de un pelado cerro re-

tumba el estallido de un trueno, y luego lastiman los oídos un zumbido extraño y despacible como el chirrido de muchas aves nocturnas. . . Mugeres, ancianos y niños euen como heridos del rayo.—Y luego aparecen singulares gentes sobre animales fogosos y veloces; y estas gentes se lanzan sobre el pueblo; y el brillo de sus espadas se convierte á poco en rojo color. Y los animales pisan á los hombres aun no muertos, y á su peso las carnes y los huesos crujen deshechos con extraño rumor. . . Una de aquellas gentes trae por única arma un madero—es la imagen del suplicio en que pereció un hombre que trajo al mundo la caridad y la libertad—ahora es enseña de destruccion y de man-
tanza. . .

Á tal espectáculo, la lágrima del infeliz quemó por vez primera el semblante de Moctezuma. El rostro de la vieja misma cubriose de finieblas; y á su pesar, sus ojos cerráronse horrorizados.

Es la noche.—Por entre las roturas de una nube, despide la luna rayos de pálida luz—el campo está cubierto de cadáveres y huesos humanos—oyese el ruido del viento, que chillá en las cavidades de los cráneos, y el aleteo de negras aves que saltan de cadáver en cadáver y tiran con sus aflados picos de las corriosas carnes. Á lo lejos sollozos y suspiros, en los aires las siniestras risadas de los espíritus del mal. Las alas lúmenas de la muerte arrojan á agitarse, aires impuros y contagiosos. La peste se pasea recojeida dejando caer al suelo gotas de sudor ponzoñoso. Bajo de tierra retumba un bramido, como el de muchas aguas en furor. . .

Por otra parte descubrese un salon iluminado, en el muchos hombres en espléndido banquete. El ruido de las copas se mezcla á las cauciones de impureza. Un hombre de vestido solar entona un himno sagrado, y aquellos hombres satirlogos responden en coros de impiedad. Las hijas del emperador sirven aque-
lla cena de escándalo, y sufren sollozando los brutales insultos de los mas audaces.

El monarca no soporta mas—cae como peñon que se desprende de una montaña.

Se abren sus ojos, y giran. . . .

Está en su trono sentado, de muchos hombres cercado, que confundidos le miran. Uno de ellos se adelanta, y se postra ante su planta,

y con una voz que espanta
temblando comienza á hablar.
—,En castillos colosales
unos seres inmortales,

sobre extraños animales,
lanzó á nuestra costa el mar".

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON SEBASTIAN DE TOLEDO,

Marqués de Mendoza. Vigésimoquinto virrey de la Nueva-España. Desde 1664 hasta 1673



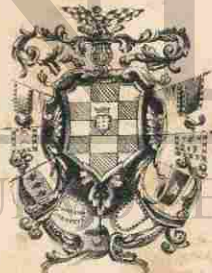
1664.—1695.

OCO tiempo como hemos visto residió el cargo virreinal en D. Diego Osorio que lo dejó al marqués de Mancera luego á su entrada en México el 15 de Octubre de 66. La Nueva-España disfrutaba de una completa paz, que si era turbada, apenas se resentía la capital y las provincias inmediatas de los débiles trastornos que algunos accidentes causaban en las regiones mas distantes. La Florida y el Canadá, eran y habian sido hacia ya mucho tiempo el teatro de la guerra. Habíase apoderado de la Isla de Sta. Catalina, un pirata inglés llamado Juan Morgan, y tenía amedrentados á los habitantes de los países vecinos: en la Virginia se hallaba establecida una compañía de mercaderes á la cual pidió viveres y auxilios Morgan; mas un acontecimiento imprevisto vino á privarle del socorro que esperaba. Ese caso, que el Canadá, propiedad de una empresa tambien de mercaderes, determinó Luis XIV soberano reinante en Francia, ponerlo á las órdenes inmediatas de un gobernador, y confió este cargo al marqués de Traci, hombre activo que inmediatamente se puso en camino, y en cuanto llegó dispuso sus tropas y

marchó con ellas á poner en total seguridad los lugares inmediatos. No habia transcurrido un año cuando desembarcó en las costas de la Florida en el de 1665, el corsario inglés Desvis que hallando aquello indefenso lo saqueó cometiendo todo género de violencia.

Por esta época aconteció una famosa erupcion del Popocatepetl que puso en gran conflicto á los mexicanos, como que por el espacio de cuatro dias estuvo vomitando piedras: entonces fue cuando reventó.

1666.—1667.—En el transcurso del año entero de 665 y en parte del 66, el marqués de Traci hizo sentir á los indios la fuerza de su poder y los felices resultados de sus sabias y bien combinadas disposiciones en el arte de la guerra. Ilizoselas fuerte, y cansados y perseguidos en fin, sin esperanza de obtener victoria ni de conservar su libertad salvaje, reunidos con todas las naciones errantes, solicitaron la paz por medio de unos enviados que fueron muy bien recibidos y tratados con buena distincion por el gobernador del Canadá marqués de Traci. Estos son los acontecimientos mas importantes de la América que en estos años llamaron la aten-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

ción y en los cuales se cuenta el viage del Japón hecho por el inglés Zacarías Gillan que emprendió salir de la Virginia atravesando por el estrecho de Hudson y llegó á la Bahía de Bimini; en seguida se dirigió al Sur llegando hasta el río del Príncipe Roberto,

A principios también de 666 llegó á México una real cédula de la reina que participaba haber muerto Felipe IV el 15 de Septiembre de 65 y recaído en ella el gobierno durante la menor edad de Carlos II prevenía además que se publicasen los lutos. Hízose en efecto cuanto se mandaba y se ejecutó la real orden con la pompa y ceremonia de costumbre.

Pasado poco tiempo, contestando de entrada la reina gobernadora á la comunicación del conde de Baños acerca de la expedición de California de Bernardo Bernal Piñaredo, ordena que se le haga llevar adelante cumpliendo con el empeño que habia contratado con el gobierno. La expedición marchó á consecuencia y volvió sin ningun resultado, otro tanto sucedió á otra que salió también en 67 mandada por el capitán Francisco Lucenilla.

1668.—1669. La irreparable pérdida de la Jamaica que evidentemente traía á los españoles males de consideración y con especialidad al comercio de las colonias, singularmente de la Nueva-España, no hizo resentir mucho sus efectos hasta 668; entonces plagados de corsarios los puertos era inútil contra ellos cualquiera medida que se tomase pues que todas las hacían ineficaces. La armada que en Barlovento puso el marqués de Cadereita, no podía servir, cuando los corsarios en buques pequeños buían con facilidad de sus tiros se ocultaban en un islote, y siempre se escapaban de su vista. La guerra que por algunos años habia turbado la tranquilidad de la Europa, se acababa de terminar con una paz general, cuyos tratados fueron ratificados por los soberanos; la Nueva Escocia que habian llamado los ingleses, debía volver á Luis XIV de Francia quitándole su nombre, y todo en fin cesaba quitados los motivos de disturbio. En este estado pues de la Europa los reyes volvían sus ambiciosas miradas á la América que no podían ver sin envidia en poder del rey de España.

Como quiera que para poder comerciar, necesitasen los corsarios de los españoles, traficaban en efecto con ellos, á pesar de la estre-

ma vigilancia de las autoridades que trabajaban en vano por impedir el contrabando que se extendió rápida é insensiblemente. Esperimentóse con esta oracion la mejor buena fé por parte de los contrabandistas que recibían al fiado las mercaderías en comercio ilícito y en cuantiosas sumas que pagaban en sus plazas con una rigorosa escrupulosidad.

1670.—Velase pues en el estremo del abatimiento el comercio de la Nueva España y mas aun los derechos del erario. No quedaba á la Corona de Castilla otro medio para evitar tamaños males que convenirse, como lo hizo, celebrando un solemne tratado con el rey Carlos II de Inglaterra, en el cual se comprometía cada alta parte contratante á impedir á sus respectivos nacionales que comerciasen en sus colonias. A pesar del tratado el gobernador Linch de Jamaica continuaba armando corsarios y dándoles patente, y el rey le mandó relevar sustituyéndole el Lord Wagham. Este hombre integro llegó á la isla dando luego orden de recoger las patentes y declarando que los que continuaran serian considerados como piratas y de consiguiente condenados á muerte. No por eso se abstuvieron algunos que juzgaron que aquello no era mas que una medida para hacer ver á la España que le daba cumplimiento á la fé de los tratados, pero que Wagham no estaba resuelto á llevarla á cabo. Dejó pues el gobernador obrar á los corsarios, y cuando regresaron á la isla mandó ahorcarlos, lo cual puso temor á los demás y los contuvo.

La larga y prolongada guerra que por tanto tiempo hacían los turqueses al fin la terminó este año el capitán Nicolas Barraza á quien denunció una india el lugar en que podría sorprenderlos como lo hizo cerrándoles el paso en su cuartel donde se hallaban en número de trescientos.

La acreditada honradez del Marqués de Mancera y su buen comportamiento en el gobierno le merecieron que se prolongase la duración por otros tres años.

1671.—1672.—1673.—El decidido empeño que habia tomado el religioso franciscano á quien se encargó la obra del desagüe por su recomposicion le grangeó el aprecio de la corte, pues que agradecida se lo mandó hacer así presente por medio del virey. Las aguas en estos años escasearon en demasia y por consiguiente los viveres: de aquí resultaron la

hambre y la miseria; empeñáronse por estinguirlos el marqués y el ayuntamiento, hicieron al efecto grandes esfuerzos haciendo traer á México de todas las provincias maíz, y así lograron que cesara la carestía. Esta era la situación de la Nueva España, nada había notable en la polietia á tiempo que comenzaba el gobierno de Carlos el hechizado, aunque en realidad aun no lo resumía por su edad me-

nor. Vino la época en que fuese relevado el marqués de Mancera quien marchó para España dejando en Tepeaca á su muger Doña Leonor Carrelo que falleció en aquel lugar en donde se le hicieron muy suntuosas funerales sepultando allí mismo su cadáver.

Cárlos M. Saucedra.

DISCURSO HISTÓRICO

sobre el origen, progresos y decadencia del Feudalismo, pronunciado en la cátedra de humanidades del colegio de San Juan de Letran, por Mariano Esteva y Ulbarri.

SEÑORES.



AY hechos en las naciones que por las causas que los motivan, por la influencia que ejercen en la sociedad de su tiempo, por sus resultados mas ó menos grandes, forman época y marcan, por decirlo así, la línea de división que separa los principales periodos de la historia. El detenido examen de estos hechos de sus causas y resultados, es sin duda alguna de la mayor y mas alta importancia; y a pesar sus consecuencias, y la mayor ó menor influencia que hayan tenido en los tiempos posteriores, es interesantísimo al legislador y al filósofo, al historiador y al literato. Casi á ninguna otra cosa son mas aplicables las anteriores reflexiones que al feudalismo, institución nacida de una revolución inmensa, y que despues de haber reinado en Europa por mas de dos siglos, murió en brazos de otra revolución, terminando con su nacimiento la barbarie y comenzando en su caída la era de civilización, que habia ya preparado. Su origen y motivos, su naturaleza y la influencia que ejerció en su tiempo y

en los posteriores, y las principales causas de su decadencia y extinción; son tres objetos dignos de examinarse separadamente, y para cada uno de los cuales seria necesario un discurso; obligado á comprenderlos todos en este, los consideraré sin embargo, aunque rápidamente con la separación debida.

Roma, la señora del mundo, valiente laboriosa y parca en los tiempos de la república; no era, dominada por los emperadores, sino una ligera sombra de lo que habia sido. El lujo oriental y la molice habian convertido en débiles mujeres á los vencedores de Grecia; y el deleite habia sobecado en los corazones romanos la virtud y el valor de otros tiempos. A las legiones que llevaban consigo la victoria habian sucedido tropas vendidas y muchas veces traidoras, porque el peso de una coraza superaba las fuerzas de un romano. Grandes impuestos oprímian al pueblo, destinados á contentar los caprichos y satisfacer las necesidades de ostentación y placer que se habian creado los emperadores, y la india, en cambio de telas y perfumes, devoraba como un abismo sin fon-

do el oro romano. Las mas veces el príncipe, agoviado con un peso que no podian sobrelevar sus hombros, dejaba el poder en manos de ministros corrompidos é imbéciles: una corte prostituida le cercaba, y miraba á sus pies un pueblo degradado y miserable. Tales principios de disolución minaban el imperio, y hubieran bastado por sí solos para derribar el coloso; pero un suceso de alta importancia y de las mas funestas consecuencias para el vacilante imperio de Occidente, apresuró su caída, que se hubiera efectuado siempre, aunque mas tarde.

Los romanos en sus conquistas no habian penetrado en el norte de Europa, y los pueblos que habitaban esta parte, se habian conservado libres, sin doblar el cuello á los que aspiraban al señorío del mundo. Una multitud inmensa de estos pueblos que se han apellidado bárbaros invadió repetidamente las fronteras del imperio, que no supieron conservar sus afinados defensores. Hujan ó cesaran á los primeros golpes dirigidos por gente vigorosa y lozana, y si algunas ventajas consiguieron, debidas fueron únicamente al recuerdo que conservaban de la antigua disciplina. En pechos degradados y envilecidos ningun imperio tiene el amor de la patria, y veian la desmembración del territorio sin oponer una voluntad firme; mas como es siempre sensible la pérdida de lo que una vez se ha adquirido, ocurrió á los emperadores para remediar tamaño mal un proyecto inconsensato que contribuyó eficazmente á su completa y pronta destrucción.—tomar á sueldo tropas de bárbaros que las mas veces convertían sus armas contra sus propios señores.

Al primer ataque siguió un segundo; á éste un tercero, y las incursiones se redoblaban pareciendo cada vez mas fecundo el monte en arrojarse de su seno bandadas inmensas. Cada momento se hacia mas difícil la defensa del moribundo imperio, hasta que al fin en el siglo IV, despues de luchar largamente con los enemigos esteriore y con los gérmenes de destrucción que llevaba en su seno, sucumbió siendo presa de los bárbaros y dividiéndose en pequeñas porciones. Aun en este deplorable estado creyeron algunos emperadores que podia repararse de alguna manera el mal, ensayando un sistema que pudiera tal vez llamarse representativo, y que haciendo vislumbrar algunas esperanzas de libertad, produjera mejores efectos de los que habia producido el sistema despótico. La es-

peranza de una reacción los halagaba y en 468 dirigieron un rescripto Honorio y Teodosio el jóven al prefecto de la Galia, disponiendo la reunion de una junta anual en la ciudad de Arles, á la que habian de concurrir diputados de todas las provincias so pena de una multa. El motivo que los emperadores suponían habian tenido para dar su rescripto, fué la necesidad de sistematizar las representaciones frecuentes hechas al prefecto por las provincias y ciudades. Estas debían concurrir á la junta por medio de sus representantes, y lo dispuesto por los asistentes, incluso el prefecto que presidia, obligaba igualmente á todos, aun á las provincias que hubieran carecido de representación. Entre los meses de Agosto y Setiembre debía reunirse la espresada junta, aunque eran arbitrarios el día de la convocatoria, y los de las sesiones.

Esta esperanza quedó burlada: el espíritu público se habia perdido, y las provincias, que veian sin sentimiento la caída de un imperio que los habia sido oneroso, despreciaron el rescripto imperial, y no enviaron diputados á Arles. La reconstrucción del arruinado edificio llegó á ser un sueño, las ciudades no veian otros intereses que los suyos propios, y la idea de las relaciones que ligan á las ciudades para formar provincias y hacer parte de un gran cuerpo, parece que llegó á perderse en aquel tiempo y que fué sustituida por la del individualismo.

En este desencadenamiento de la sociedad, cuando Europa se componia de partes incoherentes, aunque es difícil determinar con precisión la manera con que se repartían las tierras conquistadas, sin embargo una nueva división de las propiedades, promovió nuevos principios y nuevas costumbres, y apareció el sistema feudal. Por grados fue estableciéndose semejante forma de sociedad, si tal puede llamarsele, y llegó por fin á enseñorearse de Europa de una manera casi uniforme.

La urgente necesidad de defensa que pedían los ataques, no solo de los antiguos habitantes del continente, sino aun los de nuevos aventureros que continuamente llegaban ávidos de manzana y hofin, hizo principalmente que se sistematara en Europa el régimen feudal.

Ento, que trae evidentemente su origen de la voz latina *fides* fe, puede decirse muy bien un contrato por el que se obligaban los vasallos á prestar á sus señores ciertos servicios como justa paga de las tierras que se les habian

cedido por ellos. Consistían estos servicios principalmente en acompañar á los señores á la guerra, en darles consejo cuando lo pidieran, en guardar sus secretos y velar por su honra. Las leyes romanas, y españolas manifiestan la manera con que se daba en feudo, quienes daban y que cosas, el arreglo introducido en las sucesiones de los feudos y hasta las ceremonias y las formulas. Los reyes, los emperadores, los grandes y hasta los obispos, arzobispos y abades podían dar en feudo, y había un riguroso enlace entre las partes constituyentes de una sociedad feudal; pues los señores que habían recibido sus posesiones de mano del príncipe, podían dar una parte de ellas á otros que eran á su tiempo feudatarios de los primeros y señores feudales respecto de vasallos inferiores que tenían en su dependencia. Estrechos vínculos ligaban á los feudatarios con sus señores hasta llegar al monarca primer señor feudal; pero no tenían los barones esta unión entre sí y sí el sistema era quizá el mejor concebido, y el único adaptable á las circunstancias, para la defensa de los enemigos exteriores, no podía nada contra las divisiones intestinas, y antes bien les daba considerable pábulo. Ni podía ser de otra manera. Un barón feudal ejercía en su territorio una autoridad sin límites, y acostumbrado á satisfacer sus caprichos, que por la ignorancia y por la educación guerrera eran demasiado frecuentes, no podía llevar en paciencia las usurpaciones que solían hacerse sus colindantes, ni resistir las tentaciones que solían ocurrirle de tomarse lo ajeno. Tal sistema y tal orden de ideas ponían en perpetua pugna los intereses de los barones, y con demasiada frecuencia, durante el régimen feudal, se empapaban los campos en sangre.

Constituían el contrato para dar una cosa en feudo, por parte del señor, lo que se llamaba *investitura* ó posesión; y por parte del vasallo la fidelidad ó homenaje. La investitura, era de dos maneras, propia ó impropia. Era del primer modo cuando se ponía al vasallo realmente en posesión del feudo, y del segundo cuando sin tradición corporal se daba al vasallo alguna cosa que la significase, por ejemplo un cetro con que se confería la investitura á los eclesiásticos ó un estandarte ó espada con que se confería á los seculares.

La fidelidad ó homenaje se prestaba por el vasallo de rodillas, teniendo las manos entre

las de su señor y jurando que le sería leal, y le daría consejo y le ayudaría en sus empresas, contra cualquiera, excepto contra el príncipe, y entonces el señor, en señal del vínculo que le unía con su vasallo, le daba una sortija que señalaba su pacto. Ministrar defensa y auxilio á los vasallos, y guardar su honra, eran las principales obligaciones del señor.

En una epístola del obispo Filiberto, se encuentran las principales cosas que debían tenerse presentes al rendir el pleito-homenaje y que se reducían á seis; pero la costumbre introdujo una nueva forma comprendida en estas palabras: *Ego Filiberto super hoc sancta dei evangelia quod ab hac hora in altera usque ad ultimum diem vitae meae ero fidelis tibi ergo dominum meo contra omnes homines excepti imperatore vel rege*. Esta fórmula solía ampliarse cuando prestaba el juramento algún ignorante.

Respecto de las cosas que se daban en feudo, lo que se observaba ordinariamente era dar los raietes ó equivalentes á raíces, como los derechos y las servidumbres, el usufructo, los tributos y la jurisdicción. Debe darse en feudo *gratia*, sin que tenga el señor mas retribución que los servicios personales del feudatario, sin poderse quitar el feudo sin culpa del vasallo, ni enagajarse por este sin la voluntad del señor.

Los feudos se dividen en multitud de especies, y se distinguen generalmente según la manera con que se adquieren. Hay feudos propios, impropios, eclesiásticos, seculares, antiguos, nuevos, hereditarios, gentilicios, mistos, masculinos, femeninos, el que se llama en latin *ligium* y otros innumerables. De estos me parecen dignos de explicarse el gentilicio ó *ligium*. El primero era el que se concedía á uno y sus hijos solamente, sin hacer ninguna mención de otros herederos, y en caso de dudar tal debía presumirse cualquier feudo, debiendo suceder los hijos varones de legítimo matrimonio, aunque no fuesen herederos. El llamado *ligium* consistía en la cesion del feudo en cambio del mas amplio homenaje, pues por él el vasallo se obligaba á seguir á su señor absolutamente en cualquier empresa, excepto solo contra el romano pontífice. Podía darse este feudo solamente por el rey, y el vasallo tenía el nombre de *homo ligium*.

En los feudos sucedían generalmente los varones, excepto en casos señalados, como cuando había total falta de ellos, que entraban las

mujeres, y cuando la constitucion del feudo prevenia otra cosa.

Podía adquirirse un feudo no solo por contrato, sino tambien por prescripcion y por sucesion *ab intestato* y se perdía igualmente de varias maneras, ya por culpa del señor, ya por la del feudatario, necesitándose algunas veces para perderlo de sentencia judicial.

Que el establecimiento del feudalismo en Europa es un hecho de influencia colosal en las costumbres de su tiempo, y aun en la civilizacion de los tiempos modernos, no puede en manera alguna negarse, y facilmente se convencerá de ello quien reflexione en el cambio verificado en la sociedad europea por el establecimiento del régimen feudal. Inmediatamente despues de la invasion de los bárbaros, grandes masas ocupaban la Europa y una anarquía casi completa dominaba los países conquistados: la ninguna seguridad en las propiedades ni en las personas, hizo á los hombres adoptar otro sistema, y se fueron gradualmente aislando, reduciendo su sociedad á un círculo demasiado estrecho, é individualizaron sus intereses cuanto mas pudieron. Las ideas que debieron nacer en la mente de los señores feudales fueron sin duda las del engrandecimiento de su persona y su familia con lo que los ligaban vínculos estrechísimos por la separacion casi total en que se encontraban del resto de la sociedad. Este aislamiento y estas ideas no podían menos de contribuir muy eficazmente al desarrollo de todas las virtudes domésticas, é influir aunque indirectamente en la perfeccion social por la perfeccion del individuo. Los placeres domésticos llegaron bajo esta sistema á su mas alta estimación, y entonces fué cuando tomó su origen el amor y respeto á las mujeres, que ejerció tan visible influencia en las costumbres y que forma uno de los caracteres distintivos de este periodo. Este respeto, que casi rayaba en idolatría, hizo que fuesen obedecidas las órdenes y aun los caprichos de las mujeres como mandatos: una guineada comprometía un combate y se creía feliz el vencedor si en premio de las mayores privaciones y de sangrientas lides, recibía una banda por signo de una bella.

El yugo que en esta época impusieron las mujeres fué tal vez lo que mas eficazmente contribuyó á la dulzura de las costumbres, que se advirtió en tiempos posteriores y que ha sido el móvil mas directo de la civilizacion europea.

Algunos en el solo nombre de feudalismo creen ver la imagen del caos y la disolucion completa del edificio social, cuando ni podia en aquella época prevalecer otro sistema, como lo manifiesta su universalidad; y cuando perfeccionando las partes, preparó la perfeccion del todo. Cuanto existía en el siglo X era feudal: las iglesias, los altares, la administracion de sacramentos, y los derechos; hasta la corona misma participó de esta institucion que dió á la sociedad una nueva forma, que creó principios, y que mudó completamente la faz de Europa.

Para verificar tal mudanza, fué necesario aniquilar del todo la sociedad antigua, y una revolucion tan completa debió sin disputa ser de consecuencias importantísimas. La tendencia de esta revolucion fué regeneradora, y aunque el sistema establecido por ella era considerado en sí mismo semi-bárbaro, comparado con el principio de la dominacion de los pueblos del norte, podia tenerse como modelo de civilizacion.

A pesar de esto, los principios de desmoron que habia entre los barones y las continuas guerras de que fué teatro la Europa, y en las que aun los mismos príncipes intervenían, hicieron mas insoportable la opresion en que estaban las ciudades, y prepararon la caída del sistema.

Nada mas natural entre los hombres que el respeto y amor á los lugares en que ha existido un hombre ilustre, que se miran siempre con veneracion y entusiasmo. La peregrinacion á la Palestina se presentaba á los cristianos de estos tiempos al través de un velo de poesía, y era considerada como la obra mas meritoria y mas capaz de servir de expiacion á las mayores culpas; y el empeño de hacer viajes á la Tierra Santa se aumentó considerablemente por los rumores que corrieron en Europa de la proximidad del fin del mundo.

Durante la dominacion de los Califas, no tenían los cristianos en su peregrinacion mas obstáculos que los indispensables á un largo viaje, pero precisamente cuando las peregrinaciones se hicieron mas numerosas, conquistaron los turcos la Siria, y cayeron sobre las devotas viajeros los mas malos tratamientos, y las dificultades se multiplicaron. Indignada la Europa contra los infieles, no necesitaba sino una mano que le diera impulso, y Pedro el heremita, al predicar la primera cruzada, condujo á Si-

ria un ejército inmenso, y conmovió con su predicación á la cristiandad entera.

Por muy largo tiempo se mantuvo la guerra de Palestina, y las relaciones de Europa con Asia, el tránsito de los cruzados por ciudades mas cultas, y el espectáculo del aprecio que las ciencias tenían en el Oriente, hicieron salir á Europa del estado de abyeccion en que estaba. El feudalismo tocaba á su término, y el primer golpe que le fué dado por las cruzadas, lo repitieron mas tarde las ciudades del Continente, adquiriendo cada vez mayores grados de libertad, y tomando en el orden social una posicion digna y decorosa. La risueña Italia

dió el ejemplo, y las ciencias y las artes comenzaron á recobrar su imperio. Las costumbres caballerescas continuaron la obra de civilizacion que habia bosquejado el feudalismo, y una aurora de luz brillo en Europa.

Es imposible acabar en cortos limites el inmenso cuadro que he procurado trazar. Mayor estension y pluma mas diestra se requiere, y si he logrado dar á lo ménos una idea clara, aunque en compendio, de un hecho tan importante en la historia de Europa, serán colmados mis deseos y mi satisfaccion completa.—
Dijo.

Abril de 1844.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. PEDRO NUÑO COLON DE PORTUGAL.

Duques de Veraguas, y caballero de la Real Orden del Toison de Oro. Mandó nombrarlo virey de la Nueva-España.



1673.

O obstante que el Sr. D. Lucas Alaman en el Apéndice á su primera disertacion, asienta que la casa de Colon no fué considerada en España hasta Felipe V, que en abril de 1712 le concedió por primera vez la cruz del Toison de oro, y el título de duque de Veraguas, mucho ántes que este monarca ocupase el soto de Castilla, se ve ya á los Colonos disfrutando tales distinciones, y considerados de tal manera, que parece, segun los historiadores, que solo por honrar la memoria del gran Cristóbal, fué nombrado D. Pedro su descendiente en 1673, virey de México, en el reinado de D. Carlos II, que desempeñaba por su menor edad su reina madre. Ni se infiere otra cosa de las circunstancias de un nombramiento recaído en un hombre de edad tan avanzada, que ni aun el creyo que pudiera hacer el viaje; y apenas

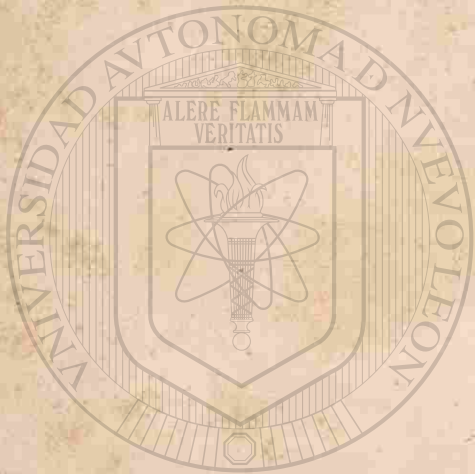
en efecto empuñó el baston el 4 de diciembre, lo llevó su decrepitud al sepulcro, al sexto dia de su gobierno, el 13 del mismo mes, sin que dejara á la historia otros hechos que consignar, que los buenos descos que habia manifestado en orden á su administracion, durante su viaje de Veracruz á México, y la pompa de los funerales que le fueron hechos en la capital, donde quedó sepultado hasta pasado algun tiempo, que fueron transportados sus huesos á España, al sepulcro de su familia. Su muerte fué tan prevista, que con su nombramiento se habia hecho el de su sucesor, y remitido en pliego cerrado á la inquisicion, para que lo abriera tan luego como hubiese fallecido. Hizose así en efecto, y sus funerales fueron prosididos ya por el nuevo virey D. Fr. Payo Enriquez de Rivera. Era á la sazón este prelado arzobispo de México, recomendable por sus virtudes, muy amado de la corte y de su rebaño, que gober-



VERAGUAS DE PORTUGAL

®

AL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

nó con sahiduría y rectitud, dejando solo a los gobiernos, llamado a la presidencia del Consejo de Indias, para retirarse a la vida contemplativa del claustro, donde terminó sus días en los fervores de la penitencia y de la oración.

Eran ya estos los últimos días de la casa de Austria, época de no muy grata memoria para la monarquía española: gobernábala el imbécil Carlos, tan solo para prepararle una guerra sangrienta y asoladora, guerra sostenida únicamente por defender los supuestos derechos de extranjeros monarcas en que había de llevar la ventaja el rey del siglo, y aquellos mismos españoles, vencesores un tiempo de Francisco I, llamarían a gobernarlos a su nieto Felipe d'Anjou, y aquellos mismos españoles tan celosos de su independencia, por la que combatieron tanto con el poder meulínico,

que combatirían algún día con todo el poder del gran capitán del siglo XIX, lucharon entonces por colocar en su trono a un monarca francés.

Poco daba a las colonias la variación de dinastía, que ni empeoraba ni hacía mejor su condición, si solo resentían los efectos de la corrupción de la corte, tan distinta en los primeros de los últimos tiempos de la dominación peninsular, pues que en aquellos se escogían para el gobierno personas de probidad, recomendadas por su mérito, que se hacía consistir en la virtud y en el saber; mas en estos, ó bien prevalecía el favoritismo, ó se ponían los empleos en pública subasta, desatendiendo así el giro comunal. Cerramos con esto por ahora la galería, que quizá muy pronto continuaremos, según tendremos cuidado de anunciarlo
C. M. S.

A LA MUERTE DE LA JOVEN DOÑA ANA ÑIGO.



LAJERO, ¿á dónde vais? hombre que fatigado de los falsos placeres del mundo, buscáis un reposo sempiterno, alma hermosa, emanación purísima del cielo, que asociada á las penas de una vida miserable, buscáis un asilo, ¿á dónde lo encontrareis? ¿á dónde os lleva la mano irresistible del destino? ¿á dónde se os conduce para arrebatáros de las tempestades de la vida, para que identifiqueis esa naturaleza toda de miseria y de debilidad, con la naturaleza celeste de los ángeles, y para que libre de la confusión del mundo, entoneis un cántico de paz al lado del Altísimo? ¿á dónde?... á ¡tu tumba! á la eternidad! Si, á la tumba, ese misterioso fin de las glorias mundanales, suplicio horrible para el hombre que pasó sus días sin pensar en el porvenir, dulce morada para el hombre que miró la tierra como morada transitoria... sí, allí está la tumba: allí está la muerte con su faz livida, con sus memorias del

mundo, con sus recuerdos de ayer, con sus agonías horribles, inexplicables, con todo el aparato sombrío y sublime con que viste la iglesia de sus pompas funerales: la despedida de una alma que alimentó en su seno, y que dejó á esta madre de los últimos consuelos, para remontarse á un mundo en que impera la justicia, y pesa en su balanza de oro los crímenes y las virtudes. Allí está la eternidad! la eternidad! palabra insignita, oscura y sublime, símbolo de la esencia incomprendible de un Dios, guía secreta del alma, que por el sendero del terror y de la esperanza, nos conduce fuera de los peligros de una vida miserable: esplicame tu escena: dime que es lo que hay del otro lado de la tumba; ¿por qué no nos descubren los muertos nuestros hermanos el último sentimiento que tuvieron en la tierra? ¿ese sentimiento que experimenta el hombre cuando se acerca al fin de su existencia? ¿Por qué en vez de dejarnos nuestros deudos por herencia el dolor y la desesperación, no les fué dado guiar

á sus hijos en el lance mas tremendo de la vida? Por qué en vez del llanto que exhalamos al pie del ataud de nuestros padres, no otonamos un cántico de gracias en honor del mundo? Por que quisiste, Dios mio, alumbrar nuestra faz de incertidumbre con la luz de la revelacion? Por qué?... por que todo está dispuesto segun la infinita sabiduria y la infinita bondad. Por qué?... porque es mas grato á la vista del Señor, la resignacion humilde á sus decretos, que el cántico de gracia, porque el misterio que encubre la tumba, es el freno de las pasiones destructoras, y el principio de todas las virtudes, es el muro de bronce en que se estrellan los crímenes, y la áncora de esperanza que enclavada allá en la eternidad, asoma ni desgraciado y al arrepentido.

II.

Oigo la voz del dolor! el gemido del desconsuelo que destroza el corazon, se hace oír por todas partes: una familia consternada mira los restos mortales de una criatura de virginal pureza, de una hija, de una hermana, que era la esperanza de los suyos, el consuelo de los desgraciados, el orcano de los que tuvieron la dicha de hablarla una sola vez. Era una flor que exhalaba olores perfumados, era una joven llena de gracia y hermosura, un ser lleno de bondad y de delicadeza, su rostro era un signo de celestial candor, sus palabras revelaban un noble y fierro corazon, su mirar sereno y apacible, retrataba el alma en que impera la virtud. Todo acabó, todo se desvaneció como se desvanecen los ensueños de felicidad. El mundo le preparaba un tálamo, la antorcha y los cánticos de himeneo; contempladla ahora vestida para el sepulcro, mirad ese luzubre ropaje que pronto destruirá el insecto, esos cirios funerarios y la corona de los rosas del olvido, última diadema de las vírgenes. Contemplad ese rostro lleno de dulzura, cubierto con el velo melancólico de la muerte: esos ojos ayer interesantes y llenos de languidez, no volverán jamás á dirigir una mirada de muger, una mirada de amor ó de piedad; esos labios que en dias felices exhalaban palabras de ternura, temblaron convulsivos con la agonía de la muerte, y se cerraron para siempre; ese pecho misterioso de sensaciones no se agitará suavemente á impulsos de un suspiro, como las olas de un puerto bonancible á impulsos de las brisas. La muerte con su ferrea mano ahogó

los suspiros, apagó los pensamientos y las sensaciones, reprimió los dolores en la agonía, y dijo con la voz misteriosa y aterradora á los sepulcros: "Cesad, oh mundo, tu imperio sobre la criatura del dolor! y tú, criatura hecha á la imagen y semejanza de tu Dios, venid á participar de los misterios que encubro con tanto de tinieblas; rompíose el hilo imperceptible que une la ilusion á la verdad, cumpliése el término á mi sola revelado, apagóse la antorcha que alumbraba las vanidades de la vida... Volved el aliento de divina esencia que el Señor os infundió en el seno maternal, venid á mí, para el mundo, al olvido y á la tumba, para el cielo á la eternidad."

III.

La vida, el mundo: Qué es la vida? Un piélago de zozobras y de penalidades, el mundo un piélago de desastre resplander en que brillan los crímenes, y débiles se reflejan las virtudes; el mundo y la vida, todo mentira, todo ilusion, que se desvanecen en un suspiro de agonía, al toque funeral de una campana. Una joven que aparecia en la escena del mundo, con todos los atractivos de la seducción, una joven que yohaba en pos de una esperanza colorida, yace en el féretro en la primavera de la edad. La mano de la muerte arrancó el tallo de la flor que petriposa un dia, se mecía en el jardín de la vida, y abrió la senda de la morada celestial á una alma llena de virtud y de pureza. Si, joven interesante, rompiste los lazos que al mundo te unian, para gozar eternamente; sacudiste una vida miserable para asentarte al lado de los hijos que gozan de ventura, llevaste la corona de la virginidad, y los últimos tormentos, para colocarla en el altar de vida del Omnipotente, y el te recibió en los brazos de la misericordia, le señaló lugar en el Empíreo, y los ángeles en sus harpas de oro cantaron glorias á la voz del Altísimo, el himno de la bien-venida. Ese es tu destino, ángel de luz, ese el precio de tus virtudes en la tierra, y el consuelo de una familia que llora la horfandad.

IV.

UNA MADRE.

La Iglesia católica canta la paz de los difuntos en lúgubres plegarias, y la campana del templo del Señor anuncia al mundo la despedida de un hijo de la tierra.

Una madre al pie del féretro, llena de angustia y de dolor, estrecha el cuerpo exánime de la hija de su corazon. Quién pintará el dolor de una madre? Contempladla descubriendo el patio funerario, y estampando en la frente livida de su hija, el beso doliente de la despedida; mirando esas lágrimas que ardientes se desprenden de sus ojos, sin el gemido de las últimas palabras de ternura que en la tierra la dirige, mezcladas con la plegaria que se levanta hasta los cielos. Pobre madre! Creéis que es solo una negra pesadilla el triste espectáculo que tenéis á la vista, creéis que no es posible que pudiese haber en el mundo dolor tan profundo! pobre madre! El cántico de la iglesia te despierta de ese horrible ensueño, y tus lágrimas y tus gemidos de dolor y desesperacion, mezclados á la voz grave del sacerdote, te re-

uerdan el dolor mas íntimo y mas puro que experimenta la criatura, al mismo tiempo que el consuelo mas solemne y elevado que mitigue tu dolor.

V.

Conformidad, hija del cielo! Yo te invito, tú que moras al lado de la Divinidad, ven á entender tus alas materiales sobre una familia desolada, ven á ascantar tu trono á este mundo tumultuoso, á enjugar el llanto del desgraciado, á infundir paz y resignacion al hombre; ven á regenerar esta mansion toda de debilidad; así podremos llamarnos felices en medio de nuestra miseria, así podrá ser este valle de lágrimas una sombra de la morada celestial.

Hermosillo 18 de octubre de 1843.

Manuel Montecerde.

A UNA DESCONOCIDA.

I.

Yo te saludo, criatura angelical! alma ennoblecida por el amor, luz y encanto de mi vida! te saludo con el acento del placer y del delirio!

II.

Hermosa mia, deja al mundo sus horas de tumulto y de fastidio, deja que gocen y que floren otros, deja que agitados por la tormenta de los crímenes se sepulsen en el abismo, miéntras un viento bonancible, linda mia, agita tus cabellos perfumados, y lleva á tus labios de rubi un beso del que te ama.

III.

Ángel mio, no despiertes de ese ensueño que trae á tu memoria la imagen de tu amante, de ese ensueño que llaman vida y es amor; no rompas el velo misterioso que encubre esa ilusion, porque esa ilusion es toda de vida, y la vida es el amor.

IV.

Tú eres el ángel de la hermosura y del placer, prendá mia, ¡por qué no apuraré en tus brazos un deleite que me quite la razon ó la vida! ¡por qué no beberé en tus labios, como en un cáliz de delicias ese aliento de fuego y de armonía que abriga á los mortales!

V.

Yo vi tus ojos, alma mia, los vi que brillaban como estrellas de diamante en el azul del cielo, ¡te acuerdas que esos ojos se inclinaron á la tierra, virgen mia, á un beso de mis labios? ¡por qué los levantaste otra vez anegados en placer y en turbacion? ¡querias la vida de tu amante?

VI.

¡Ah! ¡por qué no pasare á tu lado las horas que el amor hace inquietas y deliciosas! ¡por qué ese seno de rosas y azucenas no se estrechará con este corazon todo de fuego, y que vuela en alas de un suspiro para confundirse con el tuyo!

VII.

Ven, adorada mia, no mas penas; ven y muramos juntos, ven y agota los placeres en mis brazos, ven y apura en los labios de tu amante este fuego que abraza el corazon y deja eternas impresiones en el alma: vuelve á mi, oh muger! esos ojos en su convulsa agonía; confunde tu alma con el alma que te adora; quitame la vida.... yo dirigiré al mundo el último á Dios en un suspiro de deleite....

VIII.

Hermosa mía, deja al mundo sus horas de tumulto y de fastidio; deja que gocen y que floren otros, deja que agitados por la tormenta de los crímenes, se sepulsen en el abismo, mientras un viento benévolo, linda mía, da color á tus mejillas y á tus labios purpurinos un recuerdo de tu amante....

Manuel Monteverde.

MULTITUD de circunstancias desgraciadas, que no ha estado en nuestro arbitrio evitar, y entre las que ocupa un lugar no muy secundario, la pasada gloriosa revolución, nos han hecho fallar al plan que nos habíamos propuesto, ocasionándonos no pequeñas pérdidas, que en nada contaríamos sin embargo, si aun

pudiéramos corresponder de una manera digna al aprecio que nuestros suscritores nos han dispensado tan bondadosamente; mas como la continuación del periódico en el estado actual de la redacción no podría seguramente corresponder á nuestros deseos, hemos resuelto suspenderla con la lisonjera esperanza de continuar nuestras tareas, tanto para corresponder de alguna manera á los favores que durante la existencia del Liceo se nos han dispensado, como para no dejar incompleta la Galería de los Virreyes, parte quizá la mas útil del periódico.

Cuando llegue ese día, grato para nosotros, lo avisaremos oportunamente, no queriendo que termine este pequeño artículo sin expresar á nuestros lectores de que ese término se aproxime y sin dar de nuevo á las mas rendidas gracias á las personas que nos han honrado con sus suscripciones, haciendo un voto por su felicidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

INDICE ALFABÉTICO

DE LOS ARTÍCULOS EN PROSA CONTENIDOS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

A.		
Abuelo (la que me contó m), por D. Juan de Azpeiturre	57	
Adios!, por J. M. del Castillo	152	
A escribir!, por Anónimo	334	
Africanos (los)—Bosquejo de un cuadro de costumbres, por D. A. M. S.	49	
Ajedrez (descubrimiento de)	225	
Alameda (conversaciones en la)	192	
Ans, por Ella	321	
Ancre (celebre asesinato del mariscal de) 24 de abril de 1617. Traducido por P. M. de T.	209	
Antiguos y Modernos, traducido y extractado por P. M. de Torrecano	24—54	
Apuestas (las), por Malaospina	280	
Arquitectura, por F. C.	258	
B.		
Bertoldo Thierwaldsen.—Biografía traducida y extractada por T.	17	
C.		
Calma (la). Traducido por D. L. M.	247	
Cartero, ó el gramático, por Vanuengargues	48	
Carta apologetica de D. Pantaleon Zacarias, escudador de Galicia de la gerigunta, y articulo á Calanchoa con motivo del sueldo que este tuvo y cuya descripción publicó en el Liceo Mexicano bajo el rubro del "Oceano de Tinta"	243	
Catalina Theot (la secta de), por P. Torrecano	112	
Chapultepec (un día de campo en)	923	
Colon (primer viaje de), y descubrimiento del Nuevo Mundo, por A. Rodriguez	174	
Copérnico y su sistema, por P. T.	14	
Cotas (las)—Apuntes biográficos, por M. Esteva y Ulibari	110	
Cortina, por D. P. T. Timó	151	
D.		
Derecho, discurso histórico (sobre el) entre los romanos, por Agustín Franco	326	
Desconocida (a una), por D. Manuel Monteverde	359	
E.		
Ensayo	35	
Estudios histórico-políticos, por Feldt	8	
F.		
Fanatismo, por J. M. del Castillo	42	
G.		
Fatalidad, por Agustín A. Franco	22	
Filología.—Lenguas turcas	148	
Florida (apuntes sobre la historia de la), por Carlos M. Saavedra	291—312	
Fuente (la) de Eliseo, por F.	53	
Galería de los virreyes de México.—D. Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes Claros, décimo virrey de la Nueva-España, de 1603 á 1607, por Raimon I. Alcazar		5
D. Luis de Velasco el Segundo, conde de Santiago y primer marqués de Salinas, décimo séptimo virrey de la Nueva-España, segunda época, de 1607 á 1611, por Carlos M. Saavedra		40
D. Fray García Guerra, décimo octavo virrey, de 1611 á 1612, por el mismo		52
D. Diego Fernández de Córdova, décimo tercero virrey, de 1612 á 1621, por el mismo		80
D. Diego Carrillo Mondaño y Pimentel, décimo cuarto virrey, de 1621 á 1624, por Raimon I. Alcazar		119
D. Rodrigo Pacheco Osorio, décimo quinto virrey, de 1624 á 1635, por Carlos M. Saavedra		144
D. Lope Díez de Armentaris, décimo sexto virrey, de 1635 á 1640, por el mismo		164
D. Diego Lopez Pacheco, décimo séptimo virrey, de 1640 á 1642, por el mismo		171
D. Juan de Palafox, décimo octavo virrey, en 1642, por el mismo		156
D. García Sarmiento de Sotomayor, décimo noveno virrey, de 1642 á 1643, por el mismo		201
D. Marcos de Torres y Rueda, gobernador de la Nueva-España, de 1643 á 1649, por el mismo		222
D. Luis Enriquez de Guzman, vigésimo primero virrey, de 1649 á 1654, por el mismo		251
D. Francisco Fernandez de la Cueva, vigésimo segundo virrey, de 1654 á 1660, por el mismo		283
D. Juan de Leiva y de la Cerda, vigésimo tercero virrey, de 1660 á 1664, por el mismo		294
D. Diego Osorio de Escobar y Ulamas, vigésimo cuarto virrey, 1664		336
D. Sebastian de Toledo, vigésimo quinto virrey, de 1664 á 1673		350
D. Pedro Núñez Colon de Portugal y Castro, vigésimo sexto virrey, 1673		356

VIII.

Hermosa mía, deja al mundo sus horas de tumulto y de fastidio; deja que gocen y que floren otros, deja que agitados por la tormenta de los crímenes, se sepulsen en el abismo, mientras un viento benévolo, linda mía, da color á tus mejillas y á tus labios purpurinos un recuerdo de tu amante....

Manuel Monteverde.

MULTITUD de circunstancias desgraciadas, que no ha estado en nuestro arbitrio evitar, y entre las que ocupa un lugar no muy secundario, la pasada gloriosa revolución, nos han hecho fallar al plan que nos habíamos propuesto, ocasionándonos no pequeñas pérdidas, que en nada contaríamos sin embargo, si aun

pudiéramos corresponder de una manera digna al aprecio que nuestros suscritores nos han dispensado tan bondadosamente; mas como la continuación del periódico en el estado actual de la redacción no podría seguramente corresponder á nuestros deseos, hemos resuelto suspenderla con la lisonjera esperanza de continuar nuestras tareas, tanto para corresponder de alguna manera á los favores que durante la existencia del Liceo se nos han dispensado, como para no dejar incompleta la Galería de los Virreyes, parte quizá la mas útil del periódico.

Cuando llegue ese día, grato para nosotros, lo avisaremos oportunamente, no queriendo que termine este pequeño artículo sin expresar nuestros deseos de que ese término se aproxime y sin dar de nuevo las mas rendidas gracias á las personas que nos han honrado con sus suscripciones, haciendo un voto por su felicidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

INDICE ALFABÉTICO

DE LOS ARTÍCULOS EN PROSA CONTENIDOS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

A.		
Abuelo (la que me contó m), por D. Juan de Azpeiturre	57	
Adios!, por J. M. del Castillo	152	
A escribir!, por Anónimo	334	
Africanos (los)—Bosquejo de un cuadro de costumbres, por D. A. M. S.	49	
Ajedrez (descubrimiento de)	225	
Alameda (conversaciones en la)	192	
Ans, por Ella	321	
Ancre (celebre asesinato del mariscal de) 24 de abril de 1617. Traducido por P. M. de T.	209	
Antiguos y Modernos, traducido y extractado por P. M. de Torrecano	24—54	
Apuestas (las), por Malaospina	220	
Arquitectura, por F. C.	258	
B.		
Bertoldo Thierwaldsen.—Biografía traducida y extractada por T.	17	
C.		
Calma (la). Traducido por D. L. M.	247	
Cartero, ó el gramático, por Vanuengargues	45	
Carta apologetica de D. Pantaleon Zacarias, escudador de Galicia de la gerigunza, y articulo á Calanchoa con motivo del suceso que este tuvo y cuya descripción publicó en el Liceo Mexicano bajo el rubro del "Oceano de Tinta"	243	
Catalina Theot (la secta de), por P. Torrecano	112	
Chapultepec (un día de campo en)	923	
Colon (primer viaje de), y descubrimiento del Nuevo Mundo, por A. Rodriguez	174	
Copérnico y su sistema, por P. T.	14	
Cotas (las)—Apuntes biográficos, por M. Esteva y Ulibari	110	
Cortina, por D. P. T. Timó	151	
D.		
Derecho, discurso histórico (sobre el) entre los romanos, por Agustín Franco	325	
Desconocida (a una), por D. Manuel Monteverde	359	
E.		
Ensayo	35	
Estudios histórico-políticos, por Feldt	8	
F.		
Fanatismo, por J. M. del Castillo	42	
G.		
Fatalidad, por Agustín A. Franco	22	
Filología.—Lenguas turcas	148	
Florida (apuntes sobre la historia de la), por Carlos M. Saavedra	291—319	
Fuente (la) de Eliseo, por F.	53	
Galería de los virreyes de México.—D. Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes Claros, décimo virrey de la Nueva-España, de 1603 á 1607, por Raimon I. Alcazar		5
D. Luis de Velasco el Segundo, conde de Santiago y primer marqués de Salinas, décimo séptimo virrey de la Nueva-España, segunda época, de 1607 á 1611, por Carlos M. Saavedra		40
D. Fray García Guerra, décimo octavo virrey, de 1611 á 1612, por el mismo		52
D. Diego Fernández de Córdova, décimo tercero virrey, de 1612 á 1621, por el mismo		80
D. Diego Carrillo Mondaño y Pimentel, décimo cuarto virrey, de 1621 á 1624, por Raimon I. Alcazar		119
D. Rodrigo Pacheco Osorio, décimo quinto virrey, de 1624 á 1635, por Carlos M. Saavedra		144
D. Lope Díez de Armentaris, décimo sexto virrey, de 1635 á 1640, por el mismo		164
D. Diego Lopez Pacheco, décimo séptimo virrey, de 1640 á 1642, por el mismo		171
D. Juan de Palafox, décimo octavo virrey, en 1642, por el mismo		156
D. García Sarmiento de Sotomayor, décimo noveno virrey, de 1642 á 1643, por el mismo		201
D. Marcos de Torres y Rueda, gobernador de la Nueva-España, de 1643 á 1649, por el mismo		222
D. Luis Enriquez de Guzman, vigésimo primero virrey, de 1649 á 1654, por el mismo		251
D. Francisco Fernandez de la Cueva, vigésimo segundo virrey, de 1654 á 1660, por el mismo		283
D. Juan de Leiva y de la Cerda, vigésimo tercero virrey, de 1660 á 1664, por el mismo		294
D. Diego Osorio de Escobar y Ulama, vigésimo cuarto virrey, 1664		336
D. Sebastian de Toledo, vigésimo quinto virrey, de 1664 á 1673		350
D. Pedro Núñez Colon de Portugal y Castro, vigésimo sexto virrey, 1673		356

Geología	178-214	Muerte (a la) de la joven doña Ana Inigo, por D. Manuel Monteverde	337
Guardias suizas (conducta del regimiento de las), en la jornada del 10 de agosto de 1792, por Lally Tolland, traducido para el Liceo	298	O.	
H.		Oceano de tinta, por Calamocha	161
Higiene.—Dientes	330	Odalisca (la) favorita, traducido por D. J. Alaman	207
Historia, por P. M. de Torroscano	69	Oradores (los), por Vauvenargues, traducido por T.	45
Historia (libertad de la), por el barón José de Manzana de la Academia de Turín, traducido por P. T.	297	Ortes (himno), a Júpiter Tonante	135
Historico (ensayo) sobre la moral cristiana, por Carlos M. Saavedra	64	P.	
Historico (discurso) sobre el origen, progreso y decadencia del feudalismo, por M. E. y V.	352	Pasará tiempo, por Mimo	38
Introducción de los RR.	3	Patria (la)	231
J.		Pensamientos	48-180-213
Jense ante Caifas y Pilatos	261	Perú (historia del). Prisión y muerte del Inca Tupac Amari, por Carlos M. Saavedra	10
Juanes (los tres), por Nieto de Zamacois	337	— Controversias de jurisdicción, por el mismo	67
L.		Pacta (en) como muchos, por Anónimo	258
Literato (medio seguro de pasar plaza de), por Culnet, traducido para el Liceo	339	Q.	
Literatura oriental, traducido por D. R.	286	Quivira (descubrimiento del reino de), por Carlos M. Saavedra	153
M.		R.	
Machuca (D. Espidion) hermano de la castidad, por Malacspina	332	Recuerdo (un), traducido por L. M.	317
Marco Cupac, ó Lumpangi, por Carlos M. Saavedra	194-211	S.	
Margarita, por J. N. Navarro	181	Sabidosos (los), por M. Esteva y Ulvarez	63
México (santa novena sobre), por madama Calderon, traducida por L. M. de C.	308	Shakespeare. Análisis de su drama intitulado Macbet	315
Mexcohuza (nueva), por Malacspina y Biopica Milano (a).—Ornitología, por P. T.	37	T.	
Modas, por Querubin	134-304	Terremoto de Lima en 1687, por Carlos M. Saavedra	32
Muchas cosas dichas en pocas palabras, por C. C. Coltan, traducido por Luis Martinez de Castro	136-157-187	Tlahuicole, por Ramon I. Alcaraz	236
		V.	
		Vagabundos espirituales, por Malacspina y Biopica	114
		Ventrio (oismo), por D. F. Diaz de Bonilla	7
		Vicente (san) de Paul	248
		Victimas (las) del amor y de la ira	140
		Volcanes (de los), traducido por C.	30

INDICE ALFABÉTICO

DE LAS POESÍAS CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

A.		B.	
Ausereotica, por D. Sebastian Segura	320	Bartolomé (el Licenciado) Carnasco de Figueroa, Cancion en estrófalos, la primera composicion	257
Ángel (el) de mi amor, por F. G.	257		

de este género, con la respuesta del Licenciado Dueñas	355	L.	
C.		Laura (a), por D. Sebastian Segura	279
Cantata epitalámica del Señor D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle	109	M.	
Contemplacion, por D. Rafael Casazola	109	Madre (una) abandonada á su hijo, por el mismo	177
D.		Moctezuma (la vision de), por D. Ignacio Rodriguez Galvan	244
Delirio, por F. O. y B.	390	N.	
E.		Noche (una), por F. G.	315
Emboscada, por A. R.	239	O.	
Estuismo, por Joaquin Perez Comoto	46	Ocho (las), por F. O. y B.	173
Esauinos (mis), por D. Manuel M. de Zamacois	289	P.	
Epigrama	135	Primavera (a), por J.	246
Epístola, por C. C.	118	S.	
Escenas séptima, octava y novena de un ensayo dramático titulado Locuras de amor y celos, por Alejandro Rivero	166	Soneto	48-343
Eposa (la) y la querida. Cuadro dramático, por Ramon I. Alcaraz	71	Sueño (un), por Alejandro Rivero	362
I.		T.	
Isaura (a), por Alejandro Rivero	142	Tarde (una) en un cementerio.—Impresiones, por Ramon I. Alcaraz	18
		***	213

EPIGRAFÍAS

CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN Y PÁGINAS Á QUE CORRESPONDEN.

D. Juan de Mendoza y Luna, décimo virrey de la Nueva-España	6	D. García Sarmiento Sotomayor, décimonovento virrey de la Nueva-España	201
Está tus de Copérnico en Venecia	14	La Odalisca favorita	208
El Misano	37	D. Marcos de Torres y Rueda, vigésimo virrey de la Nueva-España	222
D. Fr. García Guerra, décimoséptimo virrey de la Nueva-España	59	La Emboscada	239
La fuente de Eriso	53	San Vicente de Paul	245
La esposa y la querida	71	D. Luis Enriquez de Guzman, vigésimotercero virrey de la Nueva-España	254
D. Diego Fernandez de Córdova, décimotercero virrey de la Nueva-España	80	¿Aguén de los dos querria que os suelte? A Barrabas	276
Lo que me conto mi abuelo	87	D. Francisco Fernandez de la Cueva, vigésimogundo virrey de la Nueva-España	283
Arresto de la secta de Catalina Thoot	112	D. Juan de Luna y de la Cerda, vigésimotercero virrey de la Nueva-España	294
D. Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, décimocuarto virrey de la Nueva-España	119	Modas	304
Modas	134	Un recuerdo	317
D. Rodrigo Pacheco Ocaña, decimoquinto virrey de la Nueva-España	144	D. Diego Ocaño de Escobar y Llamas, vigésimocuarto virrey de la Nueva-España	336
D. Lope Diaz de Armandaris, decimoséptimo virrey de la Nueva-España	164	D. Sebastian de Toledo, vigésimoquinto virrey de la Nueva-España	350
D. Diego Lopez Pacheco Cabrera y Bobadilla, decimoséptimo virrey de la Nueva-España	171	Margarita	181
D. Juan de Palafox y Mendoza, decimoséptimo virrey de la Nueva-España	166	D. Pedro Nullo Colon de Portugal y Castro, vigésimosexto virrey de la Nueva-España	356

Geología	178-214	Muerte (a la) de la joven doña Ana Inigo, por D. Manuel Monteverde	337
Guardias suizas (conducta del regimiento de las), en la jornada del 10 de agosto de 1792, por Lally Tolland, traducido para el Liceo	298	O.	
H.		Oceano de tinta, por Calamocha	161
Higiene.—Dientes	330	Odalisca (la) favorita, traducido por D. J. Alaman	207
Historia, por P. M. de Torroscano	69	Oradores (los), por Vauvenargues, traducido por T.	45
Historia (libertad de la), por el barón José de Manzana de la Academia de Turín, traducido por P. T.	297	Ortes (himno), a Júpiter Tonante	135
Historio (ensayo) sobre la moral cristiana, por Carlos M. Saavedra	64	P.	
Historico (discurso) sobre el origen, progreso y decadencia del feudalismo, por M. E. y V.	352	Pasará tiempo, por Mimo	38
Introducción de los RR.	3	Patria (la)	231
J.		Pensamientos	48-180-213
Jense ante Caifas y Pilatos	261	Perú (historia del). Prisión y muerte del Inca Topas Amari, por Carlos M. Saavedra	10
Juanes (los tres), por Nieto de Zamacois	337	— Controversias de jurisdicción, por el mismo	67
L.		Pacta (en) como muchos, por Anónimo	258
Literato (medio seguro de pasar plaza de), por Culnet, traducido para el Liceo	339	Q.	
Literatura oriental, traducido por D. R.	286	Quivira (descubrimiento del reino de), por Carlos M. Saavedra	153
M.		R.	
Machuca (D. Espidion) hermano de la castidad, por Malacspina	332	Recuerdo (un), traducido por L. M.	317
Marco Cúpac, ó Lumpangi, por Carlos M. Saavedra	194-211	S.	
Margarita, por J. N. Navarro	181	Sablieros (los), por M. Esteva y Uliverr	63
México (santa novena sobre), por madama Calderon, traducida por L. M. de C.	308	Shakespeare. Análisis de su drama intitulado Macbet	315
Mexcohuza (nueva), por Malacspina y Biopica Milano (a).—Ornitología, por P. T.	37	T.	
Modas, por Querubin	134-304	Terremoto de Lima en 1687, por Carlos M. Saavedra	32
Muchas cosas dichas en pocas palabras, por C. C. Cullen, traducido por Luis Martínez de Castro	136-157-187	Tlahuicole, por Ramon I. Alcaraz	236
		V.	
		Vagabundos espirituales, por Malacspina y Biopica	114
		Ventilo, ensayo, por D. F. Díez de Bonilla	7
		Vicente (san) de Paul	248
		Victimas (las) del amor y de la ira	140
		Volcanes (de los), traducido por C.	30

INDICE ALFABÉTICO

DE LAS POESÍAS CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

A.		B.	
Ausereotica, por D. Sebastian Segura	320	Bartolomé (el Licenciado) Carnasco de Figueroa, Cancion en estrófalos, la primera composicion	257
Ángel (el) de mi amor, por F. G.	257		

de este género, con la respuesta del Licenciado Dueñas	355	L.	
C.		Laura (a), por D. Sebastian Segura	279
Cantata epitalámica del Señor D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle	109	M.	
Contemplacion, por D. Rafael Casazola	109	Madre (una) abandonada á su hijo, por el mismo	177
D.		Moctezuma (la vision de), por D. Ignacio Rodríguez Galvan	244
Delirio, por F. O. y B.	390	N.	
E.		Noche (una), por F. G.	315
Emboscada, por A. R.	239	O.	
Estuismo, por Joaquin Perez Comoto	46	Ocho (las), por F. O. y B.	173
Esauinos (mis), por D. Manuel M. de Zamacois	289	P.	
Epigrama	135	Primavera (la), por J.	246
Epístola, por C. C.	118	S.	
Escenas séptima, octava y novena de un ensayo dramático titulado Locuras de amor y celos, por Alejandro Rivero	166	Soneto	48-343
Eposa (la) y la querida. Cuadro dramático, por Ramon I. Alcaraz	71	Sueño (un), por Alejandro Rivero	302
I.		T.	
Isaura (a), por Alejandro Rivero	142	Tarde (una) en un cementerio.—Impresiones, por Ramon I. Alcaraz	18
		***	213

EPIGRAFÍAS

CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN Y PÁGINAS Á QUE CORRESPONDEN.

D. Juan de Mendoza y Luna, décimo virrey de la Nueva-España	6	D. García Sarmiento Sotomayor, décimonovento virrey de la Nueva-España	201
Está tus de Copérnico en Venecia	14	La Odalisca favorita	208
El Misano	37	D. Marcos de Torres y Rueda, vigésimo virrey de la Nueva-España	222
D. Fr. García Guerra, décimoséptimo virrey de la Nueva-España	59	La Emboscada	239
La fuente de Eriso	53	San Vicente de Paul	245
La esposa y la querida	71	D. Luis Enriquez de Guzman, vigésimotercero virrey de la Nueva-España	254
D. Diego Fernandez de Córdova, décimotercero virrey de la Nueva-España	80	¿Aguén de los dos queria que os suelte? A Barrabas	276
Lo que me conto mi abuelo	87	D. Francisco Fernandez de la Cueva, vigésimogundo virrey de la Nueva-España	283
Arresto de la secta de Catalina Thiot	112	D. Juan de Luna y de la Cerda, vigésimotercero virrey de la Nueva-España	294
D. Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, décimocuarto virrey de la Nueva-España	119	Modas	304
Modas	134	Un recuerdo	317
D. Rodrigo Pacheco Ocaña, decimoquinto virrey de la Nueva-España	144	D. Diego Ocaño de Escobar y Llamas, vigésimocuarto virrey de la Nueva-España	336
D. Lope Díez de Armandaris, decimosexto virrey de la Nueva-España	164	D. Sebastian de Toledo, vigésimoquinto virrey de la Nueva-España	350
D. Diego Lopez Pacheco Cabrera y Bobadilla, decimoséptimo virrey de la Nueva-España	171	Margarita	181
Margarita	181	D. Juan de Palafox y Mendoza, decimoctavo virrey de la Nueva-España	166
D. Juan de Palafox y Mendoza, decimoctavo virrey de la Nueva-España	166		

Geología	178-214	Muerte (a la) de la joven doña Ana Inigo, por D. Manuel Monteverde	337
Guardias suizas (conducta del regimiento de las), en la jornada del 10 de agosto de 1792, por Lally Tollendal, traducido para el Liceo	298	O.	
H.		Oceano de tinta, por Calamocha	161
Higiene.—Dientes	63	Odalisca (la) favorita, traducido por D. J. Alaman	207
Historia, por P. M. de Torroscano	330	Oradores (los), por Vauvenargues, traducido por T.	45
Historia (libertad de la), por el barón José de Manzana de la Academia de Turín, traducido por P. T.	297	Ortes (himno), á Júpiter Tonante	135
Historico (ensayo) sobre la moral cristiana, por Carlos M. Saavedra	64	P.	
Historico (discurso) sobre el origen, progreso y decadencia del feudalismo, por M. E. y V.	352	Pasará tiempo, por Mimo	38
Introducción de los RR.	3	Patria (la)	231
J.		Pensamientos	48-180-213
Jense ante Caífas y Pilatos	261	Perú (historia del). Prisión y muerte del Inca Tupac Amari, por Carlos M. Saavedra	10
Juanes (los tres), por Nieto de Zamacois	337	— Controversias de jurisdicción, por el mismo	67
L.		Pacta (en) como muchos, por Anónimo	258
Literato (medio seguro de pasar plaza de), por Calnet, traducido para el Liceo	339	Q.	
Literatura oriental, traducido por D. R.	286	Quivira (descubrimiento del reino de), por Carlos M. Saavedra	153
M.		R.	
Machuca (D. Espidion) hermano de la castidad, por Malacspina	332	Recuerdo (un), traducido por L. M.	317
Marco Cupac, ó Lumpangi, por Carlos M. Saavedra	194-211	S.	
Margarita, por J. N. Navarro	181	Sabidosos (los), por M. Esteva y Ulvares	63
México (santa novena sobre), por madama Calderon, traducida por L. M. de C.	308	Shakespeare. Análisis de su drama intitulado Macbet	315
Mecobanza (nueva), por Malacspina y Biopica Milano (a).—Ornitología, por P. T.	37	T.	
Modas, por Querubín	134-304	Terremoto de Lima en 1687, por Carlos M. Saavedra	32
Muchas cosas dichas en pocas palabras, por C. C. Coltan, traducido por Luis Martínez de Castro	136-157-187	Tlahuicole, por Ramon I. Alcaraz	236
		V.	
		Vagabundos espirituales, por Malacspina y Biopica	114
		Ventrio, ensayo, por D. F. Diaz de Bonilla	7
		Vicente (san) de Paul	248
		Victimas (las) del amor y de la ira	140
		Volcanes (de los), traducido por C.	30

INDICE ALFABÉTICO

DE LAS POESÍAS CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

A.		B.	
Ausereotica, por D. Sebastian Segura	320	Bartolomé (el Licenciado) Carnasco de Figueroa, Cancion en estrófalos, la primera composicion	257
Ángel (el) de mi amor, por F. G.	257		

de este género, con la respuesta del Licenciado Dueñas	355	L.	
C.		Laura (a), por D. Sebastian Segura	279
Cantata epitalámica del Señor D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle	109	M.	
Contemplacion, por D. Rafael Casazola	109	Madre (una) abandonada á su hijo, por el mismo	177
D.		Moctezuma (la vision de), por D. Ignacio Rodriguez Galvan	244
Delirio, por F. O. y B.	390	N.	
E.		Noche (una), por F. G.	315
Emboscada, por A. R.	239	O.	
Estuismo, por Joaquin Perez Comoto	46	Ocho (las), por F. O. y B.	173
Esauinos (mis), por D. Manuel M. de Zamacois	289	P.	
Epigrama	135	Primavera (la), por J.	246
Epístola, por C. C.	118	S.	
Escenas séptima, octava y novena de un ensayo dramático titulado Locuras de amor y celos, por Alejandro Rivero	166	Soneto	48-343
Eposa (la) y la querida. Cuadro dramático, por Ramon I. Alcaraz	71	Sueño (un), por Alejandro Rivero	302
I.		T.	
Isaura (a), por Alejandro Rivero	142	Tarde (una) en un cementerio.—Impresiones, por Ramon I. Alcaraz	18
		***	213

EPIGRAFÍAS

CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN Y PÁGINAS Á QUE CORRESPONDEN.

D. Juan de Mendoza y Luna, décimo virrey de la Nueva-España	6	D. García Sarmiento Sotomayor, décimonovento virrey de la Nueva-España	201
Está tus de Copérnico en Venecia	14	La Odalisca favorita	208
El Misano	37	D. Marcos de Torres y Rueda, vigésimo virrey de la Nueva-España	222
D. Fr. García Guerra, décimoséptimo virrey de la Nueva-España	59	La Emboscada	239
La fuente de Eriso	53	San Vicente de Paul	245
La esposa y la querida	71	D. Luis Enriquez de Guzman, vigésimotercero virrey de la Nueva-España	254
D. Diego Fernandez de Córdova, décimotercero virrey de la Nueva-España	80	¿Aguén de los dos querria que os suelte? A Barrabas	276
Lo que me conto mi abuelo	87	D. Francisco Fernandez de la Cueva, vigésimogundo virrey de la Nueva-España	283
Arresto de la secta de Catalina Thoot	112	D. Juan de Luna y de la Cerda, vigésimotercero virrey de la Nueva-España	294
D. Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, décimocuarto virrey de la Nueva-España	119	Modas	304
Modas	134	Un recuerdo	317
D. Rodrigo Pacheco Ocaña, decimoquinto virrey de la Nueva-España	144	D. Diego Ocaño de Escobar y Llamas, vigésimocuarto virrey de la Nueva-España	336
D. Lope Diaz de Armandaris, decimoséptimo virrey de la Nueva-España	164	D. Sebastian de Toledo, vigésimoquinto virrey de la Nueva-España	350
D. Diego Lopez Pacheco Cabrera y Bobadilla, decimoséptimo virrey de la Nueva-España	171	Margarita	181
Margarita	181	D. Juan de Palafox y Mendoza, decimoséptavo virrey de la Nueva-España	166
D. Juan de Palafox y Mendoza, decimoséptavo virrey de la Nueva-España	166		

